

ZAPATA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

john womack jr.

9ª edición

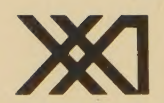
SIGLO VEINTIUNO XXI AMÉRICA NUESTRA

10

COLECCIÓN AMÉRICA NUESTRA

◆ caminos de liberación

AMÉRICA NUESTRA es una nueva colección que Siglo XXI proyecta como una expresión coherente del examen de la realidad que nuestros países viven desde siglos: tierra colonizada que no logra liberarse.
Queremos difundir, con sistema, textos que exhiban tanto la grandeza de las culturas destruidas por la Conquista como los testimonios de la lucha por la liberación que llega hasta nuestros días y que tiene expresión en la obra y las ideas de los hombres que las orientan. Nada mejor para definir esa intención que las palabras que escribió José Martí: **"... la historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra, nos es más necesaria... Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas..."**

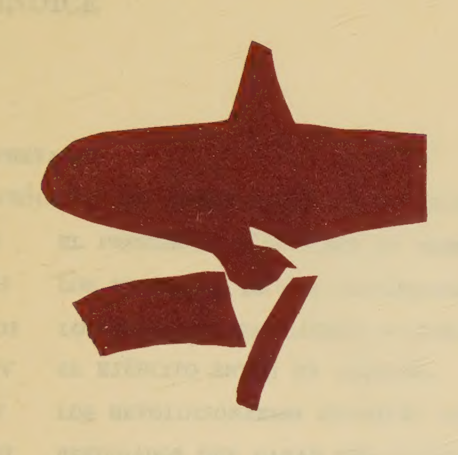


siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA



ZAPATA
Y LA REVOLUCIÓN
MEXICANA

por
JOHN WOMACK, JR.

SIGLO VEINTIUNO XXI AMÉRICA NUESTRA

traducción de
FRANCISCO GONZÁLEZ ARAMBURO

portada de anhelo hernández

primera edición en español, 1969
novena edición en español, 1978

ISBN 968-23-0322-2

primera edición en inglés, 1969

publicado por alfred a. knopf, inc., nueva york
título original: zapata and the mexican revolution

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

ÍNDICE

A MI PADRE Y A MI MADRE

Así, podéis huir y seguir actuando;
podéis deteneros y seguir actuando;
podéis incluso . . . esconderos y seguir actuando.

ERIK H. ERIKSON

PREFACIO

Éste es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución. Nunca imaginaron un destino tan singular. Lloviera o tronase, llegaran agitadores de fuera o noticias de tierras prometidas fuera de su lugar, lo único que querían era permanecer en sus pueblos y aldeas, puesto que en ellos habían crecido y en ellos, sus antepasados, por centenas de años, vivieron y murieron: en ese diminuto estado de Morelos del centro-sur de México.

Hacia principios de este siglo, otras personas, poderosos empresarios éstas, habitantes de las ciudades, creyeron necesario echar a los campesinos con el fin de progresar ellas mismas. Y entre los hombres de empresa y los campesinos fue cobrando forma un vívido conflicto. No sólo en Morelos, sino también en distritos semejantes de otros estados apareció ese conflicto, tal vez menos dramáticamente, pero no con menor aspereza. A todo lo ancho de México, los hombres de empresa pensaron que no podrían mantener su nivel de ganancia o el vigor de la nación sin efectuar cambios fundamentales en el país. Pero, dondequiera que se intentaba cambiar los fundamentos, los campesinos protestaban, pues su única forma de supervivencia conocida era trabajar la tierra de sus padres.

En 1910, después de treinta y cuatro años de gobierno regular, los políticos encumbrados del régimen permitieron que estallase una revuelta por causa de la sucesión presidencial. Los campesinos de Morelos fueron casi los únicos del país que se sumaron deliberadamente a ella. En unos cuantos meses los directores de la rebelión llegaron al poder. Pero fueron tan poco considerados con las tradiciones locales como lo habían sido los hombres a quienes sustituían, y los avances de la libre empresa prosiguieron. Amenazados y desconcertados, los campesinos de Morelos se rebelaron de nuevo. Vinieron entonces cerca de once años de guerra, durante los cuales los pequeños agricultores y jornaleros se convirtieron en guerrilleros y terroristas, soportaron sitios y sabotearon, además de resistir pasivamente a la pacificación. Tenían varios dirigentes, pero el más destacado era un hombre llamado Emiliano Zapata.

Gracias en parte a su insurgencia, aunque debido principalmente a movimientos más fuertes de otro carácter llevados a cabo en otras regiones, México sufrió reformas radicales en la década posterior a 1910. Y en 1920, muerto Zapata, los revolucionarios de Morelos fueron oficialmente reconocidos como cuerpo político legítimo de México.

Incluido en este libro va un relato, y no un análisis, de cómo tuvo lugar la experiencia de los campesinos de Morelos, de cómo su anhelo de vivir una vida tranquila, en un lugar con el que estaban familiariza-

dos, dio lugar a una lucha violenta, de cómo llevaron a cabo sus operaciones, de cómo se comportaron cuando fueron dueños del territorio y cuando estuvieron sometidos, de cómo finalmente volvió la paz y de cómo entonces los trató el destino. Zapata ocupa un lugar destacadísimo en estas páginas no porque él mismo tratase de llamar la atención sobre sí, sino porque los campesinos de Morelos lo hicieron su jefe y constantemente acudieron a él para que los guiara, y porque otros campesinos de la República hicieron de él su paladín. A través de él, los campesinos se abrieron camino en la Revolución mexicana. Si la suya no fue la única clase de experiencia revolucionaria, sí fue, creo yo, la que tuvo mayor significación.

No trato de elucidar aquí abstractas cuestiones de clase. Esta obra es un estudio de historia social y no de sociología histórica. Y es un relato, y no un análisis, porque la verdad de la revolución de Morelos está en algo que yo no podría dar a entender con sólo definir sus factores, sino que la única manera de lograrlo es haciendo una detallada narración. El análisis que pude hacer y que consideré pertinente traté de entretejerlo en el relato, de manera que aparezca en el momento conveniente para comprenderlo.

Para escribir esta obra me he valido, con plena conciencia, de muchas personas y, sin saberlo, sin duda de muchas otras. A todas las instituciones, bibliotecas y particulares que me ayudaron y me facilitaron materiales va aquí mi agradecimiento global, pues muchas fueron y sería demasiado largo enumerarlas. Pero cinco de ellas fueron muy importantes para mi estudio mientras lo preparaba: José María Luján, Jesús Sotelo Inclán, Juan Marichal, Ernest R. May y Oscar Handlin. A todos ellos estoy profundamente agradecido. De ninguna manera les cabe culpa alguna por lo que haya de erróneo, de ingenuo o de deforme en las páginas de esta obra. Pero sin su ayuda poco de lo bueno se encontraría en ella.

JOHN WOMACK, JR.

Cambridge, Mass., 22 de noviembre de 1967

UN PUEBLO ELIGE UN DIRIGENTE

"En Anenecuilco se abre, como una herida, la historia del país. . ."
—GASTÓN GARCÍA CANTÚ.

Situada a unos cuantos kilómetros al sur de Cuautla, en el rico Plan de Amilpas del estado de Morelos, con sus casas de adobe y sus chozas de palma dispersas bajo el sol, en las laderas achaparradas que descuellan sobre el río Ayala, Anenecuilco era, en 1909, una aldea tranquila, entristecida, de menos de 400 habitantes.[1] Era un pueblo que estaba al borde del colapso, y su crisis era tanto la consecuencia de una historia particular, que tenía 700 años de antigüedad, como el resultado de luchas específicas. Pero era también, destacándose entre los detalles singulares, un paradigma de la crisis que sufrían muchos otros pueblos de Morelos y de toda la República.[2]

Durante treinta años, los grandes terratenientes cultivadores de caña de azúcar le habían disputado a Anenecuilco los derechos sobre las tierras y las aguas de la comarca. En los campos, a lo largo de las acequias de riego y en los tribunales, los de Anenecuilco habían luchado por sus derechos a los recursos locales. Pero, por lo general, gracias a que los hacendados influían poderosamente en el gobierno federal de la ciudad de México, a que dominaban el gobierno de Morelos y tenían sujetos a los funcionarios de las cabeceras de distrito, los campesinos perdieron sus pleitos. En 1909, la presión que se ejercía sobre ellos se había vuelto especialmente pesada. En esa primavera, los hacendados de Morelos se apoderaron por completo del gobierno del estado e impusieron la elección de un miembro de su propia banda, notablemente complaciente, como gobernador. Ese verano, el nuevo gobernador decretó una nueva ley de bienes raíces, que reformó los impuestos y los derechos a tierras todavía más en beneficio de los hacendados. Este golpe se sintió duramente en todos los pueblos del estado. En Anenecuilco descorazonó por completo a los viejos que eran los regentes establecidos del pueblo.[3]

Los cuatro ancianos que componían el concejo regente de Anene-

[1] Elizabeth Holt Büttner: "Evolución de las localidades en el estado de Morelos según los censos de población, 1900-1950" (Tesis para la maestría en geografía, U.N.A.M., 1962), pp. 94-7.

[2] Jesús Sotelo Inclán: *Raíz y razón de Zapata. Anenecuilco. Investigación histórica* (México, 1943), pp. 19 *ss.*

[3] *Ibid.*, pp. 173-4. Para el texto de la ley, véase *Semanario Oficial del Gobierno de Morelos,* XVIII, 26, 2.

cuilco reconocieron públicamente que no se sentían capaces de dirigir el pueblo hasta que se sortease la crisis. No hay testimonios de que hubiesen fracasado por falta de valor o por negligencia. Por lo que se sabía, seguían siendo hombres de carácter firme y leal. Uno de los concejales, Carmen Quintero, había participado activamente en la política local desde 1884, y su carrera había comenzado antes de que muchos de los hombres adultos de la aldea hubiesen nacido. Otro, Antonio Pérez, había cargado su rifle para defender las tierras del pueblo desde 1887. Los otros dos, Andrés Montes y José Merino (presidente del concejo), habían cumplido sus deberes firme y fielmente durante más de una década.[4] Tampoco se sabe que los concejales hayan fracasado por no contar con la confianza de las personas a las que representaban. Por lo que se sabe, los aldeanos todavía los respetaban. Por lo menos, los concejales disfrutaban de una confianza "familiar", en la acepción literal del término, puesto que, probablemente, casi todos los de Anenecuilco podían considerar a uno de los cuatro ancianos regentes como tío, tío abuelo, primo, hermano, cuñado, padre, suegro, padrino o abuelo. A lo largo de toda su difícil historia, la aldea había vivido gracias a la fuerza de voluntad de hombres como ellos, y ahora no contaba con una fuerza mejor en la que apoyarse. Lo que anonadaba a los concejales y los hacía sentirse desvalidos era, simplemente, un sentimiento de incapacidad física. Eran, como dijo su presidente (que tenía más de setenta años), demasiado viejos. Antes, la fatiga no los había extenuado. Pero ahora, por la nueva fuerza del influjo de los hacendados, la defensa de la aldea exigía una energía que ellos ya no podían generar. El tener que tratar con los administradores y los capataces de los hacendados, en los términos de la nueva legislación, el enfrentarse al jefe político de Cuautla, el andar contratando abogados, el desplazarse para ir a hablar con el nuevo gobernador de Cuernavaca, el tener que hacer viaje hasta la ciudad de México, inclusive, resultó, de pronto, ser demasiado para hombres viejos. Precisamente porque los concejales eran personas con sentido de responsabilidad, por tradición y por carácter, decidieron traspasar su autoridad a otros que pudiesen dirigir a la gente de la aldea.

En la tarde del 12 de septiembre de 1909, los hombres de Anenecuilco se reunieron a la sombra de las arcadas que se levantaban detrás de la iglesia del pueblo. Sabían que la reunión tenía que ser importante. Para que todo el mundo pudiese acudir, los ancianos la habían convocado para este día, que era domingo. Y para que no se enteraran los capataces de la hacienda no había hecho sonar, como acostumbraban, la campana, sino que se habían pasado el aviso de boca en boca. Se encontraba allí la mayoría de los que eran cabeza de familia y casi todos los demás hombres adultos, pero solteros. Llegaron de 75 a 80 hombres, parientes, amigos,

[4] Para enterarse de Quintero, miembro de los colegios electorales de los distritos, véase *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Morelos,* XVI, 23, 5, y *Semanario Oficial,* VI, 28, 7. Por lo que toca a Pérez, Montes y Merino, véase Sotelo Inclán: *op. cit.,* pp. 155, 159.

parientes políticos, rivales. El presidente del concejo, Merino, les explicó las razones por las que ya no podían seguir haciéndose cargo de los asuntos del pueblo. Los ancianos habían servido al pueblo lo mejor que habían podido durante años, y el mejor servicio que ahora le podían hacer era el de renunciar. Los tiempos estaban cambiando tan rápidamente que la aldea necesitaba algo más que la prudencia de la edad. Era necesario elegir hombres nuevos, más jóvenes, para que los representaran. Luego, Merino pidió candidaturas para su propio cargo.

Modesto González fue el primero en ser propuesto. Luego, Bartolo Parral propuso a Emiliano Zapata y éste, a su vez, propuso a Parral, se hizo la votación y Zapata ganó fácilmente.[5]

A nadie sorprendió. Zapata era joven, pues apenas en el mes anterior había cumplido los treinta años, pero los hombres que votaron lo conocían y conocían a su familia; y consideraron que si querían que un hombre joven los dirigiese, no podrían encontrar a ningún otro que poseyese un sentido más claro y verdadero de lo que era ser responsable del pueblo.[6] Había tenido problemas con las autoridades del distrito, la primera vez cuando sólo tenía diecisiete años, un año o dos después de la muerte de sus padres. Entonces había tenido que salir del estado durante varios meses y esconderse en el rancho de un amigo de su familia, en el sur de Puebla. Pero nadie se lo tomaba a mal: en el campo, los líos con la policía eran casi un grito de libertad. De todas maneras, en los últimos trece años había sido uno de los dirigentes del grupo de hombres jóvenes que habían participado activamente en la defensa del pueblo, firmando protestas, formando parte, como jóvenes, de las delegaciones enviadas ante el jefe político, y ayudando en general a mantener elevada la moral del pueblo.[7] Recientemente, había ayudado a organizar la campaña local de un candidato a gobernador, de la oposición; y aunque su partido había sufrido una desastrosa derrota (se había intimidado a los votantes, se habían escamoteado votos, se había detenido a los

[5] Para la reunión y la votación, véase *ibid.*, pp. 175-176.

[6] Las fechas del natalicio de Zapata varían. Para la de 1873, véase Alfonso Taracena: *Mi vida en el vértigo de la revolución. Anales sintéticos, 1900-1930* (México, 1936), p. 86. Para la de "alrededor de 1877", véase Gildardo Magaña: *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 3 vols. (México, 1934-41), I, 104, y la segunda edición, póstuma, de su obra, 5 vols. (México, 1951-2), I, 94. Véase una suposición semejante en Baltasar Dromundo: *Vida de Emiliano Zapata* (México, 1961), p. 27. En lo tocante a la de "alrededor de 1879", véase Baltasar Dromundo: *Emiliano Zapata. Biografía* (México, 1964), p. 21. Octavio Paz da la de 1883: "Emiliano Zapata", en José T. Meléndez, preparador de la edición de *Historia de la Revolución Mexicana*, 2 vols. (México, 1936-40), I, 319. Los dos historiadores más concienzudos de las cuestiones del zapatismo, Sotelo Inclán y Porfirio Palacios, dan la fecha de 8 de agosto de 1879, como se ve, respectivamente en *op. cit.*, p. 189 y *Emiliano Zapata. Datos biográficos históricos* (México, 1960), pp. 16-17. Dan la misma fecha Alfonso Reyes H.: *Emiliano Zapata. Su vida y su obra* (México, 1963) y Mario Mena: *Zapata* (México, 1959), p. 169.

[7] Palacios: *op. cit.*, p. 20. Sotelo Incán: *op. cit.*, pp. 162-6, 172-3.

dirigentes y se los había deportado a los campos de trabajo forzado de Yucatán), había establecido relaciones con políticos de todo el estado.[8] Después de la promulgación de la nueva Ley de Bienes Raíces, había comenzado a trabajar regularmente con el concejo.[9]

Según las normas del campo, los campesinos sabían que no era pobre: los Zapata vivían en una sólida casa de adobe y tierra, y no en una choza. Ni él, ni su hermano mayor Eufemio, habían trabajado nunca como jornaleros en las haciendas, y ambos habían heredado un poco de tierra y algo de ganado al morir sus padres. Eufemio había vendido su patrimonio para hacerse de un capital con el cual dedicarse a los negocios en el estado de Veracruz, y se había dedicado a buhonero, revendedor, comerciante, y a quién sabe cuántas cosas más. Pero Emiliano se había quedado en la región de Anenecuilco. Trabajaba su tierra, era aparcero de unas cuantas hectáreas más de una hacienda local, y en las temporadas en las que aflojaba el trabajo llevaba una recua de mulas por los poblados del sur situados a lo largo del río Cuautla.[10] También compraba y vendía caballos, aunque no en grande. Por falta de tierras, la familia Zapata había comenzado desde hacía años a tratar en ganado, y Emiliano había aprendido desde joven el oficio. También había aprendido a sentir el orgullo que los caballos despiertan en los hombres, y cuando ganaba algo de dinero lo empleaba en ello; se compraba uno nuevo, le ponía una silla de fantasía a su caballo favorito, se compraba botas y espuelas de calidad, para poder cabalgar orgullosamente en los lomos brillantes del caballo que más quería.

La reputación de conocedor de caballos le dio buenos resultados, pues los dueños de haciendas del centro y del este de Morelos, y del oeste de Puebla, y aun de la ciudad de México decían que era el mejor domador de caballos y se peleaban sus servicios.[11] Pero nunca lo conquistaron con sus elogios y advirtieron siempre en él una independencia laboriosa. Los de Anenecuilco se acordaban de una historia de su niñez, según la cual, siendo niño, había visto a su padre llorar de rabia por causa de la usurpación que la hacienda local había hecho de un huerto que pertenecía al pueblo, y había prometido que su padre recuperaría la tierra.[12] Si ocurrió el incidente, debió tener entonces nueve años de edad, y era el noveno de diez hijos, sólo cuatro de los cuales vivieron hasta alcanzar la edad adulta.[13] Si la historia es apócrifa, la determina-

[8] En el capítulo I se habla de esta elección.

[9] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 174-5.

[10] Serafín M. Robles: "El general Zapata, Agricultor y arriero", *El Campesino*, octubre de 1951.

[11] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 170, 172. Antonio Díaz Soto y Gama: *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo* (México, 1960), pp. 245-6.

[12] Dromundo: *Vida*, p. 129.

[13] Además de Emiliano, sobrevivieron Eufemio y dos hermanas, María de Jesús y María de la Luz. Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 169-70. Mario Gill: *Episodios mexicanos. México en la hoguera* (3a. ed.; México, 1960), pp. 50-1.



Emiliano Zapata, 1914



Emiliano Zapata, 1909



Eufemio Zapata y su estado mayor

Guerrilleros del Ejército Libertador del Sur



Amador Salazar



Pablo Torres Burgos

Zapatista

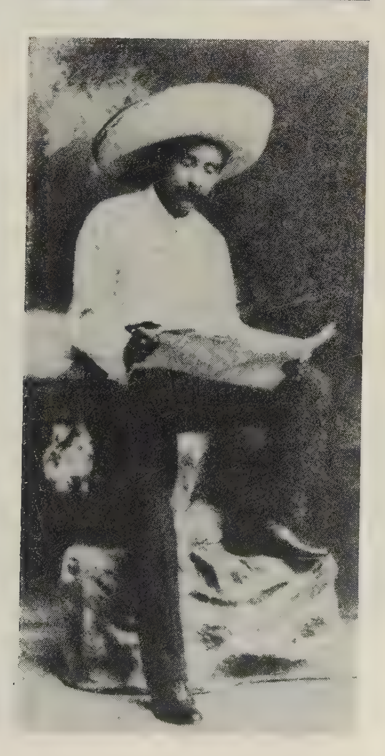




Genovevo de la C



Francisco Mendoza



Fortino Ayaquica



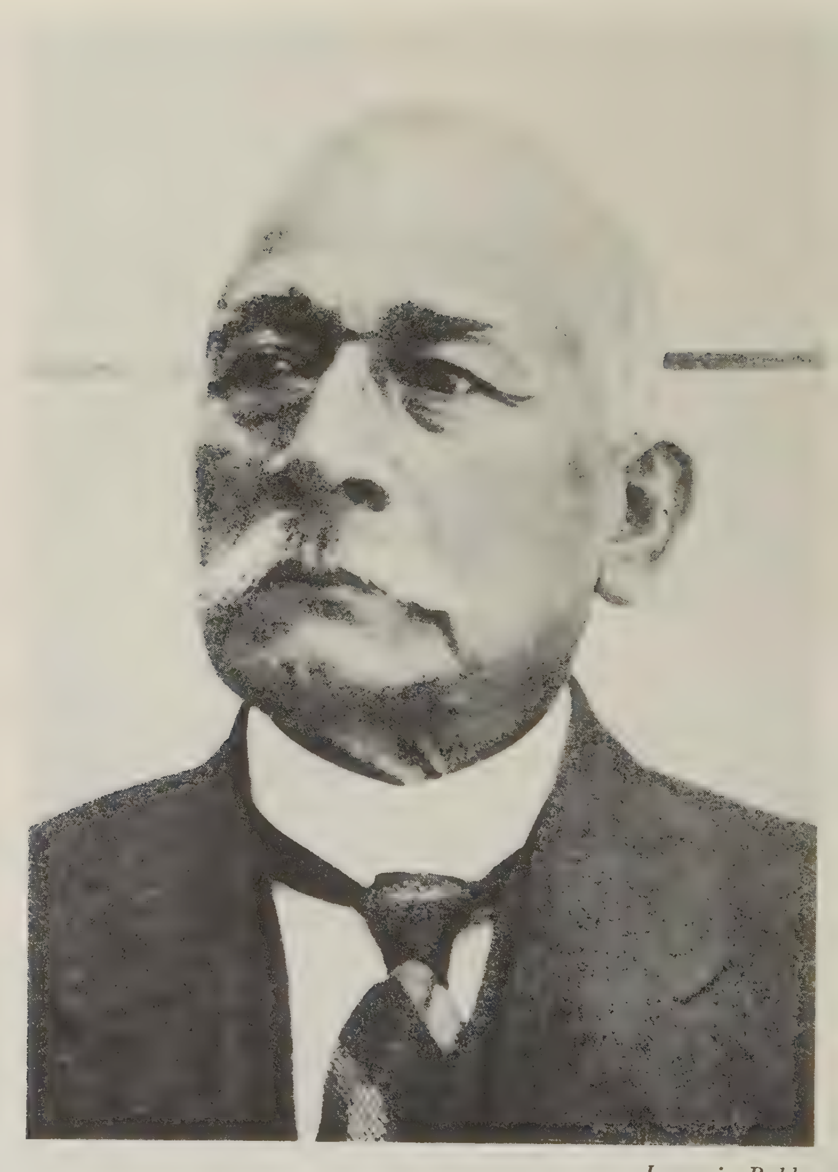
12 de junio de 1911 [Zapata a la extrema derecha]

Madero en Cuernavaca

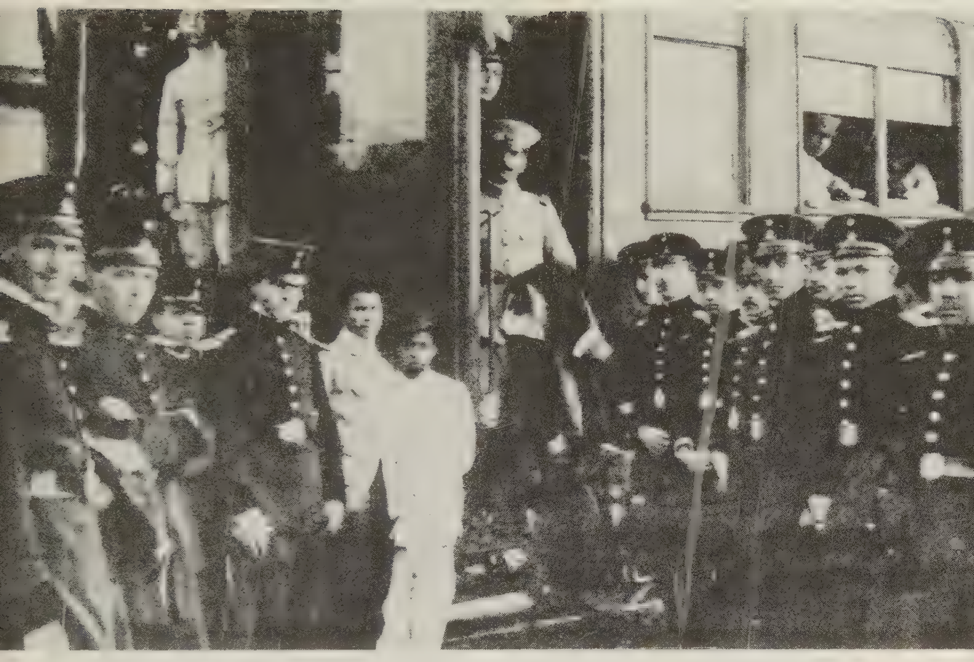
agosto de 1911 [con Victoriano Huerta]



Conferencia de Zapata y Madero en Cuautla



Juvencio Robles



Felipe Ángeles parte a su campaña del sur, en 1912

Delegación zapatista a la Convención de Aguascalientes, 1914. [En la foto de abajo figuran Otilio Montaño, al centro, y Antonio Díaz Soto y Gama, a la extrema izquierda]



Cuernavaca, 1914. De izquierda a derecha, sentados: Benjamín Argumedo, Emiliano Zapata y Manuel Palafox; atrás: Ignacio Ocampo Amezcua, George Carothers y Amador Salazar

Entrada de Villa y Zapata a la ciudad de México, el 6 de diciembre de 1914

Comida en el Palacio Nacional: de izquierda a derecha, José Vasconcelos, Francisco Villa, Eulalio Gutiérrez [presidente interino], Emiliano Zapata y Felícitas Villarreal. Atrás se distingue a Otilio Montaño



Villa y Zapata en la ciudad de México [1914]

Zapatistas desayunando en Sanborn's

Campamento zapatista en Xochimilco, D. F.



Francisco Murguía y Pablo González



Hacienda de Chinameca



Jesús Guajardo



10 de abril de 1919



Gildardo Magaña, sucesor de Zapata

Fotos Archivo Casasola

ción de que se habla en ella sí se podía ver en su mirada; y a veces, aunque era duro como la piedra y nadie se atrevía a gastarse bromas con él, parecía estar a punto de derramar lágrimas. Hombre tranquilo, bebía menos que la mayoría de los demás varones del pueblo, y se agitaba también menos que ellos cuando lo hacía. En cierta ocasión, durante varias semanas, se encargó de los lujosos establos que en la ciudad de México tenía un dueño de ingenios azucareros de Morelos. Era una buena oportunidad para comenzar a progresar social y económicamente, para ir haciendo su lucha y terminar siendo dueño de sus propios establos y tal vez, inclusive, de un ranchito. Pero no era hombre al que le gustase andar con zalamerías, pequeños enredos, dobleces, ni adulonas tortuosidades. Inquieto y deprimido, no tardó en hallarse de regreso en Anenecuilco, donde comentó amargamente que en la capital los caballos vivían en establos que podrían avergonzar la casa de cualquier trabajador de todo el estado de Morelos.[14] Aunque los días de fiesta se vistiese de punta en blanco y cabalgase por la aldea y por el pueblo cercano de Villa de Ayala en su caballo con silla plateada, la gente nunca dudó de que siguiese siendo uno de los suyos. A pesar de sus excelentes caballos y de sus ricos trajes, los de Anenecuilco nunca lo llamaron don Emiliano, lo cual lo hubiese apartado de las moscas, el estiércol y el barro de la vida local, y hubiese trocado el respeto real que sentían por él en una vaga respetabilidad de señor del campo. En Anenecuilco, sentían que era uno de los suyos, y nunca les hizo sentirse mal por tratarlo como a tal. Le llamaban Miliano y, cuando murió, "pobrecito". Para ellos, era un vecino, un primo joven que podría encabezar el clan, un sobrino amado, firme y verdadero.

Éste fue el hombre que los aldeanos eligieron para presidente de su concejo. Pero cuando lo eligieron, también estaban apostando a que no habría de cambiar. Lo que los convencía de que, una vez delegado en él el poder, no habría de cambiar y abusar de su confianza (lo que hizo que la duda no surgiese en la mente de nadie) fue la reputación de su familia. El apellido Zapata era importante en Anenecuilco. Había aparecido por primera vez en los asuntos locales como el nombre de un rebelde, durante la guerra de Independencia, de comienzos del siglo.[15] El padre de Emiliano, Gabriel, hombre tranquilo, popular, trabajador, que tartamudeaba ligeramente, y su madre, Cleofas, eran, por todos conceptos, gente del común, pero trasmitieron a su hijo las cualidades raras y sencillas del valor sin ambiciones y de la integridad empecinada que brillaba a lo largo de la historia de la familia. Los Zapata y los Salazar (la familia de su madre) llevaban en los huesos la historia de México. Cuando un ejército español puso sitio a los rebeldes en Cuautla,

[14] Silvano Barba González: *La lucha por la tierra. Emiliano Zapata.* (México, 1960), pp. 35-45. Sotelo Inclán: *op. cit.*, p. 163.
[15] *Ibid.*, pp. 138-42.

durante la Guerra de Independencia, los muchachos de las aldeas vecinas cruzaron las líneas durante semanas llevando tortillas, sal, aguardiente y pólvora a los insurgentes. Uno de los muchachos de Anenecuilco fue José Salazar, el abuelo materno de Emiliano. Dos de los hermanos de su padre, Cristino y José, habían peleado en la Guerra de Reforma y contra la Intervención Francesa en la década de 1860, y años más tarde Emiliano recordaba aún los relatos que le solían contar de sus campañas contra los reaccionarios y los imperialistas.[16]

Además, había otro José Zapata, cuya vida, definitivamente, puso a la familia Zapata en muy alto lugar en la estimación de la gente de su pueblo. En 1866, durante la Guerra de Intervención, Porfirio Díaz, el joven general republicano, separado de su gobierno, que se había ido a refugiar en el lejano norte, comenzó por cuenta propia a organizar compañías de hombres por el centro-sur de México para tomar parte en el ataque final contra los franceses. En cada vecindario necesitaba contar con un agente digno de confianza para movilizar y encabezar a las fuerzas locales. Su hombre, en los alrededores de Villa de Ayala, fue ese otro José Zapata.[17] Zapata ya era un viejo, pero conocía la región y a su gente como la palma de su mano, y por dondequiera que pasaba despertaba respeto. Tenía su casa en Anenecuilco, y cuando la guerra terminó con la restauración de la República, la gente del lugar y de Villa de Ayala, naturalmente, pensó en él para que los ayudara a restablecer una paz y un orden populares. Durante los tiempos turbulentos de los últimos años de la década de 1860 y principios de la de 1870 fue el dignatario principal de Anenecuilco y desempeñó cargos electivos también en el gobierno municipal de Villa de Ayala.[18] Durante estos años, José Zapata mantuvo fieles conexiones con Díaz, que era entonces un ambicioso político de la oposición, mal orientado y confundido. Organizó un secreto club porfirista en Anenecuilco y mantuvo una correspondencia clandestina con su antiguo jefe en lo tocante a defender las tierras del pueblo contra las haciendas azucareras, las que describió con la frase de "una enfermedad maligna".[19] Los de Anenecuilco lo veneraban: cuando sus camaradas comunicaron a Díaz su muerte, en 1876, le informaron "el fallecimiento de nuestro querido presidente y a quien considerábamos casi como padre".[20] Y durante años siguieron por el camino político que

16 *Ibid.*, p. 192.

17 Victoriano Gómez, al alcalde auxiliar de Anenecuilco, 9 de julio de 1887, Archivo de Jesús Sotelo Inclán (en lo sucesivo ASI). José Zapata a Narciso Medina, 9 de febrero de 1867, ASI.

18 José Zapata al ayudante municipal de Anenecuilco, 10, 12 y 19 de octubre de 1870, ASI.

19 J. Zapata, A. Solares y Teodosio Franco a Porfirio Díaz, 14 de junio de 1874, citado en Alberto María Carreño, encargado de la edición: *Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos*, 24 vols. (México, 1947-58), XI, 142-3.

20 Teodosio Franco, Alfredo Solares y Justino Arriaga a Porfirio Díaz, 23 de

les había trazado, confiando, aun después de que Díaz llegó al poder e incumplió sus antiguas promesas, en que al final se acordaría y los ayudaría a proteger sus campos. Aún en 1892, durante una reñida elección presidencial, jóvenes de Anenecuilco como Eufemio Zapata, Octaviano Gutiérrez y Teodoro Placencia, consideraron que era su deber cívico ingresar en los clubes porfiristas locales y votar por el dirigente en quien José había enseñado a los aldeanos a depositar su fe.[21] No se sabe exactamente cómo estaba emparentado Emiliano con este patriarca, que murió tres años antes de que él naciese, pero José Zapata probablemente era hermano de su abuelo, es decir, era su tío abuelo. Sea como fuere, el papel que desempeñó en la historia de ese pueblo hizo que el apellido Zapata fuese tenido en alta estima.

Finalmente, la seguridad del parentesco se palpaba en el aire mismo de aquella reunión: Emiliano era también sobrino del jefe del momento, José Merino.[22] Los aldeanos sabían que les esperaban duras pruebas en los años venideros. No podían confiar en nadie mejor que Zapata para ayudarlos a salir del apuro.

Luego se presentaron otros cargos electorales y fueron ocupados por jóvenes, que habían sido los dirigentes *de facto* durante los últimos cinco años, de la nueva generación de la aldea. Francisco Franco, amigo íntimo de Emiliano, fue elegido secretario; Eduviges Sánchez y Rafael Merino, hijo de José, fueron nombrados tesoreros, y José Robles fue nombrado vocal. Fue una ceremonia breve y sencilla que consistió en una asamblea, una elección y un traspaso de la autoridad. Realmente, no era excepcional, pues en tiempos difíciles lo tradicional era que los "jueces" ancianos cediesen su lugar a los "guerreros" más jóvenes, y en aquella tarde los tiempos que se avecinaban para Anenecuilco parecían ser especialmente difíciles.

Zapata habló brevemente. Dijo que aceptaba el difícil cargo que se le había conferido, pero que esperaba que todo el mundo le diese su apoyo. Treinta años más tarde, Francisco Franco recordaba que alguien le había gritado a Zapata: "Nosotros te sostendremos, sólo queremos que haya un hombre con pantalones para que nos defienda".[23]

enero de 1876, *ibid.*, II, 300-1. Debo esta cita y la anterior a la generosidad de Jesús Sotelo Inclán.

21 *La Idea Patriótica*, 10 de marzo de 1892.

22 Dromundo: *Vida*, p. 46.

23 Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 175-6.

CAPÍTULO I

EL PRESIDENTE DÍAZ ELIGE UN GOBERNADOR

"Donde manda capitán..."

La Revolución mexicana se produjo porque los políticos encumbrados del país no lograron ponerse de acuerdo, manifiestamente, en lo tocante a quién habría de gobernar cuando muriese el presidente Porfirio Díaz. Estos políticos, apodados los científicos, consideraban que era una ley natural que la nación pudiese progresar solamente bajo su dirección y dominio y para su beneficio propio. Desde los primeros años de la década de 1890 sermoneaban a México acerca de la autoridad a que les daba derecho su ciencia especial y con el tiempo llegaron a convencer de su infalibilidad a grandes sectores del público. Pero hacia 1904 andaban forcejeando con el problema de arreglar la sucesión de Díaz, que llevaba 20 años consecutivos de ser presidente. En 1908, dos años antes de la siguiente elección presidencial, el problema se convirtió en un notorio asunto de Estado. Y al quedar al descubierto sus maniobras, los poderosos resultaron ser ingenuos, traicioneros e incompetentes. Poco tiempo después, su esmerado orden se vino abajo.

Lo que convirtió el problema en crisis fue su publicidad, y lo que le dio publicidad fue el orgullo de Díaz. En febrero de 1908 Díaz concedió una entrevista a un famoso "corresponsal especial" norteamericano, James Creelman, por encargo de una revista norteamericana popular, llamada *Pearson's Magazine*. Díaz le dijo a Creelman que se retiraría definitivamente cuando terminase su período en 1910 y que no "volvería a gobernar otra vez", aunque sus "amigos" se lo rogasen. Consideró que era "una bendición" la formación de un partido de oposición y "prometió que si llega a hacerse fuerte, no para explotar sino para gobernar", "lo sostendré y aconsejaré y me olvidaré de mí mismo en la victoriosa inauguración de un gobierno completamente democrático en el país".[1]

A los 78 años de edad y patéticamente obsesionado con dejar bien establecido su lugar en la historia de México, con estas palabras Díaz no tenía más intención que la de hacer el papel de estadista que se consideraba digno del alto rango que ocupaba en la estimación mundial. Era sincero, pero no serio. Renunciar, retirarse y prometer elecciones libres habían sido desde hacía mucho tiempo sus gestos favoritos, ejecutados siempre sin peligro para el mismo auditorio; para los periodistas, que sólo podían

[1] James Creelman: "Presidente Díaz. Hero of The Americas", *Pearson's Magazine*, XIX, 3 (marzo de 1908), 242.

informar, y nunca para el Congreso, que hubiese podido tomarle la palabra. Y nadie había creído verdaderamente en sus palabras. Pero esta vez había una diferencia que daba a lo que había dicho una significación inesperada: Díaz estaba envejeciendo y no podía ocultarlo. Antes, lo de su retiro habían sido sólo palabras lanzadas al viento y olvidadas. Ahora, en 1908, era un mórbido recordatorio de que, independientemente de que se retirase o no, no tardaría en morir y entonces cambiarían los tiempos.

Durante más de 30 años no había habido actividad política importante en México en que Díaz no hubiese estado metido. Gracias a esto, se había convertido en el único político capaz de maniobrar por el intrincado laberinto de alianzas y armisticios. Para asegurar su dominio, mantenía en la inseguridad todos los tratos; en 1908, prácticamente todo lo de importancia capital dependía de él. La idea misma de su renuncia inquietaba a la gente y estremecía a todos los funcionarios, lo mismo grandes que pequeños. Por su propio bien, Díaz debería haber evitado alarmar al público y lo podría haber hecho negándose a hablar con Creelman, o haciendo que la prensa mexicana modificase convenientemente sus palabras para los lectores mexicanos. Pero ahora, hacia el final de su vida, anhelaba la auténtica gratitud de sus compatriotas todavía más que el respeto de un mundo eduardiano y, en virtud de una esperanza tardía e indiscreta de que pudiese obtenerla con palabras generosas, permitió que el influyente periódico gobiernista de más prestigio en el país, *El Imparcial*, publicase una traducción completa de la entrevista a principios de marzo. Como un repentino doblar sordo de una campana fúnebre real, el informe señaló el fin de una era en México (la de don Porfirio) y el comienzo de otra (Dios sabía cuál) cuando quienes se hiciesen cargo del país tuviesen que actuar por cuenta propia y sin precedentes.

Pero, de hecho, la ceremonia fue una simulación. Díaz no se iba. Le fascinaba montar comedia y mirar a la gente desempeñar los papeles. Y en la entrevista de Creelman se dio gusto de nuevo; le pidió a la gente y a los políticos que actuasen como si ya se hubiese ido, cuando todavía no lo había hecho, ni pensaba verdaderamente hacerlo y siendo que, como todo el mundo sabía, no dejaría de hacer política hasta que estuviese tieso en la tumba. El efecto fue peor que si realmente hubiese muerto. Ningún político del país tenía idea de cómo comenzar a actuar. Los científicos no sabían si pretender que la entrevista no se había llevado a cabo o si tomársela en serio y comenzar a organizar independientemente las elecciones de 1910 tratando de negociar con Díaz el apoyo que pudiesen obtener. A los reformadores les preocupaba también una estrategia: ¿había sido la entrevista una añagaza para que se descararan, o había sido una auténtica invitación para sacar al descubierto sus actividades informales y de aficionados y coordinarlas para formar par-

tidos profesionales? Al hablar de que se iba y al no desaparecer de la escena, Díaz hizo que los políticos mexicanos no supiesen bien a qué atenerse. De tal manera, llenó de confusión las operaciones regulares de todo el sistema.

Aunque, en su entrevista, Díaz había hecho referencia exclusivamente a la política nacional y a la elección presidencial de 1910, la confusión a que dio lugar se manifestó primero al nivel de los estados. Y esto ocurrió a causa de la naturaleza particularmente complicada de las relaciones políticas estatales, en la que jugaban profundos intereses locales y fidelidades de clan. Por lo común, los pactos a que se llegaba eran férreos. Pero cada vez que se abrían fisuras en uno de ellos y se volvía necesario negociar de nuevo quién habría de gobernar el estado, se producía una feroz lucha entre los políticos locales consagrados y los agentes arbitrarios de don Porfirio. Una vez que los agotados contendientes llegaban a un acuerdo, se esforzaban por hacer que durase todo lo más posible. A través de candidatos oficialmente elegidos y de elecciones amañadas, el Estado mantenía el orden político. La durabilidad acordada, sin embargo, dependía de que se prestase escrupulosa atención a todos sus términos, lo cual, a su vez, dependía de la definición clara de los mismos. La entrevista de Creelman hizo borrosas líneas que anteriormente habían sido claras y dio lugar a movimientos independientes en las elecciones para gobernador, de 1909, en los estados de Morelos, Sinaloa, Yucatán y Coahuila. Los funcionarios dejaron que la intriga política se saliera hasta tal punto de cauce que el gobierno federal, con el tiempo, tuvo que renunciar a su simulación de neutralidad y revertir a la imposición de candidatos.

La elección que tuvo lugar en Morelos en febrero de 1909 fue la primera en la que, después de la entrevista de Creelman, se organizó una oposición seria. Comúnmente, sólo después de la muerte de un gobernador en funciones los socios de un pacto estatal se lanzaban a las difíciles tareas de abrir una nueva negociación, y esto fue lo que ocurrió en Morelos. El gobernador Manuel Alarcón, que había sido reelecto para iniciar el cuarto período consecutivo de gobierno en agosto de 1909, murió el 15 de diciembre de 1908.[2] Había permanecido en el cargo durante tanto tiempo gracias, en parte, a que el pueblo de su estado lo respetaba. Para remplazarlo querían, naturalmente, un hombre como él. Y cuando por un ridículo error de cálculo se les presentó un hombre de índole muy diferente, hicieron resistencia. Dos años más tarde, México comenzó a debatirse en el primero de esos espasmos enormes y palpitantes que quebrantaron la autoridad central y dieron rienda suelta a la revolución. Lo que ocurrió en Morelos durante esa crisis natural estuvo determinado, principalmente, por lo que había ocurrido allí durante la elección de 1909.

[2] *Semanario Oficial*, XVII, 32, 1; 51, 1. *El País*, 16 de diciembre de 1908.

Las cosas comenzaron sin dar señal de que pudiesen volverse difíciles. La mañana de diciembre en que murió Alarcón llegó 10 meses después de que Díaz había cantado para Creelman y para la posteridad su fantástica liturgia de abnegación, liberalismo y democracia. Se habían llevado a cabo ya seis elecciones para gobernador, así como elecciones para los congresos federal y de los estados.[3] Y aun cuando se habían llevado a cabo acalorados debates privados y se habían publicado numerosos panfletos en los que se incitaba a la formación de partidos independientes, ningún grupo había hecho acto de presencia pública para tomarle a Díaz su nueva y tolerante palabra. Cuando, en la tarde del 21 de diciembre, al lunes siguiente del funeral de Alarcón, un grupo de hacendados cañeros, abogados y políticos estatales conversaron con Díaz en su despacho presidencial, suponían que su nuevo gobernador sería elegido, como los del año anterior, conforme al procedimiento regular: el día de las elecciones, el gobierno estatal se encargaría de que el candidato indicado las ganase con el margen que se considerase más conveniente. Las conferencias entre Díaz y los dirigentes estatales habrían de determinar quién sería el candidato.[4]

La elección de un sucesor digno de Alarcón no hubiese ofrecido problema. Había sido un modelo perfecto, natural del lugar, cuya carrera política estaba entretejida firme y vitalmente en la historia reciente de la región.[5] Alarcón había nacido, en 1851, en la hacienda de Buenavista, cerca del pueblo de Santa María, situado a unos cuantos kilómetros de Cuernavaca y había tenido una niñez tan pobre y tan dura como la que el México de entonces imponía. Como tenía siete años de edad cuando estalló la Guerra de Reforma y doce cuando llegaron los franceses para instalar en el poder a Maximiliano lo único que había podido aprender era a cultivar la tierra y pelear. A los 15 años se sumó a las fuerzas del coronel republicano del lugar que hizo resistencia al ejército imperialista de ocupación. Su madre lo encontró y se lo llevó de vuelta al hogar, pero huyó de nuevo (esta vez un poco más lejos, hasta Tepoztlán) y se incorporó allí a los republicanos. Después de la guerra, en 1869, el antiguo Tercer Distrito Militar del Estado de México pasó a ser el estado libre y soberano de Morelos. Los cargos oficiales, naturalmente, se concedieron a los veteranos locales de la guerra, y Alarcón, que había participado en los sitios de Cuernavaca y de la ciudad de México, recibió el cargo de jefe de los rurales, o policía federal montada, de los distritos

[3] En Hidalgo, Guerrero, Tlaxcala, Puebla, el estado de México y Morelos, donde Alarcón acababa de ganar. *México Nuevo,* 2 de abril de 1909.

[4] Reseñas de la conferencia en *El Imparcial,* 22 de diciembre de 1908; *Diario del Hogar,* 3 de enero de 1909; *Mexican Herald,* 22 de diciembre de 1908; *México Nuevo,* 2 de enero de 1909; *Actualidades,* 1 de enero de 1909.

[5] En su *Tempest Over Mexico* (Boston, 1935), p. 35, Rosa E. King dice que la gente de Morelos quería "otro indio" para gobernador, "un hombre popular". Lo que querían era una gente del lugar.

de Yautepec y Tetecala.[6] Los forajidos y los asaltantes de camino real que pululaban por Morelos en aquel tiempo no tardaron en descubrir que les convenía más cambiar su zona de operaciones.[7] Militar republicano, cuando los civiles republicanos eran considerados como gastados intrigantes, Alarcón no estuvo de acuerdo con la elección del sucesor de Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, "a Mexican version of Lord Chesterfield".[8] Cuando Díaz, su antiguo jefe en el ejército, se rebeló en 1876 contra el presidente Lerdo, Alarcón, que todavía era jefe de policía del distrito, se pasó a su lado y recibió la comisión de actuar en los estados de Morelos, Guerrero y México. La rebelión de Díaz triunfó y un año más tarde el nuevo gobernador porfirista de Morelos recompensó a Alarcón y lo ascendió a jefe estatal de los rurales. Más tarde, este gobernador gozó fama de haber limpiado de bandoleros el estado; en realidad, lo único que hizo fue dar órdenes para que Alarcón y sus oficiales llevaran a cabo el trabajo de perseguir a los forajidos, darles muerte donde los encontrasen y, lentamente, mes tras mes, restablecer el orden en los distritos.

El México porfiriano tenía en alta estima a los policías duros y los talentos de Alarcón pronto le valieron otros cargos. Hacia 1873 era ya el jefe político.[9] En 1884, fue elegido para la legislatura del estado y desempeñó, a la vez, los oficios de secretario de gobierno.[10] Y conservó su empleo de jefe de la policía estatal. A pesar de su mala salud, visitó los 26 municipios de Morelos, se dio a conocer de los notables del lugar y cultivó su apoyo.[11] A fines de 1870 y principios de 1890 se había convertido en el político más fuerte del estado, y cuando el gobernador en funciones murió a mitad de período, en 1894, Alarcón se hizo cargo del interinato sin vacilaciones ni problemas; fue elegido por derecho propio dos años más tarde e inauguró un gobierno severo, pero benévolo, que terminó sólo con su muerte.[12]

Antes y después de ser gobernador, la vida de Alarcón fue un éxito público. El secreto fue un profundo y astuto conocimiento de los problemas sociales fundamentales del estado. Estaban éstos constituidos por el conflicto entre el puñado de poderosos hacendados azucareros (o sus administradores, cuando aquéllos, como de costumbre, estaban ausentes) y la multitud de dirigentes de los pueblos y rancherías y de pequeños agri-

[6] Ireneo Paz. *México actual.* Galería de contemporáneos (México, 1898), p. 43.

[7] J. Figueroa Doménech; *Guía general descriptiva de la República Mexicana. Historia, geografía, estadística,* etc., 2 vols. (México, 1899), II, p. 370.

[8] La frase está tomada de Frank A. Knapp, Jr.: *The Life of Sebastián Lerdo de Tejada, 1823-1889. A Study of Influence and Obscurity* (Austin, 1951), p. 154.

[9] Su distrito era el de Cuautla. Paz: *op. cit.,* 43.

[10] *Periódico Oficial,* XVI, 61, 1; 57, 3.

[11] Véase Cecilio A. Robelo: *Revistas Descriptivas del estado de Morelos* (Cuernavaca, 1885), *passim.*

[12] *El Orden.* Periódico oficial del estado de Morelos, X, 49, 2-3; 50, 2. *Semanario Oficial,* II, 33, 1.

cultores. Ambos bandos habían sido siempre entusiastas de su respectiva causa, pero la lucha se hizo desesperada hacia 1880. La terminación del ferrocarril de Veracruz a la ciudad de México, en 1873, había rebajado los precios del transporte en el centro de México, y al tenderse un ramal hasta Cuautla en 1871 y hasta Yautepec, en 1883, los hacendados comenzaron a importar maquinaria pesada y a construir grandes ingenios azucareros para abastecer a los grandes mercados nuevos que se estaban abriendo. Para cultivar mucha más caña que antes, consideraron que era más fácil cultivar más tierras que hacerlo con mayor eficacia. Comenzó una carrera para apoderarse de la tierra, del agua y de la mano de obra.[13] Hacia mediados de 1890, los hacendados llevaban, con mucho, la mejor parte y más tarde poco fue lo que se cambió. Pero Alarcón se hizo popular al prestar oídos a las peticiones de los campesinos, y llegó a veces a hacer concesiones.[14] Él, que por aquel entonces era también dueño de una hacienda, tenía el talento del muchacho pobre que ha triunfado para inspirar en la ruda gente del campo el sentimiento de que la comprendía.[15] Y necesitaba poseer este talento, porque en realidad no la podía ayudar. En el Morelos de aquellos años ningún gobernador habría podido dejar de favorecer a los hacendados que, cada vez más, veían con malos ojos hasta las demostraciones verbales de respeto por los aldeanos y los pequeños agricultores. En la práctica, lo único que un político podía hacer era realizar todos los gestos de una transacción, simular, hacer malabarismos, fingir, hacer actos de magia; y para eso Alarcón era un auténtico genio, de ahí su éxito. Si hubiera vivido (si la dieta del campo mexicano no hubiese corroído sus entrañas y no le hubiese hecho morir de gastroenteritis a la edad de 57 años) habría podido cambiar el curso de la rebelión en su estado dos años más tarde, y tal vez, mediante algún pacto juicioso, la habría podido prevenir por completo.

¿Quién vendría después de tal hombre, policía popular, nacido del pueblo y capaz de leer en su corazón? Se mencionaron cuatro candidatos en la conferencia con Díaz del 21 de diciembre. Uno de ellos fue Luis Flores, el sustituto regular de Alarcón, secretario de gobierno de Morelos en repetidas ocasiones durante los últimos 30 años. Otros dos eran colaboradores personales de Díaz y dirigentes del Partido Nacional porfirista: Demetrio Salazar, abogado de la ciudad de México, yerno de un antiguo gobernador de Morelos y especialmente influyente en Cuautla, y Antonio Tovar, coronel del ejército y antiguo político que todavía gozaba de popularidad en los pueblos y las ciudades pequeñas

[13] Domingo Díez: *Bibliografía del Estado de Morelos* (México, 1933), pp. clxix-clxxi. Véase un análisis detallado de este proceso en el capítulo II.

[14] *Ibid.*, pp. clxxviii-clxxxi.

[15] Su hacienda era Temilpa. Véase Domingo Díez: *Dos conferencias sobre el estado de Morelos* (México, 1919), p. 56. Un buen retrato del gobernador Alarcón en acción puede verse en Mrs. Alec Tweedie: *Mexico As I Saw It* (Nueva York, 1901), pp. 291-353.

del estado. Otro candidato posible era Agustín Aragón, natural de Jonacatepec, que se había convertido en uno de los intelectuales más distinguidos de México.[16] Cualquiera de éstos hubiese sido un buen candidato, un hombre con merecimientos propios y respetado en el estado, de manera que su imposición no hubiese producido un grave descontento. Pero durante las conversaciones, surgió otra figura, tan poco creíble que las murmuraciones políticas del día siguiente lo confundieron con su primo, que era entonces gobernador del Distrito Federal.[17] Era el jefe del Estado Mayor de Díaz, Pablo Escandón.

Alarcón debe haberse estremecido en su tumba. En toda la República, no se hubiese podido encontrar un hombre que se le pareciese menos. Los Escandón habían adornado la corte imperial de Maximiliano, habían ayudado a financiar el ferrocarril de Veracruz-ciudad de México, habían tenido haciendas famosas, y recientemente, como un Escandón había sido nombrado gobernador del Distrito Federal, se habían apoderado de la sociedad metropolitana. Los Escandón, que eran unos de los figurines más vistosos de México, verdaderos atractivos para un turismo de lujo, se habían exhibido durante tan largo tiempo que, hasta 1900, habían perdido casi toda capacidad de ser alguna otra cosa. En los primeros años del nuevo siglo, el apellido Escandón figuraba todavía destacadamente en los periódicos, pero en las columnas de sociales. De este vigoroso y moribundo árbol, Pablo era la última frágil ramilla.

Estaba muy superficialmente relacionado con la política de Morelos, y la idea de que lo pudiese gobernar a la manera flexible, pero firme, de Alarcón era un absurdo. Espíritu delicado, educado, como muchos otros jóvenes de su clase, en el Colegio Jesuita de Stonyhurst, en Inglaterra, Pablo había regresado a México y hacia 1900 se había consagrado al negocio familiar del azúcar en Morelos.[18] No tardó en conquistarse la reputación de ser "progresista" de los Escandón. Los hacendados de todo el país consideraban que la hacienda de los Escandón en Atlihuayán, cerca de Yautepec, era "una propiedad modelo".[19] Sus actividades económicas y el pago de impuestos en Morelos no tardaron en darle recompensas políticas de menor cuantía. En 1902, fue

[16] *México Nuevo*, 2 de enero de 1909. Por lo que respecta a Tovar y a Salazar, véase Ricardo García Granados: *Historia de México, desde la restauración de la República en 1867, hasta la caída de Huerta*, 2 vols. (2a. ed., México, 1956), II, 48. Aragón era editor de la *Revista Positiva*, publicación mensual de la ciudad de México, "filosófica, literaria, social y política", que llevaba el lema de "Orden y Progreso" y la fecha conforme al calendario de Comte. Véase Eduardo Blanquel: "La *Revista Positiva* de don Agustín Aragón y la historia de la ciencia en México", *Memorias del Primer Coloquio Mexicano de Historia de la Ciencia*, vol. I (1964).

[17] *El Imparcial*, 22 de diciembre de 1908.

[18] King: *op. cit.*, p. 33. *Semanario Oficial*, VII, 28, 2-3.

[19] *Mexican Herald*, 22 de diciembre de 1908.

elegido senador suplente del estado y en 1906 fue reelegido.[20] Así también, de vez en cuando había desempeñado el cargo de diputado federal por Morelos. Pero no tenía ni pizca de político. El presidente Díaz reconoció sus verdaderos talentos: desde el momento en que Pablo ingresó al ejército (con el grado de capitán) Díaz lo conservó en su Estado Mayor.[21] Delicado adorno, Pablo garantizaba la corrección del estilo del régimen. Se desempeñó con acierto y a lo largo de los años fue recibiendo ascensos regulares. En 1908 era teniente coronel.

Era pues uno de los más elegantes duquesitos de México, refinadísimo y adulón, que contemplaba ante sí una larga y rica vida de majestuosos y vistosos desfiles.[22] Entonces, en virtud de un nombramiento aparentemente trivial, Díaz lo envió a Cuernavaca como su representante oficial para presidir los funerales de Alarcón, y la vida comenzó a amargársele. Mientras se encontraba allí, atendiendo a la ceremonia, un grupo de hacendados y administradores, encabezados por Antonio Barrios, Ramón Corona y Fernando Noriega, le hizo una visita. Le sugirieron que se interesase en ser el nuevo gobernador de Morelos.[23] No se rehusó y aquéllos, alertados, arreglaron la conferencia con Díaz para el lunes siguiente. Cuando, en las conversaciones del lunes, llegó el momento de escoger un hombre, hicieron a un lado a los demás y eligieron a Pablo. Con ello, le arruinaron la vida.

Nadie mejor que Pablo sabía que la elección era políticamente ridícula. Lo que menos quería era convertirse en gobernador, como más tarde se lo contó lamentándose a una amiga de Cuernavaca, Rosa King, dama inglesa que tenía un hotel. Andar mezclado en lo que llamó "detestable política local" era suficiente para encoger el corazón de cualquier caballero.[24] Sus amigos generosamente comentaron que era "demasiado aristocrático" para dedicarse a las duras tareas del gobierno. Otros, con menos generosidad, dijeron que su carrera se había limitado "a las antesalas del Palacio" y que lo único que había visto de lo que pasaba en México era lo que alcanzaba a verse "a través de las ventanas palatinas o de los cristales de su limusine".[25] Inquietos políticos civiles se preguntaron angustiosamente si su candidatura podría indicar el predominio del partido militar entre los colaboradores íntimos

[20] *Semanario Oficial,* VIII, 29, 1; XV, 28, 1.

[21] *México Nuevo,* 2 de enero de 1909.

[22] Manuel Márquez Sterling, el escritor y diplomático cubano, escribió cosas poco elogiosas de Escandón después de conocerlo en el Palacio Nacional en 1904. Véase su *Psicología profana* (Habana, 1905), pp. 79-80. Véase también su obra titulada *Los últimos días del presidente Madero. Mi gestión diplomática en México* (2a. ed., México, 1958), pp. 15-6, 332-3.

[23] *El Imparcial,* 22 de diciembre de 1908. *Diario del Hogar,* 3 de enero de 1909.

[24] King: *op. cit.,* p. 33. La viuda King tenía uno de los dos hoteles de Cuernavaca en aquella época, el de Bella Vista.

[25] *Actualidades,* 1 de enero de 1909.

mos de Díaz. Pero esto era una tontería. ¡A quién se le podría ocurrir que Pablo Escandón anduviese envuelto en tan burdas maniobras!, y no tardaron en perder sus temores. El nuevo diario independiente de la capital titulado *México Nuevo* describió con exactitud el significado de su vida en el ejército, "el prestigio del coronel Escandón entre el gremio militar —dijo— es sólo un merecido prestigio de perfecto sportsman".[26]

¿Por qué razón se elegía a un "perfecto sportsman" para gobernar un estado, especialmente cuando iba a ser el sucesor de un gobernador que era un verdadero hijo del lugar, que había sido popular y había estado lleno de "llaneza"? Evidentemente, no tenía sentido. Pero para los hacendados que conversaron con Díaz aquella tarde de diciembre, no se trataba de un porqué, sino de un porqué no. Manuel Araoz, jefe de la comisión (y vicepresidente del Partido Reeleccionista Científico) era uno de los principales hacendados de Morelos.[27] Sus tres haciendas abarcaban ya más de 10 000 hectáreas de las más fértiles tierras del estado; el gobierno local habría podido vivir con los impuestos que él solo pagaba. Pero quería poseer todavía más tierras de cultivo, sacar todavía más rendimientos a su inversión. El problema no consistía en pagar el precio; aunque la tierra en Morelos costaba más que en cualquier otra parte del país, con excepción del Distrito Federal, los hacendados podían pagarla. Lo que resultaba difícil para Araoz y sus colegas hacendados era que se pusiesen en venta. Casi no quedaban tierras del gobierno.[28] Aun ofreciendo condiciones atractivas, los hacendados no podían convencer a los campesinos para que les vendieran sus derechos a las tierras. Para adquirir tierras, tenían que recurrir a maniobras políticas y judiciales, a confiscaciones, fallos judiciales, juicios hipotecarios y títulos impugnables. Manuel Araoz quería un gobernador al que pudiese utilizar. Prefería no tener que tratar con alguien como Tovar, hombre de atractivos populares propios, el cual, inclusive en cosas de poca monta, se le podría enfrentar. Para Araoz y la mayoría de los demás hacendados la entrevista con Creelman significó que podían dejar de hacer el papel hipócrita de "padres responsables del estado", organizarse en clase y seguir disfrutando del respaldo oficial. Al desaparecer providencialmente Alarcón, se vieron en libertad de ser todo lo miopes que quisieran. Así, pues, que no les diesen a Tovar: lo que querían era un "perfecto sportsman", un hacendado como ellos mismos, un buen socio del Jockey Club, un figurín social de espíritu delicado, que se mantendría alejado y los dejaría hacer.

[26] *México Nuevo*, 2 de enero de 1909.

[27] Respecto de la política de Araoz, véase García Granados, *op. cit.*, II, 48. En el apéndice A, en el cuadro de las haciendas, se ve cuáles eran sus propiedades. Poseía también dos de los veinticuatro ingenios azucareros de Morelos.

[28] Manuel Mazari: "Bosquejo histórico del estado de Morelos" (MS, 1930), p. 109. Consulté esta obra gracias a la generosidad de Valentín López González.

El propio Díaz, tal vez, habría preferido a alguien que gozase de mayor popularidad en el lugar. En la conferencia, les dijo a los hacendados que también le parecían buenos los demás hombres mencionados. Pero Araoz y sus amigos eran personas importantes y querían a Pablo; Díaz sabía que, al menos, resultaría anodino y cedió. Pablo protestó débilmente ante don Porfirio y le dijo que no quería "el nombramiento", pero cuando se le replicó que era su deber aceptarlo, aceptó.[29] Al día siguiente, los demás hombres que habían sido propuestos comenzaron a alegar la imposibilidad de aceptar sus candidaturas. Y el 22 de diciembre, Pablo Escandón se convirtió en la figura a la que el pueblo de Morelos creyó que tendría que acostumbrarse durante los tres años y medio siguientes, por lo menos.

La máquina porfirista se puso a caminar rápidamente. Barrios, Corona y Noriega convocaron a una asamblea de los principales hombres de negocios y profesionistas del estado que habría de realizarse el 30 de diciembre en el hotel Moctezuma de Cuernavaca. Allí Corona, secretario de la comisión, les informó que Díaz había aceptado la proposición de la candidatura de Escandón y que éste estaba conforme. La asamblea, inmediatamente, reconstituyó el famoso Club Central Porfirio Díaz, que designó formalmente a Pablo candidato. Al día siguiente, un grupo menos impresionante, de notables políticos y sociales del lugar, provenientes de los seis distritos del estado, se reunieron en Cuernavaca para enterarse de la formación del club y de la presentación de su candidato.[30] El propio Escandón dio alientos a estos fieles jefes de las ciudades y de los pueblos mediante una breve aparición.[31] Y después de discutir problemas locales comunes, de intercambiar chismes y rumores y de darse gusto como políticos que están fuera de su casa volvieron a sus hogares para comenzar a arreglar la elección.

Hasta aquí todo parecía ser rutina. Se hicieron invitaciones para los banquetes en honor de Escandón en la ciudad de México.[32] Es verdad que en la prensa independiente aparecieron enfadados recordatorios de que la candidatura de Escandón no excluía necesariamente a las demás, que Díaz se había expresado bien, asimismo, de hombres más populares, y que si se le dejase elegir a Morelos escogería a Flores (o a Tovar o a Salazar).[33] El 23 de diciembre el *Diario del Hogar* había convocado a una campaña formal de oposición. "El momento es precioso" —aseveró. Pero estas desvalidas protestas no tardaron en acallarse. Y aún después de la convención escandonista del 31 de diciembre, en Cuernavaca, no se vieron señales públicas de rechazo político. Si la entrevista con Creelman había perturbado la política del estado, los prin-

[29] King: *op. cit.*, p. 33.
[30] *Diario del Hogar*, 3 de enero de 1909. *El Diario*, 25 de enero de 1909.
[31] *Diario del Hogar*, 1 de enero de 1909.
[32] *El Imparcial*, 5 y 7 de enero de 1909.
[33] *México Nuevo*, 2 y 4 de enero de 1909.

cipales beneficiarios parecieron ser los hacendados, que se sintieron autorizados a nombrar un gobernador pelele.

Pero, sin fanfarrias ni banquetes, había ocurrido ya algo excepcional. Al conocerse las nuevas de la ofensiva de los hacendados, una resistencia de los naturales se había comenzado a formar calladamente tras las bambalinas en Morelos.[34] Si tales empresas habían sido cosa rara, era únicamente porque Díaz, por lo común, las frustraba, no porque faltara la materia prima. En cada distrito del estado (lo mismo que en cada uno de los estados de la República) había familias que tenían agravios con las autoridades locales. Para algunas, el motivo de queja era simplemente la pobreza; para otras, la prolongada separación de la política importante por culpa de que sus padres, sus tíos o ellos mismos se habían puesto del lado de los perdedores, cuando Díaz había tomado el poder por primera vez, años antes; para otras más se trataba de un resentimiento específico contra un funcionario en particular. Estas familias descontentas formaban una vaga comunidad de oposición. Las más viejas e importantes se conocían entre sí, o por lo menos estaban enteradas las unas de las otras, y algunos de los hombres eran reconocidos en los distritos como jefes de la oposición. Por supuesto, los cultivados y los destacados eran gente de ciudad, que vestían cuello blanco, zapatos, ropa interior y mantenían relaciones importantes, aunque precarias, con la gente que estaba en el poder. Pero en su mayor parte, y más firmemente, la oposición estaba constituida por familias del campo, por clanes disidentes desparramados por el campo. Por lo común no abrían la boca y dejaban que los empleados, los tenderos, los editores y los abogados fuesen los que hablasen, pero cuando se decidían a obrar lo hacían en serio. No era gente con la que pudiese uno andarse con bromas, estos campesinos y pequeños agricultores que eran la gente del común del estado de Morelos. Sus antepasados habían tomado parte en algunos de los episodios más dramáticos y difíciles de la historia de México. Sabían por experiencia qué eran la dignidad y la independencia y durante cuánto tiempo la paciencia y la cortesía podían legítimamente contenerlos. Y no se les podía intimidar. El propio Díaz, que había luchado e intrigado por toda la región, solía decir "esos chinacates del sur son bravos".[35] Cuando tomó el poder, en 1876, y comenzó a organizar su régimen, los demócratas del campo fueron desapareciendo gradualmente de la vista pública y los liberales de las ciudades fueron aceptando que se les dejara fuera. Pero ellos y sus hijos mantenían las esperanzas liberales de la República Restaurada de 1867. La oposición que estaba brotando ahora contra Escandón (la ciudad y el campo uni-

[34] Antonio Sedano: "Andanzas militares del coronel republicano Antonio Sedano y algunos relatos históricos del estado de Morelos" (MS, 1919), p. 18, ASI. La prensa no informó plenamente de la oposición hasta el 7 de enero de 1909, a través de *México Nuevo*.

[35] Sotelo Inclán: *op. cit.*, p. 186.

dos, la ciudad como vocero del campo) era, a la vez, un renacimiento, una reorganización y un retorno para ellos.

Sin embargo, México pertenecía todavía a don Porfirio. E independientemente de que fuesen tenderos o agricultores, los hombres de la oposición de Morelos sabían que no debían perder su tiempo en planes para llevar a cabo una campaña regular. Durante el porfiriato, rara vez tuvieron lugar enfrentamientos electorales directos: la política práctica consistía en concertar pactos. Y para obligar a los hacendados a llevar a cabo nuevas negociaciones de las cuales pudiese surgir un candidato oficial más representativo, la oposición de Morelos tendría que mostrarle a Díaz que merecía su atención. La estrategia exigía no que se hiciese una campaña en toda forma, sino una que comenzase con un gran estallido de energía. Si pareciese ser lo bastante fuerte y se produjese lo bastante pronto, Díaz podría considerar que el trabajo de sofocarla era más costoso que las molestias de llegar a un entendimiento con ella. El problema real que se les presentaba a los dirigentes de la oposición era el de si podrían contar con el tiempo y la libertad de acción necesarios para impresionar a Díaz. Como hicieron su cálculo de probabilidades en función de la entrevista con Creelman, se sentían optimistas. Si los hacendados habían pensado que la entrevista los autorizaba a obrar irresponsablemente, los dirigentes de la oposición pensaron que daba garantías de una protección más prolongada y amplia (aunque nunca absoluta) para las actividades políticas independientes.

Como el objeto de sus esfuerzos era llegar a concertar un pacto, sabían que había un hombre del que no podían prescindir. Era el general Francisco Leyva, héroe local de la Guerra de Intervención y primer gobernador del estado. De 73 años de edad y residente en la ciudad de México se había quedado fuera oficialmente, mirando hacer, durante los últimos 30 años, pero eso no quería decir que no contase. Para los que estaban dentro, en la capital, representaba a los que estaban fuera, en Morelos, y era una suerte de oficial de orden, a sueldo tanto de los que tenían arreglada una situación como de los que no la tenían. Este cargo lo desempeñaba en virtud de que había formado parte de uno de esos armisticios informales que son esenciales para la política mexicana. El armisticio (con Díaz) había sido institucionalizado y había cambiado para bien una hostilidad que se había iniciado a fines de la década de 1860. Después de la Guerra de Intervención, Díaz andaba tratando de encontrar una base política desde la cual desafiar al presidente Juárez. Una de sus ideas más descabelladas fue la de tratar de conseguir la gubernatura de Morelos en 1869.[30] Leyva se había quedado

[30] También aspiró a la presidencia en estos años, así como al cargo de presidente de la Suprema Corte (el vicepresidente efectivo) y se presentó como diputado federal por varios distritos. Véase Daniel Cosío Villegas: *Historia moderna de México. La república restaurada. La vida política* (México, 1955), pp. 86-9.

con el cargo: durante la guerra reciente había sido jefe militar de la zona, y después, en calidad de diputado por ese distrito al Congreso, había logrado que se le diese la categoría de estado.[37] Pero Díaz se entrometió y perdió en una elección libre por 57 contra 174.[38] Las relaciones entre Leyva y Díaz se agriaron todavía más cuando el hermano de Leyva encontró la muerte, dos años más tarde, mientras trataba de sofocar una rebelión local en apoyo de la revuelta de La Noria, de Díaz.[39] Cuando Díaz, en 1866, derrocó al presidente Lerdo, del cual dependía Leyva, arrojó violentamente del poder a Leyva y no le permitió nunca volver a la política en el estado de Morelos. Pero esto no impidió que la gente siguiese informalmente reconociendo la autoridad política de Leyva; para muchísimas familias de Morelos, Leyva seguía siendo el verdadero jefe. Y por esto era por lo que tenía importancia para Díaz. Pues Díaz gobernaba dos repúblicas, su propio México oficial de caballeros de levita y una raída y descontenta república de parias. Cuando se abría una disputa entre Díaz y esa otra república desharrapada, los viejos jefes arrinconados desde fines de la década de 1870 eran los únicos que podían mediar. Si la comunidad de los oposicionistas desparramada por Morelos en 1909 quería volver a negociar la cuestión de quién habría de ser el gobernador, sólo Leyva podría ser su vocero.

Alrededor de las Navidades, emisarios de la oposición se reunieron con el general, en su casa de la ciudad de México, para discutir planes. Sabían el prestigio de que gozaba su nombre en Morelos y trataron de conseguir que se presentase como candidato. Se negó "porque estaba demasiado viejo", pero propuso a sus dos hijos, Alfredo, que era inspector en el Departamento de Policía del Distrito Federal, y Patricio, agrónomo y funcionario del Departamento de Aguas del Ministerio de Fomento.[40] La comisión, provisionalmente, aceptó a Patricio.

Después, el general Leyva arregló una entrevista con Díaz. El 28 de diciembre, una semana después de los hacendados, se acercó al presidente y le preguntó cuál sería su opinión si se formase una campaña rival. A Díaz no le costó trabajo responder: lo único que Leyva pudo decirles más tarde a los de la comisión fue que el Presidente le había dado seguridades de que "le será grata la persona en quien los ciuda-

[37] Véanse los Papeles de Francisco Leyva, Legajo 8 en el Archivo General de la Nación (en lo sucesivo: AGN); también, Díez: *Bibliografía*, pp. cxlvii-cliii, y Manuel Rivera Camba: *Historia de la intervención y del Imperio de Maximiliano*, 5 vols. (2a. ed., México, 1961), I, B, 736-7. Leyva tuvo que traicionar al estado al que anteriormente había servido en el Congreso, el estado de México, para separar sus distritos de Morelos. Véase Pantaleón Tovar: *Historia Parlamentaria del Cuarto Congreso Constitucional*, 4 vols. (México, 1872-4), III, pp. 284-5, 422, 452.

[38] Informes más detallados de la campaña están en *La Opinión Nacional* del 22 de abril al 15 de junio de 1869.

[39] Alberto Leduc, Luis Lara y Pardo, y Carlos Roumagnac: *Diccionario de geografía, historia y biografía mexicanas* (París, 1910), p. 558.

[40] *México Nuevo*, 14 de febrero de 1909. Díez: *Bibliografía*, p. clxxxiii.

danos de Morelos sufragarán libremente".[41] El reconocimiento de dientes para afuera de la voluntad popular y el supuesto respeto de Díaz por la ley electoral no eran muy alentadores. Los oposicionistas vacilaron antes de comenzar a trabajar. No sabían si se les dejaría actuar durante un tiempo suficiente y no fue sino una semana más tarde, el 4 de enero, cuando el grupo de Cuernavaca hizo una convocatoria para una convención en favor de Leyva, que tendría lugar el 7 de enero.[42]

En los últimos instantes se discutió algo, un posible sustituto de Patricio, pero la magia del nombre del viejo general zanjó la cuestión para la convención.[43] Un día antes de su reunión, se anunciaron las fechas oficiales de la elección: el 7 de febrero para las primarias, cuando se integraban los colegios electorales; el 21 de febrero para las secundarias, cuando votaban los colegios.[44] Esto quería decir que contaban sólo con un par de semanas para organizar una campaña fulminante, que fuese lo bastante fuerte para hacer reconsiderar la cuestión a Díaz. Los nombres tenían atractivo y la oposición necesitaba todo el atractivo gratuito que pudiese obtener: el hijo de Leyva fue formalmente elegido candidato.[45]

De manera que, hacia el 8 de enero, un poco más de tres semanas después de la muerte de Alarcón, la política de Morelos había cobrado un nuevo aspecto. Para hacer resistencia a las maniobras francas de los hacendados por lograr el dominio completo, se había constituido una oposición. Cualquiera que pudiese ser su estrategia, se había reunido en convención, se había puesto de acuerdo en nombrar un candidato, y la prensa nacional estaba informando seriamente del asunto. Simplemente por hacer uso del general Leyva, aunque fuese a través de su hijo, la oposición parecía ser capaz de imponer un nuevo pacto. Hacia el 10 de enero, apenas dos días después de la convención leyvista, los rumores comenzaron a circular. Se decía que Escandón, a petición de su familia, había abandonado la contienda y que Leyva, probablemente, recibiría la aprobación personal de Díaz.[46] Los políticos respiraron. Es verdad que al día siguiente Escandón negó los rumores; y al afirmar los leyvistas que no se podía proponer a Escandón, puesto que no era residente del estado, se vio claramente que ningún bando abandonaría la lucha si no se ejercían presiones más fuertes o más suaves.[47] Pero esto no era sino la prueba inicial de nervios, y nadie dudaba de que las partes disputantes no tardarían en encontrar una manera política de zanjar sus diferencias. Era increíble que un candidato tuviese la

[41] *México Nuevo*, 7 de enero de 1909.
[42] *Ibid.*, 9 de enero de 1909.
[43] *Ibid.*, 6 y 7 de enero de 1909. *El Imparcial*, 8 de enero de 1909.
[44] *Semanario Oficial*, XVIII, 2, 3.
[45] *México Nuevo*, 11 de enero de 1909.
[46] *Diario del Hogar*, 10 de enero de 1909.
[47] *México Nuevo*, 11 de enero de 1909.

fibra suficiente para competir 6 semanas en una elección estatal. Además, no habría razón para intentarlo, si la estrategia de la oposición tradicional funcionaba.

Pero, por primera vez en 30 años, no dio resultado. La política del país entero se había llevado a cabo en desorden durante varios meses. Y aquí, en Morelos, los procedimientos regulares se arruinaron finalmente. La disputa prosiguió hasta el final y cuando los colegios electorales votaron seis semanas más tarde la oposición no sólo no había transado y se había perdido en el olvido, sino que inclusive había ganado votos. A medida que se fue realizando la campaña cambió el carácter mismo de la elección. Se formaron clubes políticos fuera de los confines seguros de Cuernavaca y la oposición original se extinguió; el pueblo de Morelos salió del sopor en que lo mantenían sus voceros de la ciudad y aprendió a luchar independientemente, y de manera más peligrosa.

Era perturbador que la disputa hubiese durado tanto: el registro de cualquier voto de la oposición, y más aún el de una votación nutrida, preocupaba a los jefes políticos. Pero que la oposición campara por sus respetos era francamente alarmante. Los poderes establecidos del estado no temían a los liberales de las ciudades de Morelos. Si estos pequeños comerciantes, tenderos, abogados, periodistas y maestros de escuela de los diversos distritos se habían armado de valor y habían hecho resistencia a un arreglo ofensivo de los asuntos públicos, también era verdad que seguirían siendo espíritus amantes del orden. Los procedimientos de que echarían mano serían regulares y había formas regulares de confinar su oposición, pero que la gente del campo se atreviera a hablar era desagradable y aterrador. Cuando la gente del común del estado (los campesinos, los peones de los hacendados, los arrieros, los zapateros y los pequeños agricultores y rancheros) se lanzó, en el transcurso de la campaña, a hacer su propia política, infringió todos los principios consagrados de la política estatal. La conmoción que provocaron reavivó antiguas disputas y dio lugar a nuevas querellas, tan intensas que inclusive en una era de tranquilidad hubiesen tenido que pasar años para arreglarse.

Todo esto ocurrió en Morelos a causa de la simultaneidad casi accidental de acontecimientos políticos más importantes, que tuvieron lugar en la ciudad de México. Ninguna oposición estatal, aun cuando lo quisiese, podía durar sin un padrino poderoso en la capital. Antes de 1911 rara vez se habían presentado problemas, pues no existían grupos independientes de importancia nacional. Después de la entrevista de Creelman se multiplicaron los esfuerzos tendientes a la formación de tales grupos, pero no fue sino en diciembre de 1908 cuando uno de ellos logró reunir la combinación necesaria de seriedad, respetabilidad y ambición. Este grupo se llamó Club Organizador del Partido Democrático. Los demócratas querían evitar que el vicepresidente en funciones, Ramón Corral, fuese reelegido en 1910 y pudiese llegar a presidente si Díaz moría

antes de terminar su período, en 1916. Esperaban lograr convencer a Díaz de la falta de méritos de Ramón Corral, haciendo campaña como partido político para provocar una opinión pública unida contra Corral. Las elecciones estatales y para el Congreso de 1911 habían tenido lugar demasiado pronto para que la oposición local se beneficiase de su interferencia. Pero las dispersas elecciones para gobernador, de 1909, les ofrecerían, a la vez, una oportunidad de adquirir experiencia para 1910 y de educar al pueblo y a Díaz. La elección de Morelos coincidió exactamente con los pasos que los funcionarios del Club Organizador tomaron para formar su partido democrático.[48] Si se hubiesen organizado más pronto, el papel que hubiese desempeñado Morelos habría sido algo diferente. A comienzos de 1909, el Partido tenía todavía una organización y una estrategia vagamente definida y sus miembros estaban todavía en libertad de obrar por cuenta propia. Según la opinión que cada uno se formaba de lo que el Partido quería, los demócratas se sumaron a ambos bandos en Morelos.

Los dos demócratas más importantes que tomaron parte en la campaña eran ambos periodistas destacados y secretarios del comité ejecutivo del Club Organizador. Pero actuaron en direcciones opuestas. Uno de ellos era Juan Sánchez Azcona, director del periódico *México Nuevo*, recientemente fundado, que dio su apoyo a Patricio Leyva, el 13 de enero, después de una entrevista que sostuvo con él ese día. No se les había unido hasta entonces porque los leyvistas, que confiaban en el pacto tradicional previo a la elección, habían insistido en actuar como amigos personales del viejo general y se habían negado a formar un partido auténtico, con un programa.[49] Sánchez Azcona había ayudado a organizar a los demócratas precisamente porque quería poner fin a esa clase de acción política e introducir un sistema nuevo e impersonal.[50] Pero no tardó en darse cuenta de que no había tiempo para organizar tal trabajo serio en Morelos.[51] Políticamente independiente y democrático en lo personal, tal vez lo conmovió la retórica populista de Leyva. ("Garantizar los intereses del pueblo es garantizar los intereses de la patria", afirmó Patricio.)[52] Y el propio Patricio se declaró enemigo del "reeleccionismo", no tanto de la reelección de Díaz y de Corral en 1910, como del hábito general de arreglar pactos en vez de permitir y fomentar campañas rivales en toda forma. Ése era tal vez el meollo del asunto para Sánchez Azcona. Tomando en cuenta los orígenes de la candidatura de Pablo Escandón y la pequeña esperanza que representaba Patricio Leyva, decidió prestar a éste el influyente apoyo de que disponía. Tam-

[48] García Granados: *op. cit.*, II, 45-6.
[49] *México Nuevo*, 11 de enero de 1909.
[50] Juan Sánchez Azcona: *La etapa maderista de la revolución* (México, 1960), pp. 28-30.
[51] *México Nuevo*, 13 de enero de 1909.
[52] *Ibid.*, 15 de enero de 1909.

bién se pasaron a los leyvistas, entonces, los demócratas Gabriel y Alfredo Robles Domínguez y Francisco Cosío Robelo.[53]

Otros demócratas querían usar el partido para educar más específicamente al pueblo en general y apoyar al anciano, pero poderoso e ilustrado, gobernador de Nuevo León, el general Bernardo Reyes, para la vicepresidencia.[54] Desde hacía mucho tiempo, el general Reyes había parecido ser el heredero aparente de Díaz; y so capa de constituir un partido, los demócratas reyistas confiaban en poder concertar un pacto personal a la vieja usanza. Para lograrlo, podrían utilizar las relaciones militares y sociales de Escandón. El miembro principal de este grupo era el otro secretario ejecutivo del Club Organizador, Heriberto Barrón, destacado agente de Reyes. Estrechamente aliado con él en pro de Escandón estaba otro demócrata y reyista conocido, Diódoro Batalla. Barrón hizo pública su actitud el 21 de enero, cuando publicó una larga entrevista con Escandón en su periódico de la ciudad de México, llamado *La República.* Fue un intento de retocar el retrato de Escandón para recapturar algunas de las simpatías independientes que Sánchez Azcona había conquistado ya para Leyva. La causa de Escandón había sufrido descalabros especialmente desde que éste, en entrevista reciente de una revista popular, había confesado que no sabía nada de Morelos.[55] En *México Nuevo,* Sánchez Azcona no se cansó de recordar a sus lectores esta metida de pata, ni de hacer bromas acerca de los partidarios que Escandón tenía en Morelos, a los que motejó de "Cuernavaca Jockey and Sugar Club".[56] Sobre todo, Sánchez Azcona sacó partido del hecho de que Escandón no había logrado presentar ni siquiera una vaga idea de cuál sería su actividad en el estado, de resultar electo. Entonces Barrón inclinó hábilmente los platillos de la balanza en favor de Escandón con la entrevista del 21 de enero, que publicó en su propio periódico. En él le proporcionó a Escandón un inobjetable programa que era, casi palabra por palabra, el mismo programa que el Partido Democrático había adoptado el día anterior en su convención de la ciudad de México.[57]

Liberar a los municipios del control de los jefes políticos, prestar más atención a la educación primaria, garantizar la libertad de expresión y de prensa, mejoras cívicas, abolición de la capitación estatal, todo esto, que el *Mexican Herald* comparaba con el "Trato justo" de Theodore Roosevelt, formaba el programa de Escandón.[58] Pocos se lo tomaron en

[53] Alfredo Robles Domínguez: "Mis memorias políticas", publicado por entregas en *El Hombre Libre,* 22 de septiembre de 1930.

[54] Sánchez Azcona: *op. cit.,* p. 30.

[55] *Actualidades,* 8 de enero de 1909.

[56] *México Nuevo,* 5 y 14 de enero de 1909.

[57] Véase el "Programa político del Partido Democrático", 20 de enero de 1909, citado en [Luis Cabrera]: *Obras políticas del Lic. Blas Urrea* (México, 1921), pp. 391-4.

[58] *Mexican Herald,* 10 de febrero de 1909.

serio, pero de todas maneras Barrón se anotó un tanto con la entrevista. Al día siguiente, *México Nuevo* se comió caballerosamente sus palabras y elogió el valor "democrático" demostrado por Escandón al publicar un plan tan digno de encomio.

La entrevista despertó gran interés en los círculos independientes de la ciudad de México: Barrón había dado una nueva forma no sólo a la imagen de Escandón, sino también, irrevocablemente, a los términos de la elección. Había comenzado por ser una disputa local que tenía como objeto un pacto local. Ahora se había convertido, también, en una guerra de prestigio entre las dos facciones principales del principal grupo político independiente de México. Y para ellos no podía haber pacto. Escandón habría de ganar, por supuesto, pero los demócratas de ambos bandos entendían que, habiéndose sumado a la lucha, debían mantenerla abierta y justa hasta el final. La prueba estribaba en obtener libremente la votación. Para ellos, la lucha carecía de sentido sin esa prueba final en el día de elecciones, cuando Escandón o bien ganaría o bien, más o menos embarazosamente, tendría que ser impuesto. (Al parecer, no pensaron en lo que harían si las embarazosas dificultades, o dicho de otra manera, la brutalidad resultase muy grande.) El primer paso para obtener la victoria en la votación consistía en dar publicidad a la necesidad de que se votase, es decir, en abandonar los procedimientos regulares de la oposición y acudir directamente al pueblo. La operación no tenía precedentes, pero tanto Escandón como los demócratas de Leyva se pusieron a trabajar.

Esto complicó enormemente la tarea de los políticos naturales de Morelos. Ambos equipos locales habían organizado ya el asunto a su manera en Cuernavaca, y de lo que menos sabían era de cómo hacer la publicidad, o dicho de otra manera, era lo que menos les había preocupado. Pero a medida que comenzaron a llegar demócratas al estado a mediados de julio, los dirigentes locales se fueron resignando poco a poco a actuar como sus agentes. La ayuda de la ciudad de México trastornaba sus organizaciones, pero era demasiado tentadora para rechazarla.

El trastorno era menos grave para los escandonistas. En su calidad de partido oficial, desde un principio habían dependido de sus conexiones en la ciudad de México, y del presidente Díaz, sobre todo. Los jefes políticos, los administradores de hacienda y los ediles municipales que estaban arreglando la elección de Escandón habían comenzado a obrar como agentes de los directores foráneos desde antes de que llegaran los demócratas. Simplemente, conservaron los papeles que les habían sido asignados. Y los demócratas reyistas no se hicieron cargo personalmente de nada, ni desplazaron a nadie, sino que únicamente procuraron dar un carácter más personal a la publicidad. Con dinero, ideas y oradores, desarrollaron, perfeccionaron y ampliaron la campaña escandonista, pero no cambiaron su centro de dirección, que siguió siendo la ciudad de México.

En cambio los leyvistas, que comenzaron a actuar como agentes libres, llevaron a cabo una reforma completa. Su base original estaba en Cuernavaca, que nada tenía de ciudad rebelde. Conforme a una vieja costumbre, los poderosos cansados de la capital nacional habían acudido a ella siempre para disfrutar de las deferencias de los nativos. Los dirigentes originales, Antonio Sedano y sus hijos Ignacio y Enrique, eran naturales de Cuernavaca y dignos productos de su clima. Años antes, durante la Guerra de Intervención, Antonio Sedano había prestado servicios junto al general Leyva y en la década de 1870 había figurado entre sus partidarios. Cuando Leyva cayó en 1876, Sedano cayó tambien, pero no en la miseria o en el olvido. Habiendo renunciado a su cargo en el ejército, se dedicó a los negocios en Cuernavaca y, con el tiempo, llegó a ser un respetado comerciante de la ciudad. Durante varios años, había actuado como juez de un tribunal de primera instancia, sin goce de sueldo, pues carecía de título de abogado, y en 1894 había sido elegido suplente en el concejo municipal. Sus parientes disfrutaban también de una mediana prosperidad, ocupaban puestos de menor importancia en la burocracia del estado, votaban en los colegios electorales y educaban a sus hijos en la escuela secundaria de Cuernavaca junto a los niños de las familias más destacadas de Morelos.[59] Los Sedano conocían los usos y costumbres porfirianos, así políticos como sociales, y los respetaban. Antonio Sedano y sus hijos nunca pretendieron pasar por "demagogos" o competir realmente con Escandón. Sujetando cuidadosamente todo el procedimiento de la negociación a los principios establecidos, actuaban solamente en virtud de una invitación oficial a que presentasen sus convicciones. En los distritos del estado, copias menos brillantes de los Sedano ejecutaban las directrices de Cuernavaca. Y los tratos se habían venido llevando a cabo conforme a lo planeado, hasta que los independientes de la ciudad de México ofrecieron su ayuda. Los reyistas de Cuernavaca no podían rehusarla y, a medida que los demócratas se infiltraron en su organización, el monopolio que habían ejercido de la política oposicionista se deshizo.

Esto ocurrió no sólo en virtud de la participación de los demócratas, sino porque estos cambiaron el meollo y la dirección del movimiento leyvista. Aunque nunca desaparecieron las huellas del primer esfuerzo por llegar a un pacto, despues de mediados de enero se vieron sumidos en la actividad de una campaña popular en toda forma. No le quedaba otro recurso, a un partido de la oposición, para obtener una nutrida votación, sin contar con mucho dinero o con las ventajas de las conexiones oficiales. Indudablemente, los métodos de los Sedano, concebidos con fines muy

[59] Sedano: *op. cit.*, pp. 1-18. International Bureau of the American Republics: *Commercial Directory of the American Republics, Supplement, Containing Corrections of Errors in Volume two of the Commercial Directory* (Washington, 1899), p. 268. *Periódico Oficial*, II, 7, 2; IX, 51, 3. *Semanario Oficial*, III, 51, 6; IV, 2, 2; 29, 2-3.

diferentes, no habrían de servir; ni tampoco, como no tardó en verse, el método de la ciudad de México, de un debate informado. En la práctica, el problema tenía una solución fácil. Lo que haría que la gente del común se interesase y entusiasmase tanto que se decidiese a votar en favor de la oposición sería una promesa directa de hacer algo por poner remedio a las duras condiciones de su existencia. Si no se podía ni intimidar, ni comprar a los partidarios, sí por lo menos se les podía hacer promesas. Una vez que se redefinieron el propósito y la estrategia del movimiento, los demócratas tuvieron que reformar también su organización. En general, la reforma consistió en una expansión, en reunir más miembros y en organizar más clubes en el estado. En las dos semanas transcurridas desde que los demócratas se habían incorporado a la campaña, los leyvistas organizaron alrededor de 25 clubes regulares en otras tantas ciudades y pueblos, y publicaron que contaban con más de 1 500 miembros.[60] Pero en el proceso se llevó a cabo también un cambio más importante del control, que con el tiempo reorganizó la estructura de la oposición en el estado y subsistió después de que los demócratas hubieron regresado a sus oficinas de la ciudad de México.

El cambio consistió en que los leyvistas de Cuernavaca tuvieron que hacerse a un lado para admitir a los leyvistas de Cuautla. Y fue importante porque no podía quedar convertido en un simple desplazamiento del control, en el que las dos bases se contrapesarían la una a la otra. Pues inclusive en la oposición, Cuernavaca era conformista, era una colonia de la ciudad de México de don Porfirio. Pero Cuautla era el corazón de Morelos, el centro real del orgullo y del patriotismo del estado, que contaba con vigorosas tradiciones de democracia populista que se remontaban, con mucha anterioridad a la época de don Porfirio, hasta los primeros y difíciles días de la lucha por la independencia nacional.[61] Los hacendados consideraban que los peones de los alrededores de Cuautla eran los más quisquillosos de México,[62] e inclusive los comerciantes del lugar compartían este espíritu desafiante. El equilibrio entre Cuernavaca y Cuautla no podía durar, porque Cuernavaca era partidaria de una oposición manipulada y Cuautla representaba una resistencia vigorosa y auténtica. No había espacio suficiente en la política de Morelos para las dos fuerzas; y cuando los demócratas ayudaron a organizar Cuautla, condenaron a Cuernavaca, y al espíritu de moderación.

En efecto, habían dado rienda suelta a la gente del común de Morelos. El 22 de enero, viernes y día de trabajo, en la primera y gran demostración de la campaña, cerca de 1 500 personas asistieron a una reunión

[60] *México Nuevo*, 18, 20-23, 25-29 y 31 de enero, 2 y 5 de febrero de 1909.

[61] Algunas de las razones históricas del orgullo local se leen en Luis Chávez Orozco: *El sitio de Cuautla. La epopeya de la guerra de independencia* (México, 1931), y Walter S. Logan: *The Siege of Cuautla, The Bunker Hill of Mexico* (Nueva York, 1893).

[62] *Mexican Herald*, 7 de febrero de 1909.

en Cuautla para celebrar la formación del Club Político Liberal Leyvista.[63] La multitud abarrotó las calles y plazas de la ciudad y estalló en manifestaciones de apoyo al general Leyva y a su hijo. Fue una señal. En las partes oriental y central del estado (sus regiones tradicionalmente independientes) los hombres que habían venido soportando desde hacía mucho tiempo a los jefes que oficialmente les habían impuesto se fijaron en Cuautla, se armaron de valor y siguieron su ejemplo.

Lo que ocurrió dos días más tarde y a unos veinte y pico de kilómetros de allí, en el pueblito de Villa de Ayala, fue característico. Refugio Yáñez había sido presidente municipal del pueblo, y era todavía popular y respetado. Pablo Torres Burgos era un maestro de escuela (cuando la escuela del pueblo tenía dinero para abrir sus puertas) que a menudo había ayudado a los agricultores del lugar para resolver cuestiones legales sencillas: sabían que era hombre de buen corazón y confiaban en él. Luciano Cabrera era otro ilustrado ciudadano de Ayala que a menudo había hecho las veces de abogado en las disputas de tierras del pueblo.[64] Estos tres juntos formaron un grupo leyvista, al cual le dieron el nombre de un héroe liberal del siglo XIX, el de Melchor Ocampo, e invitaron a los agricultores de la región a que formaran parte del club. Vecinos descontentos y parientes de los pueblos circunvecinos acudieron al llamado en número de cerca de 80. Entre ellos figuraron varios hombres de Anenecuilco: Francisco Franco, que pasó a ser secretario del club, Eduviges Sánchez, Rafael Merino, Emiliano Zapata y el ahora anciano, pero en otro tiempo confiado porfirista, Teodoro Placencia.[65] En ese mismo día, en Jojutla, situada a 104 kilómetros al suroeste, el Club Pro Voto Libre del lugar llevó a cabo la reunión leyvista más grande de la campaña, después de la de Cuautla, y atrajo a más de un millar de peones y campesinos hacia la ciudad.[66]

Apenas un poco más de dos semanas después de haber comenzado por una maniobra cuidadosamente preparada, la disputa Escandón-Leyva se había convertido en una lucha agitada y pública por conquistarse el favor de la multitud. Por todos conceptos, los escandonistas dieron prueba de un mayor profesionalismo; como detentaban el poder económico y el político, podían pagar u obligar a sus empleados para que asistiesen a los actos públicos.[67] Pero los leyvistas eran más populares. Evidentemente, tenían que echar mano de la táctica de azuzar el descontento rural: se difundieron por el estado manifiestos en los que apareció la demanda campesina militante de "Tierras y aguas" y oradores "no autorizados"

[63] *México Nuevo*, 25 de enero de 1909.

[64] Para Yáñez, véase *Semanario Oficial*, II, 15, 3, y XVIII, 6, 3-4. Para Torres Burgos, véase Octavio Paz: "Estalla la bomba", *El Universal*, 30 de junio de 1929, y Mazari: *op. cit.*, p. 116. Para la ayuda que los tres dieron a los de Anenecuilco, véase Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 159-61.

[65] *México Nuevo*, 4 de febrero de 1909.

[66] *Ibid.*, 28 de enero de 1909.

[67] *Ibid.*, 28 y 31 de enero, 2 y 6 de febrero de 1909.

comenzaron a insinuar que Patricio procuraría llevar a cabo una redistribución general de tierras, inclusive de propiedad privada.[68] En respuesta a esto, dirigentes de los pueblos, como Genovevo de la O, del pueblo de Santa María, se declararon en favor de Leyva y comenzaron a presentar sus viejas reclamaciones contra las haciendas vecinas.[69] Los escandonistas se sintieron celosos, indignados y, después, nerviosos y belicosos; y los leyvistas, a manera de reacción, se fueron volviendo más provocativos y audaces. En un pequeño pueblo del noroeste de Cuernavaca, por ejemplo, un diligente leyvista, Fermín Bello, fue visitado por un policía de Cuernavaca y llevado a la ciudad para hablar con el jefe político. El jefe le preguntó a Bello que cómo iba su campaña y Bello se lo dijo, es decir, le dijo que iba bien. Entonces el jefe le informó que como Escandón tenía que ganar ("Don Porfirio así lo quiere") su pueblo no podía ponerse del lado de Leyva y que, a menos de que Bello disolviese inmediatamente su club, él y sus partidarios serían enviados a campos de trabajos forzados en Yucatán tan pronto como Escandón llegase al poder. "Donde manda capitán —terminó diciendo el jefe, al estilo porfiriano— no gobierna marinero." En cualquier elección anterior, Bello se habría vuelto a su pueblo y habría disuelto el club. Ahora, se negó a hacerlo y se fue directamente a ver a los Sedano. En esa misma tarde, el comité ejecutivo del club leyvista de Cuernavaca convocó a un mitin de protesta y envió una queja al ministro del interior.[70]

La lucha por conquistarse a la mayoría calentó los ánimos tan gravemente que los políticos, tanto los escandonistas como los leyvistas, lo mismo los locales que los nacionales, se vieron en apuros para limitar la lucha a asambleas y discursos. Lo que llamó cada vez más la atención de los observadores, por los peligros que encerraba, no era la arrogancia de los hacendados, que era cosa esperada, sino el renacimiento del encono y del sarcasmo descarado en la gente del común.[71] Impulsos de orgullo estatal, de patriotismo nacional y una vaga pero poderosa conciencia de clase se estaban trocando en un sentimiento casi violento en favor de Leyva. Y una vieja recamarera del hotel de Cuernavaca le dijo a Alfredo Robles Domínguez qué es lo que pensaba de la campaña. "Figúrese usted, ¿cómo no hemos de querer al niño Patricio, si es criollito de aquí? Además, don Pancho [es decir el padre de Patricio]

[68] Díez: *Bibliografía*, p. clxxxiii. La prensa escandonista habló de estos ofrecimientos a fines de enero y principios de febrero; la prensa leyvista siguió negando que estuviesen autorizados, y pidiendo que los escandonistas dijesen quién los había hecho. Véase, por ejemplo, *El Diario*, 30 de enero de 1909 y *México Nuevo*, 31 de enero de 1909.

[69] Genovevo de la O: "Memorias, I", aparecido por entregas en *Impacto*, 31 de diciembre de 1949. Entrevista personal con Daniel de la O.

[70] *Diario del Hogar*, 12 de febrero de 1909. Entre los que firmaron la carta figuraron leyvistas que se hallaban en Cuernavaca atendiendo asuntos propios. Uno de ellos fue Emiliano Zapata, de Anenecuilco.

[71] *Mexican Herald*, 3 de febrero de 1909.

ha sido defensor de los pobres y hasta mandó fusilar a un gachupín hacendado cuando fue Gobernador, que hizo apalear a un peón hasta que lo dejaron casi muerto. No tiene usted idea —siguió diciendo— cómo abusan los hacendados y sobre todo los administradores gachupines." [72]

En virtud de la fusión de orgullo militante, ánimos caldeados, insultante arrogancia y puro y simple resentimiento irritado estalló finalmente, el 1 de febrero, un motín en Cuautla. Cuando ocurrió, la gente se quedó pasmada, como si se lo hubiesen estado medio esperando durante largo tiempo: no podían sorprenderse, pero tampoco podían creerlo verdaderamente. Este episodio decisivo fijó finalmente el significado esencial que la gente veía en la campaña y estableció irrevocablemente el carácter con el cual habrían de recordarlo.

Los acontecimientos transcurridos en Cuautla la semana anterior al motín habían montado perfectamente los elementos de la explosión. El nuevo club leyvista de la ciudad había tratado de organizar una reunión para el domingo 24 de enero, cuando llegarían comerciantes y trabajadores en gran número, como todos los domingos. Pero el jefe político, Enrique Dabbadie, había negado el permiso. Nervioso a causa de la gran celebración inaugural de dos días antes, en que les había dado plena libertad a los leyvistas, temió que si otorgaba más libertades el distrito de Cuautla se pasase al lado de Leyva. Lo menos que le podría pasar, entonces, sería que perdiese su empleo, y a no ser que se le dieran órdenes en contrario, no iba a correr riesgos: después de que se reunió la primera multitud, había puesto prácticamente a la ciudad en estado de sitio, y en todas partes se veían tropas federales, policías y gendarmes municipales.[73] Pero las conexiones democráticas y la presión general de la opinión pública movieron al gobierno en favor de los leyvistas y después de que el Club de Cuautla presentó una queja Dabbadie cedió. Los leyvistas recibieron permiso para hacer una reunión al domingo siguiente, 31 de enero. A lo largo de la semana, hicieron sus preparativos, enviaron noticias y avisos y organizaron un grupo auxiliar de damas.[74] Luego, casi como si fuese un desafío, el periódico escandonista de la ciudad de México, *El Diario*, anunció a mediados de semana que los campeones de Escandón llevarían a cabo una gira, en la que se detendrían en todas las estaciones de ferrocarril del estado de Morelos.[75] Oradores de fama nacional como Barrón, Diódoro Batalla e Hipólito Olea hablarían desde el último vagón del tren de campaña en las pequeñas estaciones y haciendas de la línea de ferrocarril.[76] En las ciudades más grandes, las celebridades desfilarían por la plaza principal y pronunciarían dis-

[72] Robles Domínguez en *El Hombre Libre*, 24 de septiembre de 1930. *Gachupín*, como se sabe, es un término peyorativo que se aplica a los españoles, o, por extensión, a cualquier persona arrogante (y blanca) que hable español.

[73] *México Nuevo*, 31 de enero de 1909.

[74] *Ibid.*, 2 de febrero de 1909.

[75] *El Diario*, 28 de enero de 1909.

[76] *Ibid.*, 30 de enero de 1909.

cursos en forma. Su primera parada, como indicó *El Diario,* sería Cuautla, el lunes 1 de febrero, un día después de la reunión leyvista.[77] No podían haber elegido un lugar más arriesgado, ni una oportunidad más tonta.

A pesar de la nerviosidad, la reunión leyvista se llevó a cabo sin trastornos el domingo. En el último minuto, Dabbadie amenazó con retirar su permiso y luego a las 4 p.m. lo confirmó finalmente, pero hasta las 6 p.m. solamente, hora en que, según dijo, la policía federal limpiaría las calles. También prohibió que la banda de los leyvistas tocase para dar la bienvenida a los oradores cuando llegasen a la estación del ferrocarril. Y puso guardias rurales alrededor de la plaza principal en cuanto comenzó la reunión. No obstante, clubes leyvistas de esa parte del estado (sin exceptuar el Club Melchor Ocampo de Villa de Ayala) llegaron en gran número a Cuautla; y, tomando en cuenta las provocaciones de que se les hizo objeto, se condujeron con notable corrección. Dieron la bienvenida a sus oradores sin música, gritaron vivas a Díaz y a los dos Leyvas, se mantuvieron relativamente tranquilos y desalojaron las calles hacia las 6 p.m.[78] Pero Dabbadie había sentido el entusiasmo de la multitud y, como buen policía, se olió qué es lo que podría ocurrir al día siguiente cuando llegasen a la ciudad los escandonistas. Esa tarde, el Ministerio de la Guerra envió un destacamento del 23r. batallón de infantería a Cuautla bajo el mando del coronel Juvencio Robles.[79]

El tren escandonista llegó a Cuautla poco antes del mediodía del día siguiente. Bajo malos auspicios, se oyeron gritos a Leyva, mientras el distinguido grupo desfilaba por el camino que conducía a la plaza. Como el lunes era un día de trabajo, muchos de los asistentes no habían acudido por voluntad propia, sino por presión de Dabbadie. La multitud no tenía muchas simpatías por su elegante huésped que se hallaba de pie en la plataforma con sus bien pagados retóricos. Molestaban a los oradores gritos esporádicos de "mueran los gachupines". El entusiasmo de la multitud fue bajando, y por último, un orador, Hipólito Olea, pidió un viva a Escandón. Para su ultraje y embarazo, varias personas le replicaron con un "¡Viva Leyva!" Olea montó en cólera y comenzó a insultar a la multitud, llamándoles "imbéciles" y "vagos malagradecidos". Le comenzaron a tirar piedras y la multitud se trocó rápidamente en una turba vociferante y amenazadora. Los rurales se prepararon para disparar y la gente se dispersó en tremendo desorden.[80]

Esa tarde, estando la plaza ocupada por tropas y por la policía federal, Dabbadie colocó un aviso oficial en el que anunciaba la venganza que se habría de cobrar por el espectáculo de la tarde. "Queda

[77] *Ibid.*, 28 de enero de 1909.

[78] *Diario del Hogar*, 31 de enero y 2 de febrero de 1909. *El Sufragio Libre*, 3 de febrero de 1909.

[79] *Mexican Herald*, 3 de febrero de 1909.

[80] *México Nuevo,* 4 de febrero de 1909. *La República*, 4 de febrero de 1909.

estrictamente prohibido —declaró— proferir gritos insultantes o cometer cualquier acto que rompa la paz. Los culpables —terminó diciendo con desvergonzada amenaza *ex-post facto*— serán severamente castigados".[81] Comenzaron inmediatamente las detenciones. Comerciantes, obreros, oficinistas, peones fueron llevados a la cárcel; unos sin que se les hiciesen acusaciones, otros sin haber participado siquiera en la reunión y la mayoría, simplemente, en virtud de sus reputaciones. Los tribunales locales negaron protección: los pocos que como Pablo Torres Burgos, de Villa de Ayala, pidieron amparo fueron encerrados con igual rapidez y permanecieron en la cárcel durante el mismo espacio de tiempo. Las detenciones prosiguieron al día siguiente, hasta que Cuautla tenía más leyvistas en la cárcel que cualquier otro distrito del estado.[82] Y las repercusiones se propagaron mucho más allá del feudo de Dabbadie. Al día siguiente del motín, Patricio Leyva perdió su empleo en el Ministerio de Fomento, por no negar que sus agentes habían prometido tierras a los campesinos.[83]

De hecho, no había ocurrido mucho; se habían tirado unas cuantas piedras, se habían proferido gritos, amenazas, se habían llevado a cabo multitud de detenciones, pero no había habido derramamiento de sangre. No obstante, el incidente pareció ser portentoso: en el motín todo el mundo vio lo que se había temido que sería resultado final de la elección. Y eso convirtió el resto de la campaña en un anticlímax. Pues "para la gente culta", comentó quejándose un científico periodista de la ciudad de México, el asunto había empezado siendo "una lucha serena, ilustrada, de elevado tono y progresista", que había degenerado en "una verdadera guerra del huarache contra el zapato, del calzón blanco contra el pantalón", del "elemento de las pulquerías" contra "la gente culta".[84] Convenientemente modificado en su expresión, esto expresaba también los sentimientos del "elemento de las pulquerías". "Una verdadera guerra", una guerra civil, una guerra de clases, eso era lo que obsesionaba las mentes de la gente de Morelos y en Cuautla estas perspectivas eran por demás vívidas. Para los ánimos nerviosos, la conmoción del 1 de febrero pareció llevarla al borde del cataclismo.

Para la elección, lo que vino después careció de importancia. A fin de asegurar su control de las urnas electorales, el gobierno federal apostó un destacamento excepcionalmente grande de 35 rurales en Morelos, durante febrero.[85] Sin embargo, los dirigentes locales, que sabían que después de todo tendrían que seguir trabajando y haciendo negocios en el estado cuando terminase la elección, sabían también que podían res-

[81] *Mexican Herald*, 7 de febrero de 1909.
[82] *Diario del Hogar*, 17 de abril de 1909.
[83] *El Diario*, 5 de febrero de 1909.
[84] *Ibid.*, 13 de febrero de 1909.
[85] Informes acerca de Morelos, 1909, AGN, Ramo de Gobernación (en lo sucesivo G), paquete 883.

catar algo de valor práctico. Por lo menos, podrían reordenar partes del antiguo equilibrio roto. Inclusive los demócratas leyvistas visitantes reconocieron lo que había ocurrido y bajaron el tono de sus peticiones. Aunque desafiaron la prohibición del jefe político de Cuernavaca y llevaron a cabo una gran reunión en la capital estatal, el 5 de febrero, se esforzaron por calmar la multitud en vez de excitarla. Y los agentes más cuerdos del gobierno obraron en reciprocidad.[86] El general Curiel, comandante del 23r. batallón de infantería y natural del estado, dio protección a dos oradores leyvistas durante el mitin de Cuernavaca, cuando el jefe político amenazó con colgarlos en el sitio.[87] Unos cuantos días antes de la elección, el tren de Escandón avanzó hacia Yautepec y Jojutla y en cada parada hablaron ante audiencias menos numerosas, más hoscas, pero por lo menos menos agresivas.[88] Y los dirigentes leyvistas cambiaron de música y empezaron a cantar las virtudes de la regularidad y el orden. En cartas abiertas indignadas, Antonio Sedano explicó que Patricio no era revolucionario, ni subversivo, que eran insensatas las ideas "anarquistas" de "repartir" las tierras y las aguás de los ricos hacendados, que los leyvistas consideraban "sagrado e inviolable" el "derecho de propiedad".[89]

Los evidentes esfuerzos por llegar a una conciliación mutua reavivaron las ideas de un pacto. Cuando el coronel Tovar llegó a Cuernavaca, el 3 de febrero, circularon inmediatamente por la ciudad rumores de que, en calidad de íntimo de Díaz y de persona experimentada en la política del estado, había sido enviado a título de conciliación sancionada oficialmente y que tanto Escandón como Leyva desistirían.[90] Débiles esperanzas de llegar a un pacto alentaron aun en los más ingenuos (o en los más desesperados) inclusive hasta mediados de marzo, hasta que hubo prestado juramento Escandón.[91]

Pero no hubo pacto. El motín de Cuautla asustó a los oponentes y les hizo pensar en una conciliación en todo, salvo en las elecciones del 7 de febrero, cuando el gobierno asustado practicó una brutalidad firme y generalizada. En particular, los jefes políticos habían decidido no correr riesgos. Rápida y desvergonzadamente, recurrieron a medidas extralegales o ilegales para asegurar absolutamente la elección de Escandón en sus distritos. Por órdenes de los mismos, la policía federal encarceló a muchos dirigentes leyvistas de los pueblos el día de las elecciones. Y aunque algunos escaparon, como Genovevo de la O, de Santa María, la policía

86 *Diario del Hogar*, 9 de febrero de 1909. Sedano: *op. cit.*, p. 19.

87 Robles Domínguez en *El Hombre Libre*, 24 de septiembre de 1930.

88 *El Diario*, 3 de febrero de 1909. *La República*, 11 de febrero de 1909. *Actualidades*, 5 de febrero de 1909.

89 *Diario del Hogar*, 9 y 11 de febrero de 1909.

90 *Ibid.*, 6 de febrero de 1909.

91 Más tarde las esperanzas todavía se depositaban en el coronel Tovar, aunque también en el general Curiel. Ambos eran considerados como "hombres que conocen los problemas del Estado". *México Nuevo*, 13 de febrero de 1909.

detuvo a sus familiares como rehenes.[92] En algunos lugares, los jefes políticos hicieron que los presidentes municipales no publicaran listas electorales o que no lo hicieran en el momento conveniente. También amañaron la distribución de boletas electorales y llenaron con su gente las comisiones electorales locales. Las tropas y la policía negaron el acceso a las urnas a los sospechosos de leyvistas. Ante estos abusos, los dirigentes leyvistas levantaron protestas formales ante el Ministerio de Gobernación, pero en vano.[93] A manera de precaución final, el día de la elección el general Curiel, de Cuernavaca, se mantuvo en comunicación constante con el coronel Robles de Cuautla, y las tropas federales fueron alertadas en toda cabecera de distrito.[94]

El resultado general (la victoria de Escandón) era un hecho, pero tantos intereses giraban en torno al margen y la distribución de los votos que era difícil obtener cifras confiables. El diario oficial del estado anunció de plano, lisa y llanamente, que los electores escandonistas habían obtenido una "mayoría absoluta", y no añadió palabra.[95] De todos los informes de los votos obtenidos probablemente el más exacto fue el que dio el *Mexican Herald*, que reconoció 201 para Escandón y 92 para Leyva.[96] Para los hacendados, los burócratas del estado y los policías un voto oposicionista de esta magnitud era un escándalo que equivalía a sedición, e hicieron un nuevo esfuerzo por restablecer su control. Se encarceló a los agitadores populares, por lo menos a los que aún andaban libres y a quienes se pudo atrapar; cuando sus partidarios firmaron protestas en favor de ellos, organizaron listas negras para llevar a cabo sus propias detenciones. A los peones que habían votado por Leyva o, más probablemente, que no se habían presentado para votar por Escandón, se les despidió cuando llegaron a trabajar al lunes siguiente y tuvieron que endeudarse más aún para obtener préstamos con los cuales sobornar a los capataces y recuperar sus empleos.[97] Dos semanas más tarde, los colegios electorales votaron y los votos (nuevamente de acuerdo al *Mexican Herald*, pues no se dio un informe oficial) fueron de 235 por 20.[98] Amenazas, presiones y encarcelamientos habían reducido los votos en favor de Leyva a menos de una cuarta parte de su número original, ya ilegalmente disminuido. Nuevamente, en Cuautla se presentó

[92] De la O en *Impacto*, 31 de diciembre de 1949. Entrevista personal con Daniel de la O.

[93] *México Nuevo*, 7 de febrero de 1909. *Mexican Herald*, 8 de febrero de 1909. *Diario del Hogar*, 18 de febrero de 1909. Véase también Robles Domínguez en *El Hombre Libre*, 29 de septiembre de 1930.

[94] *Mexican Herald*, 7 de febrero de 1909.

[95] *Semanario Oficial*, XVIII, 11, 1.

[96] Otros cómputos y sus diversas composiciones se encuentran en John Womack, Jr.: "Emiliano Zapata and the Revolution in Morelos, 1910-1920" (tesis doctoral, Harvard University, 1965), pp. 60-1.

[97] Para las quejas, véase *México Nuevo*, 9 a 24 de febrero de 1909.

[98] Una composición detallada de la votación se encuentra en Womack: *op. cit.*, p. 62.

el caso más notable. Aquí, inclusive el fervientemente escandonista *Diario* había declarado que Leyva había obtenido trece votos en la elección primaria. Ahora, en la secundaria estos trece se habían esfumado por completo.

El 15 de marzo de 1909 se le tomó juramento oficial a Pablo Escandón como nuevo gobernador de Morelos. Su período terminaría, según anunció el *Diario Oficial*, el 30 de noviembre de 1912.[99] Nadie dudó de que así lo haría, pero por más que durase no sería respetado. Su elección era un insulto impreso en los anales de la historia del estado y marcado como con hierro en el espíritu de su pueblo.

99 *Semanario Oficial*, XVIII, 11, 1.

CAPÍTULO II

LOS PROGRESOS DE LOS HACENDADOS

"...que siembren una maceta..."

Escandón creía que estaba gobernando bien Morelos, pero en los dos años en los que desempeñó su cargo, rompió los pocos hilos que quedaban de la tolerancia de la gente. A mediados de 1910 era claro ya el resultado de sus políticas injustas y torpes: el odio no había sido tan profundo en Morelos desde la Guerra de Intervención, más de 40 años antes. Prácticamente, había arruinado el sistema político del estado y en un distrito había llegado a provocar, inclusive, un levantamiento de campesinos. Cuando Escandón huyó aterrado, en marzo de 1911, la crisis particular de la que quería escapar llevaba meses de existencia y era fruto, en gran parte, de sus propios actos.

Y en gran parte la creó tal como la terminó, con escapatoria, de Morelos y de la política. Apenas menos de dos semanas llevaba en el cargo cuando pidió permiso a la legislatura estatal para trasladarse a México a atender "asuntos de interés público".[1] El 23 de abril pidió un permiso de 10 días, el 24 de mayo de 3 días, el 3 de junio de 8 días, el 26 de junio de 10 y así sucesivamente hasta acabar el año.[2] En 1910 se pasó más de la mitad del año fuera del estado, en tres permisos de 2 meses.[3] Estas ausencias fueron desastrosas políticamente. Inclusive sin un vigilante tan tímido e indulgente como Escandón, los jefes de distrito hacían lo que se les venía en gana, lo cual daba como resultado la anarquía y despotismos mezquinos. En el distrito de Cuautla, donde se debería haber puesto especial cuidado en buscar la conciliación, Dabbadie no hacía más que buscar oportunidades de venganza. El puente principal de Cuautla se vino abajo y la basura cubría las calles de la ciudad, la plaza y el parque principal y todo porque Dabbadie se negaba a prestar los servicios públicos normales.[4] Autorizó también la venta de pulque y de ron en los días de mercado, violando directamente las órdenes de Escandón, y borrachos, lo mismo que exasperados, los peones locales y la gente del común de la ciudad comenzaron a cometer desmanes.[5]

[1] *Semanario Oficial*, XVIII, 17, 1.
[2] *Ibid.*, XVIII, 20, 1; 24, 1; 26, 1; 29, 1; 33, 1; 38, 4; 41, 2; 42, 1.
[3] *Ibid.*, XIX, 14, 1; 29, 1; 38, 2.
[4] *México Nuevo*, 15 de mayo de 1909.
[5] *Ibid.*, 16 de abril y 1º de mayo de 1909. *Diario del Hogar*, 6 de octubre de 1909.

Lo que despertó más indignación fue que Dabbadie hizo colectas para recibir al gobernador Escandón en una visita oficial, y luego no presentó ninguna cuenta de los gastos. La gente del distrito estaba segura de que se había robado el dinero.[6]

En Cuernavaca, Cuautla y Jojutla los jefes de distrito siguieron persiguiendo a los antiguos leyvistas. El Club Leyvista Central de Cuernavaca presentó una queja ante la legislatura del estado y pidió que se anularan las elecciones recientes. La reacción de los diputados fue no sólo negarse a atender la petición, sino aseverar que los leyvistas la habían presentado con la única intención de hacer resistencia a la ley que había declarado electo a Escandón. Así, pues, alegaron, la queja equivalía a una violación del orden público y todos los que la habían firmado deberían ser detenidos por sedición.[7] Cuando esta táctica no dio resultado se echó mano de otros pretextos. En abril, el jefe político de Cuernavaca hizo detener al principal leyvista del estado, Antonio Sedano, "por no haber regado la calle" en la parte que correspondía a su tienda.[8] Entre tanto, dos meses después de la elección, Dabbadie mantenía aún en la cárcel, sin acusación, a Pablo Torres Burgos y a Octaviano Gutiérrez, dirigentes leyvistas de Villa de Ayala.[9] En junio, Sedano se hallaba todavía en la cárcel de Cuernavaca esperando a que se le abriese juicio. En junio también, los dos dirigentes leyvistas de Tepoztlán, Bernabé y Ezequiel Labastida, que habían desaparecido poco después del día de las elecciones, esperaban también a que se les abriera causa. Sus familias creían que se les había enlistado por la fuerza en el ejército federal (aunque ambos rebasaban la edad) porque se les había visto por última vez en una cárcel militar de la ciudad de México.[10] Bernabé Labastida, en efecto, habría de pasarse dos años en un campo de trabajos forzados de Quintana Roo, en el que sobrevivió milagrosamente.[11] Al conocer estas represalias, los dirigentes de los pueblos que habían escapado ya, como Genovevo de la O, de Santa María, se mantuvieron escondidos.[12]

El retiro del experimentado secretario de gobierno Flores, en junio de 1909, y su muerte en febrero de 1910 agravaron la corrupción del estado.[13] Los caciques de los distritos apretaron más aún la presa que hacían en sus víctimas y dieron rienda suelta a sus caprichos, más extravagantemente todavía a expensas de la hacienda pública.[14] En febrero

[6] *México Nuevo*, 15 de mayo de 1909.

[7] *Ibid.*, 7 de abril de 1909.

[8] *Ibid.*, 23 de junio de 1909. Sedano: *op. cit.*, pp. 20-1.

[9] *Diario del Hogar*, 17 de abril de 1909.

[10] *México Nuevo*, 11 y 14 de junio de 1909.

[11] Oscar Lewis: *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied* (Urbana, 1963), p. 231.

[12] De la O en *Impacto*, 31 de diciembre de 1949.

[13] *Semanario Oficial*, XVIII, 25, 1; XIX, 7, 1.

[14] *El Sufragio Libre*, 15 de diciembre de 1909, y 30 de marzo y 25 de mayo de 1910.

de 1910, cuatro grandes negocios tuvieron que cerrar en Cuernavaca a causa del hostigamiento de los funcionarios locales.[15]

Aun cuando Escandón se quedaba en el estado para gobernar, sus vaguedades y sus vacilaciones hacían que se le fuera perdiendo el respeto. Imposiciones que antes habían sido arregladas al menos con habilidad y rigor ahora se ejecutaban burdamente y a vistas de todos. A mediados de diciembre de 1909, el inspector estatal de prefecturas llegó a Yautepec para arreglar las elecciones municipales en favor de los favoritos del gobernador. El inspector metió la pata y se eligió a un grupo de candidatos inaceptables. Entonces, Escandón envió al jefe de la policía del estado para que anulara las elecciones. Pero el jefe de policía no pudo encontrar testimonios claros y trató de obligar a renunciar a los concejales electos. Como todavía no habían prestado juramento al cargo, estuvo de acuerdo en tomarles su juramento si inmediatamente después presentaban su renuncia. Unos renunciaron; pero otros, una vez nombrados, se negaron a hacerlo. Fue un gran escándalo y dio lugar a muchas malquerencias contra Escandón y sus agentes.[16]

La suerte y el sentido común abandonaron por completo al nuevo gobernador cuando se puso a organizar su burocracia. Comenzó despidiendo a muchos funcionarios que habían sido nombrados por Alarcón y a sustituirlos por gente de fuera del estado. Estos burócratas importados nada sabían de las personas con las que tenían que ver en sus asuntos de carácter personal, y su ignorancia agravó los conflictos cuando surgieron.[17] Y los nombramientos de Escandón los envolvieron a menudo en tratos con hombres que no eran sólo ignorantes, sino algo peor. Cometió un gran error al designar como recaudador de impuestos a Felipe Robleda, famoso extorsionador de Jalisco, cuyas actividades no tardaron en llenar de ira a los pagadores de impuestos, lo mismo grandes que pequeños.[18] Los ricos fueron los que se quejaron más, pero los cambios de personal en las oficinas de Hacienda (y en otras partes), en última instancia, no les preocupaban mayor cosa: después de un estira y afloja inicial, llegaban a buenos entendimientos: para quienes podían pagarlos, aún había favores por vender. Sin embargo, las personas a quienes los cambios sí importaban mucho eran aquellas que carecían de dinero en abundancia o de múltiples conexiones. Los antiguos burócratas estaban familiarizados con los problemas locales, y aunque el equilibrio del poder era injusto, se habían ideado rutinas que todavía ofrecían a la gente del común alguna esperanza. Pero ahora, la familiarización, la rutina y la esperanza habían desaparecido. Los ricos, tarde o temprano, lograban hacer las paces con Felipe Robleda, pero los ciudadanos comunes y corrientes tenían que sufrir.

[15] *Ibid.*, 9 de febrero de 1910.

[16] *Ibid.*, 29 de diciembre de 1909.

[17] Díez: *Bibliografía*, clxxxiv-v.

[18] *Semanario Oficial*, XVIII, 19, 2. *Diario del Hogar*, 16 de julio de 1909.

En la designación de jefes políticos, Escandón cometió errores no menos graves. Apenas tres semanas después de asumir su cargo, despidió al prefecto de Cuernavaca, que Alarcón había designado, y puso en su lugar a Higinio Aguilar, general de brigada, inactivo, del ejército federal.[19] Era evidente que la campaña reciente había menguado el respeto al orden oficial y que el gobierno estatal necesitaba restablecer el miedo a la autoridad. Así también, puesto que Escandón no pensaba pasarse mucho tiempo en Morelos, quería tener a alguien que fuese capaz de gobernar el distrito de la capital y de actuar como una suerte de secretario de gobierno auxiliar.[20] Pero Aguilar no fue una buena elección. No sentía afecto por el pueblo al cual gobernaba y permitió que un jefe de policía sádico campara por sus respetos en Cuernavaca y provocara la animadversión en toda la ciudad.[21] Al cabo de dos meses y medio, el propio Aguilar tuvo que ser despedido por haber defraudado a un débil mental heredero de una fortuna de Cuernavaca.[22] Escandón, finalmente, lo sustituyó por un ex presidente municipal y prefecto de Cuernavaca, digno de confianza, que formaba parte entonces de la legislatura del estado.

Otros dos nombramientos de prefecto que no salieron bien, aunque por razones diferentes, fueron los de José Vivanco y de Eduardo Flores, en Cuautla. El jefe veterano del lugar, Dabbadie, se había vuelto enormemente impopular durante la elección y después de la misma. Pero si Escandón tenía que sustituirlo, debería haber elegido un funcionario que ya tuviese experiencia y que contase con el respeto del lugar. En vez de esto, nombró a Vivanco y después (cuando Vivanco abandonó el cargo en 1910) a Flores.[23] Ninguno de ellos había desempeñado el cargo de prefecto o de secretario de prefectura en ninguna parte de Morelos y, evidentemente, nada sabían del trabajo. El distrito de Cuautla era el más difícil del estado y en el verano de 1910 dirigentes rebeldes comenzaron a imponer su propio orden en las regiones del sur de dicho distrito, en el municipio de Ayala. Vivanco, y Flores más tarde, se sometieron por completo y la autoridad estatal desapareció de la región.[24]

El peor error de Escandón fue el hombre que eligió para sustituir al gobernador interino Luis Flores. Cuando Flores renunció, Escandón debería haber realizado un esfuerzo realmente grande para encontrar un sustituto que estuviese algo familiarizado, ya que no versado, con los problemas principales de la política de Morelos. El mes de junio, en que

19 *Semanario Oficial*, XVIII, 17, 1.

20 Inclusive había rumores de que Escandón iba a nombrar secretario de gobierno a Aguilar y que después iba a pedir una licencia para salir del estado, que en efecto se convertiría en una renuncia para que Aguilar lo pudiera sustituir. *México Nuevo*, 9 de abril de 1909.

21 *Ibid.*, 23 de junio de 1909.

22 *Semanario Oficial*, XVIII, 30, 1. *México Nuevo*, 7 de agosto de 1909.

23 *Semanario Oficial*, XIX, 49, 3-4.

24 Sotelo Inclán: *op. cit.*, 184-8.

Flores renunció, fue un tiempo difícil para Escandón (llevaba en el cargo apenas tres meses, había promulgado un decreto impopular para revalorar las tierras del estado, el escándalo Aguilar acababa de estallar) y tenía necesidad de todas las fuerzas locales de que pudiese echar mano. Pero aunque existían funcionarios naturales del lugar idóneos, por lo menos temporalmente, trajo a Antonio Hurtado de Mendoza, un juez de fuera del estado, que no tenía conexiones efectivas ni peso en Morelos.[25]

A pesar de ser perjudiciales, todos estos errores eran veniales; la negligencia, la falta de información o la estupidez podían explicarlos. Pero cuando Escandón pasó de la organización de gobierno a la práctica política, llevó a cabo una política demasiado sistemática, y claramente equivocada, de atender tan sólo a los intereses económicos y políticos de los hacendados. Las disputas entre las haciendas y los pueblos y aldeas ya no se zanjaron un tanto vaga y oscuramente, como lo había hecho a menudo Alarcón. Por el contrario, mediante decretos del ejecutivo, nuevas leyes y reformas a la constitución del estado, Escandón se enfrentó abiertamente a los campesinos de Morelos.

Las acciones de Escandón, en parte, no eran sino otro episodio más en la historia de la opresión tradicional en esas partes de México. Desde el siglo XVI, las haciendas azucareras habían dominado la vida del estado; en 1910, era una vieja historia la de que habían usurpado los derechos de las rancherías y pueblos y campesinos independientes, la de que los abogados de las haciendas habían desposeído mediante trampas legales de sus tierras, bosques y aguas a sus poseedores legítimos, pero más débiles, la de que los capataces de las haciendas azotaban y estafaban a los trabajadores del campo. Un pretexto todavía válido era el racismo señorial de los tiempo virreinales. Para el joven Joaquín García Pimentel, cuya antigua e ilustre familia era dueña de las haciendas más grandes del estado, "el indio... tiene muchos defectos para ser jornalero, siendo como es flojo, borracho y ladrón".[26] Su piadoso e instruido hermano mayor, Luis, que administraba las vastas propiedades de la familia, era de la misma opinión. Las "naturales inclinaciones hacia el bandolerismo" de los campesinos locales le habían causado una profunda impresión y a menudo se quejó de que "gobiernos jacobinos" hubiesen suprimido "el único freno y guía" de los campesinos, "la religión", lo cual había obligado a los hacendados a imponer sus propias reglas más rudas.[27] En la hacienda de otra gran familia de Morelos, la de los Amor, una "autora" inglesa visitante encontró que el estilo se parecía "al de la Inglaterra de la época de los barones, cuando reinaban las leyes feudales

[25] *Semanario Oficial*, XVIII, 25, 1. *México Nuevo*, 13 de junio de 1909.

[26] Joaquín García Pimentel: "Condiciones de la gente de trabajo en el estado de Morelos antes de la revolución de 1910, durante el período de la lucha de 1911 a 1914, y desde esa época hasta la fecha" (MS, 1916), p. 10, Archivo de Luis García Pimentel, Jr. (en lo sucesivo AGP).

[27] Luis García Pimentel, Jr.: "Memorias" (MS, 1914), pp. 2, 64, AGP.

y no se conocía la existencia de los hoteles". La visitante comprendió que el señor Amor "tenía que atender a las necesidades espirituales y corporales de su gente" pues si no "...lo único que harían sería beberse el dinero que les sobrase".[28]

Pero la política de Escandón formaba parte también de una nueva clase de opresión que se había venido constituyendo con fuerza creciente desde 1880. Su fuente económica fue la competencia internacional de las industrias del azúcar de caña y de remolacha que se llevó a cabo a lo largo del siglo XIX. Para los cultivadores de caña los beneficios más notables que se desprendieron de la lucha fueron los grandes mejoramientos tecnológicos que produjo, especialmente las nuevas máquinas de moler que sacaban una proporción mayor de azúcar de las cañas que las prensas viejas. Hacia la década de 1870, estas máquinas comenzaron a ser de uso general. Por el mismo tiempo, se inauguró en México un período de orden político y vigoroso desarrollo económico. Se comenzaron a hacer trabajos importantes en un sistema regular de ferrocarriles y surgió la perspectiva de un mercado nacional. Los hacendados de Morelos vieron la oportunidad, y a pesar del amor que sentían por su bucólico aislamiento, salieron de él inmediatamente para aprovechar la nueva demanda.[29] Astutamente, penetraron en los campos de la elaboración industrial y de la venta para complementar sus intereses en la producción de caña. Metieron el ferrocarril al estado, importaron maquinaria nueva y comenzaron a hacer planes para obtener nuevas tierras en las que cultivar más caña. Y a medida que su producción fue aumentando, ejercieron presión política para reducir impuestos municipales y estatales, para abolir los impuestos interestatales subsistentes y para mantener o elévar los aranceles nacionales que protegían su industria.[30]

La diferencia social entre la opresión vieja y la nueva fue tan profunda como la diferencia entre una finca solariega y una fábrica. Anteriormente, diversas comunidades y empresas económicas habían coexistido sin mayores rozamientos en Morelos. Haciendas azucareras, rancherías tradicionales, pequeñas propiedades, agricultores independientes, poblados de peones, pueblos más grandes, ciudades provinciales; no todas estas diferentes clases de sociedades florecían, pero todas eran capaces, mal que bien, de sobrevivir. Había opresión, pero los casos individuales carecían de fuerza o de coordinación. Así, pues, la concentración de la propiedad de la tierra era esporádica e irregular, pues el motivo común no era tanto

[28] Tweedie: *op. cit.*, 339-41.

[29] Una interesante comparación con los cultivadores brasileños de caña que se abandonaron a un cómodo y antieconómico ruralismo véase en Celso Furtado: *The Economic Growth of Brazil. A Survey from Colonial to Modern Times* (Berkeley, 1963), pp. 125-6. Los plantadores de café brasileños, orientados al mercado, son los que más se parecen a los hacendados azucareros de Morelos, según describe a aquéllos.

[30] Daniel Cosío Villegas, ed.: *Historia moderna de México. El porfiriato. La vida económica*, 2 vols. (México, 1965), I, 79-81.

el cálculo económico como la ambición personal. Las haciendas azucareras de Morelos funcionaban todavía conforme a la tradición principal de las haciendas mexicanas, más como símbolo que como negocio.[31] Cuando los hacendados consideraban que los campesinos estaban especialmente desvalidos (cuando el gobierno federal o el estatal no parecían poder o querer proteger a los campesinos) entonces podían apoderarse de campos que venían codiciando desde hacía tiempo. A veces los campesinos se vieron realmente privados de medios independientes de vida y tuvieron que emigrar, o que trasladarse permanentemente al *real*, a los campos de la hacienda. Pero esta crisis tenía carácter de un accidente involuntario, casi sorprendente: lo constituía realmente una política y nadie la consideraba revocable. Para bien o para mal, la variedad social parecía ser eterna.

Después de 1880, esta suposición se vino abajo rápidamente. Las nuevas oportunidades que se les ofrecían a los hacendados de obtener ganancias constantes anunciaron un nuevo mundo y generaron nuevas tendencias sociales. Las haciendas de Morelos se convirtieron en "pueblos de la compañía" y sus poblaciones permanentes oscilaron entre los 250 y hasta casi los 3 000 individuos. Los hacendados organizaron sus propios servicios médicos y eclesiásticos, sus propias tiendas, escuelas, policía e instalación de energía eléctrica y formaron sus propios cuerpos regulares de albañiles, carpinteros, herreros, electricistas y mecánicos. Para manejar sus nuevas máquinas, importaron técnicos extranjeros. Llegaron inclusive a montar laboratorios de investigación y a contratar químicos. Y para dirigir sus empresas trajeron a nuevos administradores profesionales; los hacendados españoles del estado los encontraron entre los inmigrantes españoles, cubanos o canarios de la ciudad de México y los hacendados mexicanos comúnmente contrataron a mexicanos experimentados o educaron a sus propios hijos para el desempeño de estas funciones. Eran haciendas *comme il faut*, como cacareó un orgulloso periodista de Tepoztlán.[32]

La plutocratización del régimen de Díaz en la década de 1880 allanó el camino de los hacendados. El Ministerio de Fomento les vendió casi todas las tierras públicas que quedaban en el estado y les concedió resoluciones favorables en sus peticiones de títulos limpios a otras adquisiciones. La nueva legislación federal suprimió muchos títulos de tierras y derechos de aguas, previamente reconocidos, a muchos pueblos.

[31] Fernando B. Sandoval: *La industria del azúcar en Nueva España* (México, 1951), pp. 125-46. Un estudio clásico de este tema general es el de Andrés Molina Enríquez: *Los grandes problemas nacionales* (México, 1909), pp. 85-93. El estudio mejor y más completo es el de François Chevalier: *La formation des grandes domaines au Mexique. Terre et société aux xvi-xvii siècles* (París, 1952).

[32] Holt Büttner: *op. cit.*, pp. 101-2. Tweedie: *op. cit.*, 338-40. J. García Pimentel: *op. cit.*, pp. 5, 9. Luis García Pimentel, Jr.: "Recuerdos y reflexiones" (MS, s.f.), AGP. Entrevista personal con José García Pimentel. *El progreso de Morelos*, 4 de junio de 1892.

Y cuando los hacendados quisieron sacar ventaja de estos hechos fortuitos, acomodaticios tribunales locales aprobaron las expropiaciones.[33] En la pasada década de 1860, los hacendados, o sus padres, habían luchado duramente por lograr que Morelos siguiese siendo parte del estado de México, pues temían que, de otra manera, los distritos de Cuernavaca y de Cuautla escapasen a su dominio.[34] Veinte años más tarde, gracias al patrocinio de Díaz, tenían allí más poder que antes. Paulatinamente, sólo las haciendas cobraron el carácter de únicas instituciones legítimas y progresistas. Era como si las demás clases o comunidades existiesen como recursos para ellas, como si todos los seres humanos de Morelos tuviesen que someterles sus destinos personales, superiores e inferiores, y convertirse en simples elementos de la empresa cosmopolita de los hacendados. El proceso que la codicia individual había motivado se estaba trocando ahora en una práctica regular, científica.

Hacia 1890 era evidente que, en medio de este auge novedoso, algunos pueblos importantes, rodeados de haciendas, habían dejado casi de crecer. Jonacatepec, por ejemplo, que en otro tiempo había sido un floreciente centro de arrieros, se levantaba ahora como una isla en el territorio de García Pimentel; su situación le recordó a un morelense instruido la de los pueblos rurales oprimidos de Irlanda.[35] Desalentados por su bajo censo, los regidores de Cuautla discutieron a propósito de si su ciudad se asfixiaría a causa de estar "enclavada en medio de poderosas haciendas, que limitan por todas partes con sus dilatadas siembras de caña". Algunos juzgaron que aunque la restricción, con el tiempo, pondría límites a la ciudad, mientras tanto podrían aumentar su población mediante una renovación urbana; en las barriadas del norte había pastizales y huertos miserables que pertenecían a "harapientos. . . a la vez amos y peones... que ningún servicio prestan a la sociedad en que viven"; los promotores querían que estas propiedades se expropiasen y subdividiesen en lotes para "familias pobres que pudiesen ir retribuyendo en abonos convencionales el pago".[36] Pero esto no era solución, como no tardaron en reconocer sus promotores. El cementerio de Cuautla se encontraba apenas a cuatro cuadras de la plaza principal y no había lugar para más lotes. Puesto que las haciendas circundantes "de día en día han venido encerrando la ciudad", como comentó airadamente un perio-

[33] Mazari: *op. cit.*, p. 109. Para un análisis de este proceso como una política nacional, véase Wistano Luis Orozco: *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*, 2 vols. (México, 1895), I, 337-85, y Molina Enríquez: *op. cit.*, pp. 165-96.

[34] Díez: *Bibliografía*, p. clix. Fueron las numerosas peticiones de los pueblos del antiguo Tercer Distrito las que llevaron al Cuarto Congreso a crear el estado. Véase Tovar: *op. cit.*, I, 151-2, 310; II, 530, 532; III, 89, 422, 428, 508, 676.

[35] *Diario de los Debates del Congreso Constituyente, 1916-1917*, 2 vols. (México, 1960), II, 1083. Véase también Fernando González Roa: *El aspecto agraric de la Revolución mexicana* (México, 1919), p. 30.

[36] *La Idea Patriótica*, 6 de agosto de 1891.

dista, "como en un círculo de hierro", los regidores de la ciudad tuvieron que recurrir a una aldea que se encontraba a unos dos kilómetros de distancia para encontrar tierras nuevas de cementerio.[37]

En el campo, fuera de las ciudades, especialmente en los distritos de Yautepec y de Tetecala, las viejas y pequeñas haciendas fracasaron y luego se fusionaron en empresas grandes y modernas. Algunas, como la de Dolores, conservaron una personalidad subsidiaria en una gran hacienda combinada, pero otras, Apanquezalco o El Charco desaparecieron para siempre del mapa de Morelos. Los ranchos, pequeños poblados rurales que eran independientes, pero no tenían categoría de pueblo, se vinieron abajo también. En 1876, los registros mencionaron 53 y en 1887 solamente 36. En 1891, quienes analizaron el reciente censo estatal fijaron la fecha de la extinción legal de 44 ranchos en la generación anterior, cerca de un tercio de los mismos en el distrito de Tetecala.[38]

Inclusive comenzaron a desaparecer pueblos. Los que estaban aislados, como Tepoztlán, en las montañas de la parte norte del estado permanecieron bastante seguros, pero los pueblos de las regiones boscosas accesibles, cercanas a los ferrocarriles, o de los valles bien regados fueron muy vulnerables.[39] Aunque muchos eran poblados bien establecidos y prósperos que podían remontar su historia hasta antes de la Conquista y contaban con títulos de propiedad de tierras que habían sido concedidas en los tiempos virreinales, ninguno de ellos se encontraba seguro ante el asedio. En 1876, año en que Díaz tomó el poder, estaban registrados 118 pueblos en Morelos. Hacia 1887, a pesar de un pequeño aumento de la población del estado, había únicamente 105.[40]

De estos fracasos, el más impresionante sin duda fue el de Tequesquitengo. Los campesinos habían ofendido al dueño de la cercana hacienda de San José Vista Hermosa, el cual, a manera de represalia, metió su agua de riego al lago e inundó todo el pueblo. Llegó un momento en que sólo la torre de la iglesia del pueblo descolló sobre las aguas, a manera de recordatorio de los riesgos de la independencia.[41] A lo largo de la década de 1890 y después de terminado el siglo, los pueblos siguieron desintegrándose. En 1909, sólo se registró un centenar.[42] Ocultas en los campos de alta caña verde, las ruinas de lugares como Acatlipa, Cuauchichinola, Sayula y Ahuehuepan se pudrían en el suelo.[43]

[37] *Ibid.*, 7 de enero de 1892.

[38] José María Pérez Hernández: *Cartilla de la geografía del estado de Morelos* (México, 1876), p. 23. Gobierno de Morelos: *Memoria sobre el estado de la administración pública de Morelos, presentada al Hon. X Congreso por el Gobernador constitucional General Jesús H. Preciado, Abril 12, 1887* (Cuernavaca, s.f., 1887 [?]). *La Idea Patriótica*, 2, 16 y 23 de abril de 1891.

[39] Lewis: *op. cit.*, p. 127. Díez: *Dos conferencias*, p. 59.

[40] Pérez Hernández: *op. cit.*, p. 23. *Memoria* (1887).

[41] *El Eco*, 19 de mayo de 1889.

[42] *Semanario Oficial*, XVIII, 44, 6. Díez: *Dos conferencias*, p. 61.

[43] Magaña: *op. cit.* (1951-2ª ed., aquí y subsiguientemente), I, 82-4. Díez: *Dos conferencias*, p. 59. *La Idea Patriótica*, 16 de abril de 1891.

Los relatos de estos pueblos condenados eran muy conocidos por los campesinos de Morelos, pues sus parientes a menudo habían participado en las luchas por salvarlos. Y su desaparición era una terrible lección que no dejaba en paz y sosiego a los campesinos.

En algunas regiones especialmente tensas, los pueblos que habían logrado sobrevivir estaban perdiendo población. Villa de Ayala, por ejemplo, de 2 041 habitantes que tenía en 1900 pasó a tener 1 745 en 1910; y Anenecuilco, del municipio de Ayala, bajó de 411 a 371.[44] Poco a poco, los campesinos fueron perdiendo sus tierras —como el huerto de Olaque en Anenecuilco, en el año de 1887—, pero lucharon año tras año para preservar lo que les quedaba. Y cuando, finalmente, su situación se agravó tanto que no pudieron vivir del cultivo de la propia tierra, ensayaron nuevas clases de trabajo. La familia Zapata comenzó a criar ganado, como hicieron muchos de los alrededores de Cuautla cuando las haciendas de Hospital y de Cuahuixtla cercaron todas las buenas tierras de labor.[45]

Sin embargo, no todos se podrían mantener en la independencia, que era precisamente con lo que contaban los hacendados. Desposeídos y en la miseria, muchos campesinos comenzaron a trabajar como aparceros las peores tierras de la hacienda.[46] Después, cuando sus deudas aumentaron, se ofrecieron como mano de obra y aunque seguían viviendo en sus pueblos trabajaban en cuadrillas de asalariados. Les parecieron muy elevados los salarios de hasta 65 centavos al día en la estación invernal seca y un peso durante la cosecha de primavera, y a destajo les parecía aún mejor el sueldo, desde 75 centavos hasta 1.25 o 1.50 pesos al día. Pero también encontraron que los precios eran muy altos: puesto que Morelos sólo producía azúcar, arroz y ron en grandes cantidades y tenía que importar telas y artículos de primera necesidad como el maíz y el frijol, el costo de la vida era tan grande casi como en la ciudad de México.[47] Y al entrar en el circuito del dinero,

[44] Holt Büttner: *op. cit.*, pp. 94-7.

[45] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 155-8, 170. *La Idea Patriótica*, 17 de diciembre de 1891.

[46] Si tenían suerte o influencias locales, podían alquilar tierras suficientemente buenas para dedicarse a la horticultura. Emiliano Zapata, a veces, fue aparcero de la hacienda de Tenextepango, de de la Torre y Mier. Él y Eufemio experimentaron con variedades de sandía de Veracruz. Entrevista personal con Soto y Gama. En lo que respecta al comercio de productos hortícolas de Villa de Ayala, véase los informes de la prefectura en *Semanario Oficial*, XIV, 8, 1-2; XVI, 17, 3-4; XVII, 3, 4; 19, 3; 29, 4; 42, 4-5; XVIII, 17, 1-2.

[47] Por lo que respecta a los salarios, véase J. P. García Pimentel: *op. cit.*, pp. 7-8; también George M. McBride: *The Land Systems of Mexico* (Nueva York, 1923), p. 32; Lewis: *op. cit.*, p. 94; y *The Mexican Yearbook, 1909-1910* (Nueva York, 1910), p. 392. Los de Anenecuilco ganaban solamente 37 centavos al día en la temporada floja en la hacienda del Hospital (véase Sotelo Inclán, *op. cit.*, p. 185). Pero esto era todavía muy superior al promedio nacional de 25 centavos al día. Por lo que toca al elevado costo de la vida, véase "¿Por qué existe y cómo

contrajeron deudas más altas. Finalmente abandonaron el pueblo para siempre y, como muchos ex rancheros, llevaron a sus familias a las tierras de la hacienda en calidad de gente de casa, de trabajadores residentes permanentes. En el *real,* si se portaban bien, tenían asegurado, al menos, lo imprescindible para vivir.

Así, pues, además de la tierra, los hacendados adquirieron una mano de obra dependiente. Alentaron este traslado de la residencia al *real,* como señaló Joaquín García Pimentel, mediante "todo el esfuerzo posible". Pues "el trabajo seguro y constante" de la gente de casa permitía una especialización más eficiente de las tareas de la hacienda y, durante las épocas de gran necesidad de trabajo, liberaba a los admiministradores de la peligrosa y humillante dependencia de los aldeanos, que los odiaban y que podían abandonarlos para obtener un salario más alto en algún otro lugar. El trabajo residente era especialmente importante para hacendados como los Amor de Tetecala y los García Pimentel del distrito de Jonacatepec, en el cual los pueblos y las cuadrillas de temporada que se podían sacar de ellos eran menos numerosos que los de las regiones centrales pobladas más densamente; y en las plantaciones de esas regiones relativamente apartadas se concentraron las más grandes poblaciones permanentes. Pero también otros hacendados descubrieron que era muy conveniente colonizar sus tierras con trabajadores. El cambio de residencia no se llevaba a cabo con toda la rapidez que querían los hacendados; el aldeano morelense, observó Joaquín García Pimentel, "es muy apegado a la tierra en que nace y emigra con mucha dificultad aun cuando palpablemente vea que mejoraría", lo cual obligó a menudo a los administradores a traer trabajadores emigrantes de Puebla o de Guerrero.[48] Pero con todo descaro, estos hacendados no hicieron sino acelerar el ritmo de su lucha contra los pueblos.

Al terminar el siglo, las presiones económicas ejercidas en los hacendados aumentaron notablemente. Su problema inmediato fue el de la competencia más intensa, dentro de México, por conquistar el mercado azucarero nacional protegido. No sólo sus rivales tradicionales de Veracruz, Puebla, Michoacán y Jalisco estaban ampliando y modernizando sus empresas, sino que también aparecieron rivales nuevos en Sinaloa, en el distrito de Tepic y, sobre todo, en el Veracruz tropical, amenaza especialmente grave, porque capitalistas norteamericanos estaban haciendo grandes inversiones en el ramo. La amenaza del norte no ofrecía muchos peligros a los hacendados de Morelos: concertaron una alianza con Puebla y Veracruz, soltaron su producto en el mercado a manera de dumping y arrojaron a los intrusos de sus dominios comerciales. Pero los norteamericanos de Veracruz eran algo diferente.

se desarrolla el zapatismo en el estado de Morelos?", *La Tribuna,* 29 de mayo de 1913.

[48] J. García Pimentel: *op. cit.,* pp. 1-6. *La Idea Patriótica,* 2 de abril de 1891. Mazari: *op. cit.,* p. 109.

Las tierras bajas del Golfo, por lo común, producían alrededor de un 30% más de caña por hectárea que las tierras altas de Morelos, las cuales, además, necesitaban mucho riego y que se las replantase más frecuentemente. Si los esfuerzos de los norteamericanos tenían éxito, podrían dañar gravemente la posición de Morelos como primer productor del país.[49]

Otro problema apremiante era el de que la producción nacional de azúcar comenzaba a superar la demanda interna. La solución evidente estaba en la exportación de los excedentes, y en 1902 comenzaron grandes exportaciones.[50] Aunque los hacendados de Morelos no tomaron parte, al principio, y dejaron este comercio para Veracruz y el norte, varios comenzaron a exportar por lo menos ya desde 1905. El primero fue Ignacio de la Torre y Mier de Tenextepango, que entonces era la hacienda más productiva del estado.[51] Pero los nuevos mercados no hicieron sino abrir un nuevo campo de competencia. Los costos de producción eran todavía elevados en Morelos y no se podía confiar en el mercado internacional, que caminaba a tropezones de crisis en crisis.

También alarmante era la nueva amenaza de la producción de azúcar de remolacha nacional que según creían los cultivadores de caña podría destruirlos. A partir de 1906, los agrónomos señalaron las "notables posibilidades" de la nueva industria. Los rancheros de Sonora declararon que tenían un interés vital en su establecimiento, y el gobierno federal ofreció generosas concesiones a una compañía norteamericana para que iniciase el cultivo de la remolacha en el Distrito Federal o en el estado de México.[52] Los proyectos no se realizaron, pero el peligro de que se hubiesen llevado a cabo agudizó el espíritu de competencia de los hacendados de Morelos.

Además de estos problemas, existía la amenaza de agotamiento de los ricos suelos de Morelos. Se calculaba que podrían soportar el cultivo constante de la caña de azúcar sin abonos durante unos 30 años; después, habría que dejarlos en barbecho.[53] De manera que el auge que se había iniciado alrededor de 1880 tendría que comenzar a bajar después de 1910. Las perspectivas no inquietaron a todos los hacendados de Morelos, pero para algunos (especialmente para la familia Ruiz de Velasco, que era la que poseía la mejor preparación científica en agri-

[49] Cosío Villegas: *Vida económica*, I, 81. U.S. Department of Commerce and Labour, Bureau of Manufactures: *Monthly Consular and Trade Reports*, octubre de 1908, p. 155; abril de 1908, p. 140; julio de 1905, pp. 193-6. International Bureau of the American Republics: *Mexico. Geographical Sketch, Natural Resources, Laws, Economic Conditions, Actual Development, Prospects of Future Growth* (Washington, 1904), pp. 195-6.

[50] Cosío Villegas: *Vida económica*, I, 81-2.

[51] *El hacendado mexicano y fabricante de azúcar*, XI, 123 (marzo de 1905), 65.

[52] *Consular Reports*, septiembre de 1906, p. 101; marzo de 1907, p. 20.

[53] *Ibid.*, septiembre de 1906, p. 102. *Mexico. Geographical Sketch...*, p. 194.

cultura) había venido siendo, desde hacía mucho tiempo, fuente de preocupaciones.[54]

Las presiones crecientes llevaron a los hacendados a realizar inversiones mayores, ya sea para diversificar los grados de refinamiento del azúcar o para producir más ron. La familia Araoz, por ejemplo, importó maquinaria nueva por un valor de 350 000 dólares para su hacienda de Cuahuixtla.[55] Para mantener trabajando sus máquinas caras, los hacendados tenían que cultivar todavía más caña, lo cual los obligó a ampliar todavía más sus propiedades. Esta expansión acelerada estaba convirtiendo rápidamente a Morelos en una red de fábricas rurales. Hacia 1908, los diecisiete dueños de las 36 haciendas principales del estado eran dueños de más del 25% de su superficie total, de la mayor parte de sus tierras cultivables y de casi todas sus tierras buenas.[56] Y a medida que los hacendados se fueron apoderando de suelos cada vez menos ricos, necesitaron de crecientes suministros de agua para regarlos. La inversión en obras de riego fue probablemente tan grande como la inversión en maquinaria para la molienda. En su hacienda de Tenango, Luis García Pimentel invirtió 166 000 dólares en la construcción de túneles, canales, acueductos, presas, acequias, puentes, válvulas de cierres de admisión para traer agua desde el río Cuautla situado a unos 90 kilómetros de distancia. Y a lo largo del mismo río, Ignacio de la Torre y Mier y Vicente Alonso invirtieron juntos más de 210 000 dólares en obras hidráulicas para sus tierras.[57] Durante 1908, los precios nacionales del azúcar se elevaron considerablemente porque el gobierno duplicó los aranceles al azúcar de importación para proteger a los cultivadores nacionales; y, claro está, las mayores ganancias fomentaron una mayor inversión y un aumento de la producción.[58]

De tal manera, las haciendas de Morelos cobraron fama de ser las más modernas de México.[59] Se merecían esta reputación. En 1908 los 24 ingenios del estado llevaban a cabo más de una tercera parte de la producción azucarera total del país. Después de Hawaii y Puerto Rico, Morelos era la región más productora de caña de azúcar del mundo.[60]

[54] Véase Ángel Ruiz de Velasco: *Estudios sobre el cultivo de la caña de azúcar* (Cuernavaca, 1894), pp. 3-6, y Felipe Ruiz de Velasco: *Historia y evoluciones del cultivo de la caña y de la industria azucarera en México, hasta el año de 1910* (México, 1937), pp. 73-4.

[55] "La industria azucarera en Méjico", *Revista Azucarera* (Buenos Aires), VII, 74 (junio de 1900), 160-1.

[56] Véase el mapa en Díez: *Dos conferencias*, p. 60.

[57] Gobierno de Morelos: *Memoria sobre la Administración Pública de Morelos, en los períodos de 1895 a 1902. Gob. Sr. Col. Don Manuel Alarcón* (Cuernavaca, s.f., 1902[?]), pp. 59-60.

[58] H. C. Prinsen Geerligs: *The World's Cane Sugar Industry, Past and Present* (Manchester, 1912), pp. 164-5. *Consular Reports*, marzo de 1908, p. 236.

[59] Figueroa Doménech: *op. cit.*, II, 374. F. Ruiz de Velasco: *op. cit.*, pp. 30, 74-5.

[60] Díez: *Dos conferencias*, pp. 17-19.

Los hacendados, que se habían comprometido grandemente, no tenían intención de descansar. Entre 1905 y 1908 elevaron su producción en más de un 50%.[61] Y maniobraron para obtener más tierras aún, más agua y más trabajadores residentes. En este desenvolvimiento, en este progreso de los hacendados, la ranchería o el pueblo, como comunidad, no tenían lugar. La utopía inminente era una hacienda azucarera.

La gente de los pueblos hizo resistencia a estas tendencias, especialmente en el famoso caso en el que el propio Pablo Escandón se vio envuelto. En 1903, Escandón le ordenó al administrador de su hacienda de Atlihuayán que levantase una cerca que se comió casi 1 200 hectáreas de las tierras de pasto comunales de Yautepec. El ganado de los campesinos, acostumbrado a pastar allí, derribó la cerca en algunos lugares y se metió en el territorio que ahora pertenecía a la hacienda. Los guardias de ésta acorralaron los animales y los devolvieron solamente después del pago de una fuerte multa. Parte del ganado incautado murió por falta de alimento, otros animales fueron vendidos, los dueños de otros más fueron encarcelados por haberles dejado invadir el terreno. Pero los aldeanos no abandonaron su causa. Después de meses de protestar en vano, las personas afectadas eligieron a un agricultor del lugar, Jovito Serrano, para que las representase ante las autoridades. Serrano presentó sus quejas, primero, ante el tribunal de Yautepec, que falló en contra de él. Cuando el jefe político de Yautepec se negó a revisar la decisión, Serrano apeló ante el tribunal del distrito de Cuernavaca, que atendió el caso pero mantuvo la decisión original e impuso la multa de cien pesos a los querellantes. Sin perder el ánimo, Serrano apeló ante la Suprema Corte Federal y encabezó a una comisión de 70 yautepecanos que fue a entrevistarse con el presidente Díaz en la ciudad de México.[62] Menos formalmente, pero con no menos obstinación, los habitantes de otros pueblos (como Santa María, Jantetelco, Coatlán del Río, Tepalcingo y muchos otros) desafiaron a los caciques locales y trataron de defender sus antiguos derechos.[63]

Pero los hacendados o sus administradores dieron cuenta fácilmente de toda resistencia. En la mayoría de los casos, la vencieron de manera privada, local y brutal, que solió consistir en una buena paliza o, a veces, en asesinatos.[64] Si estas medidas tenían inconvenientes, los

[61] Prinsen Geerligs: *op. cit.*, p. 164.

[62] Los registros de la disputa Atlihuayán-Yautepec se encuentran en el Archivo de Zapata (en lo sucesivo AZ), caja 30, legajo 2. El registro del tribunal está en *Semanario Judicial de la Federación. Tribunal Pleno. Amparos* (febrero-marzo de 1905), 4ª ser., XXII, 428-37. Hay una leyenda, repetida más recientemente, en John P. McNeely: "Origins of the Zapata Revolt in Morelos", *Hispanic American Historical Review*, XLVI, 2 (mayo de 1966), 155, que dice que Zapata formó parte de la comisión. Es poco probable; su nombre no figura en ningún registro del caso.

[63] Mazari: *op. cit.*, pp. 109, 112. Magaña: *op. cit.*, I, 79-80.

[64] Un ejemplo se encuentra en *Ibid.*, I, 81-2.

prefectos, por lo común, ordenaban la conscripción forzosa de un agricultor rebelde para que sirviese en el ejército, lo cual era también brutal. Y en los pocos casos que se convirtieron en asunto público, los hacendados pudieron siempre apelar a don Porfirio para obtener una solución favorable, no menos brutal. Así, pues, aunque el Presidente les dijo a los yautepecanos que estaba de su parte, y aunque pudo parecer que, al fin, habían de ganar, sus actividades legales, repentina y misteriosamente, les trajeron desgracias. Mientras Serrano se hallaba en la ciudad de México atendiendo a los detalles finales, fue detenido y los títulos de tierras y otros documentos de los yautepecanos le fueron decomisados. Y el 21 de junio de 1904 la Suprema Corte ratificó las decisiones anteriores en contra de los yautepecanos. Lo último que supo la familia de Serrano fue lo que éste les decía en una carta que logró enviar de contrabando al pasar por Veracruz con destino a un campo de trabajos forzados en Quintana Roo. Con él iban otros 35 naturales de Morelos, agricultores como él, de Tepoztlán, San Andrés de la Cal, Santa María y San Juanico, que habían obstruido los progresos de los hacendados. Serrano murió en Santa Cruz de Bravo, Quintana Roo, en noviembre de 1905.[65]

De manera que esta nueva opresión se convirtió en la práctica común. La primera generación de hacendados que se entregó a ella (los despiadados precursores de la década de 1880) había dejado traslucir un miedo latente al futuro: el antiguo dueño de Cuahuixtla había conservado como guardia personal una jauría de perros feroces, a los que les había puesto como nombre el de los días de la semana, de lunes a domingo, y de los meses, por lo menos hasta marzo.[66] Pero la generación siguiente (los despiadados herederos de la década de 1890 y 1900) trabajaron con toda confianza. En esos años los hermanos Amor construyeron una impresionante cuadra de caballos de polo, trotones y pura sangre de carrera en su hacienda de San Gabriel, e importaron también galgos y foxterriers.[67] En Santa Clara y Tenango, los García Pimentel amueblaron tan espléndidamente sus magníficas casas que a un joven de Cuernavaca le recordaron "los [palacios] que bordean las orillas del Támesis". En Oacalco el dueño tenía un jardín de cerca de 5 hectáreas, estupendamente trazado, con un kiosco central, avenidas que se abrían en radio con palmas y fuentes, un césped para jugar a los bolos y una tumba para su perro muerto. Miacatlán fue a menudo escenario de conciertos y opulentas fiestas, y Atlihuayán dejó en sus visitantes la impresión "de una deliciosa mansión de donde no quisiera salir jamás".[68] Estos lujos eduardianos no eran solamente la ostentación de las nuevas fortunas, sino también la muestra de una

[65] *Ibid.*, I, 85-6.
[66] Robelo: *op. cit.*, pp. 79, 84-5.
[67] Tweedie: *op. cit.*, pp. 342, 347.
[68] *Ibid.*, 320-2. Robelo: *op. cit.*, pp. 5, 30, 54, 61-2, 116-17.

nueva actitud en los hacendados más jóvenes de Morelos, de una serena convicción de que podrían conservar y aun aumentar las fuerzas y los poderes de que se beneficiaban.

Hacia 1909, estaban preparados para consolidar su sistema. Era la obligación de Escandón, como buen hacendado científico, sustituir las ambigüedades de Alarcón por la práctica de la política de la opresión. La gente de los pueblos ya estaba debilitada, y sus dirigentes y abogados se hallaban en la cárcel, o estaban escondidos a causa de sus simpatías leyvistas en la reciente elección. Y Escandón actuó sin vacilación. Que el gobierno del estado se negaba a hacer justicia se convirtió en una regla clara. Muchos habitantes de los alrededores de la hacienda de Chinameca perdieron ganado en el acorralamiento que se efectuó allí en 1909 y sus quejas nunca fueron oídas. El pueblo de Tetelpa perdió gran parte del agua que necesitaba para sus huertos, cuando, en una disputa sobre derechos al río de Apatlaco, el tribunal del lugar falló en favor de la hacienda de San Nicolás Obispo. El administrador de la hacienda no tardó en obrar con más amplitud aun de la que le permitía la decisión del tribunal y cortó completamente el agua del pueblo. Los huertos se arruinaron, se acabó el comercio en frutas y legumbres y sus residentes comenzaron a emigrar. En los municipios del norte los contratos para cortar maderas de las montañas, que habían sido siempre una rica fuente de corrupción, se volvieron más escandalosos aún. Los pueblos no sólo perdieron sus bosques, sino que no se les dio el dinero que les tocaba.[69] La injusticia más flagrante tuvo lugar en Jojutla, a fines del verano de 1909. Una plantación de arroz se apropió el uso del suministro de agua de la ciudad. El ayuntamiento protestó, pero contra los favoritos de Escandón ni siquiera una capital de distrito podía valerse efectivamente. Y la disputa prosiguió a lo largo del otoño, sin que los plantadores de arroz dejaran de usar el agua.[70] El objeto del trato que Escandón daba a los pueblos no era sólo el de hacerles la vida difícil, sino el de destruirlos como instituciones independientes. En abril de 1910, por ejemplo, los desesperados dirigentes de Anenecuilco le escribieron "que estando próximo el temporal de aguas pluviales, nosotros los labradores pobres debemos comenzar a preparar los terrenos para nuestras siembras de maíz; en esta virtud... ocurrimos al Superior Gobierno del Estado, implorando su protección a fin de que, si a bien lo tiene, se sirva concedernos su apoyo para sembrar los expresados terrenos sin temor de ser despojados por los propietarios de la Hacienda del Hospital. Nosotros estamos dispuestos a reconocer al que resulte dueño de dichos terrenos, sea el pueblo de San Miguel Anenecuilco o sea otra persona, pero deseamos sembrar los dichos terrenos para no perjudicarnos, porque la siembra

[69] Díez: *Dos conferencias*, pp. 59, 63.
[70] *Diario del Hogar*, 31 de agosto y 1º de septiembre de 1909.

es la que nos da la vida, de ella sacamos nuestro sustento y el de nuestras familias".

La petición era urgente y muy fácil de conceder y ordenar. Pero la respuesta, cuando finalmente llegó, fue un insulto burocrático. Ocho días más tarde, un secretario del ejecutivo del estado les escribió: "Impuesto del escrito de Uds., del 25 de abril último, por lo que piden que se les deje preparar para sembrar los terrenos que tienen manifestados,... acordó el gobernador que se diga a Uds. que se sirvan expresar la denominación de los terrenos a que se refieren".

Los dirigentes de Anenecuilco respondieron inmediatamente. Intensamente preocupados porque se acercaba la temporada de lluvias, indicaron varias de las maneras en que podría arreglarse la disputa. Inclusive llegaron a aceptar pagarle a la hacienda un alquiler por los campos en cuestión (aunque nunca lo habían hecho anteriormente y el así hacerlo ahora era reconocer en efecto sus títulos) con sólo que la hacienda les permitiese comenzar su trabajo. Al cabo de una semana, el mismo secretario respondió de nuevo: "Ya se da conocimiento al propietario de la Hacienda de 'El Hospital' de los escritos de Uds., del día 25 de abril último y del 8 del corriente, a fin de que se sirva expresar lo que estime conveniente sobre la solicitud que hacen en sus citados escritos".[71] De tal manera Escandón aclaró cuál era la política de su régimen.

Su tarea principal, sin embargo, fue trocar la nueva política en legislación. La "nueva orientación", como más tarde la llamó, comenzó con la Ley de Revaluación General de Bienes Raíces, promulgada el 21 de junio de 1909. En parte esta ley reguló títulos sobre tierras, pero su intención principal era depreciar las haciendas con fines de menor pago de impuestos. Los hacendados habrían de pagar menos impuestos aún por sus tierras que antes, en tanto que la carga habría de aumentar para los pequeños agricultores y otros dueños de propiedades medianas o chicas que ya estaban pesadamente endeudados. Un joven ingeniero civil de Cuernavaca, que más tarde habría de convertirse en la mejor autoridad en historia de Morelos, atinadamente juzgó que esta ley era "el mayor error" de Escandón.[72] No le habría hecho perder popularidad al gobernador en los pueblos y rancherías, donde no tenía ninguna. Pero, en las ciudades, decididamente le conquistó la animosidad de los comerciantes y tenderos que habrían aceptado su gobierno por lo demás, pero que ahora levantaron una serie de protestas contra las nuevas tarifas; el semanario de Cuautla llamado *La Época* se convirtió en un verdadero foro para oír sus quejas.[73] A corto plazo, sin embargo, esta gentecilla no importaba mayor cosa y a Escandón

[71] Esta correspondencia está citada en Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 179-82.

[72] Díez: *Bibliografía*, p. clxxxv.

[73] *Semanario Oficial*, XIX, 26, 1. Por lo que respecta a los datos acerca de los impuestos menores de los hacendados, véase *ibid.*, 16, 3; 33, 2; 39, 2-3.

no le costaría trabajo desentenderse de ella. Aun cuando su resentimiento era profundo, era tan difuso políticamente también que inclusive él podría arreglar su supresión. Al concebir la nueva ley, los hacendados que habían llevado a Escandón al poder, hombres como Manuel Araoz y Luis García Pimentel, habían decidido, simplemente, llevar la crisis agraria del estado a su punto de fractura para después, sin que nadie se los pudiese disputar, cerrarla para su propio beneficio. Fue su primer paso oficial del establecimiento de su utopía.

Esto se llevó a cabo sin rozamientos, hasta tal punto que, en el otoño, los ayudantes de Escandón prepararon otros pasos todavía más audaces. El propio Escandón no participó mayormente en la planeación, porque en octubre tuvo que irse del estado para dirigir el protocolo de la reunión de Díaz con el presidente Taft, en Ciudad Juárez.[74] Pero a fines de diciembre regresó para presentar el esbozo de las nuevas reformas a la legislatura estatal. Eran ocho enmiendas a la Constitución del Estado que, como reconoció, darían lugar a "una completa revisión" de la política en Morelos pero que eran "de urgente necesidad" para preservar la "nueva orientación". Las enmiendas consistían en cinco cambios. Uno era fiscal, la recaudación de impuestos en junio (después de la cosecha de azúcar) en vez de diciembre (antes de la misma) para ajustar las finanzas públicas y las privadas al ritmo económico de las haciendas. Los otros cuatro cambios eran políticos, y claramente realzaban la autoridad del ejecutivo a expensas del poder y del prestigio ya menguados de la legislatura. Uno de ellos eximiría al gobernador de la obligación de informar del estado de los asuntos en las cuatro sesiones legislativas; en lo sucesivo, presentaría únicamente un informe para abrir la primera sesión. Otro cambio le permitiría al gobernador dejar el estado durante 10 días sin permiso legislativo formal. Otro amenazó los ingresos de los diputados, pues prohibía a los individuos retener y recibir salarios de más de un cargo electivo. El cambio más importante anularía el derecho de la legislatura a aprobar los nombramientos del gobernador para los cargos decisivos de tesorero del estado y jefe de hacienda estatal. Escandón consideraba que el derecho "era una intervención que"... podría "convertirse en origen de dificultades" y pidió el control absoluto de la burocracia fiscal. Sugirió que los diputados convirtieran en ley su proyecto en la sesión siguiente del mes de abril.[75]

Al entrar 1910, los hacendados actuaban casi a su antojo. En la tarea de convertir Morelos en la Hacienda Perfecta, avanzaban tan fácilmente contra los tenderos y comerciantes recientemente inconformes como contra los campesinos y rancheros tradicionalmente desafiantes. Si el sistema porfiriano hubiese durado otra década, bien podrían haber

[74] Henry F. Pringle: *The Life and Times of William Howard Taft. A Biography*, 2 vols. (Nueva York, 1939), I, 463.
[75] *Semanario Oficial*, XIX 2, 1-6.

realizado sus sueños. Pero en la primavera del nuevo año tropezaron con las primeras señales de una complicación estratégica, la del interés local en una campaña de oposición, sorprendentemente vigorosa, para la presidencia del país. Teniendo como centro de operaciones la ciudad de México, la campaña era obra de dispersos políticos independientes, que sólo en fecha reciente se habían organizado en un Partido Antirreeleccionista apasionadamente entregados a un desafío oficial del régimen porfirista. Como los reformistas progresistas de Estados Unidos, estas almas de Dios se consideraban a sí mismas "ciudadanos ilustrados" que librarían los asuntos públicos de las bandas continuistas de "políticos corrompidos" que tenían el poder en sus manos. Su lema era el de "sufragio efectivo y no reelección", y el dirigente del partido, Francisco I. Madero, el vástago espiritista de una gran familia de terratenientes del norte, estaba defendiendo la causa valientemente por toda la nación.[76] A pesar de las persecuciones cada vez más severas, el movimiento se fue haciendo más grande y más fuerte.

La campaña misma no parecía ser importante en Morelos. Madero, naturalmente, puso toda su atención en los principales centros de población e industriales de los estados más grandes. Lo más cerca de Morelos que su itinerario lo llevó en 1909 y 1910 fue Puebla y los naturales de Morelos participaron sólo periféricamente en el movimiento. Ningún destacado leyvista tomó parte. Es verdad que, a fines de febrero de 1909, el general Leyva y Patricio ayudaron a Madero a formar el grupo que con el tiempo se convirtió en el Partido Antirreeleccionista, pero, durante el verano, meses antes de la fundación real del partido, se habían separado; Patricio se había unido a los hermanos Robles Domínguez en su Partido Democrático Nacional, que entonces era más militante, y luego se separó de ellos también, en tanto que el general, renunciando a la política, puso sus papeles personales en orden y los donó a los Archivos Nacionales. El campeón de los Leyva en Morelos, Antonio Sedano, había hecho viaje también a la ciudad de México y había conversado con Madero en lo tocante a la ayuda que podía prestarle, en abril de 1909, pero después de la pena de cárcel que purgó cuando regresó a Cuernavaca renunció también a la política. A pesar

[76] La impresión que las reformas políticas progresistas norteamericanas causaron en Madero y en otros miembros instruidos de su generación fue muy profunda. El propio Madero afirmó que al organizar una convención estatal para nombrar un candidato de la oposición para gobernador, en Coahuila, en 1905, y al presentar un "programa electoral" él y sus amigos estaban imitando "costumbres norteamericanas". Véase *La sucesión presidencial en 1910* (San Pedro, 1908), p. 11. En este sentido, Madero se asemeja a otros idealistas que en aquella época participaban activamente en la política latinoamericana, hombres de diversos puntos de vista, y ejecuciones diferentes, que estaban todos convencidos de que la moral personal era la virtud política fundamental, hombres como José Batlle y Ordóñez en Uruguay, Hipólito Irigoyen en Argentina, Arturo Alessandri Palma en Chile, Rui Barbosa en Brasil y José Martí en Cuba. Es una buena biografía la de Stanley R. Ross: *Francisco I. Madero, Apostle of Mexican Democracy* (Nueva York, 1955).

de las severas quejas y de los apremios de Madero. ni los Leyva ni los Sedano pidieron a sus partidarios que respaldaran el nuevo esfuerzo.[77]

Sin dirección y corriendo graves riesgos, antiguos activistas leyvistas se reorganizaron de todas maneras en Cuernavaca, formaron el Club Leandro Valle y se declararon en favor de Madero. La Sociedad Literaria de Jóvenes, que estaba entonces sometida a la influencia de otro antiguo leyvista, se convirtió prácticamente en un club antirreeleccionista. Simpatizantes de Yautepec intentaron hacer circular su propaganda. En Cuautla los periodistas independientes de *La Época* se declararon abiertamente en favor de Madero como candidato presidencial. Los espiritistas del Club Amor y Progreso de Cuautla probablemente apoyaron también a su correligionario, privada aunque no públicamente, en su diario mensual, *El Obrero Espíritu*.[78] Pero, en su conjunto, estos trabajos no significaron gran cosa. Los jefes políticos, que estaban escarmentados después de la última elección de Mòrelos, habían eliminado ya a los inconformes más peligrosos y ejercían ahora una estrecha vigilancia. Para evitar el hostigamiento de las autoridades, los descontentos se abstenían de hacer peticiones y de participar en organizaciones formales.

La única actividad seria tuvo lugar en torno a Jojutla, donde un ex leyvista, Eugenio Morales, logró reunir a más de 40 hombres en pro de Madero. Miembro bien establecido de la comunidad y oficial de la reserva durante varios años, Morales le escribió a Madero el 1º de marzo de 1910, seis semanas antes de la convención electoral antirreeleccionista para elogiar su trabajo y para invitarlo a que fuese a Jojutla a fundar un club.[79] Madero le respondió por extenso, le dio las gracias a Morales y explicó que no podía aceptar la invitación y le pidió que obrara por su cuenta. Madero le dijo que era especialmente importante organizarse antes del 15 de marzo, para que su club pudiese participar en las asambleas preliminares de la convención nacional.[80] Una Liga Patriótica Antirreeleccionista, con su comité de damas, no tardó en formarse en Jojutla y Morales asistió a la convención que tuvo lugar en

[77] Agustín Yáñez y Catalina Sierra, eds.: *Archivo de don Francisco I. Madero. Epistolario (1900-1909)* (México, 1963), pp. 324, 382, 399. Robles Domínguez en *El Hombre Libre*, 17 de octubre de 1930. Manuel Mazari: "Correspondencia del General D. Francisco Leyva", *Boletín del Archivo General de la Nación*, v, 3 (mayo de 1934), 450. Sedano: *op. cit.*, pp. 19-21.

[78] Díez: *Bibliografía*, p. clxxxiv. Valentín López González: *La historia del periodismo en Morelos* (Cuernavaca, 1957), pp. 9-10. *El Constitucional*, 20 de marzo de 1910. Madero a *La Época*, 24 de julio de 1910, Archivo de Madero (en lo sucesivo AM). Manuel Domínguez: *Cuautla, sucinta reseña de la heroica ciudad, cabecera de distrito en el estado de Morelos* (México, 1907), pp. 17-22. *El Obrero Espíritu*, septiembre-noviembre de 1910.

[79] Morales obtuvo el cargo de oficial en el ejército de reserva en Jojutla, en enero de 1903. *Semanario Oficial*, xvi, 6, 2.

[80] Madero a Eugenio Morales, 11 de marzo de 1910, AM.

la ciudad de México, a mediados de abril, en calidad de único delegado de Morelos.[81] Pero los antirreeleccionistas de Jojutla constituían un movimiento demasiado grave como para sobrevivir. A principios de mayo las turbadas autoridades locales encarcelaron a uno de los dirigentes, Lucio Moreno. Detenido sin acusación, permaneció en la cárcel hasta el 1º de junio y probablemente se pasó allí el día de las elecciones.[82]

A pesar de estos movimientos abortados, la campaña maderista ejerció una influencia real en Morelos, que se observó no en las listas de miembros, sino en las actitudes populares. El hecho simple, pero asombroso, de que se hubiese formado una oposición nacional, que estuviese disputándole no sólo la elección de sucesor a Díaz, sino el derecho mismo que éste tenía a permanecer en el cargo, minó el prestigio de su régimen dictatorial, invisible pero decisivamente. Idealistas locales perseguidos y que languidecían en poblados insignificantes se dieron cuenta de que no estaban solos, de que no tenían por qué estarlo y de que los que eran como ellos formaban legiones. Al ver cómo Madero le plantaba cara a Díaz, como recordó más tarde un maestro de Villa de Ayala, se llenaron inmediatamente de ánimos y de esperanzas, que son el resorte de la acción.[83]

Precisamente por temor a despertar estas esperanzas, los más prudentes de los políticos porfirianos nunca habían desafiado abiertamente a Díaz.[84] El general Bernardo Reyes, que conocía bien a su país, sabía lo que significaría disputar la autoridad de Díaz, que podría conducir a la violencia, después a la guerra civil, y luego a la revolución y al trastorno total de la sociedad mexicana, y después, si intervenía Estados Unidos, a la pérdida de la soberanía de México. De manera que se había retirado de la política al recomendárselo Díaz en el verano anterior, con lo cual quedó abierto el campo de la oposición. Pero Madero, en virtud de su relativa juventud, su inocencia característica y su extracción provinciana norteña, nunca entendió la verdadera naturaleza del régimen porfiriano y, por consiguiente, nunca entendió que una lucha pública por la presidencia podría ser fatal para todo el orden. El propio Madero nunca fue revolucionario pero sí era, como dijeron sus enemigos del gobierno desde un principio, subversivo. El llamado a sumarse al "movimiento democrático", como llamaba Ma-

[81] *México Nuevo*, 19 de abril de 1910.

[82] *El Constitucional*, 10 de junio de 1910. La esposa de Moreno era presidente del comité auxiliar de damas.

[83] Véase el discurso pronunciado por Otilio Montaño ante la Convención Revolucionaria del 9 de enero de 1915, citado en Florencio Barrera Fuentes, ed.: *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, 3 vols. (México, 1964-65), II, 61.

[84] Hay un excelente ensayo a este respecto, y a otros concernientes a la revolución, en Daniel Cosío Villegas: "Del Porfiriato a la Revolución", *Novedades*, 2 de noviembre de 1952.

dero a su campaña, la promesa de un política "limpia", la amabilidad conmovedora, el interés y la sinceridad que se desprendían de la figura de Madero, todo esto obró como una fuerza tremendamente atractiva, lo mismo en Morelos que en otras partes. Para el maestro de Villa de Ayala los "principios" que Madero anunciaba eran "sagrados", dignos de que se tuviese "fe" absoluta en ellos.[85] La campaña antirreeleccionista había sido una cruzada: el resultado no consistía en la obtención de votos, sino en la conquista de los corazones. Y cuando, el 13 de julio, en vísperas de la elección se encarceló al apóstol, el contratiempo no fue un final, sino el comienzo de una espera. Los raídos visionarios insignificantes, como el maestro rural de que hemos venido hablando (apóstoles del terruño), eran los que estaban más interesados. Pero la agitación había llegado también hasta los simples agricultores, los aparceros y los jornaleros. Los hombres de Morelos, como informó un agente maderista del lugar, estaban "capacitados para todas las luchas".[86]

Escandón y sus colaboradores se dieron cuenta de que este espíritu nuevo podría arruinar sus planes. Tenían sus propias quejas contra don Porfirio, por razón de las duras políticas monetarias, de los desencantos políticos y otras cosas por el estilo; pero eran sutilezas que no se podían comparar con la disputa que se estaba llevando a cabo. Muchos de los políticos y profesionistas democráticos que habían hecho su campaña en Morelos, en 1909, andaban metidos ahora en el movimiento antirreeleccionista de Madero. Y Madero había recorrido el país hablando ante multitudes enormes antes de su detención. Ya por aquel entonces los gobernadores de Tlaxcala, Yucatán y Sinaloa habían tenido que lidiar con levantamientos locales. En los dos últimos estados, los gobernadores habían tenido que llamar a la tropa federal para restablecer el orden. Si motines y rebeliones semejantes hubiesen de realizarse en Morelos, era evidente cuáles serían sus blancos inmediatos (gritos de mueran los gachupines resonaban aún desde el año anterior) y Escandón obró de conformidad con esto. El peligro estaba en los pueblos; contra los pueblos dirigió el ataque.

El 20 de junio de 1910, Escandón dirigió una petición a sus diputados para que promulgaran las ocho enmiendas que había propuesto en el diciembre anterior, así como cuatro nuevas enmiendas. Madero llevaba una semana de estar encarcelado en San Luis Potosí; pero Escandón temía todavía los desórdenes que podrían provocar sus simpatizantes y para prevenirse proponía ahora transformar en subprefecturas el sistema de prefecturas que había condenado en sus propios discursos de la campaña política de 18 meses antes. Aunque Morelos ocupaba el segundo lugar entre los estados más pequeños de la República y

[85] Véase el preámbulo al Plan de Ayala en el apéndice B.
[86] Mazari: "Bosquejo", pp. 112-13.

aunque contaba con un sistema excelente de carreteras, ferrocarriles y telégrafos, se quejó de que la falta de comunicaciones impedía a menudo la administración de la autoridad y que a veces hacía apenas efectiva la acción oficial. Estas condiciones podrían dar lugar, a "perturbaciones graves, que el gobierno está en el deber de prevenir". La solución, según él lo entendía, no consistía en ampliar las comunicaciones ni en suprimir las posibles razones de la alteración del orden, sino en establecer todavía más autoridad política local, es decir, en tener más agentes ejecutivos aun en las personas de 20 subprefectos de 20 municipios de Morelos que no eran cabeceras de distrito. Así, terminó diciendo, el Estado podría ejercer la fuerza directamente, sin tener que actuar a través de los gobiernos municipales "en aquellos casos en que éstas [las municipalidades] pudieran entorpecer por mala fe o por ignorancia la acción del Ejecutivo". Las subjefaturas, por supuesto, habrían de ser transitorias, dijo, pues una vez que terminase el aislamiento local y que desapareciese la disensión ya no serían necesarias.[87]

Sorprendentemente, los diputados no dieron satisfacción inmediata a sus peticiones, sino que se limitaron a aprobarlas y a dejarlas para el otoño, cuando reanudarían el desempeño de sus cargos al ser "elegidos" en una nueva legislatura. Pero si aplazaron la solución para ver si las inquietudes de verano provocadas por la oposición habrían de durar después de la elección final del 8 de junio, semana tras semana fueron descubriendo testimonios de que iba en aumento. El mes de septiembre les debió haber proporcionado la mejor prueba. Cada año, *las fiestas patrias* de septiembre conmemoraban los orígenes populistas de la nación. Y como en ese año caía el centenario de la independencia, los gobiernos, estatal y municipal, organizaron las más grandes y solemnes celebraciones. Pero para la gente del común, como Emiliano Zapata, que contemplaba los opulentos preparativos en los establos del yerno de Díaz en la ciudad de México, aquello parecía una burla colosal, que además tenían que pagar con su propio dinero.[88] En todos los pueblos y ciudades se glorificaría a los primeros apóstoles y capitanes martirizados de la República, mientras el apóstol más reciente de la misma languidecía en la cárcel. En cualquier momento, esta incongruencia habría sido embarazosa: las patéticas rebeliones del porfiriato, a pesar de las seguridades que daban los científicos de que las tensiones sólo se podían aliviar a través de la "evolución", eran testimonio elocuente de la capacidad de los mexicanos de sentir una indignación, aunque fuese desesperanzada, contra la traición oficial. Pero,

87 *Semanario Oficial*, XIX, 27, 1.

88 Comisiones para organizar los actos y recoger dinero para las celebraciones municipales se habían establecido en Morelos ya desde 1907. *Ibid.*, XVI, 35, 2; XVII, 6, 3-4.

para los numerosos pobres e impotentes de la nueva generación, que anhelaban de nuevo justicia, y hacían oídos sordos a las viejas excusas que se daban para justificar su inexistencia, que habían además probado recientemente sus primicias en una campaña libre, la incongruencia era todavía peor, una contradicción, a la vez ridícula e insoportable. Para ellos, flagrantemente privados de libertad, las fiestas oficiales de la independencia eran una burla, un ultraje deliberado. Como recordó más tarde ese oscuro maestro de Villa de Ayala (que formaba parte de la comisión del centenario de su pueblo): "la tensión del espíritu público había llegado *a refus*, es decir a su colmo..." [89]

Habiendo presenciado la reacción popular durante las fiestas, los diputados que se habían reunido de nuevo hicieron caso a las peticiones de Escandón. A principios de octubre, promulgaron las 12 enmiendas que les había solicitado.[90] A partir del 15 de octubre, el gobernador quedó autorizado para designar subprefectos que habrían de suprimir lo que quedaba de la autonomía municipal en el Estado.

Aparentemente, ahora los hacendados tenían de nuevo el camino libre, pues habiendo establecido constitucionalmente su hegemonía en Morelos habían resuelto los problemas de la primavera y del verano y podían reanudar su progreso dinámico. Es verdad que no habían terminado todas sus preocupaciones. A comienzos de noviembre comenzaron a circular informes de que el ex candidato Madero, que había escapado de la cárcel y huido a Texas, estaba llamando a la revolución. Y los jóvenes literatos de Cuernavaca que lo habían respaldado en la reciente elección declararon su apoyo al nuevo movimiento. Traicionando a sus padres acomodados, tronaron contra el dominio de los hacendados en las páginas de su revistilla titulada *La Voz de la Juventud* e incitaron a los pobres a que se sumasen a la empresa de Madero.[91] Pero, realmente, eran cuestiones de familia. Lo que contaba en Morelos era la predicción que habían hecho los expertos de la ciudad de México de que la siguiente zafra azucarera sería la más grande de la historia de la industria. Para adelantarse a esto, Escandón instaló nueva maquinaria en el ingenio de su hacienda de Atlihuayán.[92] Descansando en sus opulentas moradas de la capital, los hacendados estaban contentos: por fin parecía ser totalmente suyo Morelos, al cual orgullosamente consideraban como "el estado más rico y más próspero de la República". Y con la misma confianza con que encomendaban sus haciendas a sus administradores, le dejaron ahora su estado a Escandón.

El gobernador estaba confiado también. A mediados de noviembre,

[89] Otilio Edmundo Montaño: "El zapatismo ante la filosofía y ante la historia" (MS, 1913), AZ, 27, 6.

[90] *Semanario Oficial*, XIX, 49, 3.

[91] López González: *op. cit.*, pp. 9-11.

[92] *El hacendado mexicano*, XVI, 193 (diciembre de 1910), 441; XVII, 194 (enero de 1911), 15.

después de la temporada de lluvias, regresó de una vacación de 2 meses y se quedó para disfrutar el sol del invierno de Cuernavaca.[93] Se imaginaba que su trabajo representaba tan poco esfuerzo ahora que se olvidó de designar a los subprefectos que, según había dicho, necesitaba urgentemente. Y en las elecciones municipales, perezosamente vigiladas, de fines de noviembre, los ex leyvistas obtuvieron cargos en por lo menos 8 concejos municipales; en Tepoztlán llegaron inclusive a adueñarse de la presidencia municipal. Allí y en otras partes los cargos municipales correspondieron también a parientes de ex leyvistas o a otros elementos igualmente refractarios, como un superviviente yautepecano de la reclamación de 1903 contra el gobernador actual.[94] Esto pareció ser simplemente un desliz, pero no un augurio. En ninguna parte de Morelos se había dado respuesta al llamado de Madero a la revolución nacional del 20 de noviembre. Y seguro en sus propios dominios, Escandón se evadió a otro mundo de ensueños a jugar con sus reminiscencias de Inglaterra con su amiga, la señora King.

A fines del año, sin embargo, los problemas del estado no se solucionaron. Por el contrario, se multiplicaron. En la remota Chihuahua la revolución maderista estaba viva, y en la ciudad de México había estallado una crisis por la lentitud con que se movilizaba el gobierno para la represión; alentados, fugitivos políticos y criminales de Morelos comenzaron a formar bandas y a salir de sus escondites, para probar, por primera vez en casi dos décadas, la fuerza y el ánimo de los funcionarios locales. Las bandas eran pequeñas y estaban mal armadas. El grupo que Genovevo de la O reunió en las montañas del norte de Cuernavaca contaba solamente con 25 hombres y sólo de la O tenía un arma de fuego, un rifle de calibre 70.[95] Pero los rebeldes hacían su aparición en lugares difíciles, al azar, y Escandón descubrió que sus funcionarios no podían atraparlos y aplastarlos. Pero todavía más perturbador que estos renegados, sin embargo, era el hecho de que, en el campo, los campesinos habían iniciado también una resistencia violenta a la utopía que Escandón creía segura.

Del centenar de pueblos que había en el estado en 1910, probablemente no existía uno solo que no estuviese envuelto en una disputa legal recientemente enconada con una hacienda vecina. Y en la confusión que se creó muchos campesinos desesperados se pusieron a pensar en si no convendría más a su causa ejercer la acción directa. Que habrían de inclinarse en favor de la rebelión era especialmente probable

[93] *Semanario Oficial*, XIX, 38, 2; XX, 1, 1.

[94] Para la lista de concejales, véase *ibid.*, XXI, 50, 6-8. Para las listas de miembros del club leyvista, véase *México Nuevo*, 18-27, 21-31 de enero, y 4-5 de febrero, 1909. Las otras siete ciudades fueron las de Xochitepec, Yautepec, Ayala, Jojutla, Tlaquiltenango, Tlaltizapán y Jonacatepec.

[95] De la O en *Impacto*, 31 de diciembre de 1949. Véase también Mazari: "Bosquejo", p. 115.

alrededor de los centros tradicionales de la independencia y del descontento agrario, como Tepoztlán, Santa María, Tlaquiltenango y Cuautla. Minúsculas acciones de protesta, que en efecto fueron pequeñas huelgas rurales, se produjeron en varias comunidades.[96] Casi todas estas revueltas pequeñas, sin embargo, o bien se deshicieron, o bien fueron suprimidas por los administradores de las haciendas; no se tienen datos de que Escandón haya utilizado la policía y las tropas federales para mantener el orden en esas semanas.

Pero resultó fatal un caso de desafío de los pueblos que Escandón y sus administradores dejaron madurar. Y fue la revuelta del inquieto distrito de Cuautla, en su municipalidad meridional de Ayala. Las cuatro comunidades agrarias de esta municipalidad habían luchado durante años contra las invasiones de las haciendas del Hospital y de Cuahuixtla y juntas habían logrado mantener un comercio pequeño, pero directo, en productos hortícolas, con Cuautla y la ciudad de México. Esta independencia comercial, mantenida a pesar de una tremenda presión, estaba aunada a un profundo orgullo local que tenía su origen en el papel que la región había desempeñado en la Guerra de Independencia.[97] La gente del común de estos lugares estaba probablemente más dispuesta a defenderse que la de cualquier otra parte del estado. Los campesinos de la municipalidad de Ayala nunca se habían rendido, ni pagado sobornos, a los bandidos merodeadores de la década de 1860. Se habían armado a sí mismos, se habían organizado en vigilantes y habían peleado. En la década de 1890, la municipalidad de Ayala era probablemente la más militante y la mejor armada de todas las de Morelos.[98] Y esta tradición insubordinada subsistía. En el verano de 1910, cuando la guerra de Escandón contra los pueblos del estado alcanzó su etapa crítica, nada tuvo de sorprendente que Ayala fuese la región en la que se desarrollase la resistencia armada. Tampoco fue sorprendente que, de los cuatro poblados de la municipalidad, el pueblito de Anenecuilco produjese el dirigente. Había ocurrido antes en la década de 1860, y había salido de la misma familia Zapata.

Los nuevos concejales de Anenecuilco, elegidos en septiembre de 1909, habían recurrido primero al procedimiento acostumbrado de volver a examinar los títulos de tierras del pueblo y habían tratado de encontrar un abogado de confianza para que los representase en los tribunales.[99] El primer abogado cuyos servicios contrataron (a muy buen precio) no les sirvió de mucho y prescindieron de él.[100] Luego

[96] Lewis: *op. cit.*, p. 94.

[97] El municipio y su cabecera, Villa de Ayala, llevaba el nombre de Francisco Ayala, héroe local de esa guerra. Véase Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 141-6.

[98] Gobierno de Morelos: *Memoria sobre el estado de la Administración Pública de Morelos. Presentada al H. XI Congreso por el Gobernador Constitucional General Jesús H. Preciado, Abril 25 de 1890* (Cuernavaca, s.f., 1890 [?]).

[99] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 176-7.

[100] Le pagaron al primer abogado, Luis Ramírez de Alba, cien pesos. El re-

buscaron consejo en otras fuentes de la ciudad de México, entre ellos en Paulino Martínez y, tal vez, en Jesús Flores Magón, conocidos ambos como opositores del régimen de Díaz.[101] Pero de nada les sirvió. Y lo que fue peor aún, probablemente por haber tratado con estas figuras sospechosas, el presidente del concejo, Emiliano Zapata, fue reclutado en el ejército, en febrero de 1910.[102] Se necesitaron los esfuerzos del dueño de "la mejor hacienda del estado y, quizá, de la República", Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Díaz, para que le dieran licencia. A cambio de esto, Zapata comenzó a trabajar para él como caballerizo mayor de sus establos de la ciudad de México.[103]

Mientras Zapata se hallaba fuera de Morelos, en la primavera de 1910, sus coterráneos se metieron en graves dificultades. Los de Anenecuilco se habían sujetado a la nueva Ley de Bienes Raíces y habían reclamado en debida forma sus campos, pero éstos abarcaban tierras de las que quería sacarlos la hacienda del Hospital. En venganza, precisamente en el momento en que estaban preparando los campos para la siembra, el administrador del Hospital les advirtió a los de Anenecuilco que los sacaría de allí si se atrevían a cultivar el terreno disputado. Después tuvo lugar la patética correspondencia con la oficina de Escandón, durante la cual sus peticiones cada vez más desesperadas recibieron respuestas cada vez más blandas. Cuando su petición se hizo llegar al dueño del Hospital para que dijese "lo que estime conveniente" lo dijo: "si los de Anenecuilco quieren sembrar, que siembren en maceta, porque ni en tlacotol han de tener tierras".[104]

Sin embargo, los campesinos siguieron tratando de hacer valer sus

cibo que le dio a Zapata, como presidente del concejo municipal, lleva la fecha de 16 de octubre de 1909, en ASI.

101 Se dice que Zapata tuvo tratos con el famoso anarcosindicalista llamado Ricardo Flores Magón. Véase Sotelo Inclán: *op. cit.*, p. 217. Pero es imposible. Ricardo estuvo en cárceles norteamericanas desde 1907 hasta agosto de 1910 y luego se fue a Los Ángeles para dirigir la invasión de Baja California. Véase Lowell L. Blaisdell: *The Desert Revolution. Baja California, 1911* (Madison, 1962), pp. 9, 15 *ss.* Tanto Jesús Flores Magón, hermano de Ricardo, como Martínez habían sido antirreeleccionistas activos y Martínez había hablado en la reunión leyvista que tuvo lugar en Cuautla el 31 de enero de 1909. Véase el *Diario del Hogar*, 2 de febrero de 1909.

102 El 11 de febrero de 1910, Zapata fue enganchado en el Noveno Regimiento de caballería, apostado en Cuernavaca, al mando del coronel Ángel Bouquet. Fue licenciado el 29 de marzo de 1910, con el mismo rango que había obtenido al principio, soldado raso. Véase los documentos reimpresos en Héctor S. López: "¿Cuándo fue consignado Emiliano Zapata?", *El Hombre Libre*, 5 de abril de 1937. Persiste la leyenda de que Zapata sirvió en el ejército en 1908, aunque el cronista zapatista mejor informado confirmó las fechas de López. Véase Serafín R. Robles, "Emiliano Zapata sienta plaza como soldado el año 1910", *El Campesino*, diciembre de 1951.

103 Sotelo Inclán: *op. cit.*, p. 173. De la Torre y Mier era también diputado federal por Morelos en esta época. Una descripción de su hacienda de Tenextepango se encuentra en *El Hacendado Mexicano*, XIII, 148 (abril de 1907), 484.

104 Para éste y los episodios siguientes, véase Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 182-8.

derechos. El 24 de mayo, obtuvieron una entrevista con el secretario de gobierno, Hurtado de Mendoza, quien les pidió una lista de las personas que habían cultivado previamente las tierras en cuestión; dos días más tarde, se le entregó la lista, con un nuevo ruego de que se tomase rápidamente una decisión, ya no respecto de la posesión de la tierra, sino simplemente de si se la podría cultivar, pagando un alquiler, una renta, de ser posible. Los demás negocios de Hurtado de Mendoza lo distrajeron y el pueblo no recibió respuesta. Hubo demora tras demora. Las lluvias ya habían empezado.

Para decirlo con las palabras del historiador de Aneneculico, "Anenecuilco naufragaba efectivamente". Sin estas tierras, los campesinos no podían mantenerse. Tendrían que abandonar el suelo y trasladarse, lo cual pondría fin a la existencia de una comunidad humana de cerca de siete siglos de antigüedad. Sumando el insulto a la injuria, el administrador del Hospital rentó la tierra a agricultores de Villa de Ayala, la cabecera municipal, y los de la villa comenzaron a sembrar en los surcos que ya habían abierto los de Anenecuilco.

Éste fue el punto decisivo y tuvo Anenecuilco la fortuna de que Zapata acabase de regresar, malhumorado y lleno de resentimiento, de la oportunidad dorada que las fiestas del centenario le habían ofrecido en los establos de de la Torre y Mier. Algo extraordinario tendría que hacerse para resolver la crisis local. Como presidente municipal, Zapata tomó la decisión. Como los procedimientos regulares habían fracasado, Anenecuilco actuaría por su propia cuenta. Zapata reunió a unos 80 hombres del pueblo, hizo que se armaran y que fueran a los campos en los que estaban trabajando los de Villa de Ayala. Les dijo que no tenía interés en pelear con ellos, que había Placencias, Merinos y Salazares en ambos pueblos, pero que la tierra era de Anenecuilco y que los de Anenecuilco la cultivarían. Los de Villa de Ayala se retiraron, junto con la guardia de la hacienda, y Zapata procedió a distribuir lotes entre los agricultores de su pueblo. Las noticias se propalaron rápidamente por el estado. Inclusive, en su hotel de Cuernavaca, la señora King, la amiga de Escandón, oyó hablar de Zapata durante el verano de 1910, acerca de un "individuo de las cercanías de Cuautla... que ha estado agitando a la gente".[105]

La hacienda del Hospital dejó a los de Anenecuilco en paz durante algunos meses, pero después exigió el pago de los alquileres de la tierra. Cuando se negaron a pagar, la hacienda apeló al prefecto de distrito y tuvo lugar una audiencia en Villa de Ayala, ante el prefecto, Vivanco, y el presidente municipal de Ayala, Refugio Yáñez, que había ayudado antes a los de Anenecuilco en sus disputas de tierras y que, en 1909, había sido jefe del Club Leyvista de Villa de Ayala. Hablando en nombre de Anenecuilco, Zapata explicó que el mal tiempo había causado una

[105] King: *op. cit.*, p. 59.

mala cosecha y que no tenían ni especie, ni dinero con qué pagar. La hacienda del Hospital propuso que los de Anenecuilco vendieran sus animales o que pagaran en días de trabajo en los campos, pero el jefe finalmente se decidió en favor de los campesinos. No pagarían ningún alquiler correspondiente a 1910 y sólo lo que pudiesen pagar en 1911.

Fue una victoria asombrosa, pero Anenecuilco no podía ponerse a dormir en sus laureles. Zapata envió una delegación ante el presidente Díaz con objeto de lograr que las tierras disputadas se devolviesen definitivamente al pueblo. Llegó una decisión favorable a Anenecuilco y el jefe político la hizo llegar al administrador de la hacienda y a Zapata. Al administrador no le gustó la decisión, pero era poco lo que podía hacer por el momento. A fines de 1910, Zapata y las autoridades locales (Vivanco y Yáñez) constituían prácticamente una alianza. La situación en los campos era la de una tregua armada, precaria, entre los agricultores del lugar, capitaneados por Zapata, y los guardas armados de la hacienda. Y hasta que la hacienda del Hospital pudiese colocar a un prefecto más digno de confianza, que pudiese proteger la costosa maquinaria de la hacienda, sus obras de riego y sus campos sembrados de caña, la hacienda prefirió no recurrir a la violencia franca.

A mediados de noviembre, Vivanco renunció y, después de una fiesta de despedida organizada por Zapata, se fue del estado.[106] Pero el que lo sustituyó, Eduardo Flores, no prestó mejores servicios a las haciendas del distrito. Los funcionarios de todo el país estaban muy inquietos durante esas semanas, a causa de la revolución que había estallado en Chihuahua, y tenían interés en combatir las reformas conquistándose una popularidad local. De esta manera conciliado, Zapata amplió la esfera de su actividad. Gente de la cabecera municipal se le sumó ahora, lo mismo que campesinos del pequeño poblado de Moyotepec, situado más al sur. Muchos hicieron aportaciones al fondo de defensa de Anenecuilco y respetaron las decisiones de Zapata en materia de títulos de propiedad de los pueblos y asignaciones de lotes individuales.[107] En cada región disputada, Zapata derribó las cercas de las haciendas, habló con los agricultores del lugar y distribuyó lotes. Y a medida que, por su desafío, el orgullo de esos agricultores fue aumentando, también creció la reputación de Zapata.

Como circulaban por todas partes noticias de las revueltas y de la insurrección, el nuevo jefe, por último, consideró que tenía que tratar de poner remedio a los conflictos de su distrito. Se fue con una escolta y encontró a Zapata cuando estaba distribuyendo tierras que alguna hacienda reclamaba. Lo decisivo fue lo que siempre arregla las disputas en tales enfrentamientos, la capacidad de fuego. Zapata llevaba consigo más de 100 hombres armados; la escolta de Flores ascendía a 10 hom-

[106] *Semanario Oficial*, XIX, 49, 3-4.
[107] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 217-18.

bres. Colocado a la defensiva, Flores tuvo que explicar su intervención. Le dijo a Zapata que se había corrido la noticia de que él y sus hombres eran rebeldes maderistas. Zapata negó el informe y dijo que lo único que estaba haciendo era distribuir tierras que les pertenecían. De eso, Flores no se quejó; le preguntó solamente si podría contar con Zapata y con su gente si aparecían maderistas por aquellas partes. Zapata le aseguró que sí, Flores se fue y los campesinos volvieron a su tarea.

En el invierno de 1910-11, Zapata era la autoridad efectiva en esa parte del estado. Las dimensiones de la región que dominaba no eran grandes, pero tenían gran valor económico y, por lo tanto, importancia estratégica. Además, el desafío que habían lanzado él y sus partidarios constituía un ejemplo peligroso para los apurados campesinos de otras partes. La tregua armada en el campo podía fácilmente romperse en varias partes. Es verdad que el peligro que esta revuelta de Ayala constituía para los planes a largo plazo que los hacendados habían hecho para reorganizar Morelos no era decisivo, ni siquiera grave, aun cuando incitase a la insubordinación en otras partes. En última instancia, el gobierno federal podría enviar tropas, aplastar la insurrección y encarcelar o fusilar a los dirigentes. Ni siquiera los grandes rebeldes indios del México del siglo XIX habían logrado mantenerse en lucha permanentemente. Lo que había ocurrido en Yucatán y en Sinaloa en el pasado junio se habría producido sin duda en lo que respecta a ese trastorno mucho menor de Morelos, y Zapata se podría considerar afortunado si salía con vida: si la revolución maderista no hubiese triunfado. Pero en el invierno de 1910-11, este movimiento del norte se sostuvo, casi milagrosamente, y los altos políticos del país no lograron ni aplastarlo ni comprarlo. En la creciente confusión de esos meses, el levantamiento de Ayala (al principio muy local y limitado en sus orígenes e intenciones) cobró una significación nacional.

CAPÍTULO III

LOS PUEBLOS Y RANCHERÍAS SE SUMAN A MADERO

"y andando el tiempo nos llegamos a encontrar..."

Como de los matrimonios, así de las revoluciones: para que salgan bien, se necesitan muchos años. Madero realizó el derrocamiento de Díaz en 10 meses de planeación y de acción. Fue una victoria alcanzada demasiado pronto.

La coalición que logró formar en el invierno de 1910-11 no era una apretada organización revolucionaria, no era una probada banda de camaradas de ideas y voluntades semejantes, que obedeciesen a un jefe indiscutido. Era una congregación floja de rebeldes independientes, que apenas si se conocían entre sí, y que sólo recientemente se habían unido con una esperanza común. Los maderistas hubiesen necesitado por lo menos de 2 a 3 años de conspirar, ocultarse y luchar juntos antes de intentar siquiera tomar el poder. De otra manera, mal podrían coordinar sus rebeliones afiliadas, pero distintas, hasta formar un régimen. De estas rebeliones la más clara y distinta era la de Morelos.

Desde un principio, el estado no le importó mucho a Madero. En sus planes revolucionarios iniciales, le asignó un papel de muy poca importancia. Principalmente a causa de los informes que había recibido acerca de la elección Escandón-Leyva, confiaba en encontrar apoyo allí; pero, para él, los lugares decisivos eran otros.[1]

Madero sabía que no podía sostener una insurrección general, ni económica ni políticamente. Le costaría demasiado y probablemente se saldría de cauce. De manera que su plan revolucionario final estableció pocos centros de acción. Madero propuso dar tres golpes (a las ciudades de Puebla, Pachuca y México) cuando volviese a entrar en el país por el norte. Los revolucionarios y sus simpatizantes civiles y militares se levantarían "como un solo hombre", se apoderarían de las calles y de las guarniciones en esas ciudades y obligarían al gobierno a tratar con Madero, mientras avanzase éste triunfalmente por Chihuahua.[2]

Cualquier apoyo regional que un agente revolucionario pudiese obtener en el campo, alrededor de estos blancos, reforzaría el poder general de negociación del movimiento. Ésta sería la utilización conveniente de las guerrillas. Pero las ciudades eran las claves.

La rebelión en Morelos tendría que depender de la acción en la ciu-

[1] Roque Estrada: *La revolución y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas* (Guadalajara, 1912), pp. 263-6.

[2] *Ibid.*, 319-22.

dad de México. Pero cuando comenzaron los preparativos, el plan cambió. El agente de Madero en la ciudad de México, Alfredo Robles Domínguez, se dio cuenta de que allí un golpe tenía pocas probabilidades de éxito. Como señaló más tarde, lo más importante era lo que pudiese ocurrir en el sur. Y aunque nunca rebatió explícitamente la estrategia de Madero, en la práctica cambió su acento. Dirigida por él, una insurrección rural regional cercaría la capital nacional y avanzaría hasta someterla a Madero en el norte.[3]

El papel de Morelos, no obstante, seguía siendo de importancia relativamente menor. Concentrando su atención en Guerrero, Robles Domínguez confiaba en tomar Iguala, aislar el estado antes de que pudiesen llegar los refuerzos federales y destruir las pocas guarniciones que se encontraban allí. Si los rebeldes fracasaban, se podrían esconder en las montañas, esperar que la rebelión en el norte atrajera a las tropas y luego operar a lo largo de la Costa Chica, en alianza con la rebelión en Oaxaca. Por lo que respecta a Morelos, los rebeldes servirían como auxiliares de los movimientos en Guerrero o en Puebla, según que situasen sus bases en los distritos del este o del oeste del estado. El papel subordinado de Morelos quedó definitivamente establecido cuando los dos únicos dirigentes probables (Eugenio Morales y Patricio Leyva) se excusaron para no tomar parte en la acción. Leyva alegó su "enfermedad", y Morales se lamentó de que tenía que atender "asuntos graves de familia".[4] Al no haber en el estado nadie con quien poder contar, Robles Domínguez dirigió naturalmente su dinero y sus armas a otras partes.

Éste era el plan a mediados de noviembre. Si sus designios hubiesen prevalecido, el movimiento en Morelos hubiese quedado sujeto más firmemente al control central, probablemente habría recibido un trato más respetuoso como fuerza bien constituida y, por consiguiente, se habría desarrollado con menos originalidad. En una revolución organizada de esta manera, Zapata mal podría haber surgido como caudillo estatal.

Pero todo el plan revolucionario para el sur se arruinó una semana antes de que comenzara su realización. El 13 de noviembre, Robles Domínguez fue detenido y encarcelado en la capital. Con él encarcelaron a dos de sus más íntimos colaboradores en el centro del país, Francisco Cosío Robelo y Ramón Rosales.[5] Su encarcelamiento hizo desaparecer de la ciudad de México la dirección del ala sureña de la revolución. Y el 18 de noviembre desapareció también la dirección de la ciudad de

[3] Robles Domínguez en *El Hombre Libre*, 12 y 14 de noviembre de 1930.

[4] Díez: *Bibliografía*, p. clxxxviii. La "ataxia locomotriz muy avanzada" de Leyva no le había impedido hacer una vigorosa campaña para la gubernatura dos años antes. Ni le impidió hacer política activa en 1912-13. Por lo que respecta a la disculpa de Morales, fue concebida cuando los maderistas guerrerenses se comunicaron con él en octubre de 1910. Véase Arturo Figueroa Uriza: *Ciudadanos en armas. Antecedencia y datos para la historia de la revolución mexicana*, 2 vols. (México, 1960), I, 57.

[5] Taracena: *op. cit.*, p. 100.

Puebla. Su jefe, Aquiles Serdán, fue atacado en su hogar por la policía municipal y federal y fue muerto con su hermano y varios otros partidarios.

Después de este desastre, agentes revolucionarios siguieron yendo y viniendo entre la ciudad de México, la de Puebla y la de Iguala, pero sin autoridad o recursos reales. Los grupos locales podían ahora dedicarse a ventilar sus diferencias internas, y desarrollarse o encogerse por sí mismos.

Es notable que, en estas circunstancias, llegase a organizarse cualquier movimiento revolucionario en Morelos. Las noticias del cuartel general revolucionario en el norte no llegaban a menudo y no eran muy alentadoras; y si no había acción en el norte, los levantamientos en cualquier otro lugar serían suicidas. Después de una grotesca decepción, el 20 de noviembre, cuando casi nadie acudió a recibirlo en Río Grande, Madero, apesadumbrado, se retiró a San Antonio. Pasó la mayor parte de diciembre en Nueva Orleáns, abandonando, al parecer, su causa. Durante estas semanas, los inconformes de Morelos carecieron de dirigentes profesionales, de contactos dignos de confianza con los agentes revolucionarios oficiales y de fondos especiales. Sin embargo, en diversas partes comenzaron a reunirse y a pensar en sumarse a la lucha de Madero.

A fines de noviembre, durante la represión revolucionaria nacional que se produjo después de la matanza en la ciudad de Puebla y de la triste retirada de Río Grande, un grupo comenzó a reunirse en la casa de Pablo Torres Burgos, situada en las afueras de Villa de Ayala.[6] Probablemente la mayoría de los agricultores del municipio de Ayala mejor informados políticamente asistieron a alguna de estas reuniones, pero los asistentes asiduos fueron Torres Burgos, Emiliano Zapata y Rafael Merino. También acudieron a menudo tres individuos que no eran de Ayala: Catarino Perdomo, de San Pablo Hidalgo; Gabriel Tepepa, de Tlaquiltenango; y Margarito Martínez, del sur de Puebla.

El dirigente nominal era Torres Burgos. Sabía "cómo hablar", es decir, cómo presentar un caso al jefe político. Pero el jefe real era Zapata, el presidente del comité de defensa de Anenecuilco-Villa de Ayala-Moyotepec, y que era entonces la autoridad efectiva en la parte sur del distrito de Cuautla. De él dependían las decisiones del grupo.

Varias reuniones convencieron a los conspiradores de que deberían tratar de establecer contacto con el cuartel general maderista en San Antonio. Sobre todo, querían verificar el ofrecimiento que se decía que los maderistas habían hecho a los "pequeños propietarios" que habían perdido sus tierras a causa de los abusos cometidos con las leyes federales de tierras. Zapata había visto una copia del plan de San Luis Potosí, de Madero, y estaba estudiando una cláusula de su tercer artículo.[7]

[6] Magaña: *op. cit.*, I, 97.

[7] Sotelo Inclán: *op. cit.*, p. 189. Para el documento véase Manuel González Ramírez, ed.: *Planes políticos y otros documentos* (México, 1954), pp. 33-49.

Esta cláusula era simplemente un principio encajado en el programa revolucionario de Madero, un gancho para coger el apoyo de las familias campesinas que habían padecido a causa de la política agraria de Díaz. "Abusando de la Ley de Terrenos Baldíos —declaró Madero— numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, por acuerdo de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se les exigirá a los que los adquieren de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este Plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo."[8]

En aquel tiempo, este punto de vista pareció correcto y suficiente a los conspiradores de Ayala. Es verdad que había pocos "indígenas" en Morelos, pero sabían que así era como llamaba la gente de la ciudad a la gente del campo.[9] Era verdad también que la proposición de Madero no era tan radical como la promesa que sabían que habían hecho los agitadores anarcosindicalistas de restablecer los antiguos ejidos o tierras comunales de los pueblos; dando por válido el sistema de propiedad privada individual establecido constitucionalmente desde 1857, Madero pedía solamente que los servidores públicos actuasen "moralmente" al hacer cumplir la ley tal cual era.[10] Pero eso, como sabían también los de Ayala, era lo que la mayoría de la gente de los pueblos y los ranchos quería. Las familias rurales de Morelos veneraban la Constitución de 1857. Para ellos era sólo oscuramente una invalidación de los títulos comunales, pero vívida y vitalmente constituía una declaración de nacionalidad, una causa por la cual muchos de sus parientes y vecinos más viejos habían arriesgado sus vidas contra los ejércitos franceses. A pesar

[8] La ley a la que hacía referencia Madero era la de *terrenos baldíos*. Véase un estudio de la misma en Orozco: *op. cit.*, I, 587-617; II, 1022-9.

[9] Hablaban náhuatl, el idioma indígena regional, tan sólo alrededor del 9.29% de la población de Morelos en 1910. Holt Büttner, *op. cit.*, p. 48. Estaban concentrados en seis pueblos: Xoxocotla, Chalcotzingo, Tepalcingo, Amilcingo, Tetelcingo y Tepoztlán. Véase Othón Flores Vilchis: "El problema agrario en el estado de Morelos" (tesis presentada en la Facultad Nacional de Jurisprudencia, U.N.A.M., 1950), p. 66, y Robert Redfield: *Tepoztlán, A Mexican Village. A Study of folk Life* (Chicago, 1930), p. 30. Por supuesto, los que leían náhuatl eran todavía menos. Al hacer su estudio de los antiguos títulos de Anenecuilco, en septiembre de 1909, Zapata necesitó traducciones del náhuatl, que no conocía en lo más mínimo, y envió a su secretario a Tetelcingo, situado al norte de Cuautla. Allí, sólo el sacerdote del pueblo, que había estudiado el idioma en la escuela, en su nativo Tepoztlán, pudo descifrar las palabras. Sotelo Inclán: *op. cit.*, p. 177.

[10] Para el programa de 1906 del Partido Liberal de los anarcosindicalistas, véase González Ramírez: *op. cit.*, pp. 3-29.

de los años de trampas y embustes practicados por las autoridades constituidas, nunca habían perdido el respeto por la ley; Madero les interesaba ahora, precisamente, por su ofrecimiento de justicia social en los tribunales. En la región de Ayala estas actitudes se habían convertido en motivos. Si Zapata se lograba convencer de la sinceridad de Madero, se sumaría a su revolución evidentemente moribunda y se esforzaría por revivirla.

Los conspiradores se preguntaban también quién, según los jefes revolucionarios, habría de dirigir las operaciones en Morelos. Ningún otro grupo local había pretendido recibir el encargo de San Antonio y para las circunstancias peculiares de Morelos el Plan de San Luis no contenía solución. El artículo 10 estipulaba que en los estados en que, en los últimos dos años, hubiesen tenido lugar "campañas democráticas", el gobernador provisional habría de ser el antiguo "candidato del pueblo", en el supuesto de que se hubiese sumado a la revolución. (Esta cláusula era válida claramente para los estados de Morelos, Yucatán, Sinaloa y Coahuila, en los que, después de la entrevista de Creelman, Madero había observado con algún interés las actividades de la oposición.) Y, presumiblemente, el "gobernador provisional" daría órdenes a los revolucionarios en su estado. Pero, en Morelos, el antiguo "candidato del pueblo", Patricio Leyva, vacilaba. Si, finalmente, renunciaba a la dirección, ¿quién tomaría la autoridad? Cuidadosos y concienzudos, los hombres de Ayala temían que se les acusara de bandidaje y, para evitarlo, deseaban contar con nombramientos formales y un programa definido. De manera que, en esas semanas de tensión, recogieron dinero a través del comité mixto de defensa de Zapata y enviaron a "su vocero", Torres Burgos, a que se entrevistara con Madero en el norte.

Torres Burgos, probablemente, partió para San Antonio a mediados de diciembre. Se ha discutido que haya hecho viaje realmente o que haya visto a Madero. Probablemente lo hizo. No era hombre que mintiese en lo tocante a tal misión, ni era Emiliano Zapata un hombre al cual se le pudiese mentir; y Zapata creyó siempre que Torres Burgos había recibido sus órdenes directamente de Madero.[11] Si el emisario de Ayala habló con Madero en San Antonio, debió haberlo hecho a fines de diciembre o a principios de enero. Pues Madero no regresó de Nueva Orleáns

[11] Entre quienes niegan que se haya hecho este viaje o dudan de ello, figuran Dromundo: *Biografía*, p. 46; Douglas M. Crawford: "The Suriano Rebelion in Mexico, 1910-1919" (tesis de maestría, University of California, Berkeley, 1940), p. 18; y Francisco Cosío Robelo: "Dígale a Zapata que acabe el circo", *Mujeres y Deportes*, 6 de febrero de 1937. Pero en la biografía revisada, Dromundo dice que Torres Burgos se entrevistó con Madero: *Vida*, p. 47. Cosío Robelo estuvo en la cárcel durante el invierno de 1910-11 y no pudo tener conocimiento de primera mano, y Crawford, que trabajó con fuentes poco numerosas, simplemente dijo que no había pruebas. Ninguno de los exilados de San Antonio mencionó jamás la visita de Torres Burgos, pero tampoco ninguno de ellos negó más tarde que hubiese visto a Madero.

hasta entonces, y poco después se trasladó a Dallas. Afortunadamente para los de Ayala, sus esperanzas de revolución se reavivaron precisamente en esta época, a causa de los éxitos recientes alcanzados en Chihuahua.

Mientras tanto, en la ciudad de México, los hacendados se habían percatado de la creciente ansiedad de sus amigos políticos. Y aunque seguían confiando en don Porfirio, y no se preocupaban por regresar a Morelos para organizar por sí mismos la defensa de sus propiedades, por lo menos tomaron precauciones a larga distancia. Compraron armas para el personal de sus haciendas, y en enero comenzaron a subsidiar a Escandón para reforzar a la policía del estado.[12]

Los conspiradores de Ayala, entonces, tuvieron que decidir si permitirían a los hacendados proseguir su acopio de armas y su movilización o, aunque careciesen de conexiones revolucionarias oficiales, si rebelarse mientras todavía les quedaba oportunidad. La decisión de Zapata fue esperar a Torres Burgos.[13] Mientras organizaba secretamente sus propias fuerzas alrededor de Ayala, trató de contener a los fogosos jefes locales que conocía. Pero hasta el regreso de Torres Burgos, su autoridad fue puramente personal. En lugares remotos del noroeste y del suroeste del estado, donde andaban sueltos ya los renegados, casi no tenía influencia. Inclusive en la región en la que su reputación le daba poder (desde Cuautla, por el oeste, hasta Yautepec, por el sur, hasta Jojutla, y por el este, hasta Puebla) no dominaba todavía a los dirigentes del lugar, muchos de los cuales, por ambición, sed de venganza, idealismo o temor se fueron impacientando cada vez más.

El dirigente más notable de éstos era Gabriel Tepepa. Capataz de la hacienda de Temilpa, de la familia Alarcón, situada al norte de Tlaltizapán, Tepepa disfrutaba de gran respeto entre la gente del común de los alrededores de ese pueblo y de Tlaquiltenango. Contando con 74 años de edad y veterano de la Guerra de Intervención y de la rebelión en pro de Díaz en 1876, debía conocer personalmente a los padres, abuelos, tíos y tíos abuelos de la mayoría de los hombres con los que tuvo tratos entre Jojutla, Yautepec y Cuautla.[14] Era un viejo duro, jefe de un grupo de duros rancheros y campesinos locales, y había sido importante para los de Ayala contarlo entre los suyos. Pero, para Tepepa, las sutilezas de la afiliación formal con el Plan de San Luis Potosí no tenían mayor importancia: se moría de ganas de pelear.

La independencia de Tepepa, en los alrededores de Jojutla, debe

[12] Memorándum acerca de la situación política en el estado de Morelos, 29 de diciembre de 1911, Archivo de Alfredo Robles Domínguez (en lo sucesivo ARD), caja 7: legajo 37: documento 5.

[13] Joaquín Páez: "Cuatro meses de vacaciones con Zapata", publicado por entregas en *El Sol de Puebla*, 26 de marzo de 1951.

[14] Jesús Romero Flores: "Mil biografías en la historia de México: Gabriel Tepepa", *El Nacional*, 15 de diciembre de 1946. Magaña: *op. cit.*, I, 136-7. Serafín M. Robles: "Emboscada del Gobernador Teniente Cnel. Escandón", *El Campesino*, noviembre de 1952.

haber alentado a muchos de los antiguos antirreeleccionistas. Aunque estos demócratas profesionales no estaban en contacto con Madero, habían recibido las incitaciones de los conspiradores maderistas establecidos directamente en el sur, en Huitzuco, Guerrero.[15] Y entonces, ya fuese porque no conociesen la misión de Torres Burgos, o, lo que es más probable, porque esperasen monopolizar la autoridad revolucionaria en Morelos adelantándose a la acción, iniciaron operaciones en rivalidad con las de Zapata.

Al disculparse Eugenio Morales, el otro destacado antirreeleccionista de la ciudad, Lucio Moreno, al parecer se puso a la cabeza. Moreno, que acababa de salir de la cárcel, era idóneo para dirigir la rebelión maderista en el estado. Originario del municipio de Tepoztlán, con conexiones en Yautepec, se había casado y establecido en Jojutla.[16] Allí, el papel que había desempeñado en la elección reciente había realzado su prestigio entre los descontentos. Con sus antecedentes, podía fijar base de operaciones en Jojutla, utilizar a Tepepa y sus partidarios para dominar la zona estratégica situada al norte, a lo largo del río Yautepec, tomar después Tepoztlán, luego Yautepec y avanzar más tarde contra Cuernavaca. De tal manera, podría adelantarse a una acción de Zapata en esa dirección y tener en su poder la capital estatal cuando la revolución triunfase.

Torres Burgos no había regresado todavía cuando, el 7 de febrero, Tepepa se rebeló en Tlaquiltenango. Se le sumaron rápidamente sus partidarios más jóvenes de la región, Francisco Alarcón, Timoteo Sánchez, Jesús Capistrán, Lorenzo Vázquez, Emigdio Marmolejo, Pioquinto Galis y otros, cada uno con su banda de revolucionarios.[17] Entonces Tepepa se dirigió hacia el norte y unos pocos días más tarde él y Moreno tomaron Tepoztlán. Permanecieron allí el tiempo suficiente para quemar los archivos municipales y saquear las casas de los jefes políticos locales; luego, se fueron a las montañas para establecer su cuartel general y esperar la oportunidad de avanzar sobre Yautepec o sobre Cuernavaca.[18] Se mantuvieron alejados de las haciendas bien armadas, y el gobierno del estado, evidentemente, no hizo nada por sofocarlos.[19] Inquieto por la inactividad, Tepepa se retiró hacia el sur.

Los de Ayala siguieron esperando, aunque hubo actividades en los alrededores de Tepoztlán después de que se fueron Tepepa y Moreno.

[15] Sergio Valverde: *Apuntes para la historia de la revolución y de la política en el estado de Morelos, desde la muerte del gobernador Alarcón* (México, 1933), p. 38.

[16] Díez: *Bibliografía*, p. clxxxviii. Lewis: *op. cit.*, p. 232.

[17] Magaña: *op. cit.*, I, 98. Serafín M. Robles: "Primeros brotes a causa de la burda imposición", *El Campesino*, mayo de 1954. Eduardo Adame Medina: "De Villa de Ayala a Chinameca, 1909-1919", *ibid.*, mayo de 1958.

[18] Lewis: *op. cit.*, p. 233.

[19] El *Semanario Oficial* no da noticia oficial de los trastornos durante estas semanas. Véase XX, 6, 9.

Bernabé Labastida, el antiguo dirigente leyvista del lugar, regresó de Quintana Roo dispuesto a vengarse de los caciques locales que lo habían deportado. Cuando descubrió que habían huido, dio muerte a dos de sus parientes y luego estableció su propio cuartel general en las afueras del pueblo.[20] Moreno, mientras tanto, permaneció en las montañas cercanas con los ojos puestos en Yautepec y en las ricas haciendas de los alrededores. Otro rival había aparecido recientemente en la región, Amador Salazar, joven vaquero de Yautepec y peón de hacienda que había ayudado a los aldeanos del lugar en su disputa de 1903-5 con Escandón, había sido después reclutado en el ejército y había vuelto ahora para zanjar viejas diferencias. Pero, por el momento, ninguno efectuó actos importantes. Labastida y Moreno no sabían a dónde ir. Y Salazar, en contacto con Zapata (su primo) a través de Itilio Montaño, antiguo maestro de escuela de Ayala que había sido ascendido recientemente y estaba trabajando en Yautepec, esperaba, como los de Ayala, a que Torres Burgos les informase desde San Antonio.[21]

El 14 de febrero, Madero entró de nuevo en México y los espíritus de todo el país comenzaron a reanimarse. Hacia la misma fecha, corrieron noticias por el centro de Morelos de que Torres Burgos había regresado. Le había confirmado a Zapata la sinceridad de Madero en lo tocante a la cuestión agraria y había presentado documentos en los que nombraba a Patricio Leyva jefe de la revolución en el estado. Si Leyva no aceptaba (como era ya evidente) el propio Torres Burgos tendría que encabezar el movimiento. Había traído también nombramientos en blanco para otros dirigentes, que se distribuirían en cuanto entrasen en acción.[22] Las credenciales de los de Ayala estaban ahora en orden.

Durante las tres semanas siguientes, reclutaron únicamente más aliados y perfeccionaron sus planes, esperando el momento oportuno. Pero a principios de marzo, la revolución cobró impulso en el norte y varias rebeliones estallaron en el vecino Guerrero. En Morelos, el gobierno, por fin, comenzó a movilizar las fuerzas contrarrevolucionarias. Como estaba muy avanzada la zafra y la molienda en las haciendas, los hacendados querían que se les diese toda la protección posible para sus caras máquinas y sus maduros cañaverales. Y, el 8 de marzo, el gobernador Escandón ordenó la reorganización y el aumento de la policía federal en el estado.[23] Los de Ayala se dieron cuenta de que tenían que actuar.

[20] Lewis: *op. cit.*, p. 233.

[21] Páez en *El Sol de Puebla*, 26 de marzo de 1951. Romero Flores: "Mil biografías...: Amador Salazar", *El Nacional*, 15 de diciembre de 1946. Entrevista persona con Juan Salazar Pérez. Acerca de Montaño, véase Magaña: *op. cit.*, II, 80, nota I; *Semanario Oficial* XVII, 44, 3-4; y Páez en *El Sol de Puebla*, 2 y 11 de abril de 1951.

[22] Díez: *Bibliografía*, p. clxxxviii. Rafael Sánchez Escobar: *Episodios de la Revolución Mexicana en el sur* (México, 1934), p. 167.

[23] *Semanario Oficial*, XX, 10, 1.

El viernes 10 de marzo, Zapata, Torres Burgos y Rafael Merino se reunieron durante la feria anual cuaresmal de Cuautla. Allí se pusieron de acuerdo en lo tocante a los detalles finales y a la noche siguiente, de regreso en Villa de Ayala, pusieron en acto sus planes. Se amotinaron repentinamente, desarmaron a la policía del lugar y convocaron a una asamblea general en la plaza. El orador, Torres Burgos, subió al pequeño kiosco y leyó en público (por vez primera en Morelos) el Plan de San Luis Potosí, luego informó de los levantamientos en el norte y terminó con vivas para la revolución y mueras para el gobierno. Otilio Montaño que había venido desde Yautepec cambió el lema por otro grito "¡Abajo haciendas y viva pueblos!". Pero nadie se puso a discutir por la discrepancia; en medio de la agitación, la lucha política y la social parecieron ser idénticas. Y en medio de las aclamaciones, los jóvenes del pueblo se enlistaron. En rebelión formal ahora, de acuerdo con el Plan de San Luis, los de Ayala organizaron una banda de cerca de 70 hombres de diversos poblados del municipio, distribuyeron comisiones y cabalgaron hacia el sur por el campo. La revolución maderista había comenzado en Morelos.

Al día siguiente, los rebeldes avanzaron por el río Cuautla, por donde antes Zapata había conducido sus recuas de mulas, hasta el rancho de San Rafael Zaragoza. Allí Catarino Perdomo tenía gente preparada ya y casi todos los adolescentes y adultos varones del lugar se sumaron a la revuelta, sin exceptuar a los encargados de la paz. Lo mismo hicieron muchos otros disidentes de ranchos y pueblos distintos que se habían concentrado allá. Los rebeldes, entonces, cabalgaron hacia el sur, hasta un campamento de las montañas. Y luego, recogiendo hombres y monturas en todos los pueblos y ranchos por los que pasaron, pero esquivando las ciudades y las haciendas, cruzaron la línea divisoria con Puebla para organizar su campaña.[24]

Las operaciones que se llevaron a cabo en las semanas siguientes dan testimonio de una planeación clara e inteligente. Y aunque Torres Burgos dio las órdenes (por lo menos al principio) y Zapata fue sólo uno de los diversos coroneles revolucionarios, la estrategia de la guerrilla, muy probablemente, fue obra de Zapata. El objetivo era Cuautla, la base, razón y causa geopolítica de Morelos. Desde allí, los de Ayala podían vetar las pretensiones de control del estado de cualquier otro que las sostuviese, negociar en lo tocante a Cuernavaca o atacarla directamente, así como mantener un acceso independiente a la ciudad de México y rutas de evasión hacia las montañas del sur. Pero Zapata y los demás jefes sabían que sus hombres mal armados e inexpertos no podían librar todavía batallas en regla, en Cuautla o en cualquier otro lugar. Para capturar armas y entrenar a sus voluntarios al mismo tiempo, Zapata actuó primero para apoderarse de una región situada detrás y por debajo de una línea tendida desde Jojutla hasta Yecapixtla. En esta zona, los

[24] Magaña: *op. cit.*, I, 98. Serafín M. Robles: "Se levantaron al grito de ¡Viva Madero! ¡Muera Díaz!", *El Campesino*, marzo y abril de 1952.

rebeldes podían hacer todas las incursiones que quisiesen y esperar. Luego, cuando los destacamentos de policía y del ejército federal del estado se redujesen drásticamente o se llevasen de allí por completo, a manera de refuerzos para los teatros de la guerra del norte, donde se les necesitaría más, podrían tomar los pueblos y las ciudades sin tropezar con mucha resistencia. Gradualmente, podrían controlar los puntos claves situados a lo largo del Ferrocarril Interoceánico, desde la ciudad de Puebla hasta Cuautla, y protegerse así de un ataque por la retaguardia, una vez tomada Cuautla. Finalmente, cuando se llevasen las últimas fuerzas federales, que se retirarían por la ruta que quedaba abierta más allá de Cuautla, la ciudad tendría que caer.

Sin embargo, la ejecución de esta estrategia no era fácil. Dolorosas e inesperadas crisis preocuparon a los maderistas de Ayala durante toda su rebelión. La primera fue la crisis de mando que casi extinguió el incipiente movimiento. Durante más de una semana, la banda de Torres Burgos permaneció en las montañas de Puebla, esperando tranquilamente a que le llegasen nuevos reclutas. Un añadido que fue bien recibido, aunque no era fácil de tratar, fue el de Gabriel Tepepa, que había abandonado al inactivo Lucio Moreno para volver con sus aliados originales de Ayala. Con él vinieron todos sus jefes más jóvenes. A Zapata le dio gusto especial recibir estos refuerzos, porque Tepepa podía aportar su experiencia militar rudimentaria, pero valiosísima, para el entrenamiento de los rebeldes y la planeación de los ataques; además, en la cohorte del viejo figuraba Lorenzo Vázquez, al cual Zapata había conocido cuando ambos eran conscriptos en Cuernavaca y que también podía ayudar en problemas militares.[25] Así reforzado, Torres Burgos decidió sacar al descubierto a sus guerrilleros y lanzarlos al combate. Zapata, que dudaba todavía de haber preparado suficientemente a sus hombres para luchar contra la policía regular y más aún contra las tropas, puso reparos, pero Torres Burgos impuso su autoridad y preparó sus tropas para un ataque contra Jojutla.

Militarmente, la elección de blanco era correcta. Puesto que la ciudad había sido el centro antirreeleccionista del estado, podía pensarse que el apoyo local habría de producir una victoria barata. Además, una victoria allí produciría otros beneficios más. Prometía la obtención de préstamos forzosos o voluntarios de los comerciantes excepcionalmente ricos de la ciudad y establecería la autoridad revolucionaria de los de Ayala en la zona en la que rebeldes independientes, como Moreno, habían tenido su base. Políticamente, sin embargo, la elección fue peligrosamente descuidada. Pues aunque Torres Burgos, en su calidad de jefe nombrado, tendría que encabezar el principal y primer esfuerzo rebelde, tendría también que depender en gran parte de Tepepa, el jefe de hecho, puesto que Jojutla estaba en los terrenos del viejo jefe; y una vez en su terruño,

[25] *Ibid.*, diciembre de 1951.

los hombres de Tepepa serían de Tepepa y ya no de Torres Burgos. La disolución del mando no hubiese importado mucho si los partidarios de Tepepa hubiesen sido como los jefes de Ayala, veteranos de la lucha política de 1909 y preocupados ahora por las formalidades de las alianzas políticas y de la disciplina. Pero ninguno de los jefes de Tepepa había sido un leyvista activo y ahora les preocupaba menos organizar e imponer un progreso nuevo que demoler lo que pudiesen del orden antiguo. No obstante, sin percatarse del peligro en que ponía a su causa Torres Burgos trazó su plan. Encargando a Rafael Merino la tarea de efectuar movimientos de desviación en los alrededores de Jonacatepec y a Zapata la de patrullar la línea Puebla-Morelos, se puso al frente de las fuerzas de Tepepa y avanzó hacia Jojutla.[26]

Involuntariamente, Escandón ayudó a revelar estas tensiones entre los rebeldes. Ante los apremios más severos de la ciudad de México, después de las declaraciones de rebelión en su estado, intentó llevar a cabo, con su confianza acostumbrada, una demostración de fuerza. Con un piquete de caballería de la guarnición de Cuernavaca y un puñado de rurales se presentó en Jojutla el 22 de marzo para defender la plaza contra los rebeldes de la zona. Dos días después, sin embargo, los guerreros de Torres Burgos penetraron a caballo en Tlaquiltenango, situado a unos 10 kilómetros al norte, sin que nadie les estorbase. Y al oír noticias y rumores de que los rebeldes querían secuestrarlo, Escandón huyó sin parar hasta llegar a la capital del estado. A la cola de él iban los soldados, la policía y todos los funcionarios locales.[27]

Su defección puso fin a toda posibilidad de una transferencia ordenada de los poderes de la autoridad regular a la revolucionaria. Cuando los rebeldes entraron en Jojutla, se negaron a obedecer las órdenes de Torres Burgos que prohibían el saqueo y saquearon varios comercios, entre los que figuraban las tiendas de españoles impopulares. Ésta no era la reforma en que había pensado el ponderado hombre de Ayala. Escandalizado por la violencia y también, probablemente, por su propia incapacidad para controlar a Tepepa y a sus hombres, Torres Burgos quiso hacer valer su autoridad. En una junta para asistir a la cual Zapata y Merino hicieron viaje hasta Jojutla, Torres Burgos decidió renunciar. Con sus dos hijos se fue de la ciudad y regresó a pie a Villa de Ayala. Al día siguiente, fueron sorprendidos y capturados en el camino por una patrulla federal. Por ser rebeldes, se les dio muerte a los tres en el lugar.[28]

Los rebeldes podrían ahora haber degenerado en simples renegados

[26] Magaña: *op. cit.*, I, 99. *El Campesino*, junio de 1958.

[27] Sánchez Escobar: *op. cit.*, pp. 167-8. Díez: *Bibliografía*, p. clxxxix. José Rincón Gallardo Hope: "Episodios de la revolución del sur", *Revista de Revistas*, 29 de enero de 1933. Este autor fue ayudante de Escandón y estuvo con él en Jojutla.

[28] Magaña: *op. cit.*, I, 99-100. Díez: *Bibliografía*, pp. clxxxix-cxc.

o haber abandonado Morelos para sumarse a la lucha en otras partes.[29] Pues Torres Burgos había renunciado sin nombrar sucesor y su muerte había dejado la cuestión de la autoridad revolucionaria en Morelos tan completamente en el aire como antes de su pretensión de haber recibido el nombramiento de Madero. Unos quince jefes tenían nombramientos de coroneles en las fuerzas revolucionarias. Pero ninguno de ellos podía dar legítimamente órdenes a los demás. Retirándose a Puebla, una partida de rebeldes (en la que figuraba Tepepa) resolvió el problema de forma al elegir a Zapata "Jefe Supremo del Movimiento Revolucionario del Sur".[30]

Pero de hecho subsistía el problema. Otros jefes, de otras partidas, querían el cargo, que cada vez parecía ser más importante. Cuando la revolución triunfase (y a medida que fue transcurriendo el mes de marzo fue siendo cada vez más probable) el jefe revolucionario del estado podría ser nombrado gobernador provisional, o jefe militar o policiaco del estado. Ahora, al destruirse la afiliación oficial maderista, cualquiera que surgiese como jefe tendría que hacerlo por la vía más difícil, es decir, convenciendo a sus iguales de que se merecía su respaldo.

Era ésta una hazaña que ni la ambición política ni la ferocidad militar podrían realizar. No existía una maquinaria para imponerse a los partidarios locales. Si un pueblo no estaba de acuerdo con un jefe autonombrado, simplemente guardaba sus hombres en el lugar. La disputa por el mando revolucionario en Morelos, por lo tanto, no era una lucha. Era un proceso de reconocimiento por parte de los diversos jefes locales de que había un solo hombre en el estado al que respetasen suficientemente para cooperar con él, y de que tenían el deber de someter a sus partidarios a la autoridad de aquél. Ese hombre resultó ser Zapata, candidato especialmente idóneo pues era, a la vez, aparcero en quien los aldeanos podían confiar y arriero y tratante de caballos en quien depositarían su confianza vaqueros, peones y bandidos; que era tanto un ciudadano responsable como un guerrero decidido. Pero su elevación al liderato no fue automática, y nunca fue definitiva. Como él mismo escribió más tarde a Alfredo Robles Domínguez, tenía que ser muy cuidadoso con sus hombres, pues lo seguían, dijo, no porque se los ordenase, sino porque sentían cariño por él.[31] Es decir, porque lo querían, lo admiraban, lo tenían en alta y afectuosa estima, sentían devoción por él. Porque era la clase de hombre que podía incitar a la acción a otros hombres evidentemente pragmáticos, ni Tepepa, ni Merino ni ningún otro que se interesase en el movimiento se atrevió nunca a rivalizar con él. Si nunca los mandoneó, ellos nunca lo contrariaron. Pero el proceso de ejercer el mando fue, no obstante, lento y errático.

29 Eran éstas posibilidades reales, no hipotéticas. Véase Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 117-18.

30 *El Campesino*, julio de 1958.

31 Zapata a Robles Domínguez, 4 de junio de 1911, ARD, 4: 17: 106.

A fines de marzo, en los alrededores de Tepoztlán, donde probablemente se encontraba para arreglar un pacto con Moreno y otros rebeldes locales, Zapata tropezó accidentalmente con el agente de un grupo clandestino metropolitano, el de la Conspiración de Tacubaya, que estaba dispuesto a levantarse en favor de Madero, pero con su propio programa independiente. Zapata le pidió al agente, Octavio Magaña, que notificase a los maderistas de la ciudad de México que Torres Burgos había sido muerto y que él se había hecho cargo provisionalmente del mando de la región hasta que Madero nombrase a un nuevo jefe.

Mientras esperaba las órdenes de Madero (que nunca llegaron) su posición en el movimiento local quedó decididamente fortalecida cuando otro agente de los de Tacubaya (el hermano de Octavio, Rodolfo) llegó a Morelos pocos días después de que Octavio se había ido. El gobierno había descubierto y destruido la conspiración, y había detenido a muchos de los comprometidos en ella. Rodolfo había escapado y huido hacia el sur. Con él llevaba cerca de diez mil pesos, que representaban la contribución que su padre hacía a la causa de los de Tacubaya. En vista de su desastre, Rodolfo entregó el dinero a Zapata, lo cual dio a éste el mejor apoyo financiero de todos los rebeldes del estado. Y lo obtuvo sin comprometerse. Pues aunque Rodolfo le mostró una copia del Plan Político Social de los conspiradores, que era considerablemente más radical que el Plan de San Luis, de Madero, y aunque expresó su conformidad con las disposiciones agrarias del mismo, evidentemente no se hizo presión sobre él para que cambiara de bando.[32]

La conexión oficial de Zapata con la organización maderista se restableció poco después. El cuatro de abril, Juan Andrew Almazán (antiguo estudiante de medicina de Puebla, antiguo simpatizante de Aquiles Serdán, antiguo exiliado de San Antonio y en aquel tiempo plenipotenciario maderista por propia designación en el sur) se entrevistó con Zapata en Tepexco, pequeña aldea situada junto a la línea divisoria con el estado de Puebla. Allí nombró a Zapata jefe maderista en Morelos.[33] El significado real de su nombramiento está sujeto a disputa. El joven Almazán tenía un notable talento para el engaño y las tretas, y sus credenciales, en este caso, parecen haber

[32] Octavio Magaña Cerda: "Historia documental de la revolución", *El Universal*, 7 de julio de 1950. Se equivoca respecto de la fecha de este episodio. Magaña: *op. cit.*, I, 109-10. Por lo que respecta al plan político oficial, véase González Ramírez: *op. cit.*, pp. 68-70. El artículo 9 declaraba: "Todas las propiedades que han sido usurpadas para darlas a los favorecidos por la actual administración serán devueltas a sus antiguos dueños". El artículo 10 prometió salarios más altos a los trabajadores agrícolas. El artículo 11 obligaba a "Todos los propietarios que tengan más terrenos de lo que puedan o quieran cultivar", a rentar esas tierras baldías a quienes las solicitasen, a una renta del 6% del valor fiscal de la tierra. El artículo 15 abolía los monopolios, lo mismo en la agricultura que en la industria.

[33] Dromundo: *Bibliografía*, pp. 47-8. Juan Andrew Almazán: *En defensa legítima* (México, s.f., 1958?), p. 19.

sido sospechosamente vagas. En el sur se ensalzó a sí mismo y exhibió documentos y papeles oficiales. Pero había disputado con Madero un poco antes de irse de San Antonio, y Madero lo conocía suficientemente como para considerarlo díscolo y poco digno de confianza.[34] El verdadero carácter de su misión en Puebla y Morelos sigue siendo un poco enigmático, pero lo que cuenta es que, finalmente, se le aceptó como lo que pretendía ser, "el embajador de Madero", el agente local del director revolucionario central. Sus tratos aparentemente oficiales con Zapata legitimaron todavía más el mando de éste.

Sin quererlo, los propios científicos reforzaron la posición sobresaliente de Zapata ante los rebeldes de Morelos. Primero, apartaron a todas las demás figuras del estado en torno a las cuales los maderistas podrían haberse agrupado, los Leyvas. En un esfuerzo desesperado por aplacar la rebelión nacional con concesiones, los científicos habían comenzado a sustituir diversas autoridades, desde ministros del gabinete hasta presidentes municipales, con personajes menos expuestos a críticas. En Morelos, no pudieron persuadir a Patricio Leyva para que aceptase la gubernatura, pero sí lograron convencer al viejo general Leyva para que saliese de su retiro y aceptase el cargo de jefe militar del estado, lo cual desacreditó a toda la familia entre los rebeldes y los reformistas locales. Luego, agravando el error al tratar de negociar con los rebeldes para la designación de un nuevo gobernador, el general Leyva eligió precisamente tratar con el grupo que ya había reconocido a Zapata como su jefe. Reuniéndose en Acatepec, con Emiliano y Eufemio Zapata (que acababa de regresar de Veracruz), Gabriel Tepepa y Manuel Asúnsulo (representante de los rebeldes de Guerrero), el general, en efecto, reconoció a Zapata como jefe maderista en Morelos; y no obtuvo concesiones.[35]

A medida que el grupo de los de Ayala fue cobrando distinción, especialmente en los distritos del sur y del este del estado, nuevos jefes se fueron pasando diariamente a su bando. Eran hombres de toda laya: Felipe Neri, fogonero de 26 años de edad de la hacienda de Chinameca; José Trinidad Ruiz, predicador protestante de Tlaltizapán; Fortino Ayaquica, obrero textil de 28 años de edad, de Atlixco, Pue.; Francisco Mendoza, ranchero-abigeo de 40 años de edad, de los alrededores de Chietla, del otro lado de la línea divisoria de Puebla; Jesús Morales, "el Tuerto", gordo y fanfarrón cantinero de Ayutla, al norte de Chietla, y amigo de los hermanos Zapata desde fines de la década de 1890, cuando andaban escondiéndose de la policía de Morelos.[36] Con cada

[34] José C. Valadez: *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero.* 2 vols. (México, 1960), II, 202. Por lo que respecta a los primeros contactos de Almazán con Zapata, véanse también los interesantes comentarios de Leopoldo Ancona: "El general Almazán y el agrarismo de Zapata", *Novedades*, 3 de octubre de 1939.

[35] Díez: *Bibliografía*, pp. cxc-cxci.

[36] Para estos trozos biográficos, véase Carlos Reyes Avilés: *Cartones zapatistas* (México, 1928), p. 14; Serafín M. Robles: "Se incorpora J. Morales, toma

uno de ellos llegaba una banda de entre 50 y 200 reclutas nuevos.

A mediados de abril, Zapata era evidentemente el jefe revolucionario supremo de su estratégica zona. Ejerciendo su creciente autoridad, pudo no sólo ordenar a Tepepa y a Almazán que se dirigiesen al sur, para operar a lo largo de los límites de Puebla y Guerrero, sino conservar también el mando sobre los jefes de Tepepa e incorporarlos a ellos y a sus nuevos aliados de Puebla en sus propias fuerzas, que fundamentalmente eran de hombres de Ayala. Luego, reclutando más voluntarios de los pueblos y ranchos locales, montó una gran ofensiva contra Chietla e Izúcar de Matamoros, Puebla, la última de las cuales era una ciudad ferroviaria y comercial clave. En vez de defender estos lugares, la policía y las tropas federales los evacuaron. Y el 7 de abril los maderistas de Zapata los ocuparon. Al día siguiente, llegaron precipitadamente refuerzos federales desde Atlixco, con artillería y ametralladoras y sacaron a los rebeldes de Izúcar. Pero en Chietla y en el campo circundante, los rebeldes se reagruparon y conservaron la hegemonía.[37] El éxito relativo de la operación confirmó la elevada posición de Zapata en la región.

Entre los revolucionarios de otros distritos del estado, sin embargo, la autoridad de Zapata era menos firme. En la zona central, las bandas de Amador Salazar, Felipe Neri y Otilio Montaño eran leales al grupo de Ayala y tenían éxito; desde Tepoztlán hasta Yecapixtla y hasta Tlaltizapán, ejecutaban las órdenes de Zapata y reclutaban gente en su nombre. Pero en la zona occidental desde Huixilac, en el norte, hasta Amacuzac en el sur, merodeaban rebeldes y forajidos que no reconocían en lo más mínimo la autoridad de Zapata. La banda de Genovevo de la O, que operaba por el oeste y el sur de Cuernavaca, mantenía por lo menos contactos amistosos con los de Ayala, a través de Salazar, pero aun así los mensajes iban de "don Genovevo" al "señor Emiliano".[38] Y otros jefes rebeldes de la misma región (como los hermanos Miranda y su padre, que eran también fugitivos de la Conspiración de Tacubaya) desconocían por completo a Zapata y obedecían en cambio a los jefes poderosos que avanzaban entonces desde Guerrero.

Estos jefes, los cuatro hermanos Figueroa, de Huitzuco, eran rivales formidables para los de Ayala. Estratégicamente, Guerrero era el estado clave del sur de México. Y los Figueroa conocían bien la política de la rebelión allí. Varios años antes, en Huitzuco, los dos hermanos más ambiciosos, Ambrosio y Francisco, se habían visto envueltos en una sub-

de Chietla, Puebla", *El Campesino,* junio de 1952; *ibid.,* febrero de 1956; Miguel Ángel Peral: *Diccionario biográfico mexicano* (México, s.f.); *El País,* 22 de agosto de 1911; y los papeles privados de Porfirio Palacios.

37 Magaña: *op. cit.*, I, 101. Manuel de Velasco: "La revolución maderista en el estado de Puebla" (MS, 1914), pp. 67-9. Consulté este manuscrito gracias a la generosidad de José Ignacio Conde.

38 Páez en *El Sol de Puebla,* 2, 3, 6, 11, 17, 18, 20 y 23 de abril de 1951.

versión contra el gobernador porfirista, y Ambrosio había tenido que refugiarse del otro lado de los límites del estado, en Jojutla.[39] Como él y Francisco sabían, a los revolucionarios les era imposible controlar su estado grande y montañoso sin concertar diversos pactos, muchos de ellos con el gobierno federal al que se oponían; la manera más directa de concertar tales negociaciones consistía en adentrarse por Morelos y llevar la rebelión hasta las puertas de la capital. La geografía favorecía este camino, pues Morelos estaba abierto por el sureste. Y también, en el caso de los Figueroa, la política local. En Jojutla, Ambrosio había sido un agricultor notablemente afortunado y administrador de un molino de arroz de la influyente familia Ruiz de Velasco. Había conocido y causado buena impresión en la mayoría de los comerciantes y administradores de haciendas de la región, y había prestado servicios como oficial en la reserva del ejército local desde 1903 hasta que volvió a su terruño, en 1908. Entre sus viejos amigos, disfrutaba todavía de considerable estima.[40] Además, otro viejo amigo, el teniente coronel Fausto Beltrán, había tomado recientemente el mando militar en el distrito de Jojutla, y Beltrán, que ahora hacía las veces también de jefe del Estado Mayor del general Leyva en Morelos, estaba tratando de convencer al general, a los leyvistas locales respetuosos de la ley y a los hacendados del lugar a que pactaran con los Figueroa y arreglasen un armisticio.[41] A mediados de abril, se estaba concertando el pacto. Los hacendados de Morelos, advertidos ahora del peligro que había surgido en sus dominios, le prometieron a Ambrosio pagarle una buena suma para que garantizase la seguridad de sus propiedades.[42] Mientras que, a los ojos del público, Zapata era solamente uno de los jefes de Morelos, los Figueroa se habían convertido en los hombres fuertes de todo el sur.[43] Por falta de directivas revolucionarias centrales de la ciudad de México, los conflictos entre los rebeldes de Guerrero y de Morelos se desarrollaron sin freno.

La estrategia que Zapata tenía que llevar a cabo para contrarrestar a los Figueroa era clara. Sólo podía garantizar la independencia política de Morelos después del triunfo de la revolución si lograba establecerla sólidamente de antemano. Para este fin, era necesario llevar a cabo dos operaciones de éxito, aunque no serían suficientes. Una era política: obtener de los Figueroa o del directorio revolucionario del norte un reconocimiento formal de la independencia de la rebelión de Morelos. La otra, que impondría la primera, era de carácter militar: conservar

[39] Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 31-5.

[40] *Ibid.*, I, 41. *Semanario Oficial*, IX, 6, 2. *El País*, 12 de enero de 1912.

[41] Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 111-12. Díez: *Bibliografía*, pp. CXC-CXCI. Figueroa a Robles Domínguez, 12 de julio de 1911, ARD, 2: 8: 36.

[42] Héctor F. López: "El maderismo en Guerrero", *El Hombre Libre*, 3 de septiembre de 1937, y "Datos para la historia de la Revolución", *ibid.*, 10 de septiembre de 1937.

[43] *El País*, 18 de abril de 1911.

los lugares estratégicos del estado cuando Díaz comenzase a negociar con Madero.

El reconocimiento político se obtuvo primero, y fácilmente; el 22 de abril, Zapata y Ambrosio Figueroa se reunieron en Jolalpan, pequeño poblado situado convenientemente en la neutral Puebla.[44] El encuentro había sido arreglado por un agente maderista, Guillermo García Aragón. No hacía mucho que había llegado a la región y acababa de ayudar a los Figueroa a organizar a sus dispersos partidarios del noroeste de Guerrero hasta formar una sección del "Ejército Libertador del Sur".[45] García Aragón, ahora, se propuso incorporar formalmente al Ejército Libertador a los rebeldes de Morelos. Lo que quería realmente era arreglar, en esta etapa avanzada de la revolución, una ordenada cooperación entre el posible movimiento hegemónico de Guerrero y el posible movimiento autónomo de Morelos. Carecía de la autoridad personal que Robles Domínguez ejercía entre los rebeldes del sur, pero cualquier coordinación era mejor que nada.

Entre los diversos puntos que se establecieron en la conferencia de Jolalpan, el principal fue el que distribuyó formalmente la autoridad revolucionaria. Zapata y Figueroa (Zapata fue nombrado general revolucionario, igual en mando que Figueroa) convinieron en que sus "columnas", por separado, operarían libremente en cualquier parte de la República, encabezadas por sus jefes respectivos. Pero el acuerdo especificó que "cuando las operaciones [conjuntas] se verifiquen en el estado de Morelos, el jefe supremo de la columna aliada será el señor Zapata; cuando haya de operarse en el estado de Guerrero, lo será el señor Figueroa; y cuando deba operarse en otros estados diversos, se acordará entre dichos jefes el que deba asumir el mando supremo".[46]

Este acuerdo, sancionado por un agente del cuartel general central, fue una gran victoria para Zapata. Gracias a él no sólo quedó reconocido como principal jefe maderista en Morelos, sino que el movimiento en este estado contó desde entonces con una organización formalmente independiente. Pero la victoria había sido tan grande y tan fácil que era sospechosa e inclusive ominosa: era dudoso que los Figueroa respetasen sus promesas. Acontecimientos subsiguientes ahondaron la duda. A manera de corolario del pacto de Jolalpan, existía un plan para atacar Jojutla el 28 de abril, y los hacendados no habían subsidiado a Figueroa para esto. Curiosamente, aunque se acababa de especificar la jefatura suprema de Zapata en Morelos, la columna de Figueroa, durante el ataque, habría de quedar bajo su propio mando. Y luego, mientras Zapata se preparaba para la operación, le comenzaron a llegar inquietantes informes. Gran parte de la información era ya de conocimiento común, como la de que

[44] Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 120-3.
[45] *Ibid.*, I, 113-14.
[46] Artículo 5, pacto de Jolalpan. El documento está reproducido en *ibid.*, I, 121-2.

Figueroa tenía conexiones con los hacendados y con el comandante militar del lugar. Pero las noticias más recientes eran todavía más turbadoras. Eran acerca de los subsidios y de un trato entre Figueroa y Beltrán a fin de que, en el último minuto, antes del ataque, Figueroa retirase su apoyo a Zapata y dejase que se destrozase luchando solo contra una numerosa guarnición federal. Circulaban rumores, inclusive, de que Figueroa estaba tramando el asesinato de Zapata y al enterarse por último de que Beltrán tenía apuntada su artillería contra el noroeste, por donde habrían de atacar los rebeldes de Morelos, Zapata se retiró.[47] Pero cuando se lo hizo saber a Figueroa y le pidió una nueva conferencia, Figueroa se rehusó a concederla, pasó a ocupar las afueras occidentales de Jojutla, sin encontrar resistencia de los 200 hombres de Beltrán, y luego concertó un armisticio sin autorización de nadie, que se negoció en una hacienda cercana.[48]

Al borde de esta trampa, Zapata reaccionó cautelosamente. A pesar de las quejas de sus jefes y de sus ansiosos guerrilleros, se retiró a una base en el municipio de Ayala. Jojutla era rica, pero no tenía importancia vital: se podía permitir perderla, si el atacarla le hacía correr el riesgo de perder la vida y de que su movimiento se desbandase. Estratégicamente, el corazón del estado era Cuautla. Y habiendo obtenido todo lo que quería de los Figueroa, el reconocimiento formal, los dejó entenderse con los federales y dirigió sus actos allí donde el éxito lo beneficiaría a él tan sólo.

Consideraba que se estaba acabando el tiempo. Los dirigentes revolucionarios nacionales estaban ya regateando con los enviados de Díaz en El Paso. Y Francisco Figueroa estaba preparando un viaje a la ciudad de México para arreglar su pacto regional con don Porfirio.[49] Para garantizar la posición de los de Ayala en Morelos, Zapata tenía ahora que capturar ciudades y no conformarse simplemente con incursiones. Sobre todo, tenía que establecer un dominio claro e indiscutido sobre Cuautla. Después de eso, si había tiempo, podía intentar nuevas cosas para realzar el prestigio del movimiento; pero Cuautla era indispensable.

Actuó rápida y deliberadamente. Llamó a una junta, en Jantetelco, a sus 25 o 30 jefes principales, para elaborar los detalles de la estrategia y disponer sus fuerzas. A principios de mayo, rebeldes aliados se apoderaron de Yautepec y lo conservaron durante cuatro días, en tanto que Zapata derrotó a una guarnición federal en Jonacatepec y ocupó la plaza permanentemente. Ahora, en la prensa metropolitana se le comenzó a llamar "*el* cabecilla de la insurrección en el estado de Morelos". En los días siguientes, avanzó por el norte (detrás de Cuautla, todavía) e hizo incursiones por las ricas ciudades fabriles, mal defendidas, de Metepec

[47] Magaña: *op. cit.*, I, 111-12. Carlos Pérez Guerrero: "Por qué el general Zapata no atacó Jojutla en 1911", *El Hombre Libre*, 8 de septiembre de 1937.

[48] Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 125-7.

[49] *Ibid.*, I, 129-35.

y Atlixco, en el oeste de Puebla; levantó préstamos forzados, se hizo de provisiones y dotó a sus hombres con las armas y municiones capturadas. Y después, cuando llegaron nuevas de que los revolucionarios habían capturado Ciudad Juárez en tanto que Madero estaba a punto de concertar un tratado en el norte y los Figueroa hacían política en la ciudad de México, Zapata acampó en el pueblo de Tecapixtla, situado a unos cuarenta kilómetros al noroeste de Cuautla, y organizó su ataque.[50]

La victoria tardó en llegar y fue muy sangrienta. Los hacendados, por fin, habían obtenido del gobierno una fuerza protectora de primera (el quinto "Regimiento de Oro") y lo habían apostado en Cuautla. Ésta era, precisamente, la prueba militar que Zapata había tratado de eludir anteriormente. Pero ahora no podía esperar. Al parecer, los Figueroa habían concertado realmente una tregua privada en Guerrero, que tendría que agravar sus condiciones en Morelos.[51] Llamando a todos sus jefes para que le proporcionasen hombres que le diesen una colosal superioridad numérica de 4 000 a 400, Zapata hizo todo lo que pudo para llevar a cabo un sitio con bandas impacientes, poco entrenadas y mal disciplinadas. Aunque seiscientos federales, a las órdenes de un jefe excelente, Victoriano Huerta, habían llegado a Cuernavaca, no hicieron el intento de ayudar a sus camaradas de Cuautla.[52] Y finalmente, después de seis de los más terribles días de batalla de toda la revolución, los federales evacuaron y los revolucionarios ocuparon la reventada ciudad.[53] Era el 19 de mayo, diez semanas menos un día después de que la gente de Ayala se había rebelado con Torres Burgos. Al fin, Zapata tenía ahora una base sólida, suficiente no sólo para darle el control del estado, sino también para concederle los mejores derechos sobre el mismo.

No había oportunidad de más. Dos días más tarde, el domingo 21 de mayo, se firmó el Tratado de Ciudad Juárez que puso fin a la guerra civil. El 25 de mayo, como se había convenido, Díaz entregó la presidencia al antiguo embajador en Estados Unidos y ministro de Relaciones Exteriores en funciones, el elegante abogado-diplomático Francisco León de la Barra. Así comenzó un interinato que habría de terminar en las elecciones libres de octubre, que, en opinión de todos, Madero ganaría. Y el último día del mes el encanecido viejo dictador se embarcó en el vapor alemán *Ipiranga*, que salía de Veracruz, nuevamente como un ciudadano mexicano común y corriente, con destino al exilio en el París amado de Eduardo VII.

Pero aunque las luchas habían terminado, la revolución continuaría, sólo que ahora como política oficial, o así lo creyeron Zapata y sus jefes.

[50] Magaña: *op. cit.*, I, 112. Páez en *El Sol de Puebla*, 24 y 27 de abril, 4 y 5 de mayo de 1951. *El País*, 5, 7, 9 y 12 de mayo de 1911. Las cursivas son del autor.

[51] Véase la carta de Zapata al editor, *El País*, 10 de mayo de 1911.

[52] George J. Rausch, Jr.: "The Early Career of Victoriano Huerta", *The Americas*, XXI, 2 (octubre de 1964), 144.

[53] Magaña: *op. cit.*, I, 113-14. Páez en *El Sol de Puebla*, 8 y 9 de mayo de 1951. Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 165-7.

Y la política a la que más atención prestaron fue la reforma agraria. No consistiría en expropiar las haciendas. Respecto de estas aborrecidas empresas los rebeldes, en realidad, se habían mostrado notablemente respetuosos. A veces habían hecho incursiones en las haciendas, sobre todo en las grandes, como San Gabriel o Tenango, para apoderarse de los caballos, las armas y las municiones allí guardadas. Los rebeldes, inclusive, habían incendiado un cañaveral y habían saqueado la mansión de Tenango, en represalia contra el administrador, y en Atencingo, Puebla, habían dado muerte a siete empleados.[54] Pero, en general, los jefes habían dado garantías a las haciendas para que terminasen la zafra. En abril, Amador Salazar había llegado inclusive a apostar una guarnición rebelde en Chinameca, para proteger la zafra que se hallaba entonces en todo su apogeo.[55] A menudo, los jefes pagaron el ganado y los materiales que se llevaron o por lo menos firmaron recibos. Raras veces reclutaron rebeldes entre la gente de casa, que de todas maneras prefería su segura servidumbre y en ninguna parte, evidentemente, incitaron a estos peones sometidos a que se levantaran y se apoderaran de las haciendas en las que trabajaban.[56] Como sus padres y sus abuelos, los aldeanos y los rancheros que formaban las bandas maderistas seguían siendo tolerantes de la estructura de la vida en Morelos: le daban su lugar a la hacienda. Pero también insistían en que se les reconociese su propio lugar: ésta era la justicia de su política revolucionaria, según la entendían, y consistía simplemente en respaldar el pueblo y el rancho, en imponer el respeto a su derecho a existir también. Así, al ocupar Cuautla, Zapata envió órdenes a todos los pueblos del distrito para que reclamasen sus tierras a las haciendas. Y cuando el presidente municipal interino de la ciudad trató de contravenir las órdenes, Zapata las confirmó sin vacilaciones. En los días subsiguientes, partidas armadas de aparceros y campesinos pobres comenzaron a invadir tierras de los distritos del centro y del este del estado. Los indefensos administradores de las haciendas y los peones residentes en las tierras que los invasores reclamaban no tuvieron más remedio que dar satisfacción a las demandas revolucionarias.[57]

Nominalmente, la reforma parecía estar autorizada por el Plan de San Luis. En virtud del Artículo 9, Zapata era la autoridad legítima en Cuautla, encargada, al menos provisionalmente, de llevar a cabo allí el Artículo 3, el cual decía que había que declarar "los despojos arbitrarios" sujetos a "revisión" y "exigir la restitución de las tierras adquiridas de un modo tan inmoral" a sus primitivos propietarios. Pocos dudaron de que, en su calidad de jefe revolucionario del estado, llevase a cabo su política agraria en cada distrito. Si otros generales revolu-

54 *El País*, 8 y 17 de abril de 1911. Velasco: *op. cit.*, pp. 68-9.

55 Páez en *El Sol de Puebla*, 18 de abril de 1951.

56 J. García Pimentel: *op. cit.*, p. 11.

57 Teófanes Jiménez a de la Barra, 18 de agosto de 1911, AZ, 6: J-3: 6. Antonio Carriles a Juan Pagaza, 23 y 24 de mayo de 1911, ARD, 6: 28: 10.

cionarios, de otros estados, no lo hacían igualmente, no era cosa que al parecer le preocupase. Tal vez se habían sumado a la revolución por razones diferentes. En cuanto a él, presidente del comité de defensa mixto de Anenecuilco-Villa de Ayala-Moyotepec, se había rebelado por motivos específicos y había contraído una grave obligación con los hombres que, por los mismos motivos específicos, se habían levantado con él. Ahora que la revolución había triunfado, estaba cumpliendo sus compromisos.

Pero subsistía la cuestión de si el estado realmente era de Zapata y de si el grupo de Ayala representaba mayor cosa en Morelos. Pues los hacendados seguían siendo poderosos y activos. Desde antes de que los rebeldes hubiesen capturado Cuautla, estos hombres se habían venido esforzando por establecer su dominio. Se habían percatado, cuando el problema inicial de vigilar sus propiedades se había convertido en el temible problema de evitar el desastre económico, de que no podían obrar de otra manera. Si tuviesen que ir a los tribunales para apelar por las expropiaciones, una vez pasado el verano, precisamente cuando tendría que prepararse la cosecha de la temporada siguiente, los pequeños agricultores de los campos en disputa plantarían maíz y frijol, en vez de cuidar la caña. Vendría después otra sombría primavera en 1912 (baja producción, ingenios ociosos y pérdidas de ganancias), tristes perspectivas para hombres de negocios que habían invertido fortunas. Nerviosamente, se pusieron a buscar maderistas que garantizasen el estado de la tenencia de la tierra, y obligasen a los campesinos a apelar. Y los encontraron en la coalición Leyva-Figueroa que anteriormente habían ayudado a formar en Jojutla. El general Leyva mismo, aunque se había equivocado y había aceptado su nombramiento porfirista, estaba ahora dispuesto a explicar esa acción como si hubiese sido un esfuerzo en favor de la reforma, y a proclamarse revolucionario.[58] Muchos de sus antiguos partidarios de Jojutla y Cuernavaca habían sido maderistas sinceros, aunque en su calidad de tenderos o abogados no se habían molestado en pelear, y consideraban que sus simpatías eran mayores méritos que las de los rebeldes para obtener cargos en un régimen nuevo. Y los Figueroa, que maniobraban con miras a la ciudad de México, apreciaban los entendimientos amistosos que les allanasen el camino. Y no es que estos aspirantes estuviesen dispuestos a traicionar; sus intenciones eran siempre honorables. Era que su concepción de la revolución, como cambio político, y el interés que tenían en lograr que el cambio se hiciese en su favor, los convertían en candidatos para una alianza transitoria con los hacendados. Las opiniones coincidieron y un nuevo partido fue cobrando forma.

El 17 de mayo, dos días antes de la caída de Cuautla, una delegación de "ciudadanos y comerciantes respetables" de Morelos había conversado con Ambrosio Figueroa en Iguala y le había pedido que ocupase su estado para salvarlos de Zapata. Con pesar, Figueroa se negó: temía un ataque de los federales por la retaguardia, con los que todavía

[58] Díez, un leyvista, acepta esta versión: *Bibliografía*, pp. cxc, cxcii.

no había llegado a un compromiso. Pero intervino un oficial rebelde subordinado, Manuel Asúnsulo. Convenció a Figueroa de que los revolucionarios de Guerrero, por omisión, podrían quedar comprometidos indirectamente por los excesos de Zapata. Le recordó, además, que había abundantes ventajas (la proximidad a la ciudad de México, por ejemplo) en apoderarse de Cuernavaca. ¡Que pensase tan sólo en la posibilidad de que los rebeldes de Guerrero entrasen en la capital nacional antes que Madero! Entonces Figueroa cedió y le dio a Asúnsulo ochocientos hombres que él mismo había reclutado y tomó disposiciones para avanzar hacia el norte, hasta la capital de Morelos. Envió otra fuerza más pequeña a ocupar Jojutla.[59]

La decisión resultó ser acertada. En ese mismo día, mientras proseguían las negociaciones en Ciudad Juárez, el secretario de la guerra dio órdenes al general Leyva de concertar armisticios en Morelos. Al día siguiente, el jefe figueroísta, Federico Morales, entró pacíficamente en Jojutla, tomó el mando allí y le notificó a Leyva que aceptaba la tregua. Aceptando el mismo ofrecimiento, Asúnsulo dirigió su columna hacia Cuernavaca y Xochitepec.[60] Desde Cuautla, ocupado todavía en su asedio, Zapata no podía hacer resistencia a estos avances y se negó furiosamente a pactar en lo relativo a ellos. "No es usted conducto para mí —le respondió al general Leyva cuando le ofreció la tregua— pues sólo recibo órdenes del señor Presidente Provisional de la República, don Francisco I. Madero... sólo le manifiesto que si no me entrega la plaza de Cuernavaca, y logro hacerlo prisionero, será usted pasado por las armas." [61] Se negó también a hablar con una comisión de paz de los ediles de Cuernavaca que había llegado para discutir la rendición de la ciudad después de la captura de Cuautla. De manera que, el 21 de mayo, los comisionados se fueron a Xochitepec, donde Asúnsulo tuvo a bien ofrecerles "garantías". Esa tarde, como el general Leyva había renunciado presa del pánico, los guerrerenses ocuparon pacíficamente la capital de Morelos.[62] Al día siguiente, Asúnsulo recibió el telegrama de Robles Domínguez, en el que se ordenaba el cese de las hostilidades por razón del Tratado de Ciudad Juárez.[63]

De esta manera, los hacendados habían recuperado la iniciativa local. Pero todavía más sorprendente para Zapata y la gente de Ayala fue la extraña reacción de sus superiores revolucionarios. El 23 de mayo, por ejemplo, Robles Domínguez, que había salido de la cárcel y era de nuevo el agente de Madero en la ciudad de México, recomendó a Zapata que suspendiese "cualquier ataque" contra la hacienda de Calderón, Hospital y Chinameca.[64] De hecho, no se estaban llevando a cabo ataques contra

59 Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 173-5.
60 Morales a F. Leyva y Castrejón a F. Leyva, 19 de mayo de 1911, AZ, 12: 1.
61 F. Leyva al Secretario de Guerra, 3 de junio de 1911, *ibid.*, 12.
62 Díez: *Bibliografía*, p. cxciii. Sánchez Escobar: *op. cit.*, pp. 29-31.
63 Robles Domínguez a Asúnsulo, 22 de mayo de 1911, ARD, 4: 17: 2.
64 Robles Domínguez a Zapata, 23 de mayo de 1911, *ibid.*, 5.

estos lugares, ni siquiera se había amenazado atacarlos; lo único que había logrado Zapata era hacer sentir firmemente su autoridad local al administrador de Chinameca.[65] Pero, para los de Ayala, debe haber sido muy desconcertante que Robles Domínguez sintiese de pronto tanta consideración por las haciendas. El 24 de mayo, su recomendación específica se convirtió en orden general: un acto de hostilidad contra las haciendas era "un acto de guerra", que los rebeldes tenían que "suspender absolutamente".[66] Y el 26 de mayo, en el primer manifiesto revolucionario publicado desde el armisticio, el propio Madero señaló que "no se pueden satisfacer en toda su amplitud las aspiraciones contenidas en la cláusula tercera del Plan de San Luis Potosí".[67] Si estas reservas en lo tocante a los fines agraristas resultaban ser reales, sería difícil decir en Morelos que la revolución había triunfado o no. La posición militar de los de Ayala era precaria, de todas maneras. Después de meses de trabajo honrado y efectivo por la causa, se enfrentaban a la posibilidad de que su propio líder, en el que confiaban, pudiese hacer a un lado sus pretensiones a la autoridad revolucionaria en el estado y la acción política que habían proyectado.

No tardó en verse que el destino de la revolución en Morelos dependía del compromiso, que nada tenía de revolucionario, que los dirigentes nacionales habían contraído en Ciudad Juárez. Allí, Madero y sus colaboradores habían tenido que decidir dos grandes cuestiones: ¿terminaba una época en México? De ser así, si con la salida de Díaz eran inevitables algunos cambios, en algunas partes, ¿cuáles partes, y cuánto de la época de don Porfirio habría de terminar? Pero ninguno de los que tenían que tomar estas decisiones estaba seguro de las mismas, tal vez porque nadie quería estar seguro. Pocas revoluciones se han planeado, efectuado y ganado por hombres tan uniformemente obsesionados por la continuidad del orden legal como los autorrepresentantes del maderismo de 1910-11. Al parecer, nada les preocupaba tanto como preservar las formas y rutinas regulares. El régimen de Díaz, lo mismo que su carácter, los había fascinado; habían crecido en él y nunca se sacudieron realmente su ambivalente respeto por la "paz" que, en común con otros mexicanos, no podían menos de creer que había establecido. Así, pretendiendo lograr la conciliación, dejaron abierta la cuestión del fin de la época.

El trato que concertaron con el gobierno registró perfectamente su evasión. Lógicamente, el tratado de Ciudad Juárez debería haber consistido en una suerte de borrador de la transición a un gobierno revolucionario, en el que se estipulasen los cambios deseados, y formal y dictatorialmente se reprimiese la oposición a los mismos. Pero los dirigentes revolucionarios ejercieron, en cambio, una presión suavísima (pues acep-

[65] Carriles a Pagaza, 23 y 24 de mayo de 1911, ARD.

[66] Robles Domínguez a los jefes revolucionarios de su zona, 24 de mayo de 1911, ARD, 1: 6: 34.

[67] Para el documento, véase Manuel González Ramírez, ed.: *Manifiestos políticos, 1892-1912* (México, 1957), pp. 210-13.

taron a de la Barra y a otros cuatro porfirianos en el nuevo gabinete) y volvieron a situar la cuestión del cambio dentro del voluntarismo político.[68] Como ellos mismos eran escrupulosos, esperaron que su propia democracia benevolente garantizase la realización de negociaciones escrupulosas en pro de la reforma, y, por supuesto, un feliz término de las mismas.

Su optimista evasión resultó ser un error fatal. De la Barra, debido a su temperamento, no podía ser justo. Como señaló el embajador norteamericano, era "un hombre absolutamente honorable y veraz, culto, instruido en diplomacia y en las artes más amables, pero... también un sentimental y carente de la firmeza y del conocimiento de los asuntos tan esencial para quien, como él, ocupa una posición tan elevada en estos tiempos críticos".[69] Pero los maderistas del gobierno no eran hombres capaces de hacerse cargo de la situación. Por ejemplo, no podían ponerse de acuerdo en cuáles reformas proponer. Puesto que ninguno de los dirigentes nacionales a cuyo cargo corría la iniciación del cambio se había sentido auténticamente alienado del régimen anterior, ninguno de ellos tenía una idea clara de qué es lo que aborrecía de lo antiguo o anhelaba de lo nuevo. Al abandonar el Plan de San Luis, perdieron lo que era por lo menos una burda agenda de prioridades. Y los profundos y apremiantes anhelos que habían despertado en todo el país no les dieron tiempo, aun cuando hubiesen tenido talento para hacerlo, de poner en movimiento una revolución con gusto, alegría y buenas intenciones. Sin un orden regular o revolucionario centralmente impuesto, los fundamentos mismos de la política nacional comenzaron a derrumbarse.

En Morelos, los retrocesos formales inmediatos, por sí solos, hacían tambalear el movimiento de Ayala. El tratado rechazaba completamente el "radicalismo político" del Plan de San Luis y restablecía la legitimidad del gobernador, los legisladores del estado, los diputados, los jefes políticos y los presidentes municipales.[70] No sólo ya no estaban sujetos a detención y juicio por haber hecho resistencia a la revolución; los revolucionarios tenían inclusive que respetar su autoridad de nuevo, hasta que se designasen funcionarios interinos. Además, los revolucionarios interesados en conservar sus nombramientos militares maderistas descubrieron entonces que era mucho menos probable que su rango fuese confirmado en el ejército.

Aún más desastrosa que estos reveses particulares, fue la reconcentración de los asuntos nacionales en la ciudad de México. Durante los meses de guerra civil, la atención se había desviado a Chihuahua, y Morelos había disfrutado por lo común de una libertad respecto de la periferia. El resultado había sido un populismo vigoroso, basado en los pue-

68 Una copia del tratado en Cabrera: *op. cit.*, pp. 453-4.

69 Wilson al secretario de Estado, 23 de mayo de 1911, *National Archives* (en lo sucesivo NA), Record Group 59: 812.00/1981.

70 A este respecto, véanse los interesantes comentarios de González Ramírez: *Manifiestos*, pp. 219-20.

blos y rancherías, con demandas específicas y un dirigente responsable y resuelto. Pero cuando, a fines de mayo y principios de junio, la capital volvió a ser de nuevo el teatro principal de la política (y de una política conciliatoria) ni los antiguos porfiristas, ni los neófitos maderistas podían ignorar lo que estaba ocurriendo en los ricos valles situados a un centenar de kilómetros al sur. De manera que Morelos tuvo que soportar la desdicha de que las disputas políticas centrales de la nueva crisis nacional se superpusiesen a su propia lucha local. La contienda mortal entre los conservadores y los reformistas que se estaba llevando a cabo detrás de la fachada conciliatoria, la flagrante rivalidad intestina en cada campo, las efusiones de todos aquellos que consideraban ahora que debían decir algo, todo esto reverberó en Morelos. La configuración de la lucha que de esto resultó fue extremadamente intrincada. Pero a medida que las diversas coaliciones se fueron haciendo y deshaciendo, las consecuencias locales del tratado de Ciudad Juárez se fueron aclarando. Con la paz, el bando de los de Ayala no lograría hacerse del poder en el estado.

Así confirmados en sus iniciativas, los hacendados se fueron atreviendo a más. Poco después del armisticio, Gabriel Tepepa regresó de la campaña de Cuautla a Tlaquiltenango. Él y Federico Morales habían sido enemigos personales durante años, y sus diferencias políticas actuales hacían inevitable un duelo. Desde Tlaquiltenango, Tepepa desafió la autoridad y la hombría de Morales, al imponer un empréstito forzoso a varios de los comerciantes más prósperos e impopulares de Jojutla, uno de los cuales era pariente de Ruiz de Velasco. Tepepa fue invitado a la cabecera del distrito para recoger el préstamo. Cuando se presentó en la ciudad, el 25 de mayo, acompañado únicamente de una pequeña escolta, Morelos lo capturó y lo fusiló inmediatamente.[71] Al día siguiente, Tomás Ruiz de Velasco, que habría de convertirse en el portavoz de los hacendados de Morelos en los meses venideros, explicó la importancia política local del asunto a Robles Domínguez.[72]

Los hacendados siguieron actuando. Su éxito siguiente fue el nombramiento del gobernador interino. Escandón hacía tiempo que había huido del estado para regresar a la Inglaterra de sus amores, como representante de México en la coronación del rey Jorge IV; aun cuando no había renunciado, sí había obtenido un permiso de ausencia formal de seis meses, y se sobrentendía que no habría de volver.[73] De manera que, en efecto, los revolucionarios disfrutaron del privilegio de instalar al nuevo gobernador, que el Plan de San Luis les había concedido originalmente. Pero ¿de qué revolucionarios se trataba? Los de Ayala pensaron

[71] Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 198-9. Carriles a Pagaza, 23 y 24 de mayo de 1911, ARD. Pedro Lamadrid, hijo, en quien recayó lo más pesado del empréstito, era cuñado de Felipe Ruiz de Velasco. Con complicidad de Escandón, los Ruiz de Velasco habían ayudado recientemente al padre de Lamadrid a defraudar al gobierno estatal con 18 000 pesos en impuestos. Véase el Memorándum, ARD.

[72] Ruiz de Velasco a Robles Domínguez, 26 de mayo de 1911, ARD, 1: 6: 44.

[73] *Semanario Oficial*, XX, 19, 3. *El País*, 9 de mayo de 1911.

que les correspondía el privilegio. El 26 de mayo, Zapata entró en Cuernavaca y arregló con Asúnsulo el establecimiento de un solo personal revolucionario, para el cual Zapata eligió como jefe a su propio secretario (Abraham Martínez).[74] El 29 de mayo él y Martínez le telegrafiaron a Robles Domínguez tres veces seguidas preguntándole si podía proceder a nombrar un gobernador.[75] Pero no hay pruebas de que hayan recibido ninguna respuesta. En el entretanto, Asúnsulo estaba negociando independientemente. Ofreció primero la gubernatura a Manuel Dávila Madrid, propietario de un hotel de Cuernavaca que había formado parte de la comisión de paz de la ciudad. El hotelero rechazó el ofrecimiento, pero recomendó a Juan Carreón, gerente del Banco de Morelos. Carreón, como Asúnsulo, era originario de Chihuahua, pero había administrado el Banco de Cuernavaca desde 1905, y era íntimo de los hacendados.[76] El 31 de mayo el banquero le escribió a Robles Domínguez que aceptaría el ofrecimiento de Asúnsulo "con gusto, tanto porque he simpatizado con la causa de la revolución, como por deber patriótico". Para demostrar su patriotismo, pasó a hacer hincapié en que Zapata parecía ser incapaz de disciplinar a sus hombres y de que los "principales habitantes" de Cuernavaca estaban alarmados por el rumor de que Asúnsulo se iría de la ciudad y la entregaría a los jefes rebeldes nativos. Le rogó a Robles Domínguez que arreglase la permanencia de Asúnsulo.[77] El 2 de junio, Carreón asumió el cargo de gobernador provisional y Asúnsulo se quedó.[78]

Fue sorprendente la rapidez y la magnitud de la recuperación de la influencia de los hacendados. En un mes, habían transformado un pacto regional en torno a Jojutla en un control estrecho y provisional, pero no obstante predominante, de las fortunas oficiales del estado. La coalición que dirigían tenía en su poder la capital del estado, la ciudad más rica del sur, tres cabeceras de distrito y ejercía su influencia en todos los cargos civiles del estado.

La respuesta pública de Zapata a las actividades de los hacendados fue extrañamente pasiva. Aunque en Jojutla no habría podido presentar resistencia, en Cuernavaca podría haber desafiado a Asúnsulo. Después de la caída de Cuautla, se le había avisado del avance de Asúnsulo y se le había pedido que se dirigiese hacia la capital estatal. Pero menospreció el peligro. Dijo que no estaba "tan ansioso", que dejaría que "la gente decente" librara la lucha y que luego entraría él mismo.[79] Debió haber sabido, sin embargo, que, estando metidos en ello los Figueroa, había

[74] Martínez a Robles Domínguez, 26 de mayo de 1911, AZ, 27: 2.

[75] Martínez a Robles Domínguez, 28 de mayo de 1911, ARD, 4: 17: 40. Zapata a Robles Domínguez, 28 de mayo de 1911, *ibid.*, 45. Martínez a Robles Domínguez, 29 de mayo de 1911, ARD, 1: 6: 92.

[76] Sánchez Escobar: *op. cit.*, p. 32. *Semanario Oficial*, XIII, 9, 6; 13, 8.

[77] Carreón a Robles Domínguez, 31 de mayo de 1911, ARD, 4: 17: 63.

[78] Carreón a de la Barra, 2 de junio de 1911, AZ, 17: 8: 5.

[79] Páez en *El Sol de Puebla,* 10 de mayo de 1951.

poca posibilidad de una pelea. Al rehusarse a negociar políticamente o atacar, perdió la ciudad.

Fue igualmente tolerante del fusilamiento de Tepepa. Zapata nunca hizo responsable a nadie más que a Morales y nunca se tomó el trabajo de castigarlo.[80] El 26 de mayo, al día siguiente del fusilamiento, Zapata conversaba cordialmente con el lugarteniente de Morales, Asúnsulo.[81] Y el 29 de mayo, Zapata, Asúnsulo y otro rebelde que había colaborado con los Figueroa, Alfonso Miranda, declararon que se habían arreglado satisfactoriamente las diferencias entre los dos movimientos revolucionarios.[82]

Además, a pesar de que no había aprobado el nombramiento de Carreón, Zapata no hizo nada por deponerlo. Es verdad que protegió a otros jefes de Morelos, como Genovevo de la O, que tampoco quería a Carreón.

Cuando Zapata entró en Cuernavaca, el 26 de mayo, con toda intención no fue hacia donde Asúnsulo lo estaba esperando para recibirlo, sino hacia donde sabía que de la O lo esperaba. Y allí lo encontró, ceñudo, rechoncho, vestido de calzón blanco, revuelto entre sus hombres; Zapata quedó profundamente impresionado. Pero dejó pasar la oportunidad de organizar una oposición local al hombre elegido por los hacendados. Ni siquiera hizo circular una protesta contra el nombramiento de Carreón.[83] A principios de junio, hizo un débil intento de trasladar sus tropas a Puebla, fuera de la jurisdicción de Carreón. Pero no tardó en abandonar el esfuerzo.[84]

Las razones de esta pasividad fueron varias. Por lo menos, Zapata dominaba todavía Cuautla, donde podría consolidar su poder. Y en Cuernavaca Asúnsulo era una persona cordial, un joven ingeniero de minas educado en Estados Unidos, aficionado a la música moderna y que no estaba estrechamente comprometido con los Figueroa; había servido en sus fuerzas tan sólo porque se encontraba trabajando en Guerrero cuando comenzó la revolución.[85] La camaradería con que trató al grupo de Ayala en la capital estatal, en marcado contraste con la beligerancia de Federico Morales en Jojutla, era una señal de que podría reconocer sus aspiraciones a gobernar. Además, Zapata estaba recibiendo regularmente dinero para pagar sus tropas rebeldes y las deudas revolucionarias: entre el 29 de mayo y el 2 de junio, el Banco de Morelos y la oficina de Cuernavaca del Banco Nacional le entregaron veinte mil pesos para los gastos de su ejército.[86]

[80] Zapata a Robles Domínguez, 9 de junio de 1911, ARD, 4: 17: 132.

[81] Asúnsulo a Robles Domínguez, 27 de mayo de 1911, ARD, 4: 17: 33. Zapata y Asúnsulo a Robles Domínguez, 27 de mayo de 1911, *ibid.*, 35.

[82] Magaña: *op. cit.*, I, 116.

[83] Páez en *Sol de Puebla*, 29 de mayo de 1951. De la O en *Impacto*, 31 de diciembre de 1949.

[84] Robles Domínguez a Zapata, 2 de junio de 1911, ARD, 4: 17: 99. Zapata a Robles Domínguez, 10 de junio de 1911, *ibid.*, 135.

[85] Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 174. King: *op. cit.*, pp. 66-8.

[86] Para los recibos, véase ARD, 4: 17: 81-5.

Y lo que era más importante, ahora parecía que el favor de Madero era lo que contaba en México. Aunque muchos llamaban soñador al hombrecito, después de todo había realizado la primera rebelión con éxito de los últimos treinta y cinco años. Hasta su vaguedad parecía dar testimonio de poderes ocultos. Le recordaba, al embajador norteamericano, al José de la Biblia, "al que llamaron soñador, pero se convirtió en el regente efectivo de un gran reino e hizo de sus hermanos príncipes".[87] Y Zapata creía aún que, a pesar de las recientes advertencias, Madero respetaría los "sagrados principios" y las "promesas libertadoras" de la revolución. En Morelos, los beneficios de este supuesto desplazamiento del peso del poder nacional hundiría a la reacción local. Así, pues, confiando en sus filiaciones revolucionarias, Zapata procuró no ofender a sus superiores por falta de disciplina o de respeto, ni siquiera cuando, como Robles Domínguez, establecieron una facción rival en sus dominios. Contra toda provocación, Zapata se limitó a esperar su oportunidad, a aguardar hasta que Madero, una vez informado plenamente del predicamento agrario de Morelos, hiciese justicia a los campesinos. ¿Para qué disputar con los emisarios, cuando el jefe es el que manda? Lo que Zapata no sabía todavía es que ese jefe no mandaba.

El 7 de junio, Madero llegó a la ciudad de México, donde se le dio una tumultuosa acogida, probablemente la recepción más grande que la capital nacional había presenciado desde la que había dado al ejército insurgente noventa años antes.[88] Entre los primeros que salieron a recibirlo en la estación del ferrocarril figuró el dirigente rebelde del campo de Morelos. Al día siguiente, después del almuerzo, los dos conferenciaron en la casa que la familia Madero tenía en la calle de Berlín, de la ciudad de México. Se hallaban presentes también Emilio Vázquez, Benito Juárez Maza y Venustiano Carranza, que eran parte todos de los más altos círculos gobernantes de la coalición revolucionaria.[89]

A la petición inicial de Madero de que se entendiese con los Figueroa, Zapata accedió. Después, con sencillez y franqueza, expuso su propio caso. "Lo que a nosotros interesa —dijo, hablando en nombre de sí mismo y de sus partidarios— es que, desde luego, sean devueltas las tierras a los pueblos, y que se cumplan las promesas que hizo la revolución."

Madero hizo algunas objeciones: el problema de la tierra era delicado y complicado, y tenían que respetarse los procedimientos. Lo que importaba más, le dijo, era que Zapata tomase disposiciones para licenciar a sus tropas rebeldes.

Zapata, que tenía interés en afirmar su confianza en Madero personalmente, puso en tela de juicio la lealtad del ejército federal a un

87 Wilson al secretario de Estado, 23 de mayo, 1911, NA.

88 Así lo consideró un miembro del partido oficial de Madero, el historiador Ricardo García Granados: *op. cit.*, II, 181.

89 Para esta conferencia, véase Magaña: *op. cit.*, I, 130-4.

gobierno revolucionario desarmado, fuese éste nacional o local. Citó el caso de Morelos donde, según dijo, Carreón estaba actuando exclusivamente en favor de los hacendados. Si eso ocurría mientras los revolucionarios estaban armados, preguntó, ¿qué pasará "cuando nos entreguemos a la voluntad del nuestros enemigos"? Evidentemente, Zapata no había captado el nuevo espíritu de conciliación. Madero lo reprobó. Era una época nueva; la política tendría que llevarse a cabo dentro del orden, no se permitiría la violencia.

Luego se produjo un intercambio notable de palabras, durante el cual, por un momento, la rústica impaciencia del campesino morelense debe de haber cargado la atmósfera de aquel cómodo salón metropolitano. Zapata se levantó con la carabina en la mano, se acercó hasta donde estaba sentado Madero. Apuntó a la cadena de oro que Madero exhibía en su chaleco. "Mire, señor Madero —dijo— si yo aprovechándome de que estoy armado le quito su reloj y me lo guardo, y andando el tiempo nos llegamos a encontrar, los dos armados con igual fuerza, ¿tendría derecho a exigirme su devolución?" Sin duda, le dijo Madero; le pediría inclusive una indemnización. "Pues eso, justamente —terminó diciendo Zapata—, es lo que nos ha pasado en el estado de Morelos, en donde unos cuantos hacendados se han apoderado por la fuerza de las tierras de los pueblos. Mis soldados (los campesinos armados y los pueblos todos) me exigen diga a usted, con todo respeto, que desean se proceda desde luego a la restitución de sus tierras."

Madero repitió las promesas que había hecho al respecto. Pero la entrevista lo había turbado. Interrumpiendo un programa de trabajo repleto, aceptó la invitación de Zapata para visitar Morelos el 12 de junio, al lunes siguiente, para examinar en persona el estado de cosas. Aparentemente, Zapata les había ganado la partida a los hacendados. Teniendo a Madero como aliado personal, podría vencerlos. Al menos, todavía parecía poderlo hacer.

CAPÍTULO IV

EL EJÉRCITO ENTRA EN CAMPAÑA

"...sembrando, si cabe la palabra, la confianza".

Intencional o no, el último acto oficial de Díaz había sido un golpe de genio estratégico. Al renunciar, le entregó a Madero la batalla, pero lo privó de la experiencia necesaria para ganar la guerra. Las tensiones de una victoria incompleta no tardaron en extinguir la coalición revolucionaria.

En Morelos, los hacendados se percataron de esta tensión, lo cual les dio alientos para no desesperarse por causa de la alianza entre Madero y Zapata. Eficaces y astutos como siempre, pura y simplemente comenzaron a tratar de conquistarse a Madero. Antonio Barrios, presidente de la Asociación de Productores de Azúcar y Alcohol y administrador de la campaña de Escandón dos años antes, envió una protesta urgente a Madero en la que decía que los rebeldes de Morelos no estaban dispuestos a deponer voluntariamente sus armas.[1] Tomás Ruiz de Velasco tomó disposiciones para que él y un grupo de comerciantes de Morelos acompañasen a Madero en su viaje a Cuernavaca.[2] Y una vez que hubo llegado Madero, Carreón organizó en los Jardines Borda un banquete en que los invitados eran tan decididamente miembros de la élite que Zapata, que formalmente era el más destacado maderista del estado, se negó a asistir.[3] De manera que la invitación de Zapata fue contraproducente. Al día siguiente, Madero hizo viaje a Iguala, y un día después a Chilpancingo, donde conversó largo y tendido con los Figueroa.[4]

Cuando Madero regresó a Morelos, el 15 de junio, para terminar su gira, estaba convencido de que Zapata era incapaz de controlar a sus tropas, que tenían fama de bárbaras. Madero interpretó los edificios arruinados de Cuautla, testimonio de la terrible batalla de seis días librada un mes antes, como prueba del saqueo y el bandidaje que Zapata había sancionado.[5] Regresó a la ciudad de México dispuesto a creer lo peor de lo que se dijese de los rebeldes de Morelos.

[1] Asociación de Productores de Azúcar y Alcohol a Carreón, 12 de junio de 1911, ARD, 4: 17: 144. Antonio Barrios era también abogado de Ramón Corona, propietario de las haciendas de San Vicente y Chiconcuac. Véase Sánchez Escobar: *op. cit.*, p. 167 y el Memorándum, ARD.

[2] *El Imparcial*, 12 de junio de 1911.

[3] Magaña: *op. cit.*, I, 136. *El Imparcial*, 13 de junio de 1911.

[4] Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 201-7.

[5] *El Imparcial*, 19 de junio de 1911.

Este enfriamiento personal dio lugar a importantes fisuras políticas. En Cuernavaca, Zapata había pedido de nuevo una acción decidida en la disputa agraria y de nuevo Madero se había salido con promesas. Así también, tanto los hacendados como Zapata estaban inconformes con el gobernador interino Carreón, por razones opuestas; pero Madero, evidentemente, veía con mejores ojos los candidatos de los hacendados. En lo que respecta a la cuestión más importante del momento (el desarme obligatorio y el licenciamiento de sus dos mil quinientos soldados revolucionarios) Zapata perdió más terreno. Lo único que obtuvo de Madero fue otra promesa privada de que se le designaría jefe de la policía federal de Morelos, a la cual podría incorporar a cuatrocientos de sus hombres; al resto tenía que desbandarlo y contraer la obligación de aplastarlos si se rebelaban de nuevo.[6] Las condiciones equivalían a una rendición, y tal vez al comienzo del fin de la revolución que los de Ayala habían iniciado tres meses antes. Pues aparte de su conexión con Madero, la cual no le servía de mucho ahora, Zapata no conservaba más poder que el que se desprendía de su influencia en los aldeanos y rancheros del estado, los cuales eran eficaces solamente en el ejército primitivo que habían formado durante su rebelión. Desbandar su ejército y pedirle además que se encargara de tener a raya a sus propios veteranos era pedirle que disolviese su único recurso político. Zapata no quiso hacer el trato, pero, aislado como estaba, no podía desoír el llamado a la confianza de Madero y aceptó licenciar a su gente.

La operación comenzó el 13 de junio en La Carolina, fábrica situada en las afueras del noroeste de Cuernavaca.[7] El encargado de vigilarla, mientras Madero hacía viaje hacia el sur, fue Gabriel Robles Domínguez, el hermano de Alfredo, que actuaba en funciones de comisionado especial del Ministerio de Gobernación. Arregló las cosas de manera que los soldados rebeldes entregasen sus armas a funcionarios del estado, en una mesa; que luego pasasen a otra donde él mismo, Zapata, y el jefe mayor de Zapata, Abraham Martínez, los identificasen y les diesen sus papeles de licencia; y que después recogiesen su paga de licenciamiento en una tercera mesa, diez pesos a cada hombre de los alrededores de Cuernavaca, quince pesos a los que venían de lugares más remotos, y una bonificación de cinco por la entrega de una pistola, además de un rifle. Funcionarios de la hacienda del estado entregaron ese dinero, pues ni Robles Domínguez, ni Zapata ni ninguno de los subordinados de Zapata tuvieron acceso al mismo. Cuando el último soldado rebelde hubo entregado sus armas, los funcionarios habían pagado cuarenta y siete mil quinientos pesos y recogido tres mil quinientas armas. La operación parecía haber sido un éxito, y era testimonio convincente de la buena fe de Zapata en el trato.

[6] *El País*, 14 de junio de 1911.

[7] Madero a E. Vázquez, 13 de junio de 1911, citado en Charles C. Cumberland: *Mexican Revolution. Genesis Under Madero* (Austin, 1952), p. 173. Magaña: *op. cit.*, I, 168-9.

Pero los hacendados siguieron intrigando con Madero e inclusive impidieron a Zapata tomar el cargo limitado que de mala gana había convenido aceptar. Desde el principio, por el bien de "la verdadera revolución" se habían opuesto a la promesa de Madero de convertir al jefe rebelde en comandante de la policía federal del estado. Para protestar, Tomás Ruiz de Velasco había seguido a Madero hasta Iguala y, aunque no pudo obtener allí una retracción, no aflojó su presión. Volviendo a la ciudad de México, descubrió que el nombramiento de Zapata no era formal todavía, y que el ministro de Gobernación maderista, Emilio Vázquez, que era el funcionario encargado del asunto, todavía no había ejecutado la promesa de Madero. Rápidamente, hizo público el asunto. Reuniendo a sus colegas hacendados y a sus simpatizantes de la metrópoli anunció un mitin en el Club Republicano José María Morelos para las 10 a.m. del 18 de junio.[8] Era la mañana del domingo, por lo cual muchos de los piadosos empresarios tuvieron que ir a misa temprano; muchos acudieron y el mitin se comentó con todo detalle en la prensa. "Lo relativo a súplica ha terminado" —proclamó Ruiz de Velasco a su entusiasmado auditorio. Otro orador, de edad avanzada, declaró que "si todos eluden responsabilidades, no nos queda más que apelar a los procedimientos armados. Nosotros, los viejos —peroró— cargaremos las armas para que sean disparadas por los jóvenes". Se formó un comité para pedir una explicación oficial. Representaron a los hacendados Fernando Noriega, antiguo diputado estatal y consejero de Cuernavaca, y Luis García Pimentel, el hacendado más rico y más culto de la República. A los comerciantes y a los pequeños agricultores los representaron Dámaso Barajas, cuya tienda se había quemado en el sitio de Cuautla, y Emilio Mazari, víctima reciente de los empréstitos forzosos de Tepepa en Jojutla. "El consejo que doy —terminó diciendo Ruiz de Velasco— es que ustedes se fajen los pantalones. Puesto que el señor Madero no da lugar a nada; puesto que no se nos oye... el camino que debemos seguir es el del reto." [9]

En Cuernavaca, Zapata les tomó la palabra a los hacendados. Al día siguiente, por considerarse jefe de la policía del estado, le pidió quinientos rifles y municiones al gobernador Carreón y, cuando éste se negó a entregárselos, se los llevó de todas maneras.[10] Un telegrama de Gabriel Robles Domínguez en el que se le informaba que "ya arreglé nombramiento de Jefe de fuerzas rurales en la forma en que habíamos convenido", y le prometía conversar con él al día siguiente, de éste y de "otros asuntos de gran interés", pareció confirmar su autoridad, por lo menos provisionalmente.[11]

Los hacendados tenían ahora a Zapata donde habían querido tenerlo.

8 *El Imparcial,* 18 de junio de 1911.
9 *Ibid.*, 19 de junio de 1911.
10 *El País,* 20 de junio de 1911.
11 G. Robles Domínguez a Zapata, 19 de junio de 1911, ARD, 4: 17: 160.

El Imparcial de la capital, que poco tenía de imparcial, pero sí de influyente todavía, publicó el relato del encuentro de Zapata con Carreón en una extra amarillista que tenía el encabezado de "Zapata es el moderno Atila". Entre otras barbaridades, el jefe rebelde fue acusado de ser causa de que todas las señoritas de Cuernavaca huyesen de la ciudad junto con el gobernador.[12] De hecho, los rebeldes habían mantenido un orden medianamente bueno. La señora King, la resuelta dama inglesa que atendía a los residentes y a los huéspedes más notables de Cuernavaca en su Hotel Bellavista, no se quejó de nada importante.[13] Ni tampoco evidentemente los diversos norteamericanos que vivían en la ciudad. En otros distritos, las quejas registradas comúnmente eran a causa de un caballo que no había sido devuelto o de abusos fortuitos cometidos por revolucionarios "de última hora" locales.[14] Pero el clima era favorable a la propaganda de los hacendados. Las requisiciones revolucionarias de tierras parecían ser el resurgimiento de un comunismo atávico. Además, las dispersas atrocidades físicas cometidas en Morelos tenían un aspecto especialmente vívido y ominoso: habían sido perpetradas cerca de la ciudad de México, y por hombres que vestían calzón blanco, calzaban huaraches, llevaban machetes y tenían la piel morena, señal esta última de que, inconfundiblemente, eran miembros de una "raza inferior". Esto fue el colmo. Las ejecuciones revolucionarias eran siempre lamentables, pero si los ejecutantes eran reconociblemente "blancos" y vestían como personas civilizadas, pantalones, zapatos y camisas, sus actos seguían siendo humanos. Que el "pueblo" se pusiese a ejecutar víctimas era "indio", subhumano y monstruoso.

Madero llamó inmediatamente a Zapata para que respondiese en la ciudad de México de las acusaciones de los hacendados en el sentido de que había comenzado en Morelos una nueva rebelión. El 20 de junio, la entrevista tuvo lugar en la casa de Madero. Más tarde, Madero aseguró a los periodistas que los hacendados habían exagerado el conflicto, pero que lo había arreglado. En verdad lo había hecho: Zapata le había prometido retirarse por completo, renunciar a sus pretensiones a la jefatura de la policía del estado y desbandar a todos sus hombres, ninguno de los cuales podría ser policía. La única fuerza que conservó fue una escolta personal de unos cincuenta hombres. Y en lo relativo a la disputa agraria local, Zapata aceptó el pronóstico de Madero de que un gobierno

[12] *El Imparcial*, 20 de junio de 1911. Así comenzó la leyenda del salvaje de Zapata, la del hombre que recorrió el sur violando, emborrachándose y saqueando durante ocho años seguidos. Este cuento llegó a su perfección en H. H. Dunn: *The Crimson Jester, Zapata of Mexico* (Nueva York, 1934).

[13] King: *op. cit.*, pp. 62-70, 76.

[14] Las quejas a Alfredo Robles Domínguez tuvieron que ver con un número sorprendentemente pequeño de las cosas de Zapata. Véase ARD, 2: 8 y 4: 17, que contienen la correspondencia concerniente a Morelos en ese verano. Compárense con 4: 16 (Michoacán), 4: 18 (Oaxaca), 4: 19 (Puebla), 4: 20 (Querétaro), 6: 27 (Guerrero y Oaxaca).

estatal libremente elegido y popular lo resolvería "dentro de la ley".[15] Tan repentinamente como habían aparecido, las noticias de anarquía y rebelión en Morelos desaparecieron ahora.

De manera que, a principios de junio, los hacendados habían arrebatado al grupo de Ayala el papel de contendientes en la política de estado, habían sacado de Cuernavaca a sus jefes y los habían hecho regresar a sus pueblos y aldeas. Para desdicha de los hacendados, sin embargo, este veto de éxito no trajo de nuevo el antiguo orden. Puesto que el ejército rebelde se había desbandado y las tropas federales aún no habían regresado, era difícil mantener cualquier clase de orden. Los bandoleros comenzaron a actuar en algunas regiones y a sacar dinero a los pueblos y a las haciendas. Por consejo de Madero, Carreón le pidió al ministro de Gobernación que tropas revolucionarias de otros estados prestasen servicio temporalmente en Morelos.[16] Pero Vázquez (cuyo ministerio estaba en plena confusión económica y administrativa) no dio oídos a las repetidas peticiones del gobernador.

El problema policiaco, sin embargo, era una minucia. Lo que más preocupaba a los hacendados era la continua inquietud agraria en todo el estado al comenzar la temporada de las siembras. Se habían imaginado que la disolución del ejército rebelde pondría fin a la rebeldía en el campo, que licenciar a un aldeano revolucionario equivaldría a licenciarle también su nuevo sentimiento de poder. Pero, evidentemente, la desmovilización de los rebeldes no los había desmoralizado. Por el contrario, siendo ahora veteranos orgullosos y llenos aún de espíritu de lucha con su conciencia revolucionaria, irónicamente, realzada por los papeles de licenciamiento oficiales que llevaban, regresaron a sus hogares como misioneros del nuevo desorden.[17] En los alrededores de Cuautla, los aldeanos se rehusaban todavía a devolver los campos que habían recuperado de las haciendas.[18] Igualmente intransigentes se mostraron los aldeanos de Cuauchichinola, que habían ocupado tierras comprendidas en las haciendas de San Gabriel y de Cuauchichinola. Los dirigentes de esos lugares se habían atrevido inclusive a publicar, en la prensa metropolitana, su ataque contra "los caciques tiranos que han hecho del estado de Morelos un vasto ingenio".

Señalando que "nuestro pueblo es uno de los más antiguos fundados por los mexica y después reconocido por el gobierno virreynal", le pidieron a Madero que cumpliese "las justas promesas del Plan de San Luis" y que protegiese "la reivindicación de nuestros derechos".[19] También estaban dando publicidad a su insurgencia los aldeanos de Jiutepec,

[15] *El País*, 21 de junio de 1911. *El Imparcial*, 21 de junio de 1911. Magaña: *op. cit.*, I, 164-5. La fecha que da Magaña está equivocada.

[16] Madero a de la Barra, 15 de agosto de 1911, citado en Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 225.

[17] Un relato novelesco, conmovedor de esta continua agitación se puede leer en Gregorio López y Fuentes: *Tierra* (México, 1933), pp. 80-91.

[18] Jiménez a de la Barra, 18 de agosto de 1911, AZ.

[19] *El País*, 3 de julio de 1911.

que se habían metido en las tierras que la familia Corona había incorporado a sus haciendas de San Vicente y San Gaspar. Aun cuando los Corona hubiesen comprado esas tierras, declararon los dirigentes de Jiutepec en una carta pública al abogado de la familia, Antonio Barrios, la venta había sido "una farsa para apoderarse del patrimonio de todo el pueblo".[20]

Además, en varios pueblos y ciudades se comenzó a postular a Zapata para gobernador. Aunque Zapata evidentemente no los alentó, muchos jefes que habían salido con él organizaron clubes para promover su candidatura, "engañando a los indios con falsas promesas", como se quejó un periodista. Un hombre que había llegado a la ciudad de México desde Tepalcingo describió la conmoción del lugar diciendo que era una lucha de castas, es decir, una guerra racial.[21] Las elecciones estatales habrían de tener lugar a mediados de agosto. Si los veteranos rebeldes, a pesar de su desmovilización y de su dispersión pudiesen influir en ellas, restablecerían un partido agrarista como fuerza legítima en la política del estado.

Así, pues, los hacendados seguían en aprietos, no bastaba con el poder predominante tan sólo. Sólo podrían restablecer el progreso que deseaban restaurando su monopolio del control político. En el pacto tradicional que los campesinos podrían aceptar, los hacendados descubrieron los anuncios de su propia ruina económica y social. La quiebra más ligera podría resultar fatal: el más débil éxito revolucionario, el mero reconocimiento del derecho a existir de los pueblos y aldeas. Ésta fue la primera crisis grave que la nueva generación de hacendados de Morelos había tenido que padecer y sus acciones, en las semanas subsiguientes, dan testimonio de una confusión y de la alarma creciente, para no hablar de pánico. "...Somos víctimas de atropellos —Emmanuel Amor escribió a Madero, a medias indignado y a medias asombrado de que la gente de Cuauchichinola se hubiese atrevido a meterse en los campos en disputa—. No he creído ni un solo momento —siguió diciendo tristemente— que usted pueda dar cabida a las pretensiones socialistas de esas personas."[22]

En política, los hacendados no sabían qué camino seguir, y lo único que sabían era que Carreón era un incompetente. Para los Ruiz de Velasco, Ambrosio Figueroa era "el único que merecía el nombre de revolucionario".[23] Increíblemente, una comisión en la que figuraron Luis García Pimentel, Manuel Araoz y Antonio Barrios se fue a Cuautla y conferenció con Zapata, para ofrecerle su respaldo, si se presentaba para gobernador, y para cooperar con los campesinos que estuviesen dispuestos a llevar sus reclamaciones ante los tribunales. Zapata se negó a tomar en cuenta la

[20] *Ibid.*, 5 de julio de 1911.

[21] *Diario del Hogar*, 24 de julio de 1911. *El País*, 5, 10, 15 y 18 de julio de 1911. Véase también King: *op. cit.*, pp. 69-70, 74, y Clemente G. Oñate: "Continúo mi aportación de datos para la verdad histórica del zapatismo y demás 'ismos' que cooperaron en la ruina del estado de Morelos", *El Hombre Libre*, 15 de septiembre de 1937.

[22] *El País*, 7 de julio de 1911.

[23] *El Imparcial*, 19 de junio de 1911.

proposición. Entonces Barrios se acercó a Patricio Leyva, que le dio las gracias, pero le pidió que, si los hacendados estaban dispuestos a apoyarlo en las elecciones próximas, les rogaba que no lo hiciesen públicamente, porque podrían perjudicar su campaña.[24] Desairados por sus rivales, los hacendados se pusieron a buscar de nuevo en su propio campo y encontraron a un viejo adulador, Ramón Oliveros, que les había prestado servicios de vez en cuando en el congreso y en la legislatura del estado desde 1902. Hijo de un administrador de la hacienda de San Gabriel, de la familia Amor, ex magnate maderero y gerente ahora de un hotel de Cuernavaca en bancarrota, según aseguraban sus amigos hacendados, "lo mismo simpatiza al hacendado que al peón y al comerciante".[25]

También prometió a los Amor cancelar los impuestos atrasados que debían al estado si lo elegían gobernador.[26] Pero Oliveros no era muy prometedor. Proponerlo era una franca confesión de parálisis política.

Los acontecimientos de la política nacional agravaron la situación de los hacendados. El 9 de julio, Madero disolvió el partido antirreeleccionista y anunció la formación de un nuevo Partido Constitucional Progresista. Lo que quería era apretar su control del movimiento revolucionario mediante su reorganización: sin sus dos lugartenientes más destacados de 1910, los hermanos Francisco y Emilio Vázquez Gómez, que en aquel momento eran ministro de Gobernación y de Instrucción Pública. Francisco era todavía el candidato antirreeleccionista para la vicepresidencia pero ahora Madero, evidentemente, deseaba un nuevo camarada de lucha, un socio más digno de confianza. La ruptura habría de tener importancia capital en el movimiento, porque Emilio y Francisco no habrían de aceptar la disolución del partido en el cual eran fuertes. Acelerando empresas independientes que ya se estaban llevando a cabo, trabajaron para mantener intactos los clubes antirreeleccionistas y leales a la mancuerna Madero-Vázquez Gómez. De manera que, en Morelos, como en otras partes, los maderistas comenzaron a pelearse unos con otros. ¿Habrían de seguir a Madero donde quiera que fuese, o deberían obligarlo a que cumpliera su contrato original? El general Leyva, por ejemplo, cooperó con los constitucionalistas progresistas. Pero para Antonio Sedano, que estaba de nuevo en actividad política, el nuevo partido y el intento de poner un nuevo cadidato vicepresidencial eran porquerías y se negó a respetar el llamado general a que "no le pusiera dificultades al señor Madero". Para la campaña, Sedano, por sí solo, distribuyó cerca de dos mil manifiestos antirreeleccionistas por el estado.[27] Esta disensión entre los revolucionarios podría agradar a los hacendados, si se ponían a pensar en sus conse-

[24] Memorándum, ARD.

[25] Representantes de los comerciantes, profesionistas y agricultores de Morelos a de la Barra (s.f.; julio de 1911 [?]), AZ, 12: 7: 1.

[26] Sobre Oliveros, véase *Semanario Oficial*, VIII, 32, I; XV, 28, 1; XVII, 32, I; Valentín López González: *El ferrocarril de Cuernavaca* (Cuernavaca, 1957), p. 10; Memorándum, ARD.

[27] Sedano: *op. cit.*, p. 21-2.

cuencias a largo plazo, pero inmediatamente fue un quebradero de cabeza: les estorbó de nuevo la elección de los políticos con los cuales sus intereses les aconsejaban pactar.

Y lo que es peor, el ministro de Gobernación, Emilio Vázquez, comenzó a agitar a los rebeldes veteranos para reforzar la posición de él y de su hermano. Nunca había estado de acuerdo con la política conciliatoria de licenciamientos de Madero y ya antes había intentado contrarrestarla. Desdeñado por Madero, tenía ahora muchas menos razones para ejecutarla fielmente. No podía incorporar a los rebeldes al servicio federal, pero callada e informalmente sí podía hacer que les llegasen armas y municiones del gobierno. Y así lo hizo, especialmente en Morelos. A principios de julio, sin organización o planes definidos, se volvió a armar a los veteranos rebeldes y ahora con mejores armas que antes. La situación de los hacendados, como le dijeron quejándose al presidente de la Barra, se había vuelto "precaria".[28]

Luego, a mediados de mes, otra crisis nacional echó abajo, por completo, la desmovilización que los hacendados habían logrado obtener anteriormente, y devolvió a su punto de partida, de principios de verano, la disputa local por el poder. La noche del 12 de junio, una zacapela entre las tropas revolucionarias de la ciudad de Puebla y la guarnición federal comenzó con una matanza de revolucionarios.[29] El escándalo preocupó a la gente de Morelos, no sólo porque tuvo lugar tan cerca de allí, sino también porque Abraham Martínez, jefe del Estado Mayor de Zapata, había tenido a su cargo las tropas revolucionarias, en calidad de agente especial del Ministerio de Gobernación. La disputa había comenzado cuando Martínez había mandado detener a varias personas en la ciudad de Puebla, entre las que figuraban dos legisladores estatales y un diputado federal, por sospechar que estaban conspirando para matar a Madero cuando visitase la ciudad el 23 de julio. Entonces, el propio Martínez fue detenido, acusado de violar su inmunidad parlamentaria y en la conmoción provocada por los intentos de liberación de los primeros presos, el comandante federal, por último, hizo que sus tropas tomaran por asalto el cuartel revolucionario de la plaza de toros de Puebla. Murieron más de cincuenta personas, muchas de las cuales eran mujeres y niños.

Al enterarse de las noticias de la detención de Martínez, de los motivos y resultados de la misma, Zapata despachó órdenes a los jefes aliados del estado para que reunieran sus tropas, se concentraran en Cuautla y marchasen sobre Puebla. La acción no estaba autorizada, pero la emergencia parecía justificada si Martínez había sido detenido por deshacer un complot para matar a Madero, y si Madero se encontraba en

[28] Representantes de los comerciantes, profesionistas y agricultores de Morelos a de la Barra, AZ.

[29] Para los sucesos de Puebla, véase Magaña: *op. cit.*, I, 170-7, y Francisco Vázquez Gómez: *Memorias políticas* (1909-1913) (México, 1933), pp. 314-34. Véase también Eduardo Reyes a Agustín del Pozo, 15 de julio de 1911, AZ, 28: 15: 1, informe de la matanza, muy antifederal, que le llegó también a Zapata.

Puebla, entonces, tal vez el complot se llevase adelante. Como no sabía que en Puebla Madero había echado la culpa del derramamiento de sangre a los revolucionarios y elogiado la "lealtad y valentía" de los federales, ni que Francisco Vázquez Gómez había reunido a federales dignos "de confianza" para defender la ciudad, Zapata envió un telegrama a Emilio Vázquez y a Madero en el que les decía que estaba preparado para emprender la marcha.[30] Inmediatamente le dieron órdenes de quedarse en donde se hallaba, cosa que hizo; y al prometer que se encargaría de impedir una revuelta en Cuernavaca, estas órdenes hicieron regresar a una fuerza federal que ya había sido enviada allí.[31] Y la crisis pasó. Pero una de las consecuencias fue que en Morelos surgió de nuevo un ejército revolucionario removilizado y desconfiado.

Desbandar esta fuerza por segunda vez no habría de ser tan fácil como antes. En un campo, los hacendados se percataron ahora mejor del peligro que representaban los acuerdos condicionales. En otro campo, los políticos con aspiraciones habían descubierto el valor que tenía mantener el estado en ebullición. Y en un tercer campo, habiendo aprendido la lección de su desmovilización previa, los jefes rebeldes comenzaron a reexaminar el problema de su fidelidad. Y, Zapata, que era su jefe, tuvo que hacer públicas sus objeciones. El 22 de julio, firmó una protesta atrevida, a la que se le dio buena publicidad, que un grupo de oficiales revolucionarios descontentos, por incitación de los hermanos Vázquez Gómez, llevaban a cabo contra el régimen de de la Barra.[32] Para Zapata, el gobierno era ahora el que tenía que demostrar que era digno de confianza. En la práctica, no pasaría a la acción militante, puesto que aún confiaba en Madero; pero tampoco habría de licenciar a los hombres a los que acababa de reunir. Simplemente, no los desbandaría tan crédula e incondicionalmente como antes.

En medio de la disputa quedaron atrapados Madero y el "Presidente Blanco", como de la Barra quería que se le llamase. Al hacer su campaña para la presidencia, Madero no podía permitir que un jefe rebelde obstruyera sus intentos de conciliación, pero tampoco podía permitir que el gobierno dirigiese humillantes ultimátums a uno de los sectores más destacados de su movimiento. En lo que respecta a de la Barra, que había sido nombrado candidato vicepresidencial del Partido Católico Nacional recientemente fundado, sólo podría velar por sus intereses partidistas procurando no tomar partido, pero, después de todo, no había ordenado a Zapata que movilizase a sus hombres, los cuales permanecían

30 Vázquez Gómez: *op. cit.*, pp. 335-8. F. Vázquez Gómez a E. Vázquez (s.f.; 13 de julio de 1911 [?]), AZ, 27: 11.

31 Zapata a Sánchez Azcona, 13 de julio de 1911, AM. Madero a F. Vázquez Gómez, 13 de julio de 1911, Archivo de Genaro Amezcua (en lo sucesivo AA). Carreón a G. Robles Domínguez, 14 de julio de 1911, ARD, 2: 8: 53.

32 Para una copia de la protesta, véase González Ramírez: *Planes*, pp. 52-3. Zapata no había figurado en una protesta anterior, realizada el 11 de julio, antes de la matanza de Puebla. Véase *ibid.*, p. 54.

en armas ilegalmente, como si fuesen bandidos, y anhelaba restablecer el control oficial.

Hasta principios de agosto, unos pocos días antes de las elecciones estatales, duró el imposible equilibrio. Luego, el 2 de agosto, Emilio Vázquez renunció al cargo de ministro de Gobernación. Lo sustituyó al día siguiente Alberto García Granados, que había venido desempeñando el cargo de regente del Distrito Federal. El cambio fue decisivo. Aunque a Madero le parecía que el nuevo ministro era "persona apreciabilísima, a quien me permito recomendar a usted en todos sentidos", García Granados era de hecho un intrigante vanidoso y ambicioso, que se había propuesto sabotear la política de conciliación.[33] Despreciaba a Madero. Experimentado estratega de la vieja oposición a Díaz, había llegado al poder gracias a la revolución; pero en calidad de dueño de una gran hacienda, situada en un turbulento distrito de Puebla, despreciaba a los rebeldes que habían llevado a cabo la lucha.[34] Ya había dado a conocer su voluntad de llevar a cabo el licenciamiento inmediato e incondicional de las tropas revolucionarias y de utilizar el ejército federal, de ser necesario, para llevarlo a cabo. En lo que respecta a Morelos, tenía interés especial en exterminar lo que, según él, era la influencia escandalosa y perniciosa que Zapata ejercía en la economía del estado. "No había que tratar con bandidos", era el lema de su política. A menos que Zapata acatase la orden del Ministerio de Gobernación para desbandar sus fuerzas inmediatamente, el ejército federal las atacaría, como a forajidos.

Madero, que se hallaba descansando en el balneario de Tehuacán, del sureste de Puebla, soñaba todavía con llegar a una transacción. Repetidas veces invitó a Zapata a que fuese allí para hablar con él. Pero Zapata le dio largas al asunto. Confesó que temía un intento de asesinato, si diversos jefes revolucionarios se congregaban allí y formaban un blanco fácil y compacto.[35] El enfrentamiento con el gobierno, habiendo pasado tan poco tiempo desde la matanza de Puebla, evidentemente lo perturbaba. Reafirmó su subordinación y lealtad a Madero en una carta abierta.[36] Pero no estaba dispuesto a renunciar al cumplimiento de su deber con los pueblos para dar satisfacción a las ideas que del orden se formaban los políticos de la metrópoli, un punto de vista desrazonable en

[33] Madero a A. Figueroa, 9 de agosto de 1911; AA.

[34] Su hacienda, la de Chagua, estaba en el fértil distrito de Huejotzingo. Aunque todos los nombres están enredados, la propiedad figura en John R. Southworth: *The Official Directory of Mines and States of Mexico* (México, 1910), p. 224. A García Granados le preocupó mucho su propiedad durante estos meses. Véanse los comentarios de su participación en la política local realizados por el arzobispo de Oaxaca. E. G. Gillow al ministro de Gobernación, Aureliano Urrutia, 11 de julio de 1913, citado en I. C. Enríquez: *The Religious Question in Mexico*. Nueva York, 1915, pp. 12-13. Respecto de la violencia posrevolucionaria en esta región, véase del Pozo a A. Robles Domínguez, 5 de junio de 1911, ARD, 4: 19: 102.

[35] Zapata a Madero, 28 de julio de 1911, AM.

[36] *El País*, 6 de agosto de 1911.

la ciudad de México, pero natural en Morelos. Sin embargo, tanto si obedecía como si desafiaba las órdenes del nuevo gobierno, ponía en peligro el futuro de su causa. Finalmente, cedió, y envió a su hermano Eufemio y al jefe que era entonces su brazo derecho, Jesús Morales, a que hablaran con Madero. Llegó a decirse, inclusive, que Zapata iría a la ciudad de México para abrir negociaciones. Entonces, por un momento, pareció ser que, a pesar de las declaraciones oficiales, habría de poderse concertar un acuerdo: las tropas tan discutiblemente movilizadas serían desbandadas, habría paz en Morelos y las elecciones tendrían lugar al domingo siguiente, el 7 de agosto.

El propio Zapata, evidentemente, pensaba retirarse. En estos días, cuando se acercaba la fecha en que había de cumplir veintidós años, se casó con una joven a la que había estado cortejando desde antes de la revolución. Era Josefa Espejo, una de las hijas de un tratante de ganado medianamente próspero de Ayala, a la cual había dejado una pequeña dote al morir, a principios de 1909.[37] En el campo de México el matrimonio no tenía como objeto simplemente la procreación de una familia, ni se hacía por amor. Zapata tenía ya por lo menos un hijo, de otra mujer, y sin duda suponía (pues era común que los varones lo supusieran) que podía tener muchos más con todas las mujeres que quisiese. El matrimonio era un acto más solemne: era un contrato, un contrato de matrimonio, como decía la gente, y el concertarlo le daba a un hombre un lugar en su comunidad. El matrimonio tenía como objeto el grave asunto de establecer una familia legítima, de crear herederos reconocidos y de dotar de otra generación más, indiscutiblemente, el nombre del clan, que era lo que un hombre hacía para establecer su vida privada entre sus vecinos. En diversas ocasiones, durante el verano, Zapata había expresado su "determinación" de salirse de la política, con lo cual revelaba lo mucho que suspiraba por su antiguo estilo de vida campesino, de caballos, días de mercado, peleas de gallos, labores, ferias y elecciones locales. Y su matrimonio parecía ser una retirada casi deliberada hacia la comunidad local, una suerte de reconsagración a la comunidad. Si los acontecimientos se hubiesen desenvuelto como Zapata creía entonces que habrían de desarrollarse, el curso de su vida lo habría devuelto probablemente al teatro del municipio de Ayala, donde, como José Zapata antes de él, habría vivido una vida localmente estimada, muerto una muerte localmente lamentada y ser olvidado una generación más tarde.

Pero lo que vino después no tuvo nada que ver con este sueño de paz. Ni los hacendados, ni los principales leyvistas, ni los Figueroa, ni los políticos conservadores que conspiraban en la ciudad de México tenían

[37] Serafín M. Robles: "El Caudillo se casa en la Villa de Ayala, Morelos", *El Campesino*, noviembre de 1954. El presidente municipal de Ayala había efectuado la ceremonia civil anteriormente, el 26 de junio. Véase Luis Gutiérrez y Gutiérrez: "*Hoy* visita a la viuda de Zapata", *Hoy*, 28 de marzo de 1953.

razones para permitir que se hiciese realidad. Y torpe, pero efectivamente, comenzaron a actuar para eliminar al importuno partido agrarista en el estado, de una vez por todas. De la Barra, que tenía ahora más confianza en su poder, dio los primeros pasos. El 7 de agosto, para anticiparse a la posibilidad de una rendición condicional a la que no podría oponerse públicamente, le recomendó al gobernador Carreón que procurase que Zapata no fuese a la ciudad de México a iniciar conversaciones.[38] El 8 de agosto, el Ministerio de la Guerra envió tropas federales a Cuernavaca y a Jonacatepec y la policía federal de Ambrosio Figueroa a Jojutla, para rodear a Zapata.[39] Al día siguiente, de la Barra desmintió los rumores de que estas fuerzas habían sido enviadas para sofocar una rebelión: dijo que se las enviaba solamente para que se encargaran de la seguridad, una vez que se hubiesen desbandado de nuevo los veteranos de Zapata. El Presidente Blanco había dicho una mentira transparente, pues las órdenes que había dado a los comandantes federales eran en el sentido de "sofocar cualquier levantamiento que pudiera originarse por la oposición que muestren los hombres de Zapata para su licenciamiento".[40] En ese mismo día, casi como insulto personal a Zapata, de la Barra nombró a Ambrosio Figueroa gobernador y jefe militar de Morelos.[41] A todas estas medidas, Madero dio su apoyo pleno, y le aconsejó a Figueroa que "atienda sus indicaciones [de García Granados] como si fuesen mías", y le pidió que "nos pondrá a Zapata en su lugar, que no lo aguantamos".[42]

Zapata estaba todavía celebrando sus bodas con su esposa, sus vecinos y varios jefes cuando recibió el 9 de agosto la noticia de que más de mil soldados al mando del duro y talentoso general de brigada, Victoriano Huerta, habían entrado en Morelos.[43] Su renovada consagración a la vida local (al casarse, en Villa de Ayala, casi en el día de su onomástico) no hizo sino devolverlo de nuevo a la política, en defensa de esa vida local. Inmediatamente envió telegramas de protesta a García Granados y a Madero. A este último le volvió a declarar su estima y su lealtad y le preguntó lisa y llanamente: "¿tiene usted algunas quejas contra mí?" Le dijo que si no podía arreglar que se pusiese un alto a las actividades, que hiciese por lo menos "su manifestación franca y sincera".[44] Pero no obtuvo ni un alto a las actividades, ni una declaración.

[38] De la Barra a Carreón, 7 de agosto de 1911, AZ, 16: 2: 14: Véase también la explicación que más tarde dio de la Barra de su decisión, mencionada en Dearing al secretario de Estado, 26 de agosto de 1911, NA, 59: 812.00/2318.

[39] Informe de Victoriano Huerta al secretario de la Guerra y de la Marina acerca de la campaña en el estado de Morelos. 31 de octubre de 1911, AZ, 27:8.

[40] *El País*, 10 y 11 de agosto de 1911.

[41] García Granados a A. Figueroa, 9 de agosto de 1911, citado en Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 229-30.

[42] Madero a A. Figueroa, 9 de agosto de 1911, AA.

[43] Informe acerca de la gira de inspección de G. Robles Domínguez, agosto de 1911, ARD, 7: 37: 22.

[44] Zapata a Madero, 9 de agosto de 1911, AM.

Al día siguiente, el gobernador Carreón aplazó las elecciones estatales, que habrían de realizarse tres días más tarde; y adujo como razón los "trastornos" que la llegada de Huerta acababan de causar.[45] Esa tarde, Huerta acuarteló su 32o. batallón de infantería en Cuernavaca.

Había comenzado una campaña militar en forma, que terminó tres semanas más tarde, para grave embarazo de Madero, que se había arrepentido, y en la cual Zapata por poco encuentra la muerte. Por su inocencia política, ambos hombres creyeron hasta el final que podían aplazar, transar o suspender la amenaza. Ninguno de ellos vio que de la Barra y García Granados utilizarían la tarea estrictamente limitada de ejecutar y vigilar la desmovilización como una excelente oportunidad para ocupar e invadir el estado. Esta invasión y esta ocupación no fueron ampliaciones informales del poder, sino literales actos de guerra. Como informó Huerta al Ministerio de la Guerra: "la campaña de Morelos... es lo que técnicamente se llama una campaña de ocupación".[46] A corto plazo, la operación constituyó un enorme éxito de los conservadores, pues divorció a los agraristas locales de los revolucionarios nacionales en el momento preciso en que lo que más necesitaban ambos era la unión.

Pero al terminar la campaña, los grupos rivales de los agraristas del estado (los hacendados y los principales leyvistas) encontraron que también habían sufrido pérdidas, no tan graves, pero desconcertantes, no obstante. Su nuevo quebradero de cabeza era Huerta. Al principio, lo habían recibido con los brazos abiertos por ser la fuerza con que enfrentarse a la fuerza, por la que tanto habían suspirado. Como Antonio Sedano señaló, en un comunicado en el que le daba las gracias a de la Barra, los hombres de Zapata habían sido en Cuernavaca "una amenaza constante para los intereses de la culta sociedad", y Huerta habría de restablecer la disciplina.[47] Huerta, que había sido uno de los mejores oficiales de combate del ejército porfiriano, tenía experiencia especial en el sur, pues se había ganado su ascenso a general de brigada al aplastar rebeliones durante la década de 1890, en Guerrero, y porque había estado observando las acciones rebeldes de la pasada primavera en Guerrero y en Morelos.[48] Pero el hombre era tortuoso, perfectamente depravado, además de que aún suspiraba por las insignias de general de división. Además tenía un interés político, lo mismo que profesional y personal, en la campaña de Morelos. Su héroe, el general Bernardo Reyes, acababa de decidir presentarse como candidato presidencial en la elec-

[45] Decreto de Carreón, 10 de agosto de 1911, AZ, 6: v-2: 52.

[46] Informe de Huerta, AZ.

[47] A. y E. Sedano a de la Barra, 12 de agosto de 1911. AZ, 6: v-2: 40. Otros dos destacados leyvistas de Cuernavaca también le dieron las gracias a de la Barra por haber enviado a los federales: véase de la Barra a Castañeda y Patiño, 19 de agosto de 1911, AZ, 12: 13: cuaderno 7.

[48] Vicente Fuentes Díaz: *La revolución de 1910 en el estado de Guerrero* (México, 1960), pp. 31-3, 37-47. Rauch: *op. cit.*, pp. 140-4.

ción de octubre; y uno de los agentes más activos de Reyes fungía como secretario privado de Huerta en Morelos.[49] De manera que el orden que Huerta estaba imponiendo en el estado no servía necesariamente a los fines de los hacendados o de los leyvistas. Los Figueroa, que conocían a Huerta por sus anteriores actividades en Guerrero, vieron el peligro desde un principio y Francisco no le permitió a Ambrosio tomar el cargo de gobernador de Morelos. Las consecuencias de la colaboración con Huerta, le advirtió Francisco a Madero, podrían ser "fatales".[50] Con el tiempo, los campeones de Huerta habrían de descubrir también los males que habían dejado en libertad al darle rienda suelta y que, a la larga, en vez de aplastar a los rebeldes locales lo único que había hecho era lanzarlos a una nueva revolución más radical y más decidida que antes.

Apenas había establecido Huerta su cuartel general en Cuernavaca cuando comenzó a hacer declaraciones muy poco propias de un soldado. "La situación política del estado —le escribió a de la Barra el 11 de agosto— es mala, mala, muy mala... Estoy de acuerdo con el gobernador del estado; pero, respetuosamente me permito manifestar a usted que sin faltar al respeto que el señor gobernador se merece, es un hombre de agua tibia."[51]

Huerta y de la Barra tenían que tolerar a este gobernador tibio, mientras Ambrosio Figueroa no aceptase su designación. Pero rápidamente lo privaron del poder de ponerles obstáculos con sus torpezas. El 11 de agosto, por órdenes que de la Barra había dado, a incitación suya, Huerta se apoderó de las armas y municiones del estado, las cuales Carreón había conservado, pero que, según Huerta, no podía "guardar con la debida seguridad".[52] Al día siguiente, de la Barra suspendió la soberanía del estado. El pretexto era que rebeldes del norte de Cuernavaca habían puesto una emboscada a la columna de Huerta cuando avanzaba por aquellos lugares. Tales refriegas eran cosa común en aquel verano en todo el país. Además, Zapata nada había tenido que ver con el incidente. Había sido obra de los independientes veteranos de Genovevo de la O, y Zapata no se enteró de los hechos hasta que se hubieron producido.[53] Pero no obstante su debilidad, el pretexto sirvió. Al preguntarle Carreón por la autonomía del estado, de la Barra le respondió que se le habían dado instrucciones a Huerta de continuar las operaciones de guerra a las que había sido provocado por el ataque de que habían sido víctimas las fuerzas federales y que tales operaciones proseguirían con la energía y la celeridad que las circunstancias exigían, a menos que las

[49] Era Flavio Maldonado: *El País*, 23 de agosto de 1911.
[50] F. Figueroa a Madero, 13 de agosto de 1911, AA.
[51] Huerta a de la Barra, 11 de agosto de 1911, AZ, 12: 1: 17.
[52] Huerta a de la Barra y la respuesta de de la Barra, 11 de agosto de 1911, AZ, 16: 1: 25.
[53] De la O en *Impacto*, 31 de diciembre de 1949. Informe, ARD.

fuerzas de Zapata se rindiesen incondicionalmente y depusiesen las armas.[54]

Habiéndose levantado el obstáculo del derecho civil, Huerta podría dedicarse ahora libremente a ocupar y pacificar el territorio hostil. "Para asegurar la tranquilidad de los seis distritos", Huerta calculó que necesitaría seiscientos hombres de caballería (100 en la guarnición de cada cabecera de distrito) más una columna independiente de 1 500 hombres. Entonces, como le escribió a de la Barra, podría "proceder al aniquilamiento de los rebeldes". Con un número menor de hombres, le advirtió, no podría "garantizar la paz". Morelos correría la suerte de Chihuahua, le escribió este general federal a su presidente conservador, tres meses después de que la revolución supuestamente había triunfado, "que nuestras tropas siempre salían victoriosas en los combates, pero que nunca llegaron a conseguir un resultado práctico".[55] Ávidamente aspiraba a "acabar con estos elementos que tanto perjudican al estado".

No podía actuar inmediatamente, sin embargo, porque Madero había salido de nuevo en defensa de Zapata. Habiendo recibido una nueva declaración de lealtad del jefe de Morelos, así como una petición para que se retiraran los federales, y habiendo recibido también la negativa de Francisco Figueroa para cooperar, Madero tenía decidido negociar el conflicto.[56] Esto sorprendió y causó embarazo a de la Barra. Aunque no autorizó formalmente a Madero para negociar, le preocupaba tanto proteger su figura de árbitro inmaculado que dio su asentimiento a las negociaciones privadas de paz.[57] El 13 de agosto, Madero llegó a Cuernavaca y al día siguiente inició conversaciones telefónicas con Zapata en Cuautla. Su acuerdo, como se lo hizo saber por telégrafo Madero esa noche a de la Barra, no era tan prometedor como había creído Madero. Zapata se había enterado de la existencia de agentes reyistas en la columna de Huerta y, por consiguiente, había puesto condiciones excepcionalmente exigentes.[58] Declaró de nuevo que estaba dispuesto a retirarse y a desmovilizar a su ejército, pero quería conservar una fuerza selecta para "custodiar la seguridad pública del estado, inter se elige la Legislatura, la que, de acuerdo con el Ejecutivo, conforme a la Ley, determinaría o solucionaría el asunto que nos ocupa [la cuestión agraria]...". También pidió que se retirase a las tropas federales por respeto a la soberanía del estado, un nuevo gobernador que garantizase una política agraria

[54] Huerta a de la Barra, y respuesta, 12 de agosto de 1911, AZ, 16: 1: 34.

[55] Huerta a de la Barra, 11 de agosto de 1911, AZ.

[56] Zapata a Madero, 12 de agosto de 1911, AM. F. Figueroa a Madero, 13 de agosto de 1911, AA. Para una exposición, llena de simpatía, de los esfuerzos de Madero, véase Ross: *op. cit.*, 188-202.

[57] Véase la declaración pública que de su actitud hizo de la Barra, citado en Magaña: *op. cit.*, II, 40-1.

[58] *El País*, 6 de agosto de 1911. Aconsejaba ahora a Zapata Alfredo Quesnel, revolucionario de fuera del estado que tenía conexiones anarcosindicalistas. Quesnel había chocado con comandantes federales en Tlaxcala en el mes de julio anterior, *ibid.*, 6 de julio de 1911.

revolucionaria y la deposición de las autoridades locales impopulares que habían quedado del antiguo régimen.[59] De la Barra ni siquiera podía ponerse a pensar en tales proposiciones. Bombardeado con relatos aterradores que le hicieron llegar Huerta, Carreón y los Ruiz de Velasco, y teniéndose que enfrentar también a problemas internacionales por causa de las incursiones que unos rebeldes habían hecho en un rancho de propiedad norteamericana situado al norte de Cuernavaca, insistió ante Madero en la necesidad de "salvar el principio de autoridad".[60] La única cuestión real, insistió, impacientemente, era la de quién habría de ser gobernador. Figueroa todavía se mostraba renuente. ¿Por qué no Ramón Oliveros? quería saber, aun cuando Zapata lo había vetado exclusivamente en la conferencia del día anterior.[61] De hecho, a de la Barra le repugnaba negociar con Zapata. "Es verdaderamente inconveniente —se quejó ante Madero— que un individuo de los antecedentes de él, cuyos actos nos hacen temer nuevos atropellos, se permita guardar la actitud que usted conoce." [62] Regateando con Madero, se estaba preparando para dar rienda suelta a Huerta.

El 15 de agosto, el jefe del Ministerio de Guerra, general José González Salas, le telegrafió a Huerta, en clave, que otras fuerzas federales estaban avanzando ya desde Puebla hacia Jonacatepec y que le debería decir a Madero que si Zapata no aceptaba deponer las armas, en ese mismo día, comenzarían operaciones desde Cuernavaca hacia Yautepec.[63] Más tarde, en ese mismo día, Huerta le telegrafió impacientemente a de la Barra. Si Madero no había decidido nada favorable para la mañana siguiente, le pedía a de la Barra (también en clave) que le mandase quinientos obuses para su artillería de 75 mm.[64] Planeaba un "movimiento general" sobre Yautepec, que emprendería tan pronto como recibiese las municiones.[65] Inmediatamente, de la Barra le respondió prometiéndole que el Ministerio de Guerra le daría órdenes convenientes, si Madero no obtenía una promesa firme de desarme inmediato y efectivo.[66] A las nueve del día siguiente, Madero se fue confiadamente de

[59] Magaña: *op. cit.*, I, 205-11, 215-16. Madero a de la Barra, 14 de agosto de 1911, AZ (dos mensajes), 17: 8: 8 y 10. *El País*, 16 de agosto de 1911.

[60] De la Barra a Madero, 15 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 11. Las historias para dar miedo se pueden leer en Huerta a de la Barra, 14 de agosto de 1911, AZ, 12: 1: 18, y 15 de agosto de 1911, AZ, 14: 3: 4; residentes de Jojutla a de la Barra, 15 de agosto de 1911, *ibid.*, 27; Carreón a de la Barra, 15 de agosto de 1911, *ibid.*, 10; F. Ruiz de Velasco a de la Barra, 15 de agosto de 1911, *ibid.*, 19. Para el problema con los norteamericanos, véase Dearing a la señora H. L. Hall, 14 y 15 de agosto de 1911, NA, 84: México, C8, 15. El agregado militar a la embajada de Estados Unidos, el capitán Girard Sturtevant, acompañó a Huerta por lo menos hasta Yautepec. *El País*, 17 de agosto de 1911.

[61] De la Barra a Madero, 15 de agosto de 1911, AZ, 17: 18: 17.

[62] De la Barra a Madero, 15 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 12.

[63] Informe de Huerta, AZ.

[64] Huerta a de la Barra, 15 de agosto de 1911, AZ, 16: 1: 24.

[65] Huerta a de la Barra, 15 de agosto de 1911, AZ, 17: 11: 7.

[66] De la Barra a Huerta, 15 de agosto de 1911, AZ, 14: 3: 20.

Cuernavaca. Habiéndole dicho Huerta que no se emprendería ninguna acción contra Yautepec e imaginándose que "el general Huerta piensa como yo en todo" hacía viaje a la ciudad de México para arreglar lo de la aprobación, por parte de de la Barra, de su trato con Zapata.[67] A las diez en punto, la vanguardia de la columna de Huerta inició sus operaciones en el camino de Yautepec.[68]

Pero, desde la ciudad de México, de la Barra contuvo de nuevo a sus fuerzas. En calidad de presidente interino, no podía decirle a Madero, en su cara, que no estaba dispuesto a aceptar el ofrecimiento de Zapata. Algunos políticos maderistas habían comenzado a hacer acusaciones públicas de que el Presidente Blanco estaba ejerciendo una política partidista en favor de Reyes. En telegrama "muy urgente" de la Barra le pidió a Huerta que detuviese el avance hasta después de una conferencia ejecutiva con Madero.[69] En respuesta, Huerta simuló que no podía hacer nada. Sus tropas, dijo, "después de vitorear al Gobierno de la República", acababan de partir para tomar posiciones de combate.[70] De la Barra repitió sú orden a 'Huerta, con ligera ambigüedad, para que suspendiese "toda operación que pueda ser considerada como ofensiva".[71]

En la ambigüedad había una insinuación. Y Huerta hizo un juego de palabras para coger la oportunidad. Los movimientos de sus tropas sobre Yautepec ya no fueron "una operación", sino una "maniobra".[72] Le explicó su significado, cuidadosamente, al civil de la Barra. Obligarían a Zapata "a que ceda incondicionalmente a las justas peticiones del Supremo Gobierno". La arrogante actitud de sus tropas, como señaló, era "la más elocuente razón para que Zapata se someta incondicionalmente". Y la lección siguió diciendo: "...sin manifestación del poder incontestable del gobierno, sus gestiones no darán ningún resultado; por esto he movilizado mis tropas." Si las conversaciones de paz de Madero tenían éxito "en buena hora" (lo cual estaba haciendo lo imposible porque no ocurriese) entonces regresaría. Si no conducían a nada, como no habrían de conducir, según su opinión, entonces podría imponerle a Zapata "la suprema razón del Gobierno".

De la Barra "celebró cordialmente" la actitud de Huerta.[73] Pero aunque le causase satisfacción personalmente, por el momento era una posición política insostenible. Y cuando Madero se preparaba para regresar a Cuautla, el 17 de agosto, confiando en concertar el pacto con Zapata, el gabinete estuvo de acuerdo en suspender operaciones militares ofen-

[67] Madero a de la Barra, 15 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 13. Madero a Huerta, 31 de octubre de 1911, citado en Magaña: *op. cit.*, II, 44-6.

[68] Huerta a de la Barra, 16 de agosto de 1911, AZ, 14: 3: 28. El telegrama estaba cifrado.

[69] De la Barra a Huerta, 16 de agosto de 1911, *ibid.*, 54.

[70] Huerta a de la Barra, 16 de agosto de 1911, AZ, 17: 11: 10.

[71] De la Barra a Huerta, 16 de agosto de 1911, *ibid.*, 12.

[72] Huerta a de la Barra, 16 de agosto de 1911, *ibid.*, 13.

[73] De la Barra a Huerta, 16 de agosto de 1911, *ibid.*, 14.

sivas durante cuarenta y ocho horas.[74] El Ministerio de Guerra le ordenó a Huerta que obrara en consecuencia.[75]

De mala gana, Huerta detuvo su avance, aunque envió tropas a quemar ranchos e hizo que los zapadores preparasen el camino de Yautepec para los armones de la artillería. Le telegrafió a de la Barra pidiendo la confirmación de las órdenes del Ministerio de Guerra, y rogándole al presidente que perdonase la "materialidad" de su "carácter" al así hacerlo.[76] En una respuesta cifrada, de la Barra le prometió que si las noticias de Cuautla no eran buenas al caer la noche (aunque le había prometido a Madero un margen de cuarenta y ocho horas) lo autorizaría a "proseguir las operaciones principiadas".[77]

El movimiento sobre Yautepec había provocado ya numerosas protestas locales. Sólo los leyvistas de Cuernavaca le habían dado las gracias a de la Barra por haber enviado a Huerta al estado. Y ahora desde Tepoztlán, Tlayacapan, Telixtac, Jalostoc, San Andrés de la Cal, Jantetelco, Yecapixtla, Zacualpan de Amilpas, Villa de Ayala, Yautepec, Cuautla, Atotonilco, Huitzililla, Huazulco, Amilcingo, voceros de estos pueblos y ciudades le telegrafiaron a de la Barra que las fuerzas federales agresivas constituían una amenaza a la soberanía y al bienestar de Morelos y que debían ser retiradas.[78]. Así lo hicieron también los "empleados, artesanos y mecánicos" del Ferrocarril Interoceánico de Morelos y la sección de Cuautla de la Cruz Roja.[79] Eran personas que habían puesto todas sus esperanzas de reforma local en las elecciones estatales y que veían ahora que el ejército había entrado para impedirlo. Desde Cuautla, Zapata le envió una ácida nota a de la Barra. "El pueblo quiere que se respeten sus derechos —declaró—; el pueblo quiere que se le atienda y se le oiga, y no es posible que porque hace una petición, se trate de acallarlo con las bayonetas." [80]

Más importante, para de la Barra, que estos clamores populares fue un editorial aparecido en el principal periódico maderista de la ciu-

[74] De la Barra a Huerta, 17 de agosto de 1911, AZ, 14: 4: 28.

[75] González Salas a Huerta, 16 de agosto de 1911, AZ, 14: 3: 26.

[76] Huerta a de la Barra, 17 de agosto de 1911, AZ, 14: 4: 29.

[77] De la Barra a Huerta, 17 de agosto de 1911, *ibid.*, 28.

[78] Residentes de Tepoztlán a de la Barra, 17 de agosto de 1911, AZ, 14: 4: 1. Todo lo que sigue pertenece al mismo legajo y tiene la misma fecha. Sólo se menciona el remitente y el número del documento. Club Democrático Antirreeleccionista de Tlayacapan, 2. Residentes de Huazulco y Amilcingo, 3. Club Hidalgo y pueblo de Atotonilco, 4. Residentes de San Andrés de la Cal, 64. Residentes de Jantetelco, 65. Residentes de Yecapixtla, 66. Residentes de Zacualpan de Amilpas, 67. Club Político Pablo Torres Burgos en representación del pueblo de Ayala, 68. Ramas del Club Democrático Liberal de Yautepec, 69. Presidente municipal de Cuautla, 72. Hombres de negocios de Cuautla, 76. Pueblo de Cuautla, 77. Delegados de varios pueblos, 78. Club de Principios Democráticos de Jalostoc, 79. A todas, de la Barra les puso la nota de "no se conteste".

[79] *Ibid.*, 70 y 71. También éstas se marcaron "no se conteste".

[80] Zapata a de la Barra, 17 de agosto de 1911, citado en Magaña: *op. cit.*, I, 217-18.

dad de México, en apoyo de las negociaciones y a manera de velado reproche al Presidente Blanco por su prejuicio en contra de los rebeldes de Morelos.[81] De manera que aunque Madero no llegó a Cuautla esa noche, el presidente mantuvo a Huerta en el lugar en que se encontraba. Durante todo el día siguiente, el 18 de agosto, el general tuvo que esperar también. Empleó el tiempo tomando "posiciones convenientes" en Tejalpa, a mitad de camino de Yautepec.[82] Ante tal presión, Madero y Zapata parecían estar más de acuerdo que antes. Aunque Zapata se quejó ante su jefe de que "si la Revolución no hubiera sido a medias y hubiera seguido su corriente, hasta realizar el establecimiento de sus principios, no nos veríamos envueltos en este conflicto", reafirmó de nuevo su fe en la sinceridad y capacidad de Madero para resolver el problema. Y Madero, a su vez, que se temía ahora, también, un resurgimiento del reyismo, le aseguró a Zapata que entendía "los sentimientos que inspiran a ustedes".[83] Madero no llegó a Cuautla en la noche del 17 por causa del desasosiego que el avance federal sobre Yautepec había causado allí.[84] Pero las conversaciones entre él y Zapata estaban todavía frescas cuando llegó a la mañana siguiente. En la estación del ferrocarril de Cuautla, Madero le dio a Zapata el abrazo que le había dado al comandante federal en Puebla, y llamó a Zapata "integérrimo general". Al hablar más tarde ante la multitud, en los jardines de Cuautra, intencionadamente elogió el movimiento local y defendió a su "valiente general Zapata" contra las "calumnias de nuestros enemigos". Y pidiendo la formación de una nueva unión revolucionaria contra las intrigas reyistas, dijo que sabía que aunque los rebeldes locales estaban licenciados, estarían dispuestos siempre a atender "al primer llamado de nosotros" y "a empuñar las armas para defender nuestras libertades".

Las conversaciones de esa tarde fueron cordiales también, y felices sus conclusiones. No sólo habían tomado parte en ellas Zapata y sus más íntimos jefes aliados, sino también, por invitación suya, delegados civiles de los pueblos y aldeas de los alrededores. Su acuerdo, que Madero comunicó rápidamente por telégrafo a de la Barra, había sido más generoso y más fácil de obtener que antes. Para gobernador, Zapata y los delegados de los pueblos preferían a Miguel Salinas, que entonces era director estatal de Educación Pública, porque era hijo del lugar. Pero también estuvieron de acuerdo con el candidato de Madero, Eduardo Hay, un veterano revolucionario leal y antiguo jefe de personal de Madero, y lo habrían de aceptar. Para jefe de la policía estatal aceptarían a Raúl, el hermano de Madero, que traería consigo doscientos cincuenta hombres de las tropas revolucionarias federalizadas desde el estado de

81 *Nueva Era*, 17 de agosto de 1911.

82 Informe de Huerta, AZ. Huerta a de la Barra, 18 de agosto de 1911, AZ, 14: 4: 63.

83 Zapata a Madero, y Madero a Zapata, 17 de agosto de 1911, AA.

84 Madero a de la Barra, 17 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 18. *El País*, 18 de agosto de 1911.

Hidalgo. Comenzaría de nuevo la desmovilización en la asamblea de rebeldes de la mañana siguiente, dentro del plazo de cuarenta y ocho horas fijado por el gobierno. No tocaron "el asunto agrario". En nombre de ellos, Madero pidió solamente a de la Barra que "disponga que... fuerzas federales se reconcentren en Cuernavaca y se regresen a esta capital lo más pronto posible". Planeaba quedarse en Cuautla, le dijo, hasta que los federales regresasen a la ciudad de México "pues es muy difícil de otra manera vencer la desconfianza que les tienen y que no deja de estar justificada con la actitud asumida por el general Huerta..."

A la mañana siguiente, en Cuautla, el 19 de agosto comenzó a llevarse a cabo lo convenido. Los diversos jefes de Zapata, que habían llegado desde las diversas partes del estado, comenzaron finalmente a desbandar lo que quedaba de sus fuerzas. Cuando los federales no empezaron a retirarse, como había prometido de la Barra que harían, Madero se quejó. Pero mientras permaneciesen en su campo, la desmovilización de los rebeldes proseguiría.[85]

En estas horas, todo parecía salir bien, finalmente, para la gente del pueblo. No tanto las condiciones del acuerdo, sino el hecho mismo del acuerdo tenía una enorme importancia. Pues auguraban la voluntad del gobierno de tolerar la participación local en la política estatal, lo cual aseguraría un recurso legal contra las injusticias rurales. En unos cuantos días, al parecer, Morelos se encontraría en paz tal vez, con una comisión agraria estatal, una política estatal que no fuese hostil y un gobernador interino que fuese tan justo que llegase a entregarle el poder inclusive a Zapata, si el pueblo lo elegía.

No habría de ser así. En ese mismo día, mientras se estaba llevando a cabo tranquilamente el licenciamiento, de la Barra decidió que estaba en peligro el "decoro del gobierno".[86] Aparentemente, la insinuación de Madero de que la campaña de Morelos era un complot reyista había sacudido al Presidente. Por cierto, había dado lugar a rumores de que Madero y Zapata habían convenido en simular la desmovilización, de manera que Zapata pudiese ayudar militarmente a Madero si Reyes y sus partidarios del ejército federal se rebelaban durante la inminente campaña presidencial.[87] No hubo testimonio de que se hubiese llevado a cabo un pacto secreto. Pero, en el contexto inmediato, la sospecha valía lo que una prueba, al menos como pretexto. Además, había terminado el plazo de cuarenta y ocho horas del gabinete y de la Barra estaba recibiendo todavía "mensajes alarmantes" de Carreón y de Felipe Ruiz de Velasco acerca de los desmanes de los bandidos.[88] Estos "transtornos

[85] Para estas negociaciones y comunicaciones, véase Magaña: *op. cit.*, I, 219-24.

[86] De la Barra a Madero, 19 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 28.

[87] *El País*, 21 de agosto de 1911. Estos rumores están registrados como conversación real en Antonio D. Melgarejo: *Los crímenes del zapatismo* (*apuntes de un guerrillero*) (México, 1913), pp. 125-7.

[88] Carreón a de la Barra, 18 de agosto de 1911, AZ, 14: 4: 46. F. Ruiz de Velasco a de la Barra, 19 de agosto de 1911, *ibid.*, 88. Respecto de la dudosa

graves" no habían tenido lugar en la zona de Zapata, de los alrededores de Cuautla, sino en la región de Tetecala y Jojutla, donde Zapata nunca había tenido mucha autoridad; pero, para los fines de de la Barra, la responsabilidad podía achacársele a Zapata. Proclamó que era necesario pasar a restablecer el orden, "cueste lo que cueste". A Ambrosio Figueroa le ordenó que ocupase los pueblos del sur y del oeste del estado; a las fuerzas federales de Puebla les ordenó avanzar hacia Jonacatepec, y a Huerta le ordenó "imponga el orden de acuerdo con las instrucciones anteriormente dadas..." Eran las instrucciones originales del 2 y del 15 de agosto para llevar a cabo "operaciones de guerra". Por órdenes específicas del Ministerio de Guerra, Huerta levantó el campamento en Tejalpa y avanzó contra Yautepec.[89] Cuando sus tropas se acercaron a la ciudad, el presidente municipal se acercó con bandera blanca y dispararon contra él; Huerta había interpretado literalmente al presidente. "Una columna así no se puede decir que marche en son de paz —señaló Madero con inocente precisión—, sino en son de guerra." Al anochecer, la amplia columna federal estaba acampada en los cerros que rodean a la ciudad y se había suspendido en Cuautla el licenciamiento.[90]

Madero, entonces y después, no supo cómo explicar esta descarada subversión de sus esfuerzos. Confuso y entristecido, envió a Gabriel Robles Domínguez a Yautepec, y después de apelar a de la Barra para que frenase a Huerta, se dirigió a esa ciudad en persona a la tarde siguiente, el domingo 20 de agosto.[91] Su presencia personal en la ciudad, así como una enorme manifestación estudiantil maderista que tuvo lugar ese día en México, hicieron vacilar de nuevo a de la Barra. Cuidando la reputación de imparcialidad que era su principal carta política, el presidente convocó a una reunión de gabinete y dio órdenes para una nueva tregua de cuarenta y ocho horas. Todas las fuerzas federales tendrían que suspender sus avances mientras que las tropas de Zapata se reconcentrarían en Cuautla. Y allí, policía revolucionaria de Hidalgo y de Veracruz, no el ejército federal, vigilaría la desmovilización y luego formaría la guarnición.[92] En las afueras de Yautepec, Huerta

exactitud de los informes, véase Madero a de la Barra, 19 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 22 y 29. Véase también la interesante carta de Huerta a de la Barra, del 28 de agosto de 1911, AZ, 12: 1: 20, donde le dice: "...aunque no tengo un servicio de información completo, he llegado a convencerme en los pocos días que tengo en este estado de lo exagerado de todas las noticias que tienen relación con los perturbadores del orden, es decir, siempre que se mueve algún grupo de bandidos en tal o cual dirección se propaga la especie de que son cientos y hasta millares".

89 Informe de Huerta, AZ. De la Barra a Madero, 19 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 28.

90 Madero a de la Barra, 19 y 20 de agosto de 1911, citado en Magaña: *op. cit.*, I, 225-7.

91 Madero a de la Barra, 20 de agosto de 1911, AZ, 16: 1: 3.

92 De la Barra a Madero, dos cartas, ambas fechadas el 20 de agosto de 1911, citadas en Magaña: *op. cit.*, I, 238-9.

había aceptado ya suspender la ocupación de la ciudad durante cuarenta y ocho horas; como cablegrafió al Ministerio de Guerra, necesitaría todo ese tiempo para preparar el camino a los furgones de su artillería.[93]

Pareció ser, de nuevo, que las concesiones que Madero había obtenido cuidadosamente de ambos lados impedirían un conflicto abierto. Zapata llegó en persona a Yautepec y discutió nuevas condiciones con Madero. Prácticamente eran las mismas que las del pacto anterior y las aceptó. Ordenó la evacuación inmediata de Yautepec, y regresó a Villa de Ayala para arreglar el licenciamiento final, que comenzó al día siguiente en Cuautla, después de que Madero hubo llegado para pasar revista a las tropas. Como reconoció más tarde Madero, la operación tuvo sus fallas, pero al menos él y Zapata habían logrado convencer a los jefes principales del estado para que depusieran sus armas y se comprometieran a mantener la paz. En gratitud a los rebeldes de Morelos, redactó documentos de fidelidad para Zapata y veintidós de sus oficiales y de hecho les prometió cargos en su futuro gobierno.[94] Con igual confianza, muchas de las familias que habían venido de la ciudad por temor a la batalla comenzaron a regresar.[95]

Pero cuando transcurrieron las cuarenta y ocho horas, las nuevas esperanzas de paz se fueron desvaneciendo. De la Barra siguió aplazando la designación de Eduardo Hay como gobernador. Al caer la noche del primer día del licenciamiento, reforzó la guarnición de Cuernavaca con trescientos treinta federales dotados de ametralladoras.[96] Y cuando las tropas de Huerta comenzaron a ocupar Yautepec en esa misma tarde, los jefes de Zapata casi se rebelaron contra él.[97]

El 22 de agosto fue el día decisivo. Ahora era cada vez más difícil convencer a los rebeldes de que entregaran las armas; les habían llegado rumores de que el ministro de Gobernación, García Granados, había amenazado con enjuiciarlos de todas maneras, y no creían que las tropas federales no los atacarían una vez que se hubiesen desarmado.[98] Y en la ciudad de México, inundada de "mensajes alarmantes", muchísimo más exagerados, de Carreón y de más análisis políticos ampulosos del general Huerta, de la Barra decidió dejar de jugar con la desmovilización.[99] Había terminado el segundo plazo y los revolucionarios de Morelos seguían en armas. No habría más treguas. Huerta se olió este cambio y se apresuró a tomar la ofensiva. El "remedio" que le propuso a de la Barra, "con el mayor respeto y mi mejor buena fe", consistía en

93 Informe de Huerta, AZ; el cable estaba cifrado.

94 Para estos tratos y comunicaciones, véase Magaña: *op. cit.*, I, 240-5, 249-53.

95 *El País*, 22 de agosto de 1911.

96 Carreón a de la Barra, y respuesta de de la Barra, 21 de agosto de 1911, AZ, 18: 7: 20.

97 Madero a de la Barra, 21 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 41.

98 *El País*, 23 de agosto de 1911.

99 Carreón a de la Barra, 20 de agosto de 1911, AZ, 16: 1: 28. (Carreón se quejó de que Eufemio estaba a punto de atacar Cuernavaca. Madero le respondió

"reducir al último extremo a Zapata hasta ahorcarlo o echarlo fuera del país".[100]

El 23 de agosto comenzaron de nuevo movimientos de tropas. El más ominoso fue el de Huerta a través de Yautepec y en dirección de Cuautla. Evidentemente, no tenía autorización y sin duda era innecesario, pues revolucionarios federalizados de Veracruz se habían encargado ya del orden en Cuautla. Y como el licenciamiento de sus hombres se estaba llevando a cabo aún, Zapata y sus oficiales estaban furiosos. Un grupo, en el que figuraba Eufemio, quería matar a Madero el "chaparrito" por considerarlo traidor. Zapata se daba cuenta de que sería un desastre y él y Hay, que se encontraba allí entonces, lograron calmar el motín. Profundamente turbado, Madero se fue a la ciudad de México, convencido de que había habido un mal entendimiento, pero de que podría resolver de nuevo el problema en conversaciones personales con de la Barra. Pero este último no le dio la oportunidad. Cuando Madero llegó para entrevistarse con él, el Presidente se excusó diciendo que tenía que asistir a una reunión del gabinete. Abandonando por último sus esfuerzos conciliadores, Madero le escribió a de la Barra una larga y airada carta y luego se fue a atender su campaña electoral en Yucatán.[101] De esta manera desapareció el último campeón de los rebeldes de Morelos que tuviese prestigio y categoría.

De la Barra, que todavía temía un derramamiento de sangre del cual pudiese inculpársele, trató de evitar, en los días siguientes, un enfrentamiento directo entre los rebeldes y los federales, especialmente con Huerta. De manera que Zapata contó con unos cuantos días de respiro. Pero el final se acercaba. Ambrosio Figueroa trasladó sus fuerzas hacia Jojutla. Tropas federales al mando del general Arnoldo Casso López marcharon desde Jonacatepec hacia Cuautla. Los editores del diario metropolitano más adepto a de la Barra se preguntaron por si "¿es licenciable o procesable?" a los rebeldes de Morelos. Tomás Ruiz de Velasco formuló acusaciones criminales contra Zapata; el procurador federal de Justicia ordenó su detención. En respuesta a esto, Zapata publicó su primer manifiesto, el 27 de agosto, dirigido al pueblo de Morelos, en el que se defendía a sí mismo y acusaba al gobierno de los trastornos del estado. Por aquel entonces, Figueroa había ejecutado a cerca de sesenta rebeldes locales y les estaba haciendo juicios sumarísimos a otros. Desde la ciudad de México, Madero trató de concertar una última tregua a través de su hermano Raúl. Pero después de la reunión de gabinete del

que se encontraba de hecho "sumiso y obediente" en Cuautla. Véase Madero a de la Barra, 21 de agosto de 1911, AZ, 17: 8: 40.) Para otras quejas, véase Carreón a de la Barra, 21 de agosto de 1911, AZ, 18: 7: 1, 5, 6, 13, 14 y 20; también Huerta a de la Barra, 21 de agosto de 1911, AZ, 17: 11: 16 y 18.

100 Huerta a de la Barra, 22 de agosto de 1911, AZ, 17: 11: 18.

101 Magaña: *op. cit.*, I, 245-54. No se tienen datos de que Huerta haya dado órdenes específicas de tomar Cuautla, aunque sus órdenes generales eran en el sentido de continuar las operaciones de guerra.

29, García Granados ordenó "la persecución más activa y la aprehensión de Zapata".[102] El jefe revolucionario se había convertido en forajido.

Dos días más tarde, mientras los federales rodeaban Cuautla, Zapata levantó una protesta final ante de la Barra, en el sentido de que no había declarado una rebelión, que había conservado solamente una pequeña escolta personal que Madero le había asignado, y que el gobierno se haría responsable de cualquier derramamiento de sangre.[103] En el anverso del mensaje de la Barra escribió su respuesta, en la que decía que lamentaba que el desarme de sus fuerzas no hubiese sido efectivo y que hubiesen aparecido partidas de bandidos. Como el gabiente acababa de decidir "la extirpación completa del bandidaje" en Morelos, el Presidente le informó a Huerta del lugar en el que se encontraba Zapata y de su debilidad.[104] En ese mismo día, Casso López y Huerta ocuparon juntos Cuautla; y al día siguiente, el 1º de septiembre, Huerta se dirigió hacia el sur en dirección de la hacienda de Chinameca, hacia donde había escapado Zapata.[105]

Impaciente por capturar su presa, se mostró despiadado con la oposición. "Los hechos me demuestran —le escribió a de la Barra después de aplastar la resistencia en los alrededores de Villa de Ayala— la necesidad de obrar resueltamente y sin ninguna consideración, son éstos todos bandidos." De la Barra le cablegrafió su aprobación: Huerta podía actuar "con libertad".[106]

Sin embargo, llegó demasiado tarde a Chinameca para capturar a Zapata. El jefe destacado allí, Federico Morales, agente de Figueroa, lo había hecho mal y lo había dejado escapar. Tratando de atrapar a Zapata dentro de los muros de la hacienda, estúpidamente había ordenado una carga contra la guardia de la puerta del frente. Zapata había oído los disparos y, como conocía los terrenos de la hacienda, se había escapado del edificio principal y había echado a correr por los cañaverales que quedaban atrás del mismo. Tres días más tarde, era un refugiado exhausto al cual Juan Andrew Almazán se había encontrado por accidente, montado en burro, al atravesar una pequeña población montañosa de Puebla situada a unos ciento veinte kilómetros al sur.[107]

Para muchos observadores, el caso de la revolución de Morelos parecía haber quedado cerrado. Madero había archivado el problema y estaba calculando nerviosamente qué es lo que podría hacer en una nueva disputa violenta por el poder nacional. Zapata andaba escondido lo mismo que sus partidarios del estado que habían huido para salvar sus vidas. A fines del mes, habiendo terminado el "trabajo sucio", Ambrosio

[102] *Ibid.*, I, 255-8. *El País*, 26 de agosto de 1911. Dearing al secretario de Estado, NA, 59: 812.00/2316.

[103] Zapata a de la Barra, 31 de agosto de 1911, AZ, 16: 5: 4.

[104] *El País*, 31 de agosto de 1911. Informe de Huerta, AZ.

[105] Magaña: *op. cit.*, I, 258-9.

[106] Informe de Huerta, AZ.

[107] Almazán: *op. cit.*, p. 22.

Figueroa se dejó convencer para asumir la autoridad civil y militar.[108] Y Huerta, que había ocupado las seis cabeceras del distrito, se estaba dedicando a la labor de limpia. Y como le comunicó a de la Barra, con su estilo inimitable, zalamera mezcla de cinismo y pomposidad, estaba avanzando por el estado dotando de guarniciones a las ciudades, "sembrando, si cabe la palabra, la confianza... predicando con los fusiles y con los cañones del gobierno de la República la armonía, la paz y la confraternidad entre todos los hijos de Morelos". El 26 de septiembre consideró que el estado se encontraba "pacificado" y que su misión había "concluido" allí.[109]

Pero los hacendados, que se deberían haber alegrado de la "pacificación", no salían de su taciturnidad. Se daban cuenta de que no habían terminado sus problemas, que aunque Huerta había destruido la amenaza inmediata a sus intereses, había dado origen también a una nueva y más peligrosa amenaza. Como se le había dejado en "libertad" de tratar a los pueblos en los que entraba como si fuesen nidos de "bandidos", el resultado fue que creó "bandidos", hombres que odiaban el sistema que representaba muchísimo más de lo que lo habían odiado antes. Al abusar de los maderistas rurales, los convirtió en zapatistas; la denominación apareció solamente a mediados de agosto, después de su llegada a Morelos.[110] Y lo que es peor, al dispersar y ejercer el terrorismo contra los rebeldes locales, los había empujado a que, por primera vez, buscasen seriamente apoyo, o por lo menos protección, en los peones residentes en los terrenos de las haciendas. En Cocoyoc, por ejemplo, los rebeldes habían armado a seiscientos de los ochocientos trabajadores de la hacienda.[111] Y más aún, Huerta no había capturado todavía a Zapata, y a lo largo del verano se convirtió en un ídolo popular por todo el estado. De manera que, a pesar de la conclusión oficial de la campaña de Morelos, los hacendados no dejaron de preocuparse por el mantenimiento del orden. El más emprendedor e inteligente de ellos, Luis García Pimentel, hijo, comenzó a organizar un cuerpo de policía privada para vigilar las propiedades de su padre; montó, equipó y armó cincuenta guardias a expensas de la familia y contrató para mandarlos al más experimentado alguacil del estado.[112]

El juicio de García Pimentel resultó ser más atinado que el de Huerta. Pues Zapata se había retirado tan sólo para reagrupar fuerzas. En las montañas de los límites de Puebla y Guerrero, él y Almazán incitaron a los jefes intranquilos, hasta de Oaxaca, a que se rebelaran tan pronto como pudieran hacerlo.[113] Ya Zapata estaba pensando el progra-

108 Figueroa a de la Barra, 4 de octubre de 1911, AZ, 21: 3: 28. *Semanario Oficial*, xx, 37, 3.

109 Huerta a de la Barra, 13 de septiembre de 1911, AZ, 12: 1: 24 y 25.

110 *El País*, 17 de agosto de 1911.

111 Huerta a de la Barra, 26 de agosto de 1911, AA.

112 L. García Pimentel, hijo, a de la Vega, 15 de marzo de 1912, AGN, G: 846.

113 Zapata y Almazán a Menchaca, 20 de septiembre de 1911, AZ, 30: 15.

ma de su nueva "contrarrevolución", como la llamó entonces un tanto confundidamente. Día tras día, sus antiguos aliados, perseguidos en sus terruños por la policía de Figueroa, se le fueron sumando y proponiendo revisiones y añadidos. El 27 de septiembre Zapata expuso sus demandas formalmente en una petición "de los contrarrevolucionarios al Presidente de la República, Francisco L. de la Barra". Después de reconocer como presidente a de la Barra, Zapata y sus jefes declararon que eran ilegítimos los gobernadores de Morelos, Puebla, Guerrero y Oaxaca, pidieron autoridades y jefes militares populares, el aplazamiento de la elección presidencial, "a los pueblos lo que en su justicia merecen en cuanto a tierras, montes y aguas", la abolición de las prefecturas y la amnistía para los presos políticos.[114] Almazán, Jesús Jáuregui y José Trinidad Ruiz le entregaron el mensaje, en persona, a de la Barra.

El Presidente Blanco concedió la amnistía a los fugitivos políticos pero se negó a mostrarse clemente con los rebeldes acusados de delitos, entre los que figuraba el jefe rebelde, Zapata. Así informado Huerta se lanzó por el sureste de Puebla en persecución de los bandidos ridículamente presuntuosos.[115] Pero mientras avanzaba, Zapata lo siguió atrayendo. Después, a principios de octubre, simulando otra retirada que lo haría adentrarse más aún por el sur de Puebla, Zapata dio media vuelta y cabalgó con doscientos o trescientos hombres a lo largo del flanco de Huerta. Cabalgando sin parar por senderos montañosos poco conocidos, los guerrilleros reaparecieron de pronto por el este de Morelos, dispuestos a incursionar de nuevo. Después de la "predicación" marcial de Huerta, de los pueblos salieron en gran número nuevos reclutas, lo mismo que de las haciendas, para aumentar el número del ejército rebelde hasta los mil quinientos hombres. El movimiento renacido era tan popular que las tropas y la policía de que se disponía (al mando ahora de Casso López) no pudieron contenerlo. El diez de octubre, los rebeldes amenazaron Cuautla. A la semana siguiente se trasladaron al norte del estado de México, a los alrededores de Ozumba. Reuniendo un número mayor de luchadores día tras día, el 22 y el 23 de octubre los zapatistas ocuparon pueblos del Distrito Federal, a unos veinticinco kilómetros del centro de la ciudad de México.[116]

El regreso de Zapata a Morelos, que coincidió oportunamente con la elección presidencial, había proporcionado una suerte de referéndum local a la política del gobierno. La votación oficial en el estado, que tuvo lugar a pesar de trastornos mucho peores que los que habían detenido la elección para gobernador del mes de agosto, le dio la victoria a los candidatos del Partido Constitucionalista Progresista de Madero en los distritos de Cuernavaca y de Cuautla, y a los candidatos del Partido

114 Para este documento, véase Apéndice B.

115 Informe de Huerta, AZ. Huerta a I. de la Barra, 27 de septiembre de 1911, AZ, 12: 1: 26.

116 *Diario del Hogar*, 10 y 19-26 de octubre de 1911.

Antirreeleccionista dc Vázquez Gómez en Jojutla.[117] Pero el veredicto popular, evidentemente, había sido muy diferente. Contra la política de "extirpación completa" los hombres del común habían votado con "los pies", es decir, habían huido para defender la causa de los pueblos.

La aplastante reacción local contra el éxito aparente de Huerta provocó su propia reacción en el Congreso. Como reconoció José María Lozano, el orador más brillante de los diputados, "Emiliano Zapata no es un hombre, es un símbolo; podrá él entregarse mañana..., pero las turbas [que lo seguían]... no se rendirán".[118] Finalmente, el levantamiento causó una crisis en el gabinete en virtud de la cual García Granados, González Salas y Francisco Vázquez Gómez perdieron sus cargos. Se hizo necesario también sustituir a Huerta, y pareció que la carrera de éste había terminado.

Madero quedó muy imprcsionado, que era tal vez lo que más deseaba Zapata. Desde Parras, Coahuila, en donde se hallaba esperando la toma de posesión, publicó una larga carta abierta (errónea en parte) en la que explicaba por qué Zapata se había negado a aceptar las órdenes del gobierno. El punto culminante de su mensaje era la seguridad de que tan pronto como tomase posesión de la presidencia, Zapata depondría las armas: "...sabe —dijo Madero, dirigiéndose sin duda casi personalmente a Zapata— que yo llevaré al cabo los anteriores propósitos del gobierno [los convenidos el 18 de agosto], los que creía únicos medios de pacificar el estado de Morelos, y los cuales ya conoce Zapata porque se los comuniqué en Cuautla".[119]

Otro Madero, aparte del apóstol Francisco, había quedado impresionado. Y era su hermano, el político Gustavo. A lo largo de octubre, conjuras reaccionarias para impedir la toma de posesión de Madero se llevaron a cabo casi al descubierto; Reyes se había retirado ya a un ominoso exilio en San Antonio. Contra estas amenazas, Gustavo procuró reorganizar la coalición revolucionaria original. A fines de octubre se entrevistó varias veces en la ciudad de México con uno de los jóvenes ayudantes de Zapata, Gildardo Magaña, que trasmitió al sur las alentadoras nuevas.[120] El 1º de noviembre, el gobernador Figueroa colocó en las paredes de Cuautla avisos en los que se ofrecía el perdón a los rebeldes que se rindiesen en un plazo de dos semanas.[121] Se estaba llevando a cabo una nueva clase de pacificación. Había nuevas esperanzas de que finalmente se arreglaran las diferencias y se restableciese la unión revolucionaria.

Cuando Madero asumió el poder, el 6 de noviembre, Zapata había reunido ya sus tropas en torno a Villa de Ayala y estaba esperando

117 *Semanario Oficial*, XX, 41, 1.

118 Salvador Sánchez Septién, ed.: *José María Lozano en la Tribuna Parlamentaria, 1910-1913* (2a. ed., México, 1956), pp. 34-5.

119 La carta está citada en Magaña: *op. cit.*, II, 38-9.

120 *Ibid.*, II, 63.

121 *El Imparcial*, 2 de noviembre de 1911.

pacíficamente a que comenzaran las negociaciones. Noticias alarmantes les llegaron a los rebeldes de Morelos de que Figueroa había acompañado a Madero en las ceremonias de la toma de posesión como representante del ala sureña de la revolución nacional. Pero, para disipar temores, Gabriel Robles Domínguez llegó a Cuautla el 8 de noviembre, lleno de entusiasmo por la reconciliación. Los observadores de la ciudad de México vigilaron atentamente los acontecimientos. Según *El Imparcial* "Atila" había enviado un "úkase" a sus "hordas" para que se rindiesen.[122]

Al cabo de tres días, Robles Domínguez y Zapata y sus jefes habían concertado un pacto. En efecto, el acuerdo apartaría a los guerrerenses y restablecería al grupo de Ayala como poder dominante del estado, evacuaría gradualmente las tropas federales y convertiría en policía federal a los revolucionarios locales, garantizaría la realización de los fines agraristas de la revolución de Madero y sancionaría como protesta legítima la pasada insubordinación de los rebeldes.[123]

Robles Domínguez preparó su regreso para presentar el acuerdo a la aprobación de Madero. Pero entonces se vio que, durante las negociaciones, las tropas federales del estado habían estado efectuando presagiosas maniobras. El 11 de noviembre, aprovechándose de la concentración de los rebeldes en torno a Villa de Ayala, el general Casso López había apretado el cerco que tendía. Y lo que era peor, Casso López no permitió que Robles Domínguez saliese para la ciudad de México. Desde Cuautla, el enviado logró mandar un telegrama urgente, cifrado, a Madero, en el que le pedía que por ningunas circunstancias permitiese que se atacase a Zapata. "He conseguido excelentes condiciones —le dijo—. Federales quieren atacar sólo romper conferencias, negándose dar ningún aviso [de lo que traman]." Al día siguiente, evadió a su guardia y se fue para la capital.[124]

Era un domingo y Madero lo recibió sin demora en la residencia presidencial de Chapultepec. Es difícil saber cómo recibió, exactamente, las nuevas proposiciones. Las promesas que habían hecho en agosto y que recientemente había confirmado apenas diferían de las condiciones que Robles Domínguez le presentaba ahora. Además, como indicaba el acuerdo, el desafío de Zapata era simplemente una acción estatal, pero no nacional. Pero, en su calidad de presidente, cuya recién adquirida autoridad era desafiada casi diariamente, Madero no podía tratar de igual a igual con un forajido local, por digno de estima que éste fuese. De manera que, después de haber escuchado a Robles Domínguez, le dio una carta con instrucciones; un registro oficial de su respuesta:

122 Magaña: *op. cit.*, II: 63-4. *El Imparcial*, 8, 10 y 11 de noviembre de 1911. También en estas fechas, Zapata había dado órdenes a todos sus oficiales para que permitiesen las reparaciones de los caminos y de las líneas telegráficas y telefónicas. Los jefes de estación y el personal de los trenes recibieron copias de las órdenes.

123 Para el acuerdo, véase Magaña: *op. cit.*, II, 65-6.

124 Para estos y los siguientes informes, véase *ibid.*, II, 66-78.

"...Haga saber a Zapata que lo único que puedo aceptar es que inmediatamente se rinda a discreción y que todos sus soldados depongan inmediatamente las armas. En este caso indultaré a sus soldados del delito de rebelión y a él se le darán pasaportes para que vaya a radicarse temporalmente fuera del estado.

"Manifiéstele que su actitud de rebeldía está perjudicando mucho a mi gobierno y que no puedo tolerar que se prolongue por ningún motivo; que si verdaderamente quiere servirme, es el único modo como puede hacerlo.

"Hágale saber que no puede temer nada por su vida si depone inmediatamente las armas."

Quizá, extraoficialmente, Madero le dio una respuesta más generosa, que Robles Domínguez debería trasmitir privadamente a Zapata.[125] Pero, de ser así, el plan fracasó. Como Zapata no había desbandado todavía a sus hombres, el general Casso López decidió que habían fracasado las conferencias entre Robles Domínguez y el jefe rebelde.[126] Y cuando Robles Domínguez regresó a Cuautla para reanudar las conversaciones, el general no le permitió llegar a los cuarteles de los rebeldes en Villa de Ayala. Lo único que Zapata supo de su ofrecimiento de paz fue la demanda oficial de rendición que le hacía Madero y que le entregó un correo, así como una carta desesperada, a medias explicativa, de Robles Domínguez.

Cuando el correo llegó al campo rebelde, Zapata ya estaba organizando sus fuerzas para enfrentarse al inminente ataque federal. A caballo, leyó ambos mensajes como si (según dijo Gildardo Magaña) estuviese viendo que los acontecimientos se desenvolvían tal y como él lo había previsto. Los ruegos elocuentes de Robles Domínguez no valían mayor cosa cuando el general Casso López estaba acercando su artillería a un kilómetro y medio de distancia, de acuerdo con las instrucciones, contenidas en la otra carta, que le había dado el propio presidente Madero. Lleno de furia, despachó el correo. Poco después, la artillería comenzó a disparar y Zapata ordenó una retirada. Él y su escolta se sostuvieron hasta la noche y luego se deslizaron entre las líneas federales. Como antes, marchó hacia el sur, a las montañas de Puebla, levantando refugiados y partidarios a su paso.

Éste fue el último esfuerzo con la esperanza de una reconciliación. Unos pocos días más tarde, Robles Domínguez trató de comunicarse con Zapata acerca de un nuevo acuerdo, pero no tuvo respuesta.[127] Y por el este de Morelos la guerra de guerrillas comenzó de nuevo. A fines

[125] Para un estudio de los testimonios, véase Womack: *op. cit.*, pp. 216-17.

[126] Informe de Casso López al secretario de Guerra, 30 de noviembre de 1911, Archivo Histórico de la Defensa Nacional (en lo sucesivo, AHDN), II/481.5/177, 290-302. Por razones de seguridad no se me permitió consultar los documentos originales de este archivo. Debo la consulta de notas relativas a ellos a la generosidad de Luis Muro.

[127] G. Robles Domínguez a Zapata, 15 de noviembre de 1911, ARD, 7: 37: 42.

de noviembre, Zapata reunió una junta de sus partidarios más íntimos en Ayoxustla, pequeña población montañosa del sureste de Puebla y allí, mientras firmaban un Plan de Ayala que Montaño había redactado, los jefes reunidos finalmente se declararon en rebelión formal contra el gobierno federal. Madero era inepto, traicionero y tiránico, proclamaron. Sólo mediante la violencia podrían obtener justicia para los pueblos. Para encabezar la revolución de Ayala eligieron a un héroe nacional, al jefe que se había destacado como el comandante maderista más famoso de la antigua revolución de San Luis y que era ahora el leal pero inquieto jefe de la policía federal de Chihuahua, Pascual Orozco. "Yo estoy resuelto —escribió Zapata a Magaña en la ciudad de México— a luchar contra todo y contra todos..." [128]

A principios de diciembre, probablemente por consejo de su hermano Gustavo, Madero envió otra comisión para que se entrevistara con Zapata en un campamento de la frontera de Puebla-Morelos. Pero los comisionados no llevaban un nuevo ofrecimiento. Al jefe al que Madero había dado un abrazo en Cuautla, durante la crisis de agosto, en los peores días de una época de mentiras y de promesas incumplidas, al jefe al cual Madero había después calificado, entre sus múltiples generales revolucionarios, de "integérrimo general", a este jefe los comisionados no podían ahora ni siquiera darle garantías de una amnistía y de un perdón si deponía las armas. La única garantía que le podían ofrecer era la de un viaje seguro al exilio. Y Zapata, recordando los largos meses de luchas en los que él y Madero habíanse esforzado juntos, estalló lleno de resentimiento: "Yo he sido el más fiel partidario del señor Madero —les dijo a los comisionados—; le he dado pruebas infinitas de ello; pero ya en estos momentos he dejado de serlo. Madero me ha traicionado así como a mi ejército, al pueblo de Morelos y a la Nación entera. La mayor parte de sus partidarios están encarcelados o perseguidos —continuó diciendo Zapata, indignado por las pugnas que se estaban llevando a cabo en su propio estado y pensando que se deberían estar efectuando en otras partes también— y ya nadie tiene confianza en él por haber violado todas sus promesas; es el hombre más veleidoso que he conocido". ¿Qué le diremos al Presidente? —le preguntaron los comisionados. "Díganle, además, de mi parte —terminó diciendo Zapata—, que él vaya para La Habana, porque de lo contrario, ya puede ir contando los días que corren, pues dentro de un mes estaré yo en México con veinte mil hombres, y he de tener el gusto de llegar hasta Chapultepec, y sacarlo de allí para colgarlo de uno de los sabinos más altos del bosque." [129] Así, pues, en un agrio y defensivo divorcio del movimiento nacional terminó la primera fase de la revolución de Morelos.

[128] Zapata a Magaña, 6 de diciembre de 1911, citado en Magaña: *op. cit.*, II, 95-6. Por lo que toca al texto completo del Plan de Ayala, y a los comentarios acerca de sus orígenes y significación, véase Apéndice B.

[129] *Diario del Hogar*, 18 de diciembre de 1911.

En lo sucesivo se desarrolló por su propia cuenta. Las fervientes esperanzas de unión eran inútiles, porque tanto Madero como Zapata se habían entregado con toda seriedad a la realización de una tarea, de una revolución, que no sabían que entendían de manera muy diferente. Al principio, ninguno de los que participaron en la coalición revolucionaria hacía distinciones entre una revolución "social" y una revolución "política". En junio, poco después de que comenzaron los trastornos fatales, Zapata le había concedido una entrevista a un periodista, mientras esperaba en una estación de tren de la ciudad de México abordar el transporte para regresar a su hogar. "De mí no puede decirse... —le advirtió al periodista— que me lancé a los campos de batalla empujado por la miseria... tengo mis tierras de labor y un establo, producto no de campañas políticas, sino de largos años de trabajo honrado y que me producen lo suficiente para vivir desahogadamente con mi familia... Ahora voy a trabajar con el licenciamiento de los hombres que me ayudaron —siguió diciendo—, para después retirarme a la vida privada y volver a dedicarme al cultivo de mis campos, pues lo único que anhelaba cuando me lancé a la revolución era derrocar al régimen dictatorial y esto se ha conseguido." [130]

Esto era lo que Madero y los demás revolucionarios dijeron que querían también, "derrocar al régimen dictatorial". Pero el problema era que diferentes hombres tenían criterios diferentes de lo que era la derrota de un régimen dictatorial, o inclusive de qué era precisamente un régimen dictatorial.

¿Cuándo habría triunfado la revolución? Para Zapata, el provinciano sureño, el exasperado jefe de su pueblo, la respuesta era directa y sencilla: cuando la disputa agraria se hubiese resulto equitativamente en su estado o, por lo menos, cuando se iniciase una acción deliberada con ese objeto. Para Madero, el provinciano norteño, apacible hijo de un terrateniente, que flotaba en ensoñaciones de bondad, la respuesta representaba, a la vez, un poco más y un poco menos: cuando los mexicanos prosperasen y se amasen unos a otros, o por lo menos cuando él tomara posesión de la presidencia. La diferencia entre la naturaleza misma de sus expectativas era profunda. Y cuando, por último, se percataron de ello, no pudieron recurrir a un partido organizado o a un comité para ajustar sus diferencias y disciplinarse. Sujetos a tremendas presiones, tuvieron que mediar su conflicto por sí mismos. Pero, como indicaron por su deseo casi desesperado de confiar en alguien y merecer la confianza de alguien, carecían de la habilidad del verdadero político para discrepar en paz, a expensas de otros, pero para su propia seguridad. Su compromiso original había estado demasiado cargado de esperanzas. Zapata vio traición en cada desacuerdo y Madero egoísmo en cualquier opinión que no fuese la suya. De todos los revolucionarios, eran los menos aptos para sobreponerse a sus diferencias.

130 *El País,* 22 de junio de 1911.

CAPÍTULO V

LOS REVOLUCIONARIOS OFICIALES ACTÚAN

"...no sólo los llamados 'científicos'..."

En la ciudad de México, los revolucionarios asumieron sus cargos y las levitas Príncipe Alberto sustituyeron las guerreras de soldado. Pero, en Morelos, la guerra continuaba. A lo largo de todo el período de gobierno de Madero, dos grupos revolucionarios locales lucharon para determinar qué es lo que habría de ser la revolución. Desde un principio, los fines de los revolucionarios respetuosos de la ley eran claros: confiando en el apoyo de sus patronos metropolitanos, querían legislar reformas populares y decretarlas oficialmente. Después del 15 de diciembre, cuando el *Diario del Hogar* publicó el Plan de Ayala, la finalidad de los revolucionarios rebeldes de Morelos fue clara también. Querían reformas populares llevadas a cabo en el campo, independientemente de que las autorizase o no un empleado oficial. Al igual que antes contra Díaz, Zapata y sus jefes estaban librando una guerra contra Madero; pero ahora habían indicado, además, que la lucha tenía que beneficiar a los campesinos del país, que familias de agricultores sin tierras las recuperarían, o recibirían nuevas tierras tomadas de las haciendas expropiadas y que ningunos abogados, sino los veteranos reales de la lucha, ejercerían el poder en el régimen resultante. Durante el conflicto, ambos bandos trabajaron en pro de un cambio popular, pero en mundos diferentes. Y en el conflicto se cambiaron también a sí mismos.

Hasta mediados de 1912, cuando el gobierno federal restableció la autonomía de Morelos, ambas revoluciones fueron movimientos de oposición, uno leal y otro sedicioso. Para los rebeldes las tácticas a seguir eran sencillas de concebir y de ejecutar. Zapata y sus jefes creían evidentemente, como muchos otros observadores, que Madero no tardaría en caer. Desde antes de la toma de posesión del apóstol se habían manifestado peligrosos desafíos a su autoridad. En octubre, Emilio Vázquez se había retirado a San Antonio, donde se encontró con el general Reyes y evidentemente comenzó a tramar una rebelión en alianza con él. El 31 de octubre, agentes de Vázquez en la ciudad de México firmaron su propio Plan de Tacubaya, en el que denunciaban a Madero y proclamaban presidente a Vázquez. A principios de noviembre, la policía metropolitana descubrió una conspiración vázquez-reyista para asesinar al nuevo presidente. Un mes más tarde, descubrieron otro plan en el que estaban envueltos oficiales militares de elevado rango y conexiones

reyistas.[1] Y aunque el general Reyes no logró provocar un levantamiento cuando regresó a México a mediados de diciembre, pues terminó en la cárcel, los hermanos Vázquez Gómez, que habían propiciado su fracaso, siguieron siendo amenazas críticas para el gobierno.[2] En el norte había muchos revolucionarios descontentos, como el ambicioso Pascual Orozco, a los que podrían convencer de que se rebelaran. En tales prometedoras circunstancias, lo único que Zapata y sus jefes, evidentemente, creyeron que tenían que hacer era pelear, mantener su posición de rebeldía durante el corto espacio de tiempo que faltaba para la caída de Madero, cuando ejercerían presión sobre el nuevo gobierno para obtener satisfacción a sus demandas si no quería caer a su vez.

De manera que no se preocuparon mayor cosa por la organización. La junta que proclamó el Plan de Ayala comprendía a la mayoría de los jefes rebeldes que habían sido y serían más tarde sobresalientes en Morelos, y en ella figuraban, además de los hermanos Zapata y de Montaño, el autor del plan, veteranos como Francisco Mendoza, Jesús Morales, José Trinidad Ruiz, Amador Salazar, Lorenzo Vázquez, Emigdio Marmolejo y Pioquinto Galis. Pero la junta no tenía un campamento fijo, y mucho menos un cuartel general regular. Ni siquiera un secretario de tiempo completo se encargaba de sus asuntos. Abraham Martínez, que había sido el jefe de personal de Zapata, estaba todavía en la cárcel de la ciudad de Puebla; Montaño, el intelectual del movimiento, estaba tratando ahora de convertirse en guerrero; y otros ayudantes de menor importancia entraban y salían de los diversos campamentos rebeldes de manera demasiado caprichosa para poder coordinar las operaciones. Además, varios jefes locales importantes no pertenecían todavía a la junta de Ayala. Faltaban, entre otros, veteranos como Felipe Neri, Genovevo de la O, Francisco Pacheco, Jesús Jáuregui, Ignacio Maya y Pedro Saavedra, todos los cuales se hallaban entonces en rebelión, pero no acataban formalmente las órdenes de Zapata. Y no todos los que habían jurado fidelidad al Plan de Ayala se mantenían firmes en sus convicciones. A principios de enero Jesús Morales había tratado de llegar a un entendimiento privado con el gobierno federal. No mucho después Mendoza desarmó y expulsó a José Trinidad Ruiz, incorporando a los hombres de éste a sus propias fuerzas.[3] En estas semanas, la acción que los zapatistas llevaron a cabo en Morelos fue más un motín rural que una rebelión.

Casi inmediatamente, los bandidos comenzaron a actuar también. Este

1 Para el Plan de Tacubaya, que no es el Plan Político-Social de la Conspiración de Tacubaya, véase González Ramírez: *Planes*, pp. 55-60. Por lo que toca a las conjuras, véase *Diario del Hogar*, 9 de noviembre y 18 de diciembre de 1911.

2 Informe especial de los detectives privados en San Antonio, 2 de enero de 1912. Archivo General de la Secretaría de Relaciones Exteriores (en lo sucesivo, AGRE), L-E-857R: legajo 9 ([sic] de hecho, 3).

3 Morales a Madero, 7 de enero de 1912, AZ, 28: 12: 1. Encarnación Muñoz: "Breves apuntes históricos" (MS, 1913), p. 62, AZ, 31: 1.

acontecimiento fue especialmente ominoso, pues las zafras no tardarían en comenzar en las haciendas y a dar lugar al auge anual de los mercados de la región. Los rebeldes no querían la competencia de los forajidos en lo tocante a la "venta" de protección a los hacendados, y no querían que asaltantes de camino real hiciesen presa sobre la gente del campo que necesitaba comerciar para obtener dinero en efectivo. El 20 de diciembre Zapata dio órdenes generales a su Ejército Libertador del Sur de que se proporcionase "toda clase de garantías en los pueblos, campos y caminos,... y respetar y auxiliar a las autoridades civiles que hayan sido designadas legal y libremente" y de que no se permitiese que las fuerzas revolucionarias, o la gente pacífica, "destruyan o incendien la propiedad de las haciendas, pues éstas serán el patrimonio y fuentes de trabajo para los pueblos". También ordenó a los oficiales que permitiesen a los soldados volver a sus casas para levantar las cosechas o atender a sus familias. No se dijo nada de reforma agraria. Para terminar, Zapata advirtió a sus oficiales la necesidad de "llevar a la conciencia de nuestras tropas que mientras mejor nos comportemos, más adictos y ayuda tendremos en el pueblo y nuestro triunfo será más rápido".[4] A los "pueblos queridos" les dirigió un manifiesto el 31 de diciembre. En él proclamó la legitimidad de los fines de los revolucionarios de Ayala y se eximió de toda culpa por las acciones de "aquellos individuos que, al nombre de mi bandera, se amparen, cometiendo atropellos, venganzas o abusos; para éstos exito [sic] a todos mis partidarios y pueblos en general —declaró— los rechacen con energía, pues a éstos los considero enemigos míos que tratan de desprestigiar nuestra causa bendita y evitar el triunfo".[5]

Pero, a pesar de los inconvenientes de la desorganización, la junta rebelde siguió siendo amorfa. Para sus finanzas dependía todavía de las contribuciones locales, de unos cuantos empréstitos forzosos y de la esporádica filantropía de políticos interesados de la capital. Sus armas y municiones provenían únicamente de las tomadas al ejército federal y a la policía y de las que a veces les conseguían los contrabandistas de armas de la ciudad de México.[6] A principios de enero, un agente zapatista de Cuautla, lleno de aspiraciones, le pidió a la junta que le diese una carta de presentación e instrucciones para "organizar, sistemar y generalizar" la revolución. Era "indispensable —decía— establecer un centro en la ciudad de México... para dirigir, caracterizar y asumir la responsabilidad política del movimiento". Esto daría al movimiento "IMPULSO Y SOLIDEZ".[7] Ya había pedido dos veces intrucciones sin recibir respuesta; ningún documento indica que esta vez haya tenido más

[4] Gonzalo Vázquez Ortiz a O. Magaña, 25 de diciembre de 1911, citado por Magaña Cerda en *El Universal*, 10 de diciembre de 1950.

[5] Para el manifiesto, véase González Ramírez: *Manifiestos*, pp. 505-6.

[6] Antonio Díaz Soto y Gama: "Un noble amigo de Zapata", *El Universal*, 13 de diciembre de 1950. *El País*, 19 y 25 de febrero, y 15, 21 y 26 de junio de 1912.

[7] Carta sin firmar a Zapata, 4 de enero de 1912, AZ, 28: 12.

éxito. Los jefes de Ayala, evidentemente, no querían una estructura complicada de inspiración nacional o local.

Flojamente asociados como estaban, se encontraron a punto de ejercer el dominio militar en el estado. Quedaron en Morelos más de mil soldados federales al mando del general Casso López y alrededor de cinco mil rurales al mando de diversos jefes. Pero los únicos lugares que podrían proclamar que efectivamente dominaban eran las ciudades en las que estaban acuartelados, las principales cabeceras de distrito y del municipio. En algunos casos, especialmente entre los rurales, los comandantes eran excelentes y, en el papel, tenían tácticas astutísimas para su policía montada: persecución constante, marchas nocturnas, aprovisionamiento móvil.[8] Pero casi todos los oficiales y soldados venían de otros estados, de Jalisco y de Guanajuato principalmente, y eran tan ignorantes de los estrechos senderos y barrancas por los que ahora tenían que maniobrar como desconocidos eran para los campesinos de Morelos, a los que inevitablemente hostigaban, y los cuales, en venganza, informaban de sus movimientos a los rebeldes.[9] Los hacendados también veían con malos ojos los gastos y los trastornos que causaban los soldados y los policías.[10] El resultado era que las fuerzas federales rara vez se movían de sus cuarteles. Cuando se atrevían a salir a los caminos, sus jefes por lo común los sacaban en torpe formación de batallón. De manera que, en el sureste, Zapata, Mendoza y Morales llevaban a sus guerrilleros prácticamente por donde querían. En el noroeste, hasta Ozumba, en el estado de México, José Trinidad Ruiz era la fuerza dominante. Habiendo predicado en muchos pueblos de esa zona, conocía bien a la gente y el terreno; al jefe de la policía al que se le encargó sofocar la rebelión poco le faltó para reconocer la imposibilidad de realizar su tarea.[11] Sólo después de que Mendoza desarmó a Ruiz recuperaron los federales un débil control en la zona. En el centro del estado, Salazar y Neri imponían su ley tan cabalmente como siempre, atacaban a las ciudades que tenían guarniciones y se movían a voluntad por los pueblos. En el noroeste (en la estratégica región situada al norte de Cuernavaca, en los alrededores de Santa María y Huitzilac), de la O había metido tanto miedo a los rurales que éstos se mantenían en completa pasividad. Pocas batallas se produjeron en esa zona, porque ni siquiera los regulares federales se atrevían a desafiar su autoridad.

Los rebeldes se habían vuelto tan poderosos en Morelos, que, a mediados de enero, su ejemplo había contagiado a los descontentos de otras partes. En Tlaxcala, Puebla, el estado de México, Michoacán,

8 Instrucciones generales a los comandantes y oficiales de la policía rural, 1912, AGN, G: 647.

9 Contratos de enganche de la policía rural en Morelos, enero de 1912, AGN, G: 846, 925.

10 *El Imparcial*, 20 de diciembre de 1911, y 21 de enero de 1912. L. García Pimentel, hijo, a de la Vega, 15 de marzo de 1912, AGN.

11 Francisco J. Enciso a Reynaldo Díaz, 23 de diciembre de 1911, AGN, G: 645.

Guerrero y Oaxaca habían estallado rebeliones que simpatizaban con el movimiento de Ayala. De esta manera, pues, se constituyó en el sur una crisis muy embarazosa para el gobierno federal, que ya se hallaba profundamente turbado por el extrañamiento cada vez más profundo de Pascual Orozco en el norte. El 17 de enero, Madero convino en aceptar la renuncia de Ambrosio Figueroa a la gubernatura de Morelos, tanto para recuperar la lealtad de los moderados locales como para permitirle a Figueroa aplastar los levantamientos en su propio estado. Y dos días más tarde, para resolver la crisis directamente, el ministro de Gobernación decretó el estado de sitio, por cuatro meses, en Morelos, Guerrero y Tlaxcala, y trece distritos de México y de Puebla. Pero la rebelión siguió floreciente. A fines de enero, los rebeldes casi tomaron Cuernavaca. En número de cerca de tres mil se habían reunido en el campo en torno a la capital del estado, desde Tepoztlán hasta Temixco y Huitzilac; y después que hubo fracasado una acción federal para inutilizarlos llevada a cabo en Santa María el 26 de enero, los rebeldes iniciaron ataques vigorosos, evidentemente coordinados, por toda la región. Al mando de de la O libraron batallas de tres y cuatro horas diarias durante más de una semana. Desde los tejados de Cuernavaca observadores fascinados podían ver las explosiones de los obuses de la artillería federal en Santa María y contemplar cómo trepaba por la montaña el humo del pueblo en llamas. Pero los rebeldes mantuvieron la ofensiva y cada día parecían acercarse más a la victoria sobre los federales y la ocupación de la capital.[12]

Para los otros revolucionarios, respetuosos de la ley a quienes la política importaba más que la táctica, esta crisis simplificó en parte su trabajo y en parte lo complicó. El beneficio que les reportó fue la renuncia de Figueroa, lo cual aumentó considerablemente sus posibilidades de recuperar el dominio local del gobierno estatal y de llevar a cabo reformas. Durante su gubernatura, Figueroa había tratado de establecer un grupito de guerrerenses en Cuernavaca. Confiando en su secretario de gobierno, Aurelio Velázquez, y en el juez de distrito de Cuernavaca, Ruperto Zuleta, ambos traídos de Guerrero, calculaba conquistar Morelos para las ambiciones nacionales de su propia familia. Puesto que los revolucionarios locales deseaban gobernar por sí mismos el estado, Velázquez y Zuleta sólo podían constituir una base política para su jefe con los antiguos escandonistas y con los dependientes que acababan de recibir un puesto y que no querían dejarlo. Así, pues, en las elecciones municipales de diciembre, los guerrerenses no habían encontrado mejor candidato para presidente municipal de Cuernavaca que Ramón Oliveros, el cual perdió. Para las elecciones de gobernador que tenían que efectuar el 14 de enero, Velázquez y Zuleta no habían podido encontrar ningún candidato aceptable entre los notables del lugar y finalmente propusie-

[12] *El País*, 19, 20, 27-29 y 31 de enero, 2 y 4 de febrero de 1912. *El Imparcial*, 19 de enero de 1912. De la O en *Impacto*, 21 de enero de 1950.

ron a otro guerrerense más, al cual ni siquiera sus colaboradores nativos aceptarían. Para restaurar la autoridad de Figueroa e impedir una victoria de la gente del lugar en la lucha por la gubernatura, Velázquez había dado comienzo a una amplia purga. Había sacado de la burocracia estatal a muchos de los recientemente nombrados, a quienes no consideraba dignos de confianza, y había vuelto a poner en sus cargos a los que habían servido en los tiempos de Alarcón y Escandón. Suprimió los salarios de los presidentes municipales, lo cual los obligó a contraer comprometedoras deudas o renunciar. Aunque no quitó realmente a ningún presidente municipal, como hizo el general Casso López en tres pueblos de los límites con Puebla, sí quitó de sus cargos a los ediles de varios lugares. Así también, auspiciados por él, los comandantes de policía abusaron de los gobiernos locales e inclusive llegaron a ejecutar, sin formación de juicio, a funcionarios sospechosos. Y cuando estas medidas resultaron vanas y parecía que se desbandaría el club de adulones que el juez Zuleta había organizado para elegir gobernador, entonces Figueroa aplazó las elecciones, el doce de enero, dos días antes de la fecha fijada. De manera que la renuncia de Figueroa y su salida de Morelos unos cuantos días más tarde fue una verdadera liberación para los campeones locales del cambio legal. Se reunieron y se pusieron a fortificar sus posiciones.[13]

Contaban ya con bases fuertes. No sólo en Cuernavaca sino en Yautepec, Cuautla, Jonacatepec y muchos pueblos habían quedado vencedores en las recientes elecciones municipales. Sus representantes no eran ni ex porfiristas, ni ex escandonistas, ni ex leyvistas: ni Felipe Escarza, el nuevo presidente municipal de Cuernavaca, ni Julio Cárdenas en Yautepec, ni Everardo Espinosa, en Cuautla, ni José María Alcázar, en Jonacatepec, habían participado activamente en algún movimiento o partido. Era evidente que eran neófitos en política. Así también, no eran ricos; Alcázar, que tenía una tienda de abarrotes, era el único ciudadano acomodado entre ellos.[14] Tampoco habían sido agentes o abogados de los hacendados del estado. Y todos eran realmente naturales de las ciudades y pueblos que ahora gobernaban, y no meros residentes de paso. Sin conexiones en la ciudad de México, o siquiera en Cuernavaca, probablemente fueron elegidos para sus cargos gracias a la acción local, literalmente familiar, del respeto, la obligación, el consentimiento y la fidelidad. Al salir Figueroa, parecía que podrían llevar con éxito a sus vecinos a la realización de la campaña pacífica pro reformas.

El nuevo gobernador interino, Francisco Naranjo, hijo, era también un factor de estímulo. No era natural de Morelos, como hubiesen preferido los revolucionarios locales, pero al menos era norteño, de Nuevo León, y no otro guerrerense. Y tenía fama de veterano sincero y honrado

13 *Diario del Hogar*, 5, 6 y 16 de enero de 1912.

14 *Ibid.*, 11 de diciembre de 1911, y 28 de febrero de 1912. *El País*, 3 de julio de 1912. *Commercial Directory*, pp. 168, 199, 224.

de las luchas por la causa popular en el norte. Hijo de un héroe militar porfirista, en tiempos de don Porfirio había puesto en juego una cómoda carrera de ingeniero al ayudar a fundar el Partido Liberal Radical. Por agitador, ya había sido encarcelado una vez, y su padre había tenido que apelar personalmente ante Díaz para que lo liberaran. Como antirreeleccionista en 1910, se había incorporado a la revolución maderista en las primeras semanas de la misma.[15] Después, fue uno de los pocos coroneles irregulares en quien se confió para mantener su comisión y el mando del cuerpo de fusileros que había organizado. Ahora, al contrario de Figueroa, llegaba a Morelos habiendo publicado su intención de obrar en bien de la gente del lugar. Había tratado de conseguir que su viejo amigo y cofundador del Partido Liberal, el anarquista militante Antonio Díaz Soto y Gama, aceptase la Secretaría de Gobierno. Soto y Gama rechazó el ofrecimiento: el gobierno ha cometido "un error gravísimo", explicó, al confundir el "hondo problema social" del sur con un bandidaje "que ha de resolverse a cañonazos a la rusa". Aunque no aspiraba a un "comunismo agrario", señaló, ni a la "utopía imposible de la igualdad absoluta", tampoco sería cómplice en "la guerra a muerte contra las víctimas del Capital".[16] Pero Naranjo, por sí solo, era un aliado que les venía de perlas a los revolucionarios locales. Evidentemente había llegado dispuesto a ayudarlos a calmar la rebelión y mejorar el bienestar popular.

Al llegar a Cuernavaca, inició un estudio cuidadoso de las razones de la intranquilidad y de la violencia. "Encontré —como recordó más tarde— que en Morelos faltaban tres cosas, primero arados, segundo libros y tercero equidad. Y que tenía más que suficientes latifundios, tabernas y caciques." La información de que a Yautepec le faltaba terreno para ampliar su cementerio, o de que Cuautla no tenía un lugar en el cual vaciar su basura, escandalizó a este serio ingeniero de las vastas y desnudas estepas del norte. Al igual que Soto y Gama, que también era del norte, consideró que la frustración y la constricción de las comunidales locales era un "problema", y que constituía más una clase especial de enigma que un caso de opresión deliberada.[17] Estando los reformistas desempeñando ya cargos políticos municipales por todo el estado tal vez podría "resolverlo".

También les estaba llegando ayuda por caminos más encubiertos. El hermano de Madero, Gustavo, había ordenado calladamente la liberación del antiguo jefe de personal de Zapata, Abraham Martínez, que estaba en la cárcel en la ciudad de Puebla, y el 25 de enero trajo a él y a otros dos antiguos ayudantes de Zapata, los hermanos Gildardo y Rodolfo Magaña, a una reunión privada en la ciudad de México. Aunque reconoció lo justo del resentimiento de Zapata, Gustavo siguió insistiendo

[15] Rubén García: *El antiporfirismo* (México, 1935), pp. 32-3. Francisco Naranjo: *Diccionario biográfico revolucionario* (México, 1935), p. 143.
[16] *Diario del Hogar*, 25 de enero de 1912.
[17] *El País*, 5 de agosto de 1912.

en "nuestro deber de intentar otra vez una reconciliación". De hecho, no era tanto la generosidad patriótica como la angustia política lo que había incitado a obrar a Gustavo, puesto que Pascual Orozco había roto en privado con los Madero una semana antes, y ahora estaba a punto de romper con ellos públicamente en Chihuahua. Pero el pacto a que se llegó en estos tratos serviría a los fines benévolos de Naranjo en Morelos. El 26 de enero Martínez y Rodolfo Magaña partieron en secreto hacia el campamento de Zapata para comunicarle las peticiones de negociación y de tregua de Gustavo.[18]

La crisis que había dado estas ventajas a los revolucionarios respetuosos de la ley no tardó en manifestarse también como una maldición. Naranjo no podía atender a sus intereses porque los rebeldes no le daban ni tiempo, ni lugar para actuar. Para los revolucionarios que luchaban en los campos, las simpatías del nuevo gobernador no importaban mayor cosa. Lo que les importaba era la fuerza que habían metido en su territorio. Había sido su intento de sacarlos de Santa María lo que había provocado el tremendo ataque contra Cuernavaca de fines de enero. Aunque los rebeldes aflojaron brevemente la ofensiva a principios de febrero, de la O y otros jefes, como Vázquez y Salazar, que acababan de reforzarlo publicaron un aviso de que a partir del 6 de febrero comenzarían a volar los trenes que entrasen en el estado.[19] Mientras tanto, Martínez, que había conversado con Zapata, le escribió al presidente Madero que estaba dispuesto a servir a su antiguo jefe en lo que pudiese.[20] Y el 6 de febrero, como lo habían anunciado, de la O y sus aliados reanudaron el ataque contra la capital estatal con mayor ferocidad que antes. Desesperado, el comandante federal de la ciudad ordenó la quema sistemática de Santa María y los bosques aledaños, donde los rebeldes tenían su base. Naranjo no pudo detenerlo. Y el 9 de febrero tropas federales entraron por asalto en el pueblo, empaparon las casas y edificios con gasolina, les prendieron fuego y se retiraron. Obuses de artillería, que explotaron en los bosques, los incendiaron. Al anochecer, el pueblo estaba en cenizas y los árboles carbonizados de las montañas todavía humeaban y llameaban.

Así, pues, las fuerzas federales habían ofrecido de nuevo a los cuernavaquenses un espectáculo aterrador. Para un periodista de *El País*, diario católico de la capital, la acción pareció ser un encomiable esfuerzo por "destruir el zapatismo, que amenaza destruir lo que más en alto llevamos: nuestra nacionalidad".[21] Pero para los rebeldes (especialmente para de la O, cuya joven hija murió en el incendio) fue una violación de todas las reglas de la guerra.[22] Después de la retirada de los fede-

18 Michael C. Meyer: *Mexican Rebel. Pascual Orozco and the Mexican Revolution, 1910-1915* (Lincoln, 1967), pp. 47-52. Magaña: *op. cit.*, II, 108-9.

19 *Diario del Hogar*, 14 de febrero de 1912.

20 *El País*, 9 de febrero de 1912.

21 *Ibid.*, 10 de febrero de 1912.

22 De la O en *Impacto*, 14 de enero de 1950.

rales, los rebeldes se metieron de nuevo en la región y reanudaron su campaña, que habría de durar más de un mes.

En esta emergencia, las esperanzas de Naranjo y de sus presuntos protegidos en los concejos municipales se tornaron irrealizables. Para evitar un desastre, el nuevo gobernador no convocó a elecciones estatales. Por bien de la continuidad y porque no había ningún otro funcionario del cual echar mano, conservó a Aurelio Velázquez como secretario de gobierno. Por consiguiente, prosiguieron los abusos y las expulsiones de ediles y concejales locales.[23] Y los revolucionarios que estaban dispuestos a proponer reformas tuvieron que archivar sus planes.

Peor aún para ellos fue que el presidente Madero, presa del pánico, había designado un nuevo jefe militar para Morelos que agravó la rebelión y, de tal manera, prolongó el período de suspensiones legales. El nuevo jefe era el general de brigada Juvencio Robles. Años antes, en las guerras contra los indios de la frontera norte, había aprendido los procedimientos del ejército para aplastar rebeliones y ahora que lo habían enviado al sur se proponía luchar contra los campesinos y los rancheros tal y como había peleado con los indios de las tribus. Ya tenía experiencia de Morelos y sus conmociones: en 1909, siendo coronel, había mandado la guarnición de Cuautla el día en que los votantes en favor de Escandón habían "superado numéricamente" a los leyvistas. El 3 de febrero, después de una larga conferencia con el ministro de Guerra, les dijo a los periodistas qué concepto se había formado de la situación en el estado: "todo Morelos, según tengo entendido, es zapatista y no hay un solo habitante que no crea en las falsas doctrinas del bandolero Emiliano Zapata". Así, después de haber clasificado en la misma categoría de enemigo a los hacendados, con sus abogados, administradores y empleados de los ingenios y de los campos, a los reformistas pacíficos, a los admiradores pasivos de los rebeldes, a los rebeldes que operaban independientemente, a los que actuaban en alianza con Zapata, a los que obedecían directamente a la autoridad de Zapata y a los bandidos propiamente dichos, Robles se quedó tan tranquilo. "En un lapso de tiempo relativamente corto —predijo— reduciré a esa falange de bandoleros que actualmente asolan el estado de Morelos con sus crímenes y robos dignos de salvajes."[24]

Al llegar a Morelos, se puso inmediatamente a actuar. El 10 de febrero, por órdenes suyas, soldados federales detuvieron a la suegra de Zapata, a la hermana del mismo y a dos cuñadas en Villa de Ayala y se las llevaron a Cuernavaca como rehenes.[25] Ese mismo día, el comandante federal de Yautepec cateó la casa del presidente municipal, Julio Cárdenas. Las pruebas que las tropas encontraron no podían incriminar

[23] *El País*, 1º de febrero de 1912.
[24] *Ibid.*, 4 de febrero de 1912.
[25] Robles al secretario de Guerra, 11 de febrero de 1912, AHDN, XI/481.5/178, 90.

a nadie (una vieja pistola rota, seis cartuchos mohosos y algunas credenciales políticas que tenían 17 años de antigüedad) pero el comandante ordenó a Cárdenas renunciar y éste tuvo que huir para salvar su vida. Tres días más tarde el comandante fusiló a catorce sospechosos locales: a cuatro agricultores de Yautepec y a diez trabajadores de la hacienda Cocoyoc, en la que los rebeldes habían armado a muchos peones el verano anterior. Cárdenas protestó públicamente, lo mismo que su colega presidente muncipal, Everardo Espinosa, de Cuautla, que también había tenido que huir.[26] Pero no sirvió de nada.

Robles no tardó en poner en práctica regularmente una política favorita, la de "recolonización". Inspirada en los procedimientos empleados por los españoles en la reciente guerra de independencia de Cuba y en actos semejantes que los ingleses ejecutaron en la guerra boer y los norteamericanos en las Filipinas, la "recolonización" crea una definición deliberada de guerra indefinida. Hacia 1910 se había convertido en el método estándar del ejército mexicano para luchar contra las guerrillas populares. Se necesitaba primero sacar a la gente pacífica de sus pueblos y ranchos y meterla en campos de concentración en las afueras de los pueblos más grandes donde la vigilancia federal era más fácil. Después, columnas volantes podían moverse con entera libertad por el campo y tratar como "hostiles" a todos los que se encontrasen en su camino. Al final, desmoralizados y agotados se rendirían los rebeldes y los federales podrían limpiar la región de quienes aún hiciesen resistencia. El rasgo peculiar del uso que Robles hizo de este método era el de que quemaba los lugares que quería que la población evacuase. "Si —como señaló más tarde en su defensa— a esos pueblos destruidos los zapatistas volvían a ocuparlos y de sus casas hacían trinchera, para batir a los federales, obteniendo, por otra parte, elementos de vida de los habitantes, nada más racional y lógico que destruir esos reductos zapatistas y evitar que los vecinos dieran armas, parque y alimentos a los bandidos."[27] De manera que el incendio a que se había recurrido como medida desesperada unos cuantos días antes en Santa María pasó a convertirse en sistema.

El 15 de febrero, Robles envió una fuerza considerable al sur de Jojutla para dar comienzo a su política. A lo largo del río Chinameca, cerca de los límites con Guerrero, las tropas llegaron al pueblito de Nexpa. Encontraron que quedaban sólo ciento treinta y seis habitantes, ciento treinta y uno de los cuales eran niños y mujeres. Después de sacarlos de sus casas, pusieron fuego a las miserables casuchas. "Los vecinos lloraban rogando que no se destruyera el pueblo que les había visto nacer —escribió el corresponsal de *El País*— ...en medio del espanto y consternación mayores las llamas hacían su tarea y una columna negra y densa de humo, arrastrándose trabajosamente por los flancos de la sierra, anunciaba a los zapatistas allí ocultos que ya no tenían hogar." Todos los

[26] *Diario del Hogar*, 18, 27 y 28 de febrero de 1912.
[27] *El País*, 31 de agosto de 1912.

habitantes de Nexpa fueron llevados a Jojutla como presos federales y permanecieron bajo vigilancia armada en un corral del ejército. Con el tiempo Robles los dejó en libertad, pero no les dio permiso de regresar a sus ruinas; tendrían que presentarse diariamente ante la policía de Jojutla.

Otras fuerzas federales "recolonizaron" otras poblaciones. San Rafael y Ticumán fueron incendiadas. También Los Hornos, donde Zapata había tenido su cuartel general y donde los federales capturaron a la familia de Lorenzo Vázquez y la enviaron a Cuernavaca como rehenes, al igual que la de Zapata. Los federales incendiaron también Elotes, un ranchito de la misma región. Y en Villa de Ayala quemaron muchas casas. Robles y sus superiores habrían reconocido, como hicieron los editorialistas del periódico católico *El País*, que estas acciones eran "rayanas en la crueldad". Pero, como estos mismos editorialistas dijeron, eran necesarios "remedios heroicos". De otra manera, alegaban, "nos tememos que el estado de revuelta se vuelva crónico". La verdad acerca de Morelos era "horrible", observaban los editorialistas. "El zapatismo tiene adeptos que llegan a legión; sus correligionarios pueden contarse por muchos millares. Por eso es magnífico el espionaje." A menos que Robles siguiese llevando a cabo su plan de "destrucción total de los caseríos miserables [que] sirvan de refugio a los zapatistas", Morelos se convertiría "en la tumba de nuestro heroico ejército".[28]

Así justificada, la "recolonización" prosiguió. El 20 de febrero, después de enterarse de que los rebeldes que todavía estaban activos al norte de Cuernavaca recibían suministros de los arrieros que pasaban por Coajomulco y Ocotepec, Robles mandó quemar también estos dos pueblos. No se atrevió a quemar las chozas en que vivían los peones residentes de las haciendas, pero fue tan despiadado con los peones mismos como con los aldeanos y rancheros. Su comandante en Yautepec mandó ejecutar a más de dieciocho trabajadores de la hacienda de Cocoyoc. Incluso el personal de mayor categoría de las haciendas no escapó al examen de Robles. A fines de febrero mandó detener a los administradores y a algunos de sus ayudantes de las haciendas de San Vicente y Chiconcuac por haber dado municiones a los rebeldes a cambio de protección. Enjuiciados y declarados culpables por un tribunal militar, los acusados fueron sentenciados a seis meses de cárcel.[29]

Aunque esta maldición casi se los había tragado, los revolucionarios respetuosos de la ley persistieron en sus intentos privados de restaurar la paz y el orden constitucional. El 20 de febrero, el anciano general Leyva llegó a Cuernavaca y comenzó a entrevistarse con delegaciones de los pueblos vecinos. Era del conocimiento público que no tenía influencia

[28] *Ibid.*, 17-20 de febrero de 1912. *Diario del Hogar*, 18 y 23 de febrero de 1912.

[29] *Ibid.*, 24 de febrero de 1912. *El País*, 21, 25, y 26 de febrero, 2 y 7 de marzo de 1912.

con Zapata y los jefes que estaban a sus órdenes; el general mismo declaró categóricamente "que no se entablarían negociaciones con Zapata, Abraham Martínez y demás cabecillas y ladrones". Pero parecía posible arreglar una tregua con de la O y los rebeldes que tenían su base en Santa María. "Los indígenas, en su mayor parte, se lanzaron a la revolución —explicó el general a la prensa— por haber sido despojados de sus terrenos." Su misión, siguió diciendo, consistía en "examinar con el gobernador del estado los títulos de las propiedades que los indígenas reclaman y después proceder en justicia". A los rebeldes que no fuesen culpables de más delito que el de rebelión les ofrecía la amnistía.[30]

Mientras tanto, algunos pilares de la sociedad de Cuernavaca comenzaron a publicar peticiones formales para que Robles no incendiase determinados pueblos. Saliendo garantes de la lealtad de las familias de aquellos lugares, lo obligaron a contenerse por lo menos transitoriamente y en algunos casos particulares. Alentados por esto, los notables de otros lugares publicaron también defensas formales de sus poblaciones y obtuvieron garantías provisionales semejantes. Aunque los incendios y los saqueos continuaron, los ciudadanos influyentes obtuvieron la exención en favor de unos cuantos lugares escogidos.[31]

Al mismo tiempo, los esfuerzos que los presidentes municipales depuestos estaban haciendo por quitarle el poder a Aurelio Velázquez estaban a punto de tener éxito. El momento decisivo llegó cuando Julio Cárdenas acusó públicamente a Velázquez de estar tratando en secreto de organizar un apoyo en Morelos a los subversivos hermanos Vázquez Gómez. Velázquez y otros políticos como él estaban "deshonrando la administración del señor Madero", señaló acusadoramente Cárdenas, "porque estos hombres todo son menos maderistas".[32] Velázquez renunció poco después y el 2 de marzo un íntimo amigo de Naranjo, Jacobo Ramos Martínez, asumió el cargo de secretario de gobierno. Casi inmediatamente trató de establecer contactos con Zapata, para pactar con él tal y como el general Leyva había confiado en pactar con de la O.[33]

Pero los rebeldes no estaban dispuestos a ceder. Por aquel entonces, habían perdido mucho más que sus tierras. Habiendo visto cómo se quemaban sus hogares y cómo se daba muerte o se encarcelaba a su gente, no se sentían mayormente obligados a tomar en consideración el ofrecimiento del gobierno para aceptar su rendición. Además, en virtud de los refuerzos que el terrorismo de Robles les había hecho llegar desde los pueblos y haciendas, eran todavía más numerosos que antes. Y tuvieron menos razones aún para aceptar una transacción cuando, a principios de marzo, llegaron noticias de que Pascual Orozco, por fin, se había revelado en el norte. Parecía como si el gobierno no hubiese de tardar en caer y enton-

30 *Ibid.*, 21, 22, 24 y 26 de febrero de 1912.
31 *Ibid.*, 25 y 28 de febrero, 3 y 4 de marzo de 1912.
32 *Diario del Hogar*, 28 de febrero de 1912.
33 *El País*, 2 de marzo de 1912. *El Diario*, 29 de septiembre de 1912.

ces ellos podrían entrar a caballo en la capital como conquistadores. Ni Leyva ni Ramos Martínez podían persuadirlos a negociar, y cuando las tropas y la policía federales se retiraron hacia el Distrito Federal para ser enviadas a Chihuahua, los jefes rebeldes ampliaron sus zonas de operaciones activas y aceleraron el ritmo de sus ataques. A lo largo de marzo, de la O entró en combate con las mejores tropas federales regulares del estado casi todos los días en los alrededores de Huitzilac. Durante todo el mes, Neri y Salazar asediaron a la débil guarnición de Tepoztlán. Eludiendo a los rurales, Lorenzo Vázquez llevó a cabo frecuentes incursiones con éxito en las haciendas de la parte central de Morelos. Mendoza hizo una vigorosa campaña desde Axochiapan hasta Zacualpan. Y los dos Zapata efectuaron alarmantes asaltos en el sur y el oeste de Puebla, amenazando la capital de ese estado.[34]

Robles trató de tomar la ofensiva, pero aunque a veces pudo capturar una base rebelde o descubrir bandas rebeldes y dispersadas, no pudo sujetar la rebelión, y ni siquiera frenarla. Después del 23 de marzo, cuando Orozco ganó una batalla decisiva en el sur de Chihuahua, los rebeldes de Morelos se volvieron más atrevidos aún. El estado parecía estar casi totalmente en su poder. Desde la ciudad de México, Pablo Escandón le escribió lleno de desesperación a su tutor político, que seguía exilado en París, que "si las cosas siguen como van, seguramente que retrogradaremos a nuestro puesto antiguo de NACIÓN DE ÚLTIMO ORDEN, DE VERDADERA CAFRERÍA".[35]

Para los rebeldes, abril fue el mes decisivo, los otros dos grupos que participaban en lucha permanecían a la defensiva, y de hecho estaban en fuga. El continuo estado de emergencia en el norte iba agotando todavía más las fuerzas y los suministros federales en Morelos, de manera que Robles tuvo que abandonar el campo por completo y tratar de conservar solamente las ciudades principales. Y los rivales revolucionarios de los rebeldes, los reformistas que querían un cambio legal, ya no podían obtener más concesiones del acosado gobierno federal. En su informe del primero de abril ante el Congreso, Madero había declarado específicamente que hasta no tener el control militar de Morelos no habría de autorizar "estudios y operaciones" a propósito de "nuestra añeja cuestión agraria". En lo tocante a los grandes trastornos del sur, evidentemente estaba encolerizado. "Por fortuna —señaló— este amorfo socialismo agrario, que para las rudas inteligencias de los campesinos de Morelos sólo puede tomar la forma de vandalismo siniestro, no ha encontrado eco en las demás regiones del país."[36] Las tristes perspectivas del establecimiento del orden eran

[34] De la O en *Impacto*, 21 de enero de 1950. Robles al secretario de Guerra, 10 de abril de 1912, AHDN, XI/481.5/178, 198-212, 299-33, 274-5. G. Sánchez al inspector general, 18 de marzo de 1912. AGN, G: 846. Muñoz: *op. cit.*, pp. 63-8. *El País*, 29 de marzo de 1912.

[35] Escandón a P. Macedo, 29 de marzo de 1912, "El archivo de la reacción", *El Universal*, 12 de octubre de 1917. El subrayado es suyo.

[36] "Informe leído por el C. Presidente de la República Mexicana al abrirse

especialmente vívidas para los hacendados, que habían perdido una barbaridad en la última zafra. Cuando una oficina federal inició un estudio en materia de compra de tierras para revenderlas a los agricultores pobres, varios hacendados de Morelos ofrecieron en venta sus propiedades.[37]

A pesar de que ejercían toda la presión que podían, los rebeldes no eran capaces aún de transformar su ventaja local en un triunfo decisivo y de instituir su propio gobierno en el estado. Desorganizaron el servicio de trenes y ocuparon poblaciones importantes. El 1º de abril Neri y Salazar capturaron finalmente Tepoztlán. El 2 de abril Zapata atacó y capturó Jonacatepec. El 6 de abril, Zapata, Mendoza, Vázquez y otros jefes iniciaron un asalto combinado contra Tlaquiltenango, Tlaltizapán y Jojutla y llegaron inclusive a entrar varias veces en esta última ciudad. Pero los rebeldes no podían conservar lo obtenido con sus victorias. En todas las ocasiones, los federales volvieron a la lucha y reocuparon las ciudades. En Jojutla se cobraron venganza y ejecutaron a cerca de cincuenta prisioneros.[38] Evidentemente, los rebeldes no tenían municiones para llevar a cabo campañas en forma. Con los robos a los federales y a la policía que se descuidaban y con las compras que hacían en el mercado negro de la ciudad de México, podían mantener la acción constante de las guerrillas; pero no podían robar, comprar o transportar lo suficiente para librar batallas regulares. Tarde o temprano los federales tenían siempre más cartuchos para disparar.

De manera que la lucha siguió semana tras semana. A menudo fue muy sangrienta, especialmente en los alrededores de Huitzilac, que los federales bombardearon y quemaron. A fines de abril, de la O y Salazar movilizaron de nuevo cerca de cuatro mil hombres en los alrededores de Cuernavaca e inclusive montaron piezas de artillería para bombardear la plaza; los ediles de la ciudad querían rendirse.[39] Pero el ataque nunca se produjo. Y ninguno de los ataques dirigidos contra otros lugares zanjó ninguna cuestión definitivamente en favor de los rebeldes. Siguieron siendo dueños únicamente del campo, que era una base social, pero no política.

En los primeros días de mayo, el fracaso de los jefes rebeldes se puso en evidencia: no habían perdido la lucha, pero no la habían ganado cuando se les habían ofrecido las mejores oportunidades. Para reconstituir sus depósitos de municiones, Neri y Salazar interrumpieron los

el cuarto período de sesiones del 25 Congreso de la Unión, el 1 de abril de 1912", *Diario Oficial*, CXIX, 27, 405-13.

37 *El hacendado mexicano*, XVIII, 208 (marzo, 1912), 81; 209 (abril, 1912), 121; 210 (mayo, 1912), 161. Secretaría de Fomento: *Trabajos e iniciativas de la Comisión Agraria Ejecutiva* (México, 1912), incluido en Jesús Silva Herzog, ed.: *La cuestión de la tierra, 1910-1917*, 4 vols. (México, 1960-2), II, 168.

38 Robles al secretario de Guerra, 10 de abril de 1912, AHDN. J. Refugio Velasco al secretario de Guerra, 26 de mayo de 1912; *ibid.*, XI/481.5/178, 221-4. Robles al secretario de Guerra, 4 de abril de 1912, *ibid.*, 234-8; 7 de mayo de 1912, *ibid.*, 492; 19 de mayo de 1912, *ibid.*, 249-53, 258-63. Magaña: *op. cit.*, II, 133-4.

39 *El País*, 25 de abril de 1912.

ataques principales y practicaron raras incursiones. De la O se desplazó hacia el noroeste, en el estado de México, para restaurar también sus fuerzas. Y después de una junta deprimente los Zapata, Montaño, Mendoza, Capistrán y otros jefes se retiraron al este de Guerrero, y atacaron Tlapa para apoderarse de suministros, pero perdieron.[40] Zapata confiaba en que Orozco les enviase armas y municiones desde el norte por vía marítima hasta un puertecito de la Costa Chica de Guerrero.[41] Pero al propio Orozco no le sobraba material, por razón del reciente embargo que Estados Unidos había impuesto al envío de material de guerra a México, y evidentemente nunca atendió a los pedidos de Zapata.[42] A fines de mayo, algunos jefes, aunque no Zapata, reanudaron las operaciones activas sobre el norte y este de Morelos. Y Zapata dirigió cartas a la Cámara de Diputados, al gabinete y al cuerpo diplomático en las que avisaba que "de un momento a otro" se lanzaría un ataque contra la ciudad de México.[43] Pero fue una amenaza inútil. El capitán del ejército que había estado vendiendo a los rebeldes de Morelos miles de cartuchos Winchester tomados de los arsenales federales estaba en la cárcel.[44] Y aunque los rebeldes, en algunas ocasiones, pudieron meterse en los suburbios de la metrópoli, en cuanto aparecían los rurales tenían que retirarse. Además, habían empezado las lluvias y era el tiempo de sembrar, por lo cual muchos soldados rebeldes se fueron a sus casas para trabajar los campos. Los trenes para Cuernavaca comenzaron a correr de nuevo conforme a horario, más o menos.

Al aflojar la violencia, el grupo de revolucionarios partidarios de la legalidad, torpe pero efectivamente, tomó la iniciativa en el estado. Ya desde primeros de mayo, el gobernador Naranjo se había sentido lo suficientemente seguro de su apoyo para enviarle a Madero una larga y severa carta en la que le pedía que contuviese los desmanes del general Robles. Recibió la respuesta quisquillosa de que un gobernador no debía quejarse cuando el ejecutivo federal dictaba "medidas... oportunas en tiempo de guerra"; pero no aflojó la presión.[45] A mediados de mayo, cuando Orozco comenzó a perder terreno en el norte, Naranjo anunció que el gobierno recuperaría pronto el control del sur también, lo cual constituía menos un juicio militar que un pretexto político para restablecer la autoridad constitucional. Pensando en el próximo 19 de mayo, fecha en que terminarían los cuatro meses de ley marcial, el gobernador, su lugarteniente

[40] Muñoz: *op. cit.*, pp. 79-90.

[41] Zapata a Orozco, 6 de mayo de 1912, ARD, 8: 43: 17.

[42] Meyer: *op. cit.*, pp. 70-1, 73-5, 81-2.

[43] Robles al secretario de Guerra, 25 de mayo de 1912, AHDN, XI/481.5/178, 513-31. Villar al secretario de Guerra, 22 de mayo de 1912, *ibid.*, 533-4, 539-40. *El País*, 25 de mayo de 1912. Wilson a Madero, 25 de mayo de 1912, NA, 84: México, C8, 15.

[44] *El País*, 25 de mayo de 1912. Véase también Alfonso Taracena: *La tragedia zapatista. Historia de la Revolución del sur* (México, 1931), pp. 27-8.

[45] Testimonio de Ramos Martínez, 2 de abril de 1913, AZ, 27: 6.

y sus aliados locales comenzaron a prepararse para las elecciones estatales. Maniobraron con sorprendente velocidad y coordinación y pusieron de relieve las estrechas conexiones que habían establecido entre sí por aquel entonces. Y el 19 de marzo, cuando se restablecieron las garantías constitucionales, se llevó a cabo la votación para la constitución de los colegios electorales en casi todos los municipios. Una semana más tarde, los colegios eligieron un grupo considerablemente uniforme de reformadores para la legislatura del estado y para el Congreso. Para el general Leyva, que estaba agonizando en Cuernavaca, fue una dulce y final vindicación.[46] Una inesperada demora transcurrió antes de que los diputados estatales tomaran realmente posesión, en parte porque las autoridades de Yautepec no pudieron realizar elecciones y probablemente también porque Robles ponía reparos a la reanudación del gobierno civil. Además, todavía se estaban llevando a cabo dispersas incursiones rebeldes, que de vez en cuando trastornaban los movimientos de los trenes con destino a Cuernavaca y Cuautla.[47] No obstante, las posibilidades de llegar a un entendimiento parecían mejorar semana tras semana. Habiéndole asegurado a un crédulo Madero que la guerra no tardaría en terminar, Robles fue comisionado a Puebla.[48] A lo largo de junio y de los primeros días de julio los rebeldes permanecieron en la inactividad. Los viajeros que llegaban a la ciudad de México desde Cuautla informaban que los guerrilleros de la zona andaban cortos de suministros y no podrían mantener intactas sus bandas. En la embajada de Estados Unidos también se tenían informes de que los "zapatistas estaban muy desorganizados por causa de numerosas deserciones internas".[49] El nuevo ministro de Gobernación, Jesús Flores Magón, consideraba que había llegado el momento de entablar nuevas negociaciones con Zapata y mandó un enviado secreto a su campamento.[50] Fueron pérdidas graves para los rebeldes, también, las detenciones, en la ciudad de México, de sus agentes principales, Gonzalo Vázquez Ortiz, Abraham Martínez, Gildardo Magaña y Luis Méndez. Los documentos que llevaban y las confesiones que hicieron permitieron descubrir quiénes eran los hacendados que estaban pagando préstamos forzosos, de dónde salían las armas y municiones del mercado negro y cuáles eran los canales de la subversión en la metrópoli.[51] Entre tanto, en Morelos, Naranjo y sus asociados fortalecían su organización y perfeccionaban el programa de reformas que llevarían a cabo por decreto. Finalmente, el 12 de julio, cerca de seis semanas más tarde, y sin que estuviese repre-

[46] *Semanario Oficial*, XXI, 20, 1; 21, 1. Díez: *Bibliografía*, pp. CC-CCI.

[47] *El País*, 15, 17 y 19 de mayo, 28 de junio, 5 de julio de 1912. *El Diario*, 6 de julio de 1912.

[48] Madero a Robles, 15 de junio de 1912, AM.

[49] *El País*, 12 de junio de 1912. Schuyler al secretario de Estado, 17 de junio de 1912, NA, 59: 812.00/4232.

[50] Para la entrevista del enviado con Zapata, véase *El País*, 7 de agosto de 1912.

[51] *El País*, 14, 15, 21, 22, 26 y 27 de junio, 7, 16 y 17 de julio de 1912.

sentado Yautepec todavía, les tomó juramento a los diputados. Los revolucionarios pacíficos ya no eran la oposición, sino el gobierno.

El 17 de julio, los nuevos diputados se reunieron en asamblea en el palacio de gobierno del estado, el Palacio de Cortés, para cumplir con la última sesión de la 22a. legislatura de Morelos.[52] Como los presidentes municipales elegidos al final del año anterior, eran casi todos hombres que se habían destacado sólo en la localidad. Gente de ciudad, no eran dueños de tierras, ni administraban haciendas. Característicamente, eran dueños de las principales tiendas de abarrotes de sus respectivos pueblos y ciudades; uno de ellos, Eugenio Morales, era dueño de una pequeña fábrica en Jojutla. Ninguno de ellos era notablemente próspero o sobresaliente en el estado. Ninguno había participado activamente en la revolución maderista de 1910-11. Y pocos tenían experiencia oficial en política. Morales era el político más experimentado de ellos, pues había sido veterano de las campañas leyvista y antirreeleccionista, así como concejal de la ciudad de Jojutla en 1911. Otros dos tenían un poco de experiencia: Pedro Guzmán, el diputado suplente por Jonacatepec, había sido el oficial del jefe político del lugar en 1904; y José D. Rojas, el diputado por Tepoztlán, había pertenecido a un club leyvista.[53] El resto era completamente verde por lo que respecta al complicado negocio del ejercicio del poder. Abarroteros, boticarios o talabarteros respetados en sus pueblos, los nuevos diputados eran personas de poco brillo en Cuernavaca. Pero se dispusieron seriamente a ejercer la autoridad, con intención de mejorar el bienestar de la gente del común, a la que conocían. Trabajaron en circunstancias que siguieron siendo tensas. Desde un principio, tuvieron que luchar con la brevedad de su período, que habría de terminar el 15 de septiembre. En los dos meses que les quedaban después de que tomaron sus cargos, no podían creer en que promulgarían todas las leyes nuevas que deseaban decretar. Otra preocupación era la de la serie de elecciones que comenzarían el 4 de agosto para elegir la 23a. legislatura, el gobernador y trece jueces de distrito. Para los nuevos diputados, a quienes había emocionado el llamado de Madero contra el caciquismo, era una cuestión especialmente espinosa la de si debían presentarse o no para la reelección. Si lo hacían, lesionaban su prestigio de hombres de principios. Si no lo hacían, corrían el riesgo de que se disipase su espíritu revolucionario y se arruinase su programa. De todas maneras, ¿a quién deberían apoyar para gobernador? ¿Habrían de dejar que Naranjo permaneciese en su cargo durante las elecciones y, de tal manera, ayudase a decidir quién habría de ser el nuevo gobernador? Así, pues, preocupaciones políticas inmediatas agravaron la tensión, ya grande, de legislar la reforma. Y el peligro más

52 *Semanario Oficial*, XXI, 29, 1-2.

53 *Commercial Directory*, pp. 224-5, 268. *Semanario Oficial*, XII, 12 (Suplemento), 13. *México Nuevo*, 18 de enero de 1909. *El Imparcial*, 22 de agosto de 1913.

amenazador era que los rebeldes seguían en armas. Como le dijo Zapata al enviado secreto del gobierno: "...la revolución de Morelos no es una revolución local... no entrará en convenios de paz, sino hasta el derrocamiento de Madero". Después de una suspensión de las operaciones para acumular pertrechos, los rebeldes reanudaron casi diariámente los ataques contra los puestos avanzados federales y los trenes de soldados y de pasajeros. Tres días después de la convocatoria de la legislatura, los rebeldes de de la O atacaron e incendiaron un tren en la estación de Parres, junto a la línea divisoria del estado, en los bosques nacionales del Distrito Federal. Hubo cerca de cien bajas, muchas de las cuales fueron pasajeros civiles; sólo sobrevivieron trece de los cincuenta y tres soldados de la escolta. Precisamente por causa de esta matanza, Madero convocó a una reunión extraordinaria de gabinete, en la que el ministro de Gobernación, Flores Magón, propuso que se volviera a imponer la ley marcial en Morelos y otros estados, así como el reforzamiento del ejército sureño de Robles. Los rebeldes siguieron llevando adelante la lucha, sin embargo. A fines de julio, Zapata y Jesús Morales estuvieron a punto de capturar Jojutla y Yautepec; esta última, el comandante federal casi la perdió desde dentro, cuando la gente de la ciudad se rebeló contra la guarnición.[54]

Los nuevos diputados, no obstante, comenzaron a prepararse valientemente para realizar su tarea. Para asegurar su base, el 23 de julio pidieron formalmente al gobierno federal que enviase más tropas al estado; dos días más tarde llegaron éstas en número de cuatrocientos soldados con dos secciones de artillería.[55] Después resolvieron sustituir a Naranjo por un gobernador interino natural de Morelos. Fue ésta una maniobra dificultosa e intrincada. Naranjo no quería retirarse hasta haber ensayado en Morelos su propio programa de reforma: la supresión de las prefecturas políticas, la expropiación de las tierras necesarias para el crecimiento urbano y para los caminos, la abrogación de la disposición constitucional que permitía la reelección y la organización de una policía regular para las ciudades principales.[56] Además, hacerlo a un lado era abrir la competencia para la obtención de su cargo entre los partidarios de los dos candidatos rivales a gobernador en las elecciones inminentes. Los candidatos, un Patricio Leyva, con nuevos bríos, y un Agustín Aragón, el intelectual en quien habían pensado los científicos en 1909, antes de elegir a Escandón, ya estaban llevando a cabo una intensa campaña y ambos se daban cuenta de lo importante que sería dominar el ejecutivo del estado en el día de la elección. En la legislatura, Eugenio Morales habló largo y tendido en favor de que se conservase a Naranjo durante el interinato, evidentemente porque temía que una fracción de Tepoztlán que apoyaba a Aragón pudiese ganar la lucha por el cargo si quedaba

[54] *El Diario,* 12, 22 y 23 de julio de 1912. *El País,* 19, 21, 27 y 29 de julio de 1912. *Nueva Era,* 26 y 28 de julio de 1912.

[55] *Semanario Oficial,* XXI, 31, 2. *El Diario,* 27 de julio de 1912.

[56] *El País,* 5 de agosto de 1912.

abierta ésta. Pero a pesar de sus diferencias y de todo lo que estaba en juego, los diputados arreglaron un feliz pacto. Prescindiendo de Naranjo, nombraron gobernador interino a Aniceto Villamar, respetado abogado de Tepoztlán y partidario de Aragón, y luego nombraron secretario de gobierno a Francisco Sánchez, leal leyvista desde 1909.[57]

Finalmente, y esto fue decisivo, obtuvieron para su pacto y sus proyectos subsiguientes la aprobación del gobierno federal. Madero, en efecto, se disculpó ante Patricio Leyva por la conducta del ejército en Morelos y le rogó que, en lo sucesivo, se hiciese justicia en los casos de abuso. Cuando terminaran las elecciones unos pocos días después, declaró, "los agitadores políticos no tendrán pretexto de continuar su antipatriótica labor, y la pacificación del estado se llevará a cabo con relativas facilidades".[58] No todas las disposiciones federales favorecieron a la nueva legislatura. El 6 de agosto, por ejemplo, el gobierno decretó de nuevo la ley marcial en varios estados, sin exceptuar Morelos, que habría de comenzar a regir a partir del 25 de agosto y duraría seis meses.[59] Aunque el decreto no suspendió a la nueva legislatura, sí devolvió a los comandantes militares algunas libertades que podían obstaculizar los intentos de reforma de las autoridades civiles. Pero, en general, el gobierno fue una fuente de ayuda para los nuevos diputados. A través de las peticiones que personalmente hizo Villamar y por escrito le envió Leyva, Madero les hizo diversas concesiones beneficiosas.

Una de las más importantes fue la retirada del general Robles y el nombramiento del general Felipe Ángeles para dirigir las operaciones del sur. Ángeles, que no era veterano de las guerras contra los indios, era más bien un intelectual militar, un brillante oficial de artillería, educado en Francia, que recientemente había sido nombrado director del Colegio Militar Nacional. En la ciudad de México disfrutaba de una prestigiosa reputación de oficial honorable y culto. Era también muy ambicioso, pero tenía el sentido político de hacer carrera sutilmente y siempre con aparente modestia. No sólo no habría de quemar pueblos, sino que había llegado a Cuernavaca decidido públicamente a actuar "de acuerdo con el nuevo gobernador... arreglando pactos con los zapatistas". Por consiguiente, a pesar de los desaires de Zapata, el ministro de Gobernación, Flores Magón, estaba creando otra vía más para limitar las hostilidades y concertar tal vez una tregua. El gobierno, señaló, "siempre tiene las mejores disposiciones para entrar en tratos con Zapata". Desalentó las negociaciones privadas, como las que los Ruiz de Velasco estaban tratando de iniciar con los rebeldes de los alrededores de Jojutla. Y dio su

[57] *Semanario Oficial*, XXI, 30, 5-6; 31, 1-3; 32, 3-5, 7. Acerca de Villamar y Aragón, véase *El País*, 4 de marzo de 1912; acerca de Leyva y Sánchez, véase *México Nuevo*, 18 de enero de 1909.

[58] Madero a Leyva, 7 de agosto de 1912, AM.

[59] *Nueva Era*, 7 de agosto de 1912.

apoyo a Naranjo y a Ramos Martínez que, como agentes suyos, estaban tratando todavía de entrar en contacto con los jefes rebeldes.[60]

Otro servicio más que el gobierno federal proporcionó consistió en una vigilancia más estrecha de los hacendados que seguían pagando a los rebeldes para obtener protección. El 1º de agosto, oficiales federales llegaron inclusive a detener a tres administradores, de las haciendas de Cocoyoc, Atlihuayán y Oacalco, por suministrar municiones a los rebeldes locales.[61] Así, pues, durante los primeros días de agosto, los abogados pacíficos del cambio en Morelos arreglaron los preliminares de su actuación. Y durante el mes, con notable abundancia de palabras y gestos, pusieron en marcha su revolución.

El 5 de agosto, durante la ceremonia en que se le tomó juramento a Villamar, el presidente de la nueva legislatura introdujo el drama. "No sólo los llamados 'científicos'... deberían ocuparse de los problemas sobre mejoramiento social —proclamó— sino también los humildes representantes del pueblo, que lo conocían bien y habían sentido con él las amarguras de la vida." Para realizar "la verdadera democracia" no se necesitan "muchos años o nuevas generaciones —declaró— ... sólo ... buena voluntad para servir a la Patria y no tolerar más faltas". Elogiando, por una parte, el "heroísmo" de los revolucionarios maderistas estatales de 1910-11, como Zapata, por otra parte afirmó la legitimidad del presente gobierno federal y sugirió formalmente que Villamar apelase a los rebeldes, a través de sus familias, para que dejasen de luchar contra él. Para terminar, le pidió al nuevo gobernador que pusiese "toda su ilustración y talento para regir acertadamente sus destinos y lograr su pacificación".[62] Así comenzó la fase más radical de los cuarenta y tres años de historia legislativa de Morelos.

A la cabeza de esta corriente estaba Eugenio Morales. Ya tenía más experiencia política que los demás diputados. Además, el verano anterior había estado en contacto con un grupo feminista-anarquista de la ciudad de México, lo cual evidentemente había despertado su gusto por las incursiones ideológicas.[63] El 7 de agosto propuso la primera serie de enmiendas constitucionales que, según él y sus colegas legisladores, resolverían el problema social que veían en el estado. Morales quería que se cambiasen doce artículos, para asegurar el control local del gobierno del estado. En particular quería reducir los poderes del ejecutivo, que Escandón había ampliado grandemente. Quería reformar los artículos 16 y 60 para que sólo pudiesen aspirar a la gubernatura los ciudadanos naturales del estado, que no hubiesen vivido durante dos años consecutivos fuera del estado (salvo en el desempeño de obligaciones oficiales), y que hubiesen residido en el estado durante los dos inmediatamente anteriores

[60] *El Diario*, 4 y 7-12 de agosto de 1912. *El País*, 10 y 11 de agosto de 1912.
[61] *Ibid.*, 2 y 3 de agosto de 1912.
[62] *Semanario Oficial*, XXI, 33, 1-6.
[63] *Diario del Hogar*, 17 de julio de 1911.

a la elección en la que se presentaran como candidatos. Los artículos 34 y 39 se restaurarían para que quedasen como antes del cambio que Escandón les había hecho, lo cual reafirmaría el derecho de la legislatura a oír un informe formal del gobernador en cada uno de sus cuatro períodos de sesiones y su derecho a designar el tesorero del estado y los funcionarios de la hacienda. Morales quería suprimir totalmente los artículos 81, 82 y 83 y parte del artículo 70 para abolir las prefecturas y las subprefecturas. Y quería reformar los artículos 23, 71, 89 y 95 para abolir los colegios electorales e instituir elecciones directas en el estado.[64]

Las proposiciones de Morales fueron presentadas al comité legislativo que habría de entender en ellas y los diputados pusieron su atención en las nuevas reformas. En aquellos días era causa de agitación especial "nuestra añeja cuestión agraria", como la había llamado cansadamente Madero. Ambos candidatos a la gubernatura habían declarado interés en la cuestión. Patricio Leyva había revivido sus lemas de 1909 en lo tocante a la reconstitución de los ejidos de los pueblos y de los derechos sobre aguas. Y Aragón, en quien alentaba un espíritu crecientemente populista, había dado expresión a sentimientos que eran casi subversivos. Había declarado públicamente que en Morelos quienes seguían a Emiliano Zapata, de buena fe y sin más designio que el mejoramiento de su condición social, representaban a quienes conocían la civilización solamente de nombre, y que sus *aspiraciones eran legítimas*...; añadió que si los hacendados de Morelos disfrutaban ilegalmente de las tierras y de las aguas estaría del lado de los indios, con los trabajadores.[65] En la votación de los colegios electorales del 12 de agosto, Leyva ganó fácilmente en diez de once distritos, pero no se veía con claridad en qué habría de consistir, exactamente, su programa agrario.[66] Y, en privado, los nuevos diputados siguieron discutiendo cómo podían responder a las preguntas que sabían que se estaban formulando en el campo. No todos estaban de acuerdo en las preguntas, y mucho menos en las respuestas, pero la mayoría sí creía que en el estado existían reales motivos de queja, lo cual, en el México de 1912, constituía una actitud revolucionaria.

El gobierno federal siguió apoyando estos esfuerzos de reforma, inclusive después de otra matanza ferroviaria. El 12 de agosto, en Ticumán, entre Yautepec y Jojutla, una banda rebelde al mando de Amador Salazar atacó a un tren y dio muerte a treinta y seis federales y a treinta civiles, entre los que figuraban dos periodistas de la capital. En México se levantaron inmediatamente las más desenfrenadas peticiones de venganza.[67] Pero el general Ángeles se negó a ampliar la guerra. Y la

[64] *Semanario Oficial*, XXI, 35, 1-3.

[65] Mateo Rojas Zúñiga: *La gobernación de Morelos de 1912 a 1916 y la opinión pública. Dos cartas acerca de la candidatura del ingeniero Agustín Aragón* (México, 1912), pp. 14-15.

[66] *Semanario Oficial*, XXI, 36, 1. Para los resultados parciales, véase *El Diario*, 13 de agosto de 1912.

[67] *El País*, 13 de agosto de 1912. *El Diario*, 17 de agosto de 1912.

respuesta del Palacio Nacional fue dejar que los funcionarios de Cuernavaca reaccionaran magnánimamente en vez de obligarlos a comenzar nuevas "recolonizaciones". Villamar publicó un manifiesto en el que reconoció que los rebeldes no eran bandidos y los incitó, no como "vuestro gobernador sino vuestro hermano", a hacer la paz. Después, prometió, "tribunales severos e imparciales... y juntas consultivas" resolverían "la cuestión agraria... por medio de acuerdos equitativos con los terratenientes que, sin duda, aspiran también al establecimiento de la paz". Una señal más vívida y deliberada de la confianza general en el régimen local fue el permiso que dio para que se sacase de la cárcel de Cuernavaca a la familia de Zapata. Y en el gabinete, Flores Magón defendió las esperanzas de los reformadores locales de restaurar los ejidos.[68]

Las actuaciones de los revolucionarios respetuosos de la ley en Morelos llegaron a su culminación a fines de agosto. Después de aceptar provisionalmente las enmiendas constitucionales que había propuesto Eugenio Morales, y de promulgar leyes fiscales en favor de las pequeñas empresas urbanas y rurales, los diputados abordaron directamente la cuestión agraria. El fruto de sus esfuerzos fue el parto de tres ratones. El 31 de agosto, reanudando sus funciones de jefe de los legisladores revolucionarios, Morales recomendó un aumento del 10% en los impuestos de las haciendas. Su motivo, como explicó, no era ejercer presión sobre los hacendados para que vendiesen tierras nacionales a los campesinos necesitados, sino simplemente proporcionar rentas a los gobiernos municipales. Otra proposición de solución al problema agrario la hizo un diputado que representaba al distrito de Tetecala, Antonio Sámano. Quería que "por los medios que legalmente procedan en derecho" el estado adquiriese en dominio público los terrenos del mercado de diversas haciendas. Esta proposición se mereció los elogios de Morales, el cual hizo hincapié en que "redundaría en bien de los pueblos y en beneficio del comercio libre". Finalmente, otro atrevido diputado propuso la fundación de una escuela estatal de agricultura y mecánica. Las tres proposiciones fueron aprobadas formalmente y se dejaron para la consideración de la siguiente legislatura. Evidentemente agotados, los diputados entraron en receso.[69] Así terminó el período de sesiones que había sido el más radical de la historia legislativa de Morelos.

Mientras tanto, una calma clara había ido madurando en los campos, menos a causa de los discursos en el Palacio de Cortés, que por obra de las maniobras políticas de Villamar, Ángeles, Naranjo y Ramos Martínez. Apelaron por igual, en público y en privado, al jefe rebelde y al soldado rebelde. Y aunque ningún jefe depuso su actitud, muchos guerrilleros regresaron calladamente a sus aldeas y ranchos. Y como no padecieron hostigamiento federal, muchos compañeros siguieron su ejemplo. Después del feroz terrorismo de la campaña de Robles, las familias campesinas

[68] *El Diario*, 18, 25 y 28 de agosto de 1912. *El País*, 28 de agosto de 1912.
[69] *Semanario Oficial*, XXI, 36, 2-7.

se volvieron leales ahora, por pura gratitud, como la suegra de Zapata que le escribió a Ramos Martínez para darle las gracias porque "mis hijas ya no lloran".[70] Ángeles se sintió intensamente orgulloso de su éxito diplomático. A los periodistas les expresó su censura de "una falta de tacto indecible" que había llevado anteriormente al incendio de "innumerables pueblos" y había dado a la gente de los pueblos "sobrada razón... a considerar a las fuerzas federales y auxiliares como sus mayores enemigos". En contraste, se vanaglorió de que a través de su aplicación de "la razón y la justicia", "no hay revolución aquí en el sur", de que había transformado una campaña "para un jefe de armas" en una campaña "para un jefe de policía". Y, en efecto, aunque los generales Huerta, Robles y Casso López quisieron llevarlo ante un tribunal militar por haber hecho públicas estas observaciones, Ángeles había descrito las condiciones de Morelos con bastante exactitud.[71]

La gente de los pueblos no sólo había dejado de sumarse a la rebelión, sino que inclusive había comenzado a pedir a los jefes rebeldes que no acampasen en su vecindad. Y los jefes, para no enemistarse con la base y seguir en rebelión, tuvieron que irse a otros estados. De la O desplazó sus operaciones hacia el estado de México, a fines de agosto, y los Zapata y Mendoza llevaron las suyas a Puebla. A comienzos de septiembre, Zapata trató de organizar un movimiento coordinado contra la ciudad de México, para trastornar la celebración oficial de las fiestas de la independencia que tendría lugar a mediados de mes, pero a pesar de los duros ataques que llevó a cabo en torno a Tetecala y Jonacatepec el plan fracasó completamente.[72] Sólo quedaban en Morelos pequeñas bandas de gente que se mantenían al margen de la ley, y al parecer muchas de éstas eran de bandidos, como Ángeles afirmaba, y no de rebeldes. En ninguna parte del estado se llevaron a cabo grandes batallas. Las escaramuzas que tenían lugar, por lo común, sólo requerían la participación de compañías de federales y de rurales.

Así, pues, cuando se reunió la 23a. legislatura, el 16 de septiembre, los revolucionarios pacíficos ejercían ya una autoridad extraordinaria en el estado, tanto social como políticamente. Si hubiesen elaborado y amplificado las reformas que ya se habían presentado, se habrían podido establecer como los gobernantes legítimos de Morelos, y los jefes rebeldes habrían tenido que abandonar la lucha allí o rendirse, o ir a buscar partidarios a otra parte. Dos años más tarde, tanto Zapata como de la O se

[70] Felicitas y Guadalupe Sánchez V. de Espejo a Ramos Martínez, 22 de septiembre de 1912, AZ, 28: 12.

[71] *Nueva Era*, 24 y 25 de agosto de 1912. *El Diario*, 24 y 29 de agosto de 1912. *El País*, 1, 2, 7 y 8 de septiembre de 1912.

[72] *Ibid.*, 2 de septiembre de 1912. *El Diario*, 3 de septiembre de 1912. Muñoz: *op. cit.*, pp. 112-16. Ángeles al secretario de guerra, 7 de septiembre de 1912, AHDN, XI/481.5/178, 950-1. Ocaranza al jefe de la línea de Cuautla, 17 de septiembre de 1912, *ibid.*, 980-93, 995-1000.

habrían de acordar de este tiempo como de los días en que habían estado más inseguros de la victoria final.[73]

Sin embargo, lo que ocurrió en la legislatura no fue que se hiciesen reformas tanto como que se argumentase que era imposible hacerlas. Sólo dos diputados de la legislatura anterior regresaron a sus escaños, dos individuos notablemente insignificantes.[74] Y los demás diputados de la nueva legislatura eran revolucionarios evidentemente más conservadores que sus predecesores. Sólo uno, Octaviano Gutiérrez, había sido destacado leyvista en 1909. Los demás eran figuras más mesuradas, que simpatizaban con las protestas contra la injusticia, pero se daban demasiada cuenta de los riesgos que se podían correr para atreverse a la acción. Entre ellos figuraban políticos avezados ya a los pactos y tratos de Cuernavaca, como Leopoldo Fandiño, abogado de la familia Alonso, que había prestado servicios en el Palacio de Cortés desde 1904 hasta 1908, o Juan Alarcón, que lo había hecho desde 1906 hasta 1910. Otros, como el joven Domingo Díez, provenían de las "mejores familias" del estado. Otros más, como Benito Tajonar y Lauro Arellano, contaban con una larga experiencia en el gobierno municipal.[75] Además, varios de ellos, como Arellano, eran personas acomodadas, no modestos tenderos de pueblo, sino sobresalientes comerciantes de activas ciudades comerciales. Y por lo menos dos eran prósperos agricultores, como León Castresana, que era dueño de una plantación de arroz de cerca de cuatrocientas hectáreas de las cercanías de Jojutla, y su suplente, Isaac Flores, que tenía una propiedad arrocera de más de cuatrocientas hectáreas.[76] En Cuernavaca, estos señorones se sentían en su elemento. Así como los diputados anteriores habían anhelado convertirse en campeones del cambio popular, estos nuevos diputados anhelaban convertirse en guardianes del orden civil. Teniendo dos años enteros para hacerse de reputación, y la perspectiva de ser ascendidos a diputados federales e inclusive a senadores, rápidamente adoptaron el papel de estadistas desafiados.

El problema que más los excitaba era el de la supresión de la rebelión, que ya se estaba descomponiendo. Para ayudar a sofocarla, dieron su consentimiento a diversas suspensiones militares de los derechos civiles. Y a mediados de octubre convirtieron su preocupación en política oficial. Al preguntarle al secretario de gobierno si había usado fondos del estado para sobornar a los jefes rebeldes a fin de que se rindiesen, repentinamente anularon la versión del gobierno federal de que la violencia casi había terminado en Morelos. Tajonar insistió especialmente en "la alarma que existe entre los habitantes de Cuernavaca con motivo del retiro de fuerzas federales y escasez de la guarnición". A instancias suyas, la legislatura pidió al Congreso "la debida protección contra el avance cada día

73 Díaz Soto y Gama: *La revolución*, p. 119.
74 La lista de elegidos está en el *Semanario Oficial*, XXI, 36, 1.
75 *Ibid.*, XII, 33, 1; XV, 32, 1; XVII, 32, 1; 6, 3-4; XIX, 50, 7. *Memoria* (1890).
76 Southworth: *op. cit.*, p. 218.

más notable de la revuelta". Díez se sumó también a esta profesión pública de responsabilidad y exigió que se hiciese un estudio de "la manera de prepararse para la defensa de la sociedad". Evidentemente, después de una embarazosa acusación en la prensa metropolitana, el gobernador Villamar dejó de enviar ruegos a los jefes rebeldes para que aceptasen la amnistía. Y otros emisarios secretos aflojaron en sus esfuerzos. A principios de noviembre, la legislatura pidió de nuevo "ayuda" para restablecer la "seguridad" en Morelos.[77] Con el tiempo, la presión constante ejerció su efecto. A fines de noviembre, un nuevo ministro de Gobernación, conservador, revocó la comisión de Ramos Martínez para tratar con los rebeldes y le ordenó "rendir cuentas inmediatamente y venir a informar a esta capital".[78] El gobernador Villamar comenzó a notificar al nuevo ministro, varias veces al mes, de los movimientos rebeldes, o de la falta de los mismos. El gobernador Leyva mantuvo este servicio, después de tomar su cargo el 1º de diciembre, y lo hizo casi diariamente hasta 1913.[79]

Las proposiciones pendientes de reforma no habían sido objeto de tal devoción. Los nuevos diputados se las pasaron primero a los comités especiales "para estudio y dictamen". Como el nuevo ministro de Gobernación, creían que la "impaciencia" reflejaba una falta de virtud cívica, que "toda evolución, todo proyecto, necesita un estudio concienzudo, para no errar y tener que arrepentirse".[80] Pero cuando, finalmente, comenzaron a recibir los informes del comité se mostraron muy indiferentes a los "problemas sobre mejoramiento social" que sus predecesores habían querido resolver. El 17 de octubre, en una votación secreta, unánimente votaron en contra del proyecto que autorizaba al estado a adquirir los lugares de mercado de las haciendas. Cuando se presentó la proposición para la fundación del colegio de agricultura y mecánica, votaron en su contra también. Y el 22 de octubre aplazaron indefinidamente la votación en lo tocante a la proposición de Morales de elevar los impuestos de las haciendas. Y no fue hasta el 8 de noviembre, seis semanas después de su primera asamblea, cuando empezaron a estudiar las enmiendas a la constitución propuesta por Morales. De las doce, votaron en contra de las cinco que ofrecían las mayores promesas democráticas, una relativa a la ciudadanía y las cuatro relativas a las elecciones directas. Aprobaron las otras, con añadidos y aclaraciones de menor importancia, para fortificar su propio control legislativo de la política del estado.[81]

[77] *El País*, 29 de octubre, 9 y 24 de noviembre de 1912. *Semanario Oficial*, XXI, 42, 3-6; 43, 4.

[78] R. L. Hernández a Ramos Martínez, 30 de noviembre de 1912, AGN, G: 889.

[79] Para este intercambio de notas, en el que figuran veintinueve comunicados entre el 29 de noviembre de 1912 y el 7 de enero de 1913, véase *ibid.* Véase también *El País*, 23 y 26 de noviembre de 1912.

[80] *Ibid.*, 8 de octubre de 1912.

[81] *Semanario Oficial*, XXI, 38, 1; 49, 2; 43, 3, 5.

A estos caballeros se les ocurrieron solamente dos proposiciones de reforma.[82] Una de ellas era en defensa de algunas poblaciones, proyecto que Díez había introducido el 10 de diciembre. Su idea consistía en prohibir "la explotación de los montes a grande escala" en Morelos y asegurar que "los mismos montes sólo se explotarán individualmente por los vecinos de los pueblos propietarios". Los principales beneficiarios, evidentemente, serían los pueblos de Santa María y sus vecinos, donde muchas familias dependían de la madera para hacer el carbón vegetal que luego vendían al pormenor.

Varios diputados dieron su apoyo al proyecto de Díez. Y los tiempos parecían propicios a su promulgación. En la ciudad de México, una comisión presidencial había publicado un informe en el que se aconsejaba la devolución de las tierras de los pueblos, un reformista había sido nombrado ministro de Fomento para el estudio de los problemas agrarios, y ante el nuevo Congreso se habían presentado seis proyectos diferentes para llevar a cabo cambios populares en la vida rural. El proyecto más notable, que el brillante Luis Cabrera había presentado el 3 de diciembre, tenía por objeto "la reconstitución de los ejidos". [83] Discusiones inconcebibles antes se estaban llevando a cabo vigorosamente en el gobierno federal; discusiones radicales no acerca de si, sino de cómo, defender a los pobres de los campos de la nación contra los empresarios capitalistas. En estados como Aguascalientes y Guanajuato se estaban efectuando ya reformas agrarias. Y en Cuernavaca el gobernador Leyva había declarado sus propias simpatías por el movimiento en el discurso pronunciado en ocasión de la toma de posesión, el 1º de diciembre: "la reconstrucción de ejidos encierra todo el problema que actualmente agita a esta rica región. No es verdad... que los zapatistas pretendan la repartición de terrenos; su deseo, y creo que tienen derecho a exigirlo, es la reconstitución de los ejidos, que se les devuelvan las pequeñas propiedades que les fueron decomisadas... [este acto de justicia] hará volver a las labores agrícolas a muchos que hoy tienen el carácter de revolucionarios".[84] Puesto que el proyecto de ley sobre bosques por el que Díez abogaba no era ni siquiera una restitución, sino únicamente una protección limitada de recursos para el futuro, y, además, no afectaba a las haciendas azucareras, su promulgación debería haber sido fácil.

Pero no se promulgó, en gran parte porque el gobernador Leyva se opuso. El proyecto de ley era anticonstitucional, alegó Leyva, pues los diputados carecían de facultades para legislar en materia de propiedad comunal. Díez se molestó. "Tenemos enfrente una de las causas de la actual revolución... si no se va en auxilio de los habitantes de los pueblos y se les deja expuestos a los abusos de los contratistas, nunca llega-

[82] *Ibid.*, XXI, 51, 2-4; 52, 2-3.

[83] Para el informe de la comisión y las leyes, véase Silva Herzog: *op. cit.*, II, 163-310. Para el nuevo ministro véase González Roa: *op. cit.*, 223-5.

[84] Citado en Magaña: *op. cit.*, II, 200-1.

remos a ver realizados nuestros deseos: el restablecimiento de la paz... Tenemos dos caminos: proteger al contratista... o proteger al habitante de un pueblo poseedor de su monte." Sin embargo, otros diputados tenían preparadas sus excusas. Como explicó uno de ellos, también él quería fomentar el bienestar de los pueblos, pero era necesario "atender a razones del Ejecutivo". Por seis contra cinco, la legislatura votó por aplazar la discusión del proyecto de ley hasta el siguiente período de sesiones. Díez no volvió a protestar. Se había excusado ya al terminar la defensa de su proposición. "Si se desecha el proyecto, mi conciencia quedará tranquila, habré hecho lo que humanamente puedo."

La otra reforma propuesta en esta legislatura estaba contenida en un proyecto de ley que Fandiño propuso el 13 de diciembre, en el sentido de reducir los impuestos de quienes habían padecido pérdidas en la revolución de 1910-1911. Los evidentes beneficiarios serían los hacendados que habían concedido empréstitos forzosos que no se les habían pagado, y los comerciantes de Jojutla y de Cuautla a quienes les habían saqueado las tiendas. Al día siguiente, por nueve votos contra dos, la legislatura aprobó el proyecto, y lo amplió para que abarcase a todos los que habían sufrido pérdidas a partir de 1910 hasta la fecha.

Así, ante sí mismos, Leyva y sus revolucionarios legalistas demostraron que eran un dignísimo gobierno. Como indicó más tarde Díez, les parecía que era una victoria titánica el haber logrado simplemente "normalizar" los procedimientos constitucionales.[85] Ahora, según creían, tenían años para encontrar la respuesta a otras cuestiones sociales. No la política, sino la lógica, era la fuente de las soluciones que querían encontrar, y como hombres racionales que eran en persecución de la verdad, se imaginaban que, finalmente, no podrían equivocarse. Aunque Madero no compartía su opinión en lo relativo a los ejidos, por ejemplo, su nuevo ministro de Fomento sí la compartía; y cuando la legislatura cerró su período de sesiones, Leyva envió a Tajonar a entrevistarse con el ministro, no para arreglar un pacto y buscar la indulgencia de Madero, sino para consultar los mapas y documentos registrados en los archivos del ministro y, con el tiempo, componer un caso con el cual persuadir al presidente.[86] En Cuernavaca, las esperanzas estaban en el corazón de todos. Las festividades de la navidad de ese año tuvieron lugar en el viejo Teatro Porfirio Díaz de la ciudad, que era su edificio más grande. "Esa feliz noche —recordó más tarde la señora King— cuando todo pensamiento de guerra fue arrojado fuera del círculo de luz y los soldados y la gente de la ciudad se entregaron a la alegría."[87]

En el campo, sin embargo, el júbilo no era tan grande. Allí, los rechazos y los aplazamientos de la reforma no tenían el carácter de consti-

[85] Díez: *Bibliografía*, ccii-cciii.

[86] Manuel Bonilla, Jr.: *El régimen maderista* (2a. ed., México, 1962), pp. 113, 215-16.

[87] King: *op. cit.*, p. 105.

tuir prueba de talento o de prudencia política, sino de signo de otra traición. La excusa de que el presentar y defender un proyecto de ley en la legislatura era lo único que humanamente se podía hacer les sonaba a hueco a los dirigentes de los pueblos que habían arriesgado la vida al intentar persuadir a los jefes rebeldes para que se fuesen a operar a otros lugares. Para los campesinos que habían depuesto las armas con la esperanza de recuperar sus tierras en paz era increíble que ahora sólo fuese posible un estudio de su miseria. En Cuernavaca, los revolucionarios respetuosos de la ley tal vez habían consolidado la autoridad política que habían asumido en septiembre, pero en los pueblos habían desperdiciado la autoridad popular, social, que también habían heredado.

Era ésta una pérdida peligrosa, porque los jefes rebeldes podían ahora reclamar la lealtad de los pueblos. Durante todas las discusiones parlamentarias habían permanecido en acción. No por fuerza tenían todos que continuar la lucha, y todavía no está claro por qué todos lo hicieron. A principios de octubre, el propio Zapata había estado dispuesto a conversar con Ramos Martínez en Jolalpan.[88] Tal vez, como señalaron observadores contemporáneos, podría haber concertado una tregua provisional, pero de la O y Salazar, autores de matanzas, se habían negado a seguirlo.[89] Sea como fuere, no hubo tregua, que era lo que contaba. A mediados de octubre, un levantamiento militar de corta vida, en apoyo del sobrino de don Porfirio, Félix Díaz, tuvo lugar en Veracruz, lo cual redujo las guarniciones y dividió a los oficiales que estaban en Morelos; los jefes rebeldes, por su parte, comenzaron a llevar de nuevo al estado sus operaciones. Y a medida que la esperanza de una revolución oficial se iba perdiendo en los pueblos, Zapata y sus aliados volvieron a ser figuras allí, pues su rebelión obstinada daba claro testimonio de que eran los probados y verdaderos campeones del pueblo.

Así también, no tardaron en prosperar militarmente. Eran ahora generales más astutos e idearon una nueva estrategia perfectamente adaptada a sus movimientos en Morelos. El plan central consistía en hacer pagar el costo principal de sus campañas no a los pueblos, sino a las haciendas. En una junta que tuvo lugar en San Pablo Hidalgo, el 1 de noviembre, los Zapata, Mendoza, Montaño, Salazar y Neri se pusieron de acuerdo en los detalles fiscales. Fijaron un impuesto semanario a cada hacienda de Morelos y del suroeste de Puebla, se distribuyeron las diversas zonas de recaudación y enviaron circulares a los hacendados dándoles a conocer la disposición. El jefe responsable habría de quemar los campos de caña del hacendado que no quisiese pagar. Varios hacendados no pagaron. Y a principios de enero los rebeldes habían quemado campos en Atlihuayán, Chinameca, Tenango, Treinta, Santa Inés, San José y San Gabriel y les causaron pérdidas a los hacendados por más de dos

88 Eufemio Zapata a Ramos Martínez, (s.f. 1-3 de octubre de 1912 [?]), AZ, 27:16.

89 *El País*, 29 y 30 de septiembre, 1, 3, 5, 6 y 13 de octubre de 1912.

millones de pesos. Pero de vez en cuando algunos hacendados pagaron el impuesto y proporcionaron a los rebeldes un ingreso irregular, pero grande no obstante, que les venía de perlas.[90] Así, pues, los rebeldes no sólo pusieron a salvo su reputación en los pueblos, sino que también ganaron más ingresos.

Oportunidades tácticas se desprendieron también de la nueva estrategia, porque los jefes rebeldes ya no tenían que depender de los pueblos, ni siquiera para sus hombres. Al destruir los campos de caña, destruyeron los trabajos que muchos trabajadores residentes y temporarios de las haciendas hubiesen tenido durante la zafra, y de tal manera se hicieron de nuevas reservas de reclutas potenciales. Jefes como de la O y Mendoza, cuyas fuerzas regulares habían descendido hasta no ser de más de un centenar o de unos ciento cincuenta hombres en septiembre, a lo largo de enero llegaron a movilizar fuerzas de marcha que oscilaban entre los quinientos y los mil soldados.[91] Podían ahora planear operaciones más ambiciosas que las de una simple incursión o una emboscada; era de nuevo posible llevar a cabo ataques coordinados. Y aun cuando hizo distinciones con mayor cuidado que Huerta o que Robles, Ángeles tuvo que recurrir también al bombardeo y al incendio de pueblos sospechosos y a la ejecución en masa de cautivos. Las fuerzas que comenzó a enviar ya no fueron patrullas, sino columnas expedicionarias que oscilaban entre los setecientos y los mil doscientos soldados.[92]

Esta recuperación de la actividad de los rebeldes en el campo dio como resultado embarazosos clamores políticos. Cada nuevo campo incendiado era una vergüenza para el gobierno federal. El ministro de Gobernación no estaba dispuesto a permitir que los hacendados les pagasen su seguridad a los rebeldes, e inclusive llegó a encarcelar, por un corto tiempo, a Escandón y a su administrador por haber dado dinero a cambio de protección; pero ni él ni el ministro de la Guerra podían encontrar las fuerzas necesarias para impedir los incendios. Los hacendados estaban furiosamente desesperados, "entre la espada y la pared", como explicaron sus amigos de *El País*. A mediados de noviembre ofrecieron pagar al

[90] Muñoz: *op. cit.*, pp. 126-127. *El País*, 30 de octubre, 12-15 de noviembre de 1912, y 4 de enero de 1913. Mendoza al gerente de Tenango, 16 de enero de 1913, y al representante de Tenango, 19 de enero de 1913, AGP.

[91] Muñoz: *op. cit.*, pp. 120, 143. *El País*, 21 de enero de 1913. No hay pruebas documentales ni circunstanciales de que los zapatistas prestaran su apoyo a Francisco Vázquez Gómez en estas semanas, como se temían sus partidarios. En un Manifiesto de San Blas, fechado el 15 de diciembre de 1912, en el que se propone a Vázquez Gómez para presidente provisional, hay una firma del "Mayor General del Ejército del Sur Emiliano Zapata". Véase Senado de Estados Unidos: *Revolutions in México. Hearing before a Subcommittee of the Committee on Foreign Relations*, 62 Cong., 2nd sess. (Washington, 1913, pp. 871-6); pero esta firma parece ser una falsificación.

[92] *El País*, 19 y 26 de enero de 1913. *Nueva Era*, 23 de enero de 1913. Ángeles al secretario de Guerra, 6 de diciembre de 1912, AHDN, XI/481.5/178, 1398-1407, 1417, 1568-9.

gobierno federal un impuesto especial para la organización de una policía rural especial, pero todo fue en vano. El incendio de los cañaverales prosiguió hasta el año siguiente. Hacia fines de enero, más de la mitad de la ya insignificante producción del estado se había perdido en los incendios.[93] "Manifiéstole —le escribió Felipe Ruiz de Velasco al ministro de Gobernación— que la situación es insostenible." [94]

Aun así, el gobierno de Cuernavaca no se encontraba en grave peligro. Interiormente, el partido de la revolución legal era sólido, sus miembros tenían confianza y sus dirigentes se sentían seguros. A pesar de los éxitos rurales de los rebeldes, ni Cuernavaca ni ninguna otra ciudad importante estaban a punto de caer. Era cierto que, sin la protección de sus poderosos patronos de la ciudad de México, los revolucionarios locales que estaban en el poder carecerían de todo sostén y apoyo. Pero, a principios de febrero, a pesar de las disputas continuas en la capital federal, no parecía ser probable que se les quitase el apoyo. Y parecía ser menos probable aún que desapareciesen sus protectores mismos.

93 *El País*, 12 y 15 de noviembre de 1912, 14, 24 y 26 de enero de 1913. *Nueva Era*, 10 de enero de 1913.

94 Hernández al comandante de Jojutla, 6 de enero de 1913, AGN, G: 889.

CAPÍTULO VI

REFUGIADOS QUE GANAN UNA GUERRA

"...todo lo que significa la ley, la justicia, el derecho y la moral..."

Antes del amanecer del 9 de febrero de 1913, estalló en la ciudad de México un cuartelazo. Encabezadas por el general Manuel Mondragón, las tropas rebeldes sacaron a los generales Reyes y Félix Díaz de las cárceles a las que habían sido consignados por sus anteriores rebeliones y trataron de llevarlos al poder en el Palacio Nacional. Hacia el mediodía, tropas leales habían sofocado prácticamente el motín. El general Reyes había encontrado la muerte durante la lucha en el zócalo; Mondragón y Díaz se habían hecho fuertes en un viejo arsenal situado a unas cuantas cuadras al suroeste de la Alameda y aparentemente estaban condenados. Pero en la batalla de la mañana, el comandante regular de la guarnición de la capital había recibido una herida y el presidente Madero había nombrado un nuevo comandante, el general Victoriano Huerta. Y en los días siguientes, con la connivencia del embajador norteamericano, Huerta arregló en secreto las cosas con Díaz y Mondragón para que su revuelta tuviese éxito. Mientras las negociaciones proseguían, un simulado duelo de artillería destruyó gran parte del centro de la ciudad y dio muerte a centenares de civiles inocentes. Éste fue el comienzo de la triste Decena Trágica. Cuando los cañones se callaron finalmente, el 19 de febrero, Madero y su vicepresidente habían renunciado y Huerta, como estaba muerto su héroe Reyes, surgió como presidente provisional; y se formó un nuevo gabinete, felicista. Tres días más tarde, Madero y el anterior vicepresidente fueron asesinados.

Por un momento pareció que Huerta, Félix Díaz y los reyistas formarían una coalición estable, mediante la cual podrían restaurar las viejas líneas de progreso y mejor aún, sin el sagaz y a veces refractario don Porfirio, instituir un gobierno todavía más eficiente. Pero estaban desastrosamente equivocados acerca de sus propias capacidades y de las aspiraciones de sus compatriotas. El horrendo drama público de la traición de Huerta y el asesinato de Madero sacudieron al país hasta los cimientos y dieron origen a pasiones, impulsos y organizaciones más radicales que cualesquiera de las aparecidas en el país desde las cruzadas por la independencia, de cien años antes. Huerta ni siquiera llegó a establecer el poco de orden que Madero había mantenido. Agravó los disturbios hasta convertirlos en una terrible crisis y México se hundió en una profunda revolución social.

En Morelos, como en otras partes, los comienzos del proceso fueron confusos. Entre los revolucionarios que estaban en el poder el proceso fue especialmente tortuoso. Informes telegráficos de la rebelión llegaron a Cuernavaca casi inmediatamente, lo mismo que el propio Madero, que había ido allí para conferenciar con el gobernador Leyva y el general Ángeles.[1] Y al principio las autoridades locales respaldaron al presidente. Madero se sentía tan seguro del estado que después de regresar a la ciudad de México al día siguiente ordenó a Ángeles que lo siguiese trayendo consigo dos mil soldados. Pero a medida que continuó la violencia en la capital nacional y que agentes sediciosos llegaron para sobornar a las guarniciones restantes, el suspenso local fue en aumento. Y cuando el golpe triunfó, Leyva y sus partidarios estaban en ascuas. En los terribles asesinatos podían ver el fin de sus propias carreras políticas y de sus esperanzas de reforma política y social. Por consejo de Leyva, la legislatura votó por no felicitar a Huerta y Félix Díaz. Pero se suponía que Huerta habría de ser sólo una figura transitoria y, según las opiniones mejor informadas, civiles ilustrados habrían de hacerse cargo del gobierno en breve. Al final, les pareció más prudente a los revolucionarios que estaban en el poder conservar su paz y su puesto; más tarde, podrían ayudar a reorganizar un movimiento nacional de reforma. Poco tiempo después Leyva y la mayoría de los demás políticos de Morelos se declararon resignadamente felicistas. El 5 de marzo, la legislatura votó su "adhesión al nuevo gobierno".[2]

Otros elementos oficiales del estado viciaron esta resolución, sin embargo. Varios cuerpos de policía federal de orígenes norteño y maderista no estuvieron dispuestos a aceptar el nuevo régimen. Y varios otros que se hallaban ahora en la oposición en el Distrito Federal huyeron a Morelos para unirse a sus camaradas disidentes. Además, las autoridades municipales comenzaron a tratar con los rebeldes locales.[3]

Entre los revolucionarios del campo había también confusión. Muchos permanecieron en acción durante la Decena Trágica y ganaron mucho terreno. Pero no se veía con claridad en nombre de quién se había ganado ese terreno. El desafío de los rebeldes locales no era en defensa del gobierno caído. Aunque circularon rumores de que Zapata y de la O habían decretado un armisticio provisional para ayudar a los leales, y aunque algunos observadores creían inclusive que Zapata estaba ofreciendo protección y refugio a Madero, evidentemente no se había hecho tal trato y ni siquiera se había intentado realizarlo.[4] Pues en aquellos días de angustia, los jefes no se reunieron en junta, ni tomaron decisiones.

[1] Bonilla: *op. cit.*, pp. 173-4. King: *op. cit.*, pp. 107-11. La señora King dice que Madero se alojó en su hotel de Cuernavaca, y que se le pidió que enarbolase la bandera inglesa para su protección, lo cual hizo.

[2] *El País*, 7 y 13 de marzo de 1913.

[3] Jesús Romero Flores: *Historia de la Revolución en Michoacán* (México, 1964), pp. 83-4. Magaña: *op. cit.*, II, 267-72.

[4] Para estas leyendas, véase, por ejemplo, Bonilla: *op. cit.*, pp. 215-16.

Probablemente, los rebeldes se abstuvieron de atacar para permitir que los millares de soldados federales que se encontraban en el estado se retirasen a Puebla y a la ciudad de México, después de lo cual avanzaron para ocupar los pueblos y haciendas evacuados. De manera que, cuando Huerta asumió el poder, muchos rebeldes se preguntaron si no les convendría reconocer al nuevo gobierno.

La mayoría de los jefes principales no tenía dudas acerca de cuál debía ser su actitud. Seguían siendo tan beligerantes como antes, porque consideraban que Huerta y los felicistas estaban tan ilegítimamente en el poder como lo había estado Madero, y que eran más traicioneros y crueles aún que él. Los Zapata y de la O conocían bien a Huerta, sabían quién era su ministro de Relaciones Exteriores y vicepresidente en funciones, de la Barra, y conocían a su ministro de Gobernación, Alberto García Granados. De estos enemigos harto conocidos no esperaban comprensión. A de la O, que había sido invitado a la ciudad de México para "conferenciar", Zapata le envió instrucciones, el 27 de febrero, en el sentido de que tomase "precauciones" y atacase al enemigo "cuantas veces se presente". El 2 de marzo él, Mendoza, Vázquez y varios otros le notificaron formalmente a Huerta que su rebelión proseguiría. El 4 de marzo protestaron de igual manera ante Félix Díaz "contra la imposición del gobierno ilegal del general Huerta".[5]

Pero hubo graves defecciones. En Izúcar de Matamoros, que habían ocupado, Jesús Morales y Otilio Montaño celebraron jubilosamente el victorioso golpe de Estado. Montaño no tardó en arrepentirse, pero Morales, que era entonces el que ocupaba el tercer o cuarto rango entre los generales rebeldes, llegó inclusive a entenderse con los agentes de Huerta y se fue a la ciudad de México para anunciar a todos los que lo quisieren oír que Zapata y los demás jefes no tardarían en deponer sus armas también.[6] Varios jefes menores, como Simón Beltrán, Joaquín Miranda y sus hijos Alfonso y Joaquín, llegaron también a un arreglo.[7] Lo mismo hizo el ex zapatista José Trinidad Ruiz, que había estado llevando a cabo una rebelión independiente. Otros optaron por lo mismo. Y su opción se confirmó cuando se enteraron de que, en Chihuahua, Pascual Orozco había aceptado un pacto notablemente generoso y había reconocido a Huerta; puesto que Orozco figuraba todavía como jefe nacional en el Plan de Ayala, tenían razones para seguir su ejemplo.[8] Era significativo que los rebeldes de Morelos no hubiesen comenzado una gran ofensiva. Habiendo ocupado Jonacatepec, Tlaltizapán, Yautepec, Tepoztlán, Tetecala y muchas otras poblaciones, eran ahora un poder firmemente establecido en el estado. Pero su fuerza estribaba en su unión, de la cual nadie podía estar absolutamente seguro.

[5] Muñoz: *op. cit.*, pp. 146-57. De la O en *Impacto*, 21 de enero de 1950. Magaña: *op. cit.*, III, 25, 90-2.

[6] *El País*, 27 de febrero, 5 y 6 de marzo de 1913.

[7] *Ibid.*, 24 de febrero de 1913. Magaña: *op. cit.*, III, 87-8.

[8] Meyer: *op. cit.*, pp. 97-8.

Las incertidumbres de Morelos fueron incrementadas por los agentes que, en oposición de unos a otros, estaban trabajando para poner fin a la rebelión local. En su búsqueda de la paz, por ejemplo, los representantes felixistas recorrían el estado y procuraban concertar pactos con jefes individuales. El ministro de la Guerra le pidió al obispo de Cuernavaca que ayudara a la "pronta pacificación del país" y comisionó a un sacerdote para que tratase con de la O. El padre de Pascual Orozco, en nombre de su famoso hijo, se presentó directamente en el cuartel general de Zapata. Pero cuando Leyva, con los políticos locales, intentó hacer negociaciones semejantes, los felixistas lo acusaron de "zapatismo oficial", de tramar una resistencia aliado con los rebeldes. Y, mientras tanto, el presidente Huerta seguía manteniendo su desprecio por las transacciones. Había vuelto a nombrar a Juvencio Robles comandante militar de Cuernavaca, pues recordaba cómo había combatido anteriormente a los rebeldes "con mano de hierro y desdeñando femeniles contemplaciones". Y cuando, a manera de represalia, los rebeldes atacaron un tren militar que iba a Cuernavaca y dieron muerte a setenta y cinco federales, Huerta proclamó de nuevo la ley marcial en el sur.[9] En caso de ser necesario, tenía planeado deportar de quince a veinte mil trabajadores desde Morelos hasta Quintana Roo y traer sustitutos de otros estados. Como le dijo al embajador de Estados Unidos, los nuevos trabajadores tal vez no fuesen tan eficaces, al principio, para realizar el trabajo requerido por los terratenientes de Morelos, pero al menos no conocerían los caminos y senderos del estado y los tentarían menos las promesas de Zapata. La mejor manera de tratar a los jefes rebeldes, como contó más tarde al embajador, era una soga de dieciocho centavos para colgarlos.[10] No obstante, se contuvo aún y no quiso que Robles comenzara a desempeñar su cargo.

En estas discordias y contradicciones, ni siquiera los hacendados, que gozaban de nuevo del favor oficial, podían ponerse de acuerdo en el tema de sus consejos al gobierno. Algunos, como Corona, Araoz y Escandón, que no habían puesto pie en el estado desde 1911, abogaban por el áspero vigor de Robles, que les ofrecía la más firme garantía de seguridad. Y su camarilla trabajó constantemente para lograr que se hiciese efectivo su nombramiento, para que trajese consigo fuerzas abundantes y, una vez llegado a Morelos, se quedase. Otros, como los Amor y los García Pimentel, se lamentaban de la política de terror y pedían arreglos diplomáticos. De los hacendados del estado, sólo los dos García Pimentel jóvenes, Luis y Joaquín, habían presenciado personalmente las desgracias y las destrucciones que Robles había causado antes, y sólo ellos se daban cuenta de que al atacar a los campesinos como si fuesen

9 Magaña: *op. cit.*, III, 92-3, 100-1, 106-7, 144, 158-9, *El País*, 2-5, 8, 9, 13, 20, 23, 26 y 27 de marzo de 1913.

10 Wilson al secretario de Estado, 14 de marzo y 1º de abril de 1913, NA, 59: 812.00/6849 y 7101.

rebeldes habían creado más rebeldes. Los "procedimientos" de Robles, decidió Luis el joven, eran "no sólo torpes, sino completamente contraproducentes y odiosos". Pero él y Joaquín no pudieron convencer a sus colegas industriales. Y por ser una clase que se hallaba en crisis, los hacendados no podían unificarse. Aunque habían sido compañeros de escuela en el extranjero y amigotes en el Jockey Club, jugadores en los mismos equipos de polo, socios en negocios y aun parientes políticos, no podían ahora encontrar un espíritu de solidaridad. En la duda, cada uno obró por cuenta propia. El resultado fue que contribuyeron al desorden en su estado y a su propia ruina.[11]

Durante los meses de marzo y abril persistió en Morelos una cruda y difícil coexistencia. Políticamente, no estallaron disputas: Leyva, que era sospechoso de deslealtad al nuevo régimen, dejó la gubernatura para tomar un escaño más seguro, y menos visible, en el Congreso; y sus partidarios locales formaron dócilmente clubes felicistas. No llegaron refuerzos federales para recuperar las poblaciones que estaban en poder de los rebeldes, pues por el momento Huerta había dirigido su atención al norte, hacia los estados poderosos de Coahuila, Chihuahua y Sonora, en los que dirigentes populares y gobernadores disidentes estaban organizando una resistencia a su régimen mucho más formidable. Y los rebeldes mismos interrumpieron los actos graves de violencia para permitir a las pocas haciendas que aún estaban trabajando la realización de la zafra, para poder después levantar un impuesto al producto. Por supuesto, continuaron los gestos de hostilidad, como las cartas abiertas de Zapata a Orozco y Huerta en las que condenó su "transacción mercantil... para asesinar la Revolución". El gesto más espectacular fue la detención que ordenó Zapata de diversos comisionados de paz, sin exceptuar la delegación de Orozco, y su sujeción a juicios que tenían como objeto exhibir sus intenciones. Hasta muy entrado abril duraron los juicios de estos rehenes, para subrayar ante la ciudad de México y ante los jefes rebeldes vacilantes los principios de la oposición de Ayala. Además, en diversos lugares, patrullas rebeldes trabaron escaramuzas con pequeños destacamentos de la policía y del ejército. Pero no se llevaron a cabo operaciones militares regulares. Como se quejó el ministro de Gobernación, García Granados, Zapata y sus jefes estaban haciendo tiempo, mientras observaban cómo se desarrollaba la resistencia en el norte.[12] A mediados de abril, sin embargo, en la ciudad de México hubo que tomar decisiones fundamentales. En el norte, el gobernador de Coahuila, Venustiano Carranza, había publicado su Plan de Guadalupe, con el cual fundó formalmente un movi-

[11] L. García Pimentel: *op. cit.*, pp. 2, 5-7. *El País*, 15 de marzo de 1913.

[12] *Ibid.*, 7 de marzo, 4, 10 y 11 de abril de 1913. Las cartas de Zapata están citadas en Magaña: *op. cit.*, III, 130-7. Para los registros de los juicios, véase las acusaciones de Palafox contra Ramos Martínez, 21 de marzo, sus acusaciones contra la comisión Orozco, 27 de marzo, y las actas de las conferencias, 30 de marzo 1, 2, 4 y 10 de abril de 1913, todo en AZ, 27: 6.

miento constitucionalista nacional para derrocar a Huerta y restaurar la sucesión legítima de Madero. Y, en Estados Unidos, el recientemente elegido presidente, Woodrow Wilson, no dio señales de estar dispuesto a reconocer de derecho a un gobierno que ni siquiera lo era de hecho. Huerta decidió descargar el peso de toda su fuerza dondequiera que pudiese hacerlo. Envió finalmente a Morelos a su fiel general Robles. De esta manera sumió al estado en un caos del cual habría de levantarse luego de un cambio fundamental e irrevocable.

El gobernador de Cuernavaca, cuando llegó Robles, el 14 de abril, era Benito Tajonar, el brazo derecho de Leyva. Al día siguiente, un día antes de que la legislatura se reuniese para su segundo período de sesiones, Robles informó a Tajonar que había recibido "órdenes terminantes" de Huerta para que se le nombrase gobernador. Tajonar se negó: la legislatura tenía que dar su asentimiento. Y los diputados convinieron en que Robles era constitucionalmente inelegible, porque no era natural del estado. Para prevenir tales imposiciones, precisamente, habían enmendado la constitución en su período anterior.

Al día siguiente, Tajonar habló ante la legislatura reunida en la asamblea. "...sólo Dios con su poder —declaró haciendo velada referencia a la demanda de Robles— me hará entregar el mandato que el pueblo me ha conferido." [13] El presidente de la legislatura, Leopoldo Fandiño, dio respuesta a la locución y expresó el respaldo que los diputados daban a Tajonar, "que nunca —dijo— consentirían que fuese ultrajada la soberanía del estado..." [14] Las únicas personas de la sala que no aplaudieron fueron varios oficiales militares.

Luego, los diputados entraron en receso. Para esa noche, con Tajonar y otros dirigentes leyvistas de Cuernavaca, se prepararon para trasladar el gobierno, al día siguiente, a las montañas situadas al noroeste de la ciudad, donde tal vez creyeron que de la O les daría refugio.[15] Pero Robles había comunicado ya la voluntad de los legisladores a Huerta; y a medianoche, antes de que pudiesen escapar los conspiradores, los detuvo a todos por órdenes de Huerta. Bajo custodia militar, fueron enviados inmediatamente a la penitenciaría de la ciudad de México. Otros leyvistas que seguían en libertad, como Antonio Sedano, huyeron a esconderse a la metrópoli. De esta manera desapareció de Morelos el partido de la reforma legal.

Después, Robles se apoderó de la capital del estado. Entrada la mañana, reunió a las heces escandonistas de Cuernavaca y declaró que había sofocado la rebelión de la legislatura. Con la excusa de que al haber asumido el cargo de diputado federal Leyva había dejado sin gobierno al estado, declaró que asumiría tanto la autoridad civil como la militar, hasta

[13] Díez: *Bibliografía*, p. ccv.

[14] Citado en [Jan Leander DeBekker:] *De cómo vino Huerta y cómo se fue* (México, 1914), pp. 280-1. *El País*, 17 de abril de 1913.

[15] Díez: *Bibliografía*, p. ccvi.

que el Senado nombrase a un nuevo gobernador.[16] Ningún funcionario se atrevió a discrepar y un mes más tarde, a pesar de algunas protestas individuales, el Senado votó por mayoría aplastante ratificar la elección que el presidente Huerta había hecho de gobernador interino, la del general Robles.[17] Para los hacendados desesperados, el establecimiento de esta dictadura fue una acción horrenda, pero que encerraba algunas esperanzas, no obstante. Como los editorialistas de *El País*, creían que Morelos necesitaba "un gobierno fuerte, de carácter militar, capaz de restablecer el orden". Y el 21 de abril le ofrecieron a Huerta un espléndido banquete en el Jockey Club. El discurso que oyeron fue franco y estremecedor. Al día siguiente, comenzaría en Morelos una campaña federal, anunció Huerta, y les pedía a los hacendados, a los favorecidos por la suerte, que lo apoyasen sin reservas, haciendo sacrificio de las propiedades que tenían en el estado... porque estaban en juego las vidas de muchos hermanos y "nuestros propios intereses". Para obtener éxito, les advirtió, tendría que "recurrir a medidas extremas, porque el gobierno, valga la expresión, despoblaría el estado y les enviaría a sus haciendas otros trabajadores." La razón, les explicó, era que la gente del campo de Morelos era "zapatista". Era necesario limpiar al estado de tales individuos y no les debería sorprender, terminó diciendo, que por casualidad algo anormal ocurriese, pues el estado de cosas exigía procedimientos que no estaban sancionados por la ley, pero sí eran indispensables para el bienestar nacional. Pero fue también un discurso lleno de promesas: en el espacio de un mes, afirmó Huerta, habría "establecido la paz completa".[18] En consecuencia, respondieron con cordiales ofrecimientos de organización de "cuerpos voluntarios" pagados por ellos mismos, para guarnecer las haciendas y dejar en libertad a las tropas federales de perseguir a "los bandoleros".[19]

Las nuevas esperanzas de los hacendados resultaron vanas, sin embargo. La anunciada campaña no comenzó. Y lo que es peor, lo que Huerta logró al declarar la guerra a la población rural del estado fue simplemente engrosar las filas de los rebeldes, unificar una oposición anteriormente fragmentada y poner todas las fuerzas de la resistencia bajo el mando unificado de Zapata. En parte porque la prensa metropolitana había retratado consistentemente a Zapata como el jefe sin par de la revolución en el sur, y en parte porque de hecho era el primer jefe de un movimiento definido e intransigente en Morelos, a Zapata acudían naturalmente los lugareños en desgracia. Tal y como los jefes desconcertados finalmente se acercaban a él para que los encabezase, así también los

[16] DeBekker: *op. cit.*, pp. 282-3. Sedano: *op. cit.*, p. 22. *El País*, 16 de abril de 1913.

[17] *El Imparcial*, 11 y 15 de mayo de 1913. Entre los que protestaban figuraba el propio senador de Morelos, José Diego Fernández.

[18] *Mexican Herald*, 23 de abril de 1913.

[19] *El Independiente*, 26 de abril de 1913.

campesinos y rancheros ahora refugiados y los peones asustados se pusieron bajo sus órdenes.

Y las recibieron en forma organizada. El cuartel general de Zapata ya no era el grupo informe de secretarios transitorios y de ayudantes que estaban de paso que había sido un año antes. Ahora ejercía el control profesional de los asuntos de los rebeldes un nuevo director, Manuel Palafox. Mientras otros secretarios, detenidos al cumplir sus comisiones, languidecían en la penitenciaría de la ciudad de México y mientras Montaño descuidaba la administración para convertirse en un héroe de las armas y de las letras, Palafox se había ido constituyendo callada y gradualmente en el intendente principal de los rebeldes. Anteriores experiencias lo habían preparado perfectamente para el desempeño del cargo. Había sido estudiante de ingeniería en su ciudad natal de Puebla y había trabajado como vendedor y contador de diversas compañías en varias partes de la República, desde Oaxaca hasta Sinaloa. Allí había aprendido los aspectos más esenciales de la actividad, la precisión, la escrupulosidad y la intriga. Palafox trató por primera vez a Zapata en octubre de 1911 cuando, en calidad de empleado de la hacienda de Tenango, le había hecho llegar la oferta de un soborno; Zapata por poco lo manda matar. Pero más tarde, Zapata lo dejó en libertad y lo envió en una misión a Emilio Vázquez Gómez, que se encontraba en San Antonio, y después de su regreso Zapata había hecho un uso cada vez mayor de sus talentos administrativos, y, tal vez, de sus consejos políticos.[20] Al hacer las veces de fiscal en el juicio de los comisionados de paz, Palafox había afirmado su posición en el cuartel general. De corta estatura, flaco, marcado de viruelas, tenía sólo 26 años de edad, pero estaba dotado de una energía ambiciosa tan intensa que logró imponer un sistema regular hasta en los revueltos asuntos de la oficina de su jefe. Y a medida que coordinaba planes y despachaba órdenes las operaciones rebeldes se fueron estructurando con claridad.

En las primeras horas de la mañana del día siguiente del de la toma del poder por Robles, en Cuernavaca, Zapata inició un gran ataque contra Jonacatepec. Protegida por cerca de quinientos soldados y al mando de Higinio Aguilar la población se sostuvo durante treinta y seis horas antes de caer. Fue precisamente la clase de victoria que necesitaban los rebeldes. El botín fue inmenso: 330 máuseres, 310 caballos con sus sillas, 2 ametralladoras con municiones, además del propio general Aguilar, otros 47 oficiales y los soldados supervivientes. Aguilar y todos sus hombres fueron llevados al cuartel general de los rebeldes en Tepalcingo. Con fines de propaganda, Zapata les concedió el perdón a condición de que no volvieran a luchar contra la revolución.[21] Aguilar se quedó asombrado.

20 E. Marmolejo a Palafox, 3 de diciembre de 1918, AZ, 30: 19, y 25 de diciembre de 1918, AZ, 27: 13. Marte R. Gómez: "Notas sobre el Gral. Manuel Palafox" (MS, 1966). Pude consultar este manuscrito gracias a la generosidad de su autor.

21 Magaña: *op. cit.*, III, 160-1. Muñoz: *op. cit.*, pp. 165-9.

Viejo sinvergüenza experimentado, se dio cuenta de que podía servir a Dios y al diablo. Por gratitud y ambición, se sumó a Zapata y les prestó a los rebeldes sus valiosos conocimientos de militar profesional. Y lo que fue más importante, proporcionó un intermediario a los zapatitsas para la compra de armas y municiones a oficiales federales corrompidos.

La ofensiva rebelde continuó. El 23 de abril, Zapata puso sitio a Cuautla. El 1º de mayo los rebeldes volaron un tren militar que se hallaba en una estación de los límites entre México y Morelos. Murieron cerca de un centenar de soldados. Después del 5 de mayo, se llevaron a cabo ataques constantes en torno a Cuernavaca.[22]

Ante este desafío, Huerta ya no podía aplazar más la acción. Pero al irse constituyendo una franca amenaza en el norte, representada por el movimiento constitucionalista, tampoco podía tolerar una prolongada distracción de cinco a ocho mil soldados en el sur. Los conscriptos que había estado reclutando en Morelos para prestar servicios en otras partes eran muy pocos como para entregarse a grandes acciones militares en el estado. La solución del dilema ideada por Huerta fue ingeniosa y característicamente atrevida y brutal. Por una parte, corrió el riesgo de aumentar transitoriamente las fuerzas de Robles hasta sumar cerca de cinco mil hombres. Y el 9 de mayo Robles reanudó oficialmente su procedimiento predilecto de la "recolonización". En el plazo de una semana, decretó que todos los habitantes de los pueblos, ranchos y demás poblaciones pequeñas tenían que "reconcentrarse" en la cabecera del distrito más cercana o en alguna de las poblaciones principales. Pueblos sospechosos de ser "nidos de bandidos" serían quemados y arrasados; y a todo aquel al que se sorprendiera en el campo sin un salvoconducto se le haría un juicio sumarísimo y se le ejecutaría. Por otra parte, para compensar en el norte las tropas así utilizadas en Morelos, Huerta autorizó un aumento enorme de las levas en el estado. El aumento fue posible porque Robles sacó sus conscriptos de la población reconcentrada.[23]

Robles inició el plan con gran éxito, pues hizo levas de centenares de campesinos y otros trabajadores del campo semana tras semana y los envió en vagones de ganado a la ciudad de México. Desde allí los "reclutas" fueron enviados como carne de cañón al norte o como trabajadores militares a otros estados carentes de brazos. Esta leva tenía pocos precedentes en la historia de México. No era como la común sentencia judicial aplicada a individuos rijosos o la espontánea conscripción en las guerras políticas del país, durante el siglo XIX; se parecía más bien al genocidio calculado que el gobierno había practicado en las guerras raciales contra los indios rebeldes de Sonora y de Yucatán. En ellas había aprendido su oficio Robles y ahora, en Morelos, lo estaba poniendo en práctica de nuevo. "Pero, ¡si estoy tratando de limpiar para usted este

[22] *El País*, 24 de abril de 1913. *El Imparcial*, 13 de mayo de 1913. Magaña: *op. cit.*, III, 178-9.

[23] *El Imparcial*, 5, 9, 10, 11 y 14 de mayo de 1913.

hermoso estado de Morelos —le dijo a una indignada señora King—. Qué excelente lugar será una vez que nos hayamos desembarazado de los morelenses. Si me hacen resistencia los colgaré como pendientes de los árboles." Hacia el 1º de junio había deportado a cerca de mil cautivos.[24]

La leva había causado tal conmoción que se convirtió en tema de una canción popular titulada "Los crímenes del Tirano Huerta":

La leva, la odiosa leva,
que sembró desolación,
en todo el suelo querido
de nuestra noble Nación.

Al obrero, al artesano,
al comerciante y al peón,
los llevaban a las filas
sin tenerles compasión.

Los mandaba para el Norte
el tal Huerta, vil canalla,
a morir injustamente
en los campos de batalla.

Miles de huérfanos solos
se quedaron para siempre,
pues fueron muertos sus padres
en campaña, ciegamente.

Los autores de corridos también le dedicaron uno a Robles en el que se conmemoraba "El exterminio de Morelos":

Dios te perdone, Juvencio Robles,
tanta barbarie, tanta maldad,
tanta ignominia, tantos horrores,
que has cometido en nuestra entidad.[25]

Esto era "algo anormal", en verdad. Y a pesar de las advertencias que les había hecho Huerta de lo que podían esperar, los hacendados quedaron sorprendidos. Pues a medida que Robles fue actuando, se dieron cuenta de que ni siquiera había establecido una paz incompleta. Era fuerte solamente para asolar, pero no para establecer un control firme. La política de concentración, como señaló Luis García Pimentel, el joven,

24 King: *op. cit.*, p. 93. *Mexican Herald*, 31 de mayo y 1º de junio de 1913. Magaña: *op. cit.*, III, 180.

25 Ambas canciones están citadas en Merle E. Simmons: *The Mexican 'corrido' as a Source for Interpretive Study of Modern México (1870-1950)* (Bloomington, 1957), pp. 121, 293.

era "una farsa". Los federales, finalmente, no pudieron ni despoblar las rancherías y pueblos. Cuando los campesinos veían llegar a una columna que venía a desalojarlos, huían a los montes y barrancas; y después de que la columna había saqueado sus casas y abandonado el lugar, regresaban a ellas. Irónicamente, señaló García Pimentel, la única concentración real era obra de los rebeldes, pues a menudo hicieron que los fugitivos formasen campamentos permanentes escondidos.[26] De manera que los hacendados estaban perdiendo muchos de sus trabajadores por causa de las levas y otros más por causa de los rebeldes, sin que hubiese señales de cuándo o de dónde enviaría nuevos trabajadores el gobierno. Y como todavía no habían organizado los "cuerpos de voluntarios" para la autodefensa, y el ejército no había enviado aún guarniciones a sus campos, las haciendas permanecían sujetas a las incursiones de los rebeldes y a los empréstitos forzosos. Si los hacendados no podían frenar a Robles, éste los destruiría al destruir el estado.

A través de varias peticiones, los hacendados de Morelos trataron de ejercer la responsabilidad que ahora se daban cuenta que tenían. Algunos evidentemente intrigaron para lograr que Robles fuese enviado a otra zona y se enviase a Cuernavaca a un jefe menos incendiario. Otros insistieron en que permaneciese y se le diesen refuerzos. Evidentemente creían que también podían tomar parte en la guerra, al menos en defensa de su propiedad, lo cual impediría que Robles causase daños irreparables y permitiría preservar una estabilidad básica en el estado. Los hacendados le sacaron a Huerta un acuerdo, a fines de junio, que les permitía conservar el 30% de sus empleados, a los que deberían registrar y armar, y por los cuales tenían que dar fianza. En un Congreso Agrícola Nacional de principios de junio ayudaron a concertar un trato formal con el ministro de Gobernación para armar y dotar de municiones a los guardias de la hacienda.[27] Pero estos proyectos no pasaron del papel. No se organizaron guardias privadas ni se las armó, y Robles siguió su marcha de destrucción de haciendas y de pueblos por igual. Los nuevos oficiales que lo reforzaron, como el general Alberto T. Rasgado y el coronel Luis G. Cartón, eran todavía más destructores.

La desorganización de la vida local se fue haciendo cada vez más aguda. En junio, Robles envió fuera del estado a más de dos mil conscriptos, dejando desvalidas a sus familias en los campos de concentración. También impuso su control a los mercados de Cuernavaca, Cuautla y Jojutla, a fin de interrumpir los suministros a los pueblos de las afueras y obligar a sus habitantes a entrar en sus campos de concentración.[28] Las más de las veces, la gente del campo huyó a los campamentos que los rebeldes tenían en las montañas, pero también allí prevalecía la miseria. Pasarse horas escondidos para beber un poco de agua; pasarse días ente-

[26] L. García Pimentel: *op. cit.*, p. 2.

[27] *El Imparcial*, 5, 10, 13-15 y 25 de junio y 2-4 de julio de 1913.

[28] *Ibid.*, 22 y 28 de junio de 1913. *Mexican Herald*, 30 de junio de 1913.

ros sin tortillas o sin sal; caer enfermos constantemente de paludismo y de pulmonía; rara vez comer carne, y mal guisada; casi nunca poderse fumar un cigarrillo, tomar una copa o una medicina; dormir de noche bajo la lluvia envueltos en un sarape, sobre la tierra mojada, tal era la suerte de quienes habían logrado huir de Robles. Es el caos, escribió un periodista de la capital testigo presencial de la escena, "un batallón regular" de niños de 10 a 12 años seguía a las bandas de los rebeldes recogiendo basuras y robando lo que podían, saqueando todavía más que sus mayores. En Puente de Ixtla las viudas, las esposas, las hijas y las hermanas de los rebeldes formaron su propio batallón y se rebelaron para "vengar a los muertos". Al mando de una fornida ex tortillera llamada La China, hicieron salvajes incursiones por el distrito de Tetecala; vestidas unas de harapos, otras con delicadas ropas robadas, con medias de seda y vestidos del mismo material, huaraches, sombreros de petate y cananas, estas mujeres se convirtieron en el terror de la región. Hasta de la O trataba a La China con respeto.[29] Por todo Morelos, las comunidades se fueron desintegrando. Los federales, que iban asolando pueblo tras pueblo, empujaron a la gente a formar nuevas asociaciones: vecindarios y familias desaparecieron y los refugiados provenientes de esas partes quedaban absorbidos en errabundos ejércitos rebeldes. Así, pues, en unos meses, Robles y sus esbirros hicieron trizas el firme tejido de la sociedad provinciana, para deshilar el cual se hubiesen necesitado décadas de desarrollo pacífico.

Por toda la República se estaban llevando a cabo convulsiones semejantes. Era evidente que se estaba efectuando una profunda guerra civil, de mayores alcances y más violenta que cualquiera de las experiencias por las que había pasado México desde la guerra de intervención francesa. Y en el sur fue Zapata, el campeón de los pueblos, el que se puso a la cabeza para definir la causa popular. Como decía el corrido:

Adiós, Cartón, y Juvencio Robles,
adiós Rasgado, bravo adalid,
llévenle a Huerta sus batallones
y su estrategia tan infeliz
díganle que ya no hay poblaciones
ni bandoleros que perseguir,
sólo Zapata y sus escuadrones
siempre dispuestos a combatir.[30]

En Morelos y en su vecindad inmediata, Zapata se esforzó especialmente por organizar de verdad las fuerzas populares. Era ésta, ahora, una tarea de importancia capital. La lucha se había vuelto tan feroz que algunos jefes locales, al borde del colapso moral, estaban tan bien dis-

29 *La Tribuna*, 29 de mayo, 3 y 4 de junio de 1913.
30 Citado en Simmons: *op. cit.*, p. 293.

puestos a luchar unos con otros como a pelear con los federales. Y lo que era peor, cometían abusos contra los campesinos de los feudos de un rival o de sus propios feudos, lo cual minaba la base rebelde. Zapata regañaba individualmente a los bravucones, pero sólo en un ejército de fines claros y mandos coordinados podía esperar que sus órdenes ejerciesen una influencia seria. Y más allá de Morelos, nuevas tensiones se estaban haciendo sentir. A medida que el Plan de Ayala se fue difundiendo por los estados del centro y del sur, dirigentes locales se enteraron de sus disposiciones agrarias, y muchos, cuyos pueblos habían padecido robos de tierras como los de Morelos, se declararon partidarios de Zapata. Eutimio Figueroa y Miguel de la Trinidad Regalado, en Michoacán; Jesús Salgado, Julio Astudillo Gómez, Encarnación Díaz y Heliodoro Castillo, en Guerrero, en donde los Figueroa habían perdido totalmente su influencia; Everardo González, Julián Gallegos y Valentín Reyes, en el estado de México; Honorato Teutle y Domingo Arenas, en Tlaxcala; y muchos otros en Puebla, en el Distrito Federal, Oaxaca, Hidalgo, Veracruz, e inclusive San Luis Potosí, Durango y Chihuahua, se habían declarado zapatistas, se habían adherido al Plan de Ayala.[31] Pero estos aliados estaban dispersos, no mantenían contactos entre sí, ni con el cuartel general en Morelos, y no eran ni siquiera confederales. A larga distancia, Zapata, evidentemente, no podía dirigir sus operaciones militares, pero al menos que les diese orientación política general, podrían ponerse a pelear unos con otros, concertar tratos por separado con el gobierno o molestar a las poblaciones locales y desacreditar su causa.

Para aclarar sus posiciones políticas, Zapata enmendó el Plan de Ayala. Desde fines de abril se había puesto a pensar en su reforma y finalmente, el 30 de mayo, publicó un manifiesto, de Montaño, en el que se especificaban los cambios.[32] Se declaró a Huerta "usurpador... cuya presencia en la presidencia de la República acentúa cada día más y más su carácter contrastable con todo lo que significa la ley, la justicia, el derecho y la moral, hasta el grado de reputársele mucho peor que Madero". Y Orozco, por su transacción con el "pseudomandato" de Huerta era calificado de "indigno" del honor que la Junta Revolucionaria de Morelos le había concedido originalmente al nombrarlo jefe nacional. Para decirlo con la frase solemne de Montaño, Orozco se había convertido en "cero social, es decir, sin significación alguna aceptable". En este momento, el propio Zapata asumió oficialmente la jefatura del movimiento de Ayala.

Para trazar las metas revolucionarias y organizar las relaciones militares, también reorganizó formalmente el alto mando rebelde y le dio el carácter de Junta Revolucionaria del centro y sur de la República. En su calidad de jefe del ejército rebelde, él mismo era presidente ex oficio de la junta. Otros de los miembros eran Eufemio Zapata, Montaño, de

[31] Palacios: *op. cit.*, pp. 117-18.

[32] Zapata a Montaño, 25 de abril de 1913, AZ, 30: 1. Para el texto del manifiesto, véase González Ramírez: *Planes*, pp. 84-5.

la O, Pacheco, Salazar, Neri y Mendoza. El secretario era Palafox.[33] Unas semanas más tarde, el cuartel general zapatista dio a conocer un nuevo conjunto de instrucciones para los oficiales revolucionarios, probablemente concebido por Palafox. Con las instrucciones anteriores de diciembre de 1911, estas reglas señalaron cuidadosamente las dos obligaciones principales de los oficiales, para con sus tropas y para con los pueblos o rancherías que ocupaban. Pero a diferencia del código anterior, y como indicio de que el movimiento se había vuelto mucho más grande y más profesional, las nuevas reglas estipulaban que los oficiales deberían "pagar los haberes de los soldados, o mejor dicho, socorrer a la tropa hasta donde sea posible", imponer empréstitos forzosos a los comerciantes prósperos y a los terratenientes, sustituir a los funcionarios locales "de acuerdo con la voluntad del pueblo" y mandar informes de las operaciones cada dos semanas a sus jefes de zona o al cuartel general central. Lo más notable fue la descentralización de la autoridad para llevar a cabo la reforma agraria prescrita en el artículo seis del Plan de Ayala. Anteriormente, al parecer, sólo la junta de Morelos podía examinar los títulos de propiedad de los aldeanos y devolverles sus tierras; y sólo en una ocasión, en Ixcamilpa, Puebla, lo había hecho la junta formalmente.[34] Pero ahora, los oficiales en campaña tendrían que prestar su "apoyo moral y material" a los pueblos que presentasen sus títulos e hiciesen reclamaciones. Aunque las nuevas reglas no hacían mención de los radicales artículos 7 y 8 que hablaban de simple expropiación, inclusive esta concesión de jurisdicción limitada en las disputas agrarias significaba una clara apropiación de la soberanía y un intento deliberado de llevar a la práctica una política programada.[35]

La efectividad de las nuevas regulaciones varió grandemente, según los diferentes distritos. El carácter de la autoridad revolucionaria en una zona determinada dependía de infinidad de factores, entre otros, de los temperamentos del comandante federal local y del jefe rebelde, del valor estratégico del territorio, del interés que representaba para el gobierno o para el cuartel general rebelde y de la naturaleza particular de sus circunstancias políticas y sociales. En ninguna parte de Morelos, por ejemplo, los rebeldes mantuvieron el poder lo suficiente para efectuar reformas agrarias. Y en algunos lugares los rebeldes borraron del mapa pequeñas poblaciones, saquearon las casas, violaron a las mujeres, confiscaron caballos y mulas, se llevaron el ganado para venderlo en el mercado negro a un corrompido coronel federal, dieron muerte en el sitio a los cerdos y se llevaron las gallinas para comérselas después. Pero aunque se cometieron desmanes, es muy poco probable que la gente del común en la zona de influencia inmediata de Zapata haya sufrido mucho a manos de los rebeldes. Los jefes locales tenían gran interés en obedecer las reglas, aun-

[33] Magaña: *op. cit.*, III, 183.
[34] Palacios: *op. cit.*, pp. 81-2.
[35] Para estas instrucciones, véase Magaña: *op. cit.*, III, 267-8.

que sólo fuese para demostrar su valor ante el cuartel general que un día bien podría llegar a ser el gobierno. Si colgaban a los funcionarios municipales o a los comerciantes que no podían pagarles lo exigido, también es verdad que procuraban no perder la buena voluntad de los trabajadores y sus familias.[36] En el respeto profundo y permanente que la gente del común sentía por Zapata, se vio que por lo menos comprendían los sufrimientos que habían soportado. En los corridos populares se decía que "en los tres puntos del sur sí lo quieren con lealtad porque les da la justicia, paz, progreso y libertad".[37]

A medida que se fue reorganizando y volviéndose auténticamente zapatista, toda la revolución del sur fue floreciendo. Los guerrilleros zapatistas llegaron inclusive a practicar incursiones en los suburbios de la ciudad de México. A manera de reacción, Robles aumentó el terror en Morelos, "para cortar el mal de raíz", explicó la prensa, "exterminando la semilla zapatista para que no vuelva a germinar". Ordenó más incendios, y como ya había quemado la mayoría de los blancos de menor importancia, sus oficiales Rasgado y Cartón incendiaron inclusive las cabeceras municipales de Yecapixtla, Xochitepec, Villa de Ayala y Tepalcingo. Al igual que en 1912, tomó como rehenes a mujeres y niños, entre los que figuraban la suegra de Zapata y cuatro de sus hijas, que fueron enviadas a la cárcel militar de la ciudad de México acusadas de espionaje. Y la leva odiosa prosiguió. Cerca de mil trescientos conscriptos fueron llevados de Morelos en julio. La destrucción era espantosa. Como dijo un agente de la Cruz Blanca, el estado no era "sino un bosquejo de lo que fuera dos años atrás... aquellos amplios sembrados de caña de azúcar, de arroz y de otros tantos productos alimenticios, han desaparecido, convirtiéndose a la fecha en triste acinamiento [sic] de cenizas, interrumpiendo solamente la monotonía de los campos quemados alguno que otro caserío deshabitado y semiderruido también por el fuego".[38] De nuevo los hacendados con sentido de responsabilidad trataron de intervenir, a pesar del ofrecimiento público que había hecho el gobierno para importar a treinta mil japoneses con los cuales sustituir sus peones perdidos. Joaquín García Pimentel, en privado, hizo llegar a Eufemio Zapata una petición de paz.[39] Él y otros hacendados le sacaron al nuevo ministro de Gobernación la promesa de que Robles permitiese a los trabajadores fugitivos regresar a las haciendas; también obtuvieron de nuevo la aprobación para la formación de un cuerpo de voluntarios. Pero de nuevo sus esfuerzos abortaron.[40] Como Robles, Rasgado y Cartón continuaron con sus desmanes, los refugiados se multiplicaron y el número y la determinación de los revolucionarios se fue haciendo más grande.

La culminación de la desatinada campaña de Robles para aplastar a

[36] *La Tribuna*, 31 de mayo, 4 y 7 de junio de 1913.
[37] Citado en Simmons: *op. cit.*, pp. 286-7.
[38] *El Imparcial*, 7, 8, 12, 14, 15, 19 y 26 de julio de 1913.
[39] Eufemio Zapata a J. García Pimentel, 28 de junio de 1913, AGP.
[40] *El Imparcial*, 30 de julio de 1913. L. García Pimentel: *op. cit.*, p. 4.

los rebeldes fue la captura de Huautla, establecimiento minero de las ásperas montañas situadas al sureste de Jojutla. Allí Zapata había establecido un cuartel transitorio y reunido a muchos campesinos y peones fugitivos de otras partes del estado. La captura de Huautla no quebrantaría a los zapatistas, como debe haber sabido Robles, que había luchado contra las guerrillas durante años. En ese terreno difícil, ni con todos los federales que había entonces en Morelos se podía fijar en un lugar a los rebeldes y aniquilarlos. Éstos, simplemente, se dispersarían, escaparían a través de las líneas federales y volverían a poner su cuartel en otro campamento; cuando mucho, perderían algunos suministros. Pero Robles sabía también que la victoria alcanzada en una batalla en toda forma era la mejor garantía de un ascenso. Y a lo largo de julio, con muchas fanfarrias, preparó su ataque. A los periodistas les explicó cómo dirigiría desde Cuernavaca, en maniobras envolventes, a tres columnas al mando de los generales Rasgado y Antonio Olea y del coronel Cartón y cómo, después de que los federales hubiesen cercado y aniquilado a los rebeldes, el movimiento zapatista se disolvería. La batalla "seguramente será sangrienta —se les dijo a los periodistas—, pues no se dejará en Huautla piedra sobre piedra". Pero después, declaró Robles, "la pacificación... de Morelos será un hecho".[41]

A principios de agosto comenzó la famosa ofensiva. Y en días sucesivos se publicaron grandiosos informes de ataques y de preparativos secretos para lanzar más ataques. Mientras tanto, Zapata estaba evacuando secretamente a los refugiados y a la masa de sus fuerzas locales y enviándolas hacia el sur, a Guerrero y Puebla. Pero el teatro continuó. En una ocasión, Cartón se equivocó y se metió con su columna en la población minera, que encontró abandonada ya; pero se retiró rápidamente y se volvió a reunir con sus colegas comandantes para proseguir su fingida acción. Esperando recibir órdenes de Robles, que estaba atareadísimo quemando pueblos en el Distrito Federal, Rasgado, Olea y Cartón se dedicaron a quemar los pueblos y ranchos de su zona. Finalmente, el 19 de agosto, entraron juntos en la abandonada población. Encontraron allí los cadáveres del padre de Pascual Orozco y de otros dos comisionados de paz a los que Zapata había ejecutado en venganza. Entre sus otros descubrimientos, según dijeron, figuraron los archivos zapatistas y un escondite de cuarenta mil rifles con sus municiones, que nunca presentaron. "Han sido destruidas por completo las hordas zapatistas —le cablegrafió Robles a Huerta— y, propiamente hablando, la campaña de Morelos ha concluido." [42] En la prensa metropolitana fue éste un tremendo triunfo. En premio al mismo hubo un diluvio de ascensos para los oficiales y las tropas que habían participado en el asunto. Al coronel Cartón se le nombró general. Y Robles alcanzó el grado más alto del ejército, el de general

[41] *El Imparcial*, 2 y 3 de agosto de 1913.

[42] *Ibid.*, 5, 7, 12 y 17-20 de agosto de 1913. L. García Pimentel: *op. cit.*, pp. 5-6.

de división. Hasta los hacendados creyeron que sus ruegos habían sido oídos, que Robles había sofocado la rebelión y la revolución. Y en Cuernavaca los más encumbrados se apresuraron a darle una fiesta a cargo de Ramón Corona, Antonio Escandón y Luis García Pimentel, el padre, con su eterno chambelán, Ramón Oliveros. Por primera vez en meses, en la ciudad se llevó a cabo una elegante *soirée*. Realmente, Robles había realizado con éxito una operación de contención en Morelos. Con los nuevos refuerzos tenía ahora a sus órdenes a siete mil hombres, lo cual le había permitido recuperar el control militar de las seis anteriores cabeceras de distrito. Y le había dado al control un elemento político, al establecer las prefecturas y nombrar a los jefes correspondientes.[43] Por eso, "los mimados de la fortuna" podían sentirse agradecidos.

Pero en el campo, donde los federales eran todavía como pajas en el mar, la revolución no se redujo. Zapata y los demás jefes que habían sido desplazados de Huautla pura y simplemente efectuaron sus operaciones en otras partes. La acción zapatista más remota de aquellos días fue un motín en Mérida, Yucatán, realizado por conscriptos de Morelos, pero más cerca de su terruño (por Morelos y el Distrito Federal y los estados de México, Tlaxcala, Puebla, Guerrero y Michoacán) las bandas zapatistas regulares siguieron levantando vías de tren, aniquilando los puestos avanzados federales y haciendo incursiones en los pueblos. Así, pues, a pesar del atrincheramiento de Robles en Morelos, la revolución general del centro y del sur siguió en su apogeo. Y, a fines de agosto, se puso de manifiesto el fracaso de la misión federal. Robles había demostrado, públicamente, lo que ya había demostrado un año antes, es decir, que con fuerzas y armas suficientes podía defender los centros urbanos del campo. pero no meter al orden, por terror, a la población circundante. Lo más que había logrado era una especie de empate defectuoso que sólo servía a sus propios intereses. Y Huerta no era el tipo de superior que aceptase como excusa el lamento de que los naturales eran obstinados. Desde su propia perspectiva brutal bien le podría haber preguntado a Robles lo que el corrido popular en Morelos le había preguntado a él, "qué culpa tienen sus moradores/que tú no puedas al fin triunfar".[44]

Además, el fracaso de Robles se produjo en un momento especialmente difícil para el gobierno. Huerta había afirmado recientemente su propio poder en el gobierno, al apartar del gabinete a los felixistas y enviar a Félix Díaz al Japón como embajador, pero de todas maneras necesitaba urgentemente el reconocimiento de Estados Unidos; sin él, los banqueros europeos le negarían empréstitos. Y el presidente Wilson creía todavía que el presidente interino de México no era digno de su bendición moral o política. Había hecho regresar a su embajador, el cual había estado hablan-

[43] *El Imparcial*, 21 22 y 26 de agosto de 1913. Entre los designados por Robles figuraba Eugenio Morales, presidente municipal de Jojutla, con autoridad de prefecto.

[44] *Ibid.*, 23 y 25 de agosto de 1913. Magaña: *op. cit.*, III, 230-2. Canción citada en Simmons: *op. cit.*, p. 293.

do en favor de Huerta, y enviado un "representante personal", John Lind, para que investigase la situación en México. Y, como no tardó en decirle su ministro de Relaciones Exteriores, este "agente confidencial", poco después de llegar al país, había decidido que el gobierno no era ni legítimo, ni efectivo. Los testimonios que el agente encontró fueron los del bien organizado movimiento constitucionalista en el norte y la resistencia activa por el centro y el sur. Las condiciones que puso para el reconocimiento, por consiguiente, fueron duras: la declaración de un armisticio nacional y la promesa de hacer pronto elecciones libres, en las que Huerta no se presentaría como candidato. Huerta ni siquiera las tomó en cuenta, sin importarle lo que pudiese pasar. Ya había programado las elecciones para el 26 de octubre y aunque había insistido públicamente en que no se presentaría para la presidencia (y no la conservaría) no quería someterse al gobierno de Estados Unidos. Al presidente Wilson no le gustó su recalcitrancia. El 27 de agosto habló ante el Congreso acerca de la cuestión mexicana, señaló la incapacidad de Huerta para establecer el orden y apremió a los norteamericanos para que se fueran cuanto antes de México.[45]

Ante la creciente presión norteamericana, Huerta ya no podía darse el lujo de diversiones tan costosas e inútiles como la de Robles. Dirigiría ahora sus mejores fuerzas ofensivas hacia el norte, donde existía la más grande amenaza política y militar y en el sur dejaría solamente guarniciones reducidas, de carácter defensivo. El 4 de septiembre, el secretario de la Guerra llamó a Robles a la ciudad de México para una larga conferencia, después de la cual Robles anunció que se tomaría un descanso de dos semanas. Siguieron más conferencias, que le deben haber dejado poco tiempo para descansar; pero el 13 de septiembre su vacación se prolongó indefinidamente, cuando se le quitó del cargo de gobernador y jefe militar de Morelos. Lo sustituyó el general de brigada Adolfo Jiménez Castro, que había servido en Morelos el año anterior, a las órdenes de Ángeles.[46] Tenía que conservar el empate, aunque de manera menos violenta y costosa.

Y así lo hizo, para alivio de comerciantes, hacendados y refugiados.[47] Al mando de Jiménez Castro, los comandantes federales de los tres a cuatro mil soldados que se quedaron en el estado pasaron a ser, de hecho, jefes de policía de las ciudades. No eran aptos para una guerra regular, y apenas si pudieron seguir librando la guerra de guerrillas. A veces, metieron sus batallones en el campo para practicar un incendio, pero por lo común mantuvieron sus fuerzas encerradas en las cabeceras de distrito. Allí, los oficiales endulzaron su trabajo robándose el dinero de los fondos estatales y municipales y vendiendo propiedades del gobierno, mientras

45 Un relato de la actividad del agente en México se encuentra en George M. Stephenson: *John Lind of Minnesota* (Minneapolis, 1935), pp. 208-329.

46 *El Imparcial*, 5, 13 y 23 de septiembre de 1913.

47 *Ibid.*, 25 de septiembre de 1913. L. García Pimentel: *op. cit.*, pp. 1, 3, 6. J. García Pimentel: *op. cit.*, p. 13.

que las tropas empleaban su tiempo emborrachándose con pulque o cerveza tibia, jugando al billar y escapándose hacia los pueblos del norte, de donde la leva los había sacado.[48] Y, dentro de sus límites, la estrategia dio buenos resultados. Las guarniciones eran lo suficientemente fuertes y estaban lo bastante cerca unas de otras para que el costo de un ataque rebelde fuese prohibitivo en vidas y municiones. Por los pueblos y campos en ruinas, por los montes y las barrancas los revolucionarios deambulaban casi a voluntad, recogían rentas de unas haciendas aquí, robaban un tren allí, pero, contra las poblaciones principales, a lo más que se atrevían era a practicar una incursión.

Para Zapata esta pequeña guerra no tardó en convertirse en una peligrosa atadura. Al igual que los dirigentes revolucionarios de otras partes del país, evidentemente comprendió que las elecciones del 26 de octubre, que Huerta se había propuesto realizar, podrían tener un valor decisivo. Si Huerta se mantenía en el poder hasta entonces, y si cumplía su repetida promesa de no presentarse como candidato, los científicos y los conservadores religiosos que probablemente llegarían al poder podrían obtener el reconocimiento norteamericano. Pero para derribar a Huerta antes de que eso ocurriese, o, al menos, para causar tales trastornos nacionales que invalidasen las elecciones, los revolucionarios tendrían que hacer algo más que mantenerse puramente en acción. Y cuando Huerta, finalmente, cayese, los revolucionarios sureños tendrían que ejercer un control más firme sobre la región que lo que las incursiones les permitían; tendrían que ser dueños de ciudades, y que amenazar la capital federal o inclusive entrar en ella. Así, pues, Morelos, donde no se podía llevar a cabo una táctica más complicada que la de las simples incursiones, ya no podía servir de zona central de operaciones de los zapatistas. La base estratégica conveniente para la nueva guerra de posiciones en el sur era el norte de Guerrero, y allí trasladó Zapata su cuartel general a fines de septiembre. Como la revolución de Ayala se había desarrollado con tanta amplitud por el sur, podría organizar la campaña desde allí, lo mismo que desde Morelos.

La incógnita era la de si tendría tiempo para madurar los planes de una gran ofensiva antes de las elecciones. Para lanzar el ataque tendría que concertar a las diversas bandas que obedecían sus órdenes, hasta formar lo que siquiera pudiese ser el esqueleto de un ejército regular, en menos de un mes. Aun si no hubiese andado tan corto de tiempo, la tarea habría sido imponente, pues cada jefe consideraba como propiedad suya la "compañía" que había reclutado. Pero en cuanto llegó a Guerrero, y por intermedio de su secretario Palafox, Zapata se puso a la tarea.

El 4 de octubre, y probablemente redactadas de nuevo por Palafox, el cuartel general envió nuevas órdenes al "Ejército Libertador del Centro y el Sur". Estos reglamentos, que tenían como objeto destruir el sistema

[48] Díez: *Bibliografía*, p. ccviii.

de lealtades rivales que existían entre las fuerzas revolucionarias, y afirmar el mando y la autoridad conforme a una jerarquía militar regular, contribuyeron grandemente a perfeccionar la estructura formal del ejército. Por ejemplo, los jefes habrían de nombrar cabos y sargentos para "movilizar" las tropas "con más exactitud y rapidez". Todo subordinado habría de obedecer a cualquier superior, independientemente de que perteneciese o no a su unidad. Los soldados que estuviesen en combate o en marcha tendrían que permanecer en las unidades a las que se les había asignado, y no mezclarse en otras, porque "serán causantes de desórdenes y confusión". A todo soldado que abandonase su puesto durante una batalla o una retirada se le consideraría desertor, y los soldados deberían llevar una orden escrita cuando se les enviase a misiones en las que tuviesen que abandonar sus unidades. Además, se hicieron más explícitos los procedimientos para entrar en los pueblos, recaudar empréstitos y distribuir salarios. Y se hicieron más estrictas las prohibiciones contra el saqueo y contra toda clase de abusos en perjuicio de la población. Por lo que respecta a las reformas, ocuparon un lugar menos destacado aún que el que habían tenido en el conjunto anterior de instrucciones; un jefe podía autorizar la suspensión de garantías (es decir, sustituir a un funcionario local o confiscar una propiedad) sólo en el caso de "enemigos de la Revolución que se compruebe que ayudan o están en connivencia con el mal gobierno ilegal", lo cual dio a los "enemigos" el beneficio de la duda.[49] Por el momento, como aparentemente decidieron Zapata y Palafox, la necesidad estratégica era la de no desarticular la región, sino ampliar y diversificar el atractivo revolucionario, o, por lo menos, reducir la gama de las resistencias en su contra.

Al cabo de una semana, acontecimientos inesperados que se produjeron en la ciudad de México levantaron parte de la presión sobre Zapata. El 9 de octubre, alentados por la reciente captura de Torreón efectuada por el general constitucionalista Francisco Villa, los militantes maderistas que todavía quedaban en la Cámara de Diputados provocaron una crisis en el gobierno. Protestando por la desaparición y las sospechas de asesinato de un senador maderista, ocurrido días antes, le advirtieron al presidente Huerta que si seguía permitiendo que se cometiesen más ultrajes contra el Congreso habría de "celebrar sus sesiones" donde encontrase "garantías".[50] Su velada amenaza de trasladarse a una ciudad que quedase atrás de las líneas constitucionalistas obligó a Huerta a actuar. Al día siguiente, disolvió el Congreso, ordenó la detención de 110 diputados y se dio facultades dictatoriales hasta que las elecciones produjesen un nuevo gobierno. Era claro que con ello se había condenado a sí mismo, pues había destruido toda posibilidad de que Estados Unidos reconociese el resultado de la elección. Y las facciones revolu-

[49] Zapata a las fuerzas sometidas a su mando, 4 de octubre de 1913, AZ, 12: 8: 1.

[50] DeBekker: *op. cit.*, p. 367.

cionarias del campo podían ahora organizar sus coaliciones y llevar a cabo sus campañas con alguna deliberación.

En el sur, Zapata no tardó en comprender la importancia capital de lo que había ocurrido. Se reunió el 19 de octubre, en Morelos, con Palafox y otros consejeros y se pusieron de acuerdo en mandar enviados que arreglasen una "unificación" con los principales jefes revolucionarios del norte y tratar de conseguir, por parte de Estados Unidos, el reconocimiento de la beligerancia del movimiento aliado.[51] Al día siguiente, publicó un Manifiesto a la Nación en el que proclamó que "la victoria se acerca, la lucha toca a su fin". [52] El 24 de octubre le escribió a Francisco Vázquez Gómez, que se hallaba en Washington, D. C., autorizándolo para representar la revolución del sur ante la Casa Blanca y para solicitar un préstamo con el cual comprar municiones.[53] El entusiasmo y las maniobras eran prematuros. Huerta no renunció sino nueve meses después, los enviados no salieron de Guerrero y Vázquez Gómez no logró hacer nada. Pero Zapata tuvo razón en considerar que la crisis de octubre señalaba un punto de inflexión decisivo.

Lentamente, a medida que los revolucionarios norteños fueron absorbiendo la atención del gobierno, la campaña de Zapata fue cobrando forma en el sur. Su estrategia era acertada y consistía en utilizar hábilmente la geografía política y el sistema de comunicaciones de Guerrero. En Iguala terminaba el ferrocarril de la ciudad de México y se necesitaban de dos a tres días de duras marchas para cruzar el río Balsas infestado de paludismo y luego las montañas para llegar a Chilpancingo, la capital del estado. Por órdenes de Zapata, los jefes principales de Morelos como de la O, Salazar, Neri y Mendoza seguirían dando quehacer a las tropas federales en sus respectivos distritos. El propio Zapata mantendría su cuartel general en el sur de Morelos, enviaría fuerzas para hacer labores de distracción por el sur de Puebla y de Morelos, a la vez que coordinaría disimuladamente las fuerzas de Guerrero. Luego, manteniendo a los federales en Iguala con las amenazas en Morelos y a lo largo de los límites de Morelos-Guerrero-Puebla, podría aislar y capturar Chilpancingo. El prestigio de la victoria (ninguna otra capital de los estados del sur estaba a punto de caer en manos de la revolución) y las armas y municiones capturadas allí permitirían llevar a cabo ataques simultáneos contra Acapulco, desde donde se podría comunicar por mar con el norte, y contra Iguala, la ciudad clave de toda la región. Y desde Iguala podría avanzar con fuerzas revolucionarias por el centro y el sur del país hasta montar un ataque final y en masa a través de Morelos y contra la ciudad de México.

Para la formación de su ejército, Zapata tropezó con muy pocas

[51] Hoja de servicio de Luis Íñiguez, 2 de mayo de 1913, hasta 26 de septiembre de 1915, AZ, 27: 17. Los nombramientos de embajadores por Zapata, 29 de octubre de 1913, AZ, 28: 17: 1.

[52] Citado en Magaña: *op. cit.*, III, pp. 252-7.

[53] Zapata a F. Vázquez Gómez, 27 de octubre de 1913, AZ, 27: 6.

dificultades políticas. Los jefes principales del centro y del norte de Guerrero (Salgado, Díaz, Gómez y Castillo) habían reconocido ya, formalmente, la autoridad del cuartel general zapatista. Y ahora, ya fuese porque simpatizasen realmente con la causa de Ayala, o por puro oportunismo, aceptaron de hecho la dirección de Zapata. Otro importante jefe de Guerrero, Julián Blanco, que tenía su campo de operaciones en la Costa Chica meridional, no tardó en unírseles. Blanco había peleado anteriormente contra los zapatistas en Guerrero, en favor del gobierno maderista del estado, y había pasado a ser un constitucionalista local cuando Huerta se apoderó del poder, pero el 23 de noviembre firmó también el Plan de Ayala. En las semanas subsiguientes, él, otros aliados y Zapata discutieron las condiciones de su cooperación.[54] El 18 de enero de 1914, Blanco y Montaño, este último en nombre de Zapata, firmaron un tratado en el cuartel general de Blanco para confirmar su adhesión.[55] Sólo en Morelos se rebelaron algunos jefes. A Mendoza, por ejemplo, no le hacía gracia, evidentemente, tener que gastar sus hombres y sus municiones en incursiones de diversión. Para proseguir con la campaña en su zona, Zapata tuvo que enviar a otro jefe, más respetuoso, Ignacio Maya.[56] Y Mendoza, lleno de ira, comenzó a negociar su rendición con Joaquín García Pimentel.[57] Pero nunca se llevó a cabo. En todos los casos, Zapata conservó la lealtad de sus fuerzas a medida que las fue organizando. Tan impresionante era la confederación revolucionaria que estaba forjando que inclusive comenzaron a desertar guarniciones federales para incorporarse a sus tropas.

Lo que más estorbaba los planes de Zapata era la falta de pertrechos militares. Para conservar la fidelidad de jefes dispersos, para equipar a su ejército de partidarios impacientes, y luego llevar a cabo diariamente operaciones coordinadas sobre un amplio frente, Zapata necesitaba más armas y municiones que las que las incursiones, las raterías y las pequeñas compras en el mercado negro le podían proporcionar. Pero nunca le llegaron pertrechos de los revolucionarios del norte, o de Vázquez Gómez, que se encontraba en Estados Unidos. En el cuartel general zapatista, la búsqueda de armas y municiones se volvió obsesiva. Los escondites más pequeños quedaron sujetos a la reclamación revolucionaria. Tal y como el viejo José Zapata había pedido armas a los vecinos de Morelos para usarlas contra los franceses, ahora Emiliano Zapata se las pedía para usarlas contra Huerta. "Tengo conocimiento de que usted tiene escondidos ciertos elementos de guerra —le escribió a uno de los jefes que estaba ahora a sus órdenes— ...le recomiendo a usted que desde luego me mande seis rifles de los que tiene usted... si no me manda a este cuartel los rifles que le pido, se mandará u ordenará que de las

54 Zapata a Blanco y Montaño, 26 de diciembre de 1913, AZ, 30: 1.
55 Citado en Magaña: *op. cit.*, III, 294-5.
56 Palafox a Mendoza, 11 de noviembre de 1913, AZ, 27: 17.
57 Mendoza a J. García Pimentel, 19 de diciembre de 1913, AGP.

reses que le pertenecen sean decomisadas cincuenta, las que traerá a este cuartel general." [58] Durante enero y febrero se siguieron llevando a cabo cuidadosos preparativos para el ataque contra Chilpancingo. Mientras negociaba alianzas con otros jefes de Guerrero, Zapata iba señalando también cuáles serían las operaciones que los jefes comprometidos tendrían que llevar a cabo y las circunstancias en que habrían de poder actuar.[59] Los jefes de Morelos aprendieron a sincronizar sus ataques, de manera que en un solo día los jefes federales tenían que rechazar ataques en tres o cuatro cabeceras de distrito, sin que pudieran saber cuál de ellos, o todos, iban en serio, y se capturaron y ocuparon permanentemente poblaciones estratégicas del norte de Guerrero.[60] Ante estas acciones, corrió la alarma por el Ministerio de Guerra, pero se carecía de refuerzos para enviarlos a los lugares amenazados.[61] A fines de febrero, los revolucionarios estaban listos. Jesús Salgado, a quien Zapata concedió el mando del ataque, convocó a una junta de jefes en Cuetzala, una población montañesa situada al noroeste de su objetivo.[62] Allí discurrieron los detalles finales de las funciones que cada uno de ellos tendría que desempeñar.

El 9 de marzo, los soldados de Blanco ocuparon sus posiciones al sur de la capital del estado.

Hacia el oeste se encontraba la división de Salgado. Y hacia el norte la de Castillo. El 12 de marzo, Zapata llegó con cerca de dos mil refuerzos de Puebla y Morelos y se estableció un cuartel general transitorio en Tixtla, a unos cuantos kilómetros al noroeste. Las tropas revolucionarias sumaban ahora cerca de cinco mil hombres, por comparación con los mil cuatrocientos federales al mando del infame general Cartón. Y dos días más tarde, por órdenes de Zapata, se cerró un cerco en torno a la ciudad. Aun en esta emergencia, el ministro de Guerra no pudo enviar una columna de auxilio; la guarnición de Jojutla se había amotinado el 12 de marzo, y se había paralizado la defensa de toda la zona sur.[63] Zapata había planeado realizar el asalto final el 26 de marzo; pero el 23 de ese mismo mes llegó Díaz, un jefe de Guerrero, con sus tropas anhelosas de acción. Desobedeciendo órdenes, lanzó una carga, a la que las demás fuerzas acompañaron, que rompió las líneas federales. En las primeras horas de la mañana siguiente, los revolucionarios se apoderaron del centro de la ciudad.[64] Como telegrafió el cónsul norteamericano en Acapulco

[58] J. Zapata a Narciso Medina, 19 de febrero de 1867, ASI. Zapata a Andrés Figueroa, 25 de enero de 1914, citado en Figueroa Uriza: *op. cit.*, II, 566-7.

[59] Zapata a Montaño, 3 de febrero de 1914, AA.

[60] Magaña: *op. cit.*, III, 291-2, 298-9, 304-5. Figueroa Uriza: *op. cit.*, II, 569-79.

[61] *El Independiente*, 3 y 12 de marzo de 1914.

[62] Magaña: *op. cit.*, III, 309-10.

[63] *Mexican Herald*, 14-18 de marzo de 1914.

[64] Diversas descripciones de la batalla en Magaña: *op. cit.*, III, 310-15; Figueroa Uriza: *op. cit.*, II, 583-6; Custodio Valverde: *Julián Blanco y la revolución en el estado de Guerrero* (México, 1916), pp. 48-9; y Daniel R. Trujillo: "Memorias revolucionarias de un suriano zapatista", *El Legionario*, 15 de marzo de 1958.

a la ciudad de Washington: "la caída de Chilpancingo ha sido la acción más decisiva que se haya librado hasta ahora en esta región".[65]

Con sus oficiales, más de seiscientos soldados y muchos pertrechos, Cartón escapó por el camino de Acapulco, pero los jefes Blanco e Ignacio Maya no lo dejaron evadirse; y finalmente se rindió en un pueblo llamado El Rincón, situado a unos 60 kilómetros al sur. Las tropas federales, que en su mayoría eran de conscriptos, fueron simplemente desarmadas y puestas en libertad, y muchos soldados se sumaron a las fuerzas revolucionarias. Pero los oficiales (el general Cartón y otros 43) fueron enviados al cuartel general zapatista en Tixtla y Zapata ordenó que se les abriese juicio militar. Algunos fueron puestos en libertad, pero a los que se les comprobó que habían sido incendiarios se les impuso la pena de muerte y fueron ejecutados. Entre ellos figuraba el general Cartón, fusilado en la plaza pública de Chilpancingo la mañana del 6 de abril.[66]

Simultáneamente a estos juicios, el cuartel general zapatista convocó a una junta, en Tixtla, de los principales jefes revolucionarios de Guerrero. De acuerdo con el Artículo 13 del Plan de Ayala, tenían que nombrar a un gobernador provisional. Eligieron a Salgado, de entre éste y el general Blanco, que fueron los únicos candidatos. Y en calidad de "Director del Gobierno Popular" asumió su cargo el 28 de marzo y comenzó inmediatamente a purgar y reorganizar la burocracia del estado.

La política, sin embargo, se encomendó generalmente a subordinados dignos de confianza, mientras Salgado y Blanco reanudaban la ofensiva militar. Blanco se dirigió hacia el sur y asustó tanto al cónsul norteamericano en Acapulco que éste pidió (y obtuvo) que un barco de guerra norteamericano se situase frente a la costa.[67] Salgado, por su parte, avanzó hacia el norte. El 8 de abril, sus tropas tomaron Iguala. Y en los días siguientes, reforzados por los amotinados de Jojutla, tomaron también Taxco y Buenavista de Cuéllar, y Salgado envió inclusive refuerzos a los revolucionarios de Michoacán y del estado de México.[68] Por aquel entonces, Zapata había regresado a Morelos para dirigir las operaciones. Sus recursos de ataque habían aumentado grandemente. Todos los cañones, ametralladoras, rifles, municiones y dinero del gobierno capturados en Chilpancingo y en El Rincón habían sido enviados, como era debido, a su cuartel general.[69] Aunque Zapata tuvo que reabastecer a los jefes de Guerrero para preservar la armonía, se guardó una parte considerable para Morelos y Puebla. Y así equipado y alentado, aceleró su campaña. El día en que el gobierno revolucionario tomó el poder en Guerrero había publicado un manifiesto a los jefes de Morelos, apremiándolos a que continuasen los ataques y recordándoles que pronto tendrían que entregar informes al cuartel general. A principios de abril de la O hizo incursiones

[65] Edwards al secretario de Estado, 30 de marzo de 1914, NA, 59: 812.00/11356.
[66] Los juicios y los resultados están en Magaña: *op. cit.*, IV, 11-18.
[67] Edwards al secretario de Estado, 2 de abril de 1914, NA, 59: 812.00/11395.
[68] Magaña: *op. cit.*, IV, 18-22.
[69] Figueroa Uriza: *op. cit.*, II, 586-7.

por el sur del estado de México y Mendoza y Eufemio Zapata atacaron y ocuparon haciendas y pueblos del sureste de Morelos y del sur de Puebla. A jefes que se hallaban lejos, como los de Michoacán, Zapata envió instrucciones acerca del ataque que pensaba montar contra la ciudad de México.[70] A mediados de abril, las fuerzas revolucionarias controlaban prácticamente todos los pueblos, ranchos y ciudades pequeñas de Morelos, y diariamente atacaban las cabeceras de distrito.[71] Las únicas haciendas que todavía no habían capturado eran las de Tenango y Santa Clara, de los García Pimentel. En ellas, Luis el joven y Joaquín habían sido los únicos hacendados del estado que llegasen a organizar realmente una guardia privada (diez soldados japoneses, al mando de un oficial francés) y se habían quedado personalmente para ayudar a defender las propiedades de su padre. Pero ante la avalancha revolucionaria hasta estos jóvenes valientes se sintieron desesperados. Mientras esperaba con abatimiento los nuevos ataques, a Luis no le dio consuelo ni siquiera el confesarse y tomar la comunión en la capilla del lugar. Tan profundamente deprimido se sentía que sólo cuando se entregó a una diversión trivial, vulgar, cuando "nos pusimos a oír unos roncos discos de fonógrafo", se le levantó el ánimo. "Discursos patrióticos, escenas históricas, canciones y piezas de música, todo el infernal repertorio del malvado aparato, que en otras ocasiones he detestado, me parecía", en su desdicha histérica, "...una magnífica distracción".[72] Fatalistamente, se preparó para abandonar su patrimonio.

Nuevamente, sin embargo, a los zapatistas se les estaban acabando las municiones. Hasta el botín de Chilpancingo era insuficiente para más de unas cuantas grandes batallas. Se necesitaban más de doscientos mil cartuchos para una fuerza de tres mil a cuatro mil revolucionarios que pusiese sitio a una ciudad durante cinco días y era difícil encontrar en el sur esa cantidad de material. Los ejércitos revolucionarios del norte, que actuaban en regiones que poseían riquezas de más fácil venta (ganado o algodón) y que tenían fácil acceso a los traficantes en armas norteamericanos, habían establecido pronto un sólido comercio a través de la frontera internacional y podían planear y sostener campañas prolongadas. Pero Zapata no tenía nada que vender, ni un mercado seguro en el que vender lo que pudiese encontrar de valioso. Con la plata de las minas de Guerrero, Salgado acuñó pesos, que alcanzaban apenas para mantener el funcionamiento del gobierno del estado y de la economía local. Y los hacendados, que antes les habían pagado su protección, ahora ya no tenían cañas que proteger y por lo tanto no les pagaban nada.

Para hacer frente a los gastos extraordinarios de una campaña regular, Zapata había intentado primero, en octubre, concertar un emprés-

[70] Concha de Villarreal: "El indio tarasco decapitado por agrarista", *Todo*, 4 de noviembre de 1937.

[71] Magaña: *op. cit.*, IV, 168-71. L. García Pimentel: *op. cit.*, pp. 11 *ss*, 51-8.

[72] *Ibid.*, p. 64.

tito norteamericano, pero no había recibido señales de ayuda de Vázquez Gómez. Después, aunque se hallaba absorbido por las tareas de la ofensiva en Guerrero, había enviado agentes a los representantes norteamericanos en la ciudad de México, uno al cónsul general norteamericano y otro al propio agente confidencial, John Lind, para sacarles dinero con qué comprar pertrechos. Estos esfuerzos prosiguieron, aun después de que Lind hubo regresado a Washington a principios de abril. En una ocasión, Zapata trató de convencer a Lind de que le arreglase un préstamo, prometiéndole que no avanzaría sobre la ciudad de México, cosa que no hubiese podido hacer, de todas maneras. Pero Lind le aconsejó a Zapata que se dirigiese a la Cruz Roja en solicitud de caridad.[73] Aun cuando Zapata hubiese obtenido un empréstito, sin embargo, hubiese sido completamente imposible transportar toneladas de plomo, por tierra, desde los cerca de dos mil kilómetros que lo separaban de la frontera, setecientos cincuenta de los cuales se habrían tenido que recorrer a lomo de mula. Así, pues, al no contar con suministros constantes, Zapata no pudo conservar el ritmo que quería en su campaña. La presión sobre la ciudad de México se aflojó. La única estrategia factible ahora consistía en mantener la presión de la guerra de guerrillas en Morelos y en Puebla y esperar una oportunidad.

Pero entonces se presentó la oportunidad, para los revolucionarios del sur y del norte, un golpe de suerte tan decisivo y repentino como la disolución del Congreso de seis meses antes. El 21 de abril, en un torpe intento de derrocamiento de Huerta, el presidente Wilson envió fuerzas militares de Estados Unidos a ocupar el puerto de Veracruz. En la semana siguiente, al igual que durante la Decena Trágica, se llamó a las tropas federales del centro y del sur al Distrito Federal, como refuerzos de emergencia. Las de Morelos evacuaron cuatro de las seis cabeceras de distrito del estado, Jonacatepec, Cuautla, Yautepec y Tetecala, todas las cuales quedaron en manos de los zapatistas que las asediaban.[74] Y, por fin, también se retiraron los García Pimentel. Al enterarse de las noticias de Veracruz, el joven Luis sintió "una honda sensación de rabia impotente contra tantos elementos que parecían unirse y conjurarse en contra mía". Viendo que tendría que irse de allí, se fue a la capilla de la hacienda "para esconder lo poco que de valor en ella había quedado" y, como más tarde recordó, "no pude menos... que arrodillarme y llorar como aquel que ha tomado una suprema resolución". Lleno de gran "angustia", reunió a las pocas personas que aún quedaban en el lugar y el 24 de abril se unió a una columna federal que se dirigía al norte para salir del estado.[75] Por dondequiera, en Morelos, los últimos restos del antiguo orden y del antiguo progreso se estaban desvaneciendo y los revolucionarios se precipitaban a ocupar su lugar. La propia Cuernavaca

[73] Stephenson: *op. cit.*, pp. 265-6.
[74] Magaña: *op. cit.*, IV, 171-4.
[75] L. García Pimentel: *op. cit.*, 66-79.

estaba tan debilitada que el jefe militar despidió a todos los extranjeros y ordenó a todos los norteamericanos que abandonasen la ciudad. Declaró que ya no podría hacerse responsable de su seguridad.[76]

Aunque ni el gobierno mexicano ni el norteamericano querían la guerra y ambos sabían que era poco probable que estallase, Huerta interesadamente trató de pintar la intervención norteamericana como si fuese el primer paso de una invasión en grande. En apoyo de él, la prensa metropolitana se desató en la furia patriótica característica del periodismo de fin de siglo. "En tanto que los mexicanos degollaban cerdos gringos —clamó un encabezado—, en los Templos se repicaba a Gloria." [77] A muchos el choque emocional causado por la presencia de marineros e infantes de marina norteamericanos en Veracruz les recordó el desembarco del general Winfield Scott, en 1847, que trajo la desgracia al país, A los dirigentes revolucionarios que todavía no estaban informados Huerta explícitamente concedió amnistías y propuso alianzas en una lucha nacional para repeler a los "cerdos de Yanquilandia".

En Morelos, los emisarios huertistas llegaron rápidamente a los campamentos de los jefes más sobresalientes. El 24 de abril, oficiales federales invitaron a de la O a que se rindiese al gobierno y ayudase a luchar contra los norteamericanos. Dos días más tarde, de la O recibió la misma invitación de Joaquín Miranda y de su hijo de igual nombre, Joaquín, dos ex revolucionarios que se habían vuelto huertistas. Al campamento de Mendoza llegó una proposición semejante, de un agente semejante también, Jesús Morales. Pero ningún jefe zapatista aceptó los ofrecimientos de los enviados. En cada caso, los jefes informaron al cuartel general, que se encontraba entonces en Tlaltizapán, de lo que habían descubierto y pidieron instrucciones. Por su propia cuenta, de la O llegó inclusive a detener a los Miranda, por considerarlos traidores, y los envió al cuartel general para ser juzgados. Mendoza hizo lo mismo con Morales, y en Tlaltizapán la resistencia a la colaboración fue inconmovible. Allí los comisionados huertistas ni siquiera pudieron expresar los ofrecimientos que les habían encargado hacer; Palafox envió a su propio correo al nuevo gobernador militar de Cuernavaca para enterarse de las condiciones oficiales. Los sucesos de Veracruz hacían que le "hirviera la sangre", declaró Zapata, pero no pensaba unirse con Huerta. Si los norteamericanos invadían el país, como dijo, defendería la República pero independientemente, como jefe de la revolución de Ayala y no en conexión con las fuerzas federales. Como diversos amigos de la ciudad de México, como Antonio Díaz Soto y Gama, informaron al cuartel general del sur de la índole limitada de la acción norteamericana, confirmaron a los zapatistas en su decisión. Palafox juzgó en corte marcial a los Miranda y Morales acusándolos de traición y los mandó fusilar. Y llamando a los

[76] King: *op. cit.*, p. 135.
[77] *El Independiente*, 23 de abril de 1914.

jefes de Guerrero y Puebla, Zapata ordenó la reanudación de la campaña del sur.[78]

De nuevo, tenía planeado avanzar por el Distrito Federal, y entrar en la misma ciudad de México de ser posible. La estrategia reflejaba el claro sentido que Zapata había adquirido de la constitución federal de la política mexicana. En los tres años de rebelión había aprendido perfectamente a no confiar en que otros llevasen a cabo las reformas por las cuales sólo él y sus jefes habían luchado. El nombre mismo de sus fuerzas de combate reveló de qué manera concebía la guerra civil: mientras que las divisiones regionales constitucionalistas eran partes subordinadas de un pretendido ejército nacional, el Ejército Libertador del Centro y del Sur de Zapata era el brazo armado e independiente de su región. La seguridad de los campesinos de Morelos, como ahora lo entendía Zapata, no se desprendía de la buena voluntad del ejecutivo federal, sino de la influencia nacional del dirigente del estado y, para él, el camino más seguro hacia la influencia nacional consistía en la participación disciplinada de su ejército en la captura de la capital nacional.

Sólo quedaban en Morelos dos concentraciones de federales, las guarniciones de Jojutla y de Cuernavaca. Los revolucionarios eliminaron la primera en una serie de aplastantes ataques realizados a principios de mayo. De los mil doscientos federales que estaban apostados allí la mayoría se pasó finalmente al lado de la revolución, con sus armas y municiones. Menos de noventa regresaron maltrechos a Cuernavaca. La capital del estado era más difícil de capturar. Fortaleza natural que se levantaba sobre colinas cortadas, rodeadas de profundas barrancas, la única táctica que se podía utilizar contra la ciudad era la del sitio. A fines de mayo, Zapata la rodeó y a principios de junio cerró el cerco. Allí dejó a los últimos federales del estado, ocasionalmente reforzados, aliviados o abastecidos, pero inofensivos y desvalidos.[79]

Mientras tanto, había enviado ya otras fuerzas revolucionarias a que operasen en el Distrito Federal. En los poblados montañeses dispersos por la mitad del Distrito, los zapatistas hicieron aparición casi diariamente, para borrar del mapa a pequeños destacamentos del ejército o reclamar la fidelidad del pueblo y reclutar soldados.[80] El 1º de junio, Zapata ordenó a los jefes sureños que concentrasen todas sus fuerzas, salvo la retaguardia, "para seguir nuestro avance hacia la capital de la República".[81] A fines de junio, la ocupación zapatista de la ciudad le pareció ser inminente a un agente norteamericano especial que se encontraba allí.[82]

Al borde de la victoria, los jefes zapatistas cayeron en otra tentación, la de tomar la capital con condiciones. Esta oportunidad comenzaron a

[78] Magaña: *op. cit.*, IV, 183-4, 188-96.
[79] *Ibid.*, IV, 217-29. Véase también King: *op. cit.*, pp. 152-202.
[80] Magaña: *op. cit.*, IV, 206-8.
[81] Circular del cuartel general, 10 de junio de 1914, AA.
[82] Canada al secretario de Estado, 23 de junio de 1914, NA, 59: 812.00/12323.

presentarla los agentes huertistas en el sur después de un decisivo triunfo constitucionalista en el norte, en el estado de Zacatecas, y durante un amenazador avance constitucionalista por occidente, sobre Guadalajara. Los políticos de mayor rango del partido de Huerta abrigaban un gran odio por este movimiento norteño, en parte por temor de que, como era tan rico, estaba tan organizado y era tan coherente, no pudiesen manipularlo si llegara a tomar el poder, y en parte por el odio que sentían por su dirigente, el gobernador Venustiano Carranza, antiguo porfirista que había renegado de sus orígenes y sin embargo se había quedado con el mando. Pero despreciaban todavía más a los zapatistas por ser de menor estatura, de piel más oscura, y de carácter más campesino, por ser "indios". Y habiendo reconocido que ya no podían ganar, los huertistas trataron de tender la trampa de un pacto a los rústicos sureños, para llevarlos al poder, dividir la revolución nacional y preservar para sí mismos un papel capital. Pero Zapata no prestó oídos a tales intrigas. Probablemente por consejo de Palafox, envió instrucciones a sus jefes, el 1º de junio, en las que les decía que no publicasen declaraciones que no hubiesen sido aprobadas primero por el cuartel general "a fin de evitar malas interpretaciones, fatales desvíos e intenciones cuya realización redundaría en perjuicio de la causa del pueblo".[83] En los cuarteles generales de los zapatistas y de los constitucionalistas lo que se quería era la rendición incondicional.

Finalmente, derrotado y desprestigiado, Huerta renunció el 13 de julio y huyó al exilio en el mismo buque que se había llevado a don Porfirio: el *Ypiranga.* Pero su gobierno permaneció; el ejército no quería abandonar la lucha. Francisco Carbajal ascendió a la presidencia a manera de último recurso. El presidente interino, Carbajal, era el antiguo juez porfiriano de la Suprema Corte que había negociado y firmado, para su eterno descrédito ante los revolucionarios de la nación, el infame "Tratado de Juárez", en nombre del gobierno de Porfirio Díaz. El cebo era otra transacción.

Ningún revolucionario mordió. Aunque Zapata fue el que más perdió en materia de ventajas de negociación a medida que los constitucionalistas se fueron acercando más desde occidente, se opuso a las negociaciones tan intransigentemente como siempre. Cuando, el 17 de julio, intranquilos agentes revolucionarios de la ciudad de México le trajeron las noticias de la renuncia de Huerta así como el "terrible" miedo que había en la metrópoli de que tomase por asalto y saquease la capital, sin vacilaciones no prestó oídos a las insinuaciones que se le hicieron para que prometiese garantías. Les dijo a los enviados que tenía planeado movilizar inmediatamente veinte mil hombres y avanzar con ellos sobre la capital. En un plazo de tres días, cuando mucho, declaró, ocuparía la ciudad. Sus oficiales tenían órdenes estrictas de no permitir el saqueo, pero polí-

[83] Circular del cuartel general, 1º de julio de 1914, AZ, 27: 21.

ticamente no estaba dispuesto a hacer concesiones.[84] "Es bueno repetir —dijo a sus jefes— que no transigiremos con ningún Gobierno si éste no entrega los Supremos Poderes Nacionales a la Revolución, sin taxativa de ninguna especie."[85] A manera de prueba lanzó un ataque al día siguiente contra Milpa Alta, importante poblado de los suburbios del sur de la ciudad de México, que cayó en su poder dos días más tarde.

El 19 de julio, Zapata y sus jefes principales definieron cuidadosamente su posición oficial en un Acta de Ratificación del Plan de Ayala. Señalando que buscaban ante todo "el mejoramiento económico de la gran mayoría de los mexicanos" y que se opondrían siempre a "la infame pretensión de reducirlo todo a un simple cambio en el personal de los gobernantes", se negaron formalmente a reconocer cualquiera autoridad que no estuviese constituida por los dirigentes de los grandes ejércitos populares de la nación. Se comprometieron a defender tres obligaciones específicas "aun a costa de su sangre y de su vida". Primero, no cesarían en sus esfuerzos hasta que las disposiciones agrarias del Plan de Ayala fuesen elevadas "al rango de preceptos constitucionales"; en segundo lugar, confirmarían la expulsión de Pascual Orozco y la elección de Zapata como jefe nacional de su revolución. Y tercero, los jefes sureños no considerarían "concluida su obra" hasta que los "servidores del huertismo y las demás personalidades del antiguo régimen" no fuesen despojadas de todos los cargos y se estableciese un nuevo gobierno "compuesto de hombres adictos al Plan de Ayala, que lleven desde luego a la práctica las reformas agrarias".[86] Para Palafox este documento era fundamental. Recomendó que Zapata lo distribuyese ampliamente entre los revolucionarios.[87]

Aunque se acercaba el final, Carbajal y sus cohortes esperaban todavía concertar un trato. Un político veterano, por ejemplo, le escribió a Zapata en nombre de un Comité de Ciudadanos para la Defensa de la Nación. ¡Le aseguró a Zapata que Carbajal estaba en favor de las proposiciones del Plan de Ayala, especialmente de las que tenían que ver con el problema de la tierra! Por estas y otras generosas concesiones lo que pedía en cambio era únicamente que Zapata suspendiese las hostilidades y enviase delegados a firmar un tratado.[88] El propio Carbajal hizo ofrecimientos igualmente ficticios a unos agentes zapatistas de la ciudad de México. A dos estudiantes jóvenes que lo entrevistaron mientras se afeitaba por la mañana les hizo la sorprendente promesa de que le entregaría a Zapata la capital, sus arsenales y su guarnición. A cam-

84 Zapata a los jefes, oficiales y soldados sometidos a su mando, 14 de julio de 1914, ARD, 12: 34A: 1.

85 Santiago Orozco a los jefes, oficiales y soldados del Ejército Libertador del Centro y el Sur, 17 de julio de 1914, AZ, 27: 21.

86 Acta de Ratificación del Plan de Ayala, 19 de julio de 1914, *ibid.*

87 Palafox a Zapata, 24 de julio de 1914, AA.

88 Samuel Espinosa de los Monteros a Zapata, 25 de julio de 1914, ARD, 12: 34A: 2. Para las demás concesiones, véase Womack: *op. cit.*, pp. 312-13.

bio pedía únicamente la palabra de Zapata de que respetaría "las vidas y propiedades" de los residentes. Les aseguró a los jóvenes que los jefes sureños no podrían llegar a un entendimiento con Carranza, el cual, dijo, estaba "engolosinado con sus triunfos".[89]

Estos veleidosos ofrecimientos, sin embargo, no encontraron oídos en el cuartel general de Zapata. Éste confiaba todavía en entrar por su propia fuerza a la ciudad, tal vez mediante la coordinación de un levantamiento en el interior de la misma con un asalto a través de los suburbios.[90] Y Palafox vigilaba las actividades de los agentes zapatistas con ojos muy despiertos para que la revolución "no se perjudique de ninguna manera". [91] Aun cuando los constitucionalistas habían atravesado ya el estado de Guanajuato y se habían metido en el de Querétaro, por lo cual cada día era más fuerte su posición para entablar negociaciones, Zapata se mantuvo obstinadamente opuesto a entablar conversaciones. Dio su aprobación únicamente a los tratos efectuados con los oficiales del ejército, en quienes, evidentemente, confiaba más que en los políticos. A ellos mandó directamente un enviado, un revolucionario digno de confianza que había estudiado en el Colegio Militar Nacional. Y el 10 de agosto publicó un decreto en el que ofrecía la amnistía a todos los oficiales que no fuesen culpables de haber cometido crímenes civiles y a las tropas en general.[92]

Pero ahora los ejércitos constitucionalistas estaban tan cerca de la ciudad que lo más que Zapata habría podido obtener hubiese sido una ocupación conjunta. Sorprendentemente, no se le asignó ningún papel. Al final, los políticos de la capital decidieron tratar exclusivamente con los representantes de Carranza, y Zapata nada pudo hacer para detenerlos. El 13 de agosto, en Teoloyucan, pequeña población situada en la parte norte y central del estado de México, autoridades del Ministerio de Guerra rindieron las tropas del ejército federal ante el más distinguido general constitucionalista, Álvaro Obregón; ni siquiera estuvo presente un observador zapatista. En un relámpago de claridad, los tratados de Teoloyucan pusieron de manifiesto una triste verdad acerca de la revolución. La victoria decisiva que el pueblo de México acababa de obtener, a lo largo de duros dieciocho meses y en gran parte por su propia iniciativa y cuidados, esta victoria había sido alcanzada a título de parientes políticos, no de parientes consanguíneos, en virtud de una cooperación, pero no como fruto de una unión. El problema que ahora se presentaba a sus relaciones era el de ver si los diversos dirigentes que el pueblo de México había creado casi a su imagen y semejanza podrían organizarse para salvar su victoria.

Aunque los tratados podían hacer caso omiso de los zapatistas, no

[89] Magaña: *op. cit.*, IV, 208, 210-13.
[90] Zapata a Heliodoro Arroyo, 26 de julio de 1914, AA.
[91] Palafox a Ángel Barrios, 7 de agosto de 1914, AA.
[92] Citado en Magaña: *op. cit.*, IV, 209-10.

los podían hacer desaparecer. Era verdad que Zapata había perdido una buena oportunidad política, pero al menos, al no entrar en tratos deshonrosos, había salvado plenamente su honor revolucionario. Claramente, los zapatistas habían contribuido al derrocamiento de Huerta y a meter la revolución, sus descubrimientos y esperanzas, en el camino de la historia de la nación. Por cierto que, como cualquiera podía verlo, allí estaban los zapatistas, en torno a la capital y las luces de las hogueras de sus campamentos en las montañas del sur centelleaban en la noche de agosto.

CAPÍTULO VII

LOS CAMPESINOS DESCONOCEN A LOS CONSTITUCIONALISTAS

"...todos son una punta de sinvergüenzas."

Después de dieciocho meses de guerra civil, la ciudad de México había caído de nuevo en manos de los revolucionarios. Y tentativamente primero, y con entusiasmo después, la gente, desde Sonora hasta Chiapas, celebró el retorno de la paz. La paz era toda una novedad, como un terremoto o un milagro. En las esquinas de las calles, los cantores de corridos la festejaban.[1]

De todos los estados, Morelos era probablemente el que más razones tenía para sentir un alivio. Su rico campo estaba devastado. Sólo unas cuantas haciendas habían logrado vender algo de su cosecha y por auspicios de los zapatistas; los negocios de las demás habían quedado "casi paralizados".[2] Las cabeceras de distrito del estado, e inclusive su capital, eran ciudades fantasmas, las casas y las tiendas estaban vacías, sin techo, destrozadas por incendios que habían tiznado con su humo los muros agrietados y a medias derribados. En los pueblos, las plantas silvestres del verano prosperaban entre las calladas ruinas. En el último año tan sólo, Morelos había perdido cerca de una quinta parte de su población total.[3]

Pero aunque había paz no había descanso, ni en Morelos, ni en ningún otro estado. Nuevamente, los dirigentes revolucionarios de México fueron incapaces de sumar fuerzas para el bien de su causa popular común. Antes, con Madero habían disputado acerca del carácter de la revolución; ahora, después de Huerta, discutían acerca de cómo administrarla y garantizarla. Pero las divisiones eran, de todos modos, difíciles de arreglar.

Dos grandes grupos se peleaban el poder. Ambos eran facciones del movimiento constitucionalista. Una era el grupo que apoyaba al gobernador Venustiano Carranza, fundador del movimiento y ahora su primer jefe. El otro era el de la oposición y se había agrupado en torno a Francisco Villa, el antiguo forajido que se había convertido en el general revolucionario más poderoso del país. Superficialmente, los villistas y los carrancistas se parecían entre sí. Ambos tenían organizaciones militares, Villa su famosa división del norte y Carranza las divisiones del noreste y del noroeste. Y ambas organizaciones parecían ser todavía incoherentes

[1] Véanse las canciones citadas en Simmons: *op. cit.*, pp. 132-3, 521.

[2] *El hacendado mexicano*, XX, 231 (febrero, 1914), 41; 232 (marzo), 81; y 233 (abril), 121.

[3] Holt Büttner: *op. cit.*, p. 23.

conglomerados de elementos rurales, pues ambos bandos tenían lo mismo antiguos maderistas que revolucionarios advenedizos e inclusive algunos viejos científicos y reyistas. Un visitante norteamericano, que andaba tratando de sacar a relucir las vergüenzas de otros, sólo pudo distinguirlos cuando descubrió cuál de ellos disfrutaba del apoyo de Wall Street.[4]

Pero, como entendió ese norteamericano, estaba en juego algo más que el poder. Al tratar de decidir a cuál de los grupos unirse, un joven periodista mexicano se percató de la diferencia. Lo que dijo del villismo, al cual finalmente se unió, revela una clara percepción del carácter del mismo. Llamó a la revolución villista "descontentadiza, libérrima, inconsciente, arrolladora".[5] Más fuerza de la naturaleza que de la política, los villistas eran la conmoción rampante. Estos norteños errabundos no podían darle un objetivo real a su populismo. Vaqueros, arrieros, bandidos, peones de ferrocarril, buhoneros, peones refugiados, los villistas carecían de intereses de clase definidos o de ataduras a algún terruño. Y para algunos ambiciosos, como el general Felipe Ángeles, este desorden era una oportunidad. Repudiando a Huerta, Ángeles se había unido a la revolución con la esperanza de llegarse a convertir en su jefe militar y más tarde, quizá, en presidente de la República. El cuartel general que le pareció más fácil de gobernar, porque ningún otro hubiese podido o querido hacerlo, fue el de Villa; y en él llevó a cabo sus intrigas.[6] Pero ni siquiera él podía darle una dirección clara al villismo. Villa era la encarnación misma de la irregularidad y sus hombres lo tomaban por modelo.

El grupo de Carranza, por otra parte, tenía pretensiones de legitimidad formal. Los nuevos y nacionalistas hombres de empresa que constituían su alto mando y sus cuadros locales eran muchísimo más concienzudos y reflexivos que los villistas. Si saqueaban, no era por divertirse sino por negocio. Las fortunas que los generales carrancistas buscaban estaban mucho más allá de las ensoñaciones de los errabundos, tenían que ser garantizadas y sobre todo cumplir con el requisito supremo de estar oficialmente certificadas y ser socialmente aceptables. Y para lograrlas tenían una política positiva inequívoca. Primero, purgarían al gobierno completamente, razón por la cual temían a Ángeles, de quien sospechaban que sería capaz de transar con sus antiguos camaradas del ejército para quedarse con el poder. Y después organizarían su propio régimen, un sólido sistema de reformas mediante el cual podrían llegar a la presidencia.

Al margen de esta disputa estaban los zapatistas. Como el villismo, su movimiento era populista y no tenía nada de oficial. Pero su grupo,

[4] Lincoln Steffens: *Autobiography* (Nueva York, 1931), p. 715. Según él, Villa tenía esta mancha.

[5] Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente* (9a. ed., México, 1962), pp. 213-14.

[6] Luis Fernando Amaya C.: *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916* (México, 1966), pp. 17-18, 24-5. Basilio Rojas: *La Soberana Convención de Aguascalientes* (México, 1961), p. 61.

nacido de la independiente revolución de Ayala, disfrutaba de una extraordinaria solidaridad política. En el aislamiento y la pobreza, los zapatistas se habían hecho ya de una sólida base en los pueblos de Morelos y habían definido su objetivo al declarar que consistía en la defensa de los pueblos. Y reclutas recientes habían apretado su cohesión con una ideología rigurosa y militante. Los recién llegados eran intelectuales de la capital, refugiados de la Casa del Obrero Mundial anarco-sindicalista que Huerta había cerrado en mayo de 1914. Al quedar proscritos por la ley, los de la Casa del Obrero Mundial se dividieron. Muchos se dedicaron a la lucha clandestina en la capital, para sumarse más tarde a los carrancistas y ayudar a organizar a los trabajadores en Batallones Rojos. Otros escaparon hacia el sur, para llegar a Morelos, o mantuvieron estrecho contacto con quienes lo hicieron, como Antonio Díaz Soto y Gama, Rafael Pérez Taylor, Luis Méndez, Miguel Mendoza López Schwerdtfeger y Octavio Jahn. Los hombres que se fueron al sur, todos los cuales eran radicales de la ciudad, no eran particularmente anarco-sindicalistas y Pérez Taylor, Méndez y Mendoza L. Schwardtfeger se preocuparon principalmente por las clases trabajadoras urbanas y parecían vagamente marxistas. Jahn era un sindicalista francés, que decía ser veterano de la Comuna de París de 1871. Soto y Gama, joven abogado que había ayudado a fundar tanto el movimiento liberal de 1899 como el partido socialista de 1912, era un apasionado discípulo del credo del buen campesino de Tolstoi y de Kropotkin.[7] Pero todos juntos, estos revolucionarios profesionales proporcionaron una teoría, la de "Tierra y Libertad". Y el cuartel general zapatista de Palafox los recibió y les asignó diversos puestos de secretaría. Soto y Gama se puso a la cabeza por lo que toca a la concepción y perfeccionamiento de las ideas; la doctrina del agrarismo y el culto de los agraristas fueron principalmente obra suya. Así, pues, durante el verano y el otoño de 1914, los zapatistas, cada vez más, propusieron el agrarismo no sólo como un elemento necesario de la política nacional, sino como la política más importante, o aun exclusiva. El propio Zapata y sus jefes campesinos no eran en realidad tan ambiciosos; nunca cambiaron el lema modesto del Plan de Ayala: "Reforma, Justicia, Libertad y Ley". Pero su intransigencia local aparentemente confirmó las rígidas proclamaciones de sus nuevos agentes.

Ya desde el momento de su victoria sobre Huerta, los principales jefes de la nación habían comenzado a prepararse para las nuevas luchas, tanto política como militarmente. Villa y Ángeles se habían retirado a Chihuahua para reunir y consolidar sus fuerzas. Y en el centro y el sur, la cooperación informal entre los constitucionalistas y los zapatistas en el campo (los tratos entre camaradas que se habían efectuado especialmente

[7] Rosendo Salazar: *La Casa del Obrero Mundial* (México, 1962), pp. 145-9, 187, 212-15. Miguel Mendoza L. Schwerdtfeger: *¡Tierra libre!* (México, 1915). Entrevista personal con Soto y Gama.

en Michoacán, el estado de México y el Distrito Federal) no tardó en suspenderse.[8]

Los carrancistas presentaron sus reclamaciones inconfundiblemente. En la noche del día en que el ejército federal se rindió a Obregón, el 13 de agosto, patrullas zapatistas de reconocimiento observaron que los federales no evacuaban las pequeñas poblaciones de la parte sur del Distrito Federal en que estaban apostados hasta que los constitucionalistas llegaban para remplazarlos.[9] Sin que lo supieran los zapatistas, esta transacción se ajustaba al pie de la letra a la rendición que Obregón había negociado ese mismo día en Teoloyucan.[10] Así, pues, los carrancistas bloquearon el camino de Zapata hacia la capital.

Los jefes zapatistas no se deberían haber sorprendido por causa de esta hostilidad. Se habían enterado ya de que, en el norte, los constitucionalistas habían aniquilado a los pocos jefes que todavía se adherían al Plan de Ayala.[11] Y el propio Zapata jamás había ocultado su independencia respecto del señorial Carranza. Ya desde mayo de 1913 públicamente había hecho referencia no sólo a Carranza, sino a diversos jefes llamándolos dirigentes del "movimiento armado del Norte".[12] Hacia octubre de 1913, había advertido las excepcionales pretensiones del "movimiento carrancista".[13] Cuando nombró "embajadores" para tratar lo de una unión con los norteños, los envió no sólo al cuartel general de Carranza sino también a siete jefes diferentes. En febrero de 1914 un agente constitucionalista conferenció varias veces con Zapata para incitarlo a "que se puciese [sic] de acuerdo con el general [sic] Carranza, o mejor dicho, que reconociese a éste sin taxsativas [sic] e incondicionalmente...; al dar este paso —le aseguró a Zapata— pronto se vería satisfecho él, y su partido en sus aspiraciones políticas y agrarias". Pero este y otros esfuerzos constitucionales resultaron infructuosos. "Mis razonamientos fueron oídos —se quejó más tarde el agente— pero no atendidos y por ende descechados [sic]. Ya ve usted —le había dicho Zapata— cómo nadie, ni Villa, reconocen al señor Carranza." [14] Hacia el final de la guerra, habiendo recibido horribles informes acerca de Carranza que le hicieron llegar los

[8] Magaña: *op. cit.*, IV, 275-92. Romero Flores: *op. cit.*, pp. 124-5. I. Thord-Gray: *Gringo Rebel (México, 1913-14)* (3a. ed., Coral Gables, 1961), pp. 380-7.

[9] Magaña: *op. cit.*, IV, 240. Thord-Gray: *op. cit.*, p. 388.

[10] Véanse los artículos 3 y 4 de las condiciones de evacuación y disolución, en Juan Barragán: *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*, 2 vols. (México, 1946), I, 600-2. Véanse también las órdenes del general Obregón a Lucio Blanco, cuyas tropas relevaron a las federales en los pueblos situados al sur de la ciudad de México, en Armando de Maria y Campos: *La vida del general Lucio Blanco* (México, 1963), p. 104.

[11] Manuel Palafox: "La paz que Carranza propuso a Zapata", *El Universal*, 28 de junio de 1934.

[12] *El Imparcial*, 1º de mayo de 1913.

[13] Zapata a F. Vázquez Gómez, 24 de octubre de 1913, AZ.

[14] G. García Aragón a A. Robles Domínguez, 5 de agosto de 1914, ARD, 9: C: 24.

anarcosindicalistas y los conservadores desesperados, Zapata dio a conocer su actitud. No sólo no reconocería como primer jefe a Carranza, le dijo a un enviado carrancista (Gerardo Murillo, intelectual de la Casa del Obrero Mundial, mejor conocido por su seudónimo de pintor, el de Doctor Atl), sino que ahora insistía también en que "todos los revolucionarios de la República reconozcan el Plan de Ayala", que lo nombraba a él, a Zapata, Jefe Supremo, mientras una junta nacional nombraba a un presidente interino.[15] Poco después, los secretarios de Zapata, Palafox, Soto y Gama y Reynaldo Lecona, censuraron a Carranza ante otros enviados carrancistas por considerarlo "elemento malsano" y "burgués... que no podría reconocer el Plan de Ayala".[16] Y, por su influencia, Zapata llegó inclusive a poner en tela de juicio la sinceridad personal de Carranza. Al día siguiente de la llegada de Carranza a la ciudad de México, Zapata le escribió con entera libertad a Lucio Blanco, que era uno de los generales constitucionalistas de rango más elevado: "Yo le diré a usted con toda franqueza que este señor Carranza no me inspira mucha confianza, le veo muchas ambiciones y dispuesto a burlar la obra del pueblo..."[17]

Y si los carrancistas habían negado la entrada en la capital a los zapatistas, éstos tampoco habían permitido que se invadiesen sus dominios. Durante estos días, alrededor de 300 constitucionalistas que andaban en busca de pastos para los caballos y mulas de los ejércitos norteños trasladaron un gran rebaño a las altas llanuras de los alrededores de Chalco. El jefe zapatista de allí los rodeó, los desarmó y los envió como prisioneros al cuartel general sureño de Yautepec. A los soldados se les dejó en libertad, pero los oficiales quedaron presos.[18] Además no era ningún secreto que los zapatistas habían hecho tratos con Villa, el rival más peligroso de Carranza. Tan pronto como Villa sobresalió en las campañas constitucionalistas, Zapata lo reconoció como jefe de igual rango que el de Carranza. Villa fue el primero de los siete jefes a quienes envió sus "embajadores". Y en noviembre de 1913 comenzó realmente un enlace personal. Por falta de dinero los "embajadores" zapatistas no pudieron ir al norte, pero Gildardo Magaña sí lo hizo, pagándose él mismo los gastos. El año anterior, durante el régimen de Madero, el joven Magaña se había pasado algunos meses en la penitenciaría de la ciudad de México con Villa. En la cárcel, por haber ayudado a Villa a aprender los rudimentos de la lectura y de la escritura, se ganó la amistad de éste. Magaña le explicó también el Plan de Ayala.[19] De manera que cuando Magaña llegó a Matamoros, dando un largo rodeo por Veracruz, La

[15] Actas de la conferencia entre Zapata y el Doctor Atl, 28 de julio de 1914, AZ, 27: 21.

[16] Informe sin firmar a A. Robles Domínguez, (s.f. ¿principios de agosto de 1914?), ARD, 11: 31: 32.

[17] Zapata a Blanco, 21 de agosto de 1914, AZ, 27: 21.

[18] Magaña: *op. cit.*, IV, 242.

[19] *Ibid.*, II, 146-64.

Habana y Nueva Orleáns, consideró naturalmente que Villa era el norteño con el que más le convendría tratar.[20] Y no tropezó con obstáculos. Carranza se encontraba entonces en el otro lado del país, en Sonora; y el general revolucionario que mandaba en los estados de Tamaulipas y Nuevo León, los cuales tenía que cruzar para acercarse a Villa, que se hallaba en Chihuahua, era Lucio Blanco, que recientemente había cobrado fama de simpatizador del agrarismo al expropiar una hacienda del lugar y dividirla entre sus peones. El jefe del Estado Mayor de Blanco era un íntimo amigo de la infancia de Magaña, Francisco Múgica. En este ambiente, las esperanzas de Magaña se acrecentaron y poco después de la dramática victoria de Villa en Ciudad Juárez, del 16 de noviembre, se dirigió allí para conferenciar con él. Era imposible saber cuán firme era la devoción "social" de Villa, pero por lo menos al bien intencionado Magaña le pareció sincero. Había rechazado las proposiciones de Carranza para que abrogara las pocas reformas agrarias iniciadas anteriormente en Chihuahua durante el régimen maderista. Inclusive estaba planeando crear una comisión agraria estatal para continuar la reforma. También elogió a otros jefes norteños que tenían simpatías agraristas, como Calixto Contreras y Orestes Pereyra, de su nativo Durango. Y aunque no había tenido el gusto de conocer a su compañero Zapata, estaba cordialmente de acuerdo con su deseo de realizar una unión de los "revolucionarios de principio". Para demostrar su interés, comenzó a sostener una correspondencia con Zapata.[21]

En marzo de 1914, los agentes villistas encontraron en Zapata oídos atentos: las noticias que trajeron consigo podrían dar lugar a una junta general de los principales jefes sureños.[22] A mediados de agosto, circulaban informes por la ciudad de México en los que se decía que los enviados de Villa eran figuras respetadas en el cuartel general zapatista. Un villista, con el cual Magaña había conversado anteriormente, pidió específicamente a Zapata "mostrarse enérgico contra Carranza".[23]

En el campo carrancista, sin embargo, muchos jefes también apreciaron el valor de un entendimiento con Zapata. Como ellos mismos eran radicales, estaban de acuerdo con su lucha por la reforma agraria. Además, temían las consecuencias últimas de que se pasase al bando de Villa. Un eje Villa-Zapata estorbaría a los constitucionalistas la toma del poder, y esto podría permitir que una astuta camarilla conservadora se quedara con el mismo. Especialmente, temían a Felipe Ángeles, por sus conexiones y compromisos de fidelidad con los federales. Ni siquiera para impedir los progresos de este último, se atrevieron a tratar el tema de Zapata con su primer jefe. Para Carranza, la "chusma" de Zapata era

20 Un relato de este viaje se encuentra en *ibid.*, III, 271-4.

21 Para la conferencia véase *ibid.*, III, 284-8.

22 García Aragón a A. Robles Domínguez, 5 de agosto de 1914, ARD.

23 Marte R. Gómez: "La reforma agraria en las filas villistas" (MS, 1965), pp. 33-34. Consulté este manuscrito gracias a la generosidad del autor.

lo mismo que las "turbas" de 1912 de Emilio Vázquez, y ninguno de ellos era mucho mejor que los traidores de Orozco, con los cuales ambos se habían aliado en contra de Madero, y se negaba absolutamente a concertar alguna unión con el movimiento de Morelos.[24] Pero independientemente, mientras Villa y Zapata cultivaban poco a poco sus relaciones mutuas, los voceros carrancistas del centro y del sur habían hecho todo lo que podían por conquistarse para su lado a Zapata, o al menos para mantenerlo alejado de Villa. El 27 de julio el secretario privado de Carranza le escribió a Zapata ofreciéndole suministros militares a cambio de su apoyo al primer jefe.[25] Luego tuvo lugar la entrevista del Doctor Atl en Yautepec.

Estos carrancistas cifraban sus esperanzas principales en el hecho de que Zapata no se había comprometido formalmente con Villa. La conexión sureña con el movimiento de Chihuahua seguía siendo ocasional y cautelosa. Zapata no se había vuelto completamente contra los carrancistas, pues en Michoacán, Guerrero, México y Puebla vivía en paz con ellos. Pero esto no era señal de que les tuviese simpatía. Era simplemente que Zapata no confiaba en ningún otro dirigente nacional; y mientras no confiase permanecería independiente. "Revoluciones irán y revoluciones vendrán —le había dicho al agente carrancista en febrero— y él seguirá la suya." Villa podía tolerar esta actitud e inclusive estimularla, pero Carranza no podía tolerarla, y mucho menos reconocerla; la revolución independiente ponía en peligro sus aspiraciones a ser reconocido como jefe de toda la resistencia legítima contra Huerta. A medida que fueron teniendo éxito las operaciones zapatistas en el sur, Carranza se fue enfadando más y volviéndose más intransigente. Fue siendo cada vez más difícil para sus subordinados prepararlo para alguna transacción.

Al terminar la guerra, todavía no se había efectuado formalmente nada, aun antes de que los carrancistas hubieren cerrado el paso de los zapatistas hacia la capital y, de tal manera, planteado por primera vez, abiertamente, la posibilidad de una alianza entre Villa y Zapata. A pesar de los resentimientos que había en ambos bandos, el camino a un entendimiento quedaba abierto por el momento. Ningún jefe revolucionario dominaba hasta tal punto su campo que pudiese pisotear los sentimientos de sus lugartenientes. Y antes de que se produjesen compromisos públicos, muchos dirigentes carrancistas consideraron que era necesario abrir negociaciones regulares, ya fuese para satisfacer a sus oficiales reformistas y demostrar que no era posible tratar con Zapata, o para debilitar la resolución de los oficiales enemigos o para ver si realmente subsistía alguna posibilidad de llegar a un entendimiento político. Y los dirigentes zapatistas respondieron por razones semejantes, para unificarse a sí mismos, para dividir al otro bando y para ver realizadas sus propias espe-

[24] Alfredo Breceda: *México revolucionario, 1913-1917*, 2 vols. (Madrid, 1920; México, 1941), I, 435.

[25] Zapata a Alfredo Breceda, 21 de agosto de 1914, AZ, 27: 17.

ranzas de paz. Además, la gente anhelaba ya la tranquilidad. Y así comenzaron las conversaciones.

Después de que Obregón ocupó la ciudad de México, los carrancistas y los zapatistas conferenciaron casi diariamente. Mientras Carranza esperaba en Tlalnepantla el momento de entrar en la capital, un agente zapatista, autonombrado, Alfredo Serratos, se entrevistó con él y otros dirigentes y aceptó llevar sus ofrecimientos a Zapata. Allí también, dos miembros del personal de de la O se entrevistaron con el primer jefe por su propia cuenta. [26] Y su visita impresionó a Carranza lo suficientemente como para escribirle una carta a Zapata en la que proponía una "entrevista" personal dondequiera que Zapata eligiese.[27] Entre los oficiales carrancistas de la ciudad de México que hablaban de concertar un trato con Zapata, el que tomó la iniciativa fue Lucio Blanco. Dándose cuenta del peligro que representaban las divisiones revolucionarias se reunió secretamente con otros cuatro generales carrancistas el 17 de agosto y decidió mandar a un agente confidencial al sur. El agente había de entregarle a Zapata un regalo personal de Blanco, un revólver Colt de calibre 44, con incrustaciones de oro, y asegurarle a Zapata que había jefes constitucionalistas que obligarían a Carranza a promulgar reformas agrarias.[28] Luego, el 18 de agosto, el Doctor Atl intervino de nuevo al escribirle a Zapata en nombre de Blanco, para arreglar la conferencia.

Pero aunque continuaron las conversaciones, no establecieron los fundamentos de un entendimiento recíproco y ni siquiera aflojaron la tensión. Carranza se mostraba inflexible en lo tocante a su pretensión de ejercer la autoridad ejecutiva a través del Plan de Guadalupe. Quería la paz, pero no quería transar. Temiendo por la existencia misma de México como nación, si el grupo de Villa llegaba al poder, veía en Zapata únicamente un cómplice de la obra subversiva y de desorden de Villa. Todo lo que hacía Zapata estaba mal, aun en aquellos casos en que Carranza había propuesto una acción semejante. "Esto de repartir tierras es descabellado", le dijo a los enviados de de la O, aun cuando él mismo había declarado ya que la reforma agraria era inevitable. Lo que contaba para Carranza era que la reforma tuviese una fuente oficial, que literalmente emanase de una oficina metropolitana. Y para él, los zapatistas no eran sino forajidos del campo, peones advenedizos que nada sabían de cómo gobernar. Si era verdad que habían luchado contra Huerta, también era cierto que habían respaldado a Orozco contra Madero. Le advirtió a una comisión zapatista que al menos que los sureños depusiesen las armas ordenaría que se les atacase "como a bandidos".[29]

Zapata no era menos obstinado. Para él la cuestión delicada era la de la constitución de un gobierno interino, que controlaría las elecciones de

[26] Magaña: *op. cit.*, IV, 247-51.
[27] Carranza a Zapata, 17 de agosto de 1914, AZ, 27: 17.
[28] Thord-Gray: *op. cit.*, pp. 395-8.
[29] Magaña: *op. cit.*, IV, 261-70.

los nuevos gobiernos federal y estatal. Si Carranza llegaba a la presidencia, Zapata creía, con buenas razones, que trataría de sofocar el movimiento sureño y de arruinar la causa agrarista. A juicio de Zapata, sólo un régimen constituido de acuerdo con su Plan de Ayala podría garantizar la promulgación y la ejecución de la reforma agraria. Y esto no se debía al artículo 3 reformado del Plan, que lo había declarado jefe supremo de la revolución, sino al artículo 12, que fijaba los procedimientos para sustituirlo, la convocación de una gran junta de los jefes y los grandes ejércitos populares de la nación, la cual nombraría a un presidente interino. Y al igual que Carranza, Zapata no estaba dispuesto a transar antes de que se reconociese su plan. Las informaciones que sus secretarios le hacían llegar continuamente en lo relativo a Carranza lo confirmaron en sus ideas. El primer jefe norteño, decían los informes, era un viejo "cabrón", ladrón y ambicioso, rodeado de abogados coludidos con él, que eran indiferentes a las miserias y desdichas del pueblo.[30]

Con calculada falta de respeto se negó a dar el título de delegados formales a los agentes que envió a Carranza. Al propio Carranza le escribió diciéndole que "las personas que se han acercado a usted con carácter de representantes míos, no lo son, y no tengo ningún representante en la ciudad de México". Señalando que "el triunfo que dice usted que ha llegado, de la causa del pueblo", no estaría de hecho confirmado hasta que "la revolución del Plan de Ayala" entrase en la capital, le advirtió que era "muy necesario" que Carranza y los demás jefes norteños firmasen el Plan sureño. Y en lo tocante a la entrevista personal que Carranza había sugerido, Zapata declaró su buena disposición, "para lo cual", terminó diciendo "le recomiendo se sirva pasar a esta ciudad de Yautepec, en donde hablaremos con toda libertad..." [31]

Desde el cuartel general zapatista salía regularmente propaganda contra el presunto primer jefe. Zapata escribió a Villa para decirle que las aspiraciones presidenciales de Carranza eran "muy peligrosas". Las ambiciones del viejo serían causa de otra guerra, dijo, "pues los revolucionarios que sostenemos el citado plan [de Ayala] de ninguna manera permitiremos que sea burlado en lo más insignificante".[32] En la ciudad de México, un agente zapatista le dijo al embajador de Brasil que su jefe "nunca reconocería a Carranza".[33] Y con la firma de Amador Salazar apareció un curioso y confuso manifiesto, redactado probablemente por Montaño, en el que declaró su preocupación porque "el señor Carranza, que ya está en posesión del Gobierno Provisional de la República, no ha hecho todavía ninguna declaración franca sin reservas acerca de su actitud respecto de nuestro General en Jefe, Emiliano Zapata..." [34] El

[30] A. R. Serratos a Magaña, 1º de octubre de 1914, AZ, 27: 7.
[31] Zapata a Carranza, 17 de agosto de 1914, AA.
[32] Zapata a Villa, 21 de agosto de 1914, AZ, 27: 17.
[33] Canova al secretario de Estado, 21 de agosto de 1914, NA, 59: 812.00/12959.
[34] Al Ejército Libertador de la República de México, 23 de agosto de 1914, *ibid.*, 13006 1/2.

23 de agosto, Zapata trató de llamar por primera vez la atención de Estados Unidos en una larga carta abierta dirigida al presidente Wilson, en la cual condenaba al "señor V. Carranza y su camarilla de políticos ambiciosos".[35] Dos días más tarde le escribió a Villa de nuevo que había llegado el momento de establecer un gobierno provisional, por obra de los jefes revolucionarios. Si Carranza obraba de otra manera, Zapata soltó la balandronada de que tenía 70 000 hombres con máuseres que librarían la guerra hasta el final.[36] En privado, no subestimó a las fuerzas carrancistas. Hacia estas fechas, Soto y Gama le pronosticó que Carranza desaparecería de la escena en uno o dos años más. Zapata no estuvo de acuerdo: se necesitaría mucho más tiempo, hasta que los generales de Carranza se exasperaran y lo abandonaran. Pero mientras esto no ocurriese, se mantendría en el poder.[37]

Sin embargo, las presiones en favor de la paz siguieron siendo fuertes. La prensa metropolitana las reforzó al publicar rumores de que los carrancistas y los zapatistas estaban sosteniendo conversaciones.[38] Y lo que era más importante, los agentes consulares norteamericanos de la capital estaban tratando de apadrinar negociaciones. Indirectamente, sus esfuerzos dieron lugar a las únicas conversaciones formales que se efectuaron entre los dos bandos.

Durante meses, los norteamericanos habían tratado de acercar a los zapatistas y a los constitucionalistas a fin de obtener su "cooperación" para el establecimiento y conservación de la paz, después de la caída de Huerta.[39] Y el 23 de agosto, Carranza le insinuó a un agente, John Silliman, que tal vez los buenos oficios de Estados Unidos podrían servir para arreglar una conferencia entre él y Zapata.[40] Casi sin duda, quería que los norteamericanos invitasen a Zapata a la ciudad de México, lo cual obligaría a éste a humillarse políticamente o a desacreditarse diplomáticamente. Al día siguiente, Carranza le dijo a Silliman de plano que estaba dispuesto a aceptar su ofrecimiento de arreglar una conferencia con Zapata.[41] Era ésta una cuestión delicada, como advirtió el agente, pero la resolvió discretamente haciendo que un representante de la Cruz Roja norteamericana le comunicase a Zapata el deseo de entablar conversaciones. El agente de la Cruz Roja, Charles Jenkinson, sostuvo una larga y confidencial conferencia con Zapata el 25 de agosto. Pero su informe fue desalentador. La actitud de Zapata respecto de Carranza era "decididamente hostil", observó Jenkinson. Aunque el jefe sureño insistió en que era imperativamente necesaria una conferencia entre él y Carranza, repi-

[35] Zapata a Wilson, 23 de agosto de 1914, AZ, 27: 17 y NA, 59: 812.00/12998 1/2.
[36] Zapata a Villa, 25 de agosto de 1914, AZ, 27: 17.
[37] Entrevista con Soto y Gama.
[38] *El Liberal,* 18-20 de agosto de 1914.
[39] Lind al secretario de Estado, 3 de abril de 1914, NA, 59: 812.00/11396.
[40] Silliman al secretario de Estado, 23 de agosto de 1914, *ibid.,* 12967.
[41] Silliman al secretario de Estado, 24 de agosto de 1914, *ibid.,* 12986.

tió que tenía que efectuarse en su propio campo militar. Jenkinson se enteró también de que en el campamento de Zapata había emisarios de Villa y observó que se les trataba "con la mayor consideración". No obstante (y sin duda para disgusto de Carranza) consideró que era muy probable que Zapata aceptase conferenciar en un lugar mucho más cercano si lo proponían los norteamericanos, pero no de otra manera. Silliman y Jenkinson le dieron a conocer a Carranza sus opiniones el 26 de agosto, aunque "no se consideró oportuno entrar en detalles".

Carranza se encontraba ahora en un aprieto. Habiendo pedido la intervención norteamericana mal podría condenar sus frutos. Sin embargo, como era extremamente sensible a la intromisión extranjera en los asuntos mexicanos, no quería que agentes de Estados Unidos participaran realmente en las negociaciones entre él y sus rivales nacionales. Por lo tanto, doblándose para no quebrarse, hizo su juego. Por una parte, no rechazó la posibilidad de una mediación norteamericana. Aunque rechazó de nuevo la proposición de reunirse con Zapata en Yautepec y aun cuando, como señaló Silliman, "sigue menospreciando a Zapata", indicó que si los demás contactos fallaban aceptaría que el presidente de Estados Unidos nombrase intermediarios para entablar negociaciones. Por otra parte, se reservó el derecho de concertar primero sus propios tratos con Zapata.[42] De esta manera restableció el control mexicano de las negociaciones, a condición de ponerse a efectuarlas.

Afortunadamente para él, el más reciente delegado carrancista ante Zapata le entregó un informe prometedor. Era obra de Juan Sarabia, antiguo liberal, antiguo editor del *Diario del Hogar*, que había sido el primero en publicar el Plan de Ayala y era un viejo amigo de Antonio Díaz Soto y Gama. Autorizados por el jefe de la policía del Distrito Federal, él y un ayudante, Ramón Barrenechea, habían hecho el viaje a Cuernavaca para "conferenciar con el señor general Emiliano Zapata a fin de lograr la unificación de los ejércitos del norte y del sur para consumar la paz que tanto necesita la patria".[43] Una vez en Morelos, Sarabia tuvo oportunidad de hacer una estimación de Zapata, de su cuartel general y de sus fuerzas. Nada de esto lo impresionó. El ejército sureño estaba bien pertrechado gracias al material capturado en Cuernavaca, pero a pesar de las balandronadas de Zapata, Sarabia se enteró de que constaba de unidades activas de sólo unos quince mil hombres, y además mal entrenados y organizados. En el cuartel general, Palafox controlaba perfectamente todo el personal, pero a Sarabia le pareció "una medianía de pueblo en todos sentidos". El propio Zapata era "como un Mesías" para sus partidarios, pero como "ilustrado o político", estimó

[42] Silliman al secretario de Estado, 26 de agosto de 1914, *ibid.*, 13015.

[43] Para esta conferencia, véase el informe de Sarabia acerca de los acuerdos entre Ramón R. Barrenechea y Emiliano Zapata, 25 de agosto de 1914, ARD, 11: 31: 64 y Sarabia a John Kenneth Turner, 26 de enero de 1915, citado en Carlos Basave del Castillo Negrete: *Notas para la historia de la Convención Revolucionaria (1914-1915)*, (México, 1947), pp. 76-93.

Sarabia, "no tiene ni siquiera nociones. . . está ensoberbesido [sic]". No obstante, Sarabia no perdió todas las esperanzas. A los demás secretarios que rondaban por el cuartel general (Soto y Gama, Luis T. Navarro, Genaro Amezcua y Montaño) los consideró como hombres inteligentes y comprensivos, "buenos amigos míos. . . y en un caso dado algo harían en pro de la paz".

Hasta Zapata, consideró, podría responder si se le trataba adecuadamente. Cuando Amezcua le había explicado a su jefe que Sarabia traía una carta de Antonio Villarreal, Zapata había manifestado inmediatamente su interés. Conocía a Villarreal como otro camarada de Soto y Gama en el Partido Liberal, y se había enterado, por Magaña, de las reformas agrarias que Villarreal había efectuado recientemente como gobernador revolucionario de Nuevo León. Apenas cuatro días antes le había escrito a Villarreal, elogiándolo como "hombre patriota y honrado. . . que sabrá defender la causa del pueblo".[44] Y ahora, le habló muy bien de él a Sarabia, así como de Luis Cabrera y de Lucio Blanco. Por sugerencia de Amezcua, sin consultar con Palafox, le dio a Sarabia autorización escrita para invitar a Villarreal, a Cabrera y a Blanco a una conferencia en Cuernavaca. En la nota expresó sus "mejores deseos de llegar a un arreglo cordial con todos los revolucionarios que sostuvieran los mismos principios".

En resumidas cuentas, entonces, Sarabia le informó a Carranza que no sería "difícil, ni menos imposible hacerlo entrar a un arreglo satisfactorio". Aconsejó que se enviase una última comisión a Morelos, y que Lucio Blanco y Villarreal formasen parte de la misma. Aconsejó, además, que los carrancistas atendiesen a la petición de Zapata en el sentido de que una junta revolucionaria nacional nombrase al presidente interino, puesto que los carrancistas eran tan numerosos que la podían dominar. Y si fallaba este último esfuerzo por establecer la paz, dijo, no se necesitaría de una campaña prolongada para asfixiar a los zapatistas.

Carranza se mostraba tan escéptico como siempre, pero, para mantener alejados a los norteamericanos, tenía que negociar. Por cierto, las circunstancias de estas conversaciones serían por demás favorables: a causa de la invitación zapatista, no tendría que asistir en persona a la conferencia, sino que podría mandar a los enviados que Zapata había pedido ver. De manera que nombró la comisión. Suspicazmente, no permitió que Blanco fuese y no autorizó a los delegados a que hiciesen ninguna concesión. Pero, en el entusiasmo general, estas cautelas y reservas no se advirtieron. Y el 27 de agosto la comisión partió hacia el sur, formada por Luis Cabrera, que entonces era el consejero civil más íntimo de Carranza, y Villarreal, acompañado del intermediario Sarabia. Para los editorialistas revolucionarios de *El Liberal* era casi seguro que se alcanzaría un resultado favorable. En sus páginas, el Doctor Atl escribió

[44] Zapata a Villarreal, 21 de agosto de 1914, citado en Magaña: *op. cit.*, v, 16-17.

largo y tendido acerca de su propia "larga conferencia" con Zapata del mes anterior e hizo mención de "el aprecio nacional" debido a los guerreros sureños "tenaces e invencibles". "Yo tengo la firme convicción —declaró— de que el general Antonio I. Villareal y el licenciado Luis Cabrera podrán traer mañana a los habitantes de la capital y a la conciencia de toda la Nación la palabra que es necesaria, no sólo para nuestra paz, sino para cumplir con la justicia." [45]

Esto era una fantasía. Cuando los carrancistas llegaron a Cuernavaca para conversar, les sorprendió tanto lo que vieron que inmediatamente se advirtió cuán escasas eran las posibilidades de un entendimiento. Pues al entrar en la arruinada capital provinciana penetraron en un mundo completamente diferente del de la ciudad de México. Cuernavaca se había convertido en una ciudad de la que se había apoderado la gente del común del campo de Morelos, que la había convertido en su campamento y se había apropiado de ella. Y todas las virtudes y defectos de la gente del común del campo invadían la atmósfera de la ciudad. Para su incomodidad, los constitucionalistas no acertaban a distinguir quién era jefe y quién no lo era: salvo por unos cuantos charros, los dirigentes zapatistas vestían como sus partidarios, con los huaraches y el calzón blanco de trabajo que todos los agricultores de Morelos vestían. Muchos de ellos no sabían leer, ni escribir. Y cuando expresaban sus opiniones en las reuniones, lo hacían a la manera de la gente sencilla, menos capaz de elocuencia que de valor mudo, con una franqueza tortuosa carente de sintaxis y luego, de pronto, directa y al grano.

Y lo que les pareció peor a los enviados carrancistas fue la desconfianza provinciana con la que tropezaron. Como hombres de mundo acostumbrados a toda una variedad de escenarios y de personas, y a las cortesías sociales de los políticos, se sintieron ofendidos por el orgullo sencillo, intenso que los revolucionarios de Ayala sentían por su causa local. "La única forma de entender el triunfo de la revolución por los zapatistas —informaron más tarde Cabrera y Villarreal— es que el Plan de Ayala triunfe en todas sus partes... El nombre mismo del Plan de Ayala es tan importante que se cree indispensable mencionarlo como admitido para convencer a los revolucionarios de que ha triunfado este plan." [46]

La hostilidad que sintieron los emisarios enviados era, en parte, algo deliberado, que emanaba del cuartel general zapatista. En él, Palafox, por encima de cuya autoridad habían pasado sus ayudantes al sugerir las conversaciones, había recuperado el control y restablecido su política de no hacer concesiones. Para él, conceder facultades al rival de Zapata, Carranza, era favorecer las carreras políticas de sus propios rivales en el cuartel general carrancista; y ya no era capaz de esta generosidad. En los últimos meses, había surgido en él un devorador apetito de mando. Su firma, en otro tiempo modesta y clara, era ahora ampulosa, hinchada.

[45] *El Liberal*, 28 y 29 de agosto de 1914.

[46] Para este informe a Carranza, véase Magaña: *op. cit.*, v, 82-90.

El pequeño Manuel Palafox se había convertido en figura de relieve nacional, en un ministro en potencia, por lo menos. Si ayudase a provocar la caída de Carranza y la desintegración del partido carrancista, indudablemente encontraría un lugar en el gabinete revolucionario.

Lo respaldaba en su tarea de poner obstáculos a los agentes carrancistas un recién llegado al campo sureño, Alfredo Serratos. Los fines evidentes de este zapatista advenedizo eran también los de su propia carrera personal. Había intervenido ya en las relaciones de Carranza y Zapata, presentándose ante cada uno de ellos, falsamente, como representante del otro. Antiguo maderista y amigo de Soto y Gama, Palafox le desagradaba personalmente ("hombre perverso y sanguinario", como más tarde lo calificó) pero por el momento se tragó su desagrado y alentó a Palafox. Tal vez Serratos era, en secreto, un agente villista; había sido un hombre destacado en lo político y en lo militar en Hidalgo, que era el lugar de origen de Felipe Ángeles, más tarde cooperó estrechamente con éste y finalmente regresó al norte para sumarse al ejército villista.[47] En todo caso, el papel que ahora desempeñó fue el de ayudar a intensificar el antagonismo entre Carranza y Zapata. Pero la xenofobia de Morelos no comenzó con Palafox y Serratos, que no eran de allí.

La fuente real de la desconfianza era el miedo que prevalecía en el estado, un miedo nacido de los abusos y de las traiciones que los forasteros habían perpetrado allí en el pasado. Perfectamente representativo de los sentimientos de su pueblo (e inclusive de sus debilidades) era Zapata, el jefe de Morelos. Zapata tenía una idea clara de la importancia de la reunión con Villarreal y Cabrera. Ofrecía esperanzas de una integración de las reformas locales que él y sus hombres habían conquistado en un sistema nacional. Pero era precisamente la importancia de la reunión lo que le hacía temerla. Misteriosamente, la gente del común de Morelos había elegido a un dirigente del cual no se podía estar más seguro, es decir. Zapata no podría haberse sentido más obligado con ellos. Un hombre obsesionado por su autenticidad, que no era capaz de fallar en el cumplimiento de una promesa, aunque le fuese la vida en ello. Pero el valor de una clase puede encubrir otra clase de cobardía; y Zapata tenía miedo, no para sí, sino de sí mismo, de traicionar sin querer la confianza que sus iguales y su gente habían puesto en él. Por eso aborrecía la ciudad de México; por eso, en 1910, al quedar licenciado del ejército, abandonó un prometedor empleo en las cuadras metropolitanas del yerno de Díaz y se había ido a su tierra, a Anenecuilco; por eso, en 1914, los agentes zapatistas le dijeron a Carranza que su jefe no iría a conferenciar a la capital. Para Zapata, como dijeron los agen-

[47] Jesús Hernández Bravo: "El general Serratos combatió a Zapata y hoy lo defiende", *El Hombre Libre*, 28 de mayo de 1937. Alfredo Serratos: "El general Serratos refuta unas apreciaciones", *ibid.*, 2 de junio de 1937, y "Bocetos para la historia: el abrazo Villa-Zapata", *El Universal Gráfico*, 24 y 25 de noviembre de 1952.

tes, la ciudad de México era "un nido de políticos y foco de intrigas".[48] El propio Zapata no se mordía la lengua para hablar de los políticos. "¡Estos cabrones! —los llamó en una conversación que sostuvo más tarde con Villa—, luego que ven tantito lugar, luego luego se quieren abrir paso, y se van al sol que nace. Al sol que nace se van mucho al cabrón; por eso, a todos los cabrones los he 'quebrado'; yo no los consiento... todos son una punta de sinvergüenzas."[49] "No iría a la ciudad de México —le dijeron sus agentes a Carranza— sino cuando las circunstancias no permitían otra cosa, y siempre para permanecer el tiempo indispensable." Pero ahora la ciudad de México había ido a él. ¿Le permitiría su sencilla inteligencia de tratante de caballos distinguir entre una trampa y un pacto? Como Palafox le recordó, los norteños nunca habían mostrado sentir ninguna "preocupación social" como la del Plan de Ayala. Con ira debe haber recordado otra serie de compromisos de agosto, de tres años antes. Los enviados carrancistas podrían mostrarse amistosos, pero eran fuereños y habían venido a hablar de alta política; entonces, Zapata se fue de la ciudad.

Así, pues, cuando Cabrera, Villarreal y Sarabia llegaron a Cuernavaca, el martes por la tarde, el 27 de agosto, se enteraron de que su huésped se había ido a Tlaltizapán, una pequeña población bien arbolada, situada a unos cien kilómetros al sur, fresco oasis entre los calientes arrozales de los alrededores de Jojutla. No se dio ninguna explicación de esta partida. Se les dijo a los enviados que volvería "mañana".

Tal fue el vacío que se encontraron los negociadores carrancistas cuando se pusieron a tratar de averiguar cómo podrían apartar a los zapatistas de Villa e impedir una nueva guerra civil. Consideraron que en su favor tenían solamente un factor, el agotamiento del estado. Un agente carrancista había comunicado ya que "varios jefes zapatistas de alguna significación... me manifestaron estar resueltos a habandonar [sic] a su jefe Zapata en caso de que éste no yegara [sic] a arreglarse con el señor Carranza, pues están cansados en tan larga y cruenta lucha..." El agente dijo también que entre las tropas zapatistas había observado un "marcado deceo [sic] de paz, pues cienten [sic] agotadas sus energías y enseñoreada la miseria en sus hogares".[50] En su informe, Sarabia había menospreciado también "el cansancio y el deseo de irse a sus casas con toda paz a trabajar" de los soldados comunes y corrientes. Varios zapatistas le habían preguntado, dijo, qué es lo que querían los carrancistas, porque "ya querían descansar. Naturalmente que no reniegan de su credo, pero sí se advierte en ellos el deseo hasta de la deserción por la miseria en que se encuentran, y si no lo hacen, es por el temor que tienen a ser pasados por las armas, como irremisiblemente lo haría el Jefe Zapata".[51]

48 Magaña: *op. cit.*, v, 251.
49 Véase el registro taquigráfico de la entrevista Villa-Zapata impreso en Luis González Ramírez: *Planes*, pp. 113-21.
50 García Aragón a Robles Domínguez, 5 de agosto de 1914, ARD.
51 Informe de Sarabia, ARD.

Este agotamiento, la fatiga desmoralizada en que los campesinos pobres y los peones cayeron cuando creyeron que habían peleado bastante y que ya no había una causa buena que justificase la pérdida de otra temporada de siembra era la corriente sumergida de la ola de suspicacia que estaba levantándose sobre Cuernavaca. La gente común y corriente temía la traición, pero temía una nueva guerra.

Mientras esperaban el regreso de Zapata, Cabrera y Villarreal aceptaron conversaciones que no tenían carácter oficial. La primera tuvo lugar al terminar el día de su llegada. Ominosamente, ningún jefe zapatista local asistió a ella y sólo estuvieron presentes Palafox, Serratos, Soto y Gama, Amezcua y otros más, que eran secretarios recientemente incorporados, uno de ellos, por lo menos, el doctor Alfredo Cuarón, del grupo de Felipe Ángeles.[52] Advirtiendo su difícil situación, los carrancistas maniobraron con adecuada cautela. Pero, en ausencia de Zapata, Palafox se impuso en la reunión. Desde sus primeras palabras Sarabia advirtió su "carácter despótico, dominante y presuntuoso". Todo desliz de Cabrera y Villarreal, e inclusive el no cometer deslices, fueron convertidos por Palafox en pruebas de engaño. Con evidente gusto dictó el curso de los procedimientos, embriagado por su primer papel estelar ante un auditorio nacional.

Cabrera y Villarreal no pudieron meter baza. Carranza y los generales constitucionalistas tenían que someterse "incondicionalmente" al Plan de Ayala, insistió Palafox. Hasta que se produjese la "sumisión" ("Palafox usó esta palabra", no la de adhesión, dijo Sarabia) Zapata se negaría a entrar en negociaciones formales. Cabrera y Villarreal replicaron cautelosamente que podían aceptar los principios del plan, especialmente los que tenían que ver con la reforma agraria, pero indicaron que había otros problemas nacionales de los que no se hablaba en el Plan de Ayala. ¿Por qué no convocar a una convención para tratar un programa revolucionario general, en el que las demandas zapatistas de reforma agraria se sumarían a otros planes legítimos? El propio Palafox hizo, una semana más tarde, una proposición muy semejante a ésta, y reconoció ante un escritor agrarista de la ciudad de México que el Plan de Ayala no ofrecía de ninguna manera soluciones a todos los problemas de la nación, y que, por consiguiente, sólo constituiría una parte de la política revolucionaria nacional.[53] Pero ahora, ante Cabrera y Villarreal, se negó a transar. Por el contrario, exigió "con empecinamiento de idiotas" que el Plan de Ayala se aceptase "sin cambiarle ni una palabra, ni una coma" como textualmente dijo, según recordó Sarabia. De lo contrario, advirtió, los zapatistas entrarían en guerra con Carranza. Al recordársele cuán desastrosa sería otra guerra civil para el país, Palafox

[52] Federico Cervantes: *Felipe Ángeles en la Revolución. Biografía (1869-1919)* (3a. ed., México, 1964), p. 173.

[53] Palafox a Antenor Sala, 3 de septiembre de 1914, citado en Magaña: *op. cit.*, IV, 313-15.

subestimó el mal. Meneó ante sus ojos un papel que según dijo era "la carta del general Villa en que se somete al Plan de Ayala". En otra guerra, Carranza saldría perdiendo, les replicó con juicio que, como se vio más tarde, fue un error muy doloroso.

Llegó el jueves y Zapata todavía no volvía, por lo que Palafox llamó a otra reunión. Esta vez quería que las discusiones tuviesen carácter oficial. Como Villarreal y Cabrera representaban a Carranza, así representaría él a Zapata: pidió formalmente las credenciales de los enviados. Explicaron las circunstancias en que habían llegado (por invitación indirecta de Zapata, solicitada por Sarabia) y declararon verazmente que no eran sino los "partidarios inoficiales" de Carranza y que no traían consigo credenciales oficiales, ni instrucciones. Sin embargo, tenían autorización verbal de Carranza para tratar algunos asuntos en privado con el propio Zapata. Esta información, como mencionaron más tarde Cabrera y Villarreal, "pareció causar cierta sorpresa y no poca decepción". Pero Palafox prosiguió con más arengas valientes: "La única base de paz que los revolucionarios del sur admiten —oyeron de nuevo los enviados— es... la absoluta sumisión de los constitucionalistas al Plan de Ayala en todas sus partes..."

Alrededor del mediodía del sábado Zapata llegó, finalmente. Pero las posibilidades de entablar negociaciones serias todavía no parecían ser buenas. Durante la comida en la que Zapata, sus jefes y su personal, junto con los enviados, comieron a la misma mesa, la actitud sureña respecto de los carrancistas fue manifiestamente beligerante. El propio Zapata, como recordó Sarabia, se mostró "huraño y reservado"; pero un jefe aliado, grandote y macizo, de Sinaloa, Juan Banderas, acusó a los carrancistas de haber atacado a sus fuerzas en las proximidades de Chalco, y Palafox, recordando "el rigor" con que había enjuiciado a las comisiones huertistas del año anterior, dio a entender a Sarabia que podría mandar fusilar también a los actuales enviados. Sarabia pudo ver que Zapata se iba encolerizando cada vez más.

Luego llegaron las discusiones formales. No constituyeron una junta general de jefes sureños, ni tampoco fueron negociaciones reales. Esa tarde, reunidos en el cuartel general transitorio del Banco de Morelos, hablaron Zapata, Palafox, Serratos y Banderas y Cabrera, Villarreal y Sarabia. Durante tres horas, los carrancistas esperaron, mientras Zapata conversaba en privado con Palafox y Serratos, y Banderas trató de provocar una pelea con Villarreal. Por fin, Zapata regresó donde estaban los enviados "con una expresión inequívoca de reconcentrado furor". A la declaración diplomática que le hizo Cabrera del deseo de Carranza de sostener una entrevista personal, a fin de que los dos jefes pudiesen llegar a un entendimiento, Zapata le respondió que él se podía entender con todos "si no por la buena, a los chingadazos", y que si Carranza quería verlo que fuese a Cuernavaca.

Después de este estallido, Zapata casi no habló. Palafox volvió a

reiterar sus demandas, de sobra conocidas, de que Carranza firmase el Plan de Ayala y aceptase todas sus disposiciones. Cuando Zapata habló, fue para ratificar la posición de Palafox. A medida que proseguía la conferencia, Zapata se fue poniendo cada vez más furioso, como si lo encolerizase la idea misma de discutir los agravios por los cuales había luchado durante tres años y medio. La única parte activa que tomó en las conversaciones tuvo lugar cuando todos los participantes convinieron en que para aliviar la tensión en el Distrito Federal los carrancistas entregarían formalmente a los zapatistas las poblaciones que ya estaban en su poder al sur de la ciudad de México, y que también les habían de entregar el pueblo de Xochimilco, cuyo valor estratégico consistía en que allí se encontraban los abastecimientos de agua de la capital. Cabrera y Villarreal informaron que Zapata había rechazado "con energía" este ofrecimiento por considerarlo como "un favor". Pero Palafox y Serratos lo convencieron de que lo aceptase.

Las conversaciones terminaron alrededor de las ocho y media de la noche, y dejaron a los carrancistas completamente desconcertados. Pero no terminó allí la confusión. Los zapatistas les habían prometido salvoconductos a los enviados para que pudiesen atravesar las líneas zapatistas y llegar a la ciudad de México esa noche, pero luego, a las dos de la madrugada del domingo, se les dijo que tendrían que esperar a otra conferencia. Sarabia se quejó a sus amigos Soto y Gama y Amezcua a la mañana siguiente y, por último, los exasperados enviados obtuvieron sus salvoconductos y regresaron para redactar sus informes.

Entendían ahora que era "inminente" un conflicto "entre la revolución del norte y la del sur". Sólo podían señalar que Zapata había puesto finalmente cuatro condiciones para que se "evite la guerra". Carranza y sus generales tendrían que firmar el Plan de Ayala. Xochimilco sería entregado a los sureños. Carranza tendría que renunciar al Poder Ejecutivo, o si no aceptar un representante de Zapata, probablemente Palafox, "con cuyo acuerdo se dictarán las determinaciones trascendentales y se harán los nombramientos para puestos públicos". Y cuando se diese satisfacción a estas tres demandas, tendrían lugar nuevas conferencias formales en el cuartel general zapatista, para llevar a cabo las disposiciones electorales y agrarias del Plan de Ayala. Las condiciones eran manifiestamente inaceptables; Cabrera pensó que Carranza aceptaría solamente la demanda implícita de un decreto de reforma agraria. Pero, al menos, los enviados habían obtenido una exposición clara y autorizada del punto de vista sureño.

Pero no sabían cómo explicar lo "injustificado y feroz" de este punto de vista. Cabrera, Villarreal y Sarabia eran firmes campeones de la reforma agraria. En su propio partido habían defendido el movimiento de Ayala, por considerar que era una auténtica revolución popular y que Zapata era su jefe. Sin embargo, en Morelos, habían recibido únicamente insultos. Villarreal decidió que la culpa no era de Zapata. Como le es-

cribió al jefe sureño, le había parecido que "todas las dificultades, todas las intransigencias... todas las amenazas de guerra partían principalmente del señor Palafox".[54] Cabrera le expresó una opinión semejante a un agente norteamericano al que le dijo que "Zapata está cansado de pelear pero... el secretario particular, Palafox... impone estas condiciones".[55] Al escribirle a un amigo socialista de Estados Unidos, Sarabia expresó un juicio menos caritativo. "Zapata es un imbécil —escribió— ...aunque parece que de buena fe desea mejorar al pueblo humilde, en la práctica resulta un ciego instrumento de bribones hábiles como Palafox y Serratos..." Pero éstas eran reacciones, no análisis. Lo que contaba era que Zapata había permitido que las parrafadas de Palafox hiciesen las veces de declaración de independencia y que se había hecho solidario de las demandas de la conferencia. Sin quererlo, Sarabia confesó su incapacidad de comprender lo que había ocurrido: "esperaba de él y de su gente —le escribió a su amigo norteamericano— algo completamente distinto de lo que vi, cuando tuve la desgracia de conocerlos de cerca".

De hecho, la conferencia había tenido significados especiales para cada uno de los zapatistas que habían tomado parte en ella. Para Palafox y Serratos, las conversaciones probablemente habían sido la oportunidad de promover una conexión villista, con objeto de beneficiar sus propios intereses particulares. Para otros zapatistas, como Soto y Gama y Amezcua, había sido la oportunidad de reunir a los "revolucionarios de principios" y a sus ayudantes anarcosindicalistas de los tres campos principales, el de Villa, el de Carranza y el de Zapata. Para muchos jefes rebeldes locales, habían sido la prueba de que el aislamiento seguía siendo la mejor política. Pero para Zapata y, probablemente, para la mayoría de la gente del campo de Morelos, habían sido solamente la fase crítica del largo proceso de frustración en sus relaciones con Carranza.

En este último sentido, el resultado estaba determinado de antemano. El primer jefe, Carranza, no despertaba la menor simpatía entre los agricultores y los trabajadores del campo de Morelos. Senador de los congresos porfirianos, viejo corpulento e imperioso, de tez coloradota, anteojos oscuros y barbas a la Boulanger, montado en su caballo como si estuviese en un sillón, Carranza era políticamente obsoleto. Ahora podría ser rebelde y revolucionario, pero en otro mundo, un mundo establecido y civilizado de manteles limpios, bandejas de desayuno, alta política y cubos para enfriar el vino. Si Zapata, cuyo escenario natural era la ciudad provinciana de Cuautla, se hubiese vuelto carrancista, habría llevado a cabo una maniobra sorprendentemente astuta; pero habría sido una chiripada. En esta segunda crisis de agosto, como en la primera, la gente del campo de Morelos actuó a través de Zapata; y cuando se

[54] Villarreal a Zapata, 5 de septiembre de 1914, AZ, 27: 21.
[55] Belt al secretario de Estado, 3 de septiembre de 1914, NA, 59: 812.00/13095.

alejaron de Carranza disgustados, desconfiados y decepcionados. Zapata, que era uno de ellos, a la vez que su jefe, se apartó también. Era verdad que si se seguía oponiendo a Carranza en este momento, alentaba a Villa a que comenzase otra guerra, infinitamente más nociva que la que se acababa de ganar. Pero en Morelos, entonces, era imposible adherirse a un hombre como Carranza. Para los zapatistas, y lo eran todos los hombres del estado, las conversaciones de Cuernavaca no habían sido negociaciones, sino únicamente pretextos para la confirmación final de sus esperanzas y temores.

El fracaso de estas conversaciones (Carranza rechazó públicamente las condiciones de Zapata el 5 de septiembre) no produjo todavía la alianza de la revolución de Morelos con la de Villa. Y algunos personajes carrancistas siguieron tratando de encontrar disculpas y de convencer a los zapatistas para que suspendieran su hostilidad: tanto Cabrera como Villarreal le escribieron a Zapata para tratarle de explicar cómo se les había interpretado mal, y por qué, y para convencerlo de la bondad de sus intenciones.[56] Los agentes consulares norteamericanos de la ciudad de México reanudaron también sus esfuerzos para concertar la paz. Para evitar irritar a Carranza, que se había quejado de que la anterior intervención norteamericana había inflado la vanidad de Zapata, pidieron y obtuvieron instrucciones del Departamento de Estado para "decirle a Zapata que este Gobierno desea seriamente que tenga conversaciones con los constitucionalistas y coopere con ellos para llevar a cabo las reformas necesarias".[57] Pero estas proposiciones no llevaron a nada. Zapata estaba decidido a actuar por su propia cuenta, y si algún dirigente de la ciudad de México no había entendido la significación del episodio de Cuernavaca, Zapata no perdió tiempo en dar otra señal de su independencia. El 8 de septiembre, el cuartel general de Cuernavaca promulgó un decreto para ejecutar el artículo 8 del Plan de Ayala.[58]

Este artículo ordenaba la nacionalización de los bienes de las personas que se oponían, directa o indirectamente, a la revolución de Ayala. Y hacía referencia tanto a la propiedad rural como a la urbana. Los generales o coroneles del Ejército Libertador tendrían que dar comienzo a los procedimientos y las autoridades municipales tendrían que informar de los inventarios y de la disposición de los mismos al cuartel general sureño. La propiedad rural se entregaría a los pueblos que necesitasen tierras, o se destinaría al sustento de huérfanos y viudas de los revolucionarios muertos. El ingreso procedente de la propiedad urbana se utilizaría para formar instituciones de crédito para los pequeños agri-

[56] Zapata a Cabrera, 19 de septiembre de 1914, AZ, 27: 12. Cabrera a Zapata, 23 de septiembre de 1914, *ibid.* Zapata a Cabrera, 4 de octubre de 1914, AZ, 27: 7. Villarreal a Zapata, 5 de septiembre de 1914, AZ.

[57] Silliman al secretario de Estado, 5 de septiembre de 1914, NA, 59: 812.00/13116, y Bryan al embajador del Brasil, 7 de septiembre de 1914, *ibid.*, 13117.

[58] Citado en Magaña: *op. cit.*, v, 102-3.

cultores y para pagar pensiones a los huérfanos y viudas de los revolucionarios. En lo que respectaba a los "terrenos, montes y aguas" que las autoridades revolucionarias nacionalizarían y redistribuirían no podrían ser vendidos o "enajenados" de ninguna manera: la posesión legítima de los mismos se trasmitiría únicamente a los herederos.

En Morelos, ya se habían llevado a cabo partes del Plan de Ayala. Donde se pudo, los pueblos se apoderaron de nuevo de las tierras en disputa, cuando los jefes zapatistas locales ocuparon los pueblos y las cabeceras de distrito de la región.[59] Evidentemente, desde la promulgación original del plan, Zapata había permitido formalmente a sus oficiales tan sólo decretar la recuperación. Por supuesto, los jefes zapatistas también habían confiscado propiedades libremente, donde habían tenido que hacerlo o donde habían podido, pero Zapata nunca había autorizado estas acciones. Mas ahora, al estar suspendida la Constitución y teniendo en su cuartel general un personal radical, estaba dispuesto a ir más lejos. Como en Cuautla, donde mandaba ahora Eufemio Zapata, se nombraron precipitadamente comisiones agrarias de agricultores que gozaban de buena reputación local y éstos comenzaron su obra revolucionaria.[60] Los resultados serían provisionales, hasta que un nuevo gobierno zapatista tomara el poder en el estado, pero no obstante indicaron qué es lo que esperaban del gobierno los jefes que lo instalarían. Y el apartado correspondiente a la propiedad urbana fue un aviso para la ciudad de México de lo que podría ocurrir si los zapatistas ocupaban la capital.

Este desafío general (las condiciones imposibles de satisfacer planteadas en Cuernavaca, así como el decreto de nacionalización) dio publicidad a la inflexible oposición que Zapata le hacía a Carranza. Zapata parecía estar ahora tan resuelto a luchar contra Carranza que desesperados jefes ex federales y ex orozquistas-huertistas comenzaron a ofrecerse para sumarse al ejército del sur, o para cooperar con el mismo. Los más destacados de éstos fueron Benjamín Argumedo, Higinio Aguilar y José Trinidad Ruiz. Felicitando a Zapata por su "noble oposición" al constitucionalismo, "obra macabra de la Casa Blanca para arrancar de nuestro querido suelo las riquezas... de esta desangrada patria", le preguntaron qué opinaría si se rebelasen en Veracruz. Tenían su propio plan y programa, como reconocieron, y querían arrebatar el puerto a los norteamericanos que todavía lo ocupaban.[61] Juan Andrew Almazán se unió a sus ruegos también, alegando en su favor un largo servicio prestado a la causa del sur y pidiendo perdón por haber apoyado a Huerta.[62] Hacia el 12 de septiembre, los agentes consulares norteamericanos se convencieron de que ya no se podía pensar en nuevos tratos entre Zapata y Ca-

[59] Trinidad Paniagua a Zapata, 2 de agosto de 1914, AZ, 27: 17.
[60] Eufemio a Emiliano Zapata, 19 de septiembre de 1914, AZ, 27: 12.
[61] Argumedo, Aguilar y Ruiz a Zapata, 10 de septiembre de 1914, *ibid.*
[62] Almazán a Zapata, 19 de septiembre de 1914, AZ, 28: 7: 1.

rranza.[63] Durante la semana anterior, los zapatistas y los carrancistas habían cruzado disparos en Tenango, estado de México, y en Atlixco, Puebla.[64]

En esta crisis, sin embargo, Zapata vaciló en exigir militarmente cumplimiento a sus demandas. En primer lugar, no se podía pensar en que él solo ganase la guerra. Sus depósitos de armas y municiones capturadas eran abundantes (dos millones de cartuchos y de veinte a treinta piezas de artillería en buen estado, con sus obuses) pero sus fuerzas de tierra, de unos quince mil hombres, eran demasiado poco numerosas y estaban todavía muy desarticuladas tácticamente como para librar batallas regulares; y en la guerra de guerrillas ya no podía avanzar.[65] Así también, habían aparecido en su ejército disensiones internas. En Cuernavaca, de la O se molestó muchísimo por el ejercicio de la jurisdicción de Palafox en su zona y amenazó con aplicar su propia justicia en los casos que considerase importantes.[66] Además, si a Zapata se le abría la posibilidad de efectuar sus reformas sólo mediante la alianza con otras facciones revolucionarias, todavía no se veía con claridad con cuál de ellas habría de colaborar en una política revolucionaria nacional. Provisionalmente, seguía en favor de Villa. Pero no podía tener la seguridad de si los principales generales de Carranza no abandonarían a éste para sumarse a Villa en una nueva coalición, o de si seguirían siendo leales a su primer jefe. Y queriendo ayudar a que se tomara la primera de estas decisiones, podría provocar la última, si se decidía a atacar en aquel momento. De manera que, no obstante que Zapata había roto públicamente con Carranza, no lanzó contra éste un desafío violento y directo. Preparándose para el día en que tuviese que hacerlo, aceptó las peticiones de los ex federales y ex huertistas para incorporarse a su ejército a condición de que firmasen el Plan de Ayala y de que acatasen órdenes de su cuartel general; tenía pensado utilizar estos mercenarios veteranos en Puebla y, finalmente, contra la ciudad de México.[67] Pero, por el momento, solamente mantuvo sus posiciones y siguió buscando concertar un trato en el que pudiese confiar. A mediados de septiembre, envió al norte a Gildardo Magaña, para conferenciar con Villa, y mantuvo a otro agente, Manuel Robles, en discusiones con los jefes carrancistas de la capital.[68]

Tenía creciente interés para Zapata una junta revolucionaria que Carranza había prometido convocar en breve en la ciudad de México. Carranza quería que la junta confirmase simplemente sus pretensiones

[63] Silliman al secretario de Estado, 12 de septiembre de 1914, NA, 59: 812.00/13166.

[64] *El Liberal,* 12 de septiembre de 1914.

[65] Informe de Sarabia, ARD.

[66] De la O a Palafox, 26 de septiembre de 1914, AZ, 27: 12.

[67] Zapata a Argumedo, Aguilar y Ruiz, 21 de septiembre de 1914, AZ, 27: 12.

[68] Pase de ferrocarril hasta Torreón para Magaña, 12 de septiembre de 1914, *ibid.*

constitucionalistas al ejercicio de la autoridad suprema; pero, como le comunicó Manuel Robles a Zapata, varios jefes carrancistas importantes, como Obregón y Blanco, estaban actuando por bien de la paz, para ampliar el carácter de la reunión y convertirla en una junta revolucionaria general, en la que figurarían los villistas y los zapatistas.[69] A lo largo de septiembre, se ventiló la cuestión de quién habría de dominar la junta. Y Zapata se negó a aceptar una invitación.[70] No obstante, se mantuvo en contacto con los jefes que trataban de organizar una convención amplia, a través de Magaña, que no sólo se entrevistó con Villa, sino que sostuvo correspondencia con amigos carrancistas de la ciudad de México, y a través de otro agente, Leobardo Galván, que asistió a las discusiones de los carrancistas que buscaban la paz.[71] Y cuando la junta se reunió primero en la ciudad de México, el 1º de octubre, y se volvió a reunir en Aguascalientes, el 10 de octubre, con el nombre de Convención Revolucionaria Mexicana, Magaña se presentó en ella para informar de su nuevo carácter.[72]

Era una asamblea reformada, que ya no estaba sujeta al control de Carranza y ni siquiera simpatizaba con él. Del más de un centenar de delegados que se presentaron en Aguascalientes, sólo unos cuantos eran leales todavía al primer jefe. En su mayoría eran constitucionalistas como Obregón, que se habían convencido de que sólo podrían salvar su revolución y su país descartando a su jefe. Y entre ellos figuraban ahora 37 villistas. Los convencionistas prestaron mucha atención al caso de Morelos. El 12 de octubre, el jefe villista, Felipe Ángeles, propuso que se invitase formalmente a los zapatistas a participar. Al día siguiente, Ángeles se las arregló para que un observador, del que dijo que era general zapatista y delegado de ese movimiento, tuviese un asiento en la sala de asambleas.[73] El 14 de octubre, los convencionistas declararon que constituían la autoridad soberana del país. Y, al día siguiente, comisionaron a Ángeles para que fuera a Cuernavaca a invitar personalmente a los sureños. Y aunque Zapata, cautelosamente, no dio respuesta, los secretarios de su cuartel general se prepararon jubilosamente para hacer un viaje al norte.

El 17 de octubre, la comisión de Ángeles llegó a la ciudad de México, y la formaban el propio Ángeles, Rafael Buelna, Calixto Contreras y Guillermo Castillo Tapia. Allí conversaron largamente con Lucio

[69] Robles a Zapata, 13 de septiembre de 1914, *ibid.*

[70] Zapata a Paulina Maraver, 3 de octubre de 1914, AZ, 27: 7.

[71] Magaña a Columba C. de Magaña, 5 de octubre de 1914, *ibid.* Amaya C.: *op. cit.*, pp. 67-8.

[72] Magaña a C.C. de Magaña, 10 de octubre de 1914, AZ, 27: 7.

[73] Para los primeros días de la Convención de Aguascalientes, véase Barrera Fuentes: *op. cit.*, I, 84-277. Para los testimonios de que el honrado observador Guillermo Santaella y Santibáñez era un zapatista "fabricado" por Ángeles y, de hecho, un agente villista, véase Santaella y Santibáñez a Hipólito Villa, 23, 24 y 25 de octubre de 1914, AZ, 27: 7.

Blanco. Dos días más tarde salieron hacia Cuernavaca, a costa de Alfredo Serratos, y llegaron en las primeras horas de la noche. La primera persona a la que buscó Ángeles en la ciudad fue al doctor Cuarón, que lo presentó a Palafox. Inmediatamente arreglaron una entrevista con Zapata para el mediodía del día siguiente.[74]

Era la primera vez que se veían Zapata y Ángeles. Acordándose de la conducta moderada de Ángeles cuando había sido el último comandante militar de Madero en Morelos, Zapata se mostró especialmente cordial con él. En lo tocante a la invitación, le explicó, tenía que consultar las opiniones de sus diversos jefes. El envío de delegados a la Convención era evidentemente una acción política decisiva para los revolucionarios locales, y no podía tomar está resolución por sí solo. Mientras esperaban la respuesta de los jefes, Zapata conversó con "el lugarteniente gris" de Villa. No quería enviar delegados acreditados a una convención dominada por los carrancistas, le dijo a Ángeles, aun cuando fuesen carrancistas independientes. El presidente en funciones de la Convención era Villarreal, a quien los zapatistas no veían con buenos ojos, por el papel que había desempeñado en las conversaciones de agosto en Cuernavaca. Hasta que la Convención aceptase el Plan de Ayala, dijo Zapata, él no reconocería su legitimidad. Pero, se preguntaba, ¿cómo podría presentar su caso ante la asamblea y hacer que votasen la aprobación del plan, si no enviaba a sus voceros? ¿Cómo podría lograr que los admitiesen con voz y voto, si no la reconocía? Tal vez podría enviar primero una comisión y, si tenía éxito, una "delegación" después. Finalmente, el 22 de octubre comenzaron formalmente las conferencias en el cuartel general de Cuernavaca. Era un marco curioso en el cual decidir la suerte de una revolución profundamente arraigada en el orgullo y los agravios locales. Nuevamente, salvo por el propio Zapata, no tomó parte ningún jefe importante de Morelos. Nuevamente, casi todos los "coroneles" zapatistas que representaban al movimiento eran secretarios, hombres de pluma, de números y palabras. Y sólo uno era originario del estado. Todavía no se entiende bien por qué razón los jefes de Morelos delegaron su autoridad. Fue como si su preocupación por la causa local los hiciese desistir de meterla seriamente en los asuntos nacionales. Ellos, que eran simple gente de pueblo, tal vez entendieron que no debían comprometer a la revolución de Ayala en una incierta alianza con la Convención. Habiéndose convertido en figuras nacionales, habían contraído la obligación de actuar nacionalmente, pero no según si tenían o no la capacidad de hacerlo. El único proceder sensato, debieron creer, consistía en dejar que quienes decían ser expertos en alta política hiciesen los grandes tratos; mientras tanto, ellos seguirían tratando de defender los pequeños lugares que eran los suyos propios. Temerosos, como Zapata, de traicionar a su gente, delegaron la posibilidad de así hacerlo en

[74] Para esta misión y las actas de la entrevista entre Ángeles y Zapata, véase Magaña: *op. cit.*, v, 198-204.

los intelectuales, a los cuales, en el fondo de su corazón, habían menospreciado siempre.

Esta vez, Palafox se calló: veía que se estaban realizando sus planes. Ángeles fue el que más habló. Comenzó resumiendo el punto de vista que él y Zapata consideraban que representaba la opinión de este último, a saber, que el cuartel general sureño no podría reconocer la soberanía de la Convención hasta no obtener la renuncia de Carranza y que se concediese representación (como señaló cuidadosamente Ángeles) a "la facción que pudiéramos llamar exclusivamente agraria simbolizada por la revolución del sur". Los zapatistas entendieron que esto último significaba la adhesión formal al Plan de Ayala. Y uno de ellos quiso saber por qué razón habrían de enviar una comisión, si la Convención podría abstenerse de votar en favor de la aprobación del Plan. Entonces Ángeles respondió con embarazada vaguedad, puesto que no quería prometer un reconocimiento directo y pleno del Plan. Envolviendo la pregunta en frases ampulosas, hizo hincapié en la necesidad que tenía México de obtener la paz "a toda costa". De otra manera, les advirtió, el Partido Republicano de Estados Unidos, si triunfase en las elecciones de 1916, abogaría por la "intervención", espectro remoto, por no decir otra cosa, que no habría de presentarse antes de un año y medio, en caso de que efectivamente se llegase a presentar.

Los secretarios transaron y Zapata los dejó hacer. En la redacción final de las actas de la conferencia se escribieron todavía las palabras que decían: "es preciso que... la Convención reconozca el Plan de Ayala". Estas últimas palabras fueron tachadas, sin embargo, con la misma pluma que usaron los que estaban conferenciando para firmar el documento; y en su lugar, entre líneas, se escribió "los principios del Plan de Ayala".[75] A la Convención no le costaría trabajo aprobar los principios de los sureños y decidir más tarde a qué podrían equivaler en la práctica. Y con fundamento en esto, los zapatistas designaron a sus "comisionados" en la forma en la que había pensado anteriormente Zapata.

Por todo eran veintiséis, y figuraban entre ellos Paulino Martínez, en calidad de jefe, Juan Banderas, Soto y Gama, Gildardo y Rodolfo Magaña, Leobardo Galván, Amezcua, el doctor Cuarón, Manuel Robles y otras once personas que se hallaron presentes en la conferencia. Se nombró también a Otilio Montaño, pero estaba enfermo y no pudo aceptar entonces su nombramiento.[76] Nuevamente, muy pocos naturales de Morelos habrían de representar a la revolución nacida en el estado. De quienes partieron para el norte, el único comisionado de extracción meramente morelense era Galván, abogado de Tepoztlán.

En Aguascalientes, los convencionistas esperaron cargados de espe-

[75] Actas de la reunión en Cuernavaca, 22 de octubre de 1914, AZ, 27: 7.

[76] Zapata al secretario de la Convención, 22 de octubre de 1914, citado en Magaña: *op. cit.*, v, 230-1.

ranzas, pero también ellos no tardarían en sentirse decepcionados. Pues lo que Zapata había decidido no podría facilitar sus tareas en pro de la paz. La comisión sureña salió de Cuernavaca el 23 de octubre, e hizo el viaje en los mismos automóviles en que Ángeles y sus hombres habían llegado. Y al día siguiente el tren en el que montaron en la ciudad de México pasó por Aguascalientes sin detenerse. La comisión de Zapata siguió camino durante más de 150 kilómetros, en dirección al norte, hasta llegar al cuartel general de Villa, en Guadalupe, un poco más allá de Zacatecas. Allí, Martínez cerró el trato con los consejeros de Villa; los demás zapatistas se convencieron de las simpatías de Villa por la causa sureña y recogieron su dinero de viáticos.[77] Si Zapata estaba dispuesto a autorizar el entrometimiento de fuereños, también era cierto que no tenía interés en meterse en coaliciones parlamentarias dentro de la asamblea. En su calidad de jefe de un movimiento militar popular, se dejaría de sutilezas y se aliaría públicamente con el movimiento militar popular de Villa.

El 26 de octubre, los comisionados zapatistas aparecieron finalmente en Aguascalientes, y a la mañana siguiente los convencionistas les dieron una emocionante recepción oficial en el teatro en que se estaban reuniendo. Por ser el jefe de la comisión, Paulino Martínez tomó entonces la palabra. Después de ensalzar a Zapata y a Villa diciendo que eran "genuinos representantes... de esta lucha homérica... indios los dos", expuso el punto de vista del pueblo. En efecto, declaró que él y sus compañeros pretendían lograr que la Convención renunciase a sus pretensiones de imparcialidad revolucionaria y se convirtiese en el vehículo político de un eje militar villista y zapatista contra Carranza.[78] Tras bambalinas, Ángeles maniobraba, para conceder nominalmente sus peticiones a los zapatistas y para llevar a los villistas a la presidencia.

En lo sucesivo, no se detuvo nunca la acción deliberada de los zapatistas por obtener el control. Inmediatamente después de que habló Martínez, y a petición de los delegados, Soto y Gama tomó la palabra. El joven abogado radical, que se había estado marchitando durante demasiados meses a la sombra de Palafox, en los cuarteles generales del sur, no dejó pasar esta oportunidad de brillar por su causa. En un largo y extemporáneo discurso, se consagró como tribuno zapatista. Al explicar la historia de México, denunciar a Carranza, insultar la bandera nacional y cantar las virtudes del pueblo mexicano tan elocuentemente como Kropotkin había cantado las del ruso provocó un tremendo escándalo. Pero después de interrupciones en las que casi perdió la vida, los gritos que corearon su discurso y estremecieron el edificio eran vivas para Villa y para Zapata.[79]

[77] Martínez a Zapata, 28 de octubre de 1914, AZ, 27: 7, la primera de dos cartas con esta fecha.

[78] Para su discurso véase Barrera Fuentes: *op. cit.*, I, 505-9.

[79] Para su discurso véase *ibid.*, I, 509-14.

La tarea de obtener que la Convención aceptase el Plan de Ayala resultó más difícil que la de causar una conmoción. Pues los constitucionalistas eran todavía una mayoría; y aun cuando querían quitarle el poder a Carranza, no estaban dispuestos a permitir que Villa o que Zapata lo sustituyesen. Pero mediante hábiles transacciones y la oratoria de Soto y Gama, Martínez logró concertar un pacto del cual podría presumirle a Zapata.[80] En la sesión del 28 de octubre, después de debates confusos que duraron todo ese día, logró que la Convención aprobase "en principio" los artículos 4, 6, 7, 8, 9 y 12 del Plan.

En sí mismo, el logro de Martínez mal podría considerarse como una victoria aplastante. Pues los artículos 6, 7, 8 y 9 eran los artículos en materia de reforma agraria que Cabrera y Villarreal habían aceptado ya "en principio" dos meses antes. Pero el contexto de la votación en favor de los mismos le dio una significación enorme. La Convención de Aguascalientes era entonces el gobierno efectivo de México y su adopción de los artículos del Plan de Ayala, aun cuando no fue más que en principio, era el primer compromiso oficial de llevar a cabo una política de bienestar rural de que se tuviese noticia en la historia de la nación. Que cuatro años antes los científicos hubiesen ejecutado la alta política casi completamente en favor de los grandes terratenientes, que durante el gobierno de Madero los agraristas hubiesen parecido todavía excéntricos reformistas sociales y que ahora un gobierno anunciase el derecho especial de los pobres del país a recibir sus servicios, esto, por sí solo, indicaba hasta qué punto y hasta dónde la revolución había dado satisfacción al deseo de justicia de la gente. Y la fuerza motriz del cambio habían sido los revolucionarios de Morelos.

Aun así, Zapata se dio cuenta de lo poco que había ganado en la práctica. Lo más peligroso para él era que había reconocido a medias la soberanía de la Convención, aun cuando ésta todavía no se había desembarazado de Carranza. Cuando Martínez le pidió autoridad plena de delegado, Zapata le contestó que no podía dársela. Hasta que la Convención se deshiciese definitivamente de Carranza, dijo, no reconocería plenamente su soberanía, si el reconocimiento consistía en darle carácter de delegación a su comisión.[81]

El 30 de octubre, los convencionistas tomaron las disposiciones que se les pedían. Delegados destacados como Obregón y Ángeles propusieron derrocar a Carranza de su cargo de primer jefe del Poder Ejecutivo, y pasar a nombrar un presidente interino. Después de prolongadas y tumultuosas discusiones se tomó esta decisión en una sesión cerrada por 102 votos contra 21. La asamblea se había lanzado ahora por un camino

[80] Martínez a Zapata, 28 de octubre de 1914, AZ, 27: 7, la segunda de dos cartas con esta fecha.

[81] Zapata a Martínez, 2 de noviembre de 1914, dos cartas con esta fecha. ambas citadas en Magaña: *op. cit.*, v, 240-3.

ostensiblemente independiente, que de hecho era provillista. Y, unos pocos días después, se completó el rompimiento con Carranza. El 4 de noviembre, congratulándose de la retirada de Carranza de la ciudad de México, Martínez y sus compañeros le informaron jubilosamente a Zapata que la División del Norte se había portado admirablemente y demostrado ser una verdadera aliada. A su apoyo constante e invariable se debía la victoria.[82]

Sin embargo, las repercusiones de esta "victoria" en Morelos no fueron tan sonrientes. No tardó en verse que los villistas querían disparar unos "balacitos" más, como le dijo Villa a Soto y Gama; que Villa y Ángeles querían dominar a los carrancistas independientes, como Obregón, en vez de compartir el poder con ellos, con lo cual lo único que consiguió fue que se pasasen de nuevo al bando de Carranza; y que la consecuencia de todo esto sería la guerra, en la que los zapatistas tendrían que tomar parte.[83] Ya desde el 10 de noviembre Villa le había escrito a Zapata para decirle que "ha llegado el momento de que se rompan hostilidades..."[84] El ministro convencionista de la guerra envió órdenes al cuartel general sureño para iniciar una campaña activa contra la ciudad y el estado de Puebla.[85] Al dejar que sus secretarios los comprometieran con Villa, los jefes de Morelos habían lanzado a su pueblo a una lucha que no era la suya.

En esta nueva alianza los zapatistas se sentían evidentemente incómodos. En la noche del 24 de noviembre, después de que los últimos carrancistas hubieron evacuado la ciudad de México, los primeros contingentes sureños entraron casi avergonzadamente en la capital. Por no conocer cuál era el papel que debían desempeñar, no saquearon ni practicaron el pillaje, sino que como niños perdidos vagaron por las calles, tocando las puertas y pidiendo comida. Una noche oyeron mucho ruido y sonar de campanas en la calle, de un camión de bomberos y sus tripulantes. Les pareció que el extraño aparato era artillería enemiga y dispararon contra él, matando a doce bomberos. El propio Zapata no se sentía más tranquilo. El 26 de noviembre llegó a la capital. Los jefes carrancistas que lo habían precedido se habían trasladado a excelentes casas particulares del centro de la ciudad (a las residencias de los científicos, que se encontraban ahora en el exilio), pero Zapata se hospedó en un sucio y lóbrego hotelito situado a una cuadra de distancia de la estación del ferrocarril de la línea que llevaba a Cuautla. Fue invitado a ceremonias en su honor en el Palacio Nacional, pero no quiso asistir. Los periodistas lo entrevistaron, pero no dijo más que unas cuantas palabras, a medias murmuradas. Y cuando los villistas penetraron en los

82 Martínez *et al.* a Zapata, 4 de noviembre de 1914, AZ, 30: 8.

83 Antonio Díaz Soto y Gama: "Francisco Villa", *El Universal*, 24 de agosto de 1938.

84 Villa a Zapata, 10 de noviembre de 1914, AZ, 30: 8.

85 José I. Robles a Zapata, 10 de noviembre de 1914, *ibid.*

suburbios del norte para sumar sus fuerzas a las de él, el 28 de noviembre, se regresó a Morelos.[86]

Tan receloso se mostró Zapata que preocupó a sus nuevos aliados. Un agente villista de Cuernavaca informó inclusive de que éste había recobrado su independencia. Los agentes consulares norteamericanos estaban turbados también: habían confiado en que una fuerte coalición Villa-Zapata restablecería el orden en México. Y el 2 de diciembre un jefe villista de confianza (Roque González Garza), el agente norteamericano especial enviado al cuartel general de Villa (George Carothers), Juan Banderas y Serratos llegaron a Cuernavaca para sonsacar a Zapata y que adoptase una actitud menos hosca. Le entregaron una carta personal de Villa. Le aseguraron que Villa era sincero. Le prometieron que estaría seguro en la ciudad de México. Le hicieron ver la necesidad de llegar a un serio "entendimiento" con Villa. Y al final, Zapata estuvo de acuerdo en regresar para una conferencia el 4 de diciembre, no en la capital, sino en su propio territorio, a mitad de camino, en Xochimilco.[87]

La reunión cuidadosamente montada se llevó a cabo conforme a lo planeado. Era la primera entre Villa y Zapata y se suponía que debía ser el heraldo de una gloriosa unión revolucionaria. Con Zapata llegaron sus secretarios principales, su hermano Eufemio, su primo Amador Salazar e inclusive su hermana María de Jesús y su hijito Nicolás. Con flores y trajineras, Xochimilco se había adornado como para una feria. Los niños de primaria cantaron canciones. Una banda municipal dio serenata. Poco después del mediodía, llegó Villa con una pequeña escolta. Montaño pronunció "un cordial discurso de bienvenida", dijo un agente norteamericano que presenció la escena, y le dio a Villa un abrazo. Luego presentó el Centauro del Norte al Atila del Sur. Después de unos cuantos saludos, los dos jefes pasaron a la escuela del pueblo donde se sentaron en un abarrotado salón del piso superior, para conferenciar.

Como observó el agente norteamericano, los dos hombres hacían un "decidido contraste". Villa era "alto, robusto, pesaba cerca de 90 kilos, tenía una tez casi enrojecida como la de un alemán, se cubría con un saracof, iba vestido de un grueso sweter marrón, pantalones de montar de color caqui y botas pesadas de jinete". Junto a él, Zapata parecía ser natural de otro país. Mucho más bajo que Villa, observó el norteamericano, "pues no debía pesar los 70 kilos", era un hombre de piel oscura y rostro delgado, cuyo inmenso sombrero "a veces echaba tal sombra sobre sus ojos que no se le podían ver... vestía una corta cha-

[86] Cardoso al secretario de Estado, 29 de noviembre de 1914 y Silliman al secretario de Estado, 30 de noviembre de 1914, NA, 59: 812.00/13940 y 13939. *El Sol*, 28 de noviembre de 1914. *El Nacional*, 30 de noviembre de 1914.

[87] Cobb al secretario de Estado, 6 de diciembre de 1914, NA, 59: 812.00/13966. Serratos en *El Universal Gráfico*, 25 de noviembre de 1952. Villa a Zapata, 1 de diciembre de 1914, AZ, 27: 2.

quetilla negra, un largo paliacate de seda de color azul pálido, una camisa de pronunciado color lavanda y usaba alternadamente un pañuelo blanco de franja verde y otro en el que estaban pintados todos los colores de las flores. Vestía pantalones apretados negros, de corte mexicano, con botones de plata cosidos en el borde de cada pernera". Villa, pudo ver el norteamericano, "no llevaba ningunas joyas encima", pero "Zapata llevaba dos anillos de oro, de estilo antiguo, en la mano izquierda". Junto a él estaba la hermana de Zapata, que el norteamericano confundió con su esposa. "Todo lo que ésta llevaba encima probablemente se podría haber comprado con unos cinco dólares. Llevaba los dedos cubiertos de anticuados anillos de oro, sin adorno, que parecían más de bronce que de oro, y más de una docena de éstos." Y junto a ella estaba el hijo de Zapata, que se durmió durante toda la conferencia e iba vestido "con unos calzones de algodón blanco, flojos, y una camisa de la misma tela, hechos en casa y con no mucha habilidad".

Durante media hora, los dos jefes estuvieron sentados en silencio embarazoso, ocasionalmente roto por alguna observación insignificante, como dos novios campesinos. Zapata parecía estar estudiando a Villa. No fue hasta que Villa mencionó cuán "descarado" era Carranza cuando empezaron a entrar en confianza. "Siempre lo dije —explotó Zapata—, les dije lo mismo, ese Carranza es un canalla." Desvariando y haciendo bromas acerca del antiguo primer jefe, hablaron con libertad durante cerca de una hora. De vez en cuando, Palafox, Serratos o González Garza metían baza para decir que sí. Zapata ordenó que se les sirviese coñac, y aunque Villa que era abstemio pidió agua, se tragó valientemente la copa que Zapata le ofreció para que brindaran por su "unión fraternal". Villa "casi se ahogó. Se le torció la cara y se le llenaron los ojos de lágrimas, mientras pedía con voz ronca que le dieran agua". Habiéndose aliviado la quemadura del licor, le ofreció a Zapata un trago. "No —le replicó cortésmente Zapata—, bébasela toda." Hacían un decidido contraste, por cierto.

Luego la conferencia informal se levantó cuando Villa, Zapata y Palafox se retiraron a otra habitación. Durante cerca de hora y media discutieron cómo podrían aplastar a los carrancistas que quedaban en Puebla y Veracruz. Villa se vanaglorió de sus pertrechos militares y generosamente le ofreció proporcionarle a Zapata todo lo que necesitase para llevar a cabo sus campañas. Después se sirvió una comida y se pronunciaron discursos. El agente norteamericano se sintió aliviado. Había observado pruebas de "buen entendimiento" entre los dos jefes, "que prometen que pronto se establecerá la paz en México".[88] Dos días más tarde, la División del Norte y el Ejército Libertador del Centro y del Sur entraron formal y festivamente en la ciudad de México, para ocu-

88 Canova al secretario de Estado, 8 de diciembre de 1914, NA, 59: 812.00/14048. González Ramírez: *Planes*, pp. 113-21.

parla juntos. Para la posteridad, los fotógrafos tomaron en Palacio Nacional la fotografía de un Villa eufórico, sonrientemente sentado en la silla presidencial, que tenía a un hosco Zapata a su izquierda.

Este espejismo de unión no tardó en desvanecerse. Zapata descubrió la verdad durante la campaña de Puebla, para dirigir la cual se fue de la ciudad de México el 9 de diciembre. Por el camino, un astuto agente de la capital le informó de los continuos esfuerzos que hacían antiguos porfiristas, felicistas, huertistas y ex federales para infiltrarse en las filas revolucionarias. "Hoy tenemos que contemporizar con *éstos* todavía —dijo el agente que había oído decir a tres diferentes intrigantes—, pero luego será otra cosa; a Villa, Ángeles, que es nuestro, lo tiene en su mano; en cuanto a Zapata, que es un salvaje, habrá que eliminarlo." [89] La conducta de Villa dio crédito al informe. La artillería que ostentosamente había prometido en Xochimilco no le fue enviada sino muy tarde, y después de repetidas peticiones de Zapata; y luego, los zapatistas tuvieron que transportarla a lomo de mula y de hombres por el paso entre los grandes volcanes, el Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl, porque Villa no le proporcionó locomotoras para su traslado.[90] Y mientras Zapata esperaba los cañones en las afueras de la ciudad de Puebla, se enteró de una perfidia mucho más grave y portentosa: el 13 de diciembre, oficiales villistas de la ciudad de México asesinaron a su principal delegado ante la Convención, Paulino Martínez.

El 15 de diciembre, Zapata ocupó pacíficamente la ciudad de Puebla, que los carrancistas evacuaron tan pronto como llegó la artillería. Pero aun en la euforia de esta victoria fácil, Zapata no ocultó sus sospechas. A Villa le escribió para contarle, casi en broma, de los frecuentes informes que le habían llegado "de que nuestros enemigos están trabajando muy activamente para dividir al norte y al sur... por lo cual me veo precisado a recomendarle tenga el mayor cuidado sobre este particular".[91] Aunque Zapata sabía cuál era la importancia estratégica de la ciudad de Puebla, se regresó a Morelos, evidentemente confundido y disgustado.

A fines de ese mes, la tan cantada coalición Villa-Zapata era un fracaso a la vista de todos. Aunque la Convención siguió funcionando como un cuerpo político, Zapata abandonó prácticamente el cumplimiento de sus deberes militares para con ella y se retiró a Tlaltizapán. Las tropas que se había llevado para Morelos lo siguieron, indiferentes a las glorias de la conquista. La fuerza principal que dejó en Puebla estaba constituida por un cuerpo de antiguos orozquistas al mando de Juan Andrew Almazán, el cual, con sus amigotes Argumedo y Aguilar, hicieron tratos con los felicistas locales y sacaron de la cárcel a odiados

[89] Dolores Jiménez y Muro a Zapata, 9 de diciembre de 1914, AZ, 27: 19.

[90] Cronista de la Revolución: "Sobre Veracruz", *Excélsior*, 21 de julio de 1929. *La Opinión*, 19 de diciembre de 1914.

[91] Zapata a Villa, 16 de diciembre de 1914, AZ, 27: 19.

funcionarios huertistas. Y aun cuando los jefes villistas enviaron indignadas protestas al cuartel general zapatista y aunque el propio Palafox le pidió a Zapata que ejerciese una mayor vigilancia sobre los mercenarios, Zapata no hizo nada, ni verbal ni físicamente, fuera de Morelos.[92] En la ciudad de México, Palafox cargó con lo más pesado del resentimiento villista. El mismo agente norteamericano que había querido descubrir un buen entendimiento el 4 de diciembre, se percató ahora de que "el rompimiento entre Villa y Zapata no es remoto, y cuando se produzca uno de los primeros de los que se encargará Villa será el señor Palafox".[93]

Cuidadosa y metódicamente los generales carrancistas estimaron esta discordia entre sus rivales y tomaron la ofensiva. Hacia el 4 de enero del nuevo año, Obregón llevó sus tropas a los suburbios de Puebla y al día siguiente después de duros combates tomó la ciudad. Así empezó en toda forma su campaña para aplastar a Villa, en quien los carrancistas, que no tomaron en cuenta a Zapata, veían el peligro primordial. Hasta que Obregón y sus camaradas destruyesen a los villistas, no podían confiar en establecer un nuevo régimen; luego, los trastornos del sur se reducirían a una irritante tarea local que podrían solucionar a su antojo. En los meses siguientes, mientras esta terrible guerra se libraba en el norte, Morelos permanecía en paz, la primera paz en el estado desde el comienzo de la guerra, unos cuatro años antes, y la última hasta que terminó, cinco años más tarde. Y la gente pudo hacer su propia revolución.

92 Palafox a Zapata, 21, 22, y 23 de diciembre de 1914, *ibid.*

93 Canova al secretario de Estado, 30 de diciembre de 1914, NA, 59: 812.00/14131.

CAPÍTULO VIII

LOS PUEBLOS CLAMAN REVOLUCIÓN

"...pegados a la cola del caballo del jefe Zapata."

Mientras duró el aislamiento de Morelos el estado fue casi un "territorio de frontera".* Familias pobres y desposeídas habían habitado el lugar durante siglos; ahora, psicológicamente, lo ocuparon de verdad. Lo que conquistaron, desmontaron, allanaron y poblaron no fue un territorio que simplemente habían recuperado, sino una sociedad, que de tal manera recrearon. Como otros inmigrantes y pioneros, actuaron inciertamente, a veces por la fuerza de las necesidades inmediatas y otras veces en virtud de sueños a los que no querían renunciar. Pero en este territorio socialmente salvaje avanzaron, con dirección notablemente constante, hacia el establecimiento de municipios democráticos, vecindarios rurales en los que cada familia ejercía una influencia en la utilización de los recursos locales.

En el centro y el sur de México la utopía de una asociación libre de clanes rurales era muy antigua. En diversas formas, había sido el ideal de los aldeanos desde mucho antes de la llegada de los españoles. Su instrumento más reciente había sido el ejército zapatista; paradójicamente, las familias del campo de Morelos se habían aclarado a sí mismas sus nociones civilistas durante el servicio militar. El Ejército Libertador del Centro y del Sur era un "ejército popular". Para los hombres que habían peleado en sus filas, y para las mujeres que los habían acompañado como soldaderas, el ser "pueblo" tenía más importancia que el ser "ejército". En busca de dirección, todavía acudían más fácilmente a sus jefes locales que a los oficiales de su ejército revolucionario. Al principio, durante los primeros años de las guerrillas, la fidelidad a los dos mandos no había sido difícil para ellos, porque los jefes de los pueblos y los oficiales revolucionarios eran comúnmente las mismas personas, o parientes próximos, o viejos amigos. Pero en las grandes campañas contra Huerta, mientras se estaba formando el esqueleto de un ejército regular, los guerreros aficionados habían comenzado a convertirse en profesionales y los comandantes a tener menos relaciones personales con los dirigentes civiles locales, Aunque los concejos de los pueblos comúnmente cooperaban con el ejército, los soldados comunes y corrientes comenzaron a sentir, cada vez más, fidelidades divididas, o por lo menos diferentes. Sin embargo, la guerra no duró

* En la acepción norteamericana del término. [T.]

lo suficiente para que se endureciesen las tendencias militaristas del Ejército Libertador. Más bien, los jefes del ejército y los de los pueblos establecieron en la práctica una cadena federal de mando. El jefe del ejército enviaba sus órdenes a los jefes de los pueblos, o a sus representantes, que estaban luchando junto a él, y éstos, a su vez, repetían las órdenes a sus séquitos respectivos. Esta mediación sirvió comúnmente para frenar la tensión entre autoridades rivales.[1]

Y en lo que respecta a las rivalidades entre pueblos, o entre los contingentes de los pueblos que estaban prestando servicio, la guerra civil misma las moderó. Ya desde antes de la guerra, los dirigentes de los pueblos conocían por lo menos la reputación de sus respectivas familias; y su lucha común generó cohesión entre ellas. Personas de lugares tradicionalmente rivales, como Santa María y Huitzilac, habían muerto defendiéndose unas a otras, y esto tendió lazos de estrecha simpatía entre los supervivientes.

Lejos de ser una corporación militar autónoma, como la de los vagabundos de Villa o de Orozco, el ejército revolucionario que cobró forma en Morelos en 1913-14 era simplemente una liga armada de las municipalidades del estado. Y cuando volvió la paz, a fines del verano de 1914, la gente de los pueblos volvió a fundar la sociedad local con criterio civilista. Tan pronto como pudieron hacerlo, eligieron autoridades municipales y judiciales provisionales y expropiaron los bienes del lugar. Inclusive se negaron a permitir que se cortara madera para durmientes de ferrocarril y combustible, o a sacar agua para las locomotoras.[2] Para los acosados funcionarios convencionistas de la ciudad de México, esto era obra de campesinos mal intencionados y supersticiosos. Pero los morelenses entendían la cuestión de otra manera: ya no eran válidos los antiguos contratos entre las haciendas y los ferrocarriles; la madera y el agua eran ahora suyos. Habiendo formado y sustentado al ejército revolucionario, esta gente del campo consideraba que tenía derecho exclusivo a los beneficios de su éxito. Y lo que era más importante, habían aprendido también en la guerra que los jefes militares tenían que respetarlos y que, si no lo hacían, otros surgirían que sí se encargarían de ello. Las autoridades de los pueblos de todo el estado hicieron suya esta nueva dureza, que constituyó la más firme inhibición de los dictadores lugareños.

Zapata y la mayoría de sus jefes compartían estas esperanzas po-

[1] Acerca del carácter tradicional del movimiento zapatista, véase François Chevalier: "Un factor decisivo de la revolución agraria de México: el levantamiento de Zapata (1911-1919)", *Cuadernos Americanos*, CXIII, 6 (noviembre de 1940), 165-87. Acerca del ejército zapatista, véase Gómez: *op. cit.*, pp. 114, 133, y Carlos Pérez Guerrero: "Cómo vivían los bandidos zapatistas", *Mujeres y Deportes*, 6 de febrero de 1937.

[2] Robert E. Quirk: *The Mexican Revolution, 1914-1915. The Convention of Aguascalientes* (Bloomington, 1960), p. 206. Palafox a Zapata, 21 de diciembre de 1914, AZ, 28: 19: 1.

pulares acerca de lo que debía hacer el gobierno civil. Tampoco ellos habían perdido el sentido de lo que eran, hijos de sencillos campesinos, de trabajadores del campo, de aparceros y rancheros. Su autoridad original se había ejercido en los concejos locales. Y sus pretensiones eran honradas y francas pretensiones campesinas. Ningún revolucionario natural de Morelos vestía de caqui, que era la moda nacional, entonces, de los políticos con aspiraciones. Cuando un jefe de Morelos quería ponerse elegante como lo había hecho Zapata en Xochimilco, se vestía como para ir a una feria de la plaza comercial del distrito, con anillos, colores chillones y resplandecientes y botones de plata. Los únicos uniformes del ejército revolucionario de Morelos eran los que vestía la escolta personal de Amador Salazar, trajes de charro de color verde.[3] La estima que más apreciaron siempre los jefes locales fue la estima de sus coterráneos. Como ellos, y como había prescrito el Plan de Ayala, establecieron un estado civil tan pronto como pudieron, y eligieron a de la O gobernador provisional. Cuando las obligaciones militares de de la O no le permitieron desempeñar el cargo, los jefes, en votación secreta, eligieron a un nuevo gobernador, Lorenzo Vázquez. Y Vázquez hizo preparativos para convocar a elecciones regulares para gobernador, diputados estatales, jueces del tribunal superior del estado y presidentes municipales.[4]

Los cuerpos de conquista rara vez se desbandan sin rozamientos en los territorios recién conquistados; en Morelos subsistieron nudos de poder militar. Repetidas quejas le llegaron al gobernador Vázquez de que los jefes locales abusaban de los presidentes municipales, se burlaban de los funcionarios civiles y se negaban a entregar el territorio nacionalizado. A mediados de marzo, Vázquez tuvo que apelar a Zapata para que le diese su "apoyo moral" contra "algunos malintencionados que tienen la creencia errónea de que las autoridades deben estar a las plantas de cualquier revolucionario que no tiene más investidura que la de sus armas".[5]

Pero estos abusos eran ocasionales y personales, y no constituían señal de una intención de mandar. Los jefes de Morelos pocas veces o nunca se reunían en juntas para tomar decisiones. Pares de su reino rural, todavía se comunicaban entre sí únicamente a través del primer par, Zapata, en su corte, el cuartel general de Tlaltizapán. En caso de crisis grave, muchos habrían acudido juntos a la corte para consultar, recibir consejos u órdenes. Pero, afortunadamente para ellos, no hubo

[3] Marte R. Gómez: *Las comisiones agrarias del sur* (México, 1961), p. 87.

[4] José Urbán Aguirre: *Geografía e historia del estado de Morelos* (2a. ed., Cuernavaca, 1963), p. 252. Amado Chaverri Matamoros, "El archivo de Zapata", *La Prensa*, 27 de septiembre de 1935. Zapata le dijo a Soto y Gama que quería una votación secreta para sustituir a de la O porque no quería politiquería. El propio Zapata votó por Francisco Pacheco, según le dijo a Soto y Gama. Entrevista personal con Soto y Gama.

[5] Vázquez a Zapata, 14 de marzo de 1915, AZ, 28: 18: I.

graves crisis en Morelos en 1915. Pocos inclusive se fueron de su terruño para hacer campaña. A pesar de los abusos, su sentido del deber, como el de Zapata, no tenía como objeto el ejército, sino los pueblos. Para proteger al nuevo gobierno, Vázquez le pidió a Zapata que subordinase los comandantes revolucionarios a las autoridades municipales, que les obligase a devolver al estado las propiedades confiscadas, y que ayudase a organizar una "fuerza de seguridad pública" que podía ser de vigilantes de los pueblos tradicionales o de policía estatal. Y Zapata aprobó las peticiones de Vázquez, para garantizar "la buena marcha de todos los asuntos administrativos y mantener el orden y la tranquilidad en todos los pueblos de esta Entidad".

Zapata había regañado ya a los jefes militares que se habían entrometido en los asuntos de los pueblos. Cuando él mismo participaba en el arreglo de conflictos locales, cosa que hizo más de una vez, limitó su participación a hacer cumplir decisiones a que habían llegado por su propia cuenta los campesinos. Por ejemplo, cuando llegó el momento, durante la reforma agraria, de trazar los límites entre los campos de Yautepec y de Anenecuilco, acompañó a la comisión agraria del distrito hasta un tecorral, donde se habían reunido los representantes de ambas comunidades. Los ancianos del lugar habían acudido allí en calidad de expertos. Durante años estos viejos habían luchado en defensa de sus vecinos, y Zapata oyó sus razones "con particular deferencia", recordó un joven miembro de la comisión. En su calidad de presidente de Anenecuilco y de comandante en jefe del Ejército Libertador, les dijo luego a los agrónomos que habían de levantar los planos: "los pueblos dicen que este tecorral es su lindero, por el que me van ustedes a llevar su trazo. Ustedes, los ingenieros, son a veces muy afectos a sus líneas rectas, pero el lindero va a ser el tecorral, aunque tengan que trabajar seis meses midiendo todas sus entradas y salidas..." [6] Y es significativo el que Zapata nunca hubiese organizado una policía estatal: del cumplimiento de la ley, tal cual era, se debían encargar los concejos de los pueblos.

Y la gente del lugar reconoció el sentido de responsabilidad que por lo general tenían los jefes del ejército. Confiaban especialmente en Zapata, como en el campeón que enderezaría todos sus entuertos. En las altas montañas cercanas a los límites de Puebla el hermano de Soto y Gama, Conrado, que estaba trabajando en la Comisión Agraria del Estado, charló con una vieja de una ranchería perdida en los montes. Sin saber siquiera si comprendía el español, le preguntó qué es lo que pensaba del general Zapata. "¿Qué quiere usted que le digamos nosotros —le contestó—, pobres indios montañeros, que andamos pegados a la cola del caballo del jefe Zapata?" [7]

El resultado fue una posibilidad real de establecer democracias locales. Aunque los jefes detentaban facultades extraordinarias, que en-

[6] Gómez: *Las comisiones,* pp. 76-7.
[7] Díaz Soto y Gama: *La revolución,* pp. 262-3.

comendaban a un hombre de confianza cuando partían en campaña, su control nunca fue institucional, ni tan restrictivo como el de los caciques porfirianos. Y aunque el otorgamiento personal de garantías de Zapata era irregular, porque el acceso a él era irregular, se le respetaba, no obstante, como juez supremo. La sociedad revolucionaria que se desarrolló realmente en Morelos nunca superó la disputa entre las nuevas autoridades civiles y las militares, pero al menos la disputa era auténtica y la legitimidad clara. Desde el comienzo, el movimiento había sido una empresa deliberada de los jefes del campo para restablecer la integridad de los pueblos del estado, para defender los derechos locales a la participación en el progreso nacional. Cuando Madero dio comienzo a la revolución, en noviembre de 1910, los dirigentes rurales de Morelos no se sumaron a su causa sino después de semanas de duros cálculos y reflexiones. Y cuando se pusieron de su lado, lo hicieron por razones prácticas conscientes, para recuperar las tierras de los pueblos y establecer la seguridad de los mismos. Más tarde, cuando reaccionaron contra el incumplimiento que Madero había hecho de sus promesas, definieron su oposición con un plan público. Y a pesar de la gran popularidad de Madero, muchos campesinos los apoyaron, activa o pasivamente. Y si en la guerra contra Huerta, y después, sus preocupaciones localistas constituyeron un riesgo, los jefes estatales no se sentían cómodos al participar en proyectos más grandiosos, pero más vagos. En los pueblos se sentían como en su casa y el resto se lo dejaban a su secretario. En este provincianismo insistente se encontraban la fuerza y las debilidades del movimiento.

La autoridad reconstituida en los pueblos fue el fundamento de la reforma agraria en el estado. Y la reforma, a su vez, reforzó a los pueblos al concentrar en ellos el dominio sobre la propiedad agrícola. Como declaró Palafox, en septiembre de 1914, "se llevará a cabo esa repartición de tierras de conformidad con la costumbre y usos de cada pueblo... es decir, que si determinado pueblo pretende el sistema comunal así se llevará a cabo, y si otro pueblo desea el fraccionamiento de la tierra para reconocer su pequeña propiedad, así se hará".[8] De tal manera, los motores tradicionales de la sociedad local se convirtieron en las fuentes del poder y del sustento cotidiano.

Este recurso al pasado fue diferente de la reforma agraria carrancista. El 6 de enero de 1915 Carranza firmó un decreto de acuerdo con el cual las autoridades estatales dispondrían la distribución provisional de tierras a quienes las pidieran. Y por razón de la guerra, las autoridades estatales podrían ser lo mismo militares que civiles, originarias o no de la región en la que ejercieran el mando, ignorantes o no de sus "costumbres y usos". Carranza señaló expresamente que la reforma no tenía como objeto "revivir las antiguas comunidades, ni de crear otras semejantes sino únicamente de dar... tierra a la población rural

[8] Citado en Magaña: *op. cit.*, IV, 314.

miserable que hoy carece de ella..." Además señaló que "la propiedad de la tierra no pertenecerá al común del pueblo, sino ha de quedar dividida en pleno dominio..." En la práctica, quienes se encargaron de las expropiaciones y redistribuciones fueron emprendedores generales que despreciaban los usos antiguos y perseguían el éxito conforme a los nuevos. Y el latrocinio fue formidable. Tan firmemente se apoderaron estos jefes carrancistas de los beneficios de la reforma que, un año más tarde, en otro decreto, Carranza tuvo que proclamar que los militares deberían intervenir "sólo cuando sea difícil la acción de las Autoridades Políticas", e inclusive, en tal caso, sólo por órdenes especiales del ejecutivo principal, con fines limitados y durante un período transitorio. Pero en las zonas carrancistas los emprendedores hicieron de las suyas. La reforma agraria realizada por ellos tendría que ayudar a crear una nueva economía social, en la que pudiesen medrar.[9] Para los zapatistas, representó el cumplimiento de un deber nacional de defender la dignidad de la vida local. El régimen que se formaría en Morelos no nacería por órdenes de los burócratas o de los generales, sino a través de la cooperación de los dirigentes de los pueblos.

La revolución en la tenencia de la tierra que se efectuó en Morelos en 1915 fue un proceso ordenado, en gran parte gracias a Manuel Palafox. Su ambición lo llevó a él y a otros agraristas al gobierno convencionista, y su conducta perentoria aseguró allí la ratificación oficial de las reformas locales. Éstos parecían ser tan sólo los comienzos de una carrera histórica. Cuando los zapatistas ocuparon la ciudad de México, Palafox había entrado en el foro de la gloria y del estadismo, escenario clásico de los héroes de su país. Tenía entonces apenas 29 años de edad. Todavía no se sabe de qué manera concebía su destino este hombrecillo meticuloso, sagaz, apasionado, pues sus archivos privados supuestamente han sido quemados, sus colaboradores han muerto en su mayoría o han aprendido a vilipendiarlo, y sus pocos confidentes supervivientes mantienen el secreto o tienen dudas acerca de él; pero es probable que se haya considerado a sí mismo como otra gran figura reformista de la estirpe que se remontaba a través de los inmortales de mediados del siglo XIX, Benito Juárez y Melchor Ocampo, hasta los ilustrados fundadores de la República. Durante su permanencia en la capital se portó como si fuese su intención dejar huella de su paso en la historia. Atrevido e ingenioso en su programa, decidido, arrogante, increíblemente activo, Palafox entró en acción a la primera oportunidad. Confiando a Santiago Orozco, ayudante digno de confianza, la administración del cuartel general sureño, estableció otro centro zapatista en la ciudad de México, después de la conferencia de Xochimilco. Y desde

[9] Para estos decretos, véase Manuel Fabila, ed.: *Cinco siglos de legislación agraria en México, 1493-1940* (México, 1941), pp. 270-4, 280-1. Un breve comentario al decreto de 1915 está en Eyler N. Simpson: *The Ejido: Mexico's Way Out* (Chapel Hill, 1937), pp. 56-62.

su oficina en el hotel Cosmos, "el hotel internacional de más importancia en la capital, San Juan de Letrán 12, con dos teléfonos" maniobró infatigablemente por sacar avante la causa agrarista.

Unos días después, Palafox ocupó el cargo de secretario de agricultura en el gabinete convencionista y fue el zapatista de más rango en el gobierno. A un periodista que, el día que tomó su cargo, le preguntó que si se proponía ahora, como los funcionarios anteriores, "estudiar la cuestión agraria", le respondió "no, señor, no me dedicaré a eso. La cuestión agraria la tengo ampliamente estudiada. Me dedicaré a llevarla al terreno de la práctica..." [10]

Inmediatamente, los agentes norteamericanos lo señalaron como perturbador. Cuando un agente le pidió salvoconductos para visitar una hacienda que era propiedad de norteamericanos, situada en una zona zapatista, "me dijo", informó el agente, "que no podía dármelos, porque todas esas propiedades habrían de dividirse para repartir tierras a los pobres". El agente le explicó que esa propiedad era norteamericana. La respuesta de Palafox lo escandalizó: "me respondió que daba lo mismo que fuese propiedad de norteamericanos o de cualquiera otro extranjero; que estas tierras habrían de repartirse..." El agente prometió a sus superiores seguir informando acerca de Palafox. "Preveo —escribió— que es un individuo que le dará al ministro de Relaciones Exteriores muchísimo trabajo, que se podría evitar." A fines de diciembre, calificando a Palafox de individuo que repartiría las propiedades "independientemente de si pertenecían a norteamericanos o a chinos", el agente hizo de él un juicio definitivo. "Es intratable —había decidido el agente— y sus rabiosas ideas socialistas no ayudarán a resolver los problemas de manera beneficiosa para su país." Después el agente se regocijó pensando en la manera en que Villa "se encargaría" de Palafox cuando se produjese una escisión entre él y Zapata.[11]

A principios de enero, Palafox organizó su secretaría. Además de fundar un Banco Nacional de Crédito Rural y de ordenar el establecimiento de Escuelas Regionales de Agricultura y una Fábrica Nacional de Herramientas Agrícolas, comenzó a examinar las peticiones de tierras de los pueblos. El 14 de enero fundó en su secretaría una oficina especial de reparto de tierras. Hizo saber a los campesinos de varias partes del país, como Hidalgo y Guanajuato, que debían comenzar a reclamar sus tierras.[12]

La administración de la reforma agraria comenzó en Morelos tan pronto como Palafox encontró técnicos capaces de efectuarla. Éstos se presentaron voluntariamente, y fueron individuos de la generación de

[10] "Hace 50 años", *Excélsior*, 14 de diciembre de 1964.

[11] Canova al secretario de Estado, 17 y 20 de diciembre de 1914, NA, 59: 812.00/14122 y 14131.

[12] Silliman al secretario de Estado, 13 de junio de 1915, *ibid.*, 14195. *La Convención*, 5, 6, 14 y 15 de enero de 1915.

1914 de la Escuela Nacional de Agricultura. La generación de 1913 había ido a Chihuahua para prestar servicios a los villistas; pero los diversos lazos personales llevaron a la generación de 1914 al sur. Otro de los hermanos Soto y Gama, Ignacio, enseñaba en la escuela. Los alumnos lo querían y respetaban y sus vínculos con la revolución de Morelos influyeron en ellos profundamente. Ocurrió también que el alumno de más edad de la generación, Alfonso Cruz, había conocido a Palafox en Sinaloa, antes de la revolución, y ahora que era ayudante del secretario, puso a sus compañeros al servicio de los zapatistas.

A mediados de enero, la Convención designó formalmente a noventa y cinco de estos jóvenes agrónomos para que formaran parte de las comisiones agrarias "encargadas del deslinde y repartición de terrenos", en Morelos, Puebla, México y el Distrito Federal. Veintitrés de ellos habrían de ir a Morelos, en seis grupos, uno para cada uno de los antiguos distritos políticos del estado. Al final, cinco de los comisionados destinados a Morelos no aceptaron sus nombramientos. Pero Morelos era el lugar más cercano, más seguro y más interesante y muchos de los enviados a otros estados se fueron allí. De manera que, el 30 de enero, con sus trípodes, sus niveles y sus cadenas, cuarenta jóvenes se presentaron en Cuernavaca. Habían llegado pronto, en parte por ganas de trabajar y en parte por temor a los carrancistas, que habían vuelto a ocupar la ciudad de México y habían empujado también a Cuernavaca a la Convención.

Para hacerse cargo de las oficinas de distrito, Palafox contrató luego los servicios de treinta y cinco ingenieros civiles y militares, transitoriamente exilados en Morelos. Entre éstos figuraron Conrado e Ignacio Díaz Soto y Gama, un joven agrónomo muy respetado, Felipe Santibáñez, y Felipe Carrillo Puerto, que más tarde se haría famoso como gobernador radical de Yucatán. Se presentaron otros cuatro agrónomos de generaciones anteriores de la Escuela de Agricultura y Palafox los contrató también. Los organizó rápidamente, con los egresados más recientes, en comisiones de distrito y les distribuyó diversas tareas.[13] Para vigilar su trabajo, nombró a Alfonso Cruz jefe de los trabajos agrarios en el estado.

El tamaño de las comisiones individuales varió ligeramente, según el número de ayudantes jóvenes que acompañaron al jefe y al subjefe de distrito. En la comisión de Tetecala figuraron nueve personas; en las de Jonacatepec y Yautepec ocho, en la de Cuernavaca siete, en la de Cuautla seis, en la de Jojutla cinco. El personal fue bastante estable: al final del año cada comisión había cambiado por lo menos a un jefe, pero sólo el grupo de Jonacatepec había sustituido a los ayudantes.[14]

Las comisiones no tardaron en desempeñar su cometido, y los que

[13] Gómez: *Las comisiones*, pp. 18-21, 44, 50.

[14] *Ibid.*, pp. 190-5. Santibáñez fue agente agrario en la comisión de Yaute-

no eran de Cuernavaca trasladaron su equipo en coche a las diversas cabeceras de distrito. Los jefes zapatistas locales les asignaron edificios para oficinas y habitación cerca del centro de las poblaciones. En su mayor parte fueron antiguas casas señoriales, abandonadas por sus ricos habitantes, que habían pasado a ser propiedad nacionalizada. Unas casas tenían muebles y otras no; pero la moral de los ayudantes fue siempre elevada (a pesar inclusive de la gran escasez de muchachas) y Zapata y Palafox tomaron providencias para que los comandantes locales protegiesen a las comisiones en el cumplimiento de su deber.[15]

Una vez instalada una comisión en sus locales, los ayudantes pusieron en orden sus instrumentos y el jefe hizo pegar avisos indicando que estaban listos para comenzar sus actividades. Muchos pueblos se habían apoderado ya de los campos por los que habían luchado contra las haciendas y, a menudo, de muchas más tierras además; pero aceptaron rápidamente la proposición de legalizar sus apropiaciones. Los primeros representantes hicieron acto de presencia y pidieron levantamientos topográficos, y en grupos de dos a tres los jóvenes se fueron a hablar con los jefes de los pueblos. Allí se ponían a examinar lo que los agricultores del lugar llamaban "la mapa", los títulos de tierras del pueblo que a menudo databan de los tiempos virreinales. Y luego, ayudados por una cuadrilla de trabajadores para transportar el equipo y practicar los desmontes, avanzaban por los campos a manera casi de "operación militar" para determinar los límites de tierras. No era una tarea fácil. Como puntos de referencias, "la mapa" señalaba a menudo "una piedra grande", "un amate frondoso", "un cerro boludo" o "una barranca honda". Los ayudantes tenían que consultar con los viejos del lugar e inclusive entonces no solían obtener datos precisos. En algunos casos, la vaguedad era intencional: encubría la avaricia del pueblo. Los jefes de los pueblos sabían que las haciendas habían quedado expuestas a la invasión y que los pueblos más agresivos se quedarían con más y mejores tierras. Hubiese sido sorprendente que, en tales circunstancias, algunos pueblos no hubiesen tratado de quedarse con buenos campos. Pero en general los dirigentes de los pueblos parecen haber actuado con moderación. Por lo común, su confusión era de buena fe. Por lo menos, reconocieron la autoridad normal de la comisión en materia de tierras y presentaron los mapas que tenían.

No obstante, surgieron conflictos graves. Pues aunque la comisión respetó las costumbres locales al hacer sus levantamientos topográficos, había insolubles rivalidades entre pueblos que sólo se podían arreglar

pec, en la que figuraba como ayudante Marte R. Gómez. Carrillo Puerto fue agente en la comisión de Cuautla, en la que fue ayudante Fidel Velázquez, que actualmente es secretario general de la Confederación de Trabajadores de México; por lo que respecta a los Soto y Gama, Conrado fue a Guerrero, donde fue agente en el distrito de Iguala, e Ignacio dirigió el Banco de Crédito Rural.

[15] *Ibid.*, pp. 51-7.

mediante una transacción. Una hacienda podría haberse arrogado las tierras de un pueblo en décadas anteriores y habérselas alquilado después, durante años, a agricultores de otro pueblo. ¿Cómo se habrían de distribuir los campos ahora? En tales casos, los ayudantes convocaban a junta a las partes interesadas, con la esperanza de llegar a una conciliación. Los pueblos eran extremadamente desconfiados, sin embargo, y con su representante a las juntas enviaban, a menudo, a sus jefes militares y a bandas de valentones del lugar. Si el representante de un pueblo consideraba que la junta podía perjudicar a su pueblo, se negaba a aceptar sus decisiones. "No somos la pendeja", le decía a la comisión y entre las aclamaciones de sus coterráneos se retiraba de las conversaciones.[16]

Los comisionados, entonces, podían acudir a una autoridad más prestigiada, al jefe revolucionario del distrito, o inclusive al propio general Zapata, o podían seguir llevando a cabo su disputado levantamiento topográfico. Este segundo proceder los solía enredar en una violenta disputa entre los pueblos rivales. Y preferían echar mano sólo en última instancia de la apelación a una autoridad superior. De manera que lo que solían hacer era intentar nuevas negociaciones. Y, con el tiempo, el duro trabajo de los jóvenes y su evidente sinceridad se fueron ganando la confianza de la gente del campo. "Estos ingenieritos no son nada catrines —decían los campesinos—, aguantan de día caminando tanto como nosotros, y todavía, después, siguen en sus papeles."[17]

El caso de Temixco-Santa María ayudó especialmente a las comisiones a ganarse la confianza de la gente del campo. Las familias rurales de todo el estado conocían la lucha entre la hacienda y el pueblo situado al norte de Cuernavaca. En los últimos años del porfiriato, la hacienda había ganado lo que pareció ser, entonces, una victoria definitiva. Y en las guerras civiles el pueblo fue prácticamente arrasado. Pero la primera acción de la comisión de Cuernavaca consistió en restaurar las tierras tradicionales de Santa María. Los campesinos recibieron cordialmente a los "ingenieritos", con flores y discursos. Y el 19 de febrero tuvo lugar la ceremonia formal de restitución.[18] Regresaron sus antiguos habitantes, y Santa María volvió a la vida. El caso se hizo famoso como señal, para los demás pueblos, de que podían confiar en que las comisiones respetarían sus títulos.[19]

Cuando se fijaban finalmente los límites de un pueblo, y recibía éste la parte que le correspondía de una hacienda vecina, la comisión de distrito le daba la autonomía. De acuerdo con el Artículo 6 del decreto de 1914, el pueblo podía conservar sus tierras en propiedad comu-

[16] *Ibid.*, pp. 62-9.
[17] *Ibid.*, pp. 71-8.
[18] "Informe que rinde el Jefe de la Comisión Agraria en el Distrito de Cuernavaca... 19 de febrero de 1915", *El Nacional*, 20 de noviembre de 1932.
[19] Gómez: *Las comisiones*, pp. 64-5.

nal y distribuir los derechos de cultivo, o podía distribuir los títulos mismos a propietarios particulares, como quiera que quisiesen hacerlo. Ni el estado ni el gobierno federal tenían jurisdicción en tales asuntos. Como quería Zapata y había declarado Palafox, "la costumbre y usos de cada pueblo" determinarían el sistema de propiedad local.[20] El gobierno federal retenía únicamente la facultad de impedir que los tenedores de títulos sobre tierras, fuesen comunales o individuales, vendiesen o alquilasen sus tierras, lo cual los protegería de la colusión de los políticos corrompidos de los pueblos con los especuladores. En la imposibilidad de hacer cumplir una prohibición general de la codicia, el restringir el derecho a caer víctima de la misma fue lo mejor que pudo hacer el gobierno. Evidentemente, ningún agricultor local protestó contra la restricción.

De esta manera, los pueblos de Morelos nacieron de nuevo. Durante los meses en que las seis comisiones funcionaron en el estado, levantaron los planos topográficos y definieron los límites de casi la totalidad del centenar de pueblos del estado, y les asignaron la mayor parte de las tierras de cultivo, de los bosques y de las aguas del mismo.[21] El régimen (o serie de regímenes) que su trabajo establecía se convirtió en un sistema regular firmemente arraigado. A comienzos de marzo, Zapata notificó al presidente convencionista, Roque González Garza, que "lo relativo a la cuestión agraria está resuelto de manera definitiva, pues los diferentes pueblos del estado, de acuerdo con los títulos que amparan sus propiedades, han entrado en posesión de dichos terrenos". Las disputas subsiguientes entre campesinos o entre pueblos, declaró, tendrían que llevarse ante el secretario de agricultura que dictaminaría, ya fuera directamente o a través de una comisión especial o de un tribunal civil.[22]

Las tierras no comprendidas en los dominios de los pueblos quedarían a disposición del secretario Palafox, que las podría conservar en forma de propiedad privada, o, después de indemnización, expropiar un tercio de las mismas con fines de beneficio público, o confiscarlas de plano como propiedad de un enemigo de la Revolución. Algunos hacendados habían creído que con palabras dulces y el ofrecimiento de su capital y de su experiencia podrían recuperar sus haciendas, al menos en parte. "Si no estoy mal informado —le escribió Joaquín Amor a Zapata desde la ciudad de México, en octubre de 1914—, usted no vería con desagrado restablecerse los trabajos de las haciendas, en vista de la gran pobreza que reina por allá." A cambio de su inversión, sólo

[20] Para otros comentarios de la renuencia de Zapata a considerar cuestiones ideológicamente derivadas de la reforma agraria, véase Díaz Soto y Gama: *La Revolución*, pp. 272-4.

[21] Un relato del trabajo de las diversas comisiones está en Gómez: *Las comisiones*, pp. 64-78.

[22] Chaverri Matamoros en *La Prensa*, 27 de septiembre de 1935.

pedía "la condición muy natural de que usted dé su consentimiento e imparta su protección y ayuda para trabajar". De paso, le preguntó a Zapata si no podría arreglar que sacasen de la cárcel a sus colegas hacendados, Ignacio de la Torre y Mier, Manuel Araoz, Romualdo Pasquel y José Pagaza, que se encontraban en la penitenciaría de la ciudad de México, para que también ellos pudiesen contribuir a la recuperación del estado.[23] Pero Palafox, con sus "rabiosas ideas socialistas", había dejado perplejos a los observadores metropolitanos al conservar el control de todas las tierras no distribuidas a los pueblos. Al parecer, ni siquiera pagaría indemnizaciones, sino que simplemente confiscaría las tierras sobrantes. Todavía había hacendados y administradores de haciendas que no creían que los jefes revolucionarios locales compartiesen esta supuesta chifladura. Pero no tardaron en ver su error. Como un cónsul norteamericano comunicó a Washington, apesadumbradamente, "hace unos días, después de mis conversaciones con Palafox, Ramón Olivares [sic], excelente tipo de mexicano, educado en los Estados Unidos y en Inglaterra, miembro del club norteamericano, ha sido brutalmente asesinado cerca de Cuernavaca, por el gobernador zapatista de Morelos, el notorio Genoveva [sic] de la O. . ."[24]

Palafox confiscó también los ingenios y las destilerías. Éstos se hallaban "en una completa ruina", como el propio Zapata reconoció. Lo que los federales no habían destruido, o no se habían robado de ellos en la guerra de 1913-14, se lo habían llevado más tarde los campesinos y los refugiados. Pero tanto Zapata como Palafox querían volver a poner a trabajar los ingenios, no como empresas particulares, sino como servicios públicos. Allí podrían llevar sus cosechas los campesinos que siguiesen cultivando caña. Allí podrían los peones refugiados volverse a establecer para ganar un salario. Y de ellos podría el gobierno sacar rentas en forma de ganancias. Las reparaciones y la movilización de los trabajadores y de los animales de tiro comenzaron tan pronto como Palafox asumió su cargo. Y a principios de marzo, cuatro ingenios se hallaban trabajando en Morelos, los de Temixco, Hospital, Atlihuayán y Zacatepec. Estaban a cargo de los generales morelenses de la O, Emigdio Marmolejo, Amador Salazar y Lorenzo Vázquez, respectivamente. Las escasas ganancias que obtuvieron fueron entregadas al cuartel general para sufragar los "muchísimos gastos extraordinarios", como los llamó Zapata, ". . .de los hospitales, de los cuarteles, ayudar a las columnas ambulantes, socorros a las viudas de los revolucionarios muertos en campaña". Zapata estaba seguro de que, con el tiempo, la riqueza del estado sobrepasaría inclusive a su anterior abundancia y entonces ya se vería cuál era la mejor manera de usarla.[25]

[23] Amor a Zapata, 21 de octubre de 1914, AZ, 27: 7.

[24] Silliman al secretario de Estado, 13 de enero de 1915, NA, 59: 812.00/14195.

[25] Chaverri Matamoros en *La Prensa*, 27 de septiembre de 1935.

Otros observadores revolucionarios se hacían también estas reflexiones, las cuales parecían ser cada vez más oportunas, después de que los ejércitos convencionistas volvieron a ocupar la ciudad de México a mediados de marzo y la Convención volvió a la capital para ejercer el gobierno central. Actuaban por aquel entonces en Morelos varios caballeros de industria, aventureros, rufianes y embaucadores de toda laya. Precisamente, al eliminar a los hacendados y fomentar el renacimiento económico del estado, Palafox los había atraído. Comprendían perfectamente, por ser como eran escamoteadores maestros, que el secretario había despojado a los antiguos dueños; pero no podían creer que estuviese dispuesto a conservar la propiedad pública de lo expropiado. Conforme a todas las leyes que para ellos eran como un evangelio, era inevitable que, mediante una untadita de mano, o un soborno, Palafox cediese las tierras a nuevos propietarios particulares. Les parecía que la nacionalización era tan sólo una curiosa manera de sustituir un grupo de capitalistas por otro.

El más vivo y persistente de estos personajes era un hombre originario de Nueva Inglaterra, que se había pasado los últimos 20 años en México, Hubert L. Hall. Hombre de negocios, mormón, y bien enterado de los asuntos de su país adoptivo, Hall causó muy buena impresión en los norteamericanos que lo conocieron. Como informe de él, un agente dijo "...es enteramente digno de confianza y hombre de gran carácter... El senador Smoot lo conoce muy bien..."[26] Morelos tenía un interés especial para Hall. Durante un tiempo había administrado un hotel en Cuernavaca y, hacia 1910, había adquirido tierras en los bosques de los alrededores de Santa María; la primera queja presentada a la embajada de Estados Unidos por daños causados a propiedades de norteamericanos en Morelos la había elevado el señor Hall, en agosto de 1911.[27] Durante la rebelión subsiguiente, Hall tuvo que vender sus inversiones en el estado. En marzo de 1913, cuando pareció que los zapatistas lograrían establecer la paz, había tratado de recuperar sus pérdidas organizando una compañía para el "fraccionamiento de terrenos", de la cual ofreció cincuenta mil pesos en acciones a Zapata y diez mil pesos en acciones a cada uno de los otros jefes principales.[28] El plan fracasó, sin embargo, y en la guerra que vino después Hall vio gravemente amenazados a sus posibles socios mexicanos. Pero cuando los revolucionarios triunfaron, a mediados de 1914, creyó que, en el caos de la reconstrucción, podría barajar sus relaciones políticas y hacerse de una fortuna real. De regreso en Estados Unidos, convenció al Departamento de Estado de que era "amigo personal de Zapata", casi obtuvo con zalamerías credenciales diplomáticas para presentárselas a los jefes sureños y

[26] Lind al secretario de Estado, 23 de marzo de 1914, NA, 59: 812.00/20609 1/2.
[27] Dearing a la señora H. L. Hall, 14 de agosto de 1911, NA.
[28] Magaña: *op. cit.*, III, 97.

obtuvo viáticos oficiales para regresar a México. Sólo la advertencia de Zapata de que "ese caballero correrá un grave peligro en caso de que se le ocurra meterse en mi territorio" detuvo entonces a Hall.[29] Pero ahora el buscavidas regresó a Morelos, simulando que tenía categoría diplomática, tan fresco como siempre y con un nuevo proyecto.

El fraude que ahora se proponía cometer tenía el nombre de Colonia Cooperativa del Ejército Libertador. Sería una compañía particular con un capital de ciento ochenta mil pesos, que doscientos miembros fundadores habrían de suscribir en 30 pagos mensuales. Los fundadores serían los principales jefes y secretarios revolucionarios "que tan intrépidamente lucharon por la libertad del pueblo en el pasado" y a los cuales Hall reclutaría ahora para "la gran obra de educación y redención de ese mismo pueblo, mediante la colonización de tierras, el establecimiento cooperativo, y con la ayuda del gobierno, de obras de riego, de industrias y diversas empresas económicas en las que muchos trabajadores recibirán empleo". Concretamente, los fundadores se encargarían de dirigir los trabajos de una formidable empresa agrícola que dispondría de más de treinta mil hectáreas en el rico valle de Cuernavaca. La empresa abarcaría tierras anteriormente comprendidas en las haciendas de Temixco, Ocuila, San Vicente y Atlacomulco, tierras que Hall confiaba en que el secretario Palafox entregaría a la compañía a título de "concesión". Se emplearían allí los métodos más nuevos de agricultura y ganadería. Se establecerían también escuelas agrícolas y estaciones experimentales, mercados cooperativos, tiendas, almacenes y establos, así como una revista semanal. Una acción del activo de la compañía se le entregaría al cabeza de cada familia de trabajadores de la colonia, otra a cada pareja casada, otra a cada niño que viviese en la familia y otra a cada viuda. Si otros grupos de doscientos revolucionarios querían fundar colonias afiliadas estarían en libertad de hacerlo; y si las tierras les resultaban insuficientes, podrían tomar campos de las haciendas o pueblos contiguos, "naturalmente, sin perjudicar sus derechos". Pero Hall prefería establecer la primera colonia en los alrededores de Cuernavaca, "cuna [sic] de la gran revolución del sur, cuyo espíritu y cuyos elevados ideales deseamos conmemorar y perpetuar de esta manera altruista y beneficiosa".

Los jefes y secretarios a los que Hall metió de verdad en esta empresa evidentemente no fueron ni muchos ni muy importantes. En su primer (y único) volante aparecido en el mes de marzo, afirmaba que ya se habían suscrito setenta fundadores, entre los que figuraban Palafox, Montaño, Lorenzo Vázquez, Leobardo Galván, Santiago Orozco, Genaro Amezcua y Antonio e Ignacio Díaz Soto y Gama. Pero de éstos, solamente Ignacio Díaz Soto y Gama formaba parte del comité organizador de la colonia o de la junta provisional de directores presidida por Hall.

29 Bryan al embajador del Brasil, 28 de agosto de 1914, NA, 59: 812.00/13015. Silliman al secretario de Estado, 29 de agosto de 1914, *ibid.*, 13040.

En su calidad de secretario de ambos grupos, este destacado agrónomo redactó la publicidad de la compañía. Probablemente sólo él participó seriamente en el proyecto. En la traducción al inglés que Hall hizo del folleto publicitario modificó algunas de las afirmaciones más aventuradas de Soto y Gama: donde, por ejemplo, el original decía que "todos los demás prominentes jefes del Ejército Convencionista" se habían inscrito como fundadores, Hall escribió que "se han enviado invitaciones al general Emiliano Zapata y a todos los demás oficiales principales del Ejército Libertador para que se inscriban". Todavía está por descubrirse el documento que indique que estos jefes, o los demás nombrados, hayan hablado siquiera con Hall, y mucho menos firmado solicitudes de inscripción. A principios de abril, Hall visitó al propio Palafox en la ciudad de México. "Deseando ayudar —declaró el buen mormón— a la gran labor humanitaria que el gobierno mexicano está emprendiendo ahora en sus esfuerzos en pro del beneficio económico, moral y educativo y del progreso de sus ciudadanos, especialmente en la cuestión agraria, que durante años se ha estudiado y en la cual me he interesado profundamente, tanto desde el punto de vista teórico como del práctico, he invitado a cierto número de ciudadanos a organizar una asociación de colonización cooperativa, que trabajaría y cooperaría en conexión con el gobierno, en aquellas partes de la República en las que se crea conveniente hacerlo, y cuyas labores comenzarían en el estado de Morelos, que es cuna del movimiento revolucionario del sur, y que ha tenido un carácter agrario tan pronunciado, y contando con una respuesta cordial y complaciente de más de un centenar de los hombres más destacados del gobierno militar y de las clases de los funcionarios, los agricultores, los artesanos y los comerciantes que han manifestado un intenso deseo de iniciar los trabajos lo más pronto posible, y, con ese fin, hemos organizado una organización provisional para dar los primeros pasos necesarios para la realización de nuestros deseos." Después, le pidió la concesión de tierras. La petición, consideraba él, era "por demás razonable y moderada, en comparación con las concesiones y atractivos que a los colonos les ofrecen los gobiernos de Canadá, Australia, Argentina, Brasil y Estados Unidos". Como hombre experimentado en tales cuestiones, le recordó a Palafox que "el consenso de opinión de los hombres experimentados que han estudiado el problema de los colonos y los emigrantes en México es que la colonización *sólo podrá realizarse con éxito aquí cuando se efectúe en gran escala con la ayuda y patrocinio del gobierno. . .*" [30]

La respuesta de Palafox, sin embargo, no fue "cordial y condescendiente"; aunque, evidentemente, no le dio un rechazo formal, tampoco concedió las tierras que Hall quería. Y comenzó a averiguar si Hall era,

[30] Para todos los documentos relacionados con el episodio Hall, véase Lind al secretario de Estado, 23 de marzo de 1914, NA. La redacción, la sintaxis y el subrayado son del propio Hall.

en efecto, agente norteamericano. A mediados de abril desde Washington le hicieron saber que "Hall no ha sido, ni es ahora, empleado del Departamento de Estado, ni lo representa de ninguna manera".[31] En los asuntos de Morelos no se volvió a ver huella de Hall. Y la versión campesina de la reforma agraria se siguió llevando a cabo. Desde su cuartel general en Tlaltizapán, Zapata la garantizaba. Como otro agente norteamericano informó, después de hablar con él el 16 de abril: "cree que es justo que la propiedad de los ricos le sea entregada a los pobres".[32]

Tan sólida y vigorosa era la revolución local que siguió su curso independientemente de la cambiante fortuna de los políticos zapatistas en la ciudad de México. Después de regresar a la capital, a mediados de marzo, Palafox y Soto y Gama llevaron a cabo una lucha feroz con el presidente villista de la Convención, Roque González Garza. A los villistas les molestaba no sólo las pretensiones al poder de los zapatistas y su voluntad de reforma social, sino también, y sobre todo, la debilidad de los esfuerzos militares sureños contra los carrancistas. Los zapatistas, a su vez, protestaron de que no podían hacer, comprar, o recibir de Villa municiones suficientes para llevar a cabo campañas regulares, y que, de todas maneras, tenían derecho a desempeñar un papel de igual importancia en la formación de la política; lo que más les desagradaba era la manera en que los villistas eludían la realización de reformas sociales, agrarias o de otra índole. Sobre todo, temían que los villistas se retirasen al norte y los dejasen en la estacada. Y para tener cerca a sus aliados, prácticamente los pusieron bajo custodia y nombraron a Gildardo Magaña gobernador del Distrito Federal y a Amador Salazar comandante de la guarnición de la ciudad de México. Cuando, a principios de abril, Palafox le exigió a González Garza que asignara partidas para pagar los uniformes del ejército sureño, el Presidente se negó a hacerlo, y, de paso, trató de sacar a Palafox del gabinete. Soto y Gama arregló una tregua, pero Palafox se siguió mostrando tan irrespetuoso con el presidente que el primero de mayo González Garza lo obligó a renunciar. Las noticias llenaron de ira a Zapata, que fue a la ciudad de México (en el que sería su último viaje a la capital) y exigió que se le devolviera el cargo a Palafox, en vano. Luego, un mes más tarde, Soto y Gama provocó la derrota de González Garza en la Convención y un nuevo Ejecutivo, más frágil, subió al poder, por lo cual Palafox volvió a su puesto.[33] Pero estas rencillas metropolitanas no le interesaban real-

[31] Bryan a Duval West, 12 de abril de 1915, AZ, 28: 6.

[32] Duval West, Informe al Presidente, 11 de mayo de 1915, NA, 59: 812.00/19181.

[33] Para una exposición de estas luchas, fundada en los archivos de González Garza, y que lo favorece, véase Quirk: *op. cit.*, pp. 211-23, 232-52. Para una versión zapatista, véase Palafox a Zapata, 28 de marzo de 1914 [sic, 1915], AZ, 27: 10; Palafox a Zapata, 13 de abril de 1915, AZ, 30: 6; A. Díaz Soto y Gama a Zapata, 17 de mayo de 1915, AZ, 28: 23: 1; Palafox a Zapata, 25 de junio de 1915, AZ, 27: 1.

mente a Zapata y por eso mismo eran interminables. Y además no se pasaban a Morelos. La gente del estado seguía su propio camino, sin necesidad de padrinos de fuera. Y allí la Revolución se llevó a cabo con todo vigor.

En la primavera, comenzaron las cosechas, los primeros frutos del progreso de los pueblos. Las cosechas que ahora levantaron los campesinos ya no fueron la caña o el arroz de los hacendados, sino los artículos alimenticios tradicionales, el maíz y el frijol. Al acercarse la temporada de lluvias, el gobernador Vázquez distribuyó $ 500 000.00 a los gobiernos municipales (como empréstito de la Convención) que habrían de entregarse a los campesinos como crédito para la obtención de semillas y herramientas. Hacia mediados de junio, los periodistas encontraron que todos los campos del estado estaban cultivados, y que habían sido sembrados principalmente de maíz.[34]

Zapata no estuvo de acuerdo con esto, pues los ingenios se quedarían ociosos. Por lo menos desde 1911, había previsto que las haciendas reorganizadas podrían ser una abundante fuente de riqueza pública, y conversaciones recientes con los agrónomos habían confirmado su idea de que los ingenios deberían seguir funcionando como "fábricas nacionales". Los agricultores que cultivaran caña y se la vendiesen a los ingenios ganarían dinero, podrían ahorrar, comprar nuevos bienes y utilizar nuevos servicios. De acuerdo con esto, ordenó que se comprasen repuestos de las piezas estropeadas de las máquinas. Y tres ingenios más volvieron a funcionar. De nuevo, su dirección se encomendó a jefes morelenses, a Modesto Rangel en El Puente, a Eufemio Zapata en Cuautlixco y a Maurilio Mejía, sobrino de Zapata, en Cuahuixtla. Más tarde, se abrió de nuevo Santa Clara y se nombró director a Mendoza, pero ahora los auxiliaban técnicamente agrónomos del Banco de Crédito Rural, bajo la dirección imaginativa de Ignacio Díaz Soto y Gama. El propio Zapata recomendó a los campesinos que dejaran de cultivar verduras y se dedicaran a producir para el mercado. "Si ustedes siguen sembrando chiles, cebollas y tomates —les dijo a los agricultores de Villa de Ayala— nunca saldrán del estado de pobreza en que siempre han vivido; por ello deben, como les aconsejo, sembrar caña. . ." Mediante donativos condicionales de dinero y simiente, convenció a algunos campesinos de que reanudaran el cultivo de la caña.[35]

Pero en su mayoría, las familias siguieron cultivando hortalizas. En vez de rehabilitar la hacienda, evidentemente preferían cultivar y vender los artículos alimenticios que habían sido siempre el sustento principal del pueblo. Y durante el verano reabastecieron los mercados municipales de Morelos con los acostumbrados frijoles, garbanzos, maíz,

[34] *La Convención*, 20 de mayo y 17 de junio de 1915.

[35] Serafín M. Robles: "El zapatismo y la industria azucarera en Morelos", *El Campesino*, agosto de 1950. Porfirio Palacios: "Todo es según el color... El problema del azúcar y la visión de Zapata", *La Prensa*, 19 de febrero de 1944.

tomates, cebollas, chiles e inclusive pollos. Mientras la ciudad de México vivía al borde del hambre en esas fechas, la gente del común, en Morelos, comía mejor evidentemente que en 1910, y a precios reales más bajos. Tan abundante era la producción de alimentos que a pesar de la constante infusión de moneda convencionista en la economía del estado, había pocas señales de inflación. En las fondas, donde los oficiales revolucionarios, los funcionarios locales y los refugiados metropolitanos comían, los jóvenes comisionados agrarios no gastaban más de cuatro pesos al día.[36]

Con tan claros relieves se dibujó el carácter del Morelos revolucionario: en los cultivos mismos a que quería dedicarse la gente se reveló la clase de comunidad en la que deseaba vivir. No les gustaba la vida de constante ajetreo, la vida de un perpetuo adquirir y lograr, de cambio, azar y constante inquietud y movimiento. En vez de esto querían una vida que pudiesen controlar, una prosperidad modesta, familiar, en compañía de otras familias medianamente prósperas, a las que conociesen, y todo en el mismo lugar. Por ejemplo, probarían un experimento sólo después de que se persuadieran de que daría resultado, es decir, después de que ya no tuviese carácter de experimento. Y apreciaban las ganancias únicamente cuando podían hacer un uso de las mismas, consagrado por la costumbre.

Inclusive entre los que ejercían el mando oficial, el tono de las relaciones en el estado, en 1915, era intensa y casi intencionadamente rural y rústica. La moda del vestir era la de los calzones blancos, la ropa de trabajo de los campesinos sureños. Los secretarios del cuartel general la usaban no sólo por afectación, sino porque se sentían más seguros con ese atuendo. Al visitar Cuernavaca, los aliados revolucionarios del norte se despojaban de sus ropas color caqui, pues de otra manera se exponían a recibir insultos e inclusive ataques con sólo que se alejaran un poco de la plaza central. Todo el que llevara pantalones, camisa y zapatos era un catrín. Para hablar con la gente, el tuteo era la norma y prevalecían las características de expresión de la gente del campo: un amigo o un compañero era un vale, disparar era quebrar, darse gusto era montar a caballo y manejar la reata, el enemigo eran los Carranzas, los pobres eran los probes y en vez de somos se decía semos, y en vez de fue se tenía que decir jué. Las diversiones no requerían de licores delicados, ni de espectáculos importados, sino que eran las mismas diversiones locales de antes de la guerra, la cerveza al "tiempo" y el resacado (aguardiente de caña), las peleas de gallos y los caballos.

El corazón del estado se encontraba ahora en Tlaltizapán. En este reposado pueblito, situado en las hondonadas que conducen a los arro-

36 Gómez: *Las comisiones*, pp. 39, 59-60. Por lo que respecta a la moneda convencionista, que llegó a Morelos a través de los pagos al ejército del sur, véase Franciso Ramírez Plancarte: *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista* (2a. ed., México, 1941), pp. 450-5.

zales de Jojutla, donde imponentes y umbríos laureles verdes cubrían la plaza y las calles de sombra permanente, donde el viento que repentinamente movía las copas de los árboles sofocaba la conversación que se sostenía debajo de ellos, donde en medio de la calma se oía el ruido del agua que corría por el laberinto de zanjas y canales, en este lugar descansado Zapata no había situado tan sólo su cuartel general, sino que se había hecho un hogar. Y aquí, como pudo ver el agente norteamericano que llegó allí para entrevistarlo, todas las familias campesinas del estado lo consideraban como "Salvador y Padre".[37] Aquí, al contrario de la ciudad de México, no había despliegue de lujo conquistado, ni regocijado consumo de tesoros capturados, ni enjambres de burócratas que saltaban del teléfono a la limusina, sino que únicamente se ventilaban los negocios regulares y lentos de la gente del lugar. Zapata se pasaba los días en sus oficinas de un antiguo molino de arroz de los suburbios del norte de la población, oyendo peticiones, enviándoselas a Palafox a la ciudad de México, o tomando por sí mismo decisiones al respecto, estableciendo la estrategia y la política, despachando órdenes. En horas avanzadas de la tarde, él y sus ayudantes descansaban en la plaza, bebiendo, discutiendo de gallos valientes y de caballos veloces y retozones, comentando las lluvias y los precios con los campesinos que se juntaban con ellos para tomar una cerveza, mientras Zapata fumaba lentamente un buen puro. Las noches las pasaba en sus habitaciones con una mujer de la población; engendró dos hijos, por lo menos, en Tlaltizapán.[38] El día de su cumpleaños, en agosto, la gente de la ciudad dio una fiesta, y las señoritas de la localidad organizaron un animado programa, "marcha, discurso, himno al trabajo, wals, diálogo, discurso, marcha, poesía, discurso, fantasía, diálogo, comedia infantil, monólogo y discurso, himno nacional, tribuna libre..."[39] En este abrigo, Zapata vivió los sueños de gloria que había concebido. Junto a la iglesia de un cerro situado al sur de la población quería que se construyese un mausoleo, que sería la tumba colectiva de él y sus jefes más íntimos. En Tlaltizapán había encontrado la capital moral de su revolución.

El lujo del año fue una corrida de toros en Yautepec. Allí Salazar había construido una placita de toros enfrente de la estación del fe-

[37] West, Informe, 11 de mayo de 1915, NA.

[38] Zapata tuvo por lo menos cinco hijos y cuatro hijas. Su esposa, Josefa, le dio dos hijos, Felipe y María Asunción, que murieron los dos en la infancia. Véase Herminia Aguilar: "Doña Josefa Espejo, viuda de Zapata", *El Campesino*, mayo de 1950. Los demás fueron "hijos naturales". Sobrevivieron, por lo menos hasta llegar a adultos, Nicolás, nacido en 1906; Eugenio, nacido probablemente en 1913; María Elena, nacida probablemente en 1913; Ana María, nacida en 1914; Diego, nacido en 1916; María Luisa, nacida probablemente en 1918; y Mateo, nacido en 1918. Véase Gill: *op. cit.*, pp. 69-74.

[39] Felicitación que los vecinos de Tlaltizapán ofrecen al Sr. Gral. Emiliano Zapata... agosto de 1915, AZ, 28: 5.

rrocarril, y Juan Silveti, famoso novillero que más tarde se convertiría en uno de los mejores toreros de México, lidió dos novillos de la ganadería prestigiada que en Toluca tenía Ignacio de la Torre y Mier. Se reunieron jefes revolucionarios de todo el estado, algunos de los cuales llegaron en coches pullman. Zapata, por supuesto, llegó desde Tlaltizapán. Él y Salazar, inclusive, participaron en los preliminares de la corrida, caracoleando alrededor de los toros, esquivando sus embestidas y cansándolos para los peones poco expertos que hacían las veces de banderilleros de Silveti.[40]

No tuvo lugar ningún acontecimiento social más elegante que éste en el Morelos de 1915, pues no había elegantes que lo organizaran o que asistiesen al mismo. Los aficionados a la cultura refinada hacía tiempo que se habían ido a la capital, por terror unos, llenos de júbilo otros, como Montaño, que había sido nombrado, por la Convención, secretario de Educación. El único antiguo potentado que todavía se encontraba en el estado era de la Torre y Mier, que había sido sacado de la penitenciaría de la ciudad de México, pero se le mantenía sin dinero y bajo detención domiciliaria en Cuautla. Lo más cerca que elegantes con sombreros de bombín y damas con tocados de plumas se atrevieron a llegar fue Amecameca, empalme ferroviario de los límites con el estado de México; allí una turba linchó a una pareja de catrines.[41] Reformándose a partir de su propios orígenes, el Morelos revolucionario era una sociedad muy desconfiada, de difícil hospitalidad, y mucho menos generosa para quienes no parecían pertenecer a la misma. Las familias lugareñas habían luchado duro y largamente para recuperar sus tradiciones rurales. Y en su estado agrario sólo querían tener otras familias campesinas como ellas mismas. Había algo de metódico en esta intolerancia, en esta rudeza deliberada, en esta voluntaria ignorancia de las costumbres finas. Pues la gente de la ciudad era portadora de malos presagios. Hasta los perros les ladraban.

Por esto, cuando aparecieron en el norte los primeros barruntos de la ruina del estado, ningún morelense y pocos otros zapatistas los reconocieron. Los malos augurios eran los informes de tres derrotas sucesivas y tremendas que los carrancistas del general Obregón habían infligido a Villa, dos a principios de abril, en Celaya, y otra más a principios de junio en León, todas en el estado de Guanajuato, en la estratégica gran cuenca situada al noroeste de la ciudad de México. Obregón, que había perdido un brazo en León, comenzó a demostrar que era un maestro de la guerra. A pesar de las noticias, Zapata no abrió un segundo frente. En la capital, Palafox y Soto y Gama no se preocupaban por el colapso del ejército del cual dependía la Convención, sino de la ley de reforma agraria que confiaban en promulgar pronto.[42]

40 Gómez: *Las comisiones*, pp. 121-3.

41 *Ibid.*, p. 102.

42 Palafox a Zapata, 25 de junio de 1915, AZ.

Pero la crisis se produjo de todas maneras. El 11 de julio, un ejército carrancista al mando de Pablo González ocupó la ciudad de México. La Convención se retiró desordenadamente a Toluca, donde mantuvo el simulacro de un gobierno nacional. Y las tropas morelenses de Salazar, que se encontraban en la metrópoli y el Distrito Federal, se retiraron hasta el sur. Seis días después González evacuó la capital de nuevo, para proteger las líneas de comunicación de Obregón con Veracruz contra un ataque villista en Hidalgo; y al irse él, regresaron las fuerzas zapatistas. Pero era evidente que podría volver en cuanto lo quisiese: aunque Villa conservaba a su aporreado ejército en los campos de batalla, el equilibrio militar de la nación se había inclinado decisivamente en favor de los carrancistas.

Por fin, los sureños comenzaron a interpretar las señales. Como eran gente de fuera, los jóvenes comisionados agrarios desperdigados por Morelos fueron los primeros que perdieron sus ilusiones. Tristemente, dejaron de proyectar viajes de vacaciones a la capital.[43] El propio Zapata, finalmente, entró en acción. Para contener el regreso de González, mandó personalmente, el 30 de julio, un poderoso ataque de seis mil hombres contra mil setecientos carrancistas, en el noroeste de la ciudad de México. Otros ataques tuvieron lugar simultáneamente por la región. Pero nadie podría contener el avance carrancista. El 2 de agosto, González volvió a entrar en la capital, esta vez para quedarse.[44] En Morelos, los comerciantes comenzaron a tratar de rechazar la moneda de la Convención.[45]

Todavía no cundió la alarma por el estado. Zapata regresó a descansar en Tlaltizapán, recibió honores en la fiesta de su cumpleaños y evidentemente estaba más preocupado por lo que ocurría en la Convención en Toluca que por su precaria posición militar.[46] Por consejo de Palafox y Soto y Gama, había creído que una conferencia interamericana que se estaba organizando entonces en Washington para tratar el problema mexicano daría como resultado la caída de Carranza, y que los jefes carrancistas no tardarían en formar parte de nuevo de la Convención.[47] De ser así, no tenía por qué desperdiciar municiones y hombres.

Pero, semana tras semana, se fue poniendo de manifiesto, cada vez más, lo precario de su posición. Cuando Villa fue perdiendo ciudad tras ciudad en el norte y la conferencia interamericana fracasó, Zapata volvió a la acción. Para hostigar a los carrancistas por la retaguardia, lanzó fuertes ataques en el Distrito Federal y en el estado de México.

[43] Gómez: *Las comisiones*, pp. 119-20.

[44] Véase el informe oficial de Pablo González sobre sus operaciones del 17 de julio al 2 de agosto de 1915, citado en Barragán: *op. cit.*, II, 611-17.

[45] Pacheco a Zapata, 5 de agosto de 1915, AZ, 28: 5: 1.

[46] Zapata a Palafox, 26 de agosto de 1915, *ibid.*

[47] Soto y Gama a Zapata, 17 de agosto de 1915, AZ, 28: 6: 1.

A fines de septiembre, llegó inclusive a capturar la planta de energía eléctrica de Necaxa, fuente de electricidad para la capital. Pero no la pudo conservar, ni ninguna otra de las ciudades y demás poblaciones que había capturado. Por todas partes, los carrancistas que ejercían un control más firme del valle de México que ningún otro jefe militar desde 1910, lo hicieron retroceder. En los estados de Puebla y de México, jefes zapatistas locales comenzaron a aceptar amnistías del gobierno carrancista, lo cual preocupó grandemente a los jefes de Morelos.[48] El aislamiento del estado había terminado. Sus revolucionarios se encontraban ahora a la defensiva.

El 10 de octubre, la Convención refugiada en Toluca se dividió por última vez, y los villistas y el presidente huyeron hacia el norte. Los zapatistas huyeron de nuevo a Cuernavaca, donde, dirigidos por Palafox, reunieron los restos y los declararon encarnación oficial y exclusiva de la revolución nacional. Estas pretensiones no tardaron en venirse abajo. El 19 de octubre, el presidente Wilson de Estados Unidos reconoció *de facto* el gobierno de Carranza. Prohibió también todos los envíos de armas a México que no tuviesen como destinatario a otra autoridad que la de Carranza. La decisión norteamericana, por lo tanto, consagró políticamente el nuevo equilibrio de poder que los ejércitos carrancistas habían ganado ya militarmente. Y señaló el comienzo, después de cinco años de guerra civil, de la reestructuración de México. Carranza había cumplido finalmente sus pretensiones de legitimidad soberana. Aunque los carrancistas todavía no dominaban todo el país, podían impedir que cualquier otra facción los desplazase. En lo sucesivo, impondrían su voluntad.

En Morelos, sin embargo, la actitud de los naturales seguía siendo escéptica. Los jefes locales no se podían formar idea de la solidez del movimiento norteño. Seguían considerando todavía a Carranza como una mera sombra del antiguo régimen, como otro altanero terrateniente que aspiraba a restablecer el orden porfiriano. Y a pesar del reconocimiento del "señor Wilson", dudaban de que pudiese conservar la fidelidad de los auténticos revolucionarios que lo rodeaban. Habiendo presenciado multitud de deserciones y traiciones en los últimos cinco años creyeron que Carranza no habría de durar mucho. Hasta entonces, habían hecho resistencia y ayudando a derrocar a tres gobiernos federales, cualquiera de los cuales parecía ser más fuerte que el suyo. De manera que su estrategia fue la misma de antes: vigorosas incursiones en el sur, para desacreditar al gobierno e incitar a la rebelión a los leales ambiciosos.

Con menos razón, los secretarios zapatistas también menospreciaban la nueva fuerza de Carranza. Haciéndose voceros de la respuesta oficial

[48] "Para la historia", *La Prensa*, 22 de septiembre, 31 de octubre, 3 y 19 de noviembre de 1931 (en lo sucesivo, las citas de esta serie se referirán únicamente a la fecha de *La Prensa*). Silliman al secretario de Estado, 27 y 30 de septiembre de 1915, NA, 59: 812.00/16135 y 16333.

de Morelos a través de la Convención, que se hallaba entonces en Cuernavaca, dieron pábulo a las obstinadas esperanzas de los morelenses. Palafox, el secretario de Agricultura, dominaba absolutamente en la Convención y no toleraba ningún gesto de conciliación. A medida que él y Soto y Gama fueron perdiendo poder, se fueron volviendo más intransigentes en política. Y en 1915-16, de manera exagerada pero menos dramática, apareció el mismo complejo de tensiones que se había producido en 1914: la retirada de Zapata de la política grave e importante y la rígida oposición de Palafox.

El 26 de octubre, Palafox publicó un Manifiesto a la Nación, redactado probablemente por Soto y Gama. Era la primera respuesta oficial sureña al nuevo gobierno de Carranza, una introducción a un amplio Programa de Reformas Políticas y Sociales que la Convención de Toluca había aprobado el mes anterior y que los restos que quedaban de la misma en Cuernavaca proclamaban ahora, ligeramente enmendados, como su propio programa. Éste era un interesante borrador de los cambios fundamentales que los convencionistas creían que era necesario hacer para salvar el país. Era un catálogo más detallado de los mejoramientos que proponía un proyecto carrancista semejante, publicado en el mes de diciembre anterior, y contenía promesas de legislación que eran, a la vez, más severas y más moderadas, según cuál fuese su sujeto, que los diversos decretos que Carranza había promulgado en materia de tierras, trabajo, municipios, divorcio, educación, impuestos y concesiones mineras.[49] En ese mismo día, Palafox hizo una promesa y publicó también una ley agraria radical que le daba al secretario de Agricultura una autoridad inmensa sobre la propiedad urbana y la rural, así como sobre todos los recursos naturales. En virtud de esta notable ley, el Departamento de Agricultura sería la agencia central de una formidable reforma nacionalizadora en México.[50] Pero el manifiesto preliminar fue un grave error, pues puso de relieve un fantástico error de interpretación del contexto nacional en el que las reformas propuestas podrían tener atractivo. Anatemizando a la "funesta facción" de Carranza por haber hecho un "pacto oprobioso e increíble con los grandes poseedores de tierras", los secretarios sureños aceptaron específicamente "de buen grado al industrial, al comerciante, al minero, al hombre de negocios, a todos los elementos activos y emprendedores que abren nuevas vías a la industria y proporcionan trabajo a grandes grupos de obreros". Pero el "hacendado —proclamaron—, el monopolizador de las tierras, el usurpador de las riquezas naturales, el creador de la miseria nacional, el

[49] Manifiesto a la Nación, 26 de octubre de 1915, AZ, 28: 5: 3. El texto del programa de reforma está también en González Ramírez: *Planes*, pp. 123-8. En lo que respecta a las promesas de Carranza, véase *ibid.*, pp. 158-64. Hay un estudio de sus decretos en Nettie Lee Benson: "The Preconstitutional Regime of Venustiano Carranza, 1913-1917." (Tesis de Maestría, University of Texas, 1936), pp. 96-128.

[50] Véase el Apéndice C en el que se encuentra el texto de esta ley.

infame negrero que trata a los hombres como bestias de trabajo, el hacendado, ser improductivo y ocioso, no lo tolera la Revolución". El programa sureño era "bien sencillo" según ellos lo resumieron: "guerra a muerte al hacendado; amplias garantías para todas las demás clases".

Ésta era la retórica de 1911 o de 1913, pero no de fines de 1915, y ningún revolucionario que no fuese ya un devoto zapatista se podría sentir atraído por ella. Pues los antiguos terratenientes, los supuestos villanos, ya no ejercían el poder en México. En su mayoría languidecían en las cárceles o en el exilio. Como clase social, casi ni existían. Es verdad que, fuera de Morelos, los pueblos de la nación no habían salido triunfantes. Pero los jefes de los estados y de los distritos que los encabezaban no habrían de proclamarse campeones de una revuelta agraria ahora, puesto que, precisamente gracias a Carranza, se habían convertido en los nuevos terratenientes. Y para quienes querían hacer carrera en los negocios y en el mundo del trabajo, ya tenían un gobierno en el cual confiar y con el cual intrigar. Y hasta entonces, no se podían quejar de él. Así, pues, los secretarios sureños no tenían noción de esta crisis, de que se había formado realmente un nuevo régimen, coherente y perdurable, de que Carranza no era un pelele de los Amor, los Escandón y los García Pimentel, sino el jefe de los emprendedores, astutos y despiadados jóvenes del norte que mandaban los ejércitos revolucionarios, de que el peligro para los campesinos de Morelos no estaba en la reacción, con la que estaban familiarizados, sino en el progreso de la gente de otros lugares. En su ceguera, reforzaron la tenacidad de los jefes locales.

La ruina de la revolución originaria de Morelos, por lo tanto, no fue un derrumbamiento, sino un confuso, amargo y desgarrador ir cediendo. Durante el otoño, Zapata hizo incursiones desde Oaxaca hasta Hidalgo. Sus fuerzas, en verdad, eran más activas ahora que cuando Villa las había necesitado. Pero estas incursiones no le dieron territorio, ni prestigio. Ni siquiera desmoralizaron al gobierno, cuyos generales fueron ocupando ciudad tras ciudad y pueblo tras pueblo en los estados que rodeaban a Morelos.[51] Además, las incursiones resultaban muy costosas en municiones, las cuales, a causa del embargo norteamericano, se iban haciendo cada día más escasas. En la hacienda de Atlihuayán, Zapata tenía una primitiva fábrica de municiones, que volvía a cargar viejos cartuchos de máuser y de rifle 30-30 y a manera de balas los retacaba con trocitos de cable de tranvía, cogido de los tranvías y de las plantas de energía eléctrica de la ciudad de México; mas el suministro era irregular e inadecuado.[52] Mientras tanto, el ejército villista se derrumbó completamente en el norte y la atención se volvió a concentrar en el sur. A fines de noviembre, el gobierno anunció planes para una campaña "definitiva" contra los zapatistas, hasta "sus mismas ma-

[51] *La Prensa*, 17, 21 y 24 de noviembre de 1931.
[52] *Ibid.*, 10 de octubre de 1931.

drigueras del estado de Morelos".[53] Aislado como nunca antes en la revolución, el estado no tardaría en quedar asediado. Los jóvenes comisionados agrarios comenzaron a pedir permisos para ausentarse. Asustado y desesperado, uno se volvió alcohólico, otros huyeron a la capital sin esperar a obtener salvoconductos.[54]

Zapata trató de apretar el control de los recursos defensivos locales. Le quitó la dirección de la fábrica de municiones al secretario de guerra Pacheco, y se la llevó a su cuartel general.[55] Ordenó también a su ejército que prohibiese el comercio entre las zonas zapatista y carrancista "en toda clase de artículos" de primera necesidad o no, "para quitar al enemigo todos aquellos elementos que puedan servir para su sostenimiento".[56] Y comenzó a quitarles la dirección de los ingenios a los jefes, para que se encargase directamente de su administración el Banco de Crédito Rural.[57] Pero inclusive al realizarse la primera pequeña zafra en estas "fábricas nacionales", que le hizo concebir la esperanza de obtener algunos ingresos, no se le quitó la tristeza. Quería entregar las ganancias a los peones que trabajaban en los ingenios: "¿quién sabe —le dijo a su secretario— lo que tengan que sufrir más adelante?" Sintiéndose culpable, insistió en que la catástrofe inminente no era su culpa, "sino de los acontecimientos que tengan que venir".[58] El ofrecimiento de amnistía que hizo el gobierno desde el mes de agosto aumentó grandemente el nerviosismo de los jefes locales. Temiéndose una defección, unos trataban de desarmar a las fuerzas de otros. Pero esta sobresaltada vigilancia sólo tendía, como se los advirtió Zapata a manera de reprimenda, a "ahondar las enemistades personales que existen entre jefes del Ejército Libertador que debemos evitar a todo trance".[59] Por temor de que telegrafistas subversivos sabotearan sus operaciones militares, de la O trató de controlar las oficinas de telégrafos de su zona.[60] En una disputa por una pieza de artillería sus hombres dieron muerte a uno de los comandantes más osados y capaces de Zapata, Antonio Barona.[61] En la zona suroriental, Mendoza se sintió tan ofendido por las intrusiones de jefes rivales y por las malévolas insinuaciones acerca de su fidelidad que desafió a Zapata a que nombrase nuevo jefe allí.[62] Y a lo largo del frente, los jefes aliados siguieron aceptando amnistías. Y lo más turbador era que estos desertores provenían principalmente de la división de Pacheco, que se hallaba en el

[53] *Ibid.*, 28 de noviembre de 1931.
[54] Gómez: *Las comisiones*, pp. 138-59.
[55] Zapata a Pacheco, 7 de noviembre de 1915, AZ, 31: Cuaderno 2.
[56] Circular del cuartel general, 9 de febrero de 1916, AA.
[57] Gabriel Encinas a Mendoza, 25 de enero de 1916, AA.
[58] Palacios en *La Prensa*, 19 de febrero de 1944.
[59] Zapata a L. Vázquez, 15 de noviembre de 1915, AZ, 31: Cuaderno 2.
[60] Zapata a de la O, 11-12 de diciembre de 1915, *ibid.*
[61] *La Prensa*, 5 de diciembre de 1931. Gómez: *Las comisiones*, p. 91 .
[62] Mendoza a Zapata, 4 de enero de 1916, AZ, 27: 5.

estado de México y el Distrito Federal y protegía las entradas por el norte a Morelos. Eran zapatistas de reciente conversión a quienes Pacheco, en su calidad de secretario de guerra de la Convención, había comisionado por montones; y ahora desertaban tan rápidamente como se habían enlistado. Sin embargo, uno de ellos fue una grave pérdida: Vicente Navarro, duro y sagaz jefe que había defendido los pasos de Contreras. Al aceptar la amnistía, los carrancistas avanzaron hasta La Cima, en los umbrales de Morelos.[63]

No obstante, los otros jefes morelenses no vacilaron en su desafío. Concentrando fuerzas de dos a tres mil hombres en tres o cuatro puntos diferentes de reunión, lanzaron ataques coordinados por el Distrito Federal, el sur y el centro de Puebla y el sur del estado de México. Si un jefe tenía oficiales ex federales en su tropa, obtenía ayuda quintacolumnista de los ex federales que servían en el otro bando. A lo largo de los límites con Puebla, especialmente, estos oficiales enemigos amistosos les vendían suministros, les proporcionaban informes y arreglaban treguas privadas, para que pudiesen seguir la lucha en otras partes.[64] En el suroeste, después de que carrancistas que venían de Acapulco tomaron Chilpancingo e Iguala y penetraron en Morelos, de la O los hizo retroceder en una formidable contraofensiva. Avanzando por Guerrero, él y Jesús Salgado barrieron con la guarnición y las tropas en campaña por igual, y recuperaron el campo cubierto de excelentes y prósperos cultivos. A fines de diciembre, de la O había llevado la guerra hasta el territorio carrancista de los alrededores de Acapulco. Fuera de la ciudad, dijo el cónsul norteamericano acreditado ante la misma, los carrancistas mostraron una "falta absoluta de control positivo".[65] Durante los últimos días de 1915 y las primeras semanas de 1916 los revolucionarios de Morelos hicieron tan vigorosa resistencia alrededor de su estado que la cacareada campaña del gobierno contra sus "madrigueras" no había podido comenzar. "Sólo los indios de la clase más baja pueden cruzar las líneas con seguridad —observó el nuevo encargado de negocios norteamericano—; cualquier otro indudablemente arriesgaría su vida."[66]

Pero el gobierno, simplemente, aumentó la presión. A fines de enero, amplió su propia propaganda agrarista: la Comisión Agraria Nacional, prometió, "iniciará los trabajos para la restitución y dotación

[63] *La Prensa*, 3, 10 y 19 de noviembre, 8 y 29 de diciembre de 1931. Meléndez: *op. cit.*, I, 369-70.

[64] Memorándum confidencial, s.f. (¿fines de 1915, comienzo de 1916?), AGRE, L-E-794: 31 [sic. 19]: 20. Informe confidencial, s.f. (¿fines de 1915-comienzos de 1916?), *ibid.*, 32. J. G. Nava a César López de Lara, 29 de octubre de 1915, *ibid.*, 34.

[65] Edwards al secretario de Estado, 3 de noviembre de 1915 y 25 de enero de 1916, NA, 59: 812.00/16834 y 17256.

[66] Parker al secretario de Estado, 18 de noviembre de 1915, *ibid.*, 16896.

de ejidos a los pueblos".[67] El 1o. de febrero, el subsecretario de Guerra anunció que veinte mil soldados de refresco se unirían a los diez mil que ya se encontraban en el sur. Amenazó también con usar la flotilla de aviones recientemente adquirida por el gobierno para dar "un golpe mortal" a los zapatistas.[68] Y su secretaría, finalmente, comenzó a quitar a los ex federales de los puestos en los que pudiesen estorbar las operaciones.[69]

Nuevamente, la respuesta pública zapatista fue un incendiario Manifiesto a la Nación. Las únicas razones de "la fratricida lucha que está manchando de sangre la Patria", proclamaron los secretarios del cuartel general, era la "desmedida ambición de un hombre sin conciencia y de pasiones malsanas", Venustiano Carranza, y de los sicofantes que lo rodeaban.[70] Hasta en privado se mostraban jubilosos. Palafox le confió a Zapata su esperanza de que "en un futuro próximo, [cuando] podamos dominar la ciudad de México y otras regiones del País, entonces, como siempre lo he deseado, se formen en gran número Comisiones agrarias, de manera que invadan todos los estados de la República".[71]

Pero los jefes no estaban tan seguros. El vigor y la resolución incesantes del gobierno los había hecho pensar más sombríamente: no sabían si continuar la violencia por principio, lo cual haría que los carrancistas repitiesen la obra de Huerta y de Robles en el estado, o negociar la paz y la autonomía local reconociendo a Carranza. Era éste un dilema especialmente doloroso para los jefes de la zona noroccidental, en la cual se descargaría toda la fuerza de la invasión carrancista. La figura de más rango de esa zona era Pacheco, que tenía su base en Huitzilac. Ya había perdido muchos puestos avanzados, así como muchos puntos claves de defensa. Y cuando se concentraron en La Cima poderosas legiones carrancistas, se vio obligado a decidir entre concertar un pacto o prepararse para la batalla. De acuerdo con su decisión, los carrancistas entrarían andando en Morelos o tendrían que luchar por cada cerro y cada barranca. Pacheco era un espíritu religioso: en todo lo que hacía, seguía lo que Dios le indicaba.[72] Ahora esperaba oír el consejo divino.

El 20 de febrero, Zapata autorizó a Pacheco para que se comunicase en secreto con el general Pablo González, que mandaba las fuerzas constitucionalistas en La Cima.[73] No está claro qué es lo que quería

[67] *El Demócrata*, 23 de enero de 1916.

[68] *Ibid.*, 1º de febrero de 1916.

[69] Estado Mayor del general Vicente Segura: *Historia de la brigada mixta "Hidalgo", 1915-1916* (México, 1917), p. 23.

[70] Manifiesto a la nación, 7 de febrero de 1916, AZ, 27: 2.

[71] Palafox a Zapata, 7 de febrero de 1916, *ibid.*

[72] Entrevista personal con Soto y Gama. Octavio Paz: "Trágico fin del general Pacheco", *El Universal*, 3 de diciembre de 1933.

[73] *La Prensa*, 7 de julio de 1932. Zapata a Pacheco, 4 de marzo de 1916, AZ, 31: Cuaderno 3.

Zapata, si iniciar pláticas de paz, arreglar una tregua local o sobornar a González, aunque probablemente se trataba de esto último.[74] Tampoco está claro si Pacheco cumplió las instrucciones de Zapata o si, desde el principio, obró independientemente. En el fondo, ninguno de los jefes, probablemente, sabía exactamente qué era lo que quería conseguir. De acuerdo con la respuesta que diese González, se podrían hacer proposiciones diferentes.

Luego, de la O y su lugarteniente, Valentín Reyes, descubrieron la correspondencia entre Pacheco y González. De la O y Pacheco eran viejos rivales, a causa de una antigua disputa entre sus respectivos pueblos de Santa María y Huitzilac, y recientemente las diferencias se habían ahondado.[75] Por buenas razones, de la O desconfiaba y sentía celos. Y Reyes, al parecer, quería desplazar a Pacheco y sustituirlo en el mando. Los dos le advirtieron a Pacheco que no traicionase.

Pacheco inmediatamente se quejó a Zapata de que de la O y Reyes lo estaban molestando. Y Zapata, a su vez, informó a los dos jefes de que Pacheco había entrado "en tratos y comunicación con el enemigo" con autorización del cuartel general. El objeto de las conversaciones, les aseguró, era el de "saber los propósitos del general carrancista Pablo González y demás Jefes que lo secundan con respecto a la causa que defendemos". El cuartel general había recibido los informes de Pacheco en lo tocante a lo que había ocurrido hasta entonces, dijo Zapata, y seguiría dando su apoyo a Pacheco "siempre que las conferencias que con ellos tuviera fueran en veneficio [sic] de la Revolución y si sacan algo de provecho sin menoscabo de los principios contenidos en el Plan de Ayala".[76]

Sin embargo, Pacheco no tardó en dar señales de que Dios le había ordenado hacer lo que se había sospechado de la O. Estando interrumpidas las hostilidades y encontrándose, supuestamente, en medio de delicadas pláticas, se quejó a Zapata de la mala paga que le daba a sus soldados.

"He de agradecer —escribió— se digne ordenar al encargado Pagador General... que a todos los Pagadores de mi División... se les atienda... a fin de que [mis soldados] que se encuentran frente al enemigo atacando día a día y despoblados de sus pueblos... a fin de que puedan comprar maíz, para evitar no tropiecen con dificultades."[77] Y, de repente, el 13 de marzo, sin que se le atacase, evacuó Huitzilac y se retiró hacia el sur, a Cuentepec. Los carrancistas avanzaron inmediatamente, sin encontrar resistencia, rebasaron Huitzilac y llegaron hasta La Cruz. A unos doce kilómetros de distancia, Cuernavaca se preparaba

[74] Una posición contraria en Rafael Alvarado: "Zapata intentó asesinar al general Pablo González", *Todo,* 5 de noviembre de 1942.

[75] Zapata a de la O, 8 de enero de 1916, AZ, 31: Cuaderno 2.

[76] Zapata a Reyes y a de la O, 4 de marzo de 1916, AZ, 31: Cuaderno 3.

[77] Pacheco a Zapata, 11 de marzo de 1916, AZ, 27: 3.

para soportar un bombardeo. Con sus binoculares, los oficiales carrancistas podían distinguir las banderas blancas de rendición que asomaban por las ventanas de la ciudad. El 18 de marzo, González en persona llegó a La Cruz para inspeccionar las posiciones que ocupaban sus fuerzas en las alturas que descuellan sobre la capital de Morelos.[78] Los cansados convencionistas habían huido ya a Jojutla. De la O estorbó el avance de González y salvó el frente por el momento. Pero, estratégicamente, la defensa del estado era ya imposible.

Increíblemente, Pacheco siguió en libertad. Inclusive después de que el presidente municipal de Yautepec confirmó las constantes acusaciones de traición que había hecho de la O, Zapata le siguió siendo leal. El 23 de marzo le aseguró a Pacheco que "hasta la fecha" no había dado crédito a los rumores de su traición; y le advirtió a de la O que no fusilase a Pacheco hasta que no hubiese investigado cabalmente el caso y demostrado sin sombra de duda su culpa.[79] Osadamente inspirado ahora, Pacheco se quejó de que de la O había maltratado a sus soldados y saqueado Cuernavaca.[80] Pero mientras maniobraba por el sur, buscando la oportunidad de flanquear Jojutla y capturar a la Convención, se le acabó la suerte. En Miacatlán una de las patrullas de de la O lo capturó y lo fusiló. Zapata no desarmó a sus soldados y se limitó a redistribuirlos entre otros jefes.[81]

Apenas se había registrado esta pérdida, cuando los zapatistas recibieron un golpe peor. El 16 de abril, mientras regresaba a Yautepec después de haber practicado un reconocimiento por el oeste de la ciudad, Amador Salazar fue muerto por una bala perdida enemiga que le pegó en el cuello. A pesar del tiro mortal, se mantuvo derecho en la silla. Finalmente, cuando se le cayó de la cabeza el gran sombrero que llevaba, sus ayudantes se dieron cuenta de lo que había ocurrido.[82] De manera que, en vísperas del ataque del más formidable ejército al que se habían tenido que enfrentar, los zapatistas habían perdido a dos de sus principales jefes y mejores comandantes.

Mientras tanto, González había desplegado sus fuerzas en anillo alrededor del estado. Al igual que otros encumbrados políticos y generales del nuevo régimen, se sentía impaciente por poner fin al problema sureño. Se pensaba convocar a una Convención Constitucional, para legitimar los decretos reformistas de Carranza, pero los preparativos para la misma no podrían comenzar en serio hasta que la nación no se encontrase más o menos en paz. Además, Villa acababa de provocar una crisis internacional al practicar una mortífera incursión en Columbus, del estado de Nuevo México, y atraer sobre sí la persecución de una

[78] *El Demócrata*, 21 de marzo de 1916. Meléndez: *op. cit.*, I, 370.
[79] Zapata a Pacheco y a de la O, 23 de marzo de 1916, AZ, 31: Cuaderno 3.
[80] Pacheco a Zapata, 27 y 28 de marzo de 1916, AZ, 27: 3.
[81] Zapata a I. P. Zabala, 13 de abril de 1916, AZ, 27: 4.
[82] Meléndez: *op. cit.*, I, 371-2: Gómez: *Las comisiones*, pp. 123-4.

expedición punitiva del ejército de Estados Unidos; y en vísperas de la reforma constitucional, los carrancistas no se podían permitir la reaparición de la posibilidad siquiera del antiguo eje Villa-Zapata.[83] González mandaba ahora treinta mil soldados, bien pertrechados y de moral elevada, y para su propia reputación estaba dispuesto a alcanzar un éxito impresionante. Desde Jojutla, como si tratasen de reanimar a las fuerzas locales, los convencionistas obstinados volvieron a publicar su manifiesto y programa de reforma del 23 de octubre.[84] Pero los jefes de Morelos supervivientes ya no se engañaron a sí mismos. Sabían que el estado sería dentro de poco un campo de batalla nuevamente y se encontraban organizando ya la evacuación, militar y civil, de los pueblos del estado.[85]

El 27 de abril, González estableció su cuartel general en Tres Marías y reanudó las operaciones. Hacia el 29 de abril tropas del gobierno rodearon Cuernavaca. A las seis de la mañana del 2 de mayo, González ordenó el ataque final; y después de un breve y encarnizado combate, cayó la capital del estado.[86] Zapata había venido desde Tlaltizapán para dirigir su defensa, pero se retiró justo a tiempo para escapar. En los dos o tres días siguientes, casi todas las demás poblaciones principales del estado cayeron en manos de los jefes del gobierno. La secretaría de Guerra mandó inclusive un avión para bombardear las líneas zapatistas. El 6 de mayo, González le informó al secretario de Guerra, Alvaro Obregón, que la campaña había terminado prácticamente.[87] El Ejército Libertador no conservaba más que Jojutla, su cuartel general de Tlaltizapán y unos cuantos pueblos desperdigados. Y no sirvieron de nada los esfuerzos tardíos para sobornar a los comandantes carrancistas.[88]

Cuando entró en Morelos, el ejército carrancista se portó como si fuese la reencarnación del antiguo ejército federal. Sus tropas no entraron como libertadores, sino como conquistadores de la población local, que era el enemigo y podía disfrutar, cuando mucho, de los derechos reconocidos a los prisioneros de guerra. Cuando los carrancistas tomaron Cuautla, colgaron al cura de la parroquia por considerarlo espía zapatista.[89] El 5 de mayo, González ordenó que todas las personas del estado

[83] Acerca de la crisis, véase Clarence C. Clendenen: *The United States and Pancho Villa. A Study in Unconventional Diplomacy* (Ithaca, 1961), pp. 234-69.

[84] Manifiesto a la nación, 18 de abril de 1916, AZ, 27: 4.

[85] Zapata a los presidentes municipales, 30 de marzo de 1916, AZ, 27: 3.

[86] *El Demócrata*, 10 de mayo de 1916.

[87] *Ibid.*, 5 y 8 de mayo de 1916. Oscar Lewis: *Pedro Martínez. A Mexican Peasant and His Family* (Nueva York, 1964), p. 101.

[88] Las cartas de Almazán, Eufemio Zapata y Maurilio Mejía a un jefe, el general Vicente Segura, en Puebla, y sus respuestas están en Estado Mayor: *op. cit.*, pp. 104-19.

[89] Porfirio Palacios: "Zapatismo vs. gonzalismo", *Todo*, 24 de diciembre de 1942.

entregasen sus armas: la posesión ulterior de las mismas daría lugar a castigos severísimos. En Jiutepec, el 8 de mayo, el general carrancista Rafael Cepeda reunió a 225 prisioneros y luego de hacerles juicios sumarísimos los fusiló a todos.[90]

La gente pacífica, aterrorizada, huyó de los pueblos que se encontraban en la línea del avance carrancista. Huyendo por el sur hacia Guerrero, o por el este en dirección de las grandes montañas, llenaron las cunetas de los caminos de todo lo que habían ido tirando para aligerar sus cargas. Abarrotaron pequeñas poblaciones que se encontraban por el momento a salvo, como Tehuiztla, al suroeste de Jojutla. Este villorrio "presentaba un aspecto de una feria —escribió un observador que se encontró allí a principios de mayo—, pero una feria de dolor y de ira. Las caras estaban sañudas, se mascullaban algunas palabras y todos tenían a flor de labio una frase candente para los constitucionalistas. En las conversaciones, se alternaban los comentarios de las noticias con los informes que se pedían mutuamente los emigrados sobre caminos, pueblos, cuadrillas enclavadas en lo más abrupto de la serranía, inaccesibles, ignorados, para ir hasta ellos y dejar a las familias..."[91]

A mediados de mayo, los carrancistas habían enviado a cerca de mil trescientos prisioneros a la ciudad de México. Unos eran combatientes, otros no. Todos ellos, declaró el comandante militar de la capital, el general Benjamín Hill, habrían de ser deportados a Yucatán, y no solamente ellos, sino todos los futuros prisioneros. Como indicó el general Hill, estos prisioneros tendrían allí "oportunidad de trabajar... bajo la vigilancia de las autoridades civiles y militares", lo cual habría de convertirlos "en hombres útiles para la sociedad y para sus familias".[92]

Desde Tlaltizapán, Zapata trató desesperadamente de organizar la policía municipal para mantener el orden local, mientras un ejército remplazase al otro en el estado.[93] Pero los policías que aceptasen tal responsabilidad lo único que conseguirían sería dirigir los primeros disparos contra sus propias familias. Para los carrancistas que invadían el estado, y que consideraban que todos los campesinos eran gente que se había puesto fuera de la ley, la transferencia del poder tenía que ser violenta. A mediados del mes de junio, después de llevar a cabo otro aplastante ataque, las fuerzas de González tomaron el cuartel general de Tlaltizapán y se apoderaron además de un enorme botín. Dieron muerte también a 283 personas, que según lo registró la autoridad del cementerio local fueron 132 hombres, 112 mujeres y 42 menores de

[90] *La Prensa*, 5 de mayo de 1932. *El Demócrata*, 10 de mayo de 1916.

[91] Memorándum anónimo de los acontecimientos alrededor de Jojutla, 4 de mayo de 1916, AZ, 27: 5.

[92] *El Demócrata*, 16 de mayo de 1916.

[93] Circular a los presidentes municipales y a los ayudantes, 31 de mayo de 1916, AZ, 30: 12.

ambos sexos.[94] Como no podían hacer nada en batallas regulares, Zapata, sus jefes supervivientes y los hombres que les quedaban se retiraron a las montañas.

Cuando los carrancistas penetraron en la capital zapatista, se pudo creer que la revolución local había fracasado completamente, que lo que habían hecho los campesinos para llevar a cabo sus propios cambios había sido un profundo error y que sólo si así lo ordenaba la ciudad de México se podría efectuar la reforma en Morelos, y ser perdurable. De ser así, la idea de una revolución popular era espejismo. De ser así, el Plan de Ayala no era más que una altisonancia rural y Zapata simplemente un patán valeroso y enfurecido, en vez de un dirigente lleno de discernimiento.

[94] Palacios: *Zapata*, p. 230. *El Demócrata*, 15 de junio de 1916. *La Prensa*, 25 de junio de 1932.

CAPÍTULO IX

LOS GUERRILLEROS SOBREVIVEN

"...a disputarle al enemigo..."

¡Pobre señora King! Acosada, refugiada en el abarrotado Veracruz, presa posible de cualquier oficial revolucionario su linda hija, y víctima ella misma de una pesadilla recurrente, sentía a veces que se le iban a saltar los nervios. Durante el día, solía sentirse tranquila. Pero a la noche, en sueños, la buena viuda veía arruinada su propiedad de Cuernavaca. Mientras los contemplaba "impotentemente, gritando", los zapatistas demolían su amado hotel Bellavista y "metódicamente amontonaban las piedras para formar una pirámide".[1]

Había invertido "todo lo que tenía" en el hotel de Cuernavaca después de la muerte de su marido. Su suerte, así lo había señalado con inocencia victoriana, era su propia suerte; y ahora, en el verano de 1916, no podía soportar "esas horribles fantasías" de pérdida total. Sabía que el ejército constitucionalista había ocupado recientemente Morelos, y se le había ocurrido que, reparando sus cosas, podría reparar su propia vida. Regresó, pero Cuernavaca ofrecía una espantosa escena: "muros ennegrecidos, derruidos, acribillados a balazos, donde se habían levantado cómodos y felices hogares, puentes destruidos, caminos de acceso a la ciudad cortados, por dondequiera señales del terrible conflicto que había tenido lugar... Mi cabeza sabía que no podía esperar otra cosa —dijo—, pero mi corazón no estaba preparado para aceptarlo. Caminamos por las calles silenciosas, junto a casas abandonadas, solas; y, no había ni un alma. Un perro, que husmeaba en un montón de basura, huyó corriendo al acercarnos y el ruido de las ruedas despertó extraños ecos en aquel vacío... Me puse a llorar '¡No hay nadie! ¿Dónde está la gente? ¿Dónde está la gente?'." Su hotel, como se lo había temido, estaba demolido. "La gran sala comedor que había sido mi orgullo estaba desnuda —recordó más tarde— no habían dejado en ella nada y sólo se veían cerdos y pollos que allí vivían felices y revueltos."

Durante tres días se entregó a una euforia compulsiva de reconstrucción que rayaba en la histeria. Luego, poniendo desesperadamente a prueba sus esperanzas, le pidió permiso al general González para comenzar a trabajar. Sin embargo, como no tardó en descubrir, el general "tenía sus propias obsesiones". Como los zapatistas seguían luchando, el general

[1] Su relato está en King: *op. cit.*, pp. 5-6, 263-99. Las frases entre comillas son de la autora.

González suspiraba por aplastar "a su escurridizo enemigo a como diese lugar". Los lamentos de la señora King lo fastidiaban. "No es el momento de hablar de reconstrucción, señora King —le gritó—. El trabajo de destrucción todavía no ha terminado." "Pero nuestras casas, nuestra propiedad" —exclamaba la señora King. "Oh, señora! —le dijo casi enojado— eso es cosa del pasado. Todo eso ha terminado."

Presa de estupor, regresó a la tranquila placita donde se alzaba su arruinado hotel sintiendo que había muerto "junto con mi hogar anidado entre valles". "Éste —decidió— es el fin de Rosa King." En los bordes de la ciudad, sobre el cerro que estaba junto al edificio del gobierno del estado, mirando las calles empedradas que descendían, por encima de las barrancas y, a través del valle, lanzando la mirada a las montañas del norte y del este, se puso a recordar su infancia y a preguntarse por qué habían fracasado todos sus esfuerzos. Una final y casi enloquecida desesperación se apoderó de ella. Les gritó a las montañas: "¿también vosotras estáis muertas?" Ecos que eran como un llanto regresaron hacia ella.

En este momento, se le ocurrió que debería de haber gente en las montañas, la gente del común que no había encontrado en la ciudad. E inmediatamente se puso a pensar en cuán vieja era su lucha por "conservar su libertad y su país". La idea de que habían luchado y seguirían luchando con la "fuerza, perseverancia y eternidad" de las montañas la inspiró. Pasó por su mente una visión de hombres ocultos en las montañas, "con su rifle y su jefe, ocultándose y buscando hierbas nutritivas entre sus piedras". "Y entonces —como recordó más tarde— supe que no había muerto." Existía un vínculo entre ella y esa gente del campo, entre ella y el mundo, que la pérdida de su propiedad no podía deshacer. Volvió a la ciudad de México y en los meses siguientes, a pesar de calamidades incesantes, se fue sintiendo cada vez más fuerte.

Y lo mismo que ella, así se recuperaron los revolucionarios locales. La apasionada experiencia de los últimos cinco años, que habían culminado en dieciocho meses de esfuerzo por establecer un bienestar local popular, había creado un intenso sentimiento de unión entre las familias campesinas de Morelos. Juntas habían disfrutado de las grandes esperanzas de su propia reforma y juntas habían padecido el horrible desastre de la invasión de González. "Parecía —como recordó el observador de la multitud refugiada en Tehuiztla— que allí se había reunido una sola familia; todos se hablaban con entera confianza, se prestaban ayuda recíproca y se tuteaban hombres y mujeres que jamás se habían visto..." Unos cuantos se quedaron en Guerrero, como uno de Tepoztlán, que estaba seguro de que "la situación" en Morelos era desesperada, de que lo matarían y de que su familia (la esposa y los hijos) perecerían.[2] Pero la mayoría, habiendo depositado a sus familias en lugares "inaccesibles, ignorados", regresó "a disputarle al enemigo —dijo el observa-

[2] Lewis: *Pedro Martínez*, p. 102.

dor de Tehuiztla— la tierra que estaba hollando". Durante la revolución esta gente se había acostumbrado a considerar que Morelos era suyo, y sólo suyo. Para ellos, los carrancistas ocupantes eran tan extranjeros como las tropas norteamericanas que aún seguían en el norte, y que según creían, como Zapata había dicho recientemente en acusación pública, se encontraban allí a invitación de Carranza para derrotar a Villa.[3] El patriotismo exigía, como había adivinado la señora King, no que respetasen una autoridad tan extraña y despreciable como la de Carranza, sino más bien que se le opusiesen con alma y corazón. Y cuando, a principios de junio, Zapata y los demás jefes regresaron para organizar la resistencia, los campesinos acudieron a ellos, esta vez todavía más torva y profundamente decididos. Ahora preferían morir antes que abandonar sus hogares.

Los riesgos de la resistencia en Morelos, a mediados de 1916, eran tremendos. Pues Pablo González podría aspirar a un cargo importante en la ciudad de México si lograba establecer en el estado el régimen constitucionalista; anhelaba esta dignidad oficial y contaba con treinta mil soldados para alcanzarla. Desde sus primeros años en Nuevo León y Coahuila, antes de la revolución, había deseado el éxito y la admiración. Huérfano a los seis años y buhonero a los catorce, emigrante inclusive en una ocasión a Estados Unidos, después pequeño comerciante y político en una pequeña ciudad de Coahuila y revolucionario maderista en 1911, habíase esforzado toda su vida, unas veces cautelosamente y otras con osadía, por la oportunidad que ahora se le ofrecía.[4] Su único inconveniente era un miedo al fracaso que le había embotado el cerebro y lo había convertido en un hombre tan estúpido como ambicioso. Hacia 1916, patán solemne y ceremonioso, que usaba lentes ahumados y se cubría la cabeza con un flojo sombrero *stetson*, González gozaba de la fama de ser el único general de división carrancista que nunca había ganado una batalla. Debía su grado elevado a Carranza, que había ordenado sus ascensos porque necesitaba un general que pudiese controlar para hacerle contrapeso a Obregón, al cual no podía dominar. Pero era tan romo de ingenio González que, a corto plazo, este defecto se convertía en una fuerza potencial; resuelto a sacar partido, era capaz de cualquier táctica, al azar, lo mismo de la ingeniosa como de la inane. Aunque su suerte no había sido buena hasta entonces, en Morelos podría cambiar.

Ya había llevado a cabo los preliminares de su misión con impresionante diligencia, y había echado a la autoridad convencionista del estado. Este leal carrancista consideraba como ilegítimos y reaccionarios por igual a los gobiernos municipales, al gobierno estatal y a las agencias estatales convencionistas. Y a todos los quitó de sus cargos. Anuló también todas las leyes y ordenanzas convencionistas. Por supuesto, entre los

[3] Manifiesto al pueblo mexicano, 29 de mayo de 1916, AZ, 27: 5.

[4] José Morales Hesse: *El general Pablo González. Datos para la historia, 1910-1916* (México, 1916), pp. 9-18.

decretos abrogados figuraron las distribuciones de tierras que Palafox había llevado a cabo.

Ahora, González se propuso cumplir su "supremo deber y decidido propósito": el del restablecimiento del "orden y el trabajo en todo el estado". A fin de llevarlo a cabo, se portó de singular manera, para ser un revolucionario que se llamaba constitucionalista. No restableció la constitución civil de Morelos, que Juvencio Robles había suspendido en 1913. En vez de esto, al igual que Robles, gobernó formalmente como dictador militar. Su cuartel general de Cuernavaca era la oficina del gobernador. De igual manera, en las demás poblaciones principales sus jefes subordinados se arrogaron la autoridad civil. Y en los pueblos donde no había guarniciones o destacamento, los comandantes principales designaron representantes que sólo les tenían que rendir cuentas a ellos. A mediados de agosto, González dispuso que otro gobernador lo sustituyese, el general Dionisio Carreón, pero Carreón gobernó también como dictador militar.[5] Por lo tanto, no tuvieron lugar las elecciones municipales, ni legislativas, que se habían efectuado ya en otras partes de la República, y no funcionaron tribunales civiles. González tampoco llevó a cabo las reformas sociales necesarias para implantar la revolución a la cual representaba. Sus máximas realizaciones, como dijo jactanciosamente, fueron que: "se han respetado vidas e intereses, se han establecido servicios municipales, escuelas, puntos de aprovisionamiento para el pueblo, facilidades para el comercio, etc., etc.".[6] A mediados de julio, decretó la formación de una Comisión Agraria Estatal en Cuernavaca, que habría de actuar de acuerdo al decreto de Carranza del 6 de enero de 1915. E indicó que no tardarían en formarse comisiones locales en las antiguas cabeceras de distrito.[7] Pero, de esta manera, colocó únicamente bajo su propia autoridad la distribución de la propiedad agraria en el estado. Y evidentemente no empleó la autoridad, como podría haber hecho, para ordenar restituciones provisionales o concesiones de tierras a los pueblos que las solicitasen. Sólo en los alrededores de Axochiapan, un subordinado, Vicente Segura, atendió a las peticiones de restitución de los pueblos.[8]

Lo que González vigiló, a manera de constitucionalismo en la práctica, fue el saqueo de Morelos. Y el botín fue excelente. En las montañas de las partes septentrionales del estado abundaba la madera. Como mencionaron algunos periodistas, los valles estaban espesamente cubiertos de verdes y recientes cultivos.[9] Y como el propio González observó, grandes rebaños de ganado pacían en los ricos pastizales; más de un millar de cabezas alrededor de Tlaltizapán tan sólo. Además, existencias de azúcar

[5] *El Demócrata*, 21 de agosto de 1916.
[6] Manifiesto a los naturales de Morelos, 9 de julio de 1916, AZ, 28: 4: 1.
[7] *El Demócrata*, 25 de julio de 1916.
[8] Estado Mayor: *op. cit.*, pp. 34, 41, 45-6, 95-101.
[9] *El Demócrata*, 15 de junio de 1916.

y de alcohol producidas en la reciente zafra quedaban en los ingenios que los zapatistas habían rehabilitado. Las máquinas de la molienda estaban todavía en las haciendas. Y finalmente, estaba el material que los zapatistas habían tenido que abandonar. Las locomotoras, furgones, cañones y municiones tendrían que devolverse a la Secretaría de Guerra, pero otros artículos gozaban de mucha demanda entre compradores particulares. En Tlaltizapán, por ejemplo, el botín constaba de 6 furgones de papel, 3 furgones de carbón y otros minerales, 5 000 barriles de pólvora, cargas de dinamita, nitroglicerina, mechas, casquillos, ácido nítrico y corteza de curtir, un vagón de azufre, 50 toneladas de cobre, 5 furgones de maquinaria para la fabricación de cartuchos, varias prensas de imprenta y un centenar de pieles.[10] Todo esto era botín de guerra y González se las arregló para que desapareciera en unos cuantos meses, y reapareciese después en los mercados de la ciudad de México. González y la mayoría de sus subordinados se hicieron de dinero; para ellos, la campaña de Morelos fue una oportunidad para obtener ganancias ilícitas aplicando un soborno patriótico, que es el más irresistible de todos. Al trocar en dinero su poder, privaron a los "bandidos" zapatistas de valiosísimos recursos. Tal fue la revolución que González instaló en el estado, "una obra —según dijo— de reconstrucción y progreso".

A los campesinos que pensaban en defenderse de esta versión del cambio social González les dio a entender pronto cuáles represalías podría tomar contra ellos. La ocasión fue una advertencia que hizo a principios de julio, después de que los zapatistas casi barrieron del mapa a las guarniciones constitucionalistas de Santa Catarina y Tepoztlán. Evidentemente, la gente de esos lugares había servido por lo menos de espía a los zapatistas. Si ellos, u otros aldeanos, volvían a obstruir su "labor benéfica y sana", declaró, se vería obligado a "proceder con extraordinaria severidad contra todos los pueblos del estado". No permitiría que el enemigo vencido en el campo de batalla encontrase refugio en los pueblos, entre quienes "hipócritamente se llaman pacíficos". En lo sucesivo, proclamó, la gente de los pueblos tendría que colaborar con los comandantes constitucionalistas y entregar a los zapatistas. De lo contrario, toda la población contraería "las más grandes responsabilidades" y se les castigaría "sumariamente, con todo rigor, sin apelación de ninguna especie".[11]

No obstante, los zapatistas se movilizaron en desafío de la autoridad. Estratégicamente desbandaron a los veinte mil hombres que habían formado su ejército semirregular. Ni siquiera veinte mil soldados regulares eran suficientes para contener a las legiones de González, y después de las pérdidas de la reciente campaña los zapatistas no tenían municiones bastantes para equipar a un tercio de esa cantidad y emprender algo más que acciones pequeñas. De todas maneras, sin poder controlar el producto de los valles, los revolucionarios locales no podían sustentar una

[10] *La Prensa*, 25 de junio de 1932.
[11] Manifiesto a los naturales de Morelos, 9 de julio de 1916, AZ.

gran fuerza, para una lucha de posiciones. Por eso volvieron a la guerra de guerrillas. Distribuidos en pequeñas unidades de un centenar a dos centenares de hombres, con base en campamentos transitorios en las montañas e íntimamente familiarizados con el terreno y con los habitantes de sus respectivas zonas, eran más fáciles de alimentar y más difíciles de encontrar. Y a partir de principios de julio los guerrilleros llevaron a cabo incursiones y emboscadas que eran todo un quebradero de cabeza para González. Después de las matanzas de Santa Catarina y Tepoztlán, una fuerza excepcionalmente grande de un millar de hombres atacó en el Distrito Federal, a través del Ajusco hasta llegar a Milpa Alta, donde capturó valiosos pertrechos militares y luego se retiró. En Tlayacapan los zapatistas pelearon con un destacamento constitucionalista durante siete horas el 16 de julio. Un día más tarde doscientos zapatistas atacaron la guarnición en Tlaltizapán. Una semana más tarde otra fuerza de doscientos atacó de nuevo a la guarnición.[12]

No todos los jefes veteranos supervivientes pelearon realmente. Algunos permanecieron nominalmente en la resistencia, pero en la práctica se quedaron en sus bases, disculpando mediante la falta de municiones su incierta inercia. Y lo que fue peor, todavía ponían a contribución a los pueblos de los alrededores para obtener suministros o inclusive permitían que los bandidos se quedasen en sus zonas. Justificada o no, su delincuencia molestó a Zapata. Y trató de despertar el amor propio de los jefes para llevarlos al combate, tanto para calmar los resentimientos de los campesinos de los que se habían aprovechado, como para dificultar el control constitucionalista. A mediados de agosto condenó públicamente a "los cobardes o los egoístas que... se han retirado a vivir en las poblaciones o en los campamentos, para extorcionando [sic] a los pueblos o disfrutando de los caudales de que se han apoderado en la sombra de la Revolución" y que han dado "ascensos o nombramientos en favor de personas que no lo merecen". Añadió que eran tan censurables como los antiguos oficiales federales, que habían pesado sobre la nación y la habían hecho incurrir en "grandes gastos sin prestar ningún servicio positivo". Y declaró que eran indignos de encabezar "un movimiento armado que combata por el bien del pueblo y no por la formación de una nueva clase de hombres ociosos e inútiles..." Serían deshonrosamente expulsados del Ejército Libertador los comandantes que, sin autorización, se hubiesen retirado ante el enemigo a partir del 1º de mayo, es decir, desde la gran campaña mediante la cual los constitucionalistas habían ocupado el estado. También fueron expulsados los "jefes, oficiales y soldados que, en lugar de combatir al enemigo, emplean sus armas en cometer abusos con los vecinos de los pueblos y en arrebatarles sus escasos medios de subsistencia", así como los jefes que se negasen a obedecer las órdenes que se les diesen para reanudar operaciones. Todos ellos tendrían que entregar al

12 *El Demócrata*, 8 y 20 de agosto de 1916. *La Prensa*, 9, 14 y 21 de julio de 1932.

cuartel general armas, municiones y soldados. Los ascensos y nombramientos que hubiesen efectuado tendrían que ser ratificados por los secretarios del cuartel general.[13]

El primer jefe que sufrió esta deshonra fue Lorenzo Vázquez. Desde 1911, Vázquez había sido uno de los jefes de mayor confianza de Zapata, tanto en los consejos como en el campo de batalla. Pero durante las últimas semanas de la invasión constitucionalista, había dado ocasión a que se levantasen graves sospechas contra él. Él, Montaño y el recientemente fusilado Pacheco se habían quejado de que la derrota que estaba sufriendo el estado había sido culpa de los convencionistas, de Palafox y Soto y Gama en lo particular, que habían impedido llegar a un entendimiento con los constitucionalistas. Luego, una vez fusilado Pacheco, Vázquez había admitido en sus fuerzas a dos oficiales del personal de Pacheco, que según se decía eran los que habían persuadido a su antiguo jefe de que se retirase ante González.[14] La línea de defensa alrededor de Jojutla, que era la que Vázquez había tenido encomendada durante las batallas de junio, no se había sostenido lo suficiente para que Zapata pudiese sacar suministros o civiles de Tlaltizapán. Después, no había reorganizado fuerzas ni llevado a cabo incursiones. El 15 de agosto Zapata ordenó que se le expulsase deshonrosamente por notoria cobardía. Más tarde, también se expulsó a los jefes que no regresaron de Guerrero. Entre ellos figuraba Leobardo Galván, general que había sido delegado ante la Convención.[15]

No obstante, en el otoño de 1916 los zapatistas tenían todavía en el campo de batalla cerca de cinco mil hombres. Probablemente, de dos a tres mil más se hallaban en la reserva activa para remplazar a las bajas o a los fatigados. Y a pesar de las amnistías y los sobornos constitucionalistas, la mayoría de los jefes que seguían peleando eran aquellos que habían estado con Zapata desde un principio. En el suroeste, en torno a Tetecala y Puente de Ixtla, Pedro y Francisco Saavedra eran una amenaza constante para las guarniciones y las patrullas constitucionalistas. En el sur, en torno a Jojutla, los guerrilleros más tenaces eran Eutimio Rodríguez, Gabriel Mancera y Modesto Rangel. En Huautla, Zapata tenía su propio cuartel general. En el sureste, en torno a Jonacatepec, Mendoza, como siempre, realizaba frecuentes escaramuzas con el enemigo. Incursionando por el noreste desde su base en Tochimilco, Puebla, Fortino Ayaquica llevaba a cabo operaciones regulares. A lo largo de los límites con el estado de México, por los alrededores de Ozumba y Amecameca, las fuerzas de Vicente Rojas y de Everardo y Bardomiano González a menudo penetraron en pueblos importantes. En los alrededores de

[13] Decreto del 10 de agosto de 1916, AZ, 28: 4: 1.

[14] Declaración de Inocencio P. Zabala, 14 de abril de 1916, AZ, 28: 5. Meléndez: *op. cit.*, I, 375.

[15] Orden general del 15 de agosto de 1916, AZ, 28: 4: 1. Orden general del 13 de enero de 1917, AZ, 30: 13.

Cuautla, Sidronio Camacho mantenía prácticamente paralizada a la guarnición constitucionalista. Y desde allí hasta Yautepec y hasta Tlaltizapán, Eufemio Zapata, Emigdio Marmolejo, Jesús Capistrán y Juan Salazar efectuaban incursión tras incursión. Al norte de Yautepec y en torno a Tepoztlán, los jefes más activos fueron Timoteo y Mariano Sánchez, así como Gabriel Mariaca. Y por el noroeste y el oeste, hasta el Distrito Federal, el estado de México y el estado de Guerrero, estaban las fuerzas de de la O, a las que Valentín Reyes, Rafael Castillo y Julián Gallegos lanzaron a repetidos asaltos.[16] Los constitucionalistas nunca capturaron ni infligieron derrotas decisivas a ninguna de estas bandas.

Además, el desafío zapatista fue estrictamente zapatista. Le habían llegado a Zapata tentadoras solicitudes para que se uniera a una rebelión felicista, que Félix Díaz, que había vuelto en el pasado febrero, había comenzado en Veracruz y en Oaxaca.[17] Por causa de los recursos económicos de los exilados que los respaldaban, entre los que figuraban varios ex hacendados de Morelos, Díaz se había ganado rápidamente las simpatías de muchos otros dirigentes anticarrancistas de la República. A mediados de 1916, su movimiento se había convertido en la oposición más importante en México.[18] Y los felicistas, los constitucionalistas y los diplomáticos norteamericanos de la ciudad de México creían todos que Zapata se reincorporaría.[19] Pero con la misma rapidez con que otros se habían unido a Díaz, Zapata se negó a establecer ninguna relación, y esto precisamente en el momento en que más necesitaba ayuda. En Puebla, operó militarmente con mercenarios que se habían vuelto felicistas, como Higinio Aguilar y Juan Andrew Almazán, pero no los dejó entrar en Morelos ni coordinó nunca sus fuerzas con las de ellos. Y para aclarar su posición política envió circulares a sus jefes en las que les informó del regreso de Díaz y les prohibió reconocerlo de cualquier manera que fuese.[20] Ideológicamente, la revolución de Morelos siguió siendo el movimiento del Plan de Ayala.

La reacción de González ante el resurgimiento zapatista fue invariablemente estúpida. Como lo había advertido, consistió en "proceder con extraordinaria severidad" contra los pueblos, en los que ya no había gente que hiciese resistencia activa. Y por sus procedimientos particulares, confirmó su fama de ser el heredero espiritual inmediato de la figura más infame de la historia de Morelos, Juvencio Robles. Pues, a partir del 15 de septiembre, en vísperas de las fiestas de la Independencia nacional, ordenó la concentración de las familias rurales del estado en las

16 Meléndez: *op. cit.*, I, 372-3.

17 Zapata a Mendoza, 6 de abril de 1916, AZ, 31: cuaderno 4.

18 Un relato felicista de las aventuras de Díaz en 1916-17 se encuentra en Luis Liceaga: *Félix Díaz* (México, 1958), pp. 362-462.

19 James J. Rodgers al secretario de Estado, 23 de junio de 1916, NA, 43: American Mexican Joint Commission: Rodgers dispatches (en lo sucesivo AMR), caja 9: 408.

20 Circular, 7 de junio de 1916, AZ, 28: 4: 1.

ciudades principales para su subsiguiente deportación.[21] La orden equivalió a otra declaración de guerra contra la institución de los pueblos. A manera de crudo contraste, en ese mismo día, y en todos los demás estados, se habrían de llevar a cabo elecciones municipales para fundar la autonomía local. Mientras tanto, el saqueo de Morelos continuó. Para sus víctimas, los constitucionalistas se habían convertido ahora en los "consusuñalistas", listos para el saqueo.

Zapata sacó gran partido de esta metedura de pata para desacreditar a González y a su revolución en el estado. El 15 de septiembre decretó una "ley general de libertades municipales". Redactada por el secretario del cuartel general, Conrado Díaz Soto y Gama y sus ayudantes, la ley representaba el cumplimiento formal de diversas promesas contenidas en el programa de reformas de la Convención. En sus primeros cinco artículos, era una calca del breve decreto que Carranza había promulgado en materia de municipios. Declarando que "la libertad municipal es la primera y más importante de las instituciones democráticas, toda vez que nada hay más natural y respetable que el derecho que tienen los vecinos de un centro de cualquier población para arreglar por sí mismos los asuntos de la vida común y para resolver lo que mejor convenga a los intereses y necesidades de la localidad", Zapata abolió todos los controles federales y estatales sobre los ayuntamientos en materia de administración y hacienda. De tal manera abolió, en efecto, el sistema de las prefecturas políticas. Y ordenó que las elecciones fuesen directas. Pero en los otros trece artículos la ley era notablemente más comunalista que el decreto carrancista. En esta sección, de inspiración característicamente sureña, Zapata señaló un peligro que Carranza no había advertido. A menos que los ciudadanos tomasen parte directamente en los "principales asuntos" de su pueblo, advirtió, los jefes locales arreglarían que fuesen elegidos para los ayuntamientos sus compadres y camaradas y con ello lo único que se lograría sería "el establecimiento de un nuevo despotismo... a remplazar a los antiguos jefes políticos". Para evitar los consiguientes "abusos y negocios escandalosos o tráficos inmorales, someter a la aprobación de todos los vecinos los negocios más importantes de la existencia comunal, tales como enajenación, o adquisición de fincas, aprobación de sueldos y gastos, celebración de contratos sobre alumbrados, pavimentación, captación o conducción de aguas y demás servicios públicos", prescribió diversas maneras para el control cívico de los concejos municipales. Sólo los residentes del lugar podrían votar o aspirar a los cargos. Los funcionarios sólo prestarían servicio por un año y habrían de esperar a que transcurriesen otros dos antes de poderse presentar para la reelección. Las cuestiones relacionadas con el presupuesto municipal, la compra o venta de propiedad municipal, los contratos y empréstitos municipales tendrían que presentarse a una junta general públicamente anunciada, con su propio comité ejecutivo libremente elegido, para su plena discusión

[21] *El Demócrata*, 25 de septiembre de 1916.

y su aprobación por voto de la mayoría. Y una determinada minoría de ciudadanos podría solicitar en cualquier momento revisión de cuentas, e inclusive acusar ante tribunal a funcionarios, mediante una petición al cuartel general revolucionario de que se convocase a junta general.[22] Para desacreditar todavía más a los constitucionalistas, Zapata ofreció a los pueblos garantías fiscales en un decreto en materia de ingresos estatales y municipales. Mientras que Carranza ni siquiera hacía referencia a los ingresos de los ayuntamientos, los secretarios zapatistas declararon en principio que para "preparar y hacer efectivas las libertades municipales", los pueblos tendrían que contar con "fondos y recursos bastantes para que puedan subvenir con amplitud a sus necesidades". Y no permitieron, como harían más tarde los secretarios carrancistas, que el gobierno estatal recaudase todos los impuestos y decidiese luego cómo habría de distribuirlos entre los pueblos y ciudades. Señalaron precisamente cuáles impuestos pertenecerían al estado y cuáles otros al gobierno municipal. Entre las catorce fuentes reservadas para estos últimos figuraban las casas de empeño, las cantinas y los expendios de gasolina recientemente aparecidos. Se consideraba especialmente importante el derecho municipal a imponer un impuesto mensual sobre las rentas a los abarroteros, carniceros, panaderos y otros comerciantes en artículos de primera necesidad. En la cláusula de capacitación los secretarios zapatistas decretaron también astutamente que mientras prosiguiese la guerra, y no existiese un gobierno estatal, los concejos municipales podrían recaudar, además de los suyos propios, los impuestos estatales.[23]

Un cambio que Zapata efectuó en su táctica, hacia estas fechas, le ayudó a conservar el apoyo de los pueblos. Aunque siguió llevando a cabo la guerra de guerrillas, empezó a elegir los blancos por razones más políticas que militares, por lo cual intensificó la lucha donde molestaba a la ciudad de México, pero la redujo en las cercanías de los pueblos y rancherías comunes y corrientes. El cambio era señal de que Zapata había seguido el ejemplo de Villa en el norte. Allí, al mando tan sólo de doscientos o trescientos hombres, a los que lanzaba a practicar escandalosas incursiones, como la que efectuó en Estados Unidos, Villa había planteado un grave peligro al nuevo gobierno de Carranza; a fines de septiembre las tropas norteamericanas se encontraban todavía en México y seguían llevándose a cabo aún las lentas negociaciones para consentir que salieran.[24] Por lo menos desde el mes de mayo, Carranza había temido que Zapata pudiese lanzar ataques semejantes en el sur, aparatosos asaltos para demostrar la debilidad del gobierno.[25] Zapata, que había estado lu-

[22] Ley general de libertades municipales, 15 de septiembre de 1916, AZ, 28: 2: 1.

[23] Ley de ingresos estatales y municipales del estado de Morelos, 18 de septiembre de 1916, *ibid.*

[24] Clendenen: *op. cit.*, pp. 270-95.

[25] Cándido Aguilar a J. L. Rodgers, 22 de mayo de 1916, NA, 43: AMR: 9: 369.

chando durante todo el verano por recuperar su equilibrio en Morelos, no había optado por la teatralidad terrorista; pero en un largo informe de un agente de la ciudad de Puebla, el 27 de septiembre, leyó algo que lo convenció de que quizá fuese conveniente practicarla. El agente, Octavio Paz, reconocía que el control militar de Carranza era sólido en general, pero insistió en que su situación política era extremadamente precaria. Las elecciones para la Convención Constitucional que Carranza había convocado recientemente tendrían que dividir a los ambiciosos jefes que lo rodeaban. Y si Estados Unidos recibía testimonios concluyentes de la debilidad interna del régimen, podría rescindir su reconocimiento. Si el candidato republicano "Hugges" llegase a ganar las inminentes elecciones presidenciales, y Paz decía que las apuestas estaban cinco a uno en su favor, entonces la rescisión sería todavía más probable. Paz recomendaba los ataques contra trenes y contra la ciudad de Puebla, lo cual, dijo, crearía un furor internacional tan grande como los desmanes de Villa en el norte.[26] El 1º de octubre, Zapata indicó por primera vez públicamente que estaba pensando en un nuevo campo de acción. En una Exposición al pueblo de México y al cuerpo diplomático, y después de quejarse de las medidas políticas y económicas de Carranza y de calificar de monstruosa simulación a la inminente Convención Constitucional, declaró, para quien lo quisiese entender, que "no hay una sola vía de comunicación que se pueda decir controlada por el carrancismo".[27] Casi inmediatamente después, llevó a cabo una operación que impresionó vívidamente a los representantes extranjeros acreditados en la capital. El 4 de octubre, en una batalla que el encargado de negocios norteamericano describió diciendo que había sido "una de las más fuertes... entre constitucionalistas y zapatistas... en meses", los zapatistas capturaron la estación de bombeo de Xochimilco que suministraba agua a la capital. Una semana después, otra banda atacó el suburbio de San Ángel, situado a unos trece kilómetros del centro de la ciudad de México.[28]

Durante todo el verano, ésta fue la norma de las operaciones zapatistas. Suspender las luchas en Morelos y combatir con más ardor en los puntos neurálgicos del centro y del sur. En Puebla, Tlaxcala, el sur de Hidalgo, el estado de México, Michoacán, Guerrero y Oaxaca, bandas locales más o menos zapatistas llevaron a cabo numerosas incursiones. Y rara vez el lugar de ataque fue un pueblo perdido en el campo, por el motivo de desafiar a una guarnición. Con frecuencia cada vez mayor la acción se llevó a cabo sobre un ferrocarril, un ingenio, una fábrica o un pueblo minero, para atraer la atención de los cónsules extranjeros.[29]

A pesar de su nuevo interés por los movimientos fuera de Morelos,

[26] O. Paz: Informe, 27 de septiembre de 1916, AZ, 28: 2: 1.

[27] Exposición al pueblo mexicano y al cuerpo diplomático, 1º de octubre de 1916, *ibid.*

[28] Parker al secretario de Estado, 5 y 12 de octubre de 1916, NA, 59: 812.00/19449 y 19530.

[29] Meléndez: *op. cit.*, I, 373.

Zapata mantuvo una estrecha vigilancia sobre los guerrilleros que aún quedaban en el estado. No les aceptó excusas para quedarse en sus campamentos y los incitó a seguir el ejemplo de jefes como Everardo González y Valentín Reyes, que pacticaban incursiones dos y tres veces a la semana en el estado de México y en el Distrito Federal. Y lo que era más importante, Zapata los apremió a que mantuviesen buenas relaciones con los pueblos. Aunque a veces reprendió a funcionarios municipales que no atendían a las demandas legítimas de los guerrilleros, lo que más le preocupaba es que los hombres que luchaban en los campos conservasen la simpatía de la gente de los pueblos.[30] Envió órdenes a sus jefes para que respetasen a las personas y a las propiedades de las zonas en disputa, para que vigilasen el establecimiento de autoridades municipales y judiciales en todas las poblaciones y para que permitiesen trabajar con entera libertad a los funcionarios locales.[31] En particular, trató de evitar reyertas entre los jefes, en las cuales podrían verse envueltos aldeanos inocentes, que más tarde negarían pastos, alimentos y abrigo a los soldados que regresasen cansados y hambrientos del combate.[32]

La presión que Zapata ejerció para que se cumpliese la disciplina fue tan fuerte que otros jefes dictaron órdenes para sus propias zonas. Desde su campamento en Tochimilco, Fortino Ayaquica ordenó a los jefes del destacamento de los pueblos vecinos que fusilasen en el acto a cualquier persona sorprendida cometiendo acciones de bandidaje o de usurpación de los derechos locales. A las personas sospechosas se las debería llevar a su cuartel general.[33] La iniciativa de Ayaquica se mereció el elogio del cuartel general de Morelos.[34]

Entre tanto, González se había vuelto letalmente impaciente. Se había desvanecido su sueño de una impresionante administración militar profesional. A medida que se fue atascando su campaña de limpieza, hasta el no hacer el ridículo fue convirtiéndose en un problema. Semana tras semana tenía que comunicar informes de que se habían perdido más pueblos, de que se habían sufrido bajas de un centenar o más de constitucionalistas.[35] En su frustración, los comandantes subordinados descargaban su cólera sobre todo el que encontraban. El 30 de septiembre, el coronel Jesús Guajardo dio muerte a 180 residentes de Tlaltizapán, hombres, mujeres y niños. Aseveró que las familias eran zapatistas, y que no habían querido pagar un empréstito forzoso que les habían impuesto.[36]

Y el saqueo continuó, con el mismo desenfreno de siempre. Todo lo que se pudiese transportar volvía a aparecer en el mercado de la ciudad

[30] Zapata a Ignacio Sagredo, 23 de octubre de 1916, AZ, 28: 2: 2. Zapata a Mendoza, 5 de agosto de 1916, AA.

[31] Circular a los jefes del Ejército Libertador, 9 de octubre de 1916, AZ, 30: 12.

[32] Zapata a Mendoza, 13 de noviembre de 1916, AZ, 28: 2: 3.

[33] Instrucciones a los jefes de destacamentos, 10 de octubre de 1916, *ibid.*, 1.

[34] Servicio Informativo Revolucionario, 26 de octubre de 1916, *ibid.*, 2.

[35] *La Prensa*, 27 de septiembre y 4 de octubre de 1932.

[36] Palacios en *Todo*, 24 de diciembre de 1942.

de México. Un día, la señora King recibió una visita en la capital de tres oficiales del ejército que le pidieron que identificase algunas bañeras que habían comprado a alguien que las había traído de Cuernavaca. Los acompañó hasta un almacén cercano a la estación central de ferrocarril y comprobó que las bañeras eran del hotel Bellavista. Los oficiales sintieron un gran alivio al confirmar que sus compras eran de buena calidad. La señora King protestó que las bañeras eran suyas, y que quería que se las devolvieran. Los oficiales se negaron a hacerlo. Le explicaron que lo único que habían hecho era "confiscar" lo que ella había "abandonado".[37]

Unos cuantos meses después, en carta que le escribía a un colega de otra zona, un secretario del cuartel general de Morelos recordaba la ferocidad constitucionalista con encono todavía fresco. "Jamás se creyó que habría rufianes que superaran a los de Huerta... venir y ver... pueblos incendiados en su totalidad, los montes arrasados, el ganado robado, las siembras que fueron regadas con el sudor del trabajo cosechadas por el enemigo... y sus granos iban a llenar los furgones de sus largos trenes y ser vendidos en la capital." Y en lo tocante a la concentración, su comentario era breve pero punzante: "Robles, el mil veces maldito, es pequeño en comparación". Para limpiar de enemigos el campo, dijo, los constitucionalistas llevaban a la gente "como piarias [sic] de cerdos" a plataformas de carga y luego los enviaban en vagones y furgones de ganado a la ciudad de México. Allí los dispersaban por los barrios miserables de los alrededores de los patios del ferrocarril, sin darles nada para su sustento. A las familias que se habían quedado en el estado no les iba mucho mejor. "Eso de ver a tres o cuatro hombres tirando del arado y ocupando el lugar de las bestias de que eran propietarios y las cuales les fueron robadas por el carrancismo —atestiguó el secretario— es cosa que subleva."[38] Años más tarde, los campesinos de Morelos se acordaron de los invasores de 1916 con tanto odio que los llegaron a confundir con los federales de 1912-13, y calificaron todos sus sufrimientos desde 1911 como obra de los carrancistas.[39]

Los autores de corridos sondearon la profundidad de la desesperación local y la expresaron humorísticamente.

Por Dios Venustiano, cambia de experiencia;
diles a tus militares, que no vayan a matar
los pobres marranos, vacas y gallinas
y los guajolotes en lance fatal.
Diles que los jarros no son zapatistas,

[37] King: *op cit.*, p. 302.

[38] Juan Espinosa Barrera a Alberto Paniagua, 30 de marzo de 1917; AZ, 28: 1: 3. Por lo que respecta a los comentarios de la señora King acerca de los refugiados en la ciudad de México, entre los que encontró a sus antiguos sirvientes, véase *op. cit.*, pp. 301-2.

[39] Véase, por ej., Lewis: *Pedro Martínez*, pp. 84-6.

ollas y cazuelas y también el corral,
semillas en granos, rebozos y platos,
viejos mantequeros, también nixtamal.[40]

Pero los zapatistas simplemente se volvieron más atrevidos en sus intenciones y en noviembre estuvieron a punto de quebrantar a González. Sus tácticas fueron dos espectaculares actos de terrorismo en el ferrocarril de Cuernavaca. El 7 de noviembre, cerca de la estación de Xoco, en el Distrito Federal, volaron un tren que se dirigía al sur por el Ajusco. En la ciudad de México los atareados metropolitanos oyeron la explosión y los disparos de rifles que la acompañaron y, dirigiendo la mirada hacia las laderas del sur del Ajusco, pudieron ver el humo de los restos humeantes. Cerca de cuatrocientos pasajeros, militares y civiles, murieron en la matanza.[41] González se encontraba entonces en la capital dedicado a delicadas actividades de politiquería con Obregón y Carranza. Tremendamente turbado, abrió una investigación formal del ataque y regresó a Cuernavaca a practicar sus propias indagaciones. El 11 de noviembre exhibió en la ciudad una orden draconiana. "Todo individuo —declaró— que directa o indirectamente preste sus servicios al zapatismo o a cualquier otra facción... hostil al Gobierno Constitucionalista, será pasado por las armas sin más requisitos que la correspondiente identificación." Se aplicaría también pena de muerte sumaria a todo aquel que se aprehendiese en los caminos o veredas sin salvoconductos certificados por el cuartel general constitucionalista de Cuernavaca; todo el que anduviese cerca de las vías de ferrocarril "y no especifique a satisfacción su presencia"; todo el que no se hubiese reconcentrado en poblaciones señaladas al respecto; todo aquel que hubiese entregado a otro su salvoconducto personal; y todo aquel que hubiese salido como fiador de alguien que deshonestamente hubiese solicitado un salvoconducto.[42] González amenazó en vano. Unos pocos días después, en la misma montaña, pero un poco más arriba, los zapatistas volaron otro tren. De nuevo el número de muertos fue impresionante. Y de nuevo los metropolitanos fueron testigos de la incapacidad de González para vigilar siquiera la zona de la capital. El encargado de negocios norteamericano tomó nota del fracaso constitucionalista en el sur.[43]

González estaba furioso, pero no podía hacer nada. Inclusive con sus treinta mil hombres no había logrado cumplir su encargo. Y no podía sacar nuevos refuerzos al secretario de Guerra, Obregón, que necesitaba todas las tropas y suministros de que pudiese echar mano para poder llevar a cabo operaciones de importancia más urgente, como las de perseguir a Villa en Chihuahua, a Félix Díaz en Oaxaca y vigilar de cerca

40 Citado en Simmons: *op. cit.*, pp. 147-8.
41 *El Demócrata*, 8 y 9 de noviembre de 1916. Taracena: *Mi vida*, p. 395.
42 *El Universal*, 14 de noviembre de 1916.
43 Parker al secretario de Estado, 10 de enero de 1917, NA, 59: 812.00/18161.

la expedición norteamericana que se encontraba todavía en suelo mexicano. El único recurso de González fue desvariar en privado, decir que Obregón le había escatimado deliberadamente hombres y dinero, que lo había arruinado y que los zapatistas eran "bárbaros..., asquerosos, sátiros, de instintos bestiales..., felones y cobardes por naturaleza", que no sabían pelear limpiamente.[44]

En Cuernavaca, González se resignó a la derrota. Como era su deber, hizo que siguiese la farsa política en la cual los miembros de su personal ganaron "elecciones" locales para representar a Morelos en la Convención Constitucional que habría de inaugurarse el 1º de diciembre. Obrando en calidad de filiales del partido oficial recientemente fundado, el Liberal Constitucionalista, las guarniciones de Cuernavaca, Cuautla y Jojutla eligieron a tres oficiales del cuartel general como delegados titulares y a otros tres como suplentes. Sólo uno de ellos, el coronel Álvaro Alcázar, que representaba a Jojutla, era natural del estado. Siendo el político de una vieja familia de comerciantes de Jonacatepec, había figurado en el Concejo Municipal del lugar en 1911. Los otros eran norteños, de Sonora, Nuevo León, Coahuila. Los comandantes del Partido Liberal Constitucionalista presentaron la candidatura de Carranza para la presidencia también, y después de reflexionar en la posibilidad de elegir a uno de ellos mismos, al general Gustavo Elizondo, para el cargo de gobernador, nombraron también a Carranza para esa candidatura.[45] Pero González no se hacía ilusiones ahora acerca de su fuerza real en el estado. Después de reunir a sus generales para discutir lo de la campaña, anunció el 22 de noviembre un plan que supuestamente tenía como objeto intensificar las operaciones, pero que de hecho era una retirada. Las órdenes que dio fueron en el sentido de desmontar un espacio de quinientos metros de ancho a ambos lados de la vía del ferrocarril desde Contreras en el Distrito Federal, hasta Cuernavaca, y llevar el cuartel general a la ciudad de México.[46]

Abandonado a su suerte, de hecho, el gobernador militar Carreón se puso a esperar el fin. Sus jefes militares eran como los de otras partes, los cuales, como observó el encargado de negocios norteamericano, "parecen haber abandonado el campo casi totalmente para dedicar su tiempo a la política y al latrocinio".[47] Tenían deseo especial de quedarse con la

[44] Pablo González: "Verdades para la historia", en Partido Reconstrucción Nacional: *Recopilación de documentos y algunas publicaciones de importancia* (Monterrey, 1923), pp. 239-43.

[45] *El Universal*, 9 y 18 de noviembre, y 5 de diciembre de 1916. Véase también, S. Valverde, *op. cit.*, pp. 83-4 y Gabriel Ferrer Mendiolea: *Historia del Congreso Constituyente de 1916-1917* (México, 1957), p. 168. Acerca de los orígenes del Partido Liberal Constitucionalista, véase Eugene M. Braderman: "A Study of Political Parties and Politics in Mexico since 1890" (Tesis doctoral, University of Illinois, 1938), pp. 156-9.

[46] *La Prensa*, 22 de noviembre y 1º de diciembre de 1932.

[47] Parker al secretario de Estado, 8 de noviembre de 1916, NA, 59: 812.00/19793.

cosecha de maíz que estaba a punto de levantarse. Mientras tanto, las tropas constitucionalistas se iban debilitando cada día más. El paludismo las había diezmado ya. Otro azote era la disentería, contraída al alimentarse de frutas como el mango en un clima casi tropical. Y al acercarse el invierno, estalló una epidemia de tifoidea en el Distrito Federal que se propagó por el estado. La poca morfina y quinina enviada a Cuernavaca llegó al mercado negro, para revenderse de vuelta en la capital. Los hospitales militares de la zona de González tenían ahora siete mil soldados enfermos, agobiados de fatiga, mal alimentados y desmoralizados. Otros, todavía más miserables, buscaron abrigo en furgones abandonados y chozas hechas a la carrera. Algunos murieron en las calles.[48]

Después de la cosecha Zapata reanudó de pronto la ofensiva en Morelos. El 1º de diciembre, desde el cuartel general restablecido en Tlaltizapán, lanzó coordinados ataques por sorpresa contra las guarniciones de Cuernavaca, Yautepec, Jojutla, la hacienda de Treinta, Jonacatepec, Axochiapan, Paso del Muerto e Izúcar de Matamoros, Chietla y Atlixco, en Puebla. Las decrépitas defensas constitucionalistas se desmoronaron. Jojutla y la hacienda de Treinta cayeron el primer día, y los zapatistas dejaron fuera de combate a quinientos soldados miserables. Los demás lugares quedaron sitiados y se interrumpió el tráfico ferroviario entre Cuernavaca e Iguala. Desde la ciudad de México, González informó en los días siguientes que sus fuerzas habían sacado a los zapatistas de diversos pueblos. Pero cada una de estas acciones tuvo lugar cerca del Distrito Federal.[49]

A fines de diciembre, los constitucionalistas comenzaron a salirse de Morelos, llevándose consigo todo lo que podían. Y los zapatistas, que los siguieron de cerca y a veces les tendieron sangrientas emboscadas, ocuparon las poblaciones principales. El 7 de enero, entraron en Jonacatepec y al día siguiente en Yautepec. El 10 de enero tenían en su poder de nuevo Cuautla. Durante la semana siguiente, entraron en Tetecala, después en Miacatlán y por último en Cuernavaca.[50] No encontraron pertrechos, pero recuperaron su estado.

Durante unas semanas prevaleció el delirio en Tlaltizapán. Les parecía que el constitucionalismo estaba a punto de derrumbarse, que González había retirado sus tropas como habían hecho los generales federales cuando la caída de Huerta. Soto y Gama redactó un programa de medidas económicas y hacendarias que el Ejército Libertador llevaría a cabo cuando ocupase de nuevo la ciudad de México.[51] Octavio Paz, que se encontraba entonces en San Antonio, juzgó equivocadamente también la retirada federal. Hizo llegar al cuartel general la información de que "nuestro

[48] Partido Reconstrucción Nacional: *op. cit.*, pp. 243-4. *La Prensa*, 11 de octubre, 19 de noviembre y 6 de diciembre de 1932.

[49] *Ibid.*, 29 de diciembre de 1932, y 7 de enero de 1933. Meléndez: *op. cit.*, I, 373-4.

[50] Servicio Informativo Revolucionario, 10 de enero de 1917, AZ, 30: 13.

[51] Medidas de orden económico y financiero, 10 de enero de 1917, AZ, 27: 18.

triunfo parece un hecho" y pidió que se avanzase inmediatamente hacia el norte desde Cuernavaca, para llegar antes que Pancho Villa a la capital.[52] Después de que Estados Unidos levantó su embargo de los envíos de material de guerra a mediados de enero, Zapata firmó otro manifiesto el pueblo de México, en el que declaró que "la pesadilla del carrancismo, rebosante de horror y de sangre, está por terminar" y aseguró a la Nación, de nuevo, que podía contar con "la generosidad" sureña para todas las clases sociales, con excepción de los terratenientes.[53] El cuartel general emitió también un nuevo decreto de nacionalización.[54] Y, nominalmente, el Ejército Libertador sufrió una drástica regularización; se formó una milicia activa y una primera y segunda reservas, desde el pelotón hasta la división, con todo y un cuerpo de ingenieros, un cuerpo médico y tribunales militares.[55]

No tardó en verse que este juicio había sido por demás optimista. El que González hubiese liado el petate no quería decir que el gobierno también lo hubiese hecho. En su Convención Constitucional que se estaba efectuando en esos mismos días, los carrancistas estaban probando la fuerza fundamental y la solidez de su partido. Y al debatir e incorporar en su nueva Constitución una serie de reformas de beneficio social, pusieron de manifiesto un agudo sentido de responsabilidad nacional. Inclusive se apropiaron de parte del agrarismo zapatista. Entre quienes hicieron una defensa radical de los pueblos figuró un delegado de Puebla, Luis T. Navarro, que siendo diputado maderista, en 1913, había encontrado refugio contra Huerta entre los zapatistas, había prestado servicios con ellos durante 18 meses en Puebla, y ahora en 1917 defendía su honor y causa en una convención carrancista.[56] Y en el artículo 27 se impusieron los radicales y garantizaron que los pueblos tuviesen el derecho de conservar propiedades como sociedades, que afirmaran que el pueblo era una institución legítima en el nuevo orden. Aparte de Morelos, los carrancistas habían mejorado realmente su posición militar en el sur. En Guerrero y Puebla habían organizado a sus contactos locales hasta formar esbozos de gobierno. En Tlaxcala donde los campesinos sin tierras, como los de Morelos, se habían organizado para formar un movimiento agrario semejante y después, en 1915, se habían declarado en favor de Zapata, los constitucionalistas habían concertado un pacto con el jefe local, Domingo Arenas. Cerca de Huejotzingo, Puebla, el 1º de diciembre de 1916 Arenas había aceptado una "humanitaria y patriótica invitación" para unificar sus fuerzas con los constitucionalistas. A cambio de esto se le hizo general de brigada, todos sus oficiales conservaron sus rangos y sus mandos; la división de Arenas comenzó a desempeñar ser-

[52] Paz a Soto y Gama, 15 de enero de 1917, AZ, 29: 13.

[53] Manifiesto al pueblo mexicano, 20 de enero de 1917, AZ, 30: 13.

[54] Decreto sobre bienes nacionalizados, enero de 1917, AZ, 28: 10: 3.

[55] Decreto al Ejército Libertador, 31 de enero de 1917, AZ, 30: 13.

[56] Luis Sierra Horcasitas: *Patria. Obra histórico-revolucionaria. Primera parte* (México, 1916), pp. 65-8. *Diario de los Debates del Congreso Constituyente*, II, 1080-4.

vicios de guarnición en San Martín Texmelucan y a recibir su paga y pertrechos de la Secretaría de la Guerra, además de que los campesinos de Tlaxcala recibieron la aprobación provisional de las expropiaciones de tierras que habían llevado a cabo. Zapata no tardó en declarar traidor del Plan de Ayala a Arenas, pero no pudo hacer nada por derrocar al jefe de Tlaxcala.[57] Mediante este pacto y otros más los constitucionalistas consolidaron su dominio del campo. Y a principios de febrero, las últimas tropas norteamericanas que seguían en México regresaron a Estados Unidos. Habiendo recuperado Morelos, los zapatistas no habían triunfado, simplemente habían sobrevivido.

Durante el mes de febrero, Zapata y sus jefes corrigieron sus miras. No concentraron sus fuerzas para meterse en el Distrito Federal o atacar la ciudad de Puebla. En vez de esto, las colocaron por grupos en los pasos principales que conducían a Morelos, para tender una línea de defensa alrededor del estado. Y esta línea parecía ser tan dura que González ni siquiera trató de romperla. A principios de febrero, se acercó hasta Tres Marías para inspeccionar los escasos puestos avanzados constitucionalistas de la vecindad. Se pasó tres semanas en esas alturas frías y neblinosas, contemplando a través de las nubes el valle de Cuernavaca, cavilando. Aunque había anunciado que no tardaría en "activar la campaña" reconoció que no podía enviar trenes al sur. Y cuando regresó a la ciudad de México a fines de febrero, se llevó consigo, inclusive, a los puestos avanzados que había dejado antes.[58] Militarmente, los zapatistas habían convertido Morelos en un atolladero. González podría haberse metido por la fuerza de nuevo en el estado, pero lo único que habría conseguido hubiese sido atascarse más aún. Manteniéndose a la defensiva, los zapatistas estaban por lo menos a salvo.

El trabajo que los jefes y los secretarios reanudaron ahora fue el que habían estado ejecutando antes de la invasión, el de la refundación del estado, entendido como comunidad de pueblos. Hicieron esto, en parte, para dar mayor firmeza a la base popular de su movimiento. En parte, también, tenían la intención de confirmar para los observadores de México y de más allá, lo mismo que para sí mismos, que sólo ellos eran sinceros en su respeto por el pueblo, que por comparación con ellos la reforma agraria carrancista era un fraude. En apuros semejantes los revolucionarios perseguidos por la ley de otras partes del país habían hecho tratos con el gobierno, habían caído en el bandidaje, se habían vuelto mercenarios, se habían afiliado con los felicistas o habían olvidado las razones por las cuales originalmente se habían lanzado a la rebelión. Pero en Morelos la voluntad de mantener intactas y en operación a las comunidades rurales locales era tan firme como siempre. Después de seis

57 Acta de rendición del general Domingo Arenas al gobierno de Venustiano Carranza, 1º de diciembre de 1916, AA. Órdenes generales del 15 de diciembre de 1916, AZ, 28: 2: 3.

58 *El Demócrata*, 8, 15 y 27 de febrero de 1917. *La Prensa*, 16 de febrero de 1933.

años de lucha, los jefes revolucionarios, evidentemente, no podían concebir otra finalidad para su lucha. Y en cuanto a los secretarios, seguros todavía de que no se habían equivocado, siguieron siendo leales también.

Si los zapatistas no habían cambiado, las condiciones de la vida local sí lo habían hecho, sin embargo, y para mal. Lo más notable era que la hacienda había desaparecido. La hacienda, cuyos trabajadores residentes habían tenido que huir, habían sido deportados, o reclutados, cuyos campos estaban sembrados de maíz o de hierbas silvestres, cuyos edificios estaban derruidos y quemados, cuyos molinos estaban desmantelados, ya no era un centro de producción, ni siquiera de habitación. En 1917 Morelos era visible solamente como una ruina, como un lugar para lagartijas y arqueólogos. No tan evidente, pero igualmente fundamental, era el cambio efectuado en los pueblos. En ellos todavía se congregaban las familias, pero muchas se encontraban en lugares que apenas conocían, a los que habían huido en busca de refugio y en los que se habían quedado por miedo. Y alrededor de los pueblos, también, los campos yacían vacíos de cultivo, sin que hubiesen quitado aún los tallos de maíz que se secaban y amarillaban bajo el sol de invierno. En los pastizales no había ganado. Tampoco corrían por las calles empedradas de los pueblos hozando basura los cerdos, o los pollos. Sólo de vez en cuando mujeres o niños salían de las puertas para correr de una casa a otra en sus mandados. Y los viejos dirigentes locales se habían ido, estaban muertos, habían sido deportados o andaban escondidos. En esta desdicha y desorden sociales reaparecieron los bandidos, como siempre lo habían hecho en tiempos como aquéllos en Morelos. Para volver a fundar el estado, los zapatistas ya no podían confiar en que los pueblos se reorganizasen por sí solos. Ni tampoco podían esperar que las tullidas autoridades municipales guiasen la recuperación. Sin haciendas reducidas, pero aún activas, en las cuales trabajar, sin recursos locales de los cuales echar mano, sin coterráneos en los cuales confiar y a los cuales seguir, los pueblos necesitaban de una dirección que ellos mismos no podían darse. Los zapatistas se la tuvieron que proporcionar.

El motor de la organización fue una oficina cuya creación había sido sugerida por Zapata a fines de noviembre de 1916. Percatándose de que la autoridad tradicional no existía ya en muchos pueblos y previendo los desórdenes que los constitucionalistas dejarían tras de sí al salir del estado, se quejó a Soto y Gama de que "todos aquellos que me ayudaron a ponerle fuego a la casa, no quieren hoy ayudarme a apagarla". Les pidió a Soto y Gama y demás secretarios que fuesen por los pueblos para explicar "que si yo me levanté en armas, no fue para proteger bandidos, ni para solapar abusos, sino para dar cumplidas garantías a los pueblos, protegiéndolos contra cualquier jefe o fuerza armada que atente contra sus derechos".[59] El 28 de noviembre, Soto y Gama formalmente estable-

[59] Antonio Díaz Soto y Gama: "Cargos infundados contra Zapata", *El Universal*, 4 de mayo de 1955.

ció la oficina en Tlaltizapán y la llamó Centro de Consulta para la Propaganda y la Unificación Revolucionaria. Sus miembros fundadores fueron en número de quince, y figuraron entre ellos Soto y Gama, Palafox, Montaño, los hermanos Magaña, Enrique Bonilla, Prudencio Casals R., Ángel Barrios y Leopoldo Reynoso Díaz.

Los deberes de los consultantes eran, en general, los que Zapata les había señalado, para orientar de nuevo a los pueblos. Tenían que dar conferencias en los pueblos acerca de las obligaciones mutuas de las tropas revolucionarias y de los pacíficos; hacer lecturas públicas y dar explicaciones de los manifiestos, decretos y circulares en el cuartel general; mediar en las disputas entre jefes y pueblos, y entre pueblos. Con esta experiencia habrían de aconsejar al cuartel general para la formulación de leyes y reformas. Y lo que era más importante, tendrían que organizar juntas subsidiarias en todos los pueblos, bajo control revolucionario, que serían Asociaciones para la Defensa de los Principios Revolucionarios.[60]

El 12 de diciembre, en Tochimilco, Soto y Gama, Gildardo Magaña y Enrique Bonilla establecieron la primera asociación.[61] En las semanas siguientes, se formaron muchas otras por el suroeste de Puebla y el centro y este de Morelos. Funcionaron allí como ramas locales del partido zapatista, y fueron las primeras organizaciones populares, tanto civiles como seculares, que hubiesen existido jamás en muchos pueblos. Los asociados carecían de autoridad oficial y tenían órdenes estrictas de no intervenir en los asuntos de los gobiernos municipales; pero, en la práctica, dominaban la sociedad local. Nominalmente, cada asociación constaba de cuatro oficiales y seis miembros con derecho a voto, elegidos cada cuatro meses mediante sufragio directo en el pueblo. Estaba prohibida la reelección hasta después de un año de haber abandonado un cargo. Los candidatos tenían que ser "revolucionarios, o cuando menos, simpatizar con los principios que defiende la revolución". Otros requisitos eran residir en el lugar, ser mayor de edad, saber leer y escribir y no haber explotado a la gente ya sea desde un campo público o mediante "influencias... con los gobiernos pasados".[62] Pero como solo unos pocos pueblos contaban todavía con diez hombres de éstos que no se encontrasen en el Ejército Libertador, o menos aún contaban con los cuarenta que se necesitarían para las elecciones de un año, las asociaciones no pasaron de ser simples cuadros políticos. En casi todas ellas, las figuras dominantes eran unos cuantos hermanos o primos que habían conservado el respeto local sin haber ido a la guerra. Juntos, llenaron tal vez la mitad de los puestos, que se intercambiaron a cada nuevo período.

60 Reglas básicas del Centro de Consulta para la Propaganda y la Unificación Revolucionaria, 28 de noviembre de 1916, AZ, 28: 2: 3.

61 Fundación de la Asociación de Tochimilco, para la defensa de los ideales revolucionarios, 12 de diciembre de 1916, *ibid.*

62 Reglas para las asociaciones para la defensa de los principios revolucionarios, 23 de mayo de 1917, AZ, 29: 10.

Las obligaciones de los asociados eran diversas. Entre ellas figuraba la de participar en "las elecciones de todas clases de autoridades, formulando candidaturas que garanticen los intereses del pueblo, exhortando a los ciudadanos a que cumplan con sus deberes electorales y organizándolos para las elecciones". El resultado fue que los asociados controlaron las elecciones municipales y regulares de Morelos en 1917 y 1918 y probablemente ejercieron influencias secretas, pero no menos reales, en las elecciones regulares de Puebla.[63]

En cuestiones de rutina, los asociados hacían las veces de comisarios. Su tarea principal consistía en vigilar que los militares respetasen a las autoridades civiles. Y practicaron la mediación en muchísimas disputas entre los funcionarios municipales y los jefes de las guarniciones. Comúnmente, los conflictos tenían como causa la disposición del aprovechamiento de los recursos locales de las cosechas, de los pastos, de los animales de tiro, de los terrenos baldíos. Debido a todas las migraciones y repoblaciones, ahora era más difícil establecer quién tenía más derecho a utilizar un determinado campo o una yunta de bueyes. El derecho más firme en un pueblo era la reputación de haber utilizado antes la cosa en cuestión. Sin embargo, las tropas revolucionarias que en el último año sólo habían utilizado un rifle también se merecían el sustento o que se les diesen los medios de sustento; y sus jefes estaban siempre muy dispuestos a defender sus intereses. De manera que entraban en competencia con las autoridades rurales, cada una en nombre de su grupo y ambas, declaradamente, por el bien de la revolución. Para determinar los derechos y obligaciones respectivos de los campesinos y de los guerrilleros, los asociados de Tochimilco patrocinaron negociaciones entre el concejo municipal y el cuartel general de Ayaquica. Mencionando un deber especial de cumplir las promesas revolucionarias en materia de tierras obtuvieron un tratado, el 21 de diciembre, que favorecía evidentemente a los pueblos. El acuerdo se convirtió en un modelo para los demás pueblos de la zona zapatista. Y los asociados sostuvieron una frecuente correspondencia para comunicarse sus actividades. Una cálida camaradería se estableció entre estos comisarios que comenzaron a verse a sí mismos como los verdaderos guardianes de la revolución.[64]

Su trabajo más importante consistía en hacer que los campesinos comunes y corrientes descubriesen el valor trascendental de la lucha en la que se habían metido. A medida que se fueron formando las asociaciones, los miembros de las mismas se hicieron cargo de la mayoría de los

[63] Muchos documentos acerca de las actividades de las diversas asociaciones en 1917 se encuentran en AZ, 28: 3, 20 y 22. Por lo que respecta a las elecciones de Puebla, en las que un ex zapatista candidato a gobernador contó con muchas simpatías en los alrededores de Atlixco e Izúcar de Matamoros, véase Porfirio del Castillo: *Puebla y Tlaxcala en los días de la Revolución* (México, 1953), p. 260.

[64] Acuerdo de Tochimilco, 21 de diciembre de 1916, AZ, 30: 12. Presidente de la asociación de Alpanocan al presidente de la asociación de Tochimilco, 26 de febrero de 1917, AZ, 28: 3: 1.

deberes de educación cívica que el Centro de Consulta había cumplido originalmente, los de la lectura y explicación de las declaraciones del cuartel general a las juntas generales locales, el arreglo de las diferencias entre vecinos, la contratación de conferenciantes revolucionarios. También echaron sobre sí la obligación de mejorar las escuelas públicas. El motivo de este servicio, como más tarde explicaron en su constitución, era francamente el deseo de "procurar que la propaganda llegue hasta el seno de las familias y que los jefes de éstas inculquen a sus hijos y demás familiares los buenos principios, hagan que éstos tomen interés por la Revolución y comprendan que del triunfo de ella depende la felicidad de los hombres honrados y trabajadores y el progreso de los mexicanos en el orden de lo material como en el terreno de las libertades y derechos sociales y políticos y en el orden intelectual y moral". En circunstancias por demás estrechas, los asociados lograron mucho más de lo que González ni siquiera intentó. A lo largo del invierno, a través de diminutos donativos particulares y de impuestos especiales que aconsejaron que recaudaran los consejos municipales, establecieron o restablecieron escuelas primarias probablemente en quince o veinte pueblos. Hacia mediados de abril, los asociados de Tochimilco, Zacualpan y Jantetelco llegaron inclusive a fundar escuelas nocturnas para adultos. Y en Tochimizolco estaban a punto de abrir una escuela de oficios para adultos.[65] Las lecciones que los alumnos de las escuelas zapatistas aprendían eran rudimentarias, pero valiosas no obstante. Además, para la gente del campo la experiencia de oír al maestro decir que la resistencia que proseguía era por la Patria y por la gente pobre y que los zapatistas eran héroes nacionales tenía un valor inolvidable.

Poco después de recuperar el estado, Zapata empezó a organizar un gobierno para reforzar los pueblos. La primera ley que decretó fue un plan original que Palafox había preparado a fin de establecer una autoridad agraria especial en cada pueblo para "representar y defender... los pueblos en asuntos de tierras, montes y aguas". Palafox reconoció que "desde tiempo inmemorial" algunos pueblos habían nombrado representantes en sus disputas agrarias, pero ahora quería que el puesto se convirtiese en un cargo regular "con facultades y obligaciones bien definidas", independientes del concejo municipal. Cada pueblo, declaró, tendría que elegir por lo menos dos representantes, mediante votación directa, que habrían de servir durante un año (sin salario) junto con los consejeros municipales. Los candidatos tendrían que tener más de 25 años de edad, ser "notoriamente honrados", naturales del pueblo en el que se presentasen a elección y residentes en él durante los últimos cinco años por lo menos. La reelección sólo se podría llevar a cabo después de pasados dos períodos. Apartados del concejo municipal y correspondientes ahora a estos funcionarios estaban los inmensos deberes de administrar la propiedad comunal del pueblo elegido, de alquilar

[65] Circular No. 12, 17 de abril de 1917, AZ, 28: 21.

campos baldíos, de asignar lotes a familias residentes, de conceder permisos para desviar corrientes o para explotar una parte de los bosques locales. Por encima de todo, como lo mencionó Palafox, estaba la obligación de guardar "los títulos y planos del ejido", las pruebas verdaderas del derecho a la existencia del pueblo.[66] Al fortificar de esta manera el control local de la economía del lugar, Zapata lo que hizo fue garantizar para siempre las tradiciones de las que no creía que su pueblo pudiese prescindir.

Estas intensiones no tardaron en ser desarrolladas y en recibir la aprobación revolucionaria formal. El 1º de marzo tuvo lugar en Tlaltizapán una gran junta de jefes y secretarios. En una sesión del Centro de Consulta examinaron durante tres días los diversos problemas de su revolución y las estrategias y políticas que deberían tratar de llevar a cabo. Según el único informe que todavía existe, el debate fue libre y animado. En lo tocante a unos temas, particularmente el de las alianzas estratégicas, la junta aplazó las decisiones.[67] En lo tocante a otros, el consenso era claro. En éstos, al parecer, figuraba el de cómo gobernar Morelos. Por el momento, los revolucionarios no formarían una autoridad nacional que sustituyese a la difunta Convención. Las órdenes superiores saldrían del cuartel general de Tlaltizapán que Palafox dividió entonces en los departamentos de Agricultura, Guerra, Educación y Justicia, Hacienda y Gobernación; pero serían órdenes generales, no administrativas sino orgánicas. La mayor parte de la atención se prestaría a los asuntos municipales.

En las semanas siguientes, tres leyes fundamentales decretadas en Tlaltizapán fortalecieron a los pueblos. La primera fue el decreto del 5 de marzo en lo relativo a los derechos mutuos de los pueblos y de las fuerzas armadas revolucionarias. Perfeccionado el tratado de Tochimilco del pasado diciembre concedió a los funcionarios civiles facultades notables, ya que se trataba de un estado que se hallaba sitiado. Primordial fue el derecho de los pueblos a elegir sus gobiernos locales y mantener sus propios tribunales y policía. En su jurisdicción municipal, las autoridades podían "aprehender, desarmar y remitir al cuartel general" a cualquier jefe, oficial o soldado que no presentase las credenciales de su comisión. Para con el ejército, los de los pueblos no tenían más deberes que los que correspondían clásicamente a los pacíficos en una región de guerrillas, los de servir de mensajeros y guías, llevar a las tropas alimentos y pertrechos durante el combate, ayudar a los heridos, ente-

[66] Ley relativa a los representantes de los pueblos en asuntos agrarios, 3 de febrero de 1917, AZ, 28: 10: 1. Unas cinco semanas más tarde, el secretario constitucionalista de agricultura dictaminó, de manera semejante, que en la reforma agraria por él administrada los comités agrarios, y no las autoridades municipales, tenían el derecho a reclamar los títulos para los ejidos y distribuirlos. Véase Fabila: *op. cit.*, pp. 315-16.

[67] Fortino Ayaquica: "Cómo perdió la vida el general Domingo Arenas", *El Hombre Libre*, 8 de septiembre de 1937.

rrar a los muertos y guarnecer sus propios lotes de cultivo. En contraste con esto, las prerrogativas militares estaban tajantemente limitadas. Los oficiales tenían derecho únicamente a concertar con los gobiernos municipales las entregas de alimentos, pastos y alojamientos para las guarniciones de tropas que se hallasen en tránsito, y para ajusticiar a los que pretendiesen desentenderse del Plan de Ayala. Y a los campesinos los jefes revolucionarios tenían que mostrar un firme respeto. Después de vigilar que los pueblos de su zona eligiesen gobernantes, tenían que abstenerse por completo de intervenir en las disputas civiles. En particular, tenían que respetar la distribución municipal de tierras, aguas y árboles, y que someterse "a la costumbre y usos" de los pueblos. No podían exigir a los aldeanos servicios personales, ni trabajo de ninguna clase. Tampoco, puesto que las tierras que cultivaban eran de los pueblos, se les podría imponer una renta. El deber en cuya expresión se puso mayor cuidado fue, sin duda, la obligación que más interesaba a los dirigentes de los pueblos: so pena de corte marcial, el personal del ejército no podía "apoderarse de las tierras de los pueblos o de las que formaron parte de antiguas haciendas, pues cada individuo armado, sea o no jefe, sólo tendrá derecho al lote de terreno que le toque en el reparto".[68]

No habían pasado dos semanas cuando se promulgó la segunda ley importante para constituir el sistema político del estado. En ella, Zapata y sus secretarios definieron el municipio autónomo como unidad nuclear del gobierno. Pero reconociendo que los pueblos "aislados unos de otros como hoy sucede" caían a menudo en "rivalidades, odios y malas inteligencias", crearon una nueva oficina para que sirviese de "lazo de unión entre los municipios". Era ésta la presidencia de distrito, semejante a las prefecturas elegidas que habían existido en Sonora y Zacatecas 25 años antes: cuando votasen para elegir a sus funcionarios municipales, los hombres de los pueblos también votarían para elegir a un presidente de distrito, que se encargaría del orden y de la responsabilidad en los concejos de los pueblos de su dominio.[69] Por encima de todo estaría un gobernador, al cual los jefes revolucionarios elegirían, como antes, para el período provisional y que tendría que gobernar de acuerdo con un concejo de tres hombres, a los que también nombrarían los jefes. En esta misma ley, los zapatistas del cuartel general también arreglaron la participación popular regular en el gobierno por caminos distintos de los electorales. Esta invención reformista sí fue sólo de ellos. Mediante una jerarquía de juntas (los hombres se reunirían en sus pueblos el 15 de cada mes, sus delegados electos se reunirían en la sede municipal el día 20, y delegados municipales designados se reunirían

[68] Ley acerca de los derechos y obligaciones de los pueblos y de las fuerzas armadas, 5 de marzo de 1917, AZ, 28: 3: 2.

[69] Para los precedentes de Sonora y Zacatecas, véase Moisés Ochoa Campos: *La reforma municipal. Historia municipal de México* (México, 1955), pp. 315-16, 322-3.

en las cabeceras de distrito el día primero) esperaban mantener metida en política, inmediata y constantemente, a la gente.[70]

Apenas un mes después, Zapata publicó el tercer decreto fundamental: una ley orgánica de treinta y dos páginas para los ayuntamientos del estado. Observando que "en estos momentos de general trastorno... las autoridades tienen que tropezar por fuerza con serias dificultades en su labor, principalmente si se considera que la mayor parte de las personas que hoy integran los ayuntamientos carecen de práctica en los asuntos administrativos", los secretarios del cuartel general expresaron en detalle cómo habrían de proceder los nuevos funcionarios. Con todo pormenor describieron la composición territorial de un municipio, el carácter estrictamente parcial de su gobierno, la creación de ayudantías municipales en los pueblos alejados, las diversas facultades de los presidentes municipales, de los ediles, ayudantes y empleados, y los deberes oficiales en materia de administración, hacienda, salubridad, educación, justicia, recreos y así sucesivamente.[71]

En la práctica, como el gobierno zapatista de Morelos en 1917, fue una serie de actos burdos y desarticulados. No se tiene ni un solo registro de la elección de un presidente de distrito, o de la reunión de una junta de pueblo, de municipio o de distrito. Así, también, los jefes revolucionarios, evidentemente, nunca nombraron un gobernador provisional, ni a los tres consejeros del gobernador. Para hacer efectivas las leyes que decretaba, Zapata tenía que enviar circular tras circular, en las que ordenaba a los jefes que no confiscasen el ganado que los campesinos metiesen en el estado, autorizaba a los ayuntamientos a que diesen licencia a los ciudadanos pacíficos para portar armas "para su seguridad y defensa", para meter a los valentones locales en el ejército revolucionario, para contener a los oficiales exasperados y que no cometiesen abusos contra pacíficos refractarios, para insistir ante las autoridades municipales y ante los comandantes a fin de que creasen escuelas y tribunales.[72] Pero, al parecer, los ayuntamientos sí trabajaron, en su mayoría, y durante la mayor parte del tiempo. Es cierto que había funcionarios locales de convicciones y poder lo suficientemente firmes

[70] Ley administrativa general para el estado de Morelos, 17 de marzo de 1917, AZ, 28: 1: 2.

[71] Ley orgánica para los consejos municipales del estado de Morelos, 20 de abril de 1917, AZ, 28: 21: 2.

[72] Circular acerca de los derechos de los ciudadanos, 14 de febrero de 1917, AZ, 28: 3: 1. Circular a los presidentes municipales, 2 de marzo de 1917, AZ, 23: 3: 2. Órdenes generales del 5 de marzo de 1917, AZ; 28: 1: 1. Circular a los jefes, 17 de marzo de 1917, *ibid.* Circular a los jefes, 18 de marzo de 1917, *ibid.*, 2. Circular a los presidentes municipales, 2 de marzo de 1917, *ibid.*, 1. Circular acerca de las escuelas, 28 de marzo de 1917, *ibid.*, 2. Circular acerca de los tribunales, 28 de marzo de 1917, *ibid.* Como de costumbre, en las comunidades rurales, la queja local en lo tocante a las escuelas era la de que se necesitaba a los niños para el trabajo. Véase, el presidente municipal de Atenango del Río al cuartel general, 3 de junio de 1917, AZ, 29: 13.

como para elevar quejas ante el cuartel general y lograr que se diese satisfacción a los pueblos. Si no se constituyó una vida política real en el estado, por lo menos sí volvieron a aparecer estructuras claras de autoridad. Y aunque los secretarios zapatistas las cultivaron, fueron algo que había crecido naturalmente en el lugar. Lo mismo que en 1915, estas estructuras de autoridad eran civiles y populistas.

Mientras tanto, en las líneas que rodeaban el estado la lucha proseguía. Semana tras semana se efectuaban incursiones y emboscadas. Y al otro lado de los límites, en sus cuatro confines, se llevaban a cabo frecuentes y sangrientas batallas, por el suroeste en torno a Iguala, por el sureste en torno a Chietla e Izúcar de Matamoros, por el noreste en los alrededores de Cholula y Ozumba, y por el noroeste en los alrededores de La Cima.[73] Zapata se esforzó especialmente en organizar un ataque contra la ciudad de Puebla, cuya captura constituiría un grave golpe para el gobierno. Sus espías le informaron de que la ciudad estaba llena de descontento, escasa de municiones, y que si podía reunir fuerzas que mantuviesen el fuego durante más de cinco horas podría tomar la plaza.[74] Pero semanas antes negoció con el jefe de Tlaxcala, Domingo Arenas, a fin de conquistárselo de nuevo para su causa y meter a su división en la campaña de Puebla.[75] Un jefe felicista que hacía de mediador entre Zapata y Arenas le aconsejó inclusive a Zapata que ampliase la ofensiva. "Con un empuje general por los estados del sur —le escribió—, es decir, con un ataque simultáneo sobre varias plazas pronto mandamos a Carranza [como a Díaz y Huerta] al *Ypiranga*." [76] Zapata nunca realizó el ataque a Puebla, y mucho menos el avance por el sur de mayor amplitud, pero sus fuerzas, evidentemente, conservaron la iniciativa militar en las regiones estratégicas situadas al oeste y al norte de Puebla. Para defender Cholula, los constitucionalistas tuvieron que convertirla en una fortaleza.[77]

La supervivencia de los zapatistas humillaba a González. El 11 de marzo se hicieron elecciones para el Congreso y la Presidencia de la República en todos los estados de la República, con excepción de Morelos, que era el centro de su zona de operaciones.[78] Pero no lograba todavía nuevos suministros o refuerzos de la Secretaría de Guerra. El 1º de mayo, su rival, Obregón, renunció al cargo de secretario, y lo que vino después fue peor. A causa de la función notablemente política de la

73 Meléndez: *op. cit.*, I, 374. *La Prensa*, 25 de marzo, 6 de abril, 4 y 16 de mayo y 1º de junio de 1933.

74 Paz a Zapata, 27 de octubre de 1916, y 15 de enero de 1917, AZ, 29: 13.

75 Zapata a D. Arenas, 7 de marzo de 1917, AZ, 28: 1: 1. M. Caraveo a Zapata, 23 de marzo de 1917, *ibid.*, 2. Zapata a D. Arenas, 13 de abril de 1917, AZ, 28: 21: 1. Ayaquica en *El Hombre Libre*, 6 y 8 de septiembre, 4, 6, y 15 de octubre de 1937.

76 Caraveo a Zapata, 26 de marzo de 1917, AZ, 28: 1: 2.

77 *La Prensa*, 25 de abril de 1933.

78 *Ibid.*, 11 de marzo de 1933.

Secretaría, el presidente Carranza asumió sus poderes directamente, lo cual, en vista de sus demás preocupaciones, no hizo sino confundir más su dirección y estorbar su eficiencia; y ahora, González ni siquiera podía quejarse de que lo estaban saboteando desde arriba.[79] El subsecretario de Guerra resultó ser incapaz de disciplinar a los empleados o a los combatientes, que estaban ahora organizados formalmente en un Ejército Nacional. Los jefes en campaña, a quienes les gustaba más emborracharse en las cantinas que salir a pelear, simulaban batallas, hacían listas falsas de bajas y para estirar las piernas se dedicaban al saqueo. Durante meses, González se las fue arreglando de esa manera. Haciéndose de la vista gorda ante la corrupción de un oficial, censurando la de otro, y proclamando después, sin rubor, haber alcanzado una serie de victorias en el sur que lo deberían haber llevado a la ocupación de todo Morelos y casi hasta la frontera con Guatemala, el desdichado general iba viendo cómo, semana tras semana, se desvanecía su fortuna política. Ni todas las fiestas a las que asistía en los suburbios metropolitanos podían consolarlo. La prensa seguía hablando de que los zapatistas andaban huyendo, para tener que anunciar, airadamente, al día siguiente, un nuevo ataque a un tren federal o contra un puesto avanzado. Los voceros del gobierno hablaban de rendiciones de centenares de zapatistas, y sin embargo Carranza le pedía al Congreso permiso para extender la autoridad del ejecutivo en la zona disputada.[80] Por último, la vitalidad de los zapatistas desanimó a González. Incapaz de aplastarlos o de quebrantarlos, el 7 de julio recibió una licencia de dos meses para ir a Estados Unidos "al arreglo de varios asuntos particulares".[81]

Pero aunque los zapatistas se recuperaron, no hubo calma en Morelos. Por aquel entonces, se había vuelto claro que también los zapatistas se encontraban en graves aprietos. El hecho mismo de la supervivencia los había metido en una nueva crisis, pues aunque habían reorganizado el estado y se estaban sosteniendo bien, tenían que decidir ahora por qué seguían luchando. Ya no podían suponer que Carranza no tardaría en caer y que su régimen se desintegraría. Después de todo, Carranza había llevado a cabo elecciones nacionales y la instalación de un gobierno regular en la ciudad de México y en cada una de las capitales estatales con excepción de Cuernavaca. Había agravado el descontento, pero sin llegar a la crisis. En abril, después de que Estados Unidos le había declarado la guerra a Alemania, se había visto en apuros por su política exterior neutral; pero la guerra, finalmente, había garantizado su control, como se lo hizo saber a Zapata su agente en San Antonio.[82] Por más que pro-

[79] Gabriel Ferrer Mendiolea: "Los secretarios del presidente Carranza", *El Nacional*, 29 de junio de 1954.

[80] *La Prensa*, 22 de junio de 1933.

[81] *Ibid.*, 8 de julio de 1933.

[82] Zapata a Arenas, 5 de abril de 1917, AZ, 28: 1: 1. Magaña a Zapata, 25 de abril de 1917, AZ, 28: 21: 2. Zapata a Magaña, 27 de abril de 1917, *ibid.* Magaña

testasen contra la presidencia que Carranza asumió el 1º de mayo, los zapatistas no querían socavar la lealtad calculada de aquellos generales norteños que soñaban con sucederlo en la presidencia sin tener que recurrir a la rebelión.[88] Los secretarios del cuartel general podrían pronosticar el inminente colapso del régimen, pero los jefes que habían andado en la guerra durante cinco o seis años interpretaban los augurios de manera diferente. Se plantearon cuestiones fundamentales.

¿Deberían deponer las armas, finalmente, estos veteranos y reconocer al gobierno? Contaban con el ejemplo de Domingo Arenas. Al aceptar la invitación constitucionalista para "unificarse" había obtenido paz y autonomía para su territorio, y en los pueblos se le respetaba más aún que antes. Para los jefes de Morelos, por mal que juzgasen la defección de Arenas, su logro era impresionante. Y las disposiciones en materia de propiedad comunal que figuraban en la nueva Constitución parecían ser una garantía plausible de que, si conservaban el poder en el estado, podrían hacer cumplir la reforma agraria en el mismo. Además, una vez que hubiesen reconocido al gobierno y obtenido dinero y pertrechos del mismo, podrían volverse a rebelar, como muchos otros jefes habían hecho y como le estaban pidiendo ahora a Arenas que hiciese.

¿O deberían pasarse al lado de Félix Díaz? Desde que Carranza había anunciado sus planes para una nueva Constitución el año anterior, y especialmente desde que había comenzado a entrar en efecto ésta, don Félix se había presentado como el campeón del Antiguo Liberalismo de la Constitución de 1857. Su movimiento se había vuelto más popular y más formidable; y los ricos exilados de Nueva York todavía lo ayudaban con dinero. Si Carranza caía, los felicistas serían los que muy probablemente dominarían en un nuevo gobierno. La antigua causa liberal que Díaz afirmaba ahora que representaba era la causa por la cual los padres y los abuelos de muchos jefes de Morelos habían luchado. Para ellos, como para muchos jefes de otros estados del centro y del sur, su petición de reclutas y aliados era cada vez más atractiva.

¿O deberían conservar su independencia? De ser así, ¿cómo justificarían el continuo sacrificio ante la gente de los pueblos en cuyo nombre peleaban? En calidad de independientes ¿deberían no tomar en cuenta a otros disidentes importantes del país? ¿O deberían establecer relaciones con ellos? ¿En qué condiciones? ¿Estas condiciones deberían ser uniformes para todos los aliados, o habrían de variar conforme a las condiciones locales? ¿Quién llevaría a cabo la negociación?

A medida que la necesidad de dar respuesta a estas interrogantes fue creciendo a lo largo de 1917, así fue aumentando la tensión en los jefes y secretarios zapatistas. Y en el cuartel general de Tlaltizapán florecieron las intrigas. Zapata y los demás jefes, al parecer, querían dejar

a Zapata, 4 de mayo de 1917, AZ, 29: 10. Paz a Zapata, 23 de mayo de 1917, AZ, 29: 13.

88 Protesta ante el pueblo mexicano, 1º de mayo de 1917, AZ, 29: 10.

correr las cuestiones con la esperanza de que se desvaneciesen por sí solas. Pero los secretarios, que advertían más agudamente las oportunidades políticas que podría ofrecer una decisión astuta, ejercieron presiones y maniobraron para imponer sus opiniones. Cada gesto despertaba sospechas. Los miedos de defección y traición menguaban solamente cuando Zapata intervenía en persona para salir como fiador del sospechoso.

Las tensiones eran muy duras para todos. Para algunos, especialmente para quienes ya estaban resbalando, era intolerable. Después de su remoción, en el mes de agosto anterior, Lorenzo Vázquez había languidecido durante varios meses en el cuartel general, sometido de hecho a arresto domiciliario. Todavía veneraba a Zapata, su antiguo compañero de armas y su jefe desde 1911, pero Palafox y Soto y Gama lo asustaban y lo rechazaban; habían vuelto a su jefe contra él, les decía, quejándose, a los demás jefes.[84] A principios de 1917, cuando los revolucionarios locales habían recuperado el estado, huyó hacia el sur, hacia la pequeña población de Buenavista de Cuéllar, en la línea divisoria con Guerrero, en la que había reunido una colonia de zapatistas fugitivos, que se habían exiliado a sí mismos. En las semanas siguientes, comentó sus desdichas con otro fugitivo, Otilio Montaño. Al igual que Vázquez, el corpulento maestro de escuela había sido siempre leal a Zapata, no obstante lo cual había perdido el cuartel general. Aunque Zapata le tenía simpatía, nunca había sentido mucho respeto por él. Montaño hablaba demasiado y rara vez iba al grano. Anarquista, positivista, autor de pastorales, a menudo había aburrido a Zapata o lo había hecho reír. Además, era incapaz de escribir una simple oración. Su estilo literario servía especialmente para expresar rimas filosóficas pero no para una simple correspondencia. Y lo que era peor, ya había dado señales de no ser digno de confianza políticamente. En 1912 le había aconsejado a Zapata abandonar la lucha y huir: para disfrazarse le había recomendado ponerse lentes ahumados y afeitarse el bigote. El jefe de Ayala rechazó sin contemplaciones el consejo empavorecido de Montaño. Le respondió que como no era "afeminado, ni torero, ni fraile" no se afeitaría el bigote, y mucho menos abandonaría a sus partidarios.[85] En 1913, en ocasión del golpe de Huerta, Montaño había estado a punto de reconocer al gobierno, como había hecho realmente el jefe al cual aconsejaba entonces, Jesús Morales. En 1915-16 había mantenido vínculos estrechos con Pacheco y Vázquez. A principios de 1917 se había convertido en lo que él mismo había dicho antes que era Madero, en un "cero social y un cero político". Para sacarlo de Tlaltizapán, Soto y Gama lo designó agente, en Guerrero, del Centro de Consulta.[86] Así desprestigiados, Montaño y Vázquez comenzaron a meditar en si debían abandonar el movimiento.

[84] Entrevista personal con Palacios.

[85] Antonio Díaz Soto y Gama: "El caso de Montaño", *El Universal*, 18 de mayo de 1955.

[86] Soto y Gama a Montaño, 5 de enero de 1917, AZ, 30: 13.

A principios de mayo estalló una revuelta en Buenavista de Cuéllar. Un asunto confuso. Los rebeldes le pidieron reconocimiento a Carranza, aunque la guarnición nacional más cercana se hallaba demasiado lejos como para poder ayudarles; y sin embargo, lucharon con el lema de "el respeto al derecho ajeno es la paz", que era el viejo lema liberal y, por lo tanto, constituía una referencia a la causa de Félix Díaz. Sólo dos hechos eran manifiestos. Los rebeldes rechazaban la autoridad del cuartel general de Tlaltizapán y su jefe, de buena o de mala gana, era Lorenzo Vázquez. Zapata corrió a sofocar el motín y ordenó un ataque contra Buenavista. Fue fácil sofocarlo y el 7 de mayo el cuartel general anunció que Vázquez había sido ahorcado por traición.[87]

Pero las secuelas fueron todavía más dolorosas. Los prisioneros de Buenavista acusaron a Montaño de haber sido su director intelectual, de que había propuesto el lema y aconsejado que se rebelasen. Era casi seguro que por lo menos dos veces en las últimas seis semanas había sido visto en Buenavista, y aunque no se le había encontrado precisamente en el escenario de la rebelión, se presentaron cartas que, según los informantes, habían sido escritas por él y lo vinculaban con Vázquez.[88] Lo que más lo incriminaba era que Montaño no se había reportado a Tlaltizapán durante o después de la revuelta, sino que se había dirigido hacia la población rebelde. Muy cerca de allí lo habían capturado zapatistas leales. Montaño afirmó que era inocente. Pero Palafox y Soto y Gama se hicieron cargo del caso y pidieron su condena.

Zapata demoró la acción, porque evidentemente no quería enjuiciar a su antiguo compañero. La mayoría de los demás jefes veteranos tampoco podían creer en la culpa de Montaño, y de todas maneras se inclinaban a perdonarlo.[89] Pero al cabo de varios días Zapata hizo lo que tenía que hacer: reunió una corte marcial para juzgar a Montaño por complicidad en la traición. Presidió el tribunal Palafox y los demás miembros del mismo fueron antiguos enemigos y rivales de Montaño. Personalmente Zapata no podía aceptar el inevitable veredicto. Informó al secretario de Justicia del cuartel general que le perdonaría a Montaño cualquier crimen, menos aquel del cual se le acusaba. Y luego, el 15 de mayo, cuando comenzó el juicio, se fue de Tlaltizapán para no volver hasta que hubiese terminado.[90] A la una de la madrugada del 18 de mayo el tribunal revolucionario declaró culpable al pobre maestro de es-

87 Martín Demófilo Moreno: "Con fantásticas inexactitudes no se escribe la historia de un pueblo", *La Prensa,* 16 de julio de 1930. Meléndez: *op. cit.*, I, 375. Zapata a Victoriano Bárcenas, 5 de mayo de 1917, AZ, 29: 10. Servicio Informativo Revolucionario, 7 de mayo de 1917, *ibid.*

88 Montaño a Zapata, 18 de marzo de 1917, y Zapata a Montaño, 3 de abril de 1917, AZ, 28: 1: 2.

89 Moisés Bejarano: "Breves apuntes sobre la muerte del general Otilio E. Montaño" (MS, sf., 1960 [?]), p. 5. Consulté estas notas gracias a la generosidad de Juan Salazar Pérez. Bejarano era parte del pelotón que vigilaba a Montaño.

90 Zapata a Gregorio Zúñiga, 15 de mayo de 1917, AZ, 29: 10.

cuela. Más tarde, en la mañana de ese mismo día, Montaño pronunció su última oración, proclamó que "los políticos que ahora están en el cuartel general" lo habían hecho caer en una "infame intriga", que nunca había traicionado el Plan de Ayala, que él mismo había redactado, y que Zapata había tenido la debilidad de dejar que sus enemigos lo destruyesen, pero que el pueblo de Morelos le haría finalmente justicia. Luego pidió un sacerdote. Se le negó, se armó de resignación, firmó su sentencia y una larga protesta formal y se despidió de su familia.[91] Al mediodía fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento. Hasta el tribunal se sintió obligado a justificar la sentencia y expresar su pesar.[92]

Otros jefes se derrumbaron de diferentes maneras. A los treinta soldados federales capturados en una batalla del mes de marzo Valentín Reyes los mató personalmente.[93] En los alrededores de Cuautla, oficiales zapatistas demolieron los restos de los ingenios de Casasano, Calderón, Hospital y Cuahuixtla, desobedeciendo órdenes superiores. Y lo que fue peor, metieron de contrabando la chatarra a las zonas federales de Puebla y del Distrito Federal donde la vendieron a los elevados precios de la primera guerra mundial. Entre los oficiales corrompidos figuraba Luciano Cabrera, el hombre de Ayala que había defendido Anenecuilco antes de la revolución y que se había incorporado a Pablo Torres Burgos y a Zapata en los primeros días de la rebelión maderista.[94] Eufemio Zapata trató de suprimir este tráfico ilegal, pero también él estaba a punto de perderse. Nunca había tenido un carácter tan fuerte como el de su hermano, y las retiradas que había tenido que hacer después de 1915 lo habían dejado sin saber qué hacer. Famoso ya porque ahogaba sus penas en alcohol, comenzó a rebajar violentamente a voz en cuello a sus camaradas. En mayo de 1916 acusó a Mendoza de que estaba "loco, porque sé que anda sólo escapándose y disfrazado..."[95] En enero de 1917 le escribió a otro compañero revolucionario, al cual llamó "analfabeta en todo sentido", además de pedir que le diera disculpas por alguna leve ofensa y advertirle que si no se las daba "tendrá que saber a lo que sabe mi machete".[96] En marzo, le escribió insultos a su hermano, inclusive, y le preguntó sarcásticamente si debía permitir a un valentón local que robase todo lo que quisiese.[97] A mediados de junio, hizo su última rabieta. Se encolerizó con el padre de uno de sus principales subordinados, Sidronio Camacho y le pegó al viejo. En venganza, Camacho lo hirió en la calle el 18 de junio y esa misma noche murió.

[91] Berajano: *op. cit.*, p. 8. "El testamento político de Otilio E. Montaño", *Excélsior*, 21 de enero de 1919.

[92] Servicio Informativo Revolucionario, 18 de mayo de 1917, AZ, 29: 10.

[93] Serafín M. Robles a Zapata, 13 de marzo de 1917, AZ, 28: 1.

[94] Eufemio a Emiliano Zapata, 29 de mayo de 1917, *ibid.*

[95] Eufemio Zapata a Mendoza, 12 de mayo de 1916, AZ, 27: 5.

[96] Eufemio Zapata a una persona sin nombre, 8 de enero de 1917, AZ, 30: 13.

[97] Eufemio a Emiliano Zapata, 28 de marzo de 1917, AZ, 28: 1.

Luego, Camacho se llevó a sus hombres hacia el noroeste, a territorio federal y aceptó una amnistía del gobierno.[98]

Así, pues, en el verano de 1917, la revolución de Morelos estaba de nuevo en auge, pero se veía también en las angustias de una lucha crítica para no deshacerse. La recuperación y reorganización del estado no cambió el aislamiento hostil de los zapatistas respecto de los poderes de la ciudad de México. Y precisamente porque eran revolucionarios sinceros y no bandidos ni vándalos no podían derivar de la disputa un solo motivo para seguir actuando. Aunque todavía vivían de doce a quince jefes importantes, que seguían siendo leales a la causa, aunque seguían luchando indomablemente en las líneas que cercaban el estado, y aunque conservaban un apoyo profundo en los pueblos, había ahora entre ellos diferencias que no habían existido antes. Revolucionarios al margen de la ley, en un país en el que gobernaban los revolucionarios, ya no podían ponerse de acuerdo en lo relativo a las metas y a las tácticas de su movimiento. ¿Debería existir siquiera un movimiento? Había llegado el momento de tomar decisiones fundamentales.

98 Figueroa Uriza: *op. cit.*, II, 741. E. González a Zapata, 19 de junio de 1917, AZ, 29: 13.

CAPÍTULO X

REFORMAS A LA RESISTENCIA

"...nuestro inolvidable general Zapata cayó para no levantarse más."

Después de las muertes de Montaño y de su hermano, Zapata perdió la fe en los consejos que recibía en Tlaltizapán. "Su carácter de por sí taciturno —recordó más tarde un joven guardia del cuartel general— se había convertido en hosco, un tanto neurasténico, hasta el grado de que ya los hombres de su escolta le temían cuando los llamaba." [1] Pero en su pesar, le llegaron palabras a las que pronto dio oídos. Le venían de Tochimilco, de Gildardo Magaña, el secretario más destacado de allí. Magaña era el hombre apaciguador.

De muchacho había aprendido la generosidad, para resolver las tensiones de la desdichada vida que su familia llevaba. Su lugar de nacimiento, Zamora, Michoacán, era una ciudad próspera y moderna en la década de 1890 y 1900. Situada en un valle asombrosamente fértil, rodeado de ricas y productivas haciendas donde se producía tabaco, cereal, caña de azúcar, frutas y ganado, la ciudad había crecido hasta alcanzar una población de más de veintiséis mil habitantes en 1910. Eran su motivo especial de orgullo tres buenos hoteles, un sistema de energía eléctrico y los tranvías que llevaban hasta la estación del ferrocarril y a los pueblos suburbanos. Pero Zamora era también, como recordó más tarde un hermano menor de Magaña, "la ciudad más fanática del estado más fanático de México". Sus habitantes no eran solamente católicos, sino clericales, que veían en su catedral y sus iglesias no simples santuarios, sino gloriosos monumentos a su piedad superior. Para ellos la religión no era tanto un culto como una manera de imponerse a la turba. Durante la Guerra de Intervención, los zamoranos habían aclamado a los franceses que habían ocupado la ciudad para salvarlos de los liberales, que los habrían reducido a una simple igualdad republicana. La incubadora de estas pretensiones era el seminario diocesano, el único instituto de enseñanza superior de la ciudad. Allí, desde la década de 1830, los padres zamoranos habían enviado a sus hijos, no tanto para convertirlos en sacerdotes como para que aprendiesen el latín, la filosofía, "las ciencias teológicas", para despertar en ellos el orgullo de la ortodoxia.[2] Mu-

[1] Bejarano: *op. cit.*, p. 4.

[2] T. Philip Terry: *Terry's Mexico. Handbook for travellers* (México, 1909), p. 149. José Bravo Ugarte: *Historia sucinta de Michoacán*, 3 vols. (México, 1964), III, 170-4, 179-81. Eduardo Ruiz: *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*

chos Magañas habían estudiado allí y allí estudiaron Gildardo y sus hermanos como buenos muchachos católicos. Pero su padre, Conrado, era hombre de rara mentalidad en Zamora, y lo que les enseñó a sus hijos en el hogar y mediante el ejemplo puso en tela de juicio todo lo que se les enseñaba en la escuela.

El propio Conrado Magaña había asistido al seminario de Zamora para realizar la esperanza de sus padres de ordenarlo sacerdote. Pero repudiando a sus antepasados, burlándose de sus maestros afeitados y ensotanados, se había dedicado a los negocios al terminar los estudios. En la década de 1890, era uno de los principales comerciantes de la ciudad, dueño de recuas de ochocientas mulas, que sus arrieros llevaban desde Tabasco hasta Colima. Y lo que más escandalizaba a sus coterráneos es que orgullosamente se proclamaba liberal. Se entusiasmaba con el recuerdo no de Maximiliano y de los franceses, sino de los antiguos nacionalistas anticlericales, como Benito Juárez y el héroe liberal de Michoacán Melchor Ocampo. A su primer hijo le puso el nombre de Melchor. Como buen liberal se complacía en ayudar a la perseguida prensa de oposición en la ciudad de México y en las provincias, y llegó a comprar hasta veinticinco o treinta suscripciones a los periódicos radicales que luego distribuía entre sus amigos. En el centenario del natalicio de Juárez, que tuvo lugar el año de 1906, día siniestro para la mayoría de los zamoranos, Conrado Magaña reunió a todos los vaqueros, rancheros y arrieros que conocía y organizó un desfile por la ciudad que culminó con una protesta contra el régimen porfirista. Convencido como estaba del poder de la educación, envió a sus hijos al seminario, no por su religiosidad, sino a pesar de ella. Por la misma razón, para darles la oportunidad de la poca instrucción que se podía recibir en Zamora, envió allí a los hijos de otras familias que no podían pagar la escuela.[3]

Estas tensiones hicieron de Gildardo Magaña un hombre fuerte e íntegro. Había aprendido a mediar, no a transar, no a renunciar a los principios y hacer concesiones, sino a descubrir la razón en todas las partes de un conflicto, a reconocer la legitimidad particular de cada una, a descubrir dónde se encontraban los fundamentos de una concordia y a aprovecharlos para establecer la armonía entre los contendientes. Instintivamente, le gustaban las disputas, en las que participaba no para ganar, sino para conciliar. A sus hermanos, aunque era el tercero de diez hijos, les había parecido siempre que era el mayor pues, como un conocido norteamericano observó más tarde, era por naturaleza uno de esos hombres a los que nosotros llamamos "conservadores y prudentes". Su padre también se percató de estos talentos, aunque entendió que eran los de un administrador y lo envió a Filadelfia a estudiar comercio.[4]

(2a. ed., México, 1940), pp. 48-50. José Guadalupe Romero: *Noticias para formar la historia y la estadística del Obispado de Michoacán* (México, 1860), pp. 107-9. Jesús Romero Flores: *La revolución como nosotros la vimos* (México, 1963), pp. 50-1.

[3] Entrevistas personales con Octavio Magaña Cerda.

[4] Carlos Reyes Avilés: "Gildardo Magaña. Breves datos biográficos", en Me-

Gildardo se convirtió en liberal, como su padre. En 1908, los Magaña se trasladaron a la ciudad de México, y allí, con sus hermanos y la complicidad de su padre, se lanzaron a la oposición que se estaba levantando contra Díaz. Se hicieron miembros de los clubes metropolitanos de ideología anarcosindicalista y se vieron comprometidos en la abortada conspiración de Tacubaya de marzo de 1911. Huyendo de la ley, se fueron hacia el sur para sumarse al levantamiento más cercano, el de Zapata, en Morelos. Desde entonces, se habían mantenido fieles a la revolución iniciada en Ayala, con Gildardo a la cabeza.

Pero en plena revolución, Gildardo anhelaba todavía la unión. Desde el verano de 1911, se había consagrado a limar diferencias que para él no eran sino malentendidos. Primero con los Madero, después con los jefes constitucionalistas del norte en 1913-14, y luego con Villa, Ángeles y los convencionistas de 1914-15 habíase esforzado por atenuar la desconfianza y volver a formar coaliciones. En todas estas ocasiones había fracasado, pero nunca se apagó en él la voluntad de reconciliar. En 1916, no se había quedado en Tlaltizapán, donde las intrigas eran tan feroces, sino que se había ido a Tochimilco, para actuar en aires menos enrarecidos. Allí había ayudado a contener a los jefes locales y a proteger a los pueblos contra las demandas revolucionarias excesivas. Alto, corpulento, con cara de niño, demasiado joven y bien educado como para rivalizar con los jefes más viejos, demasiado crecido para su propia edad como para dar miedo, se convirtió en un árbitro regular de la zona. Fue él quien se encargó de llevar a cabo las negociaciones para conseguir que Domingo Arenas volviese al redil zapatista.[5] Y el consejo que le dio a su jefe Zapata ahora, en la plenitud de la sabiduría de sus escasos 26 años, fue totalmente característico de él: buscar aliados en el gobierno.

La idea general de establecer contactos con gente de fuera no le era muy grata a Zapata. Con ese pretexto se habían llevado a cabo todas las defecciones principales de la revolución de Morelos. Además, desde hacía un año mantenía agentes en Estados Unidos y en Cuba que no habían realizado nada. En San Antonio, a donde lo había enviado para obtener dinero con que comprar armas y municiones, Juan Espinosa Barrera había obtenido sólo promesas de ayuda e influencia de un chiflado abogado de la ciudad, Henry Ben Cline. Y Cline, predicador protestante y ferviente campeón del antialcoholismo que quería que Zapata ganase para imponer la ley seca en México, nunca cumplió las promesas.[6] Después de Espinosa Barrera, envió a San Antonio a Octavio Paz, para que espiase a otros exilados mexicanos e informase de la política norteamericana. Paz había enviado informes detallados, pero no había encontrado nuevos campeones

léndez: *op. cit.*, II, 470. William Gates: "The Four Governments of Mexico. Zapata, Protector of Morelos", *World's Work*, abril de 1919, p. 657.

[5] Ayaquica en *El Hombre Libre*, 15 de octubre de 1937.

[6] Chaverri Matamoros en *La Prensa*, 12, 13 y 16 de septiembre de 1935.

o simpatizadores de importancia.[7] Y en Cuba, lo que había hecho Genaro Amezcua era totalmente decepcionante. En abril de 1916, Zapata lo había enviado a Estados Unidos para hacer propaganda y comprar armas y municiones. Un mes más tarde apareció en La Habana, donde permaneció hasta mediados de 1917, sin que prácticamente se supiese nada de él.[8] Otros agentes, a quienes Zapata había encomendado actividades en la ciudad de México, como Carlos M. Peralta, que con el seudónimo de "Atl" se encargaba del espionaje zapatista en la ciudad de México, o Alfredo Miranda, que con el seudónimo de "Delta" espiaba en la ciudad de Puebla, se quedaban sin informaciones cada vez que se quedaban sin dinero; Miranda, inclusive, había aceptado la amnistía del gobierno.[9] En Tlaltizapán, el consejo de establecer nuevos contactos (y con los constitucionalistas) parecía casi subversivo.

Pero viniendo como venía de Magaña, Zapata aceptó la sugerencia. Confiaba en Magaña, que aunque no era campesino, ni natural de Morelos, jamás había traicionado los intereses locales en negociaciones anteriores. Además, Zapata se había dado cuenta de que, en resumidas cuentas, tendría que tratar con hombres como Obregón, y que lo podría hacer con conciencia tranquila: en julio había autorizado la publicación de su "Brindis de Álvaro Obregón", en honor de las recientes críticas que el jefe sonorense había hecho del gobierno de Carranza. La decisión de Zapata puso a la revolución de Morelos en un camino claramente nuevo. Mientras se quedaba en Tlaltizapán esforzándose por conservar la unión de su movimiento, su apoderado Magaña trataría, desde Tochimilco, de encontrar amigos en otros campos.[10]

No se había echado mano de una probable fuente de ayuda. Era la de la colonia morelense de la ciudad de México, que ya no estaba constituida por hacendados, sino principalmente por antiguos leyvistas que se habían pasado al bando de Carranza desde 1914. Patricio Leyva, Antonio Sedano, Benito Tajonar, Domingo Díez, el hijo de Miguel Salinas, León, y Manuel Mazari eran exilados que disputaban entre sí y censuraban profundamente a Zapata, pero seguían queriendo al estado en el que habían nacido y deseaban evitarle desdichas; además, tenían conexiones en el gobierno. Si Zapata hubiese dicho a Magaña que les pidiese ayuda, probablemente se la hubiesen dado.[11] Pero precisamente porque eran morelenses, y por lo tanto sus rivales, eran también las últimas personas que Zapata invitaría a tomar parte en los asuntos locales. Además, no

[7] Zapata a Paz, 15 de abril de 1916, Archivo de Octavio Paz (en lo sucesivo AP). Paz a Diódoro Arredondo, 21 de diciembre de 1916, AP. Paz a Palafox, 15 de enero de 1917, AP.

[8] Hoja de servicios de Genaro Amezcua, desde abril de 1910 hasta mayo de 1920, AZ, 12: 5.

[9] Chaverri Matamoros en *La Prensa*, 16 de septiembre de 1935.

[10] [Genaro Amezcua:] *Méjico revolucionario a los pueblos de Europa y América, 1910-1918* (La Habana, s.f., 1918[?]), pp. 88-9. Reyes Avilés: *Cartones*, pp. 42, 53.

[11] Mazari: "Bosquejo", p. 123. Sedano: *op. cit.*, pp. 24-5.

quería favores de Carranza, sino sacar a Carranza de la presidencia.

Por el momento, Magaña se alejó también de los felicistas, aunque económica y estratégicamente seguían siendo los opositores más formidables del gobierno. La oposición revolucionaria que Zapata quería que Magaña organizase tenía poco en común con la oposición reaccionaria que Félix Díaz y sus compadres de Nueva York habían formado, y Magaña puso mucho cuidado en no dar la menor señal de afiliación con ellos, y mucho menos de subordinación. Se seguían llevando a cabo operaciones militares mixtas de zapatistas y felicistas por el oeste y el sur de Puebla, pero en su propaganda las anunció siempre como si fuesen puramente zapatistas.

A mediados de agosto comenzaron las proposiciones, a Villa y a Emilio Vázquez. A este último, que Paz había observado en San Antonio y del que había dicho que era el más digno de confianza de los hermanos, especialmente en la cuestión agraria, Zapata le envió sus "saludos". Reanudando tentativamente la vaga colaboración que había mantenido en 1912, le pidió solamente a Vázquez que siguiese trabajando por los ideales comunes y que ayudase a Paz. Con Villa, Zapata fue más específico. Aunque ya no amenazaba militarmente al gobierno, seguía siendo un peligro político potencial que andaba suelto en Chihuahua. Y Zapata consideraba indispensable su participación en la proyectada coalición. Para demostrar la unidad revolucionaria le pidió a Villa que firmase un nuevo Manifiesto a la Nación que se publicaría el 1º de septiembre. También le preguntó a Villa que si estaría dispuesto a aceptar que Emilio Vázquez fuese su representante en Washington.[12]

Mientras tanto, Magaña hacía preparativos para comunicarse con el comandante nacional en Puebla. Era el general Cesáreo Castro, jefe en el que Carranza confiaba implícitamente, paisano del mismo pueblo coahuilense de Carranza, pero jefe de inclinaciones agraristas, "revolucionario de principios" a quien Magaña había conocido en Monterrey, en 1914. El intermediario que encontró Magaña fue el coronel Eduardo Reyes, originario de Puebla, que estaba de guarnición en Atlixco. En varias ocasiones, desde mediados de 1911, Reyes había mantenido contactos con sus vecinos revolucionarios de Morelos y por la causa de la que Magaña lo convenció que era patriótica, corrió ahora el grave riesgo de tratar de nuevo con ellos. El 20 de agosto, él y Magaña iniciaron una correspondencia en la que se hablaba de cómo tratar con el general Castro.[13]

La nueva empresa estuvo a punto de acabar desastrosamente antes de que siquiera comenzase a marchar de verdad. Durante las últimas seis semanas, Magaña había estado esperando que Domingo Arenas se declarase nuevamente zapatista, como había prometido hacerlo en una entrevista secreta a principios de junio. Quejas persistentes de Magaña

[12] Zapata a E. Vázquez y a Villa, 18 de agosto de 1917, AZ, 29: 13.
[13] Declaración de servicios de Eduardo Reyes, 17 de abril de 1919, AZ, 30: 36.

y Ayaquica con motivo de la demora dieron lugar a diversas excusas de Arenas y finalmente a una nota en la que les decía que quería volver a hablar con ellos a propósito de las perspectivas de la revuelta. Los invitó a que se reunieran con él al mediodía del 30 de agosto, en San Pedro Coaco, diminuto villorio situado al norte de Tochimilco, en las laderas del Popocatépetl. Cerca de allí se encontraron, a la hora convenida, con sus ayudantes y escoltas. Ayaquica tenía sospechas ya de Arenas, pues había oído que éste planeaba llevárselos a él y a Magaña, vivos o muertos, a la ciudad de Puebla. Y ahora él y Magaña lo oyeron con sus propios oídos, cuando Arenas les propuso que aceptasen una amnistía como la suya. La discusión se convirtió pronto en una gritería furiosa. Las escoltas se colocaron para disparar primero. Y luego empezaron los tiros. Arenas le disparó a boca jarro a Magaña y no le pegó, Magaña le dio un puñetazo a Arenas, rodó luchando por el suelo con el flaco tlaxcalteca, que tenía un solo brazo y finalmente lo apuñaló en el vientre con un cuchillo de caza. No obstante, Arenas se logró zafar. Corría para escapar en pos de sus ayudantes, cuando la escolta zapatista le disparó y lo mató. Magaña se fue inmediatamente hasta Tlaltizapán a contarle el episodio a Zapata.[14]

Pero el Manifiesto a la Nación apareció en la fecha fijada, el 1º de septiembre. Contenía tres afirmaciones principales: Carranza era un falso revolucionario; los verdaderos revolucionarios de la República luchaban todavía por "principios cuya expresión más concreta es el Plan de Ayala"; y el nuevo régimen se levantaría sobre las ruinas de latifundistas como Luis Terrazas, Íñigo Noriega, Enrique Creel e Ignacio de la Torre y Mier.[15] Esta última afirmación era la más importante de todas. Pues no era por accidente por lo que los latifundistas mencionados, figuras sobresalientes del antiguo régimen, se habían destacado en el exilio de Nueva York por el dinero que habían aportado para el movimiento felicista.[16] El manifiesto hizo las veces de una suerte de plebiscito entre los revolucionarios. Los que lo firmaron no sólo se enfrentaban al gobierno falsamente revolucionario de Carranza, sino también a la falsa oposición de Félix Díaz.

Durante el otoño prosiguieron estos esfuerzos, sin éxitos notables, pero sin fracasos grandes también. El propio Zapata prestó excepcional

[14] Ayaquica en *El Hombre Libre*, 3, 5, 8, 12 y 15 de noviembre de 1937.

[15] Manifiesto a la nación, 1º de septiembre de 1917, AZ, 29: 13.

[16] Liceaga: *op. cit.*, pp. 406, 426. La geografía de los exilados políticos mexicanos es interesante. Los elementos más conservadores se retiraron a París y Biarritz y aportaron poco dinero o prestigio a una causa que, evidentemente, consideraban perdida. Era como si también ellos se hubiesen liberado de la obligación de dirigir a un país "de indios" del cual se avergonzaban. Los simplemente ricos, los hombres de empresa "científicos" trabajaron principalmente en Nueva York y fueron los más eficaces. Abogados, políticos, periodistas, etc., se desplazaron sobre todo por el Caribe y por las comunidades mexicanas del suroeste de Estados Unidos. Hay una mina de informaciones a este respecto, por lo que toca a los años de 1918 y 1919 en AGRE, L-E-837: 12.

atención a la empresa. Aunque Palafox se lanzó a una cruzada contra los espías carrancistas que se habían infiltrado en Morelos, lo cual podría haber llegado a comprometer a Magaña, Zapata lo contuvo y alentó a Magaña para que probara nuevos contactos. En particular, le recomendó que hablase con Vicente Segura, el jefe carrancista que había entregado tierras a los pueblos de los alrededores de Axochiapan, el año anterior, y con Lucio Blanco, que se hallaba exilado en Laredo, Tejas.[17] Envió también al joven Octavio Magaña en misión secreta a San Antonio para comprobar el trabajo de Paz. Y por último envió propaganda sureña a Amezcua, a La Habana, que logró publicarla en la prensa de allí.[18]

Lentamente, a manera de respuesta, la Secretaría de Guerra organizó una nueva ofensiva en el sur. Carranza y sus consejeros no sabían qué creer de los intentos de negociación zapatista en Puebla, si indicaban una estrategia menos ingenua o que tenían ganas de rendirse.[19] De todas maneras, la reacción consistió en obligar a decidir la cuestión en una batalla. Al igual que en 1916, batallones federales deberían rodear Morelos, avanzar al unísono después, coger a los zapatistas en el medio, cortarles toda retirada y luego aplastarlos "de una vez por todas".[20] El mando de las operaciones se encomendó primero al general Castro, pero la liquidación del zapatismo representaba algo jugoso y González volvió a hacerse cargo de la misma poco después. Al terminar las lluvias, y como luchaba por su supervivencia política, incitó a la acción a sus generales. No obstante, pocos se movieron. El avance por Morelos se efectuó solamente en la zona oriental, y fue obra en gran parte de Sidronio Camacho, el ex zapatista que se había pasado a los federales después de dar muerte a Eufemio Zapata, y de Cirilo Arenas, que quería vengar a su hermano Domingo. Los jefes zapatistas de los alrededores de Cuautla carecían de municiones para hacer efectiva la resistencia y, disparando únicamente para hostigar al enemigo, se retiraron. El 19 de noviembre, después de pesados bombardeos de artillería, los generales regulares de González entraron en Cuautla. Dos semanas más tarde, se habían apoderado también de Jonacatepec y Zacualpan.[21]

En la ciudad de México los carrancistas se llenaron de júbilo. Se imaginaban que, por fin, González había montado realmente la campaña definitiva en Morelos y que no tardaría en volver el orden al estado. La perspectiva de las fortunas que todavía soñaban con sacar de las antiguas haciendas los incitaba especialmente. En el periódico *Excélsior*, recientemente creado, apareció escrita la vívida "esperanza de que, en

[17] Circular a las autoridades municipales, 10 de septiembre de 1917, AZ, 28: 10: 1. Decreto contra los traidores, 20 de septiembre de 1917, *ibid.*, 2. Palafox a Mendoza, 16 de octubre de 1917, AZ, 29: 1. Zapata a Magaña, 3 de noviembre de 1917, *ibid. Excélsior*, 13 de septiembre de 1917.

[18] Amezcua: *op. cit.*, pp. 100-2, 106-15, 119-28, 138-47, 151-9.

[19] *Excélsior*, 11 y 14 de agosto de 1917.

[20] *Ibid.*, 4 de octubre de 1917.

[21] *Ibid.*, 2 de septiembre y 24 de noviembre de 1917.

muy breve tiempo, probablemente para la próxima zafra, se podrán obtener importantes rendimientos de azúcar en los distintos ingenios..." González también creía que estaba a punto de alcanzar un gran éxito. Anunció que tenía planeado reconstruir "los plantíos de caña". Aunque se olvidó de hacer referencia a la reforma agraria, no provocó reparos de la Secretaría de Agricultura, en la cual durante dos meses Patricio Leyva había sido el director de la oficina agraria.[22]

Pero el ímpetu de los federales se frenó. Cuando la campaña comenzó a atollarse, la prensa metropolitana explicó torpemente, semana tras semana, que la fase definitiva no era la operación anterior sino la siguiente. Camacho conservó el control en torno de Cuautla, pero no avanzó más hacia Yautepec o Tlaltizapán. Arenas regresó al territorio que conocía mejor. Desde Guerrero, el general Silvestre Mariscal avanzó solamente hasta la línea de Morelos, pues no pudo tomar Puente de Ixtla y penetrar en el estado. Ni Castro, en Puebla, ni Salvador Gonzáles, en el estado de México, iniciaron un ataque coordinado.[23]

Serenamente, Magaña siguió efectuando sus actividades diplomáticas. Las negociaciones más prometedoras eran todavía las que estaba efectuando con Eduardo Reyes, para arreglar contactos con Castro. Pero no se olvidó de procurar tratos con otros posibles confederados. A principios de diciembre sostuvo correspondencia con Alfredo Robles Domínguez, que era entonces diputado federal y figura destacada en la política nacional.[24]

A mediados de mes se vio de pronto cuál era la razón de sus esfuerzos. Había estallado una revuelta en Coahuila, porque el derrotado candidato a gobernador no estaba dispuesto a aceptar su derrota. Se le habían sumado en rebelión otros destacados dirigentes locales, que andaban descontentos, y entre los cuales figuraban jefes federales que habían sido de confianza. Estuvieron envueltos también exilados como Lucio Blanco, originario asimismo de Coahuila, que aprovechó la oportunidad para colarse de nuevo en México. Por simpatía, o por complicidad, tropas federales se amotinaron también en Veracruz.[25] Las noticias de los levantamientos provocaron oleadas de correspondencia en los cuarteles generales zapatistas de Tlaltizapán y Tochimilco. Magaña les escribió a los rebeldes de San Luis Potosí, incitándoles a unirse con otros "elementos sanos... de común acuerdo" y asegurándoles que tal era la intención de "la gran mayoría de los revolucionarios del país, con quienes estamos ya en comunicación". El propio Zapata le escribió a un descontento de Hidalgo que estaba en ligas con los rebeldes de Coahuila. Vigilando de cerca los acontecimientos, le aconsejó a Magaña que se esforzase sobre

22 *Ibid.*, 3 de diciembre de 1917. *Boletín Oficial de la Secretaría de Fomento, Colonización e Industria*, II, 7 (octubre de 1917), i.

23 *La Prensa*, 19, 26 y 28 de octubre, 23 de noviembre, y 2 y 16 de diciembre de 1933.

24 A. Robles Domínguez a Magaña, 11 de diciembre de 1917, AZ, 29: 1.

25 *La Prensa*, 14 de diciembre de 1933. Maria y Campos: *op. cit.*, p. 203. Servicio Informativo Revolucionario, boletín 5, 3 de enero de 1918, AZ, 29: 8.

todo por establecer contactos con el fugitivo Lucio Blanco y con el comandante nacional de Tlaxcala, Pedro Morales.[26] Los cuarteles generales zapatistas publicaron rápidamente dos impresionantes manifiestos: "A los revolucionarios" y "Al pueblo". En ambos llamaban a la unión. Como se decía en el primero, la revolución de Coahuila demostraba que Carranza era el único que impedía el establecimiento final de la revolución como gobierno popular. El Plan de Ayala era ahora, solamente, la bandera del "pueblo campesino" y no el código completo de soluciones a los problemas de la República. Zapata, atinadamente, no propuso a nadie para presidente provisional y, así, no se ganó la enemistad de nadie. El presidente recibiría su mandato de una nueva junta de los jefes revolucionarios de la nación. En el segundo documento, los secretarios del cuartel general sacaron hábilmente partido del descontento político por los abusos oficiales en las recientes elecciones al Congreso. Llamaron a Carranza antiguo porfirista que nunca llevaría a cabo la reforma que había prometido e hicieron hincapié de nuevo en la responsabilidad que personalmente le tocaba por los desórdenes recurrentes. "Todos, militares y civiles, reformadores sociales y simples demócratas liberales y socialistas, hombres de acción y enamorados platónicos del ideal revolucionario", decía el manifiesto, suspiraban por una coalición revolucionaria que trajese la paz. "El único estorbo" era Carranza.[27]

Las esperanzas que animaban a esta hábil propaganda eran demasiado altas. En Coahuila, los generales rebeldes no lograron que las tropas los siguieran en la revuelta. En Veracruz, el motín fracasó. Oficiales leales mataron en embrión una peligrosa conspiración que se había formado en Toluca para rebelarse en apoyo de los coahuilenses. A principios de enero de 1918, la amenaza había desaparecido. Dispersas protestas y estallidos de resistencia violenta al gobierno de Carranza se siguieron efectuando por obra de políticos y jefes militares descontentos del país. En Guerrero, el general Mariscal casi se levantó en armas. Pero ningún movimiento fue grave.[28]

No obstante, Magaña y Zapata continuaron con sus esfuerzos. Gracias a un espionaje excelente, Magaña se enteró de los pormenores de la feroz competencia que se estaba efectuando dentro del gobierno. El desafecto grave de los generales sonorenses Obregón y Hill, su alejamiento en el Partido Liberal Constitucionalista, y su acuerdo con destacados civiles como Robles Domínguez para formar una mayoría de oposición en el Congreso, la renuncia de Pablo González al Partido Liberal Constitucionalista, su tendencia a asociarse con otros rivales de Obregón, y sus

[26] Magaña a S. y M. Cedillo, 25 de diciembre de 1917, AZ, 29: 1. Zapata a Azuara, 26 de diciembre de 1917, y a Magaña, sf. (fines de diciembre de 1917[?]), *ibid.*

[27] A los revolucionarios de la República, y Al pueblo, 27 de diciembre de 1917, *ibid.*

[28] *La Prensa,* 6 de enero de 1934. Zapata a Magaña, 18 de enero de 1918, AZ, 29: 8. *Excélsior,* 20-30 de enero de 1918. Braderman: *op. cit.,* pp. 167-9.

compromisos "incondicionales" con Carranza: ésta era la disputa cuyo tema y fugas sabía oír con atención Magaña. Y se lo explicó claramente a Zapata, que lo comprendió y le pidió más informes. De manera que mientras Magaña y Zapata mantenían conexiones con los rebeldes coahuilenses, para contar con su ayuda en una futura subversión, confiaban en conquistarse, con el tiempo, aliados más fuertes.[29]

Al mismo tiempo, Magaña estaba ocupado intensamente con otra maniobra más, la presentación al propio Carranza de las condiciones de tregua de Zapata. Hacia febrero, actuando con la ayuda de Castro y del subsecretario de Guerra, llevó sus proposiciones ante el presidente. Como "base preliminar de toda gestión pacifista", los zapatistas querían que cesase el fuego a lo largo del frente y una promesa de que se darían garantías civiles a los pueblos y ciudades de la zona federal circundante. A cambio de esto, se comprometían a no atacar a las fuerzas federales y a proteger a los comerciantes y gente pacífica que cruzasen sus líneas. Con fundamento en esto, negociarían de buena fe para restablecer un gobierno regular "en el sur". En el memorándum a Carranza estaba implícito que el ejército zapatista quedaría intacto y se le reconocería su autoridad en Morelos. En pocas palabras, si Carranza reconocía la legitimidad de los revolucionarios morelenses, éstos reconocerían su gobierno.[30] Y el pacto que Magaña proponía era prácticamente el mismo que Carranza había concertado anteriormente con Domingo Arenas. Para el presidente, sin embargo, Arenas había sido solamente un jefe de no mucha importancia y relieve local, con el que era fácil entenderse, mientras que Zapata evidentemente representaba las esperanzas y actitudes acerca del desarrollo de México que agitaban al país y, en opinión de Carranza, eran malsanas. Para él, reconocer a Zapata era dar oportunidad de que se hiciesen las reformas que podrían comprometer al pueblo. Carranza dijo, unas semanas más tarde, que nunca había sido revolucionario, ni lo era, ni lo sería nunca. Que era ferviente constitucionalista, y se enorgullecía de haber restablecido el orden constitucional.[31] No rechazó las proposiciones de Magaña; evidentemente, ni siquiera se dignó responderlas.

En el mes de febrero la búsqueda zapatista de aliados cobró un nuevo y formidable apremio. Preocupaban a Zapata y a Magaña ahora los informes de un curioso visitante de su territorio, un magnate norteamericano que se había vuelto teósofo-arqueólogo. Era William E. Gates, que se encontraba en México nominalmente para hacer investigaciones, pero en realidad para recoger datos de la política mexicana del momento. Gates conocía bien México, de manera muy singular. Después de graduarse en la Universidad de Johns Hopkins (fue el último de su clase

[29] Magaña a Francisco Coss, 14 de enero de 1918, y a Zapata, 19, 20, y 23 de enero de 1918; Zapata a Magaña, 26 de enero de 1918, y a Luis Gutiérrez, Jesús Dávila Sánchez, y Coss, 28 de enero de 1918, AZ, 29: 8.

[30] Memorándum para el subsecretario de Guerra y Marina, febrero de 1918, AZ, 30: 36.

[31] *Evolución*, 30 de marzo de 1918, citado en Braderman: *op. cit.*, p. 166.

de la generación de 1886) y de absorberse ignominiosamente en los negocios, en Cleveland, había descubierto el libro de la señora Blavatsky titulado *La doctrina secreta,* que lo inició en los misterios de la "América antigua". En privado, mientras amasaba una fortuna y reunía una biblioteca esotérica, se lanzó al estudio de los jeroglíficos y la historia maya. Hacia 1910, frisando los cuarenta y tantos años y soltero aún, se fue de Cleveland y se trasladó a una bulliciosa comunidad teosófica de las afueras de San Diego, para proseguir sus estudios y dedicarles todo su tiempo. Allí, finalmente, demostró ser un verdadero egresado de la Universidad de Hopkins, se convirtió en profesor de arqueología y lingüística americana en la Escuela de Antigüedades de los teósofos, publicó un artículo acerca de los mayas en el boletín del Museo Peabody de Harvard, escribió un artículo acerca de los conceptos del lenguaje para un congreso antropológico en Ginebra, ayudó a fundar el Museo de San Diego, rogó por la paz y votó por Wilson, que también había estudiado en Johns Hopkins en 1916. Y en 1917, Gates se metió también en los asuntos internacionales. A un nuevo amigo de Santa Mónica, que era como él un peregrino entrado en años del sur de California y un antiguo latinista además, H. L. Hall, que había formado parte anteriormente de la colonia cooperativa del Ejército Libertador de Morelos, Gates le confesó su anhelo de descifrar los misterios del México moderno. Esto, supuso, no sería entrometerse, sino prestar servicios a su propio país y a su vecino, "y no —como insistió más tarde— por intereses materiales, pues no tengo ningunos, puesto que me interesan los indios y considero que es mi deber" poner los datos que se tengan de ellos "a disposición del gobierno". En junio de 1917 le escribió al secretario de Guerra, Newton D. Baker (también de la Universidad de Hopkins, pero de la generación de 1892), a quien había conocido una década antes cuando era procurador progresista de la ciudad de Cleveland, y le informó acerca de su viaje. Un mes más tarde, "predispuesto en favor de Carranza", llegó a Yucatán.[32] Viendo cómo gobernaba el estado el gobernador carrancista, montó en cólera. El gobernador era prácticamente "bolchevique", y jefe de una I.W.W. mexicana, sacó en conclusión el teósofo. Gates comenzó a odiar a Venustiano Carranza y a recoger pruebas contra él. En la ciudad de México, donde lo hicieron profesor honorario en el Museo Nacional y donde por primera vez en treinta y dos años

[32] Acerca de Gates, véase *The Johns Hopkins University Register*, 1885-1886 a 1909-1910; Emmett A. Greenwalt: *The Point Loma Community in California, 1897-1942. A Theosophical Experiment* (Berkeley, 1955), pp. 119-20: J. McKeen Cattell: *Leaders in Education. A Biographical Directory* (Nueva York, 1932), p. 344; y William Gates: "The Four Governments of Mexico. Creole, Mestizo, or Indian?" *World's Work*, febrero de 1919, p. 385. Véase también su correspondencia con Baker en Senado de Estados Unidos: *Investigation of Mexican Affairs. Report and Hearings before a sub-committee of the Committee on Foreign Relations*, 66 Cong., 1 sess., 2 vols. (Washington, 1920), I, 310-28, y su correspondencia con Hall en el *Evening Post* de Nueva York, 5 de agosto de 1919.

escribió una nota acerca del curso de su vida al secretario de su generación, habló con el embajador inglés y le recomendó que se entrevistase con Zapata.[33] De tal manera, orgulloso y presuntuoso, Gates se dirigió a Tochimilco para hablar con Magaña a principios de febrero de 1918. Habló con voz segura, en español, y Magaña le creyó todas las exageraciones respecto de sí mismo, de que era un vigoroso wilsoniano, íntimo amigo del secretario de la Defensa de Estados Unidos y profesor universitario. Sobre todo, Magaña apreció su ofrecimiento de hablar en Washington en favor de los zapatistas. Lo envió a Tlaltizapán.[34] Y allí Gates le comunicó a Zapata las tristes noticias de que cuando terminase la gran guerra, como no tardaría en ocurrir, y cuando Carranza cayese, cómo sin duda caería, Estados Unidos no toleraría más conflictos en México.

Aunque se había nombrado a sí mismo y era sincero, Gates no era mal diplomático. En un protocolo que redactó para exponer la política de Estados Unidos en México, les presentó a Zapata y a otros revolucionarios una opción, la dc concertar una unión entre sí mismos antes de que terminara la guerra. Pero si no lograban realizar la unión, declaró, entonces, en nombre de la humanidad, no debería permitirse que "México se destruyese a sí mismo". Magnánimamente prometió ayudar a Wilson a "impedir la inminencia" de una operación militar. Pero le advirtió a Zapata: "Procure que México no haga necesaria la intervención para su propia salvación".

Zapata creyó el informe de Gates. Y al contrario de las intervenciones reales de 1914 y 1916, esta simple advertencia lo asustó. Anteriormente, con razón o sin ella, había considerado que las maniobras de los gringos venían tan poco al caso (1914) o constituían un apoyo tan directo a Carranza (1916) que no exigían un cambio en la estrategia del sur. Pero ahora, tan cortante era la amenaza que traía el profesor norteamericano que ni siquiera lo dejó terminar. Cuando Gates trató de terminar de leer su protocolo, repitiendo que "México no debe proseguir en su autodestrucción", Zapata lo mandó callar. "No quiero ni oírlo", dijo.[35] Pero había entendido el sentido de la letal generosidad que el norteamericano le había expresado: tendría que redoblar sus esfuerzos en pro de la unificación. A menos que él y los demás rebeldes y disidentes del país se organizasen pronto, dos horrendos peligros se abatirían sobre ellos. O bien perderían a sus partidarios, que se pasarían a Carranza, el cual utilizaría la inminente amenaza norteamericana para unir bajo su bandera a todas las facciones o, si caía, la confusión y el desorden subsiguientes harían que se perdiese la soberanía de la nación, por lo menos transitoriamente, la cual quedaría en manos de Estados Unidos. Para Zapata, ambas posibilidades eran aborrecibles, y ambas, en efecto, equivalían a una traición. Gates siguió viaje hacia el sur, hasta Oaxaca,

[33] *The Johns Hopkins Alumni Magazine*, VI, 3 (marzo de 1918), 292.
[34] Magaña a Zapata, 2 de febrero de 1918, AZ, 29: 2.
[35] Gates en *World's Work*, abril de 1919, pp. 661-2.

para entrevistarse allí con los rebeldes; Zapata permaneció en Morelos, teniendo en la conciencia el peso de otra responsabilidad más, la del "decoro nacional".

El 8 de febrero se envió desde Tlaltizapán una circular a los jefes y oficiales del Ejército Libertador. Después del prólogo habitual en el que se decía que la victoria estaba cerca, anunciaba que por cuanto "la unificación de todos los elementos revolucionarios es la base de la paz y la condición necesaria para el inmediato y concreto triunfo de nuestros ideales", todos los federales que desertasen "con el propósito de ayudarnos en lo sucesivo como buenos compañeros" recibirían plenas garantías de las fuerzas zapatistas. Dos días más tarde, por primera vez en dos años, Zapata nombró a un enviado especial para que hablase con los revolucionarios que se mantenían al margen de la ley en otros estados. El enviado tendría que ir hasta Guanajuato y Zacatecas para unificar "el criterio y acción" de los revolucionarios de allí. El 14 de febrero, comenzó una correspondencia regular con Amezcua, en La Habana. A fines del mes, le dio a Magaña autorización plena para "tratar con todos los jefes y oficiales que militan o han militado en las filas constitucionalistas" y que habían pedido o estaban pidiendo unirse a la revolución.[36]

En el llamado a la unión de los zapatistas no tardaron en aparecer nuevas actitudes. Un importante manifiesto de mediados de marzo, dirigido a los revolucionarios de la República, ni siquiera mencionaba el Plan de Ayala. Se llamaba simplemente a la unión, pues ninguna necesidad parecía ser "más imperiosa" que la de la unión. En "una nueva invitación, esta vez formal y definitiva", Zapata les pedía a los revolucionarios en general hiciesen a un lado pequeñas diferencias, para unirse, discutir los asuntos y ponerse de acuerdo. En ese mismo día, el cuartel general publicó otro manifiesto que habría de distribuirse en los centros industriales y mineros. En esta invitación a los "hermanos de las ciudades" para que se uniesen a "vuestros hermanos del campo" en la lucha contra Carranza, había una referencia final, de pasada, "al triunfo de nuestros principios. . ., de los consignados en el Plan de Ayala", pero no se pedía a los trabajadores que aceptasen los mismos principios. Y como si la firma de cualquiera de los manifiestos fuese una acción demasiado pública como para pedírsela a dirigentes que podrían por lo demás simpatizar, el cuartel general también envió una carta en la que el señor Zapata invitaban al señor Blank a colaborar en privado para el derrocamiento del presidente. Después de triunfar juntos, instituirían la reforma agraria, emanciparían al proletariado, etc. De nuevo, no apareció referencia alguna al Plan de Ayala. El 24 de marzo, Zapata firmó un decreto por el cual el Ejército Libertador aceptaría a los federales que desertasen con los rangos que tuviesen en la actualidad, independientemente de que

[36] Circular a jefes y oficiales, 8 de febrero de 1918, AZ, 29: 2. Zapata a Albino Guerrero, 10 de febrero, y a Magaña, 25 de febrero de 1918, *ibid.* Zapata a Amezcua, 14 de febrero de 1918, AZ, 12: 5.

se hubiesen unido a Carranza recientemente o de que se hubiesen adherido desde un principio.[37]

La tendencia de la nueva preocupación por obtener aliados instantáneos se dirigía a atraer a los felicistas también, que seguían llevando a cabo la rebelión más rica y de más amplia base. Activa aunque diversamente asociados con don Félix estaban ahora jefes como Manuel Peláez, que dominaba los campos petroleros de Tamaulipas y les había sacado fortunas a las compañías norteamericanas e inglesas; Joaquín Jiménez Castro y los hermanos Cedillo en San Luis Potosí, Juan Andrew Almazán en Nuevo León y Tamaulipas; José Inés Chávez García, en Michoacán; Marcelo Caraveo, Pedro Gabay, Roberto Cejudo, Constantino Galán e Higinio Aguilar en los estados de Veracruz y Puebla; José Inés Dávila y Guillermo Meixueiro en Oaxaca; Alberto Pineda en Chiapas.[38] Pero, precisamente por su fuerza, era difícil tratar con el felicismo. Al tratar con los felicistas, podría parecer que los zapatistas querían conquistárselos para la oposición revolucionaria, pero también podría parecer que se estaban deslizando hacia la oposición reaccionaria. Magaña, que había tenido que cooperar militarmente con los felicistas en Puebla, le advirtió a Zapata que no concertase acuerdos políticos con ellos en ninguna parte. Aliarse con ellos era volverse sus cómplices y, en su opinión, esto arruinaría la causa del sur. Pero a este respecto Zapata no albergaba tales temores. Aunque tampoco él quería unirse formalmente con los felicistas, apreciaba las posibilidades estratégicas que una más estrecha relación militar con ellos podría ofrecerles, y además ahora se daba cuenta de la influencia internacional que tendría una unión revolucionaria en la que también figurasen los felicistas. Deje que nuestros agentes negocien, le respondió a Magaña; limite únicamente sus instrucciones y desconózcalos si van demasiado lejos.[39]

Los atractivos de un entendimiento con los felicistas fueron todavía más obvios en abril. En ese mes estallaron cuatro ruidosas rebeliones contra el gobierno, pues se rebelaron Cirilo Arenas en Puebla y Tlaxcala, Luis Caballero en Tamaulipas, las tropas de Mario Morales en Tlaxcala y las tropas de Silvestre Mariscal en Guerrero. Cada rebelión tuvo sus propios orígenes peculiares, pero las cuatro se volvieron más o menos felicistas. Magaña las estudió con atención y le comunicó sus interpretaciones a Zapata.[40] ¿Cómo se podría sacar partido de este levantamiento? En la zona de Morales y de Arenas los zapatistas podían ejercer una influencia

[37] A los revolucionarios de la República, y a los trabajadores de la República, 15 de marzo de 1918, AZ, 29: 4. Zapata a ———, 15 de marzo de 1918, *ibid.* Decreto a los habitantes de la República, 24 de marzo de 1918, *ibid.*

[38] Liceaga: *op. cit.*, pp. 420-1, 430-8, 456-7. E. David Cronon, ed.: *The Cabinet Diaries of Josephus Daniels, 1913-1921* (Lincoln, 1963), p. 214.

[39] Magaña a Zapata, 11 de abril de 1918, y Zapata a Magaña, s.f. (¿mediados de abril de 1918?), AZ, 29: 3.

[40] Magaña a Zapata, 27 de abril de 1918, y Servicio Informativo Revolucionario, boletín 1, 28 de abril de 1918, *ibid.*

popular inmediata y los secretarios de la revolución zapatista redactaron manifiestos en náhuatl, para distribuirlos por los pueblos de Tlaxcala y Puebla, en los que se felicitaba a los jefes locales por su desafío a Carranza y se les invitaba a renovar sus lazos de fidelidad con Zapata.[41] Pero para poner al servicio de los fines zapatistas las rebeliones de Tamaulipas y de Guerrero se tendría que tratar con sus jefes respectivos, que ya se habían inclinado en favor de don Félix.

A pesar de sus recelos, Zapata finalmente nombró a un embajador para que visitase los campamentos felicistas. Eligió a Reynaldo Lecona, amigo de Soto y Gama y secretario digno de confianza del cuartel general, desde 1914. Llevándose consigo los manifiestos del decreto de marzo, otra propaganda e invitaciones especiales para la junta general que se efectuaría en Morelos, en la que los delegados elaborarían un plan de unión "bajo una sola bandera", Lecona partió para el este a fines de abril.

El 25 de abril, en Tlaltizapán, Zapata firmó un notable documento redactado con el mismo espíritu. Era un nuevo Manifiesto al Pueblo de México, y una obra maestra de "frente popular". Su autor era Conrado Díaz Soto y Gama, que aquí perfeccionó toda su astucia en la composición de las más dulces frases políticas. "¿A dónde va la revolución? ¿Qué se proponen los hijos del pueblo que se han levantado en armas?", preguntó. La respuesta fue una suave reiteración de los fines revolucionarios comúnmente aceptados: "redimir a la raza indígena, devolviéndoles sus tierras, y por lo mismo su libertad; conseguir que el trabajador de los campos, el actual esclavo de las haciendas, se convierte en hombre libre y dueño de sus destinos por medio de la pequeña propiedad; mejorar la condición económica intelectual y moral del obrero de las ciudades, protegiéndolo contra la opresión del capitalista; abolir la dictadura y conquistar amplias y efectivas libertades políticas para el pueblo mexicano". Los medios que proponía eran todavía más suaves: "para fijar puntos de detalle, para obtener la solución adecuada a cada problema y para no olvidar las condiciones especiales de ciertas comarcas o las peculiares necesidades de determinados grupos de habitantes, es preciso contar con el acuerdo de todos los revolucionarios del país y conocer la opinión de cada uno de ellos". Para impedir que "una nueva facción exclusivista o nuevos personajes absorbentes" dominasen el movimiento revolucionario, Conrado ofrecía "el siguiente procedimiento, de aplicación fácil y sencilla: al ocupar las fuerzas revolucionarias la capital de la República se celebrará una junta a la que concurran los jefes revolucionarios de todo el país, sin distinción de facciones o banderías. En esa junta... se dejará oír la voz nacional...; establecido el gobierno provisional revolucionario, puede el Congreso de la Unión, como órgano auténtico y genuino de la voluntad general, resolver concienzudamente los problemas nacionales".

[41] Manifiesto a los pueblos de la zona de operaciones de Arenas, y Manifiesto a los jefes, oficiales y soldados de la división de Arenas, 27 de abril de 1918, *ibid.*

Sólo a manera de insinuaciones, reveló Conrado la nueva posición política de los zapatistas. Señalando inicialmente "las asechanzas e intrigas de la reacción", pero omitiendo condenar la nueva constitución de 1917 y la glorificación de la antigua constitución de 1857, separó a los zapatistas de los felicistas, pero no los divorció. Atacando a Carranza personalmente, pero reconociendo las aspiraciones de todos los revolucionarios "honrados", e inclusive rindiendo homenaje a quienes ahora servían a Carranza aunque estaban descontentos con él, alentó las relaciones entre los zapatistas y los oposicionistas leales, sin hacer mención de un matrimonio. Omitiendo de nuevo referirse al Plan de Ayala e inclusive "al sur", hablando siempre de "la Revolución", como si constituyese un solo cuerpo, pero insistiendo en "las necesidades especiales" de "ciertas comarcas" y "determinados grupos", y poniendo cada vez como meta revolucionaria primordial la reforma agraria, indicó que, a cambio de su reconocimiento en Morelos, Zapata y sus jefes reconocerían al gobierno. Esto distaba muchísimo de los discursos agresivos de los delegados zapatistas a la Convención de 1915, y todavía más de las demandas que Palafox había hecho a los emisarios carrancistas en el verano de 1914. En verdad, en la perspectiva nacional, equivalía a una abrogación del Plan de Ayala mismo, y era en parte un retroceso a la posición de septiembre de 1911, cuando Zapata todavía no había definido su acción como una lucha en pro de la reforma social en toda la República, sino que la concebía aún como un movimiento local en pro de la justicia en los tribunales. La única huella que ahora quedaba del Plan por el cual había luchado durante más de siete años terribles era el lema que aparecía al final del manifiesto: "Reforma, libertad, justicia y ley". Para asegurar estos beneficios, y la paz, para la gente del lugar que más le preocupaba, y para ayudar a preparar al país contra la intervención extranjera, a la cual temía, Zapata renunciaba a su independencia y declaraba estar dispuesto a trabajar por la "concordia y la fraternidad".[42] En ninguna otra declaración nacional subsiguiente volvió a mencionar su antiguo Plan de Ayala.

Desde Tlaltizapán, el manifiesto fue enviado a Tochimilco. Allí, Ayaquica y un jefe felicista que andaba de visita, Caraveo, lo firmaron. Y desde allí Magaña envió agentes con copias a la ciudad de México y al territorio felicista del este y del noreste. Se estaba llevando a cabo el esfuerzo más serio, desde 1911, para reincorporar la revolución de Morelos al movimiento nacional. Como el control inmediato de su dirección y su ritmo se encontraban en Tochimilco, Zapata puso interés extraordinario en la organización de su cuartel general. Un poco enfadado, Magaña le aseguró a su jefe que se encargaría de mantener el buen funcionamiento de su oficina.[43] Pero la atención de Zapata permanecía

[42] Manifiesto al pueblo mexicano, 25 de abril de 1918, *ibid.*

[43] Zapata a Magaña, 2 de mayo de 1918, y Magaña a Zapata, 4 de mayo de 1918, AZ, 27: 15.

concentrada en los tratos diplomáticos, tan intensamente como antes había estado puesta en la restauración de tierras a los pueblos.

Las conmociones locales todavía tenían importancia en Tlaltizapán. Por causa de la pobreza en que González había dejado a Morelos el año anterior, los campesinos habían levantado cosechas muy magras a principios de 1918. La miseria y la destrucción que Gates había visto en el estado le habían recordado la Bélgica destrozada por la guerra, "Rheims e Ypres y San Quintín en pequeño".[44] Y ahora que las lluvias habían comenzado, los campesinos escondían celosamente las semillas que tendrían que sembrar para la cosecha siguiente. Zapata trató de protegerlos de las exacciones militares.[45] Pero como en estos tiempos difíciles habían aparecido ladrones y bandidos, la gente de los pueblos se defendía por cuenta propia. Gracias a su experiencia en las Asociaciones para la Defensa de los Ideales Revolucionarios, habían adoptado una actitud muy militante en lo relativo a sus derechos. Organizados y armados para la autodefensa, rechazaban a los intrusos sin ponerse a distinguir mucho. Se produjeron equivocaciones inevitables. Aunque en Morelos habían tenido lugar algunas, la peor se produjo a fines de abril en Puebla, al sur de Tochimilco, donde recientemente se habían hecho elecciones para la Asociación.[46] Hartos de chantajes y de que los molestasen mientras hacían sus siembras, los vigilantes del pueblo de Amecac dispararon contra un escuadrón de los aliados felicistas de Caraveo. Los relatos que más tarde se hicieron de lo que había ocurrido exactamente no coincidieron. Los de Amecac dijeron que cuando se negaron a entregarle al oficial de las tropas intrusas la comida y los pastos que había pedido, éste había ordenado a sus tropas que se apoderasen de lo almacenado en los edificios municipales. Las autoridades locales, entonces, se defendieron; se hicieron disparos, cayeron hombres de ambos lados y los felicistas huyeron perseguidos de cerca por los campesinos. El desdichado oficial, por su parte, alegó que cuando él y sus hombres llegaron pacíficamente a Amecac, oyeron observaciones como éstas: "ahora vienen pocos, acabemos con ellos". Mientras comía con el ayudante municipal, dijo, oyó disparos, salió corriendo y vio que los aldeanos estaban dando muerte a sus hombres. No sabía cuántos había perdido.[47]

Fuese cual fuere la verdad, el escándalo fue muy embarazoso para Zapata. Ayaquica, en cuya zona se encontraba Amecac, quería que se llevase a toda la población a Tlaltizapán para practicar una dura investigación. Las tropas agraviadas, reconoció, no eran morelenses, pues provenían, como Caraveo, de Chihuahua; pero si los campesinos se ponían ahora a hacer resistencia a los forasteros, advirtió, "mañana lo harán con nuestras mismas fuerzas". Otro jefe airado quería desarmar a todos los

[44] Gates en *World's Work*, abril de 1919, p. 657.

[45] Decreto sobre los derechos de los pueblos, 5 de marzo de 1918, AZ, 29: 4.

[46] Dromundo: *Biografía*, p. 168. Informes de los locales de Alpanocan y Tepanapa a la central de Tochimilco, 3 y 29 de abril de 1918, AZ, 29: 3.

[47] Magaña a Zapata, 2 de mayo de 1918, AZ, 27: 15.

aldeanos, "porque validos del permiso para la portación de armas para la defensa de sus intereses, cometen atentados".[48] Zapata ensayó la moderación, envió a Caraveo a una misión a Guerrero, mandó traer al cuartel general solamente a "los vecinos más caracterizados" de los pueblos sospechosos y le recomendó a Magaña que no agravase el caso en los alrededores de Tochimilco. Pero se necesitaron días de pláticas para reparar las relaciones con los aldeanos agraviados, y más de tres semanas para convencer a Caraveo de que se fuese a Guerrero sin cobrar venganza.[49] Dos meses y medio después del tiroteo, Zapata tuvo todavía que zanjar la disputa a que había dado lugar, y lo que hizo fue confirmar el derecho de los campesinos a portar armas, pero sólo con licencia y para defenderse a sí mismos o al Plan de Ayala. Seis semanas más tarde, en un "llamamiento patriótico" a los pueblos que aún se mostraban reacios de su zona, les volvió a confirmar el derecho a armarse para la defensa contra "los malos hombres y malos revolucionarios".[50]

En el cuartel de Tlaltizapán también había graves trastornos. Tuvo importancia decisiva la destitución de Manuel Palafox. Como la política exterior se había convertido en la preocupación capital de Zapata a lo largo del año anterior, Palafox había perdido su influencia con la gente. Y lo que era peor, había perdido su respeto. No solamente Palafox no servía de nada para la conciliación, por causa de su carácter arrogante y porque había insultado personalmente a hombres de los otros campos con los cuales quería pactar ahora Zapata; retrospectivamente, parecía ser también el individuo culpable de los aprietos en que se veían al presente los zapatistas, el hombre al cual podían culpar de su desastrosa alianza con Villa en 1914, de la enajenación de jefes de valer en el Partido Constitucionalista y de su constante reputación de ser el grupo más intransigente del movimiento revolucionario. En febrero, Gates había observado el papel anómalo que desempeñaba Palafox en Tlaltizapán. "Cuando se trataba de política y de cuestiones mexicanas o internacionales —observó—, Palafox no participaba, se hallaba cumpliendo otros deberes. Cuando se trataba de disposiciones prácticas en materias de títulos, cultivos, riegos, sí se hallaba presente." Al preguntar el norteamericano por la degradación de Palafox, Zapata confirmó lo que se había imaginado. Desairado, Palafox se había entregado compulsivamente a ejecutar reformas locales. El día en que Gates llegó al cuartel general, apenas se había sentado a la mesa para comer, recordó más tarde, "cuando ya Palafox me estaba explicando todas las operaciones del riego, de su Banco de Crédito Agrícola, de cómo se hacían anticipos a los agricultores a

48 Ayaquica a Zapata, 2 de mayo de 1918, y T. Cortés Cabrera a Magaña, 1º de mayo de 1918, *ibid.*

49 Magaña a Caraveo, 4 de mayo de 1918, y a Zapata, 5 de mayo de 1918, y Zapata a Magaña, 7, 16 y 23 de mayo de 1918, *ibid.*

50 Circular a las autoridades municipales, 16 de julio de 1918, AZ, 30: 23. Llamado patriótico a todos los pueblos engañados por el llamado gobierno de Carranza, 22 de agosto de 1918, AZ, 27: 9.

medida que iban avanzando en las etapas de sus cultivos, de cómo se vendía en el mercado la cosecha y se recuperaba el empréstito; todo lo cual tenía como objeto educar a los agricultores en la independencia económica. La comida se enfrió mientras me hablaba". Gates, cortésmente, elogió la reforma por considerar que estaba "de acuerdo con nuestros conceptos más modernos". Patéticamente complacido, Palafox entonces se vanaglorió ante Soto y Gama, "el señor dice que es el mejor sistema del mundo". Ya no se pudo contener y proclamó que había redactado realmente el Plan de Ayala. Durante la primavera, Palafox se vino abajo. Parece ser que, por tener dudas de su propio sexo, se había portado indiscretamente y convertido en objeto de desprecio en el cuartel general. Zapata por poco lo manda matar. Sólo cuando Magaña le advirtió que otra ejecución, después de la de Montaño, rebasaría la medida, Zapata se calmó y envió al arruinado hombrecillo a Magaña, a Tochimilco, "para prestar sus servicios" como Magaña juzgase conveniente.[51]

No obstante, ningún enredo local distrajo a Zapata de la atención que ponía en hacerse de nuevos amigos y formar una unión. Durante las crisis de Amecac y de Palafox, siguió estudiando con Magaña a cuáles rebeldes invitar a la unión, a cuáles exilados pedirles que se reincorporaran al movimiento revolucionario y a cuáles diputados federales alentar para la oposición.[52] Comenzaron a llegar las respuestas a la misión de Lecona entre los felicistas. Y llegó una nota de un amigo de Gates, de la ciudad de México, en la que se decía que "el profesor" había hablado con altos funcionarios de Estados Unidos, los cuales, dijo, verían de provocar un cambio en la política norteamericana respecto de Carranza. Esto no era más que puro bombo (a su regreso a Estados Unidos, en el mes de mayo, Gates había conversado "durante unos minutos" en Washington con el atareado secretario de Guerra, Baker, que no le había prometido más que cortesías), pero, como no tenían mejor información, Zapata y Magaña creyeron lo que decía la nota.[53]

Durante el verano, mientras se acercaban las elecciones para el Congreso, las negociaciones zapatistas se hicieron todavía más complejas. Cartas, nombramientos y peticiones de firmas a manifiestos se enviaron a todos los diversos opositores de Carranza, a Villa y su agente en Estados Unidos, a felicistas de poca o de mucha categoría, a otros rebeldes independientes.[54] Después de que Octavio Magaña regresó de San Antonio, a mediados de julio, para informar que Paz andaba muy mal, que se había vuelto alcohólico y no tenía influencia en la política de los exila-

[51] Gates en *World's Work*, abril de 1919, pp. 658, 660. Zapata a Magaña, 26 de mayo de 1918, AZ, 27: 15.

[52] Magaña a Zapata, 16 y 19 de mayo de 1918, *ibid.*

[53] Manuel Peláez a Zapata, 21 de mayo de 1918, y Zapata a Magaña, 23 de mayo de 1918, *ibid.*

[54] Entre ellos figuran las de Zapata a M. Díaz Lombardo, 28 de mayo de 1918, *ibid.*; a J. Cabrera, 4 de julio de 1918, AZ, 30: 23; a S. Salazar, J. J. Baños, G. Olarte, M. Romero, J. Carrera y L. Salazar, 12 de julio de 1918, *ibid.*

dos y que, contrariamente a lo que había informado, el Vázquez Gómez de "tendencias agrarias" y buena reputación entre los norteamericanos no era el abogado Emilio, sino el doctor Francisco, Zapata se volvió muy tolerante en sus asociaciones políticas. "...lo que importa, a mi modo de entender —le escribió a Gildardo Magaña a principios de agosto— es poner varias personas que hagan cuanto más se pueda, y ya después veremos qué sezgo [sic] se le da al asunto." Aunque reconoció que el doctor era "malo", señaló que era también "muy listo en política y haría algo". Sin esperar respuesta, le repitió su opinión a Magaña de que "buscar hombres perfectamente sanos de ideas y limpios de antecedentes... es casi en vano". En calidad de agentes y aliados quería hombres que tuviesen conexiones ya establecidas, "pues tienen la ventaja de ser prácticos, de conocer todos los rincones de la política y de saber medir las circunstancias".[55] En la semana siguiente, firmó cartas para Felipe Angeles y para Emilio y Francisco Vázquez Gómez, en las que les pedía que cooperasen, que comenzasen una rebelión en el norte y que consiguiesen el reconocimiento para su beligerancia en Washington.[56]

A mediados de agosto, después de que las elecciones hicieron perder a los liberales constitucionalistas su mayoría en el Congreso, Zapata, por fin, se dirigió directamente al disidente más importante de todos, a Obregón. Envió dos cartas, probablemente redactadas por Soto y Gama, en las que incitaba a Obregón a la revuelta. En la primera, le advertía que "la reacción... amenaza, como una avalancha, las conquistas de la Revolución" y le pedía Obregón que culminase "su empresa de luchador ayudando a la nación a libertarse". En la segunda, tachó a Carranza de dictador, insistió en la unificacin como simple acto de patriotismo y pidió de nuevo la "valiosa cooperación de los revolucionarios que hasta aquí se han mantenido distanciados de nosotros". En esa misma semana, firmó también cartas dirigidas al principal ayudante de Obregón en la ciudad de México, Aarón Sáenz, a los diputados liberales constitucionalistas del pasado Congreso, a quienes felicitaba e invitaba a ir al sur si el gobierno los perseguía. Cuando Magaña encontró que estaba refugiado en Xochimilco un antiguo oficial federal que había servido a las órdenes de Obregón, en las grandes batallas contra Villa de 1915, hizo que éste le escribiera también a su antiguo comandante, para asegurarle que los zapatistas lo respetaban.[57]

Obregón no se rebeló. Y ni él, que nunca recibió sus cartas, ni sus ayudantes, que sí las recibieron, respondieron por escrito a los zapatistas; aun cuando Obregón pensase en hacer tratos, más tarde, con Zapata,

[55] Informe a Zapata, 10 de julio de 1918, *ibid.* Zapata a G. Magaña, 4 y 6 de agosto de 1918, *ibid.*, 20.

[56] Zapata a E. Vázquez, 11 de agosto de 1918, y a F. Vázquez Gómez, 12 de agosto de 1918, *ibid.* Zapata a F. Ángeles, 11 de agosto de 1918, AZ, 27: 9.

[57] Zapata a Obregón, 17 y 24 de agosto de 1918, y a Sáenz y a los diputados constitucionalistas en general, 24 de agosto de 1918; Leonel Ramírez a Obregón, 22 de agosto de 1918, AZ, 30: 20.

no podía permitir que quedase un registro escrito de su plan, que los espías carrancistas podían encontrar y publicar. Pero, sin desanimarse, Zapata recurrió de nuevo a Francisco Vázquez Gómez, y lo nombró, a fines de agosto, agente confidencial suyo en Estados Unidos. Había llegado a creer el cuento, que Gates le había contado, de que, si las facciones revolucionarias se unían, Vázquez Gómez podría convencer al gobierno norteamericano para que las reconociese como beligerantes.[58]

Muy probablemente, Carranza sabía que Zapata se estaba comunicando con sus opositores y sus enemigos. Indudablemente, Pablo González lo sabía, por ser el general de mayor rango entre los "incondicionales" carrancistas, y comandante en jefe de la zona en que Magaña negociaba todavía con Castro y Reyes. González despreciaba, como siempre había despreciado, a Zapata. Pero no podía detener los tratos de los zapatistas. Militarmente todavía no podía movilizar fuerzas para capturar Tochimilco o Tlaltizapán sin debilitar las guarniciones o las columnas que estaban peleando contra los felicistas. De todas maneras, eran los meses de lluvias, en los que los ataques de artillería y de caballería se habrían atollado a poco de comenzar. Políticamente, también, González estaba en apuros. Si le prohibía a Castro recibir proposiciones de Magaña, se perdía la oportunidad, que quería conservar, de convencer a Magaña y a Ayaquica de que efectuasen amnistías. Presa de frustración, había sondeado a un antiguo ayudante de Zapata, retirado en la ciudad de México, a fin de convencerlo de que regresase a Morelos y le tendiese una emboscada a Zapata. Pero el hombre se negó a hacerlo, intentó mandar un aviso al sur y González tuvo que encarcelarlo.[59] El resultado de todo esto fue que las tropas federales casi no se movieron de las líneas que mantenían en torno y dentro de Morelos. Es verdad que los oficiales federales informaban de combates constantes, de que libraban "más combates", comentó un ex subsecretario de Guerra ásperamente, "que los librados por el propio Cid antes y después de muerto".[60] Pero aun cuando Zapata, de la O, Mendoza y Ayaquica seguían llevando operaciones en Puebla, el estado de México y el Distrito Federal, los comandantes federales no iniciaron una contraofensiva.[61] Durante el otoño, no ocuparon más territorio que el que habían conquistado un año antes en los alrededores de Cuautla y de Jonacatepec.

Y durante el otoño prosiguieron los intentos de negociación de los zapatistas. A los felicistas, a Francisco Vázquez Gómez, a los oficiales

[58] Reyes Avilés: *Cartones*, p. 56, n. 1. Zapata a F. Vázquez Gómez, 30 de agosto de 1918, AZ, 30: 20 y 27: 9.

[59] Manuel N. Robles: "Lo que supe de la muerte del general Emiliano Zapata", *La Prensa*, 19 de septiembre de 1955.

[60] *Excélsior*, 15 de junio de 1918.

[61] *Ibid.*, 8, 9 y 24 de septiembre, y 20 y 23 de octubre de 1918. Zapata a Magaña, 6 de agosto de 1918, AZ, 30: 20. Memoranda del agregado militar de Estados Unidos, 14 de septiembre y 4 de noviembre de 1918, NA, 59: 812.00/22245 y 22361.

federales que se encontraban en Morelos, a los revolucionarios aliados de otras zonas y, de nuevo, a Obregón, los correos les llevaron cartas desde Tochimilco y Tlaltizapán.[62] No todas las respuestas en favor de la unión eran atractivas. Una, por ejemplo, les llegó de un agente al cual Manuel Peláez, que se había independizado ahora de los felicistas, había colocado en Puebla, Federico Córdova. A mediados de septiembre, Córdova entregó a Marcelo Caraveo, que ahora era leal también a Peláez más que a don Félix, un informe de unos anónimos "señores" de la capital: la Casa Blanca estaba convencida de que ningún revolucionario de la oposición "puede controlar la situación" por sí solo; estos mismos "señores" podrían obtener pertrechos militares y un préstamo norteamericano de cincuenta mil dólares si las facciones revolucionarias se unían bajo la bandera de Peláez; como garantía del empréstito, Peláez les entregaría "los pozos petroleros de su propiedad" de los alrededores de Tampico. Caraveo, a su vez, le envió el informe a Magaña, y le señaló que "parece que han llegado a entenderse los gringos y Peláez...". Poco después, Magaña le envió una helada respuesta de Zapata. Después de reconocer que Peláez era "un verdadero y conciente revolucionario", y de repetir su deseo de una unión revolucionaria "sólida y segura", Zapata replicó que "debemos obrar con la necesarísima prudencia y el indispensable tacto para coronar la obra debidamente, esto es: sin perjuicio para los intereses populares que defendemos y sin menoscabo alguno para el decoro nacional, del que tan celoso se ha mostrado siempre el pueblo". En pocas palabras, rechazó la invitación de Peláez y reiteró la suya propia.[63] Pero otras respuestas fueron alentadoras. Leyendo entre líneas varias de ellas, a fines de septiembre, Zapata nombró a Alfredo Robles Domínguez "representante general" suyo en la ciudad de México, y a principios de octubre Magaña le envió la designación junto con los manifiestos del 15 de marzo y del 25 de abril, otros artículos de propaganda y un resumen de los contactos zapatistas en la Legación Británica. Como Vázquez Gómez, sólo que calladamente en el frente interior, Robles Domínguez habría de procurar obtener el reconocimiento extranjero de la beligerencia de los revolucionarios que se encontraban al margen de la ley.[64]

Al entrar el invierno, un nuevo y profundamente angustiado tono

[62] Unas cuantas de estas cartas son las de Zapata a C. Galán, M. Carvanzo y R. Cejudo, 1° de septiembre de 1918; a S. Cedillo, F. Vázquez Gómez, L. Caballero, L. Gutiérrez y Almazán, 5 de septiembre de 1918; a Obregón, 17 de septiembre de 1918; Magaña a J. A. Castro, 7 de septiembre de 1918, AZ, 30: 26; Zapata a E. Figueroa, 5 de agosto de 1918, *ibid.*, 20; a Cal y Mayor, 12 de octubre de 1918, *ibid.*, 25. L. F. Bustamante: "Dizque don Pablo no autorizó la muerte de Emiliano Zapata", *El Universal Gráfico*, 10 de noviembre de 1937.

[63] Caraveo a Magaña, 20 de septiembre de 1918, y Magaña a Caraveo, 24 de septiembre de 1918, AZ, 30: 26.

[64] Zapata a Robles Domínguez, 25 de septiembre de 1918, y Magaña a Robles Domínguez, 2 de octubre de 1918, *ibid.*, 25.

comenzó a oírse en la correspondencia de Zapata. Tenía ahora un montón de quebraderos de cabeza en el propio Morelos. La influenza española, que corría por el mundo en estos meses, apareció en la ciudad de México a principios de octubre y se propagó inmediatamente por el sur. Existían perfectas condiciones para una epidemia, la fatiga prolongada, las dietas de hambre, el agua mala, los continuos traslados. En las montañas donde se encontraban los campesinos más pobres y donde muchos jefes tenían sus campamentos, el duro frío invernal quebrantó la salud de miles de hombres. En los pueblos y ciudades los cadáveres se acumulaban más rápidamente de lo que se los podía enterrar. En diciembre, no había en Cuautla más de ciento cincuenta a doscientos civiles. Cuernavaca era un refugio de menos de cinco mil. En el campo, en chozas hechas a la carrera, hombres, mujeres y niños se estremecían de fiebre durante días, sin medicinas o alimentos, hasta que morían unos tras otros. Supervivientes avisados abandonaron a sus muertos y huyeron hacia Guerrero, a climas mejores del sur del río Balsas. Patrullas federales descubrieron pueblos enteros abandonados literalmente a "la paz de los sepulcros". En la ciudad de México los carrancistas se alegraron macabramente de estas noticias. "La influenza española —proclamó el encabezado de un periódico— continúa su obra pacificadora en Morelos." [65] Por las defunciones y la emigración el estado perdió una cuarta parte de su población en 1918, que numéricamente no fue una pérdida tan grande como la que Huerta había causado en 1914, pero que proporcionalmente era sin duda más grande que cualquiera de las que habían ocurrido desde las causadas por las grandes plagas del siglo XVI. Entre los enfermos se contaron muchos soldados zapatistas y todo el personal de Tochimilco; aunque no murió ningún secretario importante, la mayoría estuvo enferma durante semanas. Además, Zapata había perdido recientemente a varios agentes y contrabandistas de armas, detenidos en la ciudad de México y en Toluca. Sus jefes, que andaban escasos de hombres aptos para la lucha, comenzaron a carecer ahora también de pertrechos y municiones. Además Palafox y un colega secretario, Enrique Bonilla, habían huido desde Tochimilco al campamento de Cirilo Arenas; y parecía que su deserción habría de ser definitiva.[66] Y González había lanzado una nueva campaña en el sur. Pero en medio de todos estos tormentos, cobrando la fuerza de su dolor a medida que se hacía sentir, llevándolo al borde una veces del alivio y otras de la desesperación, existía para Zapata su preocupación por el final de la guerra mundial, la de saber si la amenaza que Gates

[65] *Excélsior*, 26 de noviembre de 1918. Véase también *ibid.*, 25 de octubre, 1-10 de noviembre, y 3, 9 y 11 de diciembre de 1918; Manuel Mazari: *Breve estudio sobre la última epidemia de influenza en la ciudad de México* (México, 1919), p. 21. S. Valverde: *op. cit.*, p. 186; Manuel Arvide Rendón: "Labor desarrollada en el sur en 1918", *El Legionario*, junio de 1953. Holt Büttner: *op. cit.*, pp. 22-3.

[66] *Excélsior*, 15 de octubre de 1918. Magaña a Zapata, 3 de noviembre de 1918, AZ, 30: 21.

le había anunciado en el pasado febrero resultaría ahora ser real, si Estados Unidos intervendría de nuevo en México.

A fines de noviembre, Zapata le escribió a Felipe Ángeles, que se encontraba en Texas. Tal vez Francia, donde había estudiado Ángeles, podría ayudar a contener a los norteamericanos. ¿No podía Ángeles valerse de su "íntima amistad" con el mariscal de campo Foch, le preguntó Zapata de refilón, para conquistar la "poderosa influencia moral" de Foch para la "causa del pueblo mexicano"? Dos semanas más tarde, le hizo saber directamente a Magaña este miedo. Modesto, como de costumbre, cuando tocaba puntos de los que se sabía ignorante, les preguntaba a Magaña y a Soto y Gama que si creían que sería conveniente para la causa encontrar la manera "de acercarnos a los Poderes Aliados, para proponer algo en favor de los intereses de la República y de la Revolución". Consideraba que tenía importancia crítica esto, "pues paréceme que una vez solucionada la cuestión europea-americana, los Estados Unidos de Norteamérica se echarán sobre nuestra nacionalidad".[67] Entonces se plantearía la imposible opción de que había hablado Gates, unirse a Carranza para la defensa nacional o aceptar la vigilancia extranjera. Mientras tanto, hizo que Magaña reanudase tratos serios con Castro y Reyes. Crecientemente, en la correspondencia con ellos, aparecieron ataques contra "elementos marcadamente reaccionarios", que se hallaban en rebelión, como los felicistas, o desempeñando cargos, como los "incondicionales" carrancistas. El tema de los llamados zapatistas era ahora flagrantemente patriótico. "Si la paz no viene en plazo perentorio —le advirtió Magaña a Castro—, si los mexicanos no nos entendemos fraternalmente, hoy que la terminación de la guerra europea ha dejado libres las manos del coloso norteamericano, estamos amenazados de la más humillante de las intervenciones, cuyo resultado sería cuando menos el definitivo aplastamiento de nuestra soberanía como nación."[68] Y esto no era un truco, un comercio con el amor a la patria, sino una honrada alarma.

González, a quien Castro seguía siendo leal, pura y simplemente entendía de manera diferente los deberes patrióticos de él y de sus subordinados. Según él, estos deberes se reducían en Morelos al restablecimiento de los funcionarios carrancistas. Y a principios de diciembre, como se habían interrumpido las lluvias y los zapatistas estaban tremendamente debilitados en número, salud, y reservas de hombres y pertrechos, y como el gobierno había afirmado su poder en el nuevo Congreso, González aceleró sus operaciones militares. Con once mil soldados, que avanzaron desde Cuautla y Jonacatepec y desde las líneas que rodeaban al estado, ocupó rápidamente las otras cuatro poblaciones principales, Yautepec, Jojutla, Cuernavaca y Tetecala. Dispersas fuerzas zapatistas trataron de

[67] Zapata a Ángeles, 21 de noviembre de 1918, *ibid.* Zapata a Magaña, 8 de diciembre de 1918, AZ, 30: 19.

[68] Magaña a Castro, 3 de diciembre de 1918, *ibid.* Véase también Magaña a Castro, 3 y 10 de noviembre de 1918, y a Reyes, 10 de noviembre de 1918; y Reyes a Magaña, 9 de noviembre y 8 de diciembre de 1918, *Ibid.*

hacer resistencia, pero en unos cuantos días todos se habían dispersado y retirado a las montañas.

Esta vez, González llevó a cabo con mayor profesionalismo la revolución constitucionalista en Morelos. Para consolidar la ocupación, puso guarniciones en cuarenta o cincuenta ciudades y pueblos y apresuró las reparaciones de los ferrocarriles. Para dar satisfacción a la curiosidad metropolitana acerca de sus cualidades de estadista, nombró autoridades municipales, confirmó en su puesto a algunos que ya lo tenían y sustituyó a otros por personas de más confianza; la gente comenzó a preguntarse quién sería nombrado gobernador provisional y quiénes jueces de distrito. Para asegurar el interés de sus generales en la preservación del orden local se apoderó de varias haciendas, y arregló luego que las tomasen en alquiler al gobierno. Y para atraer inversionistas y hombres de empresa, inició una política de repoblación, y ofreció pagar el viaje hasta Morelos a los trabajadores que quisiesen ir desde cualquier parte de la República. Según indicó, su intención era "reconstruir esa entidad federativa que antes fue floreciente".[69] Entre los lugares que ocupó figuró Tlaltizapán. De vez en cuando, Zapata podía entrar en la población, luchando o subrepticiamente. Pero a partir de mediados de diciembre se convirtió en fugitivo, lo mismo que de la O, Mendoza y otros.

Mientras andaban escondidos, los zapatistas tuvieron que luchar con nuevas tentaciones. Desde el territorio de Cirilo Arenas, Palafox envió en noviembre un Manifiesto a los sureños, en el que les pedía que abandonasen a su jefe y se sumasen a un movimiento agrarista separatista que acababa de organizar. En alianza con Everardo González, de quien decía que ya había sido conquistado para su causa, seguirían luchando por el Plan de Ayala, cuyo lema había corregido y era ahora el de "Tierra y Libertad". Otros aliados mencionados por él fueron Arenas y Caraveo, los cuales, aunque no lo dijo, eran ahora partidarios de Peláez.[70] Palafox, como persona, estaba todavía en desgracia entre los zapatistas, pero por lo menos, a través de él, cualquier jefe, con la excepción de Zapata, podría ahora participar en una rebelión más prometedora, rica en petróleo. Desde el otro bando, a mediados de diciembre, Castro le ofreció la amnistía a Magaña y a "aquellos que como usted, obran de fuena fe". Puesto que Castro guardaba íntimas relaciones con el presidente, la oferta provenía prácticamente del propio Carranza. Si los zapatistas eran patriotas sinceros, sugería Castro, se sumarían a la revolución nacional, para fortificar al gobierno contra sus enemigos y tratar luego de cambiarlo desde dentro. Formalmente, explicó, no podía conceder la amnistía salvo incondicionalmente, pero "quedo comprometido —siguió diciendo— si se efectuare a que sea con absoluta garantía para sus vidas, familias e inte-

[69] En lo tocante a las operaciones militares y a la reorganización del estado, véase *Excélsior*, 3, 7, 9, 11-14, 16, 21-2 y 26 de diciembre de 1918.

[70] Para el manifiesto y un análisis carrancista somero, véase *ibid.*, 24 de enero de 1919.

reses".[71] En estas condiciones, rindiéndose no en Morelos, a González, que podría juzgarlos y fusilarlos a pesar de lo que les ofreciese, sino en Puebla, a Castro, que siempre los había tratado honestamente, los zapatistas podrían recuperar los privilegios del servicio en el poder.

Sin embargo, la organización zapatista permaneció intacta. Ningún jefe veterano de categoría de la revolución morelense desconoció a Zapata y lo sustituyó por otro jefe rebelde. Aunque Palafox envió llamados personales a algunos jefes sureños, no obstante los aprietos en que se encontraban le respondieron con insultos irreparables. "...un pobre diablo de sexo equivocado como lo es usted no puede llamarse amigo de los hombres que lo somos de verdad", le replicó Maurilio Mejía. Menos arrogante, pero igualmente brusco, fue el rechazo de Emigdio Marmolejo: "todas las mentiras que me cuenta, vaya y cuénteselas a quienes no conozcan a usted porque aquí en Morelos, le seré franco, a nadie logrará sorprender, y menos en la forma tan torpe que usted procede... Conociéndolo como lo conozco, a usted... como hombre intrigante y mal agradecido..., encuentro muy natural que ahora... hable mal de quien lo colmó de favores y de consideraciones que, ahora vemos más claramente, no merecía usted".[72] Tampoco se entregó a los federales ninguno de los principales jefes morelenses, y ni siquiera llevaron sus actividades a Puebla. En esta desalentadora crisis, los jefes que se habían mantenido unidos desde un principio, ocho años antes (Zapata, de la O, Mendoza, Ayaquica, Jesús Capistrán, Francisco Alarcón, Timoteo Sánchez, Gabriel Mariaca, Pedro y Francisco Saavedra, Ceferino Ortega, Magaña, Mejía y Marmolejo), se mantuvieron fieles unos a otros. Durante el invierno perdieron algunos jefes de menor categoría y muchos soldados que aceptaron amnistías de González y de Castro; sus bandas se redujeron tanto que ni siquiera pudieron hacer la guerra de guerrillas. Pero no perdieron la fidelidad fundamental de su pueblo. Con una sola excepción (la de la unidad de Victoriano Bárcenas, originario de Guerrero, que confirmó la regla) las fuerzas que aceptaron la amnistía no cooperaron con los federales para traicionar a sus antiguos camaradas, y mucho menos para ayudar a vencerlos. En vez de esto, oficiales y hombres volvieron calladamente a sus hogares para cultivar sus pobres campos, como lo habían hecho antes de la ocupación. Lo mismo que la retirada de sus dirigentes, su rendición era estratégica. En los campos y los pueblos esperaban la oportunidad de levantarse de nuevo. Mientras tanto, siguieron sirviendo a sus antiguos jefes cuando y como podían. Les dieron comida, abrigo e informaciones. Literalmente hablando, alimentaron a la revolución local y la mantuvieron viva.

[71] Castro a Magaña, 19 de diciembre de 1918, AZ, 30: 19. Véase también Reyes a Magaña, 8 de diciembre de 1918, y Magaña a Zapata, 10 de diciembre de 1918, *ibid.*

[72] Mejía a Palafox, 27 de noviembre de 1918, AZ, 30: 21. Marmolejo a Palafox, 3 y 25 de diciembre de 1918, AZ, 30: 19 y 27: 13.

No obstante, Zapata conservó el contacto regular con Magaña y sus negociaciones prosiguieron sin pausas. Como las noticias que le habían hecho llegar los agentes de la ciudades de México y de Puebla habían aumentado sus temores de una intervención norteamericana, Zapata insistió en que Magaña pulsara la cuerda patriótica en sus tratos con Castro.[73] Aprobó la declaración que había hecho Magaña de apoyo a una Alianza de Proletarios de la ciudad de México y mantuvo la correspondencia con rebeldes vecinos. Pero su preocupación primordial ahora era la de establecer conexiones con los opositores todavía leales a Carranza, para convencerlos de que derrocasen a Carranza antes de que Estados Unidos actuase contra él. A Amezcua, que se hallaba en La Habana, Zapata envió informes y propaganda, para dar a la publicidad desde allí también su última y residual afirmación de que para reconstruir el partido revolucionario nacional era indispensable hacer a un lado a Carranza, y repetir su ofrecimiento de que los zapatistas colaborarían entonces con los liberales constitucionalistas y con otros "hombres de principios avanzados".[74] A la vez alentadoras y ominosas para este cambio de táctica eran las notas diplomáticas recientemente reprobatorias que Estados Unidos enviaba a Carranza acerca de los decretos petroleros mexicanos. Las notas, cuyas copias Magaña había recibido y enviado a Zapata, eran un bien recibido testimonio de que Carranza era un presidente que ponía en peligro a la nación y de que los patriotas deberían apresurarse a derrocarlo; y sin embargo, eran también una advertencia grotesca, insinuante, de que aumentar los ataques contra él sería provocar la intervención norteamericana.[75] Pero Zapata no vaciló. A petición suya, Magaña preparó un atrevido Manifiesto al pueblo de México del primero de año en el que se pintaba a Carranza como único culpable de todas las tribulaciones, exteriores e interiores, de la República. Trinando contra Carranza por los abusos en las elecciones para gobernador y para diputados, y elogiando de nuevo a los liberales constitucionalistas, Zapata acusó ahora públicamente a Carranza de que su neutralidad durante la guerra había sido falsa, de que había protegido los intereses del Káiser, de que se había puesto al lado del "imperialismo contra la democracia", que había ofendido "al capital francés y al británico", y, lo que era peor, de que "en materia de petróleo" había dictado "leyes elaboradas de acuerdo con el ministro alemán". De los conflictos que fuesen consecuencia de esto, declaró Zapata, "nadie sino Carranza será el culpable". Sólo si los revolu-

[73] Informe de Atl (Carlos Peralta), s.f. (¿diciembre de 1918?), AZ. 30: 19. Zapata a Magaña, 13 de diciembre de 1918, *ibid.*

[74] Zapata a Magaña, 17 de diciembre de 1918; a H. Aguilar, 25 de diciembre de 1918; y a Amezcua, 15, 25 y 30 de diciembre de 1918, *ibid.*

[75] Magaña a Zapata, 31 de diciembre de 1918, *ibid.*, y 5 de enero de 1919, AZ, 30: 24. Para las notas norteamericanas, véase United States Department of State: *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1918* (Washington, 1930), pp. 687-792.

cionarios se deshacían de él, terminó diciendo, serían los mexicanos, nuevamente, "dueños de nuestros destinos".[76]

En enero, la táctica zapatista cambió de nuevo. Habiendo decidido que Castro nunca había tenido la intención de abandonar a Carranza, y que lo único que había querido era convencer a los zapatistas para que aceptasen amnistías, Magaña rompió negociaciones con él y Reyes. Inmediatamente revivió su interés en Francisco Vázquez Gómez. Escribió a La Habana para pedirle a Amezcua que le escribiese a Vázquez Gómez, que se hallaba en San Antonio, para que coordinase su propaganda y sus declaraciones.[77] Y a Zapata, que se hallaba de regreso en Tlaltizapán a fines de enero, le envió correspondencia y un programa revolucionario de Vázquez Gómez, y además un informe desde San Francisco en el que se decía que muchos exilados, entre los que figuraban Ángeles, Villa y Villarreal, apoyaban a Vázquez Gómez, y que el prestigiado doctor estaba "en constante comunicación con el presidente Wilson" (¡que entonces se encontraba en Versalles!), el cual le concedía su completa confianza y apoyo. El consejo de Magaña era que se unificase a todos estos revolucionarios exilados bajo la dirección de este "hombre de mucho talento", para proclamarlo Jefe Supremo de la Revolución. En el programa de Vázquez Gómez sólo veía dos fallas. Eran flagrantes, la omisión de mencionar la restitución de tierras, bosques y aguas a los pueblos, y la omisión de explicar que los revolucionarios no restablecerían la Constitución de 1857 en aquello en que anulaba "los principios revolucionarios". Pero Magaña había corregido el programa convenientemente y creía que Vázquez Gómez aceptaría los cambios por su propio interés de quedarse en el cargo. Sin esperar la respuesta de Zapata, le envió a Vázquez Gómez una aprobación provisional del programa enmendado.[78]

El 4 de febrero, Zapata le contestó a Magaña, evidentemente aliviado. La tensión culpable que le había producido el pretender a la autoridad nacional había terminado ahora: al final, podría reanudar el desempeñó de su papel en Morelos, que tanto orgullo le hacía sentir: estaba "feliz" de aceptar el mando supremo de Vázquez Gómez, escribió, "máxime cuando, usted bien lo sabe, jamás he tenido más aspiraciones que las de ver a mi pueblo feliz y dueño absoluto del fruto de sus trabajos". Al día siguiente firmó una larga carta de componenda con Vázquez Gómez. Probablemente salió de la pluma de Magaña. Redactada evidentemente para lectores norteamericanos, sin que contuviese ni sombra de las "rabiosas ideas socialistas" de Palafox en 1915, era una notable declaración en favor del "espíritu de empresa" en la industria, el comercio, la minería, el petróleo, las finanzas y la agricultura. Sólo una vez apare-

[76] Magaña a Zapata, 5 de enero de 1919, y Manifiesto al pueblo mexicano, 1º de enero de 1919, AZ, 30: 24.

[77] Magaña a Castro, 14 de enero de 1919, y a Amezcua, 15 de enero de 1919, *ibid.*

[78] Magaña a Zapata, 31 de enero de 1919, *ibid.*, y a F. Vázquez Gómez, 1º de febrero de 1919, AZ, 30: 29.

ció una demanda implícita de reforma agraria, para satisfacer "la necesidad de tierras que para la formación de la pequeña propiedad experimenta el pueblo mexicano", pero era explícita la seguridad de que "no alentamos, en manera alguna, los radicalismos... tendientes a suprimir en materia agrícola el resorte todopoderoso de la iniciativa privada". Las únicas restricciones que Zapata consideraba legítimas en ese escrito eran las que deberían ponerse a "los monopolios que amenacen destruir el libre juego de las fuerzas sociales".[79]

A Villa y Peláez les envió poco después cartas en las que los informó de su decisión y les rogó que reconociesen también a Vázquez Gómez. El doctor era "un viejo revolucionario, hombre culto y probo", les recordó, "de arraigadas y firmes convicciones y ampliamente conocido en los círculos diplomáticos". El 10 de febrero, firmó un manifiesto que Magaña había redactado, Al Pueblo Mexicano y a los Revolucionarios. "Para llevar a feliz término y dejar totalmente consumada la labor unificadora cuyas bases quedaron planteadas en los manifiestos de 15 de marzo y de 25 de abril del año próximo pasado", el manifiesto anunciaba formalmente la postulación de Vázquez Gómez como candidato zapatista a la "jefatura suprema de todo el movimiento revolucionario". Al igual que los panegíricos que aparecían en la prensa de los candidatos presidenciales de 1920, se deshacía en elogios para "el doctor", el cual, para un auditorio mexicano, era más reformista y se había convertido en "una palabra... en un vínculo de unión para los mexicanos". Un boletín extraordinario del cuartel general apareció poco después para decir lo mismo.[80]

Mientras tanto, Pablo González se esforzaba por hacer efectivo su gobierno en Morelos. Como se había aprendido las lecciones de su desastre anterior, actuó con mayor cautela que antes. Habiendo perdido ya la oportunidad de presentarse como precandidato a la presidencia de 1920 no se podía permitir otro fracaso ahora. Así, pues, aunque mantenía un control constante de todas las poblaciones importantes, salvo la de Tlaltizapán, procuró alejarse de la zona en la que el terrorismo de de la O pudiese cubrirlo de vergüenza. Usó como base Cuautla: el ferrocarril que la unía con la ciudad de México era más seguro que el de Cuernavaca, y las tierras de cultivo que la rodeaban eran más fáciles de patrullar. González estableció allí el cuartel general de su ejército y la capital del estado. Instaló a un nuevo gobernador, a su ayudante, el coronel José G. Aguilar. Allí dio empleo a los presos de guerra en la reconstrucción de la ciudad a razón de cincuenta y cinco centavos al día, más alimentos. Y desde allí regresó a la capital, a fines de febrero, para declarar a la

[79] Zapata a Magaña, 4 de febrero de 1919, y a F. Vázquez Gómez, 5 de febrero de 1919, *ibid.*

[80] Zapata a Villa y a Peláez, 9 de febrero de 1919; Manifiesto al pueblo mexicano y a los revolucionarios, 10 de febrero de 1919; Boletín Extra, 14 de febrero de 1919; Magaña a C. Aguilar y a L. Ibarra, 15 de febrero de 1919, y a Ángeles, 16 de febrero de 1919, *ibid.*

prensa que "la mayoría de las haciendas del estado están ya en actividad y dan trabajo a mucha gente". Había provisto bien a sus generales: "en extensiones de bastante consideración", proclamó presuntuosamente, "se está trabajando en las haciendas de Santa Inés, Cuahuixtla, San Carlos Atlihuayán, Calderón, Tenextepango, Zacatepec, Treinta, San José Vista Hermosa, El Puente, Hospital y algunas otras. Se esperan de todas ellas muy buenas cosechas..." Hasta aquel momento, no había reinstaurado una comisión agraria en el estado, ni indicado, oficial o extraoficialmente, si pensaba hacerlo. En 1919, al igual que en 1911, los agricultores que preparaban los campos para recibir las lluvias del verano eran en su mayoría aparceros y jornaleros. Pero para González, sus destinos personales no representaban sino trivialidades en el progreso, que sonaba singularmente a cosa conocida y que noblemente había pronosticado de "una era de prosperidad para el estado". Como sus amigos de *Excélsior* pusieron en su encabezado, con estilo que recordaba a los editorialistas científicos, "Morelos torna a la Vida de Orden".[81]

Aun en ausencia de González, el control federal se ejercía en todas partes. En torno a Cuernavaca, el general Gustavo Elizondo arregló una tregua informal con de la O. En otras partes, los jefes zapatistas no levantaban la cabeza. Las únicas escaramuzas dignas de consignación eran aquellas en que los federales frenaban momentáneamente el movimiento de un grupo zapatista. Las rendiciones de soldados zapatistas se iban haciendo gota a gota. Y, en la paz, prosiguió la recuperación económica local. A lo largo de los ferrocarriles recién abiertos y de los caminos carreteros se reanudó el comercio con el Distrito Federal y Puebla. Las poblaciones comerciales se animaron de nuevo. La que más rápidamente floreció fue Cuautla, que no tardó en recuperar cerca de cuatro mil habitantes, los cuales no eran ni dos tercios de la población que había tenido en 1910, pero sí muchos en las circunstancias actuales. Allí, a principios de marzo, para confirmar el renacimiento de la ciudad, el comandante federal fomentó la gran feria del Tercer Viernes de Cuaresma, donde ocho años antes Zapata, Pablo Torres Burgos y Rafael Merino habían trazado sus planes finales para unirse a la revolución maderista.[82]

Pero, políticamente, la ocupación se había atascado de nuevo. Habían pasado tres meses y, a pesar de los vigorosos esfuerzos, los federales no habían conseguido la rendición o la captura de un solo zapatista importante. Y todavía más irritante era que algunos de los jefes se iban a vivir a veces a los pueblos y que de vez en cuando aparecían en público. ¿No querría meter su caballo en las carreras de la feria de Cuautla?, le escribió Mejía a Mendoza en Jonacatepec. Habría también peleas de gallos, y necesitaban buenos gallos. ¿No les podría conseguir algunos?[83]

81 *Excélsior*, 1, 6 y 12 de marzo de 1919.

82 *Ibid.*, 13 y 19 de marzo de 1919. Meléndez: *op. cit.*, I, 376. Dromundo: *Vida*, pp. 259-60. Memorandum for Chief of Naval Operations. Weekly Report for Week Ending March 10, 1919, NA, 45: Subject File W-E-5: Box 654.

83 Mejía a Mendoza, 25 de enero de 1919, AZ, 30: 24.

Y en Tochimilco subsistía aún el cuartel general zapatista, que se trasladaba, cuando se veía amenazado, al villorrio cercano de Tochimizolco.

Para gran pesar de González, el propio Zapata campaba evidentemente por sus respetos. A fines de febrero, una enérgica fuerza federal lo había expulsado de su base en el sureste de Jojutla y lo había perseguido hasta Jonacatepec y después, a lo largo de la línea divisoria del estado, hasta Tochimilco. Pero conservaba la autoridad sobre sus jefes, dirigía sus movimientos en la zona y lograba que respetasen a los campesinos de los cuales dependían. "Al pedir de comer —les recomendó a principios de marzo—, lo harán con buenas palabras, que todo lo que deseen lo pidan de buena forma y siempre mostrando su agradecimiento... más bien nos tratemos —terminó diciendo— más pronto triunfaremos y tendremos todos los pueblos de nuestra parte." La protección popular que se había ganado, aparentemente, era inviolable. Nadie estaba dispuesto a entregarlo, a pesar de los rumores de recompensas gigantescas. Por el contrario, desde cada población los espías lo mantenían informado de las operaciones de los federales. Los que atendían los bares y las prostitutas de Cuautla le prestaban servicios especialmente buenos, gracias a sus contactos con el personal del cuartel general nacional.[84] Desde sus escondites en la montaña, Zapata y Magaña continuaron su diplomacia subversiva. Magaña hizo que un agente le avisase a Peláez que no debía prestar oídos al apóstata Palafox, que se había acercado a su cuartel general de los alrededores de Tampico. A manera de respuesta, recibió un ofecimiento de cincuenta mil pesos y municiones que le hacía Peláez. El 10 de marzo, comisionó a su hermano Octavio para que fuese a la ciudad de México "a celebrar conferencias con los elementos que trabajan por la candidatura del C. general Álvaro Obregón para Presidente de la República". Y el 17 de marzo Zapata firmó una desafiante carta abierta al "ciudadano Carranza". En frases que probablemente pensó Soto y Gama, Zapata se dirigió "por vez primera y última" no "al Presidente de la República, a quien no conozco, ni al político, del que desconfío", sino "al mexicano, al hombre de sentimiento y de razón, a quien imposible no conmuevan alguna vez (aunque sea un instante) las angustias de las madres, los sufrimientos de los huérfanos, las inquietudes y las congojas de la patria". De lenguaje sencillo, específica en sus referencias, de tono despreciativo pero moderado, agresiva, pero sensata en su alegato, la carta era una impresionante condena del régimen carrancista. Después de señalar de pasada, tardíamente, que Vázquez Gómez podría concertar la paz y la unión revolucionaria, terminaba rogando a Carranza que "de patriota y de hombre" renunciase por bien del país. En los días siguientes, Magaña envió copias a los revolucionarios aliados

[84] Magaña a Zapata, 2 de marzo de 1919; Zapata a Magaña, 3 de marzo de 1919; y circular 4 de marzo de 1919, AZ, 30: 32. Elías L. Torres: "No te descuides, Zapata", *Jueves de Excélsior*, 8 de abril de 1937.

que estaban al margen de la ley y las distribuyó también por la capital y otras grandes ciudades.[85]

La perseverancia de Zapata irritaba cada vez más a los carrancistas. Ya habían comenzado las campañas presidenciales de 1920, aunque Carranza había tratado de impedirlas calificándolas de "prematuras"; y la continua resistencia a la autoridad del presidente menguaba su reputación política y estorbaba sus esfuerzos por controlar la sucesión. Estando Peláez y Díaz, con sus seguidores, levantados en armas todavía contra él, campando por sus respetos Villa en Chihuahua, con Ángeles que había regresado al país para ayudar a Villa, habiendo estallado otra disputa violenta por la gubernatura en Tabasco, Carranza concentró su inquina en Zapata. A los otros los podía hacer a un lado plausiblemente, a título de reaccionarios o de rivales por el poder, peligrosos, pero no lo suficiente, contra el nuevo orden y progreso en México. Pero en Zapata, simbólicamente, en un hombre fuera de la ley, popular, que tenía fama de representar los derechos de la gente del campo, se enfrentaba a un innegable desafío moral en las elecciones inminentes.

En el exterior, también, la supervivencia zapatista era embarazosa para el gobierno. Confundida con la supervivencia de los demás rebeldes, parecía ser prueba o bien de que Carranza no era popular o bien de que no era lo suficientemente fuerte como para merecerse el reconocimiento extranjero. Que no era ni lo uno ni lo otro, era una noción común ya en Estados Unidos, gracias, en gran parte, a William Gates. En enero Gates había publicado, en la influyente *North American Review,* un artículo sobre su reciente gira. En resumen, lo que Gates había dicho era que Carranza no era un presidente legítimo, que "están de su lado el embajador alemán y la I.W.W.", que las fuerzas nacionales en el país actuaban como "los alemanes en Bélgica o los bolcheviques en Rusia", que, en contraste, la única "gente feliz" que había visto se encontraba en las zonas que controlaban Zapata, Félix Díaz y otros rebeldes, y que estos jefes formaban una "revolución política unificada para restaurar el gobierno constitucional, liquidar la legislación socialista y retornar a una posición de respeto internacional". A los zapatistas, Gates rindió un tributo especial. "La Revolución mexicana (iniciada realmente por Zapata en 1909, antes de Madero) no terminará nunca hasta que los campesinos de las montañas de Morelos obtengan lo que les corresponde —declaró—, lo mismo sería luchar contra los suizos." Aunque sus imágenes estuviesen un poco traídas de los pelos y su informe estuviese plagado de errores, el artículo estaba vívidamente detallado, contaba con información reciente y estaba persuasivamente razonado, por lo que despertó la atención que Gates quería obtener. En febrero comenzó una serie en cinco entregas

[85] C. Aguilar a Magaña, 4 de marzo de 1919, AZ, 30: 32. Acerca de los contactos obregonistas-zapatistas, véase Octavio Magaña Cerda: *Yo acuso a los responsables, El pueblo que nos juzgue* (México, 1961), pp. 26-34, y Hill a Obregón, 20 de abril de 1919, citado en González Ramírez: *Planes,* pp. 263-4. Zapata a Carranza, 17 de marzo de 1919, AZ, 30: 32, reimpreso en Palacios: *Zapata,* pp. 258-66.

en la revista mensual *World's Work*. Allí, con el sugerente título "Los cuatro gobiernos de México", desarrolló su argumentación de que Carranza era, a la vez, despótico y débil y de que sus opositores representaban los verdaderos anhelos del pueblo mexicano. A fines de febrero, los editores del *Literary Digest* resumieron el artículo inicial de Gates y señalaron que sólo Zapata tenía la "sincera intención" de devolverles las tierras a "los indios". Y llenos de gusto o alarmados, los directores de los periódicos mexicanos sacaron de allí el relato y lo publicaron en sus propios periódicos. También reservaron encabezados para las noticias que Palafox les había enviado y que decían que los zapatistas habían nombrado jefe supremo a Vázquez Gómez. Para Carranza, Zapata se había convertido en un riesgo enorme. A mediados de marzo, el presidente estuvo dispuesto a aprobar el editorial que sus amigos periodistas tomaron del *New York Times:* "el orden, la reanudación de la siembra de la caña, de la industria azucarera y de los trabajos agrícolas en general, el resurgimiento de las comunicaciones, de la educación y de la vida pacífica en Morelos dependen completamente de la caída, de la ausencia permanente o de la extinción de ZAPATA... no se le puede dar amnistía".[86]

De manera que los zapatistas tenían razón en sentir un moderado optimismo. Gracias a la publicidad de Gates, aun estando derrotados seguían siendo una facción importante en la política revolucionaria. Y si conservaban su unión y capeaban el temporal, conforme a su antigua estrategia, no tardarían en presenciar el derrumbamiento de Carranza y después, luego de cerca de una década de lucha, en llevar a su revolución local a un triunfo que los nuevos dirigentes nacionales reconocerían. Volviéndose precavidos a última hora, Magaña y los demás secretarios y ayudantes de Tochimilco querían suspender las operaciones militares, para prevenirse de la captura o la muerte en vísperas del éxito. Seguirían tratando con palabras, como en la carta que escribieron a nombre de Zapata para darle las gracias a Gates por la "justicia" que había hecho a la "Revolución del sur" y para pedirle que se comunicase con Vázquez Gómez para dar mayor publicidad a la cuestión.[87] Pero consideraban que era demasiado arriesgado ahora negociar a tiros. Le pidieron a Zapata simplemente que se escondiese y esperase a que estallase la crisis.

Zapata tenía otras ideas. Habiéndose puesto a la cabeza de sus hombres en el campo de batalla desde un principio, no entendía por qué tenía que retirarse al final. La proposición lo contrariaba personalmente, y, en lo político, tenía sus yerros. ¿No provocaría su desaparición divisiones entre los demás jefes, en el momento en que más se necesitaba de la solidaridad? ¿Cómo podría conservar el respeto de Mendoza, o de Ayaquica, o de Saavedra, y mucho menos el de de la O, si no sabían éstos

[86] William Gates: "Mexico To-day", *North American Review*, CCIX (enero de 1919), 68-83, y en *World's Work*, febrero-junio de 1919. "Mexico To-day a Storn-Center of Misery and Danger", *Literary Digest*, LX, 8 (22 de febrero de 1919), 50-4. *The New York Times*, 18 de marzo de 1919. *Excélsior*, 19 de marzo de 1919.

[87] Zapata a Gates, 24 de marzo de 1919, AZ, 30: 32.

con seguridad que seguía todavía vivo, si no podían verlo u oírlo en el combate? Además, como se enteró gracias a los informes de sus espías en Cuautla, recientemente se había presentado la oportunidad de dar un golpe militar sensacional en Morelos. Los informes hablaban de una profunda discordia entre Pablo González y el mejor oficial de caballería del sur, el coronel Jesús Guajardo, comandante del Quince Regimiento. A mediados de marzo, González le había ordenado a Guajardo que atacase a los zapatistas de las montañas que rodean Huautla. Unas horas más tarde había sorprendido al apuesto joven oficial de francachela en una cantina; Guajardo había intentado escurrirse por la puerta de atrás, pero González lo había hecho perseguir y detener. Aunque Guajardo era devotamente fiel a González, y aunque por ser de Coahuila se complacía en aplastar a la "chusma zapatista" (como había dicho su presidente), aunque era famoso en Morelos por haber declarado que anhelaba probar su hombría en un encuentro personal con Zapata, González lo mandó encarcelar. El incidente se convirtió en un escándalo. Y al recibir las noticias, el 21 de marzo, Zapata escribió una nota que un correo había de hacer llegar subrepticiamente a Guajardo, en la que lo invitaba a unirse a "nuestras tropas, entre las cuales será recibido con las consideraciones merecidas".[88] Guajardo se hallaba de nuevo en servicio ahora, castigado decían los espías, pero profundamente resentido con su general. Era irresistible la tentación de seguir negociando con él. Si él y su regimiento desertaban, los zapatistas podrían apoderarse de nuevo de las ciudades principales de Morelos, tal y como ocurrió en 1911, cuando comenzó la crisis nacional. Los argumentos que le aconsejaban cautela no impresionaron a Zapata. No trataría con Guajardo a distancia, ni desde un escondite. Los demás del cuartel general podrían hacer lo que quisiesen, pero a fines de marzo se despidió de los diplomáticos y de los secretarios y, lleno de esperanzas, volvió a la lucha en Morelos. "Lo recuerdo como si hubiera sido ayer —escribió un joven ayudante cerca de una década más tarde—; iba con mayores bríos a la lucha, con nuevos entusiasmos, como quien sabe que va a concluir una obra buena."[89]

A principios de abril, Zapata fue asesinado. Le dieron muerte en una emboscada, cuyos planes se habían estado trazando cuando decidió regresar al estado. La nota que le había enviado a Guajardo no le llegó a éste, sino que apareció en el despacho de González, y a éste se le ocurrió un contraplan. Haría que Guajardo le siguiese el juego a Zapata, hasta que lo pudiese atrapar muerto o vivo; si ocurría esto último, González arreglaría una corte marcial y una ejecución pública. González sabía que, por aquel entonces, Zapata constituía un desafío al gobierno que la muerte no suprimiría, por astutamente que se la infligiese. Pero dejarlo

[88] Zapata a Guajardo, 21 de marzo de 1919, AZ, 27: 14. Acerca de las preocupaciones de Guajardo, véase "Carranza autorizó la muerte de Zapata, dice Pablo González", *Novedades*, 28 de octubre de 1942.

[89] Reyes Avilés: *Cartones*, pp. 45-6.

correr por el campo descaradamente era provocar un desafío peor. Las noticias que acerca de Zapata habían aparecido en la prensa norteamericana, las nuevas del pacto zapatista con Vázquez Gómez, las ofensas contenidas en la carta abierta de Zapata, todo esto había ofendido profundamente al presidente, y en conferencia reciente con él, González se había percatado de lo mucho que Carranza apreciaría la eliminación de su enemigo sureño. Atrapár y matar a Zapata podría desacreditar a un régimen que ya había perdido la buena voluntad del pueblo, pero Carranza podría pretender también que el golpe demostraba su fuerza y la futilidad de la oposición.

A fines de marzo, en Cuautla, teniendo la carta que Zapata le había enviado a Guajardo, González puso en marcha sus planes. Primero, consultó a Carranza. Después, oficialmente autorizado, ordenó que se dejase en libertad a Guajardo y que se le enviase de nuevo al cuartel general de Cuautla. Allí, en una humillante escena que tuvo lugar en el comedor de los oficiales, lo enteró de que tenía instrucciones para él. Después de hacerle esperar fuera durante toda la comida, ordenó que lo hiciesen entrar mientras tomaba el café, les pidió a los demás oficiales e invitados que se alejasen, y luego, tranquilamente, acusó a su joven colega no sólo de ser un triste borracho, sino también un traidor. Y le presentó como prueba la carta de Zapata. Guajardo, como recordó divertidamente González, unos veinte años más tarde, se quedó estupefacto. Debe haber visto que toda su carrera, por no decir que toda su vida, estaba a punto de terminar injustamente. Se sentía muy orgulloso de sus talentos militares; el encarcelamiento lo había lastimado verdaderamente y la ignominia y la mala fortuna le hacían ahora exhalar suspiros de un profundo dolor. González, finalmente, lo hizo llorar antes de apiadarse de él y explicarle sus planes. El desvalido Guajardo estuvo de acuerdo y respondió la carta de Zapata. Si Zapata le ofrecía garantías, se pasaría con sus hombres y sus pertrechos cuando llegase el momento.[90]

Comenzaron entonces los sondeos. El 1º de abril, Zapata le escribió de nuevo, agradablemente sorprendido por la buena disposición de Guajardo. La estima que manifestó por las "convicciones" y las "ideas firmes" de Guajardo eran algo más que una alabanza ritual. En el oficial federal había algo del atrevimiento del catrín valentón que le gustaba a Zapata. A manera de tentativa, le pidió a Guajardo que se amotinase el viernes siguiente, el 4 de abril. Como primera acción, quería que detuviese y entregase a una corte marcial revolucionaria a los únicos zapatistas amnistiados que habían ayudado a los federales contra sus antiguos camaradas, a Victoriano Bárcenas y su banda, que se hallaban entonces en Jonacatepec. Guajardo le respondió inmediatamente, y le prometió hazañas que no desmerecerían de su reputación, pero se presentó una buena excusa para esperar unos cuantos días. Entre el 6 y el 10 de abril habría de llegar a Cuautla un envío de veinte mil cartuchos, le dijo,

90 Guajardo a Zapata, s.f. (¿30 de marzo de 1919?), AZ, 27: 14.

y los necesitaba antes de rebelarse. Pero lo que no le dijo es que González, que se encontraba entonces hablando con Carranza en la capital, escoltaría el envío. Probablemente Guajardo temía obrar sin tener cerca a su jefe.[91]

Zapata, amable pero insistentemente, le respondió que no esperase tanto tiempo. Envió a un ayudante, Feliciano Palacios, al campamento de Guajardo en Chinameca, para informarse de los progresos del trato. Palacios no descubrió nada sospechoso y le aseguró a Zapata que Guajardo estaba "muy animado y decidido", tenía bajo sus órdenes a más de quinientos hombres, dijo el ayudante, y con municiones y apoyo suficientes habría de tomar con facilidad Jonacatepec.[92] Zapata seguía impaciente, pero aceptó los aplazamientos de Guajardo.

El lunes 7 de abril todo estaba listo. Las municiones habían llegado. González había regresado. Y Zapata había recibido promesas de otras deserciones de los federales y había dado sus órdenes de batalla contra Jonacatepec, Tlaltizapán y Jojutla. Para apartar la atención de Morelos, en ese mismo día los zapatistas atacaron Cholula, Puebla. En esa noche Guajardo hizo sus últimos preparativos en Cuautla y a la mañana siguiente se declaró finalmente en rebelión contra el gobierno. Al salir de Cuautla, un cautivo zapatista que gozaba de libertad bajo fianza, Eusebio Jáuregui, le envió a Zapata otra recomendación en su favor.[93]

Guajardo avanzó directamente hasta Jonacatepec, como le había ordenado Zapata. Allí otros oficiales federales se sumaron a su falso motín y juntos, la mañana del 9 de abril, ocuparon la población en nombre de Zapata. De acuerdo con lo convenido con Zapata, Guajardo arrestó a Bárcenas y a sus traidores. Y luego los hizo matar.[94]

Zapata había llegado con su escolta hasta la estación Pastor, una pequeña parada del ferrocarril interoceánico, situada al sur de Jonacatepec, para esperar a Guajardo. Sus espías habían captado rumores de una celada, pero Zapata no hizo caso de sus sospechas. Al oír las noticias de Jonacatepec, le ordenó a Guajardo que se acercase. Sus escoltas deberían constar de treinta hombres cada una. A las cuatro y media de esa tarde, los dos se encontraron en Pastor, Zapata con treinta hombres y Guajardo con una columna de seiscientos soldados y una ametralladora. No obstante, Zapata se mostró cordial, le dio un abrazo a Guajardo y lo felicitó y aceptó el regalo de un caballo alazán, de gran clase, al que

91 Zapata a Guajardo, 1º de abril de 1919, y Guajardo a Zapata, 1º de abril de 1919, *ibid. Excélsior,* 7 de abril de 1919.

92 Zapata a Guajardo, 2 de abril de 1919, AZ, 27: 14. Palacios a Zapata, 3 de abril de 1919, AZ, 30: 36.

93 Palacios a Zapata, 7 de abril de 1919, *ibid.* Zapata a Guajardo, 6 de abril de 1919, citado en Palacios: *Zapata,* pp. 273-5. *Excélsior,* 9 y 10 de abril de 1919. Jáuregui a Zapata, 8 de abril de 1919, AZ, 27: 14.

94 Informe de los acontecimientos que culminaron en la muerte de don Emiliano Zapata, marzo-abril de 1919, *ibid.* Salvador Reyes Avilés a Magaña, 10 de abril de 1919, AZ, 30: 36.

llamaban As de Oros. Juntos avanzaron durante unos tres kilómetros hasta llegar a Tepalcingo. En privado, Zapata tenía todavía sus sospechas, y varias veces intentó conseguir que Guajardo lo acompañase hasta su cuartel general para cenar con otros jefes de Morelos, para hacer presión sobre él y ponerlo a prueba. Las invitaciones fueron en vano. Guajardo se disculpó diciendo que tenía dolor de estómago y finalmente le pidió que le dejase regresar esa noche a Chinameca, para asegurarse, le dijo, de que González no capturase sus depósitos de municiones. Zapata estuvo de acuerdo: se encontrarían en Chinameca a las primeras horas de la mañana siguiente y discutirían lo que harían después. Guajardo se fue y Zapata se pasó la noche en un campamento de las montañas. Ahora lo acompañaban refuerzos, ciento cincuenta hombres por todos, demasiados para que Guajardo tratase de capturarlo.[95]

Poco después del alba, el 10 de abril, Zapata y su escolta montaron a caballo. Eran los lugares en los que había transcurrido su vida. La hacienda de Chinameca se extendía junto al río Cuautla, a unos cincuenta kilómetros al sur de Villa de Ayala. Era uno de los primeros lugares de que se había apoderado al sumarse a Madero en 1911. Y como recordó más tarde, en ese mismo día, en esa crisis de verano por poco lo capturan y lo matan. Muchas veces había cabalgado por estas mismas veredas del campo, de joven, para ir al mercado, a las ventas de ganado. Después, durante los últimos ocho años, como rebelde revolucionario, como hombre al margen de la ley, ocultándose y cazando. Conocía todos los senderos, riachuelos y cercas. El campo estaba fresco y lozano en esa mañana de abril. Las lluvias y las siembras ya habían comenzado. En agosto cumpliría los cuarenta años. Sólo conocía al mayor de sus hijos, Nicolás, que andaba ahora en los trece años; y casi no lo había criado. El día, que era un jueves como otro cualquiera, nada presagiaba; los tratos con Guajardo habían aumentado la tensión, pero los sentimientos de confianza, temor y esperanza eran viejos y de sobra conocidos. Alrededor de los ocho y media de la mañana, él y sus hombres bajaron de las montañas camino de Chinameca.

Fuera de la hacienda, apoyadas contra sus muros delanteros, había varias tiendas y en una de ellas conversaron Zapata y Guajardo. Dentro de los muros la escolta de Zapata descansaba. Pero la conversación a propósito de municiones y ataque no tardó en verse interrumpida por informes de que andaban federales por allí. Zapata ordenó rápidamente a Guajardo que defendiese la hacienda, y luego organizó patrullas con sus propios hombres y los mandó a reconocer el terreno. Él mismo se puso al frente de una patrulla. Aunque no había señales del enemigo, Zapata puso centinelas y regresó a los alrededores de la hacienda. Era

[95] Palacios: *Zapata*, pp. 276-8. Este relato se funda en las notas de Adrián Castrejón, jefe en la escolta de Zapata. Por lo que toca al informe oficial de Guajardo al general Pablo González, jefe del cuerpo del ejército de las operaciones del sur, 14 de abril de 1919, véase *El Universal*, 16 de abril de 1919.

la una y media de la tarde. Sólo las tropas de Guajardo se encontraban ahora dentro de los muros, con excepción del asistente Palacios, que estaba hablando con Guajardo para recoger unos doce mil cartuchos de su depósito de municiones. Zapata esperó. Guajardo lo invitó a comer y cerrar el trato, pero Zapata prefirió seguir aguardando. Mas cuando los oficiales de Guajardo le repitieron varias veces la invitación, no le pareció mala idea tomarse unos tacos y una cerveza. Habían empezado temprano el día y habían cabalgado mucho. Hacia las dos de la tarde, Zapata comenzó a impacientarse; finalmente, a las dos y diez minutos aceptó. Montando en el alazán que Guajardo le había dado el día anterior, ordenó que diez hombres lo acompañasen hasta las puertas de la hacienda. "Lo seguimos diez, tal y como él lo ordenara —le contó un joven asistente, que había presenciado los hechos, a Magaña, esa misma noche—, quedando el resto de la gente, muy confiada, sombreándose debajo de los árboles y con las carabinas enfundadas. La guardia formada, parecía preparada a hacerle los honores. El clarín tocó tres veces llamada de honor, al apagarse la última nota, al llegar el General en Jefe al dintel de la puerta... a quemarropa, sin dar tiempo para empuñar ni las pistolas, los soldados, que presentaban armas, descargaron dos veces sus fusiles y nuestro inolvidable General Zapata cayó para no levantarse más.

"...La sorpresa fue terrible. Los soldados del traidor Guajardo, preparados... en todas partes (cerca de mil hombres) descargaban sus fusiles sobre nosotros. Bien pronto la resistencia fue inútil: de un lado, éramos un puñado de hombres consternados por la pérdida del Jefe, y del otro, un millar de enemigos que aprovechaban nuestro natural desconcierto para batirnos encarnizadamente... Así fue la tragedia."

En la trampa murieron también Palacios (cuando estallaron los disparos en la puerta, sus anfitriones le dieron muerte) y otros dos que habían figurado en la última escolta de Zapata. Los supervivientes huyeron para salvar la vida hasta los Sauces, campamento situado a unos cuantos kilómetros al sur.[96]

No habían tenido oportunidad de recoger el cadáver de Zapata. Apenas había tocado el suelo cuando los soldados de Guajardo, obedeciendo órdenes, corrieron afuera y lo metieron a la hacienda. Dos horas más tarde Guajardo ordenó que se cargase el cadáver en una mula y regresó nerviosamente con su columna hacia Cuautla. A eso de las siete y media, cuando la noche del crimen comenzó a oscurecer las montañas, la columna pasó por Villa de Ayala y alguien telefoneó para dar las noticias. En el cuartel general, a González le parecieron demasiado buenas para ser ciertas. ¿Cómo podría saber que Zapata no había invertido la trampa y que ahora no se estuviese acercando con el cadáver de Guajardo, para lanzar

96 Palacios: *Zapata*, pp. 279-82. Reyes Avilés a Magaña, 10 de abril de 1919. AZ. En los disparos que se cruzaron en la puerta murieron dos ayudantes, Agustín Cortés y Lucio Bastida. Al principio se dio por muertos a Castrejón, Gil Muñoz Zapata y Ceferino Ortega. Sin embargo, sólo resultaron heridos, lo mismo que Jesús Capistrán.

un ataque contra sus presuntos asesinos? ¿Y si Guajardo había desertado realmente? González preparó su tropa. Pero, poco después de las nueve de la noche, llegó sin contratiempos la columna de Guajardo. De la noche del sur surgió para entrar en la población, con ruido de herraduras y arreos pasando junto al cementerio y a la iglesia del Señor del Pueblo, deteniéndose las primeras filas en la calle de Galeana, delante de una tienda que se abría a la plaza principal. González y sus oficiales se acercaron a ver y Guajardo tiró el cadáver en el pavimento, González examinó con una linterna el rostro. Era realmente el de Zapata. Inmediatamente, González regresó a su despacho y "con la más alta satisfacción" le envió un telegrama a Carranza en el que le decía que Guajardo había llevado a cabo el movimiento preparado. Y recomendó que Guajardo fuese ascendido a general de brigada por este servicio. Entre una multitud ruidosa que se empujaba, el cadáver de Zapata fue llevado al cuartel de la policía local. Allí fue identificado sin lugar a dudas (Eusebio Jáuregui fue testigo) y se tomaron fotografías como pruebas.[97]

Al día siguiente, gigantescos encabezados en tinta roja propalaron la noticia por la ciudad de México. Para agradar a sus protectores, los editorialistas carrancistas mostraron su júbilo por la muerte del "Famoso Atila". A González, "este prestigiado militar" al cual "corresponde francamente el triunfo" le daban "una calurosa felicitación". Esperanzadamente, proclamaron que la República se había "purgado de un elemento dañino", con toda intención repitieron el argumento oficial de que la muerte del "sanguinario cabecilla" era la muerte del zapatismo y "un importante adelanto... para la pacificación efectiva de una región importante del país..." Los periodistas que hablaban en nombre de Obregón dieron noticias más escuetas y contenidas, sin embargo. Y en los comentarios que hicieron a "la leyenda y el hombre" los editorialistas del *Demócrata* fueron notablemente parcos en sus felicitaciones a Guajardo, González y el presidente. Hicieron mención solamente de "una estratagema hábilmente urdida y valerosamente llevaba a cabo". Respecto de Zapata se mostraron notablemente caritativos. Aunque no le reconocieron "grandes excelencias del genio y del carácter", tampoco lo condenaron tildándolo de bandido o de maleante. Reconocieron que en la conciencia de los indígenas había cobrado "las proporciones de un mito". Los pueblos lo habían seguido, explicaron, porque les había dado "una fórmula de reivindicación de viejas injurias... que... existían ya latentes, y [que] su grito de insurrección no hizo más que condensarlas en tempestuosos nubarrones". Para destruir el mito de Zapata, terminaron diciendo, sería necesario practicar reformas que suprimiesen las injusticias que lo habían generado.[98]

[97] Informe de los acontecimientos..., marzo-abril de 1919, AZ. *Excélsior*, 11, 12 y 14 de abril de 1919. Copia del certificado de la identificación del cadáver de Emiliano Zapata, 11 de abril de 1919, AZ, 30: 36.

[98] *Excélsior*, 11 y 12 de abril de 1919. *El Universal*, 11 y 12 de abril de 1919. *El Demócrata*, 13 de abril de 1919.

En privado, el asunto molestó a muchos revolucionarios que ya habían hecho carrera. Los oficiales del ejército, oficialmente, vieron con malos ojos los ascensos concedidos a Guajardo y a los que lo acompañaron en la conjura. Algunos llegaron a quejarse inclusive al presidente e hicieron saber a la prensa su resentimiento.[99] Otros revolucionarios, más generosos, se sumieron en el humor sombrío del que se siente vacilar en su fidelidad. Un joven asistente de la Oficina de Intendencia General del Gobierno, Jesús Romero Flores, rememoró más tarde la mañana en que leyó los informes. Él y su superior, el general Francisco Múgica, se consideraban "de extrema izquierda". En su calidad de delegados al Congreso Constituyente de 1916-17, ambos habían abogado por reformas radicales en materia de tierras, trabajo y educación; Múgica había sido la figura clave del comité, clave para conseguir la votación, en favor de la incorporación de las reformas en la Carta Magna. Aunque, en los primeros días de 1911, Múgica se había ofrecido a luchar contra Zapata, al paso de los años había llegado a admirar su larga y constante lucha. Además, no podía negar su amistad de la infancia con los hermanos Magaña, cuyo padre lo había ayudado a estudiar en el seminario de Zamora y, más tarde, como periodista de la oposición. Romero Flores simpatizaba con los agraristas sureños y también él, que era de Michoacán, conocía a los Magaña. Al enterarse del asesinato, consideró que los tiempos eran "negros". Él y Múgica se pasaron la mañana del viernes en su despacho profundamente conmovidos, casi sin hablar. Esta nueva muerte le recordó la terrible epidemia de influenza del invierno que acababa de pasar, cuando "una sensación de tristeza y de pavor parecía envolverlo todo". Cuando leyó cómo se vanagloriaba el gobierno de la traición, su depresión estalló en indignación contra "la turba de acomodaticios" que estaba en el poder.[100]

En Cuautla, González se pasó el viernes y el sábado arreglando una publicidad local para el cadáver. Hizo inclusive que cámaras de cine fotografiaran el entierro del sábado por la tarde, en el cementerio de Cuautla. El espectáculo, pensó, disiparía todas las dudas que quedasen acerca de si había sido Zapata el muerto, y esto socavaría la resistencia de los zapatistas supervivientes y desalentaría a los campesinos que dejarían de protegerlos. Miles, sin exceptuar a dos hermanos de Zapata, llegaron desde los pueblos vecinos para ver el cadáver. Y cuando "estas gentes humildes" se acercaban al féretro, se detenían un momento y miraban a su interior, escribió un periodista de *Excélsior*, "temblaban de pies a cabeza". Lo que los hacía temblar no era probablemente, como

[99] *El Universal*, 16 de abril de 1919.

[100] Summerlin al secretario de Estado, 16 de abril de 1919, NA, 59: 812.504/176. Jesús Romero Flores: "Evocación luctuosa de Emiliano Zapata", *El Nacional*, 10 de abril de 1956, y *La Revolución*, p. 166 Armando de Maria y Campos: *Múgica. Crónica biográfica* (México, 1939), pp. 12-16. Entrevista personal con O. Magaña. Acerca de la actitud anterior de Múgica con Zapata, véase Múgica a Madero, 24 de junio de 1911, AM.

creía el periodista, el miedo al "cabecilla" sino la horrorosa sorpresa de su propia culpa: años antes habían encontrado a un hombre al que le habían pedido que diese la cara por ellos, éste los había defendido y ahora lo veían muerto. Más allá de Cuautla, la noticia se propaló por el estado y con ella el golpe emocional de la pérdida. "Me dolió tanto —recordó más tarde un tepoztecano— como si mi propio padre hubiese muerto." [101]

El 16 de abril González publicó un manifiesto para poner fin al duelo. "Desaparecido Zapata, el zapatismo ha muerto —insistió—. Zapata fue simplemente un bandolero", proclamó en respuesta a un reciente editorial obregonista, y quienes ahora trataban de glorificarlo como a un "mártir" eran políticos sin escrúpulos. González afirmó que era una "profanación enorme" la inferencia de que "la muerte del hombre no importa porque las ideas son inmortales". Y para demostrar que "ninguna idea precisa y alta puede subsistir con su memoria" pasó a ridiculizar el Plan de Ayala. No era mucho más que "un grito que se enseñó a repetir mecánicamente a los secuaces de Emiliano, para disfrazar con algo su inconsciencia ...un galimatías con frases huecas y maldiciones contra científicos y caciques que sólo revela la vanidad de pensamiento de sus autores..." Al final, se hacía una invitación amenazadora a los pueblos que habían sido zapatistas para que volviesen a la vida pacífica y ya no diesen su ayuda a los bandidos. "El lema que de hoy en adelante normará los actos del Gobierno, sin vacilación ninguna —terminó diciendo González—, es para los hombres de orden y trabajo, protección y garantías. Para los trastornadores y rebeldes, inflexible y ejemplar castigo." [102]

Para decepción de González, el rudo golpe del asesinato no quebrantó el espíritu local. Como un vándalo anónimo grabó en un poste de los Jardines Borda de Cuernavaca, al día siguiente del asesinato, "rebeldes del sur, es mejor morir de pie que vivir de rodillas".[103] Ni tampoco el entierro espectacular y las amenazas abatieron finalmente al pueblo. Como Romero Flores, la gente del campo de Morelos se sintió ultrajada. Muchos no quisieron creer que Zapata hubiese muerto. Comenzaron a circular extrañas historias. Una decía que Zapata era demasiado listo para caer en la trampa, y que había enviado a la reunión fatal a un subordinado que se le parecía. De todas maneras, seguía diciendo, el cadáver que se había exhibido no era el de Zapata. Zapata tenía una verruga en la mejilla derecha, o una marca de nacimiento en el pecho, o le faltaba la punta del dedo meñique de la mano en que sostenía la reata, o algo, lo que fuese, que el cadáver exhibido por González no tenía. Dentro de unos días el jefe reaparecería como siempre. Luego, se hicieron correr

[101] *Excélsior*, 13 de abril de 1919. Lewis: *Pedro Martínez*, p. 108.
[102] *El Universal*, 17 de abril de 1919.
[103] Frank Tannenbaum: *Peace by Revolution. An Interpretation of Mexico* (Nueva York, 1933), p. 139.

consejas aún más extrañas. Se había visto el caballo que montaba el día de su muerte, el alazán que Guajardo le había dado, galopar sin jinete por las montañas. La gente que lo había visto decía que ahora era blanco, como una estrella. Y alguien pensó que había visto al propio Zapata montado en él, solo, cabalgando a todo galope hacia las montañas de Guerrero, hacia el sur. La creencia de que no había muerto era un consuelo, tanto por la vergüenza de no seguir luchando, como por el sentimiento de culpa de haberle encargado una tarea imposible de realizar, de haberlo entregado a la muerte. Pero no era una consolación curadora. Entre las familias rurales que se esforzaban por sobrevivir en el nuevo orden, el dolor del pesar subsistió. Después de todo, una creencia vacilante, dolorosa, en lo increíble era una manera de permanecer leal al jefe aún después de que se había ido.

No obstante, por las virtudes de la fuerza, el plan de González parecía haber dado buenos resultados. Su control oficial de Morelos permaneció estable. En las poblaciones principales, los comerciantes y tenderos que habían regresado se sentían demasiado contentos por la paz como para quejarse mucho y la gente pobre de las ciudades y de los pueblos de los alrededores estaba sometida a una vigilancia demasiado estrecha como para protestar públicamente, y mucho menos para amotinarse. La opinión general ahora era la de que la organización zapatista se desmoronaría. Como si tratase de sellar el episodio, Carranza estuvo de acuerdo en ascender a los oficiales y soldados que habían atrapado a Zapata. Guajardo no sólo fue ascendido a general de brigada, sino que también recibió una recompensa de cincuenta mil pesos, parte de la cual distribuyó honorablemente entre los hombres que le habían ayudado a matar a Zapata. Se despacharon órdenes a las autoridades federales de Puebla para que detuvieran al coronel Reyes, el mediador que conocía muchos secretos y del cual ahora había que deshacerse.[104]

[104] Palacios: *Zapata*, pp. 285-7. Testimonio de G. Magaña en favor de E. Reyes, 20 de octubre de 1920, AZ, 30: 28.

CAPÍTULO XI

LOS ZAPATISTAS HEREDAN MORELOS

"Son asuntos de familia"

La gran revolución que Madero había iniciado en 1910 tardó toda una década en terminar. Como al principio fue un movimiento moderado, hubiese podido ser sofocada pronto mediante arreglos y compromisos parlamentarios y ministeriales. Pero los científicos temían las conciliaciones y permitieron que Huerta sacase por la fuerza el movimiento de los tratos políticos regulares. En protesta y rebelión, los revolucionarios formaron legión y se volvieron militantes. Y al alcanzar la victoria, en 1914, sólo ellos se quedaron con el poder, disputando únicamente entre sí mismos. Pero tan tremendas fueron las energías populares despertadas en la lucha, que ni siquiera la constitución radical de 1917 proporcionó algo más que un arreglo provisional. Es verdad que, por aquel entonces, la revolución había terminado en lo esencial. Salvo por Carranza, las principales figuras públicas eran hombres de poca importancia o de los que no se había oído hablar siete años antes. El ejército era nuevo, lo mismo que casi toda la burocracia. También lo eran las escuelas, los periódicos y el orgullo patriótico. La agricultura, fundamento del país, estaba en nuevas manos. Pero habiendo llevado al movimiento hasta estos extremos, Carranza no pudo establecerlo como un régimen. Ningún terrateniente patilludo, ningún senador ex porfiriano, ningun presidente que a los sesenta años parecía un Porfirio Díaz de ochenta podía sujetar el espíritu de la revolución y trocarlo en una causa cautivadora. Durante la administración de Carranza el estado de ánimo característico de los nuevos dirigentes nacionales era una impaciencia que rayaba en la desesperación, el asco y el cinismo; hasta quienes mantenían la paz oficial lo hacían a regañadientes. Hasta que un héroe popular se convirtiese en presidente, hasta que los hombres del común pudiesen fijar las normas de sus propias vidas espléndidamente magnificadas en la vida del jefe, no podrían los nuevos dirigentes reavivar las esperanzas que el pueblo había puesto en la revolución y volver a conquistar su asentimiento. Si no surgía, toda la empresa revolucionaria podría fracasar. En 1920 había llegado el momento de que surgiese.

En una rápida rebelión de la primavera de ese año, los nuevos dirigentes de México afirmaron su poder y derrocaron a Carranza. Y entonces apareció el héroe popular, recio, astuto, más entrado en carnes que cuando andaba en campaña, pero tan despierto como siempre, elegante ahora en un traje de tres piezas y un reloj de bolsillo. Bien peinado para

atrás el cabello que había ido dejando al descubierto gran frente, manco de un brazo, y con una expresión habitual de dolor y tensión en el rostro, que no le impedía estar haciendo chistes siempre: Álvaro Obregón. Como la crisis de 1910, la de 1920 tuvo como motivo la sucesión y, por consiguiente, en ella participaron sólo los políticos más encumbrados. Los autores de corridos la describieron con acierto:

El pueblo está muy sereno
al mirar aquesta homilía
y dice con mucha calma
son asuntos de familia.[1]

Pero, al contrario de la crisis anterior, no precipitó un colapso nacional. Y aunque el cambio de poderes fue ligero, tuvo no obstante una importancia capital. Cuando Obregón llegó a la presidencia, la revolución mexicana volvió a tomar su verdadera dirección.

En la empresa de Obregón, los revolucionarios de Morelos desempeñaron papeles decisivamente importantes para el estado. De las elecciones que hiciesen, en su calidad de funcionarios o de fugitivos, para resistir, desentenderse, tolerar o unirse a él, dependía la elección de a quién apoyar o a quién oponerse en lo sucesivo allí. Y de esta elección dependió la clase de partido que luego habría de actuar como ala local del movimiento revolucionario nacional. En 1919 y a comienzos de 1920, ninguna autoridad de Morelos que estuviese dentro o fuera de la ley era obregonista. Pero cuando maniobraron para alcanzar posiciones en la revuelta de 1920, se prepararon sin advertirlo para un encuentro decisivo.

Las órdenes que corrían en Morelos en el año de 1919 eran constitucionalistas, pues provenían en última instancia de Carranza o de González. Aunque, el 20 de junio, González trasladó su cuartel general desde Cuautla hasta la ciudad de Puebla, los jefes que dejó en el estado fueron sus más firmes partidarios, generales como Francisco Cosío Robelo, Estanislao Mendoza, Fortunato Zuazua y Salvador González, norteños en su mayoría y devotos pablistas. Los agentes políticos directos del nuevo cariz de la reforma constitucionalista ya no eran oficiales del personal militar norteño, sino naturales de Morelos, naturales a los que no se les había visto allí desde 1913, pero que por lo menos eran originarios del estado. Eran los antiguos leyvistas que salían del olvido para desempeñar cargos de nuevo. El 17 de junio, en Cuautla, Benito Tajonar había vuelto a sentarse provisionalmente en la silla gubernativa que había perdido seis años antes. Y pasaron a ocupar cargos más humildes en el estado sus contrafiguras menos brillantes, algunas de las cuales habían vuelto recientemente de la ciudad de México, Puebla o Guerrero, en tanto que otras habían reaparecido de una reclusión local que en otro tiempo había sido

[1] Citado en Simmons: *op. cit.*, pp. 162-3.

saludable, pero ahora resultaba innecesaria.[2] Pero sus raíces morelenses no eran fundamento de independencia. Para el gobierno federal, Morelos se encontraba todavía legalmente en la situación de suspensión en que se había encontrado desde 1913. Los funcionarios civiles actuales habían sido todos nombrados, inclusive las autoridades electivas, como los presidentes municipales, a los que el propio Carranza había nombrado en el caso de las antiguas cabeceras de distrito, y a los que Tajonar nombró en el caso de otros pueblos y ciudades. Vigilaba sus actividades democráticas un ayudante de González, antiguo gobernador y ahora secretario de gobierno, el coronel Aguilar. No se anunciaron planes para la elección de una legislatura o de un gobernador regular. La revolución que vino después, por lo tanto, no fue un desarrollo local, sino un trasplante, otra feliz colaboración de patronos y protegidos.

Unas semanas después de asumir su cargo, Tajonar proclamó sus intenciones en un manifiesto "a los habitantes de Morelos". Su misión, dijo, consistía en "intentar el resurgimiento de nuestro estado a la vida próspera, al engrandecimiento que siempre tuvo... su reconstrucción en general". La tarea sería difícil, reconoció, porque "malos hijos del estado lo habían apartado..., sorprendiendo su buena fe, engañando su ansia de libertad y explotando esa fe de convencidos". Pero gracias al "ideal Constitucionalista" prometía "armonización y... reorganización" Recalcó que tenía interés particular en "el mejoramiento social". Y para lograrlo no ofrecía "un programa" sino cuatro "medidas". En materia fiscal, proponía "una política de conciliación tendiente a una armonización perfecta entre el capital y el impuesto". En cuestiones jurídicas, proponía poner término a "todo prejuicio... y toda influencia personal" así como "llenar a satisfacción este deseo del pueblo, que ha estado hambriento de justicia". En política, se inspiraría en "los procedimientos... iniciados por el general Pablo González [que] tenderán a preparar convenientemente a los Ayuntamientos del Estado para entrar al ejercicio de su libertad autónoma". Pero propuso dedicar toda su "atención", a las escuelas públicas: "como la ilustración del pueblo es mi principal deseo —declaró—, no escatimaré esfuerzos ni sacrificio alguno para combatir... el analfabetismo, origen de nuestro atraso material y colectivo y causa única de la formación de Gobiernos tiranos y despóticos". Y juró que impediría que "el astuto clericalismo" se infiltrase en las escuelas, aun cuando "por esto", les aseguró a sus conciudadanos, no entendía un "liberalismo rojo-radical". Finalmente hacía "un formal llamamiento a todos los morelenses sin distinción" para que lo ayudaran a levantar "a este nuestro desventurado estado, como el ave fénix, de sus cenizas para que vuelva a ser lo que siempre ha sido, grande, fuerte y respetado". A los "morelenses irredentos, a los que perduran en la insana labor de irreductibles", hacía un llamado especial para que depusiesen "su actitud rebelde" y cooperasen "en la obra reconstrutora". La razón por la cual González

[2] S. Valverde: *op. cit.*, pp. 233, 236.

le había nombrado apareció en su llamado final a que lo aceptasen como "hijo del Estado..., un hermano vuestro".

El manifiesto de Tajonar, enredado, oscuro, lleno de repeticiones y contradictorio, resultó ser una guía segura de lo que sería su administración. Llevó a cabo su primer acto tres días después de haber tomado el poder. Para restaurar la hacienda del estado, "piedra de toque y base fundamental" de su gobierno, decretó una ley fiscal general que, con ligeras enmiendas, era la Ley Fiscal General que la legislatura de Escandón había promulgado en mayo de 1910. Declaró que esto "llena a satisfacción el fin que se persigue".[3]

Pero, mientras tanto, despreciando a Tajonar, González y Carranza, los jefes zapatistas siguieron en la lucha. Empapados de la experiencia del jefe Zapata, en memoria de su firme constancia a lo largo de los años, habían soportado el dolor de su muerte e iniciado un esfuerzo notable para seguir peleando como antes. Cinco días después del asesinato desde un campamento zapatista de Morelos salió otro manifiesto "al pueblo mexicano". Era la declaración de "una triple tarea; consumar la obra del reformador, vengar la sangre del mártir y seguir el ejemplo del héroe". Recordando cómo la lucha por la Independencia había proseguido después de las muertes del padre Hidalgo y del general Morelos, era también una declaración de que "las multitudes oprimidas" de la República han aceptado ya "el principio salvador del reparto de tierras" y de que cuando triunfasen, cosa que era sólo "cuestión de tiempo", transformarían "a todos los mexicanos... de esclavos en rebeldes y de parias deformados por servidumbres seculares en hombres libres, dignos del respeto de la Historia". Y en la invocación final se renovaban "ante la Nación Mexicana nuestros juramentos de fidelidad a la causa". Estas últimas palabras se pronunciaron casi ahogadamente, y en ellas nueve años de fatigas, pesares, frustraciones y desesperación salían en borbotones de desafío, en la añeja advertencia de que "hemos luchado hasta el final contra la afrentosa dictadura de Carranza, inmoral y corrompida, más falta de pudor que la de Porfirio Díaz, más falaz y maquiavélica que la de Francisco de la Barra, más imbécil y más hipócrita que la de Huerta, el asesino". Firmaban, en un impresionante despliegue de solidaridad, treinta y cuatro jefes principales y subordinados, así como secretarios, Magaña primero, después Mendoza, Jesús Capistrán, Pedro Saavedra, Ayaquica, de la O y otros veteranos.[4]

El desafío zapatista no era puramente verbal. A causa del disgusto y de los sentimientos de culpa populares por la muerte de Zapata, siguieron recibiendo protección, pertrechos e información de la gente del campo. Y en las semanas que siguieron al asesinato, con ayuda clandestina local, tomaron inclusive represalias terroristas contra autoridades civiles y militares. Los oficiales del ejército, especialmente, se sintieron

[3] *Periódico Oficial del Estado de Morelos,* 3a. ser., núm. 1, pp. 1-4.
[4] Manifiesto al pueblo mexicano, 15 de abril de 1919, AZ, 30: 36.

perseguidos y "cazados" como animales en estas "misteriosas agresiones". En Jojutla, una noche, terroristas zapatistas dispararon contra el presidente municipal, casi lo mataron y éste se retiró prudentemente a la ciudad de México para curarse.[5]

Lejos de abandonar la resistencia, lo que les interesaba sobre todo a los jefes zapatistas era quién la debería dirigir. Durante el verano, tuvieron que enfrentarse a una serie de crisis propias. Lo que estaba en juego para ellos era inmenso, las insignias del propio Zapata, el derecho a determinar la estrategia zapatista en la inminente arrebatiña por la presidencia, el mando de la defensa sureña en caso de intervención norteamericana, las recompensas de la victoria final. Y por causa de su sentido de responsabilidad y de sus ambiciones los jefes se hirieron unos a otros en sus sentimientos. Pero nunca se desbandaron y mucho menos se pusieron a luchar entre sí. Desde un principio hasta el final su crisis fue también "un asunto de familia", algo en lo que nadie se debía meter.

Los principales aspirantes al mando eran Magaña y Mendoza, que representaban estrategias profundamente diferentes. A los cuarenta y ocho años de edad, Mendoza era el más viejo de los generales zapatistas supervivientes. Auténtico guerrero, había servido activamente a la cabeza de sus fuerzas desde abril de 1911. Las más duras campañas sureñas representaron para él sus mejores días: la paz, que para otros jefes había sido el momento de entregarse a los asuntos civiles, había sido para él el tiempo de ampliar y fortificar sus batallones. Aunque había adquirido ayudantes y secretarios para su correspondencia, y aunque éstos le daban consejos políticos, no había establecido relaciones políticas serias con otros bandos revolucionarios o reaccionarios. Ahora, como antes, lo que le interesaba era el combate, y para lo que siempre había estado listo era para una batalla o para una escapatoria. Que Mendoza se pusiera al frente del movimiento serviría en última instancia para preservar su integridad y su aislamiento. Sus secretarios podrían concertar negociaciones e inclusive arreglar un pacto, pero no podrían garantizar que el general los respetase durante mucho tiempo o sacase buen partido de los mismos; y el movimiento seguiría sin participar en lo que no fuera la política morelense. Que la autoridad zapatista se le confiase ahora al Magaña de 28 años de edad, sin embargo, sería un cambio de enormes consecuencias. Pues no sólo continuarían sin duda los tratos diplomáticos que él y Zapata habían iniciado, sino que en su calidad de político de raros talentos y muchas conexiones íntimas con la nueva clase gobernante de México, mucho más que el propio Zapata o que cualquier otro jefe zapatista, sabría equilibrar bien los pactos que hiciese, lograr que fuesen efectivos y obtener máximos beneficios de ellos para sus representados. De todos los zapatistas, Magaña era el hombre que podía vincular la revolución nativa de Morelos a un nuevo régimen nacional.

La lucha por el poder comenzó confusamente, en cuanto murió

[5] *El Demócrata*, 25 de abril de 1919.

Zapata. En esa misma tarde, el ayudante que había presenciado el asesinato y envió su informe oficial a Magaña en Tochimilco había reconocido implícitamente la autoridad de éste. Al día siguiente, sin embargo, el ayudante envió también el informe oficial a Mendoza. Observando que "las tropas [zapatistas] del Estado de Morelos quedan... sin jefe", recomendó explícitamente que Mendoza tomase el mando provisional de las mismas en seguida, y que convocase a una junta para la elección de un nuevo jefe. "Dado que es usted el general más antiguo y de méritos bien reconocidos —le escribió a Mendoza—, espero que todos los compañeros aceptarán este acuerdo."[6] Otra complicación fue una nota que Mejía le envió a Mendoza para reunir a los jefes de Morelos en Tochimizolco "para que reunidos acordáramos algo..."

Magaña actuó rápidamente para afirmar su supremacía. El 14 de abril, durante una junta efectuada en Tochimilco, él, Ayaquica y sus subordinados convinieron que en cuanto fuese posible se efectuase una junta general para llegar a un "acuerdo definitivo" acerca de quién sería el nuevo comandante en jefe, y que hasta entonces los jefes locales deberían seguir actuando en sus zonas de costumbre. El cuartel general de Tochimilco seguiría funcionando "tal como estaba formado en vida de... Zapata". Al día siguiente Magaña despachó circulares a los diversos jefes en las que les pedía que viniesen "a la mayor brevedad posible" o que enviasen un subordinado debidamente autorizado. El 17 de abril Mejía le escribió de nuevo a Mendoza, haciendo hincapié en el carácter "de suma urgencia" de la junta y rogándole a él y a sus jefes que se presentasen en Tochimizolco "a más tardar el día 21 del presente".[7]

Mendoza no quería ceder. Aunque indicó que asistiría a la junta, pospuso repetidas veces el viaje. Atrincherado en su campamento de San Miguel Ixtlilco, diminuta aldea de los límites de Morelos con Puebla, al sur de Tepalcingo, ni siquiera envió disculpas. Al principio, tal vez se demoró por temor a meterse en la zona de Ayaquica, su rival más viejo y ferviente, o por las dificultades que representaba el reunir a los jefes de Morelos, o por el simple aburrimiento que le causaban las formalidades de la sucesión.[8] Pero la demora obró convenientemente en su favor para disipar la autoridad institucional de Magaña. Y a principios de mayo, era claramente una rebelión deliberada, un motín de hecho. El 5 de mayo, a Magaña le pareció conveniente recordarle a Mendoza que, hasta la elección de un nuevo jefe, el cuartel general de Tochimilco seguiría siendo la oficina superior del Ejército Libertador como antes de la muerte de Zapata. Y el 7 de mayo envió otra circular en la que dio a conocer que Vázquez Gómez había aceptado el nom-

[6] S. Reyes Avilés a Mendoza, 11 de abril de 1919, AZ, 30: 36.

[7] Circular, 15 de abril de 1919, y Mejía a Mendoza, 17 de abril de 1919, *ibid.*

[8] Magaña a Mendoza, 15 y 17 de abril de 1919, *ibid.* Soto y Gama a Mendoza, 4 de mayo de 1919, AZ, 30: 35.

bramiento de Jefe Supremo de la Unión Revolucionaria, pedía nuevos votos de fidelidad a él, y repetía la petición de que se nombrasen candidatos al rango de comandante en jefe zapatista.[9] Pero Mendoza siguió actuando independientemente. Los jefes allegados a él sostuvieron correspondencia directa con Vázquez Gómez, le notificaron la muerte de Zapata y le pidieron órdenes en materia de sucesión.[10] El propio Mendoza no respondió la circular del 7 de mayo, pues hubiese implicado el reconocimiento de Magaña, al menos como agente mediador con Vázquez Gómez. Tampoco nombró a un candidato a la jefatura, ni eligió un delegado para la junta general; ahora se le había unido Mejía, que tres semanas antes le había pedido su asentimiento.

Entre otros jefes morelenses, Magaña contaba todavía con un apoyo fuerte. El 17 de mayo, Jesús Capistrán contestó a la circular, reconoció a Vázquez Gómez y postuló a Magaña para el título de comandante en jefe. Otros cinco jefes, allegados a Capistrán, hicieron lo mismo, poco después. Y el 23 de mayo, Magaña promovió hábilmente su propia candidatura en otra circular más en la que decía que ahora más que nunca debían permanecer unidos y que Zapata había considerado siempre que las disputas internas eran una traición a la causa. Si los zapatistas no lograban cerrar filas, insinuó sombríamente, tendrían que pasarse a bandos en los que el agrarismo no valía gran cosa. De nuevo, convocaba a una rápida junta.[11]

Pero al actuar Magaña para quedarse con el mando, galvanizó a la oposición. Mejía se opuso francamente a él ahora. Él, que nunca había sido constante, ni reticente, y al que apodaban "el mulato" por su carácter pasional, se había vuelto más errático en su conducta todavía desde la muerte de su tío. Durante los días de mediados de mayo, incitó a los jefes vacilantes a discrepar y a los jefes disidentes a protestar. Y el 25 de mayo, desde su cuartel en Axochiapan, envió una declaración formal a Magaña en la que le decía que "en nuestro humilde concepto ese acto es prematuro e irrealizable". Sus razones no eran muy sólidas. Demasiados jefes fugitivos se hallaban metidos en "operaciones" militares para que una mayoría pudiese asistir a la junta de Magaña (aunque no para aquella en la cual se encontraba), y una votación de menos de la mayoría sería inválida y provocaría divisiones. Pero una mala excusa era mejor que nada, y suficiente, de todas maneras, para introducir una demanda de que Magaña renunciase a la mayoría de sus prerrogativas secretariales. Aunque el cuartel general de Tochimilco conservaría la misma organización y el mismo personal que antes, los oposicionistas querían ahora que Magaña consultase con "los principales jefes de nuestro ejército" para "todos los asuntos de importancia vital". Específicamente

[9] Magaña a Mendoza, 5 y 7 de mayo de 1919, *ibid.*

[10] Joaquín Camaño y otros a F. Vázquez Gómez, 5 de mayo de 1919, *ibid.*

[11] Capistrán al cuartel general, 17 de mayo de 1919, y Z. Ortega, B. Abúndez, V. Aranda, F. Alarcón, y F. P. Saavedra al cuartel general, 19 de mayo de 1919, *ibid.* Circular, 23 de mayo de 1919, *ibid.*

querían un "conocimiento de toda la correspondencia que en esas oficinas se reciba tanto del Jefe Supremo... como de los compañeros que encabezan otros ejércitos en distintas regiones del país, lo mismo que copia de la contestación que se dé a cada uno". Las primeras firmas eran las de Mejía y Mendoza. Pero hasta Capistrán firmó, probablemente por temor a dividir el movimiento si no ayudaba a aplazar una decisión.[12]

Magaña cedió, como pocos otros secretarios lo hubiesen hecho. En vez de forzar una decisión, decidió esperar, especialmente en vista de los conflictos nacionales que surgieron después de que Obregón anunció su candidatura presidencial el 1º de junio. En un manifiesto proclamado desde Sonora, Obregón no sólo negó el derecho de Carranza a escoger sucesor, sino que también, radical e ingeniosamente, redefinió los términos de la lucha política nacional. El meollo del asunto era que en México sólo habían existido dos partidos, el liberal y el conservador, "de tendencias diametralmente opuestas". En la actualidad, sólo un partido se hallaba activo, el liberal: "sus tendencias son avanzadas, pero está dividido en infinidad de grupos que varían entre sí solamente en detalles". Pero los conservadores andaban viendo de recuperarse, utilizando a las personas de los revolucionarios que habían traicionado sus principios. Por lo tanto, la disputa política del momento no era una trivial justa entre aspirantes rivales a la presidencia, sino una prueba decisiva en la que todos los revolucionarios verdaderos tendrían que halar juntos para salvar su triunfo común y asegurar el establecimiento final de la revolución. En este razonamiento estaba implícito vigorosamente un llamado al apoyo de aquellos revolucionarios que entre la "infinidad de grupos" vivían todavía precariamente al margen de la ley. Los zapatistas, evidentemente, figuraban en el movimiento liberal que Obregón proponía concertar. Pues al condenar a los conservadores que habían pagado a "puñales" y habían aumentado "el número de los mártires..., siempre el mejor combustible para inflamar la hoguera de las iras populares", apuntó con el dedo a Carranza y a González y honró la memoria de la víctima de Guajardo. El manifiesto hizo concebir firmes esperanzas a Magaña, que le pidió a Amezcua que lo publicase en Cuba.[13] Si podía evitar una lucha intestina en Morelos, convencer a los conservadores de fuera de que los zapatistas seguían en la lid y conservar en buen estado sus propias vallas políticas, podría al menos mantener la posibilidad de un pacto nacional en los difíciles meses por venir.

Sin que nadie le desafiase en su propio terreno, Mendoza comenzó a actuar como comandante en jefe zapatista. Lo alentaba en su presunción su secretario, Arturo Deloy, joven sin relieve que evidentemente venía de la ciudad de Puebla y había sido en otro tiempo ayudante de Palafox.

12 Mejía y otros a Magaña, 25 de mayo de 1919, *ibid.*

13 Para el Manifiesto, véase Luis N. Ruvalcaba, ed.: *Campaña política del C. Álvaro Obregón, candidato a la presidencia de la República, 1910-1924*, 5 vols. (México, 1923), I, 40-59. Magaña a Amezcua, 24 de junio de 1919, AZ, 30: 34.

Durante el mes de junio, Deloy inició una correspondencia independiente con los jefes vecinos, para informarles de sus respectivas maniobras, como si estuviese encargado ahora de coordinar las operaciones zapatistas. El 13 de junio, Mendoza decidió atacar un villorrio refractario de las cercanías de su campamento, dio muerte a todos sus habitantes y quemó todas las casas. El 30 de junio, para proteger a los pueblos que eran leales a él contra las incursiones de otros jefes, confirmó su derecho a armarse para la propia defensa. Y cuando Pablo González publicó un manifiesto a los pueblos de su zona, en el que les advertía que no debían ocultar a los zapatistas fugitivos, el "contramanifiesto" que se publicó no salió de Tochimilco, sino de San Miguel Ixtlilco. A mediados de julio, Mendoza acusó a Ayaquica de tratar de sobornar a sus jefes y de abusar de los pueblos de su propia zona, y estuvo a punto de atacarlo. Solamente las respuestas por demás conciliadoras de Ayaquica y de Magaña pararon unas hostilidades que hubiesen sido funestas.[14] En esta confusión y suspenso, los dirigentes nacionales de la oposición vieron una magnífica oportunidad. Para ellos, ahora, el movimiento zapatista era una presa fácil. Aunque su valor militar era escaso, por su solo nombre representaba todo un valor político, y la captura del mismo realizaría la eminencia y el crédito de cualquier aspirante a la presidencia, inmediatamente para quienes estaban fuera de la ley, y en 1920 para quienes todavía estaban dentro. Y durante el verano se efectuaron complicadas intrigas para subsumir el movimiento, o por lo menos los restos del mismo que se dejasen querer. Pocos ofrecimientos, evidentemente, se le hicieron a Magaña, que era el negociador más astuto. Pero para los demás zapatistas aumentaron las tentaciones de aceptar una dirección de fuera.

A partir de principios de julio, de la O comenzó a recibir notas obregonistas en su campamento de Tepeite, en las montañas situadas al norte de Cuernavaca. Se las enviaba el coronel Aurelio Calvo, evadido de la penitenciaría de la ciudad de México, que andaba escondido en el Ajusco. El que haya actuado inicialmente por órdenes recibidas, o por cuenta propia, es todavía un secreto de los obregonistas, pero les convenía entenderse con el jefe que seguía siendo capaz de cortar el ferrocarril de Cuernavaca. Aunque Calvo se le acercó de manera muy tentativa, evidentemente no había llegado, como fugitivo que era, para convencer a de la O de que reconociese a Carranza. Aunque de la O desconfiaba, no desalentó el contacto.[15]

El ofrecimiento más seductor se lo hizo al movimiento Manuel Peláez, que era todavía el caudillo rebelde de los alrededores de Tampico. Para competir en escala nacional con sus principales rivales rebeldes, los felicistas, Peláez necesitaba aliados y partidarios en el sur, y desde el mes de septiembre anterior había tratado de conseguir el apoyo zapatista.

[14] Chaverri Matamoros en *La Prensa*, 1, 4, 8 y 9 de octubre de 1935. Ayaquica y Magaña a Mendoza, 22 de julio de 1919, AZ, 30: 39.
[15] De la O en *Impacto*, 21 de enero de 1950.

Aunque Zapata lo había rechazado entonces, Peláez no había arruinado sus posibilidades de hacer más tarde un trato. Cuando Palafox se acercó a su campamento a fines de año, "la recepción que se hizo a ese Yscariote fue completamente despectiva".[16] A mediados de 1919, como había enviado de nuevo a Chihuahua a Caraveo y había dejado a Higinio Aguilar como único partidario suyo en el sur de Puebla, Peláez necesitaba apoyo en el sur todavía más urgentemente que antes, y solicitó de nuevo el de los zapatistas. Como agentes que se encargaran de velar por su proposición entre los zapatistas tenía a Aguilar y a sus agentes de la ciudad de Puebla y de Izúcar de Matamoros. Y como padrino que lo recomendase contaba con el famoso, y hasta hacía poco por lo menos, zapatista convencido, que ahora, después de la muerte de Zapata, se había vuelto útil y tenía buena acogida en su campo, Manuel Palafox. Desde mediados de abril, Palafox había escrito a zapatistas que estaban al margen para recomendarles que no se rindiesen y que no se volviesen felicistas.[17] Y en junio había enviado una circular a los jefes de Morelos y de Puebla, en la que declaraba que se encontraba en las montañas de Oaxaca cumpliendo una misión del difunto Zapata y solicitando la ayuda de sus antiguos camaradas. Magaña, acertadamente, había tratado de contener esta subversión. En una larga circular escrita por él mismo repitió la vergonzosa historia de la destitución de Palafox y arruinó sus pretensiones de que contaba con la confianza de Zapata.[18] Pero Palafox no quedó definitivamente vencido. Como explicó sin duda cuando regresó al cuartel de Peláez, por esa época, la renuencia de los jefes de Morelos a reconocer a Magaña como jefe permitía establecer extrañas alianzas entre los antiguos y los nuevos rivales de Magaña. En Palafox Peláez tenía al hombre idóneo para sacar partido de las debilidades de los jefes. A través de él era como mejor podía Peláez obtener no sólo declaraciones de fidelidad de algunos zapatistas, sino también el título zapatista nacional de Jefe Supremo que todavía le reservaban al exilado Vázquez Gómez.

La intriga pelaecista comenzó a fines de julio con una helada carta que Peláez le envió a Magaña. Cortés pero firmemente, Peláez censuró el compromiso zapatista con Vázquez Gómez, alegó que los revolucionarios no deberían nombrar un Jefe Supremo hasta que hubiesen alcanzado una "unificación material" de las operaciones en el campo y, por último, demorando esa unión, aplazó la ayuda económica y militar a los zapatistas.[19] Lo mismo hubiese dado que le hubiese preguntado a Magaña cuánto costaba el reconocimiento zapatista. Ultimátum apenas disfrazado, la carta paralizó diplomáticamente a Magaña.

[16] C. Aguilar a Magaña, 4 de marzo de 1919, AZ.

[17] Palafox a Sabás Crispín Galeana, 15 de abril de 1919, AZ, 27: documentos sueltos. Galeana operaba en torno a Tlapa, Guerrero, donde cooperaba con los felicistas locales. Véase Liceaga: *op. cit.*, p. 523.

[18] Circular, 30 de junio de 1919, AZ, 30: 34.

[19] Peláez a Magaña, 22 de julio de 1919, AZ, 30: 39.

El 25 de julio un agente de Aguilar en Izúcar sondeó directamente el campamento de Mendoza. El agente le hizo llegar a Deloy los saludos de Palafox y una noticia de que Peláez había enviado a Palafox al sur "para ver a los jefes y organizar las fuerzas y darles pertrechos de guerra, y también estar al tanto de la gente que hay para empezar a darles sueldos". El agente dio a conocer una promesa de Peláez de "darles todo lo que necesiten". Deloy le respondería a Palafox, el cual arreglaría una conferencia en la que podrían ultimar los detalles.[20]

La respuesta de San Miguel Ixtlilco fue un cauteloso aliento. El 29 de julio, el recientemente ascendido general Deloy le respondió a Palafox y le preguntó qué es lo que proponía. Y el 4 de agosto, Mendoza le escribió al agente personal de Peláez en el sur, Federico Córdova, para enterarse de cuándo y dónde enviaría Peláez los suministros ofrecidos. Ni Deloy ni Mendoza, evidentemente, informaron a Magaña de estos tratos. Y tampoco, evidentemente, participaron en ellos otros jefes.

Los pelaecistas apretaron rápidamente el cortejo y cada uno de ellos probó sus especiales atractivos. El 10 de agosto, Palafox le dijo en una larga carta a Deloy que quería "unificar los elementos surianos" para llevar a cabo la lucha agrarista. Con altisonantes frases le contó por qué se había venido abajo el movimiento, y reveló con ello el dolor todavía fresco de sus propios celos, desengaños y agravios. A Zapata le habían gustado demasiado "los buenos caballos, los gallos de pelea, las mujeres galantes, el juego de cartas y las bebidas embriagantes", comentó secamente, para poder dirigir el movimiento como era debido. Después de 1914, siguió diciendo, Zapata cayó en un "letargo de inactividad... Desaparecieron las energías y aptitudes del caudillo muerto por el exceso en el vicio que sostenía con 22 mujeres, pues si no tenía tiempo para atender a ese número de hembras menos tiempo aún tenía para atender los asuntos revolucionarios del Sur". Y gracias a las maquinaciones que esto permitió, Magaña se había apoderado del cuartel general, había sido causa de divisiones y desuniones y poco le había faltado para asesinarlo, que era aquello por lo cual había tenido que huir. Palafox lanzó algo de vitriolo también sobre Vázquez Gómez, figura que "ningún revolucionario de prestigio" consideraba importante, un hombre acabado al que sólo Magaña apoyaba. Lo que quería Palafox, en conclusión, era captar la fidelidad zapatista para su propia versión del Plan de Ayala y, presumiblemente, para el Jefe Supremo elegido por él. En una posdata le recomendó a Deloy que le recordase a Mendoza "las ofensas" que Zapata le había inferido. Menos envidiosamente, Federico Córdova propuso únicamente que se hiciesen más esfuerzos por la unión y para elegir a "un buen Jefe", que podría ser Felipe Ángeles o Manuel Peláez. En septiembre le escribió a Mendoza que el propio Peláez llegaría al sur "con elementos suficientes para el desarrollo de las operaciones en estas regiones". Mien-

[20] Chaverri Matamoros en *La Prensa*, 8 de octubre de 1935.

tras tanto, los agentes locales de Aguilar seguían informando a Deloy.[21]

Pero en agosto la intriga fracasó. Al final, ni Deloy, ni Córdova, ni Aguilar, ni Palafox pudieron convencer a Mendoza de que rompiese con el movimiento local del cual había sido soldado durante tanto tiempo. Si no quería someterse a Magaña, que por aquel entonces era uno del Plan, mucho menos daría la cara por Peláez, un perfecto extraño. En su respuesta a Palafox del 20 de agosto, Deloy se mostró reacio a seguir insistiéndole a Mendoza para que colaborase con él. Reconoció que el viejo Plan de Ayala necesitaba reformas y que la versión de Palafox podría dar satisfacción a "algunos revolucionarios agraristas", pero insistió en los peligros que representaba la disensión en el movimiento, los cuales, insinuó, Palafox agravaría. Todo su trabajo con el general Francisco Mendoza, le escribió, haciéndose eco de su jefe, era en pro de la unión. Aunque los espías de Aguilar siguieron informando a Deloy, la correspondencia con Peláez se interrumpió.[22]

Entonces Magaña actuó para resolver la crisis y convocó, a fines de agosto, a una junta general que tendría lugar el 2 de septiembre. Para tranquilizar a los jefes de Morelos, señaló como lugar de reunión el campamento de Capistrán, en Huautla. Y, esta vez, el acuerdo fue sorprendentemente fácil de lograr. En Huautla, la junta comenzó en el día anunciado. A pesar de las patrullas federales, más de treinta jefes asistieron con sus escoltas y su personal. Entre ellos figuraban la delegación de de la O, que había llegado de Tepeite, y el contingente de Tochimilco, en el que figuraban Magaña, Ayaquica y Soto y Gama en persona; Mejía y Mendoza no asistieron, pero enviaron a sus lugartenientes. Los debates se realizaron rápidamente. Y el 4 de septiembre, veintiún difíciles semanas después de la muerte de Zapata, exactamente, los veteranos reunidos votaron para elegir a un nuevo comandante en jefe. Cinco candidatos representaban a las diversas facciones, tendencias y zonas del movimiento, Timoteo Sánchez, Mejía, de la O, Capistrán y Magaña. En la votación, los tres primeros obtuvieron un voto cada uno, Capistrán once y Magaña ganó por una mayoría de dieciocho. Tan libre fue la elección que cuatro de los del grupo de Ayaquica votaron por Capistrán y tres por Magaña; todos los jefes de Mejía y de Mendoza votaron por Magaña. Luego, los electores juraron respetar la decisión de la mayoría. Formalmente, Magaña era ahora el sucesor de Zapata.[23]

Inmediatamente se puso a dar publicidad al asunto, para convencer a los inconformes ausentes de que lo aceptasen y proclamar el reingreso de los zapatistas en la política nacional. El manifiesto oficial salió el 5 de septiembre, redactado por Soto y Gama y un joven ayudante, Carlos Reyes Avilés, "La Revolución del Sur acaba de dar un gran paso —decla-

[21] *Ibid.*, 4, 7 y 8 de octubre de 1935. Córdova a Mendoza, 14 de agósto de 1919, AZ, 30: 3.

[22] Chaverri Matamoros en *La Prensa,* 4, 8 y 9 de octubre de 1935.

[23] Magaña a Mejía, 2 de septiembre de 1919, AZ, 30: 38. Registro de la junta de Huautla, 4 de septiembre de 1919, *ibid.*

raron, exudando alivio—, acaba de obtener un hermoso resultado, más importante que cien victorias en los campos de batalla, al ponerse de acuerdo en la elección de un General en Jefe, de un director militar a la vez que político." Este acuerdo, escribieron los felices secretarios, era prueba de que la muerte de Zapata no había dejado a la causa "desorganizada, como un cuerpo sin cabeza". Por el contrario, escribieron presas de delirio, "el sur sigue siendo como antes de la muerte de su caudillo, un movimiento organizado que, guiado por altos ideales, fuerte por la unión y consciente de sus finalidades, marcha sin titubear hacia su noble objeto: la emancipación del campesino por medio de la conquista de la tierra". Por supuesto, reconocieron con tacto, para no lastimar a Mendoza y a otros antiguos jefes, que Magaña no era Zapata. Pero mediante sus artes políticas, sugirieron, podría lograr lo que el jefe muerto había realizado en virtud de su personalidad. Sea como fuere, insistieron, el reconocimiento de la votación de Huautla sería la mejor expresión de los principios que Zapata había enseñado. "Es éste el mayor deseo de los suscritos —Soto y Gama y su ayudante terminaron diciendo— que al felicitar a sus hermanos por el triunfo alcanzado, los exhortan a que sigan en todo y por todo el ejemplo, las instrucciones de honradez, de seriedad y de firmeza, y el glorioso camino que nos dejó trazado el ya inmortal Emiliano Zapata." [24]

En particular, Magaña dirigió llamados conciliatorios a Mendoza. Todavía herido, el viejo respondió al cuartel general, el 10 de septiembre, que "varios Jefes" le habían informado de su inconformidad con la junta de Huautla y que no respaldaría sus decisiones hasta que los otros inconformes estuviesen dispuestos a hacerlo.[25] Sin embargo, Magaña persistió en pedirle su apoyo. Tomó el mando sobre antiguos guerrilleros, principalmente de las fuerzas de Mendoza, y los acusó de abusar de los pacíficos de los pueblos a los cuales se habían retirado, terminando por ordenarles que se presentasen ante el cuartel general para obtener licencias de portar armas.[26] Capistrán también actuó para aplacar al viejo. Y el 24 de septiembre Mendoza cedió. Convencido, dijo, de los nobles principios y excelentes cualidades de Magaña, negando solemnemente que hubiese tenido "ambición y perfidia" y consolándose con el pensamiento de que "la historia dará a cada hombre el premio que le corresponde", reconoció formalmente a Magaña "general en jefe".[27]

Sin embargo, continuaron las disensiones, pues Mendoza protegía todavía a Mejía y éste seguía intrigando. Aunque no hay testimonios que aclaren si Mejía estuvo en comunicación con Peláez, Palafox o Córdova, es sospechoso que haya seguido difamando a Vázquez Gómez, al

[24] Manifiesto a los revolucionarios del sur, 5 de septiembre de 1919, *ibid.*

[25] Magaña a Mendoza, 5 y 7 de septiembre de 1919, y Mendoza a Magaña, 10 de septiembre de 1919, *ibid.*

[26] Circular a los presidentes municipales, 20 de septiembre de 1919, *ibid.*

[27] Capistrán a Mendoza, 20 de septiembre de 1919, y Mendoza a Magaña, 24 de septiembre de 1919, *ibid.*

que no quería como Jefe Supremo, y que haya afirmado que mantenía relaciones con Aguilar y Cirilo Arenas. Desconociendo el voto de la junta de Huautla, siguió haciendo hincapié en las diferencias que separaban a los jefes zapatistas, después de que la mayoría estaba dispuesta a renovar la solidaridad. Inclusive, en una ocasión, al entrar en Huautla y descubrir que Capistrán y su lugarteniente se habían ido, intentó levantar al pueblo en rebelión contra su jefe. Sólo una demora de los ciudadanos locales arruinó los planes de Mejía. Capistrán regresó a tiempo para hacerlo huir e impedir un escándalo que hubiese sido muy embarazoso.[28] Tan provocativo se había vuelto Mejía que otro veterano, Adrián Castrejón, le dio a entender a Magaña que debería mandarlo fusilar. "...es muy oportuno tratar seriamente este asunto —declaró en la única oración lúcida de una carta apenas inteligible— y de una vez por todas tomar las medidas más convenientes para evitarse mayores trastornos en lo susecivo [sic]."[29] Pero la cuestión era demasiado compleja para que Magaña la zanjase violentamente. El asesinato de Mejía recordaría el de su tío, corroboraría la propaganda que estaba haciendo el gobierno acerca de la desintegración del zapatismo y podría determinar que Mendoza se independizase de nuevo.

Finalmente, la querella terminó, de la manera pacífica y personal que Magaña apreciaba. La clave fue una carta que Capistrán envió a Mendoza a fines de septiembre, un alegato largo, escrito a mano, lleno de faltas de ortografía, pero elocuente en su estilo serio y ponderado, en la que le pedía a Mendoza que aceptase de verdad la votación de Huautla. Había oído noticias, declaró Capistrán, de que Mendoza se había opuesto de nuevo a la sucesión de Magaña, "que de ser ciertas, nos llevarían a la ruina, nulificándonos como revolucionarios y haciendo que el sacrificio de 9 años haya sido completamente estéril para nuestro sufrido y querido pueblo". Capistrán, confortantemente, le contó a su "distinguido amigo y compañero" cómo los delegados a la junta lo consideraban "como uno de los jefes viejos que nos quedan, a quien queremos y respetamos", y cómo habían tomado en cuenta sus opiniones antes de decidir. En lo tocante a la elección, Capistrán se mostró especialmente persuasivo. "Como hombre honrado y como correligionario sincero, yo aseguro a usted —dijo— que el referido acto se llevó a cabo en forma absolutamente legal." No hubo amenazas, no hubo carabinas que apuntasen para obligar a la firma. "¿Cree usted posible que nosotros admitiéramos una imposición de esa naturaleza?" "El mundo entero nos está observando —insistió—, a ver se [sic] somos dignos continuadores de la grandiosa obra comenzada por el más honrado y más grande patriota que ha producido México desde que el venerable Padre Don Miguel Hidalgo y Costilla dio el grito de libertad por nuestra querida Patria." Deseaba una entrevista para allanar diferencias. Con franqueza,

[28] Capistrán a Magaña, 29 de septiembre de 1919, *ibid.*
[29] Castrejón a Magaña, 24 de septiembre de 1919, *ibid.*

le pidió a Mendoza "que no ponga atención a los que por personales rencillas, tratan de engañar a Usted en perjuicio de todos". Y acusó de plano a Mejía de ser el causante del desacuerdo. Al día siguiente, quejándose con Magaña por las tropelías de Mejía en su zona, le sugirió las órdenes que deseaba oír, si Mendoza no contenía a Mejía: había movilizado a su gente, le dijo, y estaba listo para una expedición.[30] Pero al llamarlo Capistrán, Mendoza se acercó. Una semana más tarde, habiendo discutido prolongadamente los problemas, los dos jefes escribieron expresamente al cuartel general condenando las intrigas de Mejía. Su nota era un reconocimiento clave y definitivo del liderato de Magaña, y Mejía se calló. Para corresponder, Ayaquica y Magaña le indicaron a Mendoza que acallarían las intrigas que en su campo se hacían contra él.[31]

Ahora, de hecho, la crisis de sucesión zapatista había terminado, seis meses después de haber empezado. Y gracias a Magaña, su organización había sobrevivido intacta. Con la autoridad que le daba la experiencia, hizo un llamado a la "integración y concordia" nacionales en un manifiesto triunfante, de mediados de octubre, a los revolucionarios de la República. Para presidente provisional propuso de nuevo al Jefe Supremo de los zapatistas, Francisco Vázquez Gómez, "hombre reposado y ecuánime, civil y no beligerante, neutral enmedio de las diferencias regionales o de bandería", un hombre que "armonizaría las discrepancias".[32] Al describir las virtudes de Vázquez Gómez, Magaña describió las suyas propias. La unión local que había logrado efectuar no equivalía a unos esponsales, pero tampoco era un pacto de mala fe y transitorio únicamente. Al tocar la fibra nerviosa de cada jefe para conmoverlo, al ponerlos a todos de acuerdo, al obtener un consenso, había demostrado que, aun sin Zapata, podían confiar unos en otros. Y juntos, puesto que González todavía no había logrado capturarlos, seguían siendo un importante factor en la política revolucionaria local y nacional.[33]

En el otoño, esta confianza cobró un carácter inmediatamente vital para los zapatistas. Pues por aquel entonces estaba madurando la crisis internacional temida en México desde el final de la guerra en Europa, una agresión directa de Estados Unidos. Precipitó los acontecimientos la desaparición, el 19 de octubre, del agente consular de Estados Unidos en la ciudad de Puebla, William O. Jenkins.[34] Dos días más tarde, Federico Córdova informó a la embajada norteamericana que había

[30] Capistrán a Mendoza, 28 de septiembre de 1919, y a Magaña, 29 de septiembre de 1919, *ibid.*

[31] Capistrán, Mendoza y P. Casals R. a Magaña, 6 de octubre de 1919, AZ, 30: 4. Ayaquica a Mendoza, 10 de octubre de 1919, y Magaña a Mendoza, 12 de octubre de 1919, *ibid.*

[32] Manifiesto a los revolucionarios de la República, 15 de octubre de 1919, *ibid.*

[33] *Excélsior*, 21 y 29 de octubre de 1919.

[34] *Ibid.*, 20 de octubre de 1919. Para un comentario del incidente desde el punto de vista de un diplomático, véase Charles C. Cumberland: "The Jenkins Case and Mexican-American Relations", *Hispanic American Historical Review*, XXXI,

secuestrado a Jenkins por órdenes de Peláez, para demostrar la incapacidad de los carrancistas de mantener el orden, ni siquiera en las ciudades principales. El 26 de octubre, Jenkins reapareció sano y salvo. El caso podría haber terminado allí: a pesar de las diatribas de Jenkins y sus amigos en el Congreso de Estados Unidos, la reacción norteamericana formal, del secretario de Estado, Lansing, fue por demás moderada. Pero Carranza, que acababa de presentar su candidatura a la presidencia, quiso tratar de nuevo el caso para inflar su prestigio. A sus auspicios, funcionarios de Puebla no tardaron en acusar al agente norteamericano de complicidad en su propio secuestro para desacreditar a Carranza, lo cual implicaba que Carranza era tan fuerte que le gritaba a Estados Unidos que el oponerse a él ahora equivalía a traición y que los carrancistas eran los únicos firmes sostenedores de la soberanía nacional. El 15 de noviembre, Jenkins fue detenido y se le sometió a un breve interrogatorio. Los Estados Unidos estaban "grandemente sorprendidos y hondamente preocupados", dijo Lansing. Cuatro días más tarde, Jenkins fue detenido de nuevo y se le encarceló para ser juzgado. El 21 de noviembre la crisis estaba en todo su apogeo y hablaban de ella los periódicos de la ciudad de México con grandes titulares en tinta roja.[35] Para los mexicanos, el curso de los acontecimientos era claro. Durante los últimos seis meses, la mayoría de los periódicos norteamericanos importantes había expresado sentimientos belicosos contra el gobierno mexicano. En julio y agosto, testigos que habían hablado en las audiencias del "Rules Committee" del Congreso de Estados Unidos, entre los que había figurado William Gates, habían despotricado contra Carranza y pedido una intervención benévola en México. Desde septiembre, el agresivo senador republicano Albert B. Fall había presidido audiencias acerca de México ante su subcomité de Relaciones Exteriores: los testigos más impresionantes abogaron porque se emplease la fuerza para proteger las inversiones norteamericanas. Acababan de reelegirse varios gobernadores republicanos, lo cual era otro síntoma de la furia de los gringos.[36] Y ahora, el secretario Lansing hizo la advertencia de que se podrían producir "efectos muy serios" en las relaciones méxico-norteamericanas, de las cuales México sería "el único responsable". Arreglado o no, el caso Jenkins fue un pretexto perfecto para una nueva intervención norteamericana. En la crisis, los dirigentes mexicanos tenían varios papeles por desempeñar, de funcionarios, de gentes al margen de la ley y de exilados. En Morelos, los políticos y los generales con mando fueron patriotas auto-

4 (noviembre de 1951), 586-607. A menos que se indique lo contrario, las citas subsiguientes de funcionarios mexicanos y norteamericanos provienen de este artículo.

35 E. g., *El Universal*, 21 de noviembre de 1919, "El caso Jenkins a punto de provocar un conflicto internacional".

36 United States House of Representatives: *Appointment of Committee for Investigation of Mexican Situation. Hearings Before the Committee on Rules*, 66 Cong., 1 sess., 2 parts (Washington, 1919). *Investigation of Mexican Affairs*, I, 3-744. *Excélsior*, 6 de noviembre de 1919.

máticos, leales simplemente al gobierno del cual dependían. Pero para los jefes zapatistas era penoso reconocer una distinción entre los intereses nacionales y los partidistas, escoger después y luego enfrentarse unos a otros. Sólo conservando la confianza podrían pasar la dura prueba.

Magaña tomó la iniciativa a nombre de los zapatistas y calladamente se preparó a ofrecer al gobierno su apoyo. Para mediar con Carranza acudió a Lucio Blanco, a quien los zapatistas le tenían afecto por su reputación de agrarista y por su generosidad con el sur en 1914-15, y al cual Carranza había mandado llamar de nuevo para contrarrestar la popularidad de Obregón en el ejército. Durante los primeros días de noviembre, Blanco trató de conseguir un pasaporte para Magaña y de arreglar las vías de comunicación con Carranza. Y una vez que el conflicto internacional llegó a un punto crítico, Magaña dio a conocer su actitud a la presidencia. En vista del caso Jenkins y de la situación difícil en general en que se encontraba la República ofreció rendirse. Le escribió que deseaba hacer un pacto con las autoridades para llegar a un acuerdo acerca de la forma en que se pudiese poner término a la rebelión y colaborar en la pacificación rápida del país.[37]

Fue ésta una maniobra extraordinaria. A pesar del peligro inminente de intervención, la mayoría de los demás jefes que estaban al margen de la ley se mantuvieron en la oposición. Desde Chihuahua, Villa evidentemente no dio señal de nada, ni de conciliación, ni de desafío. Evidentemente, tampoco lo hizo Peláez, de quien un testigo en las audiencias del senador Fall dijo poco después que era "un espléndido tipo de mexicano..., que no es hostil a los norteamericanos".[38] En cuanto a los felicistas, que sabían lo que podría significar una subversión continuada, no dieron señales de simpatía para una resistencia unificada antinorteamericana, inclusive incrementaron las operaciones militares, especialmente alrededor de Veracruz.[39] La estrategia de estos jefes intransigentes era cosa conocida, pues se derivaba de una tradición política tan vieja como la lucha social en esa parte del mundo, a saber, la de que el enemigo mayor, intolerable, era el enemigo del interior, que la ayuda del exterior era un regalo divino. Pero la idea que del país se hacía Magaña era nueva. Era una concepción que no tenía en México más de setenta y cinco años de existencia y se daba solamente ahora, en su generación de dirigentes, a saber, que el enemigo primordial era siempre extranjero, que la cooperación formal y real con los rivales del interior, en una situación de emergencia nacional, era la única manera responsable de obrar, que un pecado imperdonable era manchar la santidad de las luchas internas.

[37] De Blanco a quien corresponda, 11 de noviembre de 1919, AZ, 30: 4. Anónimo (por el texto, evidentemente era Magaña) al jefe de oficina en funciones (s.f. 23 de noviembre de 1919 [?]), AZ, 30: 32.

[38] Véase el testimonio de William F. Buckley, 6 de diciembre de 1919, en *Investigation of Mexican Affairs*, I, 840.

[39] Liceaga: *op. cit.*, pp. 590-2.

Y así, la estrategia de Magaña fue nueva. Si ayudaba a Carranza podría ayudar a impedir una intervención norteamericana, además de que pondría a la vista de todos, también, la legitimidad de su partido. De haber vivido Zapata, la estrategia zapatista tal vez no habría sido tan flexible. Zapata se había convencido finalmente de que la defensa de los pueblos de Morelos no era equivalente a la defensa de la nación, que en grandes crisis la causa local era subsidiaria. Pero en su corazón, parece ser que las dos luchas habían sido una y la misma hasta el final. Probablemente no habría actuado en el caso Jenkins, tal vez hubiese dejado a Magaña asegurarle al gobierno que lucharía contra los gringos, pero es muy poco probable que, además, hubiese aceptado poner "fin a la rebelión". Se necesitó que Magaña fuese el jefe para certificar que los zapatistas habían llegado a reconocer conscientemente que eran, en lo fundamental, mexicanos.

El 27 de noviembre, Blanco le anunció a Carranza que Magaña había llegado de incógnito a la ciudad de México "en virtud de la situación internacional un tanto tirante" y que deseaba una entrevista personal. Carranza aceptó hablar con él a la mañana siguiente. Y a las 9 a.m. del 28 de noviembre, Blanco, un ayudante y Magaña llegaron a la casa de Carranza. Allí, mientras Blanco y su ayudante esperaban en la antecámara, el sucesor de Zapata conferenció en privado con Carranza y con su jefe de Estado Mayor, el joven general de brigada Juan Barragán. Magaña declaró, como escribió Barragán tres semanas más tarde, en una memoria, que "en vista del conocimiento que tenía, por las noticias llegadas en los mismos periódicos hasta sus campamentos, de lo difícil de la situación internacional, y siendo, antes que rebelde, mexicano..., estaba dispuesto a reunir a los grupos de gente armada que estaban a sus órdenes y estudiar la forma más adecuada de suspender las hostilidades". Consideraba que era "antipatriótico" que los mexicanos siguiesen luchando entre sí si estallaba la guerra.

Entonces, Carranza le preguntó: "¿Y qué necesita usted?" "Solamente garantías", respondió Magaña, únicamente respeto para él y las personas, propiedades y derechos civiles y políticos de sus jefes, únicamente el reconocimiento de su lealtad. Carranza interpretó esto como un simple regateo egoísta y de buen grado se mostró condescendiente, prometiéndole a Magaña "toda clase de garantías" y, siguió diciendo el presidente, "si llega usted a necesitar el apoyo de las fuerzas del Ejército para terminar su labor..., cuente usted también con él". Magaña rechazó el ofrecimiento, señalando que su regreso a Morelos en compañía del ejército federal "quizás podría dar resultados contrarios a los que me propongo". Para aclarar su punto de vista, le recordó al viejo que "antes que otra cosa necesitaría yo cambiar impresiones con los principales jefes de grupo y de acuerdo con todos dar solución conveniente y digna a la situación". Tal y como no le había hecho ninguna proposición insultante a Carranza, que con razón, dijo, haría dudar de su sinceridad,

así esperaba no recibir de Carranza una proposición insultante. El Presidente no rearguyó y le dijo a su interlocutor que actuara como considerase más oportuno. "Si algo imprevisto se ofreciera —le sugirió— puede usted comunicarse con el general Barragán, que ya queda al tanto de este asunto." La entrevista terminó con muchas declaraciones de estima, lo cual, en vista de los fines de la misma, fue un éxito.[40]

Mientras tanto, en la ciudad de Puebla, Ayaquica se había presentado públicamente para entregarse. Con otro jefe local, un pelaecista con el cual cooperaba, Ayaquica anunció a los periodistas que tenía informaciones que arrojarían luz en el caso de Jenkins. Habiendo leído los informes del caso y de la crisis internacional que había provocado, y siendo mexicanos "más que nada", no podían, dijo, "guardar silencio con perjuicio de la integridad nacional". La información que el jefe pelaecista envió inmediatamente a la embajada norteamericana era una negación de que Jenkins hubiese conspirado en el secuestro, lo cual era un testimonio que decía que el gobierno lo debería soltar. Ayaquica y el pelaecista, luego, regresaron a las montañas, pero dejaron delegados encargados de arreglar una rendición; y el 29 de noviembre el propio Pablo González fue a Puebla a conferenciar con ellos.[41]

En este momento, el conflicto con Estados Unidos había llegado al borde de la violencia. El 28 de noviembre, el secretario Lansing le "leyó la cartilla" al embajador mexicano en Washington. Como Jenkins se encontraba todavía en la cárcel, Lansing declaró que "la paciencia de este país [Estados Unidos] está casi agotada y ha llegado al punto de perderse, que la ola de indignación que siente el pueblo norteamericano podría aplastar e impedir mayores discusiones diplomáticas y obligarles a una ruptura de relaciones, y que una ruptura significaría casi indudablemente guerra... [la cual] se llevará a cabo con todo el poderío de esta Nación". Al día siguiente despachó una nota insolente a la ciudad de México en la que acusaba al gobierno mexicano de una "deliberada indiferencia" a los sentimientos del pueblo norteamericano, en la que prácticamente exigía la liberación inmediata de Jenkins. La prensa norteamericana intensificó la crisis en artículos principales y en las páginas editoriales. Y el 3 de diciembre llegó a su clímax. Ese día, en el Senado, Fall presentó una resolución que él y un representante del Departamento de Estado acababan de concebir. Era una petición de que el Senado aprobase de antemano la acción del Departamento de Estado en la "controversia pendiente", con México, y que además el Senado le pidiese al presidente Wilson que le retirase el reconocimiento a Carranza y "cortase todas las relaciones diplomáticas que ahora existen entre su gobierno y el pre-

[40] Declaración de Juan Barragán, 15 de diciembre de 1919, AZ, 30: 37. Una versión contemporánea de la reunión se encuentra en *Excélsior,* 30 de noviembre de 1919.

[41] *El Heraldo de México,* 28 de noviembre de 1919. *El Universal,* 30 de noviembre de 1919.

tendido gobierno de Carranza".[42] Para ser aprobada, la resolución fue enviada al Comité de Relaciones Exteriores. Parecía ser inminente otra intervención norteamericana en México, mucho más decidida, amplia y peligrosa que las de 1914 y 1916. Los titulares de los periódicos de la ciudad de México gritaron las noticias de que aviones y barcos norteamericanos estaban preparados para atacar.[43]

El 4 de diciembre, como las conversaciones con González habían terminado bien, Ayaquica se acercó a Atlixco para rendirse. Con él iban varios jefes y secretarios zapatistas y doscientos cincuenta hombres armados. Y al día siguiente, después de haber depuesto las armas, González les concedió a todos amnistías, veinte pesos por cabeza y salvoconductos. Luego, Ayaquica regresó a Tochimilco y se convirtió en su presidente municipal. Corrieron rumores de que otros jefes zapatistas no tardarían en rendirse también, imitando el ejemplo de Magaña y de Ayaquica.[44]

Precisamente, en este momento, el conflicto internacional comenzó a menguar. El 4 de diciembre, Lansing le pidió al Comité de Relaciones Exteriores que no actuase en la parte de la resolución de Fall que se refería al rompimiento de relaciones con México. El 5 de diciembre, funcionarios de Puebla dejaron a Jenkins en libertad bajo fianza. Y el 8 de diciembre, habiendo leído una memoria de Fall acerca de la necesidad de tomar una decisión dura, el inválido presidente Wilson declaró que le preocuparía "gravemente que el Congreso tomase tal resolución".[45] Pero en México, donde el caso Jenkins todavía estaba en los tribunales y donde los clamores de los congresistas y editorialistas norteamericanos resonaban ominosamente, la tendencia a la paz no se puso de manifiesto durante varias semanas. Y mientras parecía continuar la crisis, los dispersos jefes rebeldes siguieron aceptando amnistías en apoyo del gobierno. En Morelos, pequeñas bandas zapatistas se entregaron casi cada día durante el mes de diciembre. Y los jefes que se sentían todavía inseguros y se mantenían ocultos enviaron emisarios para indicar su interés en reconocer al gobierno. A mediados de mes, funcionarios del cuartel general de González afirmaron que más de veinte jefes zapatistas de primer rango se habían rendido en Morelos y Puebla, y entre ellos figuraban veteranos como de la O, Mendoza, Jesús y Próculo Capistrán, Adrián Castrejón, Timoteo Sánchez y Gabriel Mariaca. La mayoría, como de la O y Mendoza, no habían bajado realmente de las montañas, pero los que lo hicieron recibieron una cordial bienvenida; inclusive se hicieron es-

[42] *Congressional Record*, 66 Cong., 2 sess., vol. LIX, part I, p. 173. El representante del Departamento de Estado era Henry Fletcher, embajador de Estados Unidos en México, que se hallaba en Washington para consulta. Véase *Investigation of Mexican Affairs*, I, 843C.

[43] *El Demócrata*, 3 de diciembre de 1919.

[44] *El Universal*, 5, 6 y 24 de diciembre de 1919. *Excélsior*, 6 y 9 de diciembre de 1919.

[45] Citado en James H. Callahan: *American Foreign Policy in Mexican Relations* (Nueva York, 1932), pp. 578-9.

fuerzos por nombrar a Jesús Capistrán presidente municipal de Jojutla o de Jonacatepec. Hacia el 21 de diciembre tantos jefes habían depuesto sus armas al parecer, que González consideró terminada la pacificación del sur y anunció el cierre del cuartel general en Puebla a partir del 1º de enero.[46] La ayuda que los zapatistas habían prestado para establecer el orden oficial en Morelos y Puebla era testimonio dramático de que Magaña había hablado verdaderamente en nombre de ellos, de que lo que más les importaba era la Patria.

Pero cuando se vio que la crisis se había terminado, los zapatistas encontraron que su movimiento se hallaba en una difícil posición. Algunos jefes como de la O, Mendoza y Mariaca permanecían fuera de la ley, estaban aún armados y escondidos y carecían ahora de razón para aceptar amnistías. Otros, como Magaña, Ayaquica y Capistrán se presentaron como campeones declarados de la autoridad constitucional, inclusive como funcionarios, como conversos inesperados, pero no obstante renombrados. Y en la situación nueva, más calmada, su reconocimiento patriótico del gobierno daba la impresión de ser un reconocimiento político de Carranza. Así lo describió González en su informe final acerca de las operaciones en el sur. Los rebeldes se habían rendido, daba a entender, no por amor a su país, sino simplemente porque, a consecuencia de sus campañas, los había obligado o persuadido a interrumpir la lucha. "El incidente del cónsul americano Jenkins... no tiene importancia alguna bajo el punto de vista de pacificación", escribió.[47] Y ahora que los principales zapatistas habían quedado cogidos entre los carrancistas no les sería fácil salir. Aunque Capistrán y Ayaquica andaban bastante libres en sus feudos, Magaña, en la ciudad de México, estaba sometido, prácticamente, a arresto domiciliario.[48]

Esta asociación zapatista con el gobierno, a pesar de su peculiar carácter, estaba cargada de significado. El peligro no era que los jefes amnistiados pudiesen caer si Carranza era derrocado, puesto que en el caos de los últimos días podrían escapar y unirse al nuevo grupo que llegase al poder. Ni tampoco consistía en que, ya que lazos personales los frenarían, pudiesen volver las armas contra los camaradas que aún no se habían rendido y aniquilar para siempre su movimiento. Era más bien que, en sus teatrales rendiciones, se habían comprometido no solamente con la política carrancista, sino también con la policía carrancista, lo cual perjudicaba a la reputación que su movimiento tenía en los pueblos y las rancherías.

Pues políticamente, no obstante la restauración del orden, los carrancistas no permitirían la autonomía en Morelos. El 4 de diciembre, el gobernador Tajonar decretó que en 1920, al igual que en 1919, los

[46] *El Universal,* 16, 24 y 25 de diciembre de 1919. *Excélsior,* 17 de diciembre de 1919.

[47] *Ibid.,* 18 de diciembre de 1919. Partido Revolucionario Nacional: *op. cit.,* p. 50.

[48] Soto y Gama a Paz, 26 de marzo de 1920, AP.

presidentes municipales y los ediles habrían de ser nombrados por el Ejecutivo. Y a pesar de peticiones subsiguientes de que se convocase a elecciones para los gobiernos municipal y estatal, y de los informes oficiales que prometían elecciones, éstas no se llevaron a cabo.[49] La única elección que los carrancistas prepararon fue la presidencial. Pero para asegurarle el estado al candidato carrancista, apretaron su control administrativo. Quitaron al coronel Aguilar de su cargo de gobernador suplente y pusieron en su lugar a un coahuilense más digno de confianza, José María Rodríguez, que se puso a convertir a los presidentes municipales en una eficiente burocracia electoral.

En lo económico, los carrancistas concedieron una reforma agraria, pero de peculiar influjo y sólo para sus propios fines revolucionarios. Dándose cuenta de que no existía un registro público de las transacciones en bienes raíces que se habían llevado a cabo en Morelos desde 1914, Tajonar decretó un nuevo registro de escrituras. Para los que habían comprado, vendido o heredado tierras en el estado durante los últimos cinco años, o habían hecho contratos para pagar o recaudar rentas o servicios de las tierras, o sólo deseaban confirmar un título, el gobernador designó el período comprendido entre el 15 de octubre y el 31 de diciembre para que pudiesen pagar los impuestos y ratificar sus derechos.[50] El resultado no fue la protección de los pueblos, sino su despojo, y el resurgimiento de los hacendados. A principios de noviembre, Luis García Pimentel, los herederos de Araoz y de de la Torre y Mier, así como otros antiguos terratenientes, empezaron a hacer presión en el gobierno federal para que despojase a los generales a los que les habían rentado las haciendas en Morelos, así como a las terceras partes que se las subarrendaban a ellos, y para devolverles las propiedades a los hacendados que habían tenido las tierras en 1914. Porque ponían en tela de juicio el honor y amenazaban las fortunas de los generales de González, obtuvieron rápidamente el apoyo de los obregonistas de *El Demócrata*, en el que apareció un editorial cargado de reproches "contra la industria azucarera, militarizada". El autor declaraba que había sido un error que el gobierno hubiese intervenido las haciendas, y un nuevo error alquilárselas a los militares, que regían los ingenios como si fuesen cuarteles, trataban a los trabajadores como conscriptos y no cuidaban adecuadamente la maquinaria. Era mejor, decía, devolver las haciendas a sus antiguos dueños los cuales por su "interés... y los conocimientos especiales que poseen" eran los que estaban llamados "a trabajarlas con éxito y dar ocupación lucrativa al mayor número posible de mecánicos y de trabajadores".[51] Los carrancistas se percataron también de la energía política de la demanda. Y para conquistarse la simpatía de los hacendados o por lo menos para vencer

49 *Periódico Oficial*, 3a. ser., núm. 9, p. 4. *El Heraldo de México*, 11 de diciembre de 1919.
50 *Periódico Oficial*, 3a. ser., núm. 8, p. 3.
51 *El Demócrata*, 10 y 12 de noviembre de 1919.

su enemistad, Carranza accedió a su restitución. En los meses de diciembre y enero, los terratenientes exilados regresaron a Morelos. Si, como Joaquín, el hijo de García Pimentel, regresaron realmente del exilio en el extranjero, arreglaron sus permisos de repatriación a través del secretario del presidente, que dio la orden a la sección 3 de la Secretaría de Gobernación.[52]

La práctica de la política carrancista en Morelos se hizo atrevida. El 19 de enero, para apretar más la dirección central de la política local, Rodríguez sustituyó a Tajonar en el cargo de gobernador.[53] Mientras tanto, los hacendados se dedicaron activamente a arreglar sus haciendas. Aunque pocos fueron tan atrevidos como García Pimentel, hijo, que regresó "a estas benditas tierras" en persona, todos tenían agentes en el campo intensamente atareados. Los problemas eran por demás complicados. ¿Cómo podrían los hacendados, que ya no tenían enormes cantidades de dinero, comprar las simientes antes de que comenzasen las lluvias, o reparar sus edificios demolidos, sus estropeadas máquinas de molienda y sus destrozados canales de riego, o contratar mano de obra para la cosecha que se avecinaba, para los cultivos de verano y para la gran cosecha del año siguiente, sin perder la independencia económica? ¿Cómo habrían de encontrar brazos en una población local que era un cuarenta y cinco por ciento menor que la de 1910, o seducir a expertos para que fuesen a vivir a una zona devastada? Pero en México no había inteligencias más inventivas, ni espíritus más emprendedores que los de ellos. Entablando juicios hipotecarios a sus propios deudores, vendiendo a bajo precio el maíz que les pagaban como renta sus aparceros, rápidamente recaudaron dinero en efectivo. Se asociaron y juntaron su dinero para la emergencia. Comprando mucha simiente mala y algo de simiente buena, acumularon lo suficiente para plantar. Recuperando equipo robado y reparando sólo las máquinas y canales esenciales, dejaron el resto para irlo reparando a medida que pudiesen. Alquilando los campos durante un año a precios bajísimos lograron que los cultivasen y que se reconociesen sus títulos, pues al año siguiente podrían aumentar los alquileres. Haciendo trabajar a sus administradores tan esforzadamente como Luis García Pimentel trabajaba en persona, durante doce horas al día, "como negro", cumplieron esforzadamente una tarea de amor. Después de todo contaban de nuevo con las tierras y, como el joven Luis le recordó a su padre, "la verdad es que son muy buenas estas tierras". E improvisando y deslomándose, hicieron notables avances a medida que fueron transcurriendo las semanas. "La combinación de métodos prehistóricos con el ferrocarril —declaró Luis— es de lo más curioso. Pero le salen a uno cañas verdes." Y lo que era más importante, los hacendados se recuperaron en gran parte por su propia cuenta, sin incurrir en la formación de trusts como los que se habían formado para hacerse cargo de haciendas en Puebla, y

[52] L. García Pimentel, hijo, a su madre, 25 de febrero de 1920, AGP.
[53] Urbán Aguirre, *op. cit.*, p. 252.

sin contraer otras obligaciones con gente de fuera. Luis, que prometió enviar melones y frutas a los niños de los García Pimentel en la ciudad de México, tenía la feliz seguridad, como los demás hacendados, de que se abría un "buen porvenir" para las haciendas azucareras de Morelos.

En los pueblos, la nueva fortuna de los hacendados dio lugar a enconos. Era todavía más insultante que los progresos que habían hecho los generales carrancistas. Mientras que el control que los generales habían ejercido en las haciendas, no obstante ser un negocio, había sido una ocupación militar, y, por lo tanto, no había sido definitiva y estaba inevitablemente sujeta a una revisión civil y, probablemente, popular, la recuperación de las tierras por parte de los hacendados parecía ser una entrega oficial del estado a sus cuidados para siempre; y los hacendados se percataban del resentimiento popular que había en contra de ellos. La gente de Jonacatepec, informó Luis quejumbrosamente a sus padres, era realmente "muy mala y mal agradecida. Muchos han venido a *pedir;* a saludarme y preguntarme por ustedes" sólo había venido una mujer. Consideraba que el miedo a la represalia zapatista refrenaba las muestras de afecto de la gente del lugar para con él, el generoso hijo del antiguo terrateniente, pero puso de manifiesto su propio miedo cuando solicitó y obtuvo una escolta militar tan sólo para ir a Tenango y regresar. Y lo que era peor, los campesinos lo abrumaban a "cuestiones", se quejaba Luis, "unas añejas y otras modernistas", acerca de sus derechos a las tierras, a los bosques y el agua. Sin duda, les aseguró a sus padres, "hoy está enteramente muerto el zapatismo militante y las partidas que quedan son pocas y sin importancia". Sin embargo, percibiendo la tensión de la atmósfera de Morelos y refunfuñando que los campesinos no tardarían en pedir ejidos, observó, "el zapatismo que no ha muerto, ni morirá, es el zapatismo pacífico, pues tiene esta gente el robo en la sangre, y nada ni nadie se lo podrá quitar".[54]

Cuanto más tiempo permanecieron inactivos los jefes zapatistas mientras los hacendados se recuperaban, tanta más autoridad moral fueron perdiendo en los pueblos. Y esto no sólo puso en peligro su movimiento, sino la revolución misma en Morelos. Pues si finalmente perdían su reputación popular, entonces habría desaparecido el único partido local que tuviese arraigo en los pueblos, lo que significaba que se impondría en el campo un nuevo orden semejante al antiguo. Para Morelos, la suerte de los zapatistas en 1920 era decisiva, era la última fase del movimiento revolucionario más significativo que se había inaugurado en 1910 y que todavía no había concluido. Lo que estaba en juego era si podría haber una revolución local, o siquiera una influencia local en la Revolución nacional.

En medio de la confusión, los oposicionistas de fuera del estado reanudaron sus intrigas. De nuevo, la empresa pelaecista era la más seria,

[54] L. García Pimentel, hijo, a su madre, 22 de enero y 25 de febrero de 1920, AGP. Las cursivas son suyas.

y esta vez contaba con nuevos agentes y con una nueva diplomacia, de tacto más delicado. Comenzó a principios de enero, cuando un jefe pelaecista, Rafael Pimienta, llegó al escondite de Gabriel Mariaca, cerca de Tetecalita, y le ofreció un constante suministro de armas y de municiones procedentes de la ciudad de México. Al contrario de lo que había hecho Palafox en el verano anterior, no pidió a cambio de esto compromisos políticos; declaró únicamente que Peláez procuraría restaurar la Constitución de 1857 con reformas agrarias, lo cual era todo lo que ahora proponían también los zapatistas. Mariaca no supo qué contestar. Como era su deber, le escribió a Magaña para pedir consejo, pero no recibió ninguno. Después, "encontrándome aislado y con el firme interés de luchar por nuestra causa", como explicó más tarde, aceptó el ofrecimiento. Inclusive le proporcionó un guía a Pimienta para que lo llevase hasta el campamento de Everardo González, que estaba en las montañas del sureste del estado de México, a donde Pimienta pensaba llevar los pertrechos para su distribución.[55] En otros campamentos zapatistas, el felicismo era más atractivo y durante el mes de enero más de veinte aturullados jefes menores pidieron y obtuvieron nombramientos como oficiales felicistas que les fueron enviados desde el cuartel felicista de Veracruz. El 18 de enero, cuatro generales zapatistas de Morelos llegaron en persona al campamento de Veracruz y se pusieron a las órdenes de don Félix.[56] Desde su campamento de Tepeite, de la O se mantenía en contacto con el coronel obregonista Calvo.

Pero Magaña no había abdicado. Contra Palafox y contra Mendoza había demostrado de nuevo que no era hombre que renunciase a una pelea simplemente para no meterse en líos. Precisamente porque conocía el carácter de una paz auténtica, se sentía desasosegado en la comprometedora inmovilidad a que lo habían condenado los carrancistas. Y cuando se enteró a principios de enero de que la propaganda carrancista y la oposicionista que se había hecho correr en lo tocante a él había desconcertado a varios jefes, que querían "instrucciones... para definir nuestra cituación [sic]", inició preparativos para escapar de la paz muerta de la ciudad de México, regresar a la lucha en el campo y poner los fundamentos de un auténtico convenio.[57] El 11 de enero, haciendo mención de informes recientes que le habían llegado de que algunos "reaccionarios" estaban tratando de sobornar al "elemento sano y bien intencionado" del club, le notificó a Lucio Blanco que se iba de la ciudad para parar aquellas intrigas "que tanto nos perjudican". Como buen político, no rompió el contacto con Lucio Blanco, sino que nombró a un agente, a un abogado de Puebla que desde hacía tiempo había venido ayudando a los zapatistas, para que continuase los tratos con él y con el general Barragán; además, prometió mantener una correspondencia con Blanco, y le envió

[55] Mariaca a Magaña, enero (s.f.) y 13 de marzo de 1920, AZ, 30: 15 y 16.
[56] Liceaga: *op. cit.*, pp. 596-7.
[57] J. Ramos a Magaña, 2 de enero de 1920, AZ, 30: 15.

la clave del código que utilizarían.[58] A fines de enero, se encontraba en las montañas de Puebla, al margen de la ley nuevamente. Como antes, se desentendió del esfuerzo militar para concentrar su atención en el diplomático, y cooperó con el amnistiado Ayaquica al nombrar a Genaro Amezcua y a Vázquez Gómez delegados zapatistas ante una junta de exilados que habría de reunirse en Estados Unidos.[59]

El regreso de Magaña fortificó el movimiento en Morelos. Cesó la avalancha de defecciones zapatistas ante el gobierno y ante los felicistas. Magaña, sin embargo, tuvo el buen tino de no poner reparos al pelaecista Pimienta y en las semanas subsiguientes Pimienta metió de contrabando los pertrechos militares que le había prometido a Mariaca. Mientras tanto, los secretarios trabajaron para volver a coordinar la organización zapatista. Y a principios de marzo, habiéndolo convenido calladamente con el presidente municipal, Soto y Gama restableció una oficina central zapatista clandestina en Tlaltizapán. En ella, planeó reuniones mensuales para los secretarios y ayudantes de todos los campamentos zapatistas, con el objeto de "unificar totalmente el criterio revolucionario sobre los diversos problemas nacionales". Era urgente llegar al acuerdo, le dijo Soto y Gama a Mendoza al invitar a su personal, "hoy que tan próximo está el triunfo de la causa [por la] que combatimos".[60] Oficialmente, el Jefe Supremo de la organización zapatista era todavía Vázquez Gómez, cuyo agente de la ciudad de México asediaba a Magaña para que siguiese siendo fiel a él y no se pasase al bando de Peláez. Y en favor de Vázquez Gómez, más de 20 jefes locales estaban listos para entrar en acción a mediados de marzo, entre los que figuraban los veteranos de la O, Mendoza, Mariaca, Francisco Alarcón, Pedro Saavedra, Valentín Reyes, Ceferino Ortega, Vicente Aranda, Everardo González y Sabino Burgos. Entre todos habían reunido unos 2 500 guerrilleros y otros 1 500 soldados de reserva. En una junta militar, Mariaca y de la O vigilaron la distribución de los pertrechos que Pimienta les había hecho llegar. Como le dijo Mariaca a Magaña, esperaban únicamente sus órdenes para comenzar las operaciones.[61] Después de cuatro meses de escisiones y recelos, los zapatistas eran de nuevo una fuerza de la política local y nacional, gracias en gran parte, nuevamente, a Magaña.

Fue una reunión de fuerzas por demás oportuna. Pues a mediados de marzo, cuando el candidato carrancista a la presidencia comenzó a pronunciar sus discursos de campaña electoral para la elección que ten-

58 Magaña a Blanco y a Felipe T. Contreras, 11 de enero de 1920, *ibid.*

59 Magaña a Amezcua y a F. Vázquez Gómez, 30 de enero de 1920, *ibid.* Un tercer delegado nombrado por Magaña fue Agustín Arriola Valadez, editor radical de la ciudad de México.

60 Soto y Gama a Mendoza, 3 de marzo de 1920, AA.

61 Severo Leal a Magaña, 29 de febrero de 1920, AZ, 29: 7. Soto y Gama a Amezcua, 23 de marzo de 1920, y S. Burgos a Amezcua, 24 de marzo de 1920, AA. "México, Estimate of the Military Situation", 5 de marzo de 1920, NA, 45: 658. Mariaca a Magaña, 13 de marzo de 1920, AZ.

dría lugar en junio, la crisis nacional de la sucesión comenzó a manifestarse públicamente. Obregón, Pablo González y los carrancistas se enzarzaron en una disputa que se estaba haciendo cada día más legalista y ominosa. Acechando nerviosamente en las alas se encontraban los exilados, los rebeldes y los que se habían puesto al margen de la ley.

Magaña, con una resolución sorprendente para sus veintiocho años, cambió la afiliación de su movimiento. Con perspicacia aún más notable, acertó en la elección del hombre a quien ofrecer su fidelidad, pues se la entregó a Obregón, tan pronto como el agente personal de Obregón en el sur, el general de brigada Juan C. Zertuche, se la pidió. Y después de enviar instrucciones a los jefes de Morelos, Guerrero, México, Puebla e inclusive Michoacán, él en persona fue a cumplir una misión obregonista en la zona más estratégica del sur, la de los pasos entre la Mixteca y el valle donde se reúnen los estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz. Era éste el territorio de Díaz, la base de la cual había partido don Porfirio cincuenta años antes, y ahora era la de don Félix; hasta fines de marzo, los únicos zapatistas de aquellos lugares habían actuado como felicistas. Pero luego llegó Magaña, recuperó a los jefes locales y comenzó a organizarlos para que se pronunciasen en favor de Obregón y se apoderasen de la región en su nombre cuando estallase la crisis.[62]

En Morelos, la nueva alianza cuajó rápidamente. El 27 de marzo, seis días después de que la policía había encarcelado a más de setenta destacados obregonistas en la ciudad de México, entre los que figuraban cinco diputados federales, Calvo llegó en persona y con órdenes hasta Tepeite y le informó a de la O que en la capital les parecía que se había rendido. "Mañana —respondió de la O— les pruebo que no me he rendido." Y al día siguiente, en Tres Marías, voló un tren de pasajeros que iba con destino a Cuernavaca. Entre los supervivientes se encontraba el agregado militar auxiliar de la Embajada de Estados Unidos, al cual de la O tomó como rehén. Un día más tarde, hizo incursiones en el Distrito Federal y saqueó Milpa Alta para obtener suministros. "El general Obregón quiere ser su amigo" le aseguró Calvo a de la O. "¿Y qué pruebas me traes, coronel, de lo que me dices?", le preguntó el ceñudo jefe, que le dio a entender que quería material de guerra. Calvo entendió la insinuación y le ofreció "surtirle de armas y parque". Y pocos días después comenzaron las entregas.[63] El pelaecista Pimienta, desairado, se

[62] Palacios: *Zapata*, p. 294. Liceaga: *op. cit.*, p. 308. Zertuche había desempeñado un papel importantísimo en la campaña de Obregón hasta el 1º de marzo, cuando desapareció "para cumplir una comisión". Véase Ruvalcava: *op. cit.*, II, 354; se dan más noticias de Zertuche en Ricardo Calderón Serrano: "Un soldado de la revolución", *El Nacional*, 22 de enero de 1947.

[63] Ferris al secretario de Estado, 29 de marzo de 1920, NA, 59: 812.00/23531. Summerlin al secretario de Estado, 12 de mayo de 1920, NA, 45: 659. De la O en *Impacto*, 21 de enero de 1950.

convirtió en apéndice del nuevo trato y aceptó prestar servicios como jefe del personal de de la O.

A principios de abril, comenzó a ponerse de manifiesto la crisis nacional. A manera de último y torpe intento para controlar la oposición, Carranza insistió en nombrar a un devoto general carrancista comandante en jefe en Sonora, que era el territorio del partido obregonista. El 2 de abril, el subsecretario de Guerra le ordenó a Obregón que regresase de una gira de campaña para rendir testimonio ante un tribunal militar en la ciudad de México, con el pretexto de que había mantenido supuestas relaciones subversivas con un jefe felicista recientemente amnistiado. El 6 de abril Obregón se presentó ante el tribunal y descubrió que ya no era simplemente un testigo, sino un probable acusado. El 10 de abril, el gobernador y los legisladores obregonistas de Sonora declararon prácticamente independiente a su estado del gobierno federal. En la ciudad de México, la policía estuvo a punto de detener a Obregón y a su colaborador más íntimo, Benjamín Hill. El 11 de abril, en una comida privada que tuvo lugar en el restaurante Chapultepec, que entonces estaba de moda, Obregón convenció a Pablo González y llegó con él a un entendimiento que equivalía a una benévola neutralidad de Pablo González. Y en las primeras horas del 13 de abril, el día en que habría de oír los cargos que se le hacían, Obregón huyó de la capital.[64] El arreglo de cuentas había comenzado.

Desde un principio, los zapatistas figuraron destacadamente en la causa de Obregón. Pues tanto éste como Hill escaparon hacia el sur; y aunque Obregón, disfrazado de ferrocarrilero y haciendo viaje en un tren a través de Morelos, hasta Guerrero, podía aplazar un llamamiento a los guerrilleros locales, Hill, que había llegado únicamente a los suburbios del sur de la capital, los necesitaba inmediatamente. En la fecha de su huida, un martes, le escribió a de la O para proponerle una hora y un lugar para su rescate. Los zapatistas estaban demasiado lejos para alcanzarlo y tuvo que esconderse en unas minas de arena de las afueras de Mixcoac. Pero el jueves de la O le contestó, lo felicitó y le prometió enviar lo que más tarde habría de llamar "expedición suicida" para rescatarlo. "Ya llevan órdenes los jefes para prestar toda ayuda y guardar las debidas consideraciones a los compañeros —le aseguró de la O a Hill—, y yo, por mi parte, procuraré tener por aquí todo listo." Calvo llevó a Hill hasta un lugar en el que los zapatistas pudiesen encontrarlo, y al final de la semana Valentín Reyes condujo a quinientos jinetes hasta el Distrito Federal, en las cercanías de Contreras, y recogió a los obregonistas. Cuando iban de regreso, el domingo, la expedición tropezó con una columna de doscientos federales, cuyos disparos dieron muerte a Calvo y a otros ocho más. Pero, al día siguiente,[65] Reyes depositó a Hill

[64] Ruvalcaba: *op. cit.*, III, 7-222.

[65] De la O en *Impacto*, 21 de enero de 1950. *El Liberal*, 19 y 22 de abril de 1920. *El Universal*, 20 de abril de 1920. *El Demócrata*, 18-21 de abril de 1920.

en un campamento de de la O que se encontraba en La Cima. Y el martes, 20 de abril, una semana después de la huida de Obregón, Magaña publicó una bienvenida oficial a los nuevos rebeldes. Redactada probablemente por Soto y Gama, después de referirse melancólica y brevemente a Díaz, Huerta y Carranza, contra los cuales tronó, se deshizo en elogios para "los hombres pundonorosos del constitucionalismo, los Obregón... que se lanzan hoy de nuevo al campo de la lucha... bienvenidos seáis hermanos... recibid el abrazo fraternal de vuestros hermanos, hermanos que en la montaña heroica, cabe los nidos de las águilas que mueren mirando cara a cara al sol, han sabido mantener ardiente el fuego de la libertad, el ansia infinita de ser mexicanos libres... Unidos así habremos triunfado". A manera de "calentamiento" preliminar para su debut en la Cámara de Diputados, el autor terminó su perorata haciendo sonar "los clarines del triunfo". No pudo dejar de mencionar una última imagen: la del "blanco pabellón de la paz" que se desplegaba para mostrar el lema de "la Francia del noventa y tres, Igualdad, Fraternidad y Libertad".[66]

Magaña había metido ya también en su movimiento a los zapatistas que habían aceptado amnistías. A Ayaquica, que se encontraba en Tochimilco, le había mandado informes que, como dijo Ayaquica en su respuesta, "mucho me han alegrado porque ahora sí creo que arreglaremos nuestros asuntos". Ayaquica le aseguró a Magaña que había concertado un pacto con un jefe federal local para "movilizarme a su debido tiempo". Y en calidad de amigo y compañero de Magaña le envió un correo para que le informase verbalmente "de muchas otras cosas que debe usted conocer".[67]

Mientras tanto, en una sola semana, la rebelión obregonista se había transformado en un gran levantamiento nacional. Desde el norte de Guerrero, en donde funcionarios locales le dieron asilo, en cuanto llegó, Obregón despachó inmediatamente telegramas cifrados a sus partidarios y aliados probables de la República. Rápidamente el gobierno de Sonora dio a conocer una repudiación formal de la autoridad de Carranza. El 15 de abril, los comandantes militares federales de Sonora también se declararon exentos de obedecer sus órdenes. Pocos días después los secundaron las autoridades civiles y militares de Sinaloa, Michoacán y Zacatecas, así como funcionarios de menor grado en otros estados. En el noreste, Manuel Peláez unió sus fuerzas a las del nuevo movimiento. El 20 de abril, el gobernador, los legisladores y el comandante en jefe de Guerrero repudiaron también, formalmente, la autoridad federal. Y así lo hicieron también los jefes del Partido Obrero Mexicano que se hallaban ahora refugiados con Obregón en Guerrero.[68]

En ese momento, los funcionarios de Morelos ardían en deseos tam-

[66] *El Demócrata*, 13 de mayo de 1920.
[67] Ayaquica a Magaña, 15 de abril de 1920, AZ, 27: 6.
[68] Figueroa Uriza: *op. cit.*, II, 824-36. Ruvalcaba: *op. cit.*, III, 350-3.

bién de volverse obregonistas. Aunque el gobernador Rodríguez permaneció firmemente leal a Carranza, los presidentes municipales se le habían escapado de las riendas y, casi en su totalidad, habían expresado sus simpatías por los nuevos rebeldes. Los comandantes militares del estado, el general Francisco Cosío Robelo, en Cuernavaca, y el general Salvador González, en Cuautla, que eran ambos pablistas neutrales, obraron como si tratasen de fomentar una rebelión en su zona. Después de oír noticias de Obregón, el 14 de abril, Cosío Robelo no se había movido. Tampoco lo había hecho González. Ni siquiera cuando le fueron enviadas órdenes de perseguir a de la O y Hill se movió Cosío Robelo, y los rebeldes habían campado por sus respetos por el sur del Distrito Federal y el norte de Morelos, reclutando aldeanos para la lucha con la promesa de darles armas, un peso diario y "manos libres" para saquear; para atacarlo, la Secretaría de Guerra tuvo que llamar finalmente al general Gustavo Elizondo, desde el estado de México. El 21 de abril, González evacuó Cuautla y abandonó la ciudad a sus propias defensas. En ese mismo día, el subsecretario de Guerra visitó Cuernavaca personalmente para inspeccionar su guarnición y descubrió que Cosío Robelo se había llevado ya a la mayor parte de sus tropas a Puente de Ixtla, en donde lo mismo podrían unirse a Obregón que hacerle resistencia. Aunque el subsecretario regresó a México al día siguiente después de haber obtenido la profesión de lealtad de Cosío Robelo, los federales permanecieron inactivos en Morelos, y la seguridad del estado empeoró todavía más.[69]

El momento culminante de la rebelión obregonista llegó el 23 de abril, cuando las autoridades rebeldes de Sonora publicaron el Plan de Agua Prieta. Era un programa político para la nación, para derrocar a los carrancistas, establecer como presidente provisional al gobernador de Sonora, Adolfo de la Huerta, y reconstituir el gobierno después de nuevas elecciones. Como ahora había dos ejecutivos supremos, el de Carranza en la ciudad de México y el de de la Huerta en Sonora, los leales y los rebeldes tenían que decidir cuál era el legítimo. Y mientras lo decidían, los rebeldes se multiplicaron muchísimo, especialmente en el ejército. Como observó Luis Cabrera, ministro de Hacienda de Carranza, "más bien que una rebelión, es... una verdadera huelga militar".[70] En la semana siguiente, el levantamiento se transformó en un poderoso estallido nacional.

Las repercusiones arrastraron a Morelos hacia la corriente principal. Cuando las noticias del Plan de Agua Prieta llegaron a Cuernavaca, el gobernador Rodríguez reunió precipitadamente una junta de presidentes municipales para que declarase en favor de Carranza. Pero, en vez de decla-

[69] *El Demócrata*, 21, 22 y 26 de abril de 1920. *El Liberal*, 24 y 25 de abril de 1920. Joaquín D. López: "Rectificación al general Francisco Cosío Robelo", *El Universal*, 29 de diciembre de 1930.

[70] Una copia del plan está en González Ramírez: *Planes*, pp. 251-5. Declaraciones de apoyo pueden leerse en Clodoveo Valenzuela y Amado Chaverri Matamoros: *Sonora y Carranza* (2a. ed.; México, 1921), pp. 299 *ss*. Para la observación de Cabrera, véase *El Demócrata*, 3 de mayo de 1920.

rarse en favor de Carranza, los funcionarios reunidos optaron por Obregón y los sonorenses. Y Cosío Robelo, que por fin se había decidido a actuar, los felicitó, depuso a Rodríguez y ordenó la distribución de armas a las milicias municipales del estado.[71] Los pueblos que no sabían si debían aceptar el ofrecimiento obregonista, por temor a ganarse la enemistad de los zapatistas, enviaron correos al cuartel general de Magaña, en Puebla; pero Magaña les aconsejó que se metiesen de lleno en la revuelta y los veteranos zapatistas volvieron ahora a la acción como partidarios de Obregón. A medida que fueron tomando posiciones en sus pueblos o se fueron incorporando a sus antiguos jefes en el campo, el Ejército Libertador del Sur cobró forma de nuevo.

Los ritos locales de rebelión se llevaron a cabo frenéticamente. El 25 de abril, el subsecretario de Guerra degradó a Cosío Robelo por "falta de espíritu militar", pero en vano. En ese mismo día, que era domingo, Pablo González huyó de la capital y dio la señal a los demás pablistas de la República. El lunes, Obregón se adelantó desde Iguala y Cosío Robelo bajó desde Cuernavaca y en una reunión festiva celebrada en Puente de Ixtla cerraron su trato. En ausencia, Salvador González anunció que se sumaba a ellos. Y el martes Cosío Robelo se declaró formalmente en favor de los sonorenses y puso a las órdenes de Obregón a sus cinco mil soldados bien armados y pertrechados. El miércoles, el general Elizondo, otro pablista a quien la Secretaría de Guerra había enviado a Cuernavaca para aplastar a los rebeldes, se les sumó. En ese día, también, un general leal ocupó Cuautla, pero tuvo que evacuarla poco después y retirarse a la capital. A fines de abril, todos los grupos organizados del estado eran obregonistas, todos los cuerpos del ejército federal, los veintiséis gobiernos municipales y sus milicias y todas las bandas zapatistas. Y los hacendados habían huido de nuevo.[72] A los aldeanos que todavía dudaban, Magaña les confirmó su consejo anterior en una Circular a los pueblos de la región del sur, del 1º de mayo. De manera especial, recomendaba que "todos los simpatizadores de nuestra causa impartan su ayuda moral y material a todos los revolucionarios honrados, incluyendo entre éstos a los nuevos compañeros que, desengañados ya de las patrañas del carrancismo, vuelven al campo de la lucha, a contribuir con su esfuerzo al triunfo de la Revolución". Su advertencia final era la de un hombre extenuado que está a punto de cobrar fuerzas. "Hoy, como ayer, seremos amigos de los pueblos que estén con nosotros. Pero sabremos castigar también a quienes falten a la gratitud que deben a la memoria sagrada del inmortal Emiliano Zapata." [73]

[71] S. Valverde: *op. cit.*, p. 237. Hay un relato favorable a Rodríguez en Urbán Aguirre: *op. cit.*, pp. 223-5.

[72] *El Demócrata*, 26 y 28 de abril y 2 de mayo de 1920. *El Liberal*, 26-9 de abril de 1920. *El Universal*, 9 de mayo de 1920. Francisco Cosío Robelo: "Rindiendo cuentas", *ibid.*, 27 de diciembre de 1930.

[73] Circular a los pueblos de la región sur, 1º de mayo de 1920, AZ, 30: 18.

A las 7.15 de la mañana del 2 de mayo, Obregón y sus ayudantes salieron de Iguala, llenos de júbilo, en un tren que los llevaría de regreso a la capital. Al atravesar Morelos se detuvieron en Zacatepec, donde estaban esperando Hill, Salvador González, de la O, Pimienta, Reyes, Mariaca y otros jefes. Se retiraron a la cercana Jojutla para descansar y serenarse en una junta que tuvo lugar en la casa de la familia Mazari, y para arreglar los mandos y la estrategia de los contingentes que debían de lanzar el asalto contra la ciudad de México. Embriagado por este último y dulcísimo éxito, de la O casi no pudo contenerse. "Tengo media República en la bolsa", le dijo a Obregón. Esa tarde, el grupo avanzó a Cuernavaca. Les habían preparado una bienvenida Cosío Robelo y Elizondo, y Obregón habló ante una atenta multitud desde el balcón del viejo hotel Bellavista de la señor King.[74] Como la rebelión prosperaba por todas partes en el país, no quedaban dudas de que los obregonistas no tardarían en entrar en el Distrito Federal, sin que los zapatistas forajidos figurasen encumbradamente en sus filas.

Persistían las amenazas a la nueva unión sureña. Desde la ciudad de México, los carrancistas trataron todavía de ofrecer resistencia, y enviaron un avión o dos a bombardear las posiciones rebeldes en La Cima, Tres Marías y la estación del ferrocarril de Cuernavaca, pero de nada sirvió, pues las fuerzas rebeldes siguieron concentrándose para su ofensiva.[75] Desde la distante ciudad de San Antonio llegó también un ruego desesperado de Vázquez Gómez para que Magaña no aceptase a Obregón, pues esto era, como dijo quejumbrosamente, tanto como "aceptar el carrancismo sin Carranza". Pero éstas eran las quejas que un exilado lanzaba al viento, tan angustiadas y fútiles como los cantos del rey poeta de Texcoco cuyo nombre usaba como seudónimo Vázquez Gómez.[76] Al igual que Carranza, que sólo era un año mayor que él, el doctor no era sino un cadáver político. Y Magaña ni siquiera le contestó. En Obregón, Magaña podía ver a un hombre con todos los talentos políticos que admiraba en Vázquez Gómez, pero joven, lleno de vitalidad y que estaba a punto, realmente, de llegar a la presidencia. Y a Obregón se aferró. Lo mismo hicieron los demás zapatistas. Y fusionados en un solo cuerpo, cuyas filas engrosaban a medida que avanzaban, los ejércitos rebeldes aliados cruzaron los bosques de pinos y los parques de las montañas del sur del Distrito Federal y bajaron al abierto valle central.

Finalmente, el 7 de mayo, Carranza y los últimos leales que le quedaban huyeron de la capital con la esperanza de llegar a Veracruz. Por aquel entonces, Obregón estaba en Xochimilco, esperando, escoltado por

[74] Ruvalcaba: *op. cit.*, IV, 56. Mazari: "Bosquejo", pp. 117, 126. De la O en *Impacto*, 21 de enero de 1950. Gustavo Casasola: *Historia gráfica de la Revolución Mexicana, 1900-1960*, 4 vols. (México, 1964), II, 1381.

[75] *El Demócrata*, 4 de mayo de 1920. *El Liberal*, 3 de mayo de 1920. Urbán Aguirre: *op. cit.*, pp. 225-6.

[76] Netzahualcóyotl a Magaña, 4 de mayo de 1920, AZ, 30: 18.

las tropas de de la O. Al día siguiente, se acercaron todos a Tacubaya, para esperar todavía mientras los agentes de Obregón preparaban la ciudad para recibirlo. Allí, un periodista le preguntó a Obregón: "¿Cree usted que la alianza con el sur sea duradera?" La respuesta fue una joyita de ingenio de estadista, una franca respuesta pública que velaba y confirmaba una oferta hecha en privado. "Creo que es definitiva —dijo Obregón— y ello tendrá como consecuencia una multitud de bienes a esa región."[77] El 9 de mayo, cuando Obregón volvió a entrar en la ciudad de México como héroe conquistador, de la O cabalgó a su lado, haciéndole íntima compañía. Cuatro días más tarde, Magaña y Soto y Gama llegaron también a la capital, vestidos de traje negro y sombrero como correspondía a dignatarios, para que se les fotografiase cubiertos del confeti de sus amigos, mudamente sosteniendo ramos ceremoniales en sus manos.[78] Para estos zapatistas, la penosa prueba había terminado.

Rápida y hábilmente, Obregón y sus socios sonorenses organizaron su gobierno. Sólo hubo un feo episodio: para escapar de los rebeldes que lo perseguían en Puebla, entre los que figuraban zapatistas locales, Carranza abandonó su tren, se retiró a las escarpadas montañas del norte del estado y fue asesinado allí, el 21 de mayo, por traidores que se habían metido en su guardia.[79] Pero los dirigentes obregonistas se mostraron inculpablemente serenos, dieron muestras de un reposado desagrado por la traición, detuvieron al asesino y fueron a lo suyo. El día del entierro de Carranza en la ciudad de México, el 24 de mayo, hicieron que el Congreso eligiese presidente provisional a Adolfo de la Huerta, por 224 votos contra 28 de Pablo González. El 26 de mayo, el general que había sido comandante en jefe de los rebeldes en Sonora, Plutarco Elías Calles, se hizo cargo de la Secretaría de Guerra. Cuatro días más tarde, de la Huerta llegó a la capital. Y el 1º de junio prestó juramento para asumir su cargo interino, que habría de desempeñar durante seis meses.[80] La suavidad de la transición llegó a impresionar hasta a autores de corridos, que ahora tenían metida en los huesos la desconfianza respecto de los políticos. Como observó uno de ellos:

Todo es un mismo Partido,
ya no hay con quién pelear,
compañeros, ya no hay guerra,
vámonos a trabajar.

[77] *El Universal,* 9 de mayo de 1920.

[78] *Ibid.,* 10 de mayo de 1920. *El Demócrata,* 13 de mayo de 1920. Casasola: *op. cit.,* II, 1394, 1403-4.

[79] Informe de A. Barrios a Magaña, 16 de mayo de 1920, AZ, 30: 18. *El Demócrata,* 17, 22 y 23 de mayo de 1920. *El Universal,* 17 y 23 de mayo de 1920. *Excélsior,* 19 y 20 de mayo de 1920. Una novela escrita con sensibilidad acerca de este episodio es la de Fernando Benítez: *El rey viejo* (México, 1959).

[80] *El Universal,* 24 y 25 de mayo de 1920. *El Demócrata,* 1 y 2 de junio de 1920.

Inclusive hizo una predicción, cosa a la cual ya no se solían atrever mucho los autores de corridos, en la que dijo que

El pueblo dará su voto
al general Obregón
porque es el único jefe
que refrena la ambición.[81]

Los zapatistas figuraron destacadamente en este nuevo régimen que se estaba consolidando con rapidez. El 2 de junio, veinte mil partidarios del Plan de Agua Prieta desfilaron por el zócalo y entre ellos figuraron fuerzas de Morelos. Y observando el desfile, al lado de los nuevos dirigentes a quienes se les había hecho ese honor, desde un balcón del Palacio Nacional, junto a un Pablo González que sonreía ligeramente, se encontraba el rechoncho y moreno de la O, al que el sol le hacía fruncir el ceño. Visto de lado, se parecía mucho a Zapata, que hacía más de un año que había muerto. (Si de la O hubiese sido muerto y Zapata hubiese vivido, éste probablemente se habría encontrado allí, en su lugar, con el mismo fruncimiento de incomodidad, convencido por Magaña de que se sumase al auge obregonista, pero pensando probablemente, como no lo estaba haciendo Magaña, en cuándo tendría que volverse a rebelar de nuevo.) Después del desfile, se tomaron fotografías oficiales en los ornados salones de Palacio. De la O soportó que le tomasen una, con su lugarteniente Valentín Reyes a la derecha y Pablo González y otros generales a su izquierda. Todo el mundo compuso la figura y posó. Solamente de la O miró con hosca desconfianza directamente a la cámara, exactamente como Zapata había hecho siempre. Los mejores hombres de Morelos no sabían lo que era posar. Pero, de todas maneras, allí estaba sentado un jefe nativo, un igual de los comandantes de mayor rango de la nación. En los banquetes de ese verano no fue un abogado de los hacendados el que representó al pueblo del pequeño estado sureño, situado al otro lado de las montañas, sino el jefe de un pueblo en el que la mayoría de los habitantes se dedicaba a la producción y venta de carbón vegetal.[82]

Los zapatistas no sólo fueron exhibidos, sino que también se les dio acceso al poder. El 2 de junio, el secretario de Guerra Calles incorporó formalmente al Ejército Libertador zapatista, que hasta entonces había sido una fuerza irregular a las órdenes de Obregón, al ejército federal en calidad de División del Sur, y a de la O y a Magaña se les nombró generales de división.[83] En política, Magaña era excepcionalmente útil en virtud de sus prolongadas relaciones con jefes de muchos bandos, tanto

[81] Canción citada en Simmons: *op. cit.*, p. 168.

[82] Casasola: *op. cit.*, II, 1432, 1434, 1464. *El Demócrata,* 20 de junio de 1920. *El Heraldo de México*, 25 de junio de 1920.

[83] *Ibid.*, 4 de junio de 1920. *El Universal*, 4 de junio de 1920. Palacios: *Zapata,* p. 295.

de los que se encontraban ahora en el poder como de los que todavía no se habían acomodado. A sus propios jefes que todavía estaban en armas les aclaró cuál era la naturaleza del nuevo régimen y convenció a los últimos reacios, como Mendoza, para que lo aceptasen. A los jefes que habían sido zapatistas, pero ahora eran felicistas y se mantenían todavía al margen de la ley, podía arreglarles amnistías. Con los exilados que habían regresado, como Antonio Villarreal, él y Soto y Gama reanudaron relaciones íntimas inmediatamente. La ayuda más valiosa fue la que prestó Magaña al tratar con el agente de Villa en San Antonio a fin de conseguir la rendición y el retiro de Villa, que el presidente deseaba. El gobierno se encontraba en "magnífica disposición", Magaña cablegrafió a San Antonio, "y el general Villarreal y los elementos surianos mediarán con todo gusto".[84] Persuadido por estos y otros llamamientos, Villa firmó finalmente un tratado de paz, el 28 de julio, y confirmó la reputación de los obregonistas de ser los únicos revolucionarios capaces de unificar el país. Casi tan útil como Magaña era Soto y Gama, por razón de sus antiguas relaciones con profesionistas e intelectuales radicales que eran ahora factores clave de la política, tanto dentro como fuera del gobierno. A petición de Obregón, Soto y Gama reunió a sus camaradas de la Convención de 1914-15, convenció a nuevos reclutas y el 13 de junio fundó el Partido Nacional Agrarista. Amigos suyos organizaron clubes en Morelos, Guerrero, Puebla, Tlaxcala, México, Hidalgo, San Luis Potosí, Durango, Guanajuato, Jalisco y Chihuahua. En las elecciones para el Congreso que tuvieron lugar en el mes de agosto sólo siete agraristas obtuvieron escaños en el Congreso, pero a través de la conexión de Soto y Gama con Obregón ejercieron una autoridad en la Cámara diez veces mayor que la que correspondía a su número. Durante octubre, Soto y Gama surgió como segundo vicepresidente de la Cámara, y durante diciembre otros dos agraristas fueron su primer y segundo vicepresidentes; los agraristas formaron parte también de los comités más importantes, de credenciales, de problemas constitucionales, de relaciones extranjeras y de asuntos agrarios.[85]

Para Morelos, la influencia más valiosa de Magaña y Soto y Gama era la que tenían en la Secretaría de Agricultura. El secretario era Villarreal, provisionalmente durante el gobierno interino y después, cuando Obregón fue elegido presidente el 1º de diciembre, de manera regular. Después de su antigua declaración de fe, de su sentido del "deber revolucionario", Magaña y Soto y Gama habían ejercido una firme presión sobre él. Y desde su cargo les cumplió lo prometido. Quitó a Patricio

[84] P. Martínez a Magaña, 2 de junio de 1920, y Mendoza a Magaña, 6 y 15 de junio de 1920, AZ, 30: 22. G. Lozano Sánchez a Magaña, 2 de julio de 1920, *ibid.*, 31. Magaña y Soto y Gama a Villarreal, 16 de mayo de 1920, *ibid.*, 18. Magaña, A. Barrios, y O. Paz a M. Díaz Lombardo, junio de 1920, *ibid.*, 15.

[85] Vicente Fuentes Díaz: *Los partidos políticos en México*, 2 vols. (México, 1954-6), II, 24. *Directorio de la Cámara de Diputados del XXIX Congreso de los Estados Unidos Mexicanos* (México, 1921), pp. 12-34, 53-70.

Leyva de la oficina agraria de su secretaría y nombró en su lugar a Valentín Gama, pariente de Soto y Gama, que cinco años antes había sido secretario de Comercio en la Convención; y Gama inmediatamente nombró a Genaro Amezcua, que había regresado de La Habana, agente oficial suyo en Morelos.[86] Públicamente exhortado y apoyado por los agraristas de Soto y Gama, a lo largo de 1920 Villarreal llevó a cabo los primeros esfuerzos serios de reforma agraria general, la Ley de Tierras Baldías del 23 de junio, la Circular de la Comisión Agraria Nacional del 6 de octubre y la Ley de Ejidos del 28 de diciembre.[87] Así, pues, para los pueblos de Morelos, Soto y Gama y Magaña eran los abogados superiores, para tratar los casos en las altas esferas. El acceso local a la autoridad central no siguió siendo tan directo como a mediados de mayo de 1920, cuando un oscuro coronel zapatista de Jonacatepec le envió una queja por telégrafo a Obregón en la que decía que los García Pimentel estaban abusando de los agricultores de la región y dos días más tarde Obregón le telegrafió su apoyo "con todo gusto". Pero por enredados que fuesen los canales de protesta y de petición todavía llegaban a las oficinas ejecutivas del gobierno. Como Soto y Gama le dijo a Mendoza, los obregonistas de mayor categoría "nos oyen y nos atienden".[88] Si no "una multitud de bienes", exactamente, los campesinos sí habían adquirido la posibilidad de defenderse de los hombres poderosos y la perspectiva de recibir auxilios, lo cual era un cambio revolucionario por comparación con 1910.

En su estado, en 1920, los zapatistas ejercían un control casi absoluto. El jefe era el general de la O, el comandante militar del estado, "un patriarca", como lo describió un periodista, "con la insinuante actitud de obispo de Jerusalem".[89] Después venía el gobernador recientemente designado, y que tomó el cargo el 10 de julio, el doctor José G. Parrés, nativo de Hidalgo, pero que había sido el médico zapatista más destacado de Morelos, por lo menos desde 1918. El secretario de gobierno era Carlos M. Peralta, llamado "Atl", jefe de espionaje zapatista en la ciudad de México en el año de 1917. Después venían los tres diputados federales del estado, y el más destacado de ellos era el agente local de Soto y Gama, natural de Tlaltizapán y zapatista militante desde abril de 1911, Leopoldo Reynoso Díaz, y lo acompañaban otros dos zapatistas del cuartel general, Mariano Montero Villar y Francisco de la Torre;

[86] *Boletín Oficial de la Secretaría de Agricultura y Fomento*, v, 5-8 (mayo-agosto de 1920), ii, iv.

[87] Entrevista personal con Soto y Gama. Hay comentarios acerca de la importancia de estas leyes en Simpson: *op. cit.*, pp. 81-8, y Frank Tannenbaum: *The Mexican Agrarian Revolution* (Nueva York, 1929), pp. 185-6, 330.

[88] S. Robles a Obregón, 19 de mayo de 1920, y Obregón a Robles, 21 de mayo de 1920, AZ, 30: 18. Soto y Gama a Mendoza, 1º de julio de 1920, AA.

[89] Francisco Bulnes: *Los grandes problemas de México.* (2a. ed.; México, 1956), p. 58.

sólo el senador, Benito Tajonar, no les pertenecía.[90] De rango aproximadamente igual era el de Amezcua, encargado del Departamento de Agricultura del estado. Venían después los jefes de las Defensas Sociales locales, la milicia civil que todavía estaba armada y movilizada. Durante los meses de junio y julio, acicateado por Pimienta y otros intrigantes, de la O actuó como si pretendiese desarmar a las defensas y apostar destacamentos de sus propias fuerzas regulares en los pueblos. Se produjeron varias confrontaciones ominosas entre las unidades rivales. A manera de reacción, los jefes de las milicias le pidieron ayuda a Magaña, el cual había organizado originalmente a muchas de las defensas desde el cuartel general zapatista, en 1918-19. Un jefe, inclusive, le propuso a Magaña que presentase su candidatura a gobernador.[91] A principios de agosto Magaña hizo llegar las quejas y su recomendación al presidente. Los milicianos que quisiesen retirarse deberían recibir una paga de licenciamiento equivalente a seis meses, recomendó, y el resto debería seguir armado en calidad de policía rural, aunque el gobierno federal no les pagaría un salario. Como Parrés le había pedido que dirigiese la Comisión Agraria del estado, Magaña pidió además que una escolta de cien milicianos fuese puesta a su servicio para el cumplimiento de deberes especiales a expensas del gobierno.[92] El resultado fue el que quería obtener: para no ofender a de la O permaneció fuera de Morelos, pero las milicias conservaron sus armas y los jefes siguieron siendo los gallos del lugar.

Sólo en la base, y a la sombra de los zapatistas, desempeñaban cargos revolucionarios de otra extracción. Eran los jueces de distrito y los presidentes, ediles y ayudantes municipales, algunos de ellos recientemente nombrados en la última revuelta y en su mayoría personajes que Tajonar había colocado el año anterior. Pero estaban sujetos ahora a elección local, e inventáronse un pasado de servicios al zapatismo que los convirtió en íntimos camaradas de campaña de Emiliano. Poco después, hasta ellos mismos se creyeron esas invenciones.

Los funcionarios zapatistas llevaron rápidamente a la práctica de nuevo su revolución. El 18 de agosto, mediante su segundo decreto, Parrés creó pensiones para las familias de los morelenses muertos en la Revolución. Y el 4 de septiembre, mediante el Decreto número 5, inició una nueva reforma agraria en el estado. "Considerando —dijo— que la Revolución Suriana encabezada por el General Emiliano Zapata sostuvo las reivindicaciones del proletariado del campo... que el Plan de Ayala... consignó principios entre los que, sin duda alguna, es el más importante la restitución y dotación de ejidos a los pueblos y la emancipación del peón del campo eternamente explotado... que los momentos históricos

[90] S. Valverde: *op. cit.*, pp. 239, 253. *Directorio de la Cámara* (1921), 20, 24, 27. *Directorio Cámara de Senadores XXVIII Leg.* (México, 1920), p. 6.

[91] Soto y Gama a Mendoza, 1º de julio de 1920, AA. *Excélsior*, 3 y 5 de agosto de 1920. Castrejón a Magaña, 9 de julio de 1920, AZ, 30: 31.

[92] Memorándum a de la Huerta, 6 de agosto de 1920, *ibid.*, 30.

en que vive el estado de Morelos son el resultado del... esfuerzo de todos aquellos ciudadanos que sostuvieron cruenta lucha en las montañas surianas... que la sangre derramada de nuestros hermanos, el grito de los huérfanos y las imploraciones de las viudas que ha dejado la revolución... exigen que los supervivientes... cumplan tan solemnes compromisos", organizaba formalmente el Departamento "para coronar el ofrecimiento hecho en Villa de Ayala, por el mártir de Chinameca". Se trataba de la Comisión Agraria del estado que quería que Magaña dirigiese. Habría de funcionar como se había prescrito en el decreto de Carranza del 6 de enero de 1915, sancionado en el Artículo 27 de la nueva Constitución, que los zapatistas habían reconocido al pronunciarse en favor del Plan de Agua Prieta.[93]

Mediante la nueva ley, Morelos se convirtió en un lugar en que los aldeanos podían seguir siendo aldeanos, dotados suficientemente de propiedad por derecho y económicamente liberados. Cualquier grupo de agricultores del estado que legalmente pudiese considerarse como pueblo, ranchería, congregación o comunidad podía ahora presentar solicitudes al gobernador para recuperar tierras u obtener nuevos lotes en torno a su poblado. En un plazo no mayor de 24 horas del acuse de recibo, declaró Parrés, consultaría a su Comisión Agraria para determinar la validez del caso y la superficie de tierras conveniente, y tomaría su decisión. Si lo aprobaba, y al parecer siempre lo haría, los comisionados entonces harían que los agentes locales transfiriesen títulos provisionales a la ranchería o pueblo y enviasen los documentos pertinentes a la Comisión Agraria Nacional, que Villarreal presidía, para su estudio y recomendación al presidente Obregón. Si el presidente lo aprobaba, como había declarado que lo haría, el título se tornaría definitivo. Para abarcar en la reforma el mayor número posible de agricultores, Parrés hizo hincapié en que los campamentos de refugiados que se habían formado durante los desórdenes de la guerra y que legalmente carecían todavía de la calidad de corporaciones civiles tenían el derecho de solicitarlo; evidentemente, su intención era concederlo. Comparada con las reformas de Palafox, la nueva ley sujetaría a los aldeanos a los que diese terrenos. Antes, el título definitivo que un pueblo tenía había sido completo y a perpetuidad. Ahora las tierras se concedían sólo en usufructo y habrían de volver a la "Nación" si se abusaba de los derechos. Y en virtud de esto, la Secretaría de Agricultura podía intervenir en los asuntos de los pueblos. Ciertamente, el Congreso y el presidente podrían provocar cambios extraños en las relaciones locales.[94] Pues al asumir la custodia formal de las comunidades rurales, el gobierno federal adoptó también el desempeño de un papel formal en ellas. Pero por comparación con las medidas que

[93] *Periódico Oficial del Estado de Morelos*, 4a. ser., núm. 1, pp. 3-4; núm. 3, pp. 3-4; núm. 4, p. 3.

[94] Para los diversos decretos, leyes y circulares agrarios preconstitucionales y constitucionales del gobierno de Carranza, véase Fabila, *op. cit.*, pp. 270-361.

los leyvistas habían ensayado en 1912 y con las que Pablo González había ejecutado en 1918-19, la nueva ley era un generoso mandato para la preservación del pueblo en el estado.

Así terminó el año de 1920, en paz, habiéndose instituido la reforma agraria populista como política nacional y quedando establecido el movimiento zapatista en la política de Morelos. En el futuro, a despecho de todo, estos logros perdurarían. Éste era el derecho que Zapata, sus jefes y sus voluntarios habían defendido y que Magaña había obtenido y confirmado.

Nuevas actitudes, nuevas políticas, nuevas leyes, nuevas agencias gubernativas, nuevas autoridades, y de la gente del común de 1910 quedaban alrededor de las tres quintas partes. Habían ganado una victoria también, para poder seguir siendo simplemente campesinos, no refugiados en las ciudades del estado o amontonados en las haciendas, sino en el campo abierto al que pertenecían, en los pueblos y ranchos, que olían a "zapatismo pacífico". [95] En 1910, los fundamentos de la única vida que querían vivir se habían roto. Aunque se deslomasen trabajando, cultivando sus pequeños lotes de maíz y frijol, vendiendo de vez en cuando un caballo o una vaca, vendiendo en el mercado por unos cuantos pesos huevos, tomates, cebollas, chiles o carbón vegetal, cuidando sus misérrimos huertos, trabajando desesperadamente como aparceros las peores tierras de los hacendados, habían perdido no obstante la lucha por conservar la vida de sus comunidades. El futuro, entonces, les deparaba solamente un largo tormento de vergüenzas y pesares, de trabajo asalariado en los cañaverales y arrozales asfixiantes, de acatar las órdenes de un capataz, de irse a vivir a las chozas que poseía el patrón del capataz, de observar desde lejos cómo los viejos amigos, los vecinos y los parientes se iban también, y no descansar nunca, para morir endeudados de todas maneras al final. Ahora, una década después, cuando habían desaparecido dos almas por cada tres de las que habían quedado, se encontraban de nuevo en sus bases y de nuevo en la lucha. Después de todo, la resistencia de los pueblos contaba más que el nuevo gobierno, los nuevos campeones, las nuevas reformas. Esas pequeñas comunidades, agobiadas de cargas y amenazadas durante siglos, acababan de sobrevivir al sitio más vigoroso, despiadado e ingenioso que jamás se les hubiese puesto, y habían arruinado la mejor aunque no la última oportunidad que los usurpadores habían tenido de sacarlos de sus tierras. Aunque los campesinos de Morelos estaban destrozados y cubiertos de luto en 1920, habían demostrado su apego perseverante a las tradiciones locales de sus antepasados. La fe que habían heredado era fuente no de ambiciones, sino de deberes, una inspiración no para adquirir sino para reparar, no un estimulante, sino una fuerza. Y tratarían de legarla a sus descendientes.

En varias ocasiones, durante la guerra, las tropas federales y nacio-

[95] Cifras comparadas de las poblaciones, de las ciudades, pueblos, ranchos y haciendas, en 1910 y 1921, véanse en Holt Büttner: *op. cit.*, pp. 94-105.

nales habían demolido Anenecuilco, habían crecido las malas hierbas en sus ruinas y en sus pendientes calles empedradas. Pero ahora comenzaron a volver sus familias. Poco tiempo después, una comunidad trabajaba de nuevo. El 26 de septiembre, tres semanas y un día después de que Parrés anunció su decreto de la Comisión Agraria, los de Anenecuilco presentaron otra solicitud más para recuperar sus campos. Fueron los primeros aldeanos que probaron la nueva ley. El 28 de septiembre Parrés les envió títulos provisionales que les daban derecho a las tierras de las antiguas haciendas de Hospital y Cuahuixtla.[96]

[96] *Periódico Oficial,* 4a. ser., núm. 11, pp. 1-2.

EPÍLOGO

UN PUEBLO CONSERVA SU FE

"La vida de Anenecuilco es ejemplar..." JESÚS SOTELO INCLÁN.

Los títulos de tierras que el tío de Zapata le entregó a éste en septiembre de 1909 eran documentos casi sagrados. No constituían un mero haz de derechos legales, sino que eran el testimonio reunido de todos los jefes de Anenecuilco que lo habían precedido, el fideicomiso acumulado de todas las generaciones pasadas del pueblo. Ésta era su responsabilidad. Y cuando, un año y medio más tarde, decidió lanzar al pueblo a la revolución, enterró los títulos en una caja fuerte bajo el piso de su iglesia.

En una ocasión, cuando las tropas federales estaban asolando el distrito de Cuautla, Zapata temió que pudiesen desenterrar por accidente la caja fuerte. Envió a José Robles, ayudante de confianza y paisano suyo, a que la desenterrase y se la trajese. Cuando Robles no pudo llegar al pueblo por causa de los soldados, Zapata envió a otro hombre de Anenecuilco que era secretario suyo en el ayuntamiento del pueblo, Francisco Franco. Éste recuperó los títulos, que Zapata entregó a Robles para que los guardara. "Si los pierdes, compadre —le dijo—, te secas colgado de un casahuate."

A principios de 1914, los emisarios de un rebelde de Michoacán llegaron a su campamento, en Pozo Colorado, para asegurarse de su sinceridad. ¿Por qué luchaba realmente? ¿Cómo lo podría demostrar? Hizo que Robles trajese los documentos de Anenecuilco y se los enseñó a sus visitantes. "Por esto peleo" dijo, no por los títulos, sino por aquel testimonio de constancia y probidad.

Mientras prosiguió la lucha, Zapata extremó las precauciones para proteger los documentos. Se los confió a Franco, y le dijo que se mantuviera fuera de las zonas de peligro, pues habría de considerar como su único deber salvarlos. Después, Zapata a menudo hizo referencia a los títulos, pero al parecer se sentía más tranquilo sabiendo que no se podrían perder con él. "Yo me he de morir algún día —decía—, pero los papeles de mi pueblo se quedan para garantizar."

En el mes de enero de 1919 Zapata se encontró con Franco cerca de Villa de Ayala y le repitió su encargo. Inclusive autorizó a Franco, en caso de que faltase él, para que presentase los documentos ante las autoridades agrarias de Carranza.

Tres meses después, Zapata había muerto, Franco regresó a Anenecuilco, pero como los gobernadores Tajonar y Rodríguez no hicieron reformas mantuvo guardada la caja fuerte. Pasó un año.

Luego vino la rebelión de Agua Prieta y a mediados de 1920 un nuevo régimen se estableció en la ciudad de México y en Cuernavaca. Franco presentó entonces los documentos que Zapata había dejado y los de su pueblo lo eligieron como nuevo jefe. Y en ese otoño hizo la solicitud para la restitución definitiva y legal de sus campos. Para mantener la paz con sus vecinos, los de Anenecuilco no trataron de reivindicar todos sus derechos, que comprendían una parte de las tierras de Villa de Ayala y de Moyotepec.[1]

La respuesta del gobernador, más que un acto de justicia, constituyó un favor. Como los agrónomos de la Comisión Agraria Nacional y del Departamento de Agricultura habían decidido que la reforma deducida de los antiguos títulos de propiedad, a menudo defectuosos, no harían más que confundir el problema, la tierra que Parrés les proporcionó a los de Anenecuilco no fue una restitución, sino una concesión, más de seiscientas hectáreas, que eran más o menos lo que habían pedido que se les reconociese en propiedad. A los de Anenecuilco no les quedó más remedio que aceptar. Y el 20 de octubre tomaron posesión provisional de la dotación, sujeta a revisión y a evicción.[2] Los títulos originales de la gente de Anenecuilco carecían ahora, prácticamente, de valor, pero Franco los conservó junto con los nuevos documentos.

A principios de 1920, los zapatistas seguían siendo poderosos en la ciudad de México. En 1921 los agraristas de Soto y Gama obligaron a la Cámara de Diputados a un período de sesiones extraordinario y durante meses debatieron la cuestión agraria, leyeron peticiones de pueblos de todas partes de la República, citaron tratados en materia de legislación de tierras, arengaron a la galería y todo para demostrar públicamente que los infortunios de la población rural de México no eran simplemente incidentes de tiempo o de lugar, sino una desdicha fundamental y nacional. Por fin, convencieron al presidente Obregón, que asistió a un mitin del Partido Agrarista y prometió llevar a cabo una reforma más vigorosa. El resultado fue la Ley Evolutiva Agraria del día 10 de abril de 1922 que hasta mediados de la década de 1930 fue la utilización más drástica de la nueva Constitución para dar protección oficial a los pobres del país. En el gobierno, el secretario general de la Comisión Agraria Nacional era un secretario del cuartel general zapatista del 1914-16, Miguel Mendoza L. Schwerdtfeger. En el ejército, Magaña era menos importante, pero todavía tenía influencias en su calidad de jefe de una oficina federal de colonias militares y después como jefe de una Confederación Agraria Nacional.[3] Y estas relaciones beneficiaron enormemente a Anenecuilco.

[1] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 201-5.

[2] Gill: *op. cit.*, p. 52.

[3] Entrevista personal con Soto y Gama. Díaz Soto y Gama: *La revolución*, pp. 292-3. Fuentes Díaz: *Partidos*, II, 25. Simpson: *op. cit.*, pp. 82-5. Julio Cuadros Caldas: *México-Soviet* (Puebla, 1926), pp. 485-6, y *El comunismo criollo* (Puebla, 1930), pp. 52-9. Jesús Silva Herzog: *El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica* (México, 1959), pp. 304-10, 313-20. Meléndez: *op. cit.*, II, 474.

En noviembre de 1922, el Presidente amplió su dotación provisional hasta cerca de setecientas hectáreas con más de trescientas sesenta hectáras tomadas de la hacienda de Cuahuixtla de Manuel Araoz, y más de trescientas del heredero de los Alonso, a quien pertenecía la hacienda del Hospital. En febrero de 1923, los abogados de Alonso solicitaron un interdicto de esta decisión al tribunal de distrito de Cuautla; pero Franco tenía los papeles del pueblo en orden y el tribunal se negó a actuar. Finalmente, el 11 de abril de 1923, el pueblo recibió su título de propiedad definitiva: setenta y cinco cabezas de familia pasaron a ser ejidatarios.[4]

Otras comunidades también se beneficiaron con el nuevo régimen. Más de cuarenta campamentos irregulares, poblamientos, suburbios y cascos de antiguas haciendas recibieron de Parrés el reconocimiento de su calidad de corporaciones civiles. Y a casi la mitad de éstas y a la mayoría de los pueblos ya establecidos el gobernador entregó ejidos. A fines de 1923, había proporcionado tierras a ciento quince de los 150 pueblos que entonces tenía el estado. Estimulados por el gobierno, muchos agricultores formaron sindicatos, como el de los "bolcheviques" de Tepoztlán, y se afiliaron a una confederación nacional de trabajadores, la CROM.[5] Un periodista norteamericano que recorrió el estado en 1923 encontró que los hombres que trabajaban en los campos "no están descontentos". Cierto es que ya no había caña de azúcar. Pero los campesinos no se lamentaban de la ruina de la antigua industria. "Lo que se llamaba prosperidad del estado —recordaban— era miseria para nosotros." Como le dijeron los ejidatarios al norteamericano, "cultivamos lo que queremos cultivar y para nuestro propio uso".[6]

Para corresponder, los morelenses del campo se mostraron firmemente leales al gobierno federal. Cuando, en diciembre de 1923, estalló una revuelta en varios estados para llevar a la presidencia a de la Huerta, los campesinos de Morelos no participaron. Las únicas maniobras sospechosas las hicieron antiguos jefes zapatistas como Jesús Capistrán, que no veía con buenos ojos el aparato político que Parrés había formado en Cuernavaca, y del cual sospechaba que simpatizaba con los rebeldes. Y cuando el patriarca de la O depuso a Parrés y a sus ayudantes y nombró a un gobernador leal, el 15 de diciembre, los jefes inconformes volvieron a prestar su apoyo al gobierno. Más tarde, rebeldes de Guerrero trataron de penetrar en Morelos, pero de la O movilizó fuerzas para contenerlos en Puente de Ixtla. Distribuyó también armas a los aldeanos del estado. Y sin la menor vacilación, guardaron los puntos estratégicos hasta que pasó la crisis.[7] Probablemente, desde la Guerra de Intervención,

[4] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 205-6. Gill: *op. cit.*, p. 53.

[5] *Periódico Oficial*, 4a. ser., núms. 9-13, 15-16, 19-20, 22-31, 34-52, 55, 57-60. Díez: *Bibliografía*, p. ccxvii. Lewis: *Life*, p. 236.

[6] Ernest Gruening: *México and Its Heritage* (Nueva York, 1928), p. 162.

[7] S. Valverde: *op. cit.*, pp. 246-7, 315. *Excélsior*, 17, 23-25 y 30 de diciembre

de sesenta años antes, la lealtad de los pueblos a las autoridades federales nunca había sido tan inmediata y tan firme.

En 1927 las estadísticas indicaron que Morelos había cambiado más, por causa de los programas agrarios, que cualquier otro estado. Sólo cuatro o cinco haciendas funcionaban todavía, pues las demás estaban paradas o se habían transformado en comunidades civiles. A su alrededor, trabajaban más de ciento veinte pueblos establecidos en sus ejidos. Mientras que los hacendados habían perdido más de la mitad de su territorio en los últimos siete años, alrededor de 16 800 ejidatarios habían tomado posesión definitiva de más de 120 000 hectáreas en forma de dotaciones de tierras y restituciones. Provisionalmente, por lo menos el ochenta por ciento de las familias campesinas del estado tenían ahora tierras propias, que en total ascendían a cerca del 75% de las tierras labrantías.[8] En el campo rico, húmedo y caliente de Morelos, en el que la única pausa entre las cosechas era la del tiempo que necesitaban para madurar los cultivos, la nueva estructura de la tenencia de las tierras era un reflejo de la vieja utopía populista. Un antropólogo norteamericano, bondadoso pero sagaz, que estaba haciendo investigaciones en Tepoztlán, descubrió que la esencia de la vida en el lugar era una armonía rústica, un desahogo y una satisfacción. La misma visión pasmó a un periodista norteamericano, cuyos comentarios comúnmente eran acerbos. "¡Tepoztlán! ¿Serás tan autosuficiente, tan heroicamente bello de aquí a cien años? —exclamó—. Si acierto a leer —continuó— la palma divina de tu destino, habrás de amar siempre tus tradiciones..."[9]

No obstante, a pesar de las estadísticas y de la retórica, habían aparecido nuevas preocupaciones. Las más graves eran políticas y estaban constituidas por las repercusiones locales del conflicto y la desorganización que el presidente Calles causó en el Partido Agrarista Nacional cuando sucedió a Obregón en 1924. En agosto de 1924, el Senado depuso al gobernador que había nombrado de la O y designó en su lugar a Ismael Velasco, jefe político de Jonacatepec y de Tetecala antes de la Revolución, pero que después se había vuelto zapatista. En septiembre, la Secretaría de Guerra envió al propio de la O a Tlaxcala y nombró comandante en jefe de Morelos a un sonorense. En octubre, Velasco se fue y Joaquín Rojas Hidalgo pasó a ser gobernador. Seis meses más tarde, en febrero de 1926, llevó a cabo las primeras elecciones estatales efectuadas desde 1912. Participaron en ellas siete partidos que apoyaban a cuatro candi-

de 1923. Luis Monroy Durán: *El último caudillo, apuntes para la historia de México, acerca del movimiento armado de 1923, en contra del gobierno constituido* (México, 1924), pp. 329-37. Meléndez: *op. cit.*, II, 141-3, 160-3. Figueroa Uriza: *op. cit.*, II, 978-9.

[8] Holt Büttner: *op. cit.*, pp. 29, 101-2. Tannenbaum: *Agrarian Revolution*, pp. 324-5, 498. Jorge L. Tamayo: *Geografía general de México*, 4 vols. (México, 1962), IV, 64-5.

[9] Redfield: *op. cit.*, pp. 54-68. Carleton Beals: *Mexican Maze* (Nueva York, 1931), p. 137.

datos, y dieron como resultado que tres de los candidatos y sus respectivas legislaturas pretendieran haberlas ganado, lo que dio lugar a que se estableciesen tres gobiernos legítimos, uno en el Palacio de Cortés, otro en una casa particular de Cuernavaca y otro más en Jojutla. El Congreso depuso rápidamente a Rojas Hidalgo y designó a Valentín del Llano diputado federal por Morelos en 1912-13. En marzo, del Llano anuló las elecciones recientes. En mayo renunció. Su secretario de gobierno lo sustituyó hasta el mes de diciembre, cuando el Congreso hizo una nueva designación, que revocó al siguiente mes de febrero para hacer otra, la cual, a su vez, revocó un mes más tarde para hacer otra más.[10]

A la gente de los pueblos la proliferación de políticos era tan agradable como una plaga de langostas. Como dijeron los ciudadanos de Santa María Alpuyeca, en un escrito característico en el que se quejaban a la Secretaría de Gobernación, su pueblo, como el resto del estado, había venido padeciendo una larga serie de injusticias y daños de toda clase, debido a la confusión y el desorden completos que habían reinado, desde los tiempos del señor Rojas Hidalgo, que había impuesto autoridades en los municipios, autoridades que fueron, precisamente, enemigos mortales del pueblo. El señor Rojas Hidalgo se había ido y los campesinos elevaron las manos al cielo pensando que ahora descansarían, pero su desengaño fue muy doloroso cuando se dieron cuenta de que había tenido lugar lo contrario, pues el señor Valentín del Llano, que vino después, inmediatamente se dejó engañar por los reaccionarios y dejó las cosas en ese estado. Aquel señor se había ido y durante tres meses no habían sabido quién era el jefe del gobierno. Lo único que sabían era que cada día las cosas iban de mal en peor.[11]

Otro problema era el de los agraristas de nuevo cuño, algunos de los cuales eran morelenses que regresaban, en tanto que otros provenían de estados en los que era más difícil obtener tierras. Atraídos a Morelos por la generosidad de la política y de la naturaleza, llegaron por millares. En su mayoría, se establecieron en los pueblos. Y cuando reivindicaron antiguos derechos o compitieron por las nuevas dotaciones de tierras, asfixiaron a sus huéspedes. Cuanto mayor era el número de los que llegaban, tanto mayor resultaba la propaganda que del estado hacían a otros.

Menos claro, pero más grave aún, era un problema de dinero. A medida que la economía nacional se fue recuperando, a mediados de la década de 1920, los campesinos tuvieron que pagar precios más elevados por una creciente variedad de artículos. Pero aferrados a sus milpas y criando unos cuantos animales, no tenían grandes oportunidades de ganar

[10] Fuentes Díaz: *Partidos*, II, 25-6. S. Valverde: *op. cit.*, pp. 243-55, 285. Gruening: *op. cit.*, pp. 465-6. Díez: *Bibliografía*, pp. ccxviii-ccxx. Para los principios de la carrera de Velasco, véase *Semanario Oficial*, XII, 12, 13; XIII, 28, 17; XVI, 26, 15; XVII, 3, 15. Para del Llano, véase *ibid.*, XXI, 28, 1.

[11] Citado en Gruening: *op. cit.*, p. 467.

suficiente dinero en efectivo. El periodista norteamericano antes mencionado, al volver a visitar el estado en 1925, encontró ejidatarios que querían volver al cultivo de la caña. Pero los ingenios estaban todavía en ruinas; los expertos calculaban que para su reconstrucción se necesitarían 25 000 000 de dólares, lo cual no era una inversión fácil de encontrar. Algunos campesinos trataron de cultivar arroz para el mercado metropolitano, pero tuvieron que tratar con corredores que se quedaban con las ganancias antes siquiera de que se levantaran las cosechas. En un caso, las disputas por el agua para los arrozales degeneraron en toda una batalla entre dos pueblos armados. Cada vez más, los agricultores que deseaban ganar algo más de lo necesario para una subsistencia modesta tenían que alquilar tierras a sus vecinos o trabajar como asalariados.[12]

Los veteranos naturales se quedaron en el estado: su estado de ánimo no era desesperado, ni mucho menos subversivo. Durante 1926-28, tres pequeñas bandas de forajidos operaron en el norte y el este de Morelos en apoyo de la rebelión de los cristeros católicos, que entonces estaba en su apogeo en Jalisco, pero no despertaron las simpatías de los pueblos. Permanecían escondidos en las montañas para eludir a los aldeanos armados y leales. Aun así, una banda cayó víctima de las fuerzas de Adrián Castrejón, jefe zapatista que era ahora un firme general federal. Cuando una rebelión militar estalló en Veracruz a fines de 1927, el presidente Calles se sintió tan seguro de Morelos que no se preocupó por reforzar las tropas acantonadas allí o por movilizar la milicia. Y aplastó a los rebeldes sin la menor complicación en el sur: dos años más tarde, durante otro motín abortado en el norte, la misma paz prevaleció en Morelos.[13]

Pero, aunque firme, la lealtad local ya no era automática, sino un tanto forzada. Hasta después de 1928, duró principalmente en virtud de la gratitud y la fe, pues en ese año Morelos perdió su mejor campeón en la ciudad de México, el general Obregón, a quien dio muerte la bala de un fanático, y Calles, que nada le debía al estado, pasó a ser el jefe político supremo de la nación. En el Partido Nacional Revolucionario que Calles organizó entonces, Soto y Gama se negó a aceptar un lugar. Los agraristas se dividieron y Morelos perdió hasta sus abogados en la capital. Después de que un presidente provisional decretó una racha de concesiones en el estado en 1929, los pueblos tuvieron que comenzar a pedir.[14]

12 *Ibid.*, pp. 162-3. Memorándum acerca de la producción de azúcar en Morelos, 8 de noviembre de 1924, NA, 59: 812.61351/6.

13 Sheffield al secretario de Estado, 13 de mayo, 24 de agosto, 13 de septiembre y 18 de octubre de 1927, y 7 de agosto de 1928, NA, 59: 812.00/28408, 28662, 28719, 28906, 29272. Mazari: "Bosquejo", p. 127. Meléndez: *op. cit.*, II, 235-40.

14 Fuentes Díaz: *Partidos*, II, 26-7. Meléndez: *op. cit.*, II, 212. Holt Büttner: *op. cit.*, p. 29. Marte R. Gómez: *La reforma agraria de México, su crisis durante el período 1928-1934* (México, 1964), pp. 33-9.

Mientras tanto, Anenecuilco siguió luchando. El antiguo peligro era demasiado obvio como para que pudiese ahora afectar al pueblo: en junio de 1927 los abogados de Manuel Araoz apelaron de la expropiación de las tierras de Cuahuixtla en el tribunal de distrito de Cuautla, mas de nada les valió. Pero habían surgido tácticas más tortuosas, que exigían la vigilancia especial de los aldeanos. Los abogados de Alonso trataron de vender dos de los campos que ya habían sido expropiados de la hacienda del Hospital al Banco Federal de Crédito para la Irrigación y la Agricultura. Francisco Franco, rápidamente, llevó el caso a los tribunales, sin embargo, y los de Anenecuilco pudieron cultivar sus tierras en paz unas cuantas temporadas más.[15]

En 1929, el pueblo se encontró en otro aprieto. Cuando los jóvenes se casaron y formaron nuevos hogares, pidieron que se les diesen tierras en el lugar para no emigrar. Pero no había tierras suficientes en el ejido para dotarlos bien. Y las restricciones oficiales puestas a la ampliación de la dotación agravaron el apuro. Legalmente, Anenecuilco no tenía derecho ni siquiera a solicitar nuevas tierras hasta que no hubiesen pasado diez años desde la dotación original, es decir, hasta octubre de 1930. Instintivamente, Franco buscó la salida echando mano de los antiguos títulos de propiedad. El 9 de mayo de 1929 Anenecuilco solicitó de nuevo la restitución de sus tierras perdidas. La petición tomó carácter de urgente en julio, cuando la Comisión Agraria Nacional decretó que, en septiembre, terminaría la reforma agraria en Morelos, se disolvería la Comisión Agraria del estado y no se aceptarían más peticiones de restitución, de nuevas dotaciones, o de ampliación de las mismas. Cuando la Comisión Nacional logró llevar a efecto el decreto, sin embargo, Franco, a fines de octubre, presentó una solicitud para la ampliación del ejido de Anenecuilco.[16]

Ninguna de estas acciones produjo resultado. Se rechazó la petición de restitución. Y la solicitud de ampliación no tardó en tropezar con una nueva legislación que restringía todavía más los derechos de los pueblos. Según un decreto del ejecutivo, del 26 de diciembre de 1930, los aldeanos ni siquiera podían solicitar más lotes ejidales hasta que demostrasen que habían hecho un "aprovechamiento eficiente" de las dotaciones anteriores, y que tendrían que pagar los nuevos campos expropiados antes de poderlos destinar al cultivo.[17]

Para los de Anenecuilco, eran éstas formidables barreras que se fueron haciendo más imponentes. A medida que el gobierno federal fue velando por su propia seguridad, se fue volviendo más conservador, más cuidadoso con los nervios de los inversionistas, fue dando más valor a las conexiones políticas y haciendo caso omiso de las simples necesidades populares. Aunque una nueva Constitución estatal entró en vigor en Mo-

[15] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 205-6.
[16] Gill: *op. cit.*, p. 53. Simpson: *op. cit.*, p. 117. Sotelo Inclán: *op. cit.*, p. 206.
[17] Fabila: *op cit.*, pp. 536-9. Simpson: *op. cit.*, pp. 114-16.

relos, en 1930, y gobernadores y legislaturas elegidos, en lo sucesivo, decretaron las leyes que habrían de regir en Morelos, las directivas reales venían todavía de la ciudad de México. Y las posibilidades de acción de la gente del común fueron menguando. En la práctica, los de Anenecuilco no podían menos de seguir apoyando los esfuerzos de Francisco Franco. En diciembre de 1932, su petición de ampliación del ejido llegó por fin a la Comisión Agraria Nacional, pero no dio lugar a nada.

La lucha del pueblo se hizo frenética en el invierno de 1934-5. Se acababan de hacer elecciones para un nuevo presidente, y a la manera acostumbrada el jefe saliente del Ejecutivo concedió infinidad de favores de última hora a los colegas que se iban con él. Un favor, que era una mera muestra de afecto de parte de él, fue el de la concesión de dos campos situados al sur de Cuautla a una camarilla de generales que se habían organizado en la Cooperativa José María Leyva. Y dio la casualidad que estos campos figuraban entre las tierras más ricas del ejido de Anenecuilco. Eran campos a los que siempre habían tenido derecho los de Anenecuilco, como debía haber sabido uno de los principales generales de la Cooperativa, Maurilio Mejía. Además, el pueblo había obtenido "definitivamente" los campos tomados a la hacienda del Hospital en 1923 y había defendido con éxito su propiedad ante los tribunales en 1927. Pero las tierras eran valiosas, y los dictámenes de los tribunales inferiores no solían inhibir a un presidente magnánimo. Poco después, los generales enviaron cuadrillas para que tendieran cercas en torno a las tierras.

Francisco Franco demostró ahora ser digno heredero del legado de Zapata, auténtico descendiente de la honorable estirpe de Anenecuilco. Notificó a Mejía y sus compadres que haría resistencia a sus maniobras presentando de nuevo en los tribunales los títulos de Anenecuilco. Y el 29 de noviembre de 1934 presentó de nuevo la solicitud de restitución. Luego, cuando los generales lo acusaron de rebelión contra los funcionarios locales y dieron comienzo a una cacería particular contra él, huyó con los documentos a las montañas. Se pasó varios meses escapando por un pelo de la muerte y escribiendo cuando podía a las diversas autoridades. Una vez más, ese haz de documentos legales había inspirado la devoción total del hombre más digno de confianza de Anenecuilco.

Con el tiempo, las peticiones de Franco llegaron hasta el nuevo presidente, Lázaro Cárdenas, que había hecho de nuevo política nacional del agrarismo radical. Y el 29 de junio de 1935, sorprendentemente, el presidente llegó a Anenecuilco. En audiencia pública declaró expropiados a los generales, reconoció los títulos de propiedad del pueblo sobre las tierras en cuestión y les reconoció el derecho también a la propiedad de la maquinaria agrícola de la cooperativa, a la vez que protegió a Francisco Franco contra todo abuso político.

Parecían haber terminado las fatigas de Anenecuilco. Pues aunque los políticos zapatistas profesionales seguían eclipsados, el presidente Cárdenas concedió realmente nuevos ejidos y llevó a cabo otras reformas

en Morelos, que anunciaban sin duda la salvación del pueblo. Después de diez años de revolución, y luego de otros quince años de peticiones, el pueblo en el que había nacido Zapata estaba a punto de salirse con la suya. Si Zapata hubiese vivido habría sido abuelo.

Quedaban sólo las formalidades, la solicitud de ampliación del ejido. Franco la hizo y el presidente Cárdenas concedió lo pedido el 13 de mayo de 1936. Para noventa y tres ejidatarios, Anenecuilco disponía ahora de 4 105 hectáreas, la superficie de una pequeña hacienda de antes de la revolución. Unas 476 hectáreas eran tierras feraces de las riberas del río Ayala, 244 de las cuales tenían riego; el resto estaba en las colinas secas del oeste del pueblo.[18]

Pero el éxito de Anenecuilco era una nueva manzana de discordia. Incitó a los de Villa de Ayala a solicitar también una ampliación; y cuando les fueron concedidas nuevas tierras, descubrieron que comprendían terrenos que ya habían sido asignados a Anenecuilco, tierras que Cárdenas había prometido verbalmente a los de Anenecuilco un año antes. Desgraciadamente para éstos, nadie había llevado un registro oficial durante la visita por sorpresa del presidente, y el pueblo no podía defenderse contra las pretensiones de Villa de Ayala. Aunque antiguos amigos de Morelos eran de nuevo personajes influyentes en la ciudad de México, pues Magaña habíase conquistado la confianza del presidente, que era michoacano como él, y Parrés había sido nombrado subsecretario de Agricultura, no quisieron perder su tiempo en pacificar a dos pueblos pequeños. En 1937 Nicolás Zapata fue electo presidente municipal en Cuautla, pero no ofreció ayuda al pueblo en el que había nacido su padre. Al contrario de este último, había aprendido los movimientos de la política, lo cual había echado a perder su sentido del deber.

Durante casi dos años persistió la disputa entre Anenecuilco y Villa de Ayala, que era la cabecera municipal más grande y más rica. Luego, en mayo de 1938, un decreto del Ejecutivo favoreció a Villa de Ayala. Pasmados, los de Anenecuilco se negaron a reconocer la decisión. Tampoco estuvieron dispuestos a aceptar tierras de otras partes a título de compensación, especialmente cuando se enteraron de que tendrían que pagar la mitad del precio corriente por ellas. No obstante, los desposeídos no abandonaron su pueblo. Alquilando lotes o contratándose para trabajar como peones para sus vecinos, se mantuvieron en su lugar.

Sin saber cómo ni por qué, y no para su alegría sino para su pesar, los campesinos podían darse cuenta de que las condiciones fundamentales de su vida habían cambiado y todo, paradójicamente, en los últimos años de interés oficial en su bienestar. Así, como Cárdenas quería dar a los ejitadatarios de Morelos la oportunidad de producir una cosecha que pudiesen vender para obtener dinero en efectivo, había ordenado la construcción de un ingenio cooperativo gigantesco en Zacatepec, el cual

[18] *Excélsior,* 29 de junio de 1935. Gill: *op. cit.,* pp. 53-5. Sotelo Inclán: *op. cit.,* p. 207.

inauguró en febrero de 1938; y los campos se dedicaron de nuevo al cultivo de la caña. Pero, inevitablemente, el valor de la tierra aumentó una enormidad. Y los hombres de empresa de dentro y de fuera de los ejidos deformaron los contratos locales y velaron ante todo por sus propios intereses. Además, desde Guerrero, México y Puebla llegaron enjambres de campesinos que buscaban un lugar en los pueblos que cultivaban caña para Zacatepec. Hacia 1940, y sobre todo a causa de la inmigración, Anenecuilco tenía el doble de población que en 1930. Algunos de ellos eran aparceros, otros jornaleros de tiempo completo o de medio tiempo que recibían salarios elevados, pero todos anhelaban un lote en el ejido. En la feroz competencia por la tierra el lote medio se redujo a menos de cinco hectáreas, a una tercera parte de lo que había sido siete años antes.[19] Había poco espacio para que el ejido se ampliase aun cuando el secretario de Agricultura, que entonces era Parrés, estuviese de acuerdo en hacerlo.

Finalmente, los de Anenecuilco aceptaron tierras vecinas a la dotación que ya se les había dado, y aceptaron pagar a los dueños expropiados una quinta parte de su precio en el mercado. Los dueños eran ex gobernadores (los patronos de Nicolás Zapata), pero cuando los campos se abrieron al cultivo, Nicolás se presentó y trató de quedarse con las mejores partes. Y luego el funcionario federal encargado se negó a entregar tierras. El pago de impuestos se le quiso cobrar a Anenecuilco, pero el uso de la tierra correspondió a un rico agricultor del lugar que se decía que era español.

En 1940, la suerte del pueblo empeoró aún. Como Magaña, la relación zapatista con Cárdenas, había muerto el año anterior, los notables zapatistas supervivientes formaron un club oficial, el Frente Zapatista, en el que figuraban como directores Parrés, de la O, Ayaquica y Castrejón; y para conseguir que Nicolás Zapata actuase con más sentido de responsabilidad, le dieron un cargo honorario con el concejo de gobierno y arreglaron su elección para la legislatura de Morelos. Nicolás, que no se había corregido y era además, ahora, diputado del régimen, adquirió rápidamente unas cincuenta hectáreas del ejido de Anenecuilco. Cuando los del pueblo le hicieron resistencia, ordenó que los sacaran de otros lotes, que concedió después a sus compadres del ejido de Villa de Ayala.[20]

Sin embargo, los de Anenecuilco se quedaron, siendo ahora un número igual de aparceros y de jornaleros que de ejidatarios propiamente dichos. Aunque habían oído hablar de los nuevos trabajos que la segunda guerra mundial había creado en el norte, en el Distrito Federal y en el

19 Urbán Aguirre: *op. cit.*, pp. 256, 265. Theodore Schwartz: "L'usage de la terre dans un village à Ejido du Mexique", *Études rurales*, 10 (julio de 1963), 37-49. *6o. Censo de Población, 1940, Morelos* (México, 1943), pp. 13, 44. Nathan L. Whetten: *Rural Mexico* (Chicago, 1948), pp. 260, 548.

20 Gill: *op cit.*, pp. 56-7, 64. Sotelo Inclán: *op. cit.*, p. 212. Entrevista personal con Palacios. *Excélsior*, 25 de junio de 1940.

mismo Morelos, prefirieron una pálida esperanza local a un riesgo brillante, pero distante. Quedándose en su tierra, por lo menos no tendrían que robar para comer.

Hasta 1943, Anenecuilco se hallaba en situación desesperada. La miseria del pueblo impresionó a un joven historiador que, después de haber oído versiones acerca de Zapata en la Universidad Nacional, había ido a Morelos para descubrir por sí mismo la verdad acerca del jefe sureño. Decididos todavía a salirse con la suya, pero agobiados, endeudados, indefensos, acabando de perder las tierras en las que pensaban levantar la siguiente cosecha, los de Anenecuilco habían perdido toda fe en cualquier defensa, salvo las que les pudiesen dar sus títulos. Éstos se los enseñó finalmente Francisco Franco al joven visitante, que entonces tenía sesenta años de edad. Todos éstos, le dijo, por cuanto demostraban la historia del pueblo, podrían probar su derecho a existir, lo cual, para él, no era meramente su derecho político a la autonomía, sino también el derecho social de sus naturales a vivir decorosamente en el lugar en que habían nacido. Para Francisco y otros hombres de Anenecuilco, su patrimonio hereditario era la única fuente concebible de salvación. Era una convicción deprimente. "Al verlos sufrir —pensó el joven— me parece que asisto a la angustia de todas las generaciones pasadas." Al regresar a la ciudad de México, en la correspondencia con sus amigos del pueblo comenzó a descubrir el peligro de que volviesen a tomar las armas y se lanzasen a una "trágica aventura". En el libro que publicó poco después, le rogó al nuevo presidente, Manuel Ávila Camacho, que hiciese respetar los títulos de propiedad. "¿Será posible —preguntó—, que el primer pueblo que fue a luchar por las tierras sea el último en recibirlas, o no las reciba nunca?"[21]

Mientras tanto, Franco reorganizó la resistencia a Nicolás. "Si Miliano viviera —razonó— se conformaría con sus cuatro hectáreas como todos los demás." Los demás campesinos estuvieron de acuerdo, tanto los naturales como los inmigrantes, y durante mediados de la década de 1940, por lo menos, ejercieron su dominio sobre los campos que tenían. Y como pocos forasteros llegaron al pueblo ahora y algunos jóvenes exasperados se fueron de allí inclusive, los que se quedaron pudieron frenar la fragmentación de los lotes y el endeudamiento general. En 1946, Nicolás fue reelegido diputado federal por el distrito de Cuautla y la lucha local se enconó de nuevo; pero los de Anenecuilco se siguieron sosteniendo.

Cuatro días antes de la navidad de 1947, la policía de Cuautla entró en Anenecuilco y asaltó la casa de Franco. Se metieron y pidieron los documentos del pueblo. Trataron de dar muerte al viejo. Él y su familia se defendieron y la policía huyó. Esa noche llegaron tropas federales y abrieron fuego. Mataron a dos hijos de Franco, a Julián de 22 años y a Vírulo de 17. Herido, el viejo trató de escapar, pero los soldados lo cap-

[21] Sotelo Inclán: *op. cit.*, pp. 213-14.

turaron y lo remataron en un barranco cercano. Nunca encontraron los documentos.[22]

En los veinte años siguientes se efectuaron en México cambios gigantescos. La población casi se duplicó. El número de trabajadores de las fábricas y del ramo de la construcción se triplicó. La superficie cultivada se duplicó. La producción en la agricultura y en la industria se más que duplicó. Se construyeron más de treinta mil kilómetros de nuevos caminos y el número de automóviles, camiones y autobuses que corrieron por ellos se más que quintuplicó. El número de radios aumentó por lo menos diez veces. Y más de un millón de aparatos de televisión se encendieron, al parecer, incesantemente. Nuevos procedimientos comerciales fueron cosa de rutina y aparecieron las marcas de fábrica, la publicidad, los envases estandarizados. A través de una agencia de exportación e importación, el gobierno federal comenzó a comprar directamente artículos a los productores nacionales para vendérselos directamente a los consumidores. La carga anual transportada en trenes solamente se triplicó. La población, atraída a este auge al que se dio mayor aceleración, comenzó a desplazarse de unos lugares a otros de la República, desde las zonas rurales pobres, densamente pobladas, del centro y del sur hacia los estados más evidentemente prósperos del noroeste y de la costa del Golfo, o hacia las ciudades grandes, en particular hacia la enorme metrópoli de la ciudad de México. Aunque la mayoría de la gente del campo se quedó donde estaba, a menudo por causa de la seguridad que les daban sus lotes ejidales, los que se fueron del campo probablemente sumaron más de dos millones. A mediados de la década de 1960 apenas la mitad de la población trabajadora estaba dedicada todavía a la agricultura. El producto evidente era una sociedad principalmente urbana. Un tercio ya de la población de México vivía en ciudades de por lo menos veinte mil habitantes. Y por encima de todos, guiando, incitando, obligando, apareció una nueva generación de dirigentes nacionales entrenada en los cargos del régimen y dispuesta, además, a preservar el orden y acelerar el progreso al que ahora llamaban Revolución Institucional.[23]

•

[22] Gill: *op. cit.*, p. 65.

[23] Para las tendencias del período, véase Frank R. Brandenburg: *The Making of Modern Mexico* (Englewood Cliffs, 1964); François Chevalier: "Ejido et stabilité au Mexique", *Revue Française de Science Politique*, XVI, 4 (agosto de 1966), 717-52; Howard F. Cline: *Mexico. Revolution to Evolution, 1940-1960* (Nueva York, 1962); Floyd y Lillian O. Dotson: "Urban Centralization and Decentralization in Mexico", *Rural Sociology*, XXI, 1 (marzo de 1956), 41-9; Marco Antonio Durán: "Condiciones y perspectivas de la agricultura mexicana", *El Trimestre Económico*, XXVIII, 1 (enero de 1961), 52-79, y "Las funciones de la propiedad de la tierra en la reforma agraria mexicana", *ibid.*, XXXI, 2 (abril de 1964), 228-42; Julio Durán Ochoa: *Población* (México, 1955); Edmundo Flores: *Tratado de economía agrícola* (México, 1961); Pablo González Casanova: *La democracia en México* (México, 1965); Paul Lamartine Yates: *El desarrollo regional de México* (2a. ed., México, 1962); Oscar Lewis: "Mexico Since Cárdenas", en Richard N. Adams *et al.*, *Social Change in Latin American Today* (Nueva York, 1960); Gilberto Loyo: *La población de*

Morelos se encontraba en medio de la embravecida corriente. Allí, por cierto, los cambios habían sido extraordinariamente drásticos, la población se había duplicado, los cultivos por dinero en efectivo (caña de azúcar, arroz y cacahuates) se habían más que duplicado, el número de empresas industriales probablemente se había cuadruplicado y el número de trabajadores industriales probablemente quintuplicado. Característico del auge local fueron las crecientes actividades del ingenio azucarero de Zacatepec. A pesar de una maquinaria decrépita, de una complicadísima organización y de planes obsoletos, los administradores de la cooperativa elevaron en un 37% la producción entre 1953 y 1962. Los caminos de la gran fábrica se extendían hasta los cincuenta ejidos que producían para él. Y desde éste se extendían también servicios médicos, técnicos y educativos,[24] y lo mismo el crédito, que un Banco Ejidal Nacional hacía llegar, a través de la cooperativa, hasta los ejidos. Y lo mismo las órdenes de la agencia de importación y exportación del gobierno, en lo relativo a lo que había que plantar o cuánto había que sembrar, cuándo había que hacerlo y cuándo había de levantarse la cosecha. Aunque el estado seguía siendo evidentemente agrícola, la vida se fue semejando cada vez más a la vida de una fábrica.

Morelos se convirtió en una colmena de recién llegados. Para los inmigrantes inquietos y misérrimos era una especie de territorio recién abierto, en el cual podrían empezar de nuevo, y, a la vez, un campamento de tránsito, desde el cual prepararse para saltar a la ciudad de México. Para la clase cada vez más numerosa de metropolitanos que habían tenido éxito en la vida, era un retiro en el cual podían comprarse a plazos fincas de reposo para los fines de semana, a las cuales podrían retirarse a vivir cuando llegase la ocasión. Para los comerciantes en bienes raíces era un paraíso en el cual trazar innumerables fraccionamientos. Para los hombres de empresa en general, era un hirviente mercado. Ya en 1950, cerca de una cuarta parte de los residentes de Morelos no había nacido allí. En municipios como los de Zacatepec, Jojutla y Cuautla la proporción oscilaba entre una tercera parte y cerca de la mitad, y en Cuernavaca los naturales eran la minoría. Hacia 1960, la proporción de inmigrantes en el estado era de un 36%. Seis o siete años más tarde se acercó al 50%. Para aquel entonces, como los hacendados se habían

México, estado actual y tendencia, 1960-1980 (México, 1960); Pierre Monbeig: "Le mouvement démographique au Mexique", *Tiers-Monde*, IV, 15 (julio de 1963), 387-406; Nathan Whetten y Robert G. Burnight: "Internal Migration in Mexico", *Rural Sociology*, XXI, 2 (junio de 1956), 140-51. Para comentarios recientes, véase Kuhn, Loeb & Co.: *Prospectus, $ 15.000,000, Mexico* (Nueva York, 1966).

[24] Holt Büttner: *op. cit.*, pp. 23, 58-66, 71-85. *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos, 1958-1959* (México, 1960), pp. 444-6, 523, y VIII *Censo General de Población, 1960. 8 de junio de 1960. Resumen General* (México, 1962), pp. 365, 392. *Resumen del Boletín mensual de la Dirección General de Economía Agrícola*, núm. 428-33 (enero-junio de 1962), p. 42; núm. 434-9 (julio-diciembre de 1962), pp. 38-9, 63; núm. 464-9 (enero-junio de 1965), pp. 11, 15, 17; núm. 470-5 (julio-diciembre de 1965), pp. 48, 52, 54. Urbán Aguirre: *op. cit.*, pp. 258-9.

complacido en soñar medio siglo antes, los japoneses habían llegado, pero no como peones, sin embargo, sino como técnicos para una nueva fábrica de automóviles de las afueras de Cuernavaca. A través del diluvio, la estructura legal de la tenencia de la tierra permaneció intacta, más de 32 000 ejidatarios en más de 200 ejidos trabajaban cerca de trescientas mil hectáreas de tierras de labor, bosques, y pastos, lo cual representaba más del 80% de las tierras útiles, y alrededor de diez mil propietarios particulares tenían el resto, principalmente en lotes diminutos; pero el desarrollo de las comunidades locales fue asombrosamente diferente de lo que había sido antes. Cuernavaca, Cuautla y Jojutla se convirtieron, por supuesto, en grandes poblaciones. Pero también creció muchísimo Zacatepec, caserío que apenas tenía 1 900 habitantes en 1940, pueblo de 7 000 en 1950 y ciudad de 13 500 en 1960, que lo convirtió en segunda del estado. Y aunque algunas viejas rancherías como Huitzilac y Jonacatepec fueron menores que lo que habían sido antes de la revolución, y otras como Jantetelco y Coatlán del Río apenas crecieron, una nueva colonia, la Emiliano Zapata, fundada apenas en 1940, creció hasta convertirse en un pueblo de más de 7 000 habitantes en 1960.[25]

Políticamente, también, el estado se reformó. Casi todos los antiguos zapatistas murieron, como de la O, en 1952, y fueron llevados a tumbas que sus paisanos encomendaron a la protección de la Virgen de Guadalupe. Los escasos supervivientes, en su mayoría, eran demasiado viejos como para hacer algo más que sentarse al sol de la mañana en santa paz. Sólo en algunos lugares permanecía activo algún veterano de la gran lucha, que trabajaba un poquito en la semana y luego el domingo se iba en camión a visitar a los viejos camaradas, a recoger firmas para una petición local. Los nuevos funcionarios eran jóvenes, a menudo graduados de la Universidad Nacional de México. Serios, perspicaces, enérgicos, desearon a la vez mantener el funcionamiento sin fricciones del sistema y llevar a cabo la misión "que le es encomendada al Estado moderno: el brindar el máximo de los servicios públicos y sociales a sus gobernados".[26] Conforme a una clara sucesión constitucional, los gobernadores y las legislaturas tomaban el poder y luego lo traspasaban. Entre 1946 y 1958, sólo se produjeron formalmente tres huelgas en Morelos, y se vieron envueltas en ellas apenas 94 trabajadores.[27] Es verdad que la corrup-

[25] *Séptimo Censo General de Población, 6 de junio de 1950. Estado de Morelos* (México, 1953), pp. 46-7; *VIII Censo, Resumen General*, pp. 247, 363, 365, 392-3, 425 y *VIII Censo General de Población, 1960. 8 de junio de 1960. Localidades de la República por entidades y municipios*, 2 vols. (México, 1963), I, 762-6. Urbán Aguirre: *op. cit.*, pp. 260-1. Holt Büttner: *op. cit.*, pp. 94-105. "México, Land does not pay", *The Economist*, 12 de noviembre de 1966.

[26] *Informe que rindió ante el H. Cabildo el Sr. Valentín López González, presidente municipal constitucional de Cuernavaca, Morelos, 1964-1965* (Cuernavaca, 1965), p. 1.

[27] *Anuario Estadístico, 1946-1950*, pp. 288-309; *1954*, pp. 373-409; *1958-1959*, pp. 400-29.

ción persistió en muchos niveles de los gobiernos estatales y municipales. Y también el hábito de la violencia oficial, que condujo, en 1962, al asesinato de un popular jefe ejidal de Tlaquiltenango, Rubén Jaramillo, con su esposa y tres de sus hijastros.[28] Pero el escándalo a que dio lugar esto fue más significativo aún que el asesinato, como testimonio de que inclusive aquellos citadinos que habían visto con malos ojos a Jaramillo consideraban que la brutalidad era cosa del pasado y que esperaban ahora una mayor sutileza de parte de sus gobernantes. Al tomar su cargo, en 1964, el nuevo gobernador censuró ásperamente los procedimientos de su predecesor y prometió "una nueva etapa en la vida institucional del estado".[29]

Anenecuilco siguió languideciendo. Después de la muerte de Franco creció más lentamente que antes, no adquirió más de quince a veinte nuevos habitantes cada año y en la década de 1960 era un pequeño pueblo de unos mil doscientos cincuenta habitantes. Aun éstos eran demasiados para que el ejido los pudiese sustentar. Tan apremiante fue la demanda del pueblo respecto de la oferta de tierra que la tenencia ejidal media se encogió hasta ser de unas dos hectáreas, superficie que, por sí sola, no podía sustentar a una familia. El azote del pueblo ya no era Nicolás Zapata, que según rumores había sido trasladado a una rica hacienda de Veracruz, regalo que el gobierno le había hecho para sacarlo del lío en Morelos. El azote era ahora el Banco Ejidal, el único banco a que podían acudir la mayoría de los ejidatarios. Tomando disposiciones desde Zacatepec, sus funcionarios no otorgaron créditos a los agricultores para criar ganado o pollos, plantar árboles frutales o para establecer apiarios, para cultivar melones o tomates, productos que en los mercados de Cuautla o de la ciudad de México se pagarían a buen precio. Sólo prestaban dinero para el cultivo de la caña y del arroz, el primero de los cuales le daba a un ejidatario medio alrededor de cuatrocientos cincuenta pesos al año y el segundo, en el mejor de los casos, alrededor de quinientos veinticinco pesos anuales.

Aun así los aldeanos se quedaron. Para completar sus ingresos echaron mano de varios expedientes. Se podía alquilar el campo al ingenio de Zacatepec, o a un ingenio particular de Cuautla y luego trabajar por un salario mínimo garantizado. También se podía rentar el terreno a un vecino y luego trabajar para él, o probar suerte como trabajador migratorio, quizá en Estados Unidos. Unos cuantos afortunados lograron comprar lotes fuera del ejido, arrendar otros más dentro del mismo, obtener crédito independientemente y diversificar las operaciones. La mayoría lo único que podía hacer era trabajar más duramente y durante más horas, prestando sus servicios a sus coterráneos más acomodados hasta que se pasaba más tiempo en los campos de los demás que en el suyo propio.

[28] *Presente!* (Cuernavaca), 27 de mayo, 3, 10, 17 y 24 de junio, y 1º de julio de 1962.

[29] *El Universal,* 19 de mayo de 1964.

En vez de invertir el crédito del Banco en el suelo se ponían a vivir de él como de un salario. Cuando necesitaban mulas o tractores, los contrataban fuera del ejido. Sus deudas se fueron amontonando. Hacia fines de la década de 1950, el pueblo debía un total de 200 000 pesos y un ejidatario por sí solo debía 23 000. En efecto, los aldeanos se convirtieron en los empleados del Banco, en sus peones. Los de Anenecuilco se lamentaban diciendo, erróneamente, pero poniendo el dedo en la llaga: "¡vivíamos desahogados cuando no teníamos tierras!" [80]

Había calma y silencio en aquel lugar, muy retirado de la carretera. El camino que llevaba al pueblo y las veredas principales estaban donde siempre habían estado y las achaparradas casas de adobes tenían el mismo aspecto que antes. Al escritor que un domingo vino desde la ciudad de México en busca de un relato, las tumbas del cementerio le resultaron tan interesantes como la conversación local: Fidencio Espejo (suegro de Zapata), 1909, María de Jesús Zapata, 1940, María de la Luz Zapata, 1944, Franco y sus hijos, 1947.[31] El que sucedió a Franco como jefe del pueblo se quedó sin publicidad y sin la mala suerte que ésta trae. A principios de la década de 1960, para calmar a los intelectuales metropolitanos que querían conceder al pueblo los beneficios de un museo zapatista, el gobierno federal construyó un pabellón de concreto sobre las ruinas de la casa del padre de Zapata; pero sólo ocasionales turistas que van en peregrinación personal se acercan a ese lugar. En la mañana de cada 8 de agosto dignatarios estatales y nacionales se reúnen en el pequeño anfiteatro anexo al pabellón para ensalzar a Zapata en el día de su natalicio; pero a media tarde, antes de que caiga la lluvia, se han ido, y el pueblo se queda de nuevo en el bochorno del sol, melancólico y silencioso. Por lo común, como las mujeres están dentro de sus casas y los hombres se han ido a los campos, el pueblo parece vacío, casi desierto. De vez en cuando aparecen jóvenes, a realizar callados mandados por la calle o gritando mientras juegan en el polvoriento patio bardeado de junto a la iglesia. El visitante forastero pegó un respingo al verlos. En este pueblo, no pudo menos que pensar, los niños aprenden todavía a respetar a sus mayores, a cumplir los deberes con sus semejantes, a ser honestos en el trabajo y en el juego, lecciones curiosas para andar en un mundo que está a punto de enviar a un hombre a la luna, que es intencionadamente capaz de librar una guerra nuclear y que ya se ha hecho culpable de genocidio. Pero, siendo de Anenecuilco, pudo decidir, probablemente sabrían soportar las penas y fatigas que les deparase el futuro.

[80] Gill: *op. cit.*, pp. 58-62. *Resumen del Boletín mensual de la Dirección General de Economía Agrícola,* núm. 428-33. (enero-junio de 1962), pp. 76-8. Antonio Tapia: *La economía de la producción agrícola en el Distrito Económico de Cuautla, estado de Morelos* (México, 1960). Ramón Fernández y Fernández: "Notas bibliográficas", *El Trimestre Económico,* XXVIII, 2 (abril de 1961), pp. 349-54.
[31] Gastón García Cantú: *Utopías mexicanas* (México, 1963), pp. 120-8.

APÉNDICES
Y
NOTA BIBLIOGRÁFICA

APÉNDICE A

HACIENDAS PRINCIPALES DE MORELOS, 1908-1909

Este cuadro se ha construido con las cifras de Díez y de Magaña, que son incompletas. Aunque el directorio de haciendas de Southworth es también incompleto, indica que las propiedades de Araoz, Escandón y Amor eran casi el doble de grandes y que la superficie que poseía Alonso era hasta catorce veces más grande que la que se menciona aquí.[1]

Ingenios	*Dueños*	*Haciendas*	*Hectáreas*
Zacatepec	Juan Pagaza	Zacatepec	3 432
San Nicolás	Juan Pagaza	San Nicolás	
Cuahuixtla	Manuel Araoz	Cuahuixtla	2 664
Treinta	Manuel Araoz	Treinta	
	Manuel Araoz	Acamilpa	
Santa Clara	Luis García Pimentel	Santa Clara	68 159
Tenango	Luis García Pimentel	Tenango	
	Luis García Pimentel	San Ignacio	
Hospital	Viuda de Vicente Alonso	Hospital	1 058
Calderón	Viuda de Vicente Alonso	Calderón	
Chinameca	Viuda de Vicente Alonso	Chinameca	
Tenextepango	Ignacio de la Torre y Mier	Tenextepango	15 682
Atlihuayán	Hijos de Antonio Escandón	Atlihuayán	6 045
	Hijos de Antonio Escandón	Xochimancas	
San Carlos	Bienes de Tomás de la Torre	San Carlos	2 825
	Bienes de Tomás de la Torre	Cocoyoc	
	Bienes de Tomás de la Torre	Pantitlán	
Miacatlán	Romualdo Pasquel	Miacatlán	17 336
	Romualdo Pasquel	Acatzingo	
Cocoyotla	Romualdo Pasquel	Cocoyotla	
San Vicente	Bienes de Delfín Sánchez	San Vicente	8 312
	Bienes de Delfín Sánchez	Chiconcuac	
	Bienes de Delfín Sánchez	Dolores	
	Bienes de Delfín Sánchez	San Gaspar	
	Bienes de Delfín Sánchez	Atlacomulco	
San Gabriel	Emmanuel Amor	San Gabriel	20 250
Actopan	Emmanuel Amor	Actopan	
Santa Inés	Viuda de Benito Arenas	Santa Inés	2 500
	Viuda de Benito Arenas	Guadalupe	
	Viuda de Benito Arenas	Buenavista	

[1] Díez: *Dos conferencias*, p. 56. Magaña: *op. cit.*, I, 39. Southworth: *op. cit.*, pp. 217-19.

Oacalco	Francisco A. Vélez	Oacalco	3 720
	Francisco A. Vélez	Michate	
Temilpa	Manuel Alarcón	Temilpa	4 973
Santa Cruz	J. Pliego de Pérez	Santa Cruz	651
Casasano	E. Vélez de Goríbar	Casasano	2 282
Temixco	Concepción T. G. de Fernández	Temixco	17 300
Cuauchichinola	Sixto Sarmina	Cuauchichinola	1 881

APÉNDICE B

EL PLAN DE AYALA

Para los zapatistas, el Plan de Ayala tenía carácter de cosa sagrada. Desde fines de noviembre de 1911, cuando lo proclamaron por primera vez, hasta la primavera de 1918, en que lo archivaron por bien de la "unificación", los jefes zapatistas consideraron que el plan era mucho más que un simple programa de acción y le dieron valor de Sagrada Escritura. No estaban dispuestos a tolerar ninguna concesión respecto de lo estipulado en él, ni ninguna falta de respeto a sus proyectos, que habrían de dar lugar a un "milenio" mexicano clásico. En sus propios dominios, cada vez más reducidos, de Morelos y de Puebla, siguieron siendo sus devotos, hasta que prestaron fidelidad al Plan de Agua Prieta, en abril de 1920. Después, el Plan de Ayala se hizo famoso como la primera bandera del experimento más notable y más discutido de México, el de la reforma agraria.

El plan no fue una creación instantánea. En su calidad de exposición de concepciones, se había venido forjando por lo menos durante cincuenta años, a través de las lecciones públicas que Juárez había dado acerca de la importancia suprema de los "principios", de "la ley" y de la "justicia", pasando por la formación del orgullo nacional durante la resistencia a los franceses, a través de la exasperación provocada por las promesas personales y los abusos políticos del largo reinado de don Porfirio y, finalmente, a través del aborto de sus esperanzas puestas en el virtuoso Madero. En calidad de exposición de la concepción zapatista, específica, de la política revolucionaria, se había venido gestando durante unos nueve meses. La matriz fue el Plan de San Luis, de Madero, el cual los de Ayala declararon aceptar en el mes de marzo de 1911. De tal modo, pidieron la renuncia de todos los funcionarios en funciones, locales y federales, elegidos o designados, la elección libre y la designación imparcial de autoridades nuevas y la revisión judicial de todos los casos disputados en materia de tenencia de tierras. El punto de vista de Zapata no cambió a lo largo del verano, ni siquiera durante la aguda crisis de agosto.

No fue sino a fines de septiembre, después de que los federales los habían arrojado de Morelos, cuando los zapatistas definieron sus propias demandas. Su declaración fue un burdo "Memorial" que contiene las peticiones de los contrarrevolucionarios al C. presidente de la República, Francisco L. de la Barra. Aunque por su evidente desconfianza de las soluciones electorales anunciaron algunos de los rasgos del plan radical que habría de venir después, no obstante, se sujetaron por lo general a los antiguos límites.

I. Reconocemos y respetamos al C. Francisco L. de la Barra, actual Presidente provisional de la República.

II. Declaramos que sean destituidos los actuales Gobernadores Provisionales y que sean nombrados, ya a voluntad del pueblo o de los Generales y Gefes [sic] de la presente Contrarrevolución. Así como el Gefe de las Armas y las fuerzas que guarnezcan a sus Plazas.

III. Pedimos que evacúen las Plazas que actualmente están ocupando las fuerzas federales en los Estados de Morelos, Puebla, Guerrero y Oaxaca.

IV. Que se suspendan las elecciones.

V. Que se dé a los pueblos lo que en su justicia merecen, en cuanto a tierras, montes y aguas que ha sido el origen de la presente Contrarrevolución.

VI. Pedimos que queden abolidas las jefaturas políticas y que se dé absoluta libertad a todos los reos políticos de la Nación.

Sufragio Efectivo No Reelección.
Sn. Juan del Río, Spbre. 26, 1911.
[FIRMADO:] *Emiliano Zapata, Eufemio Zapata,*
José Trinidad Ruiz, Agustín Quiroz, Jesús Jáuregui,
Emigdio L. Marmolejo, José Cruz, Jesús Navarro,
José Rodríguez, Jesús Sánchez, José Vergara,
Mariano Rodríguez, Próculo Capistrán, Amador Salazar.

Si de la Barra daba satisfacción a sus peticiones, los zapatistas prometían deponer las armas inmediatamente.[1]

Seis semanas más tarde, Zapata aclaró su punto de vista al declarar cuáles eran las condiciones de su rendición ante el nuevo presidente Madero. Esta declaración era más clara, e iba más al grano, que la de septiembre, porque Gabriel Robles Domínguez había ayudado a redactarla. Era también más moderada, pues sólo hacía referencia a Morelos, y porque suprimía la demanda de "justicia" para los pueblos y la trocaba por una demanda de "ley agraria" y porque reconocía el papel del presidente por lo que toca a las designaciones de un nuevo gobernador y un nuevo jefe de policía del estado.

1a. Se retirará del Gobierno del Estado al C. general Ambrosio Figueroa.

2a. Se retirarán del Estado las fuerzas que manda el C. Federico Morales.

3a. Se concederá indulto general a todos los alzados en armas.

4a. *Se dará una ley agraria procurando mejorar la condición del trabajador del campo.*

5a. Las tropas federales se retirarán de las poblaciones del Estado que actualmente ocupan. *El plazo en que deban retirarse esas fuerzas quedará al prudente arbitrio del señor Presidente de la República;* mas el general Zapata, *en representación de sus compañeros de armas* y por sí mismo, pide respetuosamente al señor Madero que este plazo no exceda de cuarenta y cinco días.

6a. Mientras se retiran las fuerzas federales *quedarán armados quinientos hombres* de las fuerzas del general Zapata, asignándose por el Ejecutivo la población o poblaciones en que deben acuartelarse. Esta fuerza tendrá el carácter de fuerza rural y dependerá, por lo tanto, del Ministro de Gobernación.

[1] Memorial..., 26 de septiembre de 1911, AA.

7a. *El jefe de estas fuerzas será designado por el señor Madero,* pero el general Zapata por sí en representación de sus segundos jefes, respetuosamente pide que la elección recaiga en la persona del señor don Raúl Madero o Eufemio Zapata.

8a. Se expedirá pasaporte o salvoconducto para todos los jefes de los alzados en armas.

9a. *El General Zapata no intervendrá en los asuntos del Gobierno del Estado y procurará emplear su personal influencia para hacer respetar las autoridades constituidas.*

10a. *El Gobierno Federal entregará, para pagar los préstamos que se han hecho en la revolución, la cantidad de diez mil pesos.*

11a. El Gobernador del Estado será nombrado por los principales Jefes revolucionarios del Estado, de acuerdo con el señor Madero.

12a. *La Villa de Ayala quedará guarnecida con cincuenta hombres de la fuerza rural del Estado.*

13a. Las fuerzas del general Zapata se reconcentrarán en la Villa de Ayala y Jonacatepec, desde luego.

Villa de Ayala, noviembre 11 de 1911.

EL GENERAL EMILIANO ZAPATA[2]

Dos semanas más tarde, los zapatistas iniciaron formalmente su propia revolución bajo la bandera del Plan de Ayala. En lo que respecta a la paternidad del Plan, hay opiniones muy divergentes. Uno cree que Francisco Vázquez Gómez lo escribió y se lo pasó a Zapata.[3] Otro ha afirmado que el hermano de Francisco, Emilio, que estaba exilado entonces en San Antonio, se había llevado allí una copia del Plan propuesto por Otilio Montaño, había rebajado un poco sus exigencias, y lo había mandado de regreso a Morelos para su proclamación.[4] Otro declara que Emilio Vázquez, Montaño, Paulino Martínez y Enrique Bonilla, que era entonces redactor del *Diario del Hogar*, colaboraron en la versión final.[5] Otro más dice que tres guerrerenses poco conocidos (Gonzalo Ávila, Salustio Carrasco Núñez y Fidel Fuentes) concibieron el Plan y se lo enviaron a Montaño en septiembre de 1911.[6] Hay otros que han dicho que Palafox o Soto y Gama lo escribieron.[7] Todas estas opiniones, "exteriores" por así decirlo, se apoyan en testimonios muy débiles. Hay también una versión oficial zapatista de la redacción del plan, de cuya veracidad tanto el estilo como el contenido del plan salen firmemente garantes.

Según esta versión, Zapata se molestó porque los periódicos de la capital habían dicho que sus incursiones del mes de octubre en Morelos y en el Distrito Federal habían tenido como objeto únicamente el saqueo. Y le pidió a Montaño que trazara un programa para demostrar

[2] Citado en Magaña: *op. cit.*, II, 65-6.

[3] Ramón Prida: *De la dictadura a la anarquía* (2a. ed., México, 1958), p. 382.

[4] Teodoro Hernández: "La verdad sobre el zapatismo", *Mujeres y Deportes*, 13 de febrero de 1937.

[5] Francisco Cosío Robelo: "El dragón de dos cabezas. Zapata y Pascual Orozco", *ibid.*, 6 de marzo de 1937.

[6] Figueroa Uriza: *op. cit.*, I, 275-6.

[7] Por ejemplo, Gates en *World's Work*, abril de 1919, p. 658.

que los zapatistas no eran simples bandidos. Aconsejados por los jefes principales, Montaño y sus ayudantes redactaron una versión provisional. A principios de noviembre, Zapata la examinó y la elogió, pero consideró que ya no era necesaria por el pacto que iba a concertar con Robles Domínguez. Cuando las negociaciones fracasaron, Zapata y Montaño huyeron a las montañas de Puebla y se escondieron por los alrededores del pueblo de Miquetzingo. Allí redactaron la versión final. Las ideas eran las que según Zapata constituían el consenso de sus jefes; la expresión formal fue, en su mayor parte, de Montaño. Cuando lo terminaron, Zapata reunió a todos los jefes de la zona, y en la pequeña población vecina de Ayoxustla les leyó el Plan y lo firmaron. Zapata, después, se trasladó al cuartel general de las montañas de Morelos, en las cercanías de Huautla, donde un sacerdote le copió a máquina varios ejemplares del Plan. Los envió a las embajadas de la ciudad de México y a su agente principal en la capital, Gildardo Magaña. Le dijo a este último que suspendiese las conversaciones con el maderismo y que tratase de publicar el "importante documento". De todos los editores metropolitanos, sólo Bonilla, del *Diario del Hogar*, le preguntó a Madero que si podía publicarlo. "Sí —le dijo Madero—, publíquelo para que todos conozcan a ese loco de Zapata." Y así lo hizo, el 15 de diciembre, en una edición doble que rápidamente se agotó.[8]

Revuelto y difuso, sin sombra de pulimiento capitalino, el testimonio era "de cuidado" en todas las acepciones del término. Lo más notable eran cuatro cambios radicales del punto de vista zapatista. En primer lugar, la operación que Zapata y sus jefes estaban llevando a cabo ya no era un movimiento local en Morelos, o regional, por el sur, sino un movimiento nacional para apoderarse de la autoridad federal. En segundo lugar, los revolucionarios no sólo devolverían a los pueblos los campos que habían perdido, sino que también expropiarían algunas tierras si juzgaban que eran "monopolizadores" quienes legalmente las poseyesen, y expropiarían por completo a los terratenientes que se les opusiesen. En tercer lugar tratarían a los revolucionarios maderistas a quienes capturasen en batalla no como prisioneros de guerra, sino como traidores. En cuarto lugar, para desalentar ambiciones personales, no nombrarían ni presidente, ni gobernadores provisionales hasta que no hubiesen tomado el poder. Medidas como éstas ningún otro grupo revolucionario, salvo los anarcosindicalistas, se atreverían a proponer, y mucho menos a adoptar como política, durante por lo menos otros tres años. El Plan de Ayala fue un aviso para los políticos de la ciudad de México, que les advertía de cuán militantes y sagaces se habían vuelto algunas partes de la población rural. Pero preocupados como estaban por estas cosas, lo único que hizo el Plan fue convencerlos de lo excéntricas que eran las peticiones agraristas.

[8] Magaña: *op. cit.*, II, 80-3. Comentarios y confirmaciones de esta exposición se encuentran en Palacios: *Zapata*, pp. 62-3, y *El Plan de Ayala. Sus orígenes y su promulgación* (3a. ed.; México, 1953), pp. 47-8, 57-61; Serafín M. Robles: "Semblanza del Plan de Ayala" y "El Plan de Ayala. Cómo fue el juramento de este histórico documento", *El Campesino*, enero de 1950 y diciembre de 1954; y Gómez: *Las comisiones*, pp. 93-96.

Huellas claras de otros documentos revolucionarios se advierten en el Plan de Ayala. Uno de ellos es el Plan de Tacubaya, en apoyo de la candidatura presidencial de Emilio Vázquez, fechado el 31 de octubre de 1911. Hace hincapié en la traición personal y en la incapacidad política de Madero, y califica la operación de los hermanos Vázquez de continuación y cumplimiento del movimiento original de 1910. Adecuadamente modificadas, estas nociones y parte del lenguaje de los de Tacubaya figuran tediosamente en el Plan de Ayala, y sobre todo en la misma sección del mismo, un prefacio dilatado que en la versión zapatista se encuentra en el primer artículo. La fuente de la influencia de los de Tacubaya fue probablemente Paulino Martínez, que había firmado el plan de los hermanos Vázquez y era amigo de los de Ayala. Probablemente, intercambió quejas con Zapata y Montaño y le comunicó su disgusto con Madero, el cual reforzó al suyo propio, a la vez que les prestó un vocabulario para expresarlo. Muy probablemente, una copia del Plan de Tacubaya llegó al campamento sureño y sirvió de modelo para la denuncia. La otra huella que se observa en el Plan de Ayala es la de algunos papeles del Partido Liberal, que datan del programa de 1906, declaración razonada de las reformas propuestas, y del manifiesto del 23 de diciembre de 1911, vivaz y conmovedor llamado anarcosindicalista a todos los mexicanos para que expropiasen tierras y fábricas y las utilizasen para el bienestar común.[9] Muchos de los conceptos y de las frases en que más intensamente insistieron los liberales, sobre todo en el manifiesto de septiembre, aparecen repetidas veces en el Plan de Ayala. Doce veces, por ejemplo, aparecen imágenes de sangre, heridas, luchas sangrientas, sangre y fuego, derramamiento de sangre, que rara vez o nunca, aparecen en otros planes, pero que son frecuentes en la literatura del Partido Liberal. Así también, la nacionalización y la expropiación eran acciones que sólo los liberales habían propuesto antes (durante cuatro o cinco años, y con especial vigor a partir del mes de septiembre) y que sólo ellos y los zapatistas propusieron abiertamente en 1911. De igual manera, los liberales habían abogado explícita y vigorosamente por una fusión de grupos hasta formar una gran solidaridad revolucionaria y, haciendo suyo el argumento, los zapatistas los imitaron: mientras que Madero, en su plan, se había dirigido únicamente a los "compatriotas" y a los "conciudadanos", los de Ayala se dirigieron a "nuestros hermanos". Y firmemente encajadas en el Plan de Ayala están otras palabras que eran moneda corriente de la oposición mexicana, pero que los liberales habían hecho suyas: dictadura, justicia, tirano, déspota, cadenas, esclavos, yugos, bienestar, patria. Finalmente el lema del Plan, "Libertad, Justicia y Ley" se asemeja muchísimo al del programa liberal de 1906, "Reforma, Justicia y Ley". Puesto que había liberales que estuvieron haciendo labor de agitación entre los zapatistas por aquel entonces, la fuente de su influencia semántica y política fue probablemente su periódico clandestino, titulado *Regeneración*, que Zapata y Montaño conocían y que los correos les podían hacer llegar desde la capital.

9 Para el manifiesto, véase Ricardo Flores Magón: *Vida y obra. Semilla libertaria*, 3 vols. (México, 1923), II, 36-45.

Pero el señalar sus deudas intelectuales putativas no da fin al trabajo. A pesar de los tonos vazquistas, el Plan de Ayala no constituía una muestra de propaganda vazquista, como habían creído muchos políticos metropolitanos en aquel momento. Si iba en apoyo de Emilio, ¿por qué no lo hacía abiertamente, sobre todo, en el preciso momento en que los vazquistas necesitaban toda la simpatía revolucionaria pública que pudiesen encontrar? ¿Por qué "los hijos del estado de Morelos" no mencionaron una sola vez a Emilio o a Francisco? ¿Por qué eligieron para jefe supremo al revolucionario que entonces era el peor rival de Emilio, Pascual Orozco? Y, no obstante toda su sangre y azufre, el Plan no era otro panfleto liberal más. En pasajes que hubiesen hecho reír o atragantarse a los anarcosindicalistas, el Plan reconocía que "Dios" lo mismo que el "pueblo" habían ayudado a dar comienzo a la revolución de 1910, señalaba sólo de paso que existía siquiera un proletariado industrial, e inclusive reconocía el derecho de propiedad privada a los pueblos y a los individuos. Era ignorante de la idea de la lucha de clases, y reflejaba supuestos en materia de asuntos internacionales que lo reducían a la esperanza de obtener aprobación de parte del "mundo civilizado", de la Europa eduardiana y de los Estados Unidos del presidente Taft. Aunque, a partir de 1910, los liberales habían dado a la publicidad un nuevo lema perfectamente ajustado al movimiento del sur, el de "Tierra y Libertad", los de Ayala conservaron su antiguo lema y lo reformaron solamente para que dijese "Reforma, Libertad, Justicia y Ley".

El Plan de Ayala era original, más aún que la mayoría de los demás planes, programas y manifiestos que han aparecido en la historia de México. Sus artículos más importantes, por ejemplo, el 6, el 7 y el 8, que hablan de la reforma agraria, casi no contienen nada de planes anteriores, aun cuando podrían haber tomado mucho de ellos. La disposición especial del artículo 8, en favor de las viudas y de los huérfanos de los revolucionarios, tampoco tiene precedente. Y tampoco lo tiene el artículo 10, acerca de los traidores a la revolución.

El rasgo más original e interesante del Plan es el del sentido de la historia que lo empapa. La mayoría de los demás planes contemporáneos tienen pocas raíces en el pasado mexicano, y éstas se hunden, únicamente, en el pasado inmediato. En el Plan de San Luis, por ejemplo, hay sólo una mención tardía, de pasada, de las disposiciones antirreeleccionistas de los planes revolucionarios porfiristas de La Noria (1871) y de Tuxtepec (1876), pero, en el Plan de Ayala, una de las acusaciones principales contra Madero es la que tiene como motivo su "profundo desacato al... inmortal Código de 57, escrito con la sangre de los revolucionarios de Ayutla". Y para expropiar las propiedades de los hacendados, la "norma y ejemplo" eran las leyes "puestas en vigor por el inmortal Juárez, a los bienes eclesiásticos, que escarmentaron a los déspotas y conservadores que en todo tiempo han pretendido imponernos el yugo ignominioso de la opresión y del retroceso". En ninguna parte del Plan se hace referencia a la "paz" o al "progreso" o a la "democracia", las metas declaradas de los demás planes y preocupación eminente de los hombres "urbanizados" de aquella época. En vez de esto, la finalidad es "reconquistar las libertades" de un pueblo republicano y,

por dos veces afirmado, dar lugar a la "prosperidad y bienestar", lo cual no era un sueño nuevo en México, sino una utopía concebida por primera vez en los tiempos más ricos del siglo XVI, revivida durante el siglo XVIII por los reformadores borbones, respaldada y dada a la publicidad por Humboldt, que reapareció constantemente durante los difíciles intentos del establecimiento de la independencia y que después quedó en gran parte subsumida y reprimida durante la prolongada "evolución" porfiriana. Procedente de esta antiquísima aspiración mexicana, el Plan de Ayala ejerció un influjo poderosísimo en los hombres que no se podían imaginar de otra manera a su país. A otros, para quienes la historia era letra muerta, no los conmovió.

La fantasía un tanto barata de la retórica del Plan era sin duda obra de Montaño. Maestro de escuela mal pagado, que había estudiado en los libros de texto producidos por el sistema educativo de Porfirio Díaz, en los cuales basaba ahora sus enseñanzas, Montaño vivía un presente dolorosamente menesteroso y glorificaba lo que según él creía que había sido un pasado más feliz. Es curioso que la glorificación resultase tanto más fácil gracias a la ideología oficial. Ésta describía a Díaz como a otro héroe más de una honrosa sucesión de preclaros republicanos, para legitimar su papel en la historia de México. Primero venía Hidalgo, después Morelos, después Juárez y luego el republicano más heroico, el poderoso general y digno heredero de Juárez, don Porfirio.[10] Presumiblemente, el siguiente de la lista, que parecía avanzar a la manera de la de los últimos Habsburgos, era el vicepresidente de Díaz, el corrompidísimo Ramón Corral. Para los intelectuales del campo, como Montaño, el contraste era demasiado violento. Cuanto más afrentosos se volvían los científicos, tanto más grandes parecían ser los héroes tradicionales, especialmente Juárez. En el comité de las fiestas del centenario de Villa de Ayala, Montaño pudo afilar su admiración por los antiguos campeones y su furia contra los logreros del presente.

También Zapata buscaba en los dirigentes del pasado los precedentes y la inspiración. Su maestro de escuela primaria en Anenecuilco había sido veterano de la guerra contra la Intervención Francesa, y Zapata se acordaba bien de sus clases de historia.[11] Dos de sus tíos habían luchado contra los franceses con las fuerzas republicanas leales en Puebla, y había crecido oyendo sus historias. A menudo, en sus conversaciones, hacía mención de Hidalgo, de Morelos y de Juárez. Jefe de su pueblo y, por necesidad, investigador de su historia en sus fuentes, los títulos de propiedad de las tierras, Zapata sabía, al dedillo, cómo y por qué habían luchado. Para él, lo mismo que para Montaño, el Plan de Ayala era otra declaración más en defensa de los pueblos y del pueblo, que para ellos eran una y la misma cosa.

La versión que publico es la que apareció en el *Diario del Hogar*, del 15 de diciembre de 1911. Es la primera versión que se propagó en la ciudad de México. Hay otras, entre ellas la versión zapatista

[10] Un texto favorito era la obra de Manuel Payno: *Compendio de la historia de México* (6a. ed.; México, 1880).

[11] Palacios: *Zapata*, p. 18, y Páez en *El Sol de Puebla*, 2 de abril de 1951.

oficial publicada en Magaña: *op. cit.*, II, 83-7. Las diferencias son modificaciones de redacción de poca monta, omisiones y correcciones gramaticales y de otro carácter. De estas últimas, la más notable es el perfeccionamiento legal de la redacción del Artículo 12, que en su forma original violaba los procedimientos constitucionales, pues el Congreso, y no el presidente, tenía propiamente la autoridad que al principio se le asignó a él.[12] He aquí, pues, el texto:

Plan Libertador de los hijos del Estado de Morelos afiliados al Ejército Insurgente que defiende el cumplimiento del Plan de San Luis, con las reformas que ha creído conveniente aumentar en beneficio de la Patria Mexicana.

Los que suscribimos, constituidos en junta revolucionaria para sostener y llevar a cabo las promesas que hizo al país la revolución de 20 de noviembre de 1910 próximo pasado, declaramos solemnemente ante la faz del mundo civilizado que nos juzga y ante la nación a que pertenecemos y amamos, los propósitos que hemos formulado, para acabar con la tiranía que nos oprime y redimir a la patria de las dictaduras que se nos imponen, las cuales quedan determinadas en el siguiente plan:

1o. Teniendo en consideración que el pueblo mexicano acaudillado por D. Francisco I. Madero, fue a derramar su sangre para reconquistar libertades y reivindicar sus derechos conculcados, y no para que un hombre se adueñara del poder, violando los sagrados principios que juró defender bajo el lema "Sufragio Efectivo y No Reelección" ultrajando así la fe, la causa, la justicia y las libertades del pueblo; teniendo en consideración que ese hombre a que nos referimos es D. Francisco I. Madero, el mismo que inició la precitada revolución, el que impuso por norma gubernativa su voluntad e influencia al Gobierno Provisional del ex Presidente de la República Lic. Francisco L. de la Barra, causando con este hecho reiterados derramamientos de sangre y multiplicadas desgracias a la patria de una manera solapada y ridícula, no teniendo otras miras que satisfacer sus ambiciones personales, sus desmedidos instintos de tirano y su profundo desacato al cumplimiento de las leyes preexistentes emanadas del inmortal Código del 57 escrito con la sangre revolucionaria de Ayutla;

Teniendo en cuenta que el llamado Jefe de la Revolución libertadora de México, D. Francisco I. Madero, por falta de entereza y debilidad suma, no llevó a feliz término la revolución que gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del pueblo, puesto que dejó en pie la mayoría de los poderes gubernativos y elementos corrompidos de opresión del gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, que no son ni pueden ser en manera alguna la representación de la Soberanía Nacional, y que, por ser acérrimos adversarios nuestros y de los principios que hasta hoy defendemos, están provocando el malestar del país y abriendo nuevas heridas al seno de la patria para darle a beber su propia sangre; teniendo también en cuenta que el supradicho Sr. Francisco I. Madero, actual Presidente de la República, trata de eludirse del cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación en el Plan de San Luis Potosí, siendo las precitadas promesas a los convenios de Ciudad Juárez; ya nulificando, persiguiendo, encarcelando o matando a los elementos re-

[12] Ésta y la versión oficial se encuentran ambas en González Ramírez: *Planes*, pp. 73-83. Una copia escrita a mano del plan, fechada el 28 de noviembre de 1911, está en AZ, 28: 14.

volucionarios que le ayudaron a que ocupara el alto puesto de Presidente de la República por medio de falsas promesas y numerosas intrigas a la Nación.

Teniendo en consideración que el tantas veces repetido Francisco I. Madero ha tratado de acallar con la fuerza bruta de las bayonetas y de ahogar en sangre a los pueblos que le piden, solicitan o exigen el cumplimiento de las promesas de la revolución llamándolos bandidos y rebeldes; condenándolos a la guerra de exterminio sin conceder ni otorgar ninguna de las garantías que prescriben la razón, la justicia y la ley; teniendo igualmente en consideración que el Presidente de la República Francisco I. Madero, ha hecho del Sufragio Efectivo una sangrienta burla al pueblo, ya imponiendo contra la voluntad del mismo pueblo, en la Vicepresidencia de la República, al Lic. José M. Pino Suárez, o ya los Gobernadores de los Estados, designados por él, como el llamado general Ambrosio Figueroa, verdugo y tirano del pueblo de Morelos; ya entrando en contubernio escandaloso con el partido científico, hacendados, feudales y caciques opresores, enemigos de la revolución proclamada por él, a fin de forjar nuevas cadenas y seguir el molde de una nueva dictadura más oprobiosa y más terrible que la de Porfirio Díaz; pues ha sido claro y patente que ha ultrajado la soberanía de los Estados, conculcando las leyes sin ningún respeto a vidas ni intereses, como ha sucedido en el Estado de Morelos y otros, conduciéndolos a la más horrorosa anarquía que registra la historia contemporánea.

Por estas consideraciones declaramos al susodicho Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la voluntad del pueblo y pudo escalar el poder: incapaz para gobernar por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos, y traidor a la patria por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades, a fin de complacer a los científicos, hacendados y caciques que nos esclavizan y desde hoy comenzamos a continuar la revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen.

2o. Se desconoce como Jefe de la revolución al Sr. Francisco I. Madero y como Presidente de la República por las razones que antes se expresan, procurándose el derrocamiento de este funcionario.

3o. Se reconoce como Jefe de la Revolución Libertadora al ilustre C. Gral. Pascual Orozco, segundo del Caudillo D. Francisco I. Madero, y en caso de que no acepte este delicado puesto, se reconocerá como Jefe de la Revolución al C. General D. Emiliano Zapata.

4o. La Junta Revolucionaria del E. de Morelos manifiesta a la nación bajo formal protesta: que hace suyo el plan de San Luis Potosí con las adiciones que a continuación se expresan en beneficio de los pueblos oprimidos y se hará defensora de los principios que defiende hasta vencer o morir.

5o. La Junta Revolucionaria del E. de Morelos no admitirá transacciones ni componendas hasta no conseguir el derrocamiento de los elementos dictatoriales de Porfirio Díaz y de Francisco I. Madero, pues la nación está cansada de hombres falsos y traidores que hacen promesas como libertadores y que al llegar al poder se olvidan de ellas y se constituyen en tiranos.

6o. Como parte adicional del plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes inmuebles desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos, correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por la mala fe de nuestros opresores,

manteniendo a todo trance con las armas en la mano la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la revolución.

7o. En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la Industria o a la Agricultura, por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas; por esta causa se expropiarán previa indemnización, de la tercera parte de esos monopolios a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

8o. Los hacendados, científicos, o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente plan, se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos les correspondan, se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en la lucha del presente plan.

9o. Para ejecutar los procedimientos respecto a los bienes antes mencionados, se aplicarán leyes de desamortización y nacionalización según convenga, pues de norma y ejemplo pueden servirnos las puestas en vigor por el inmortal Juárez a los bienes eclesiásticos, que escarmentaron a los déspotas y conservadores que en todo tiempo han pretendido imponernos el yugo ignominioso de la opresión y el retroceso.

10o. Los jefes militares insurgentes de la República que se levantaron con las armas en la mano a la voz de D. Francisco I. Madero, para defender el plan de San Luis Potosí y que se opongan con fuerza armada al presente plan, se juzgarán traidores a la causa que defendieron y a la patria, puesto que en la actualidad muchos de ellos por complacer a los tiranos, por un puñado de monedas o por cohecho o soborno, están derramando la sangre de sus hermanos que reclaman el cumplimiento de las promesas que hizo a la nación D. Francisco I. Madero.

11o. Los gastos de guerra serán tomados conforme al artículo 11 del Plan de San Luis Potosí, y todos los procedimientos empleados en la revolución que emprendemos, serán conforme a las instrucciones mismas que determine el mencionado plan.

12o. Una vez triunfante la revolución que llevamos a la vía de la realidad, una Junta de los principales jefes revolucionarios de los diferentes Estados, nombrará o designará un Presidente interino de la República, que convocará a elecciones para la organización de los poderes federales.

13o. Los principales jefes revolucionarios de cada Estado, en Junta, designarán al Gobernador del Estado a que correspondan, y este elevado funcionario convocará a elecciones para la debida organización de los poderes públicos, con el objeto de evitar consignas forzosas que labran la desdicha de los pueblos, como la tan conocida consigna de Ambrosio Figueroa en el Estado de Morelos y otros que nos condenan al precipicio de conflictos sangrientos sostenidos por el capricho del dictador Madero y el círculo de científicos y hacendados que lo han sugestionado.

14o. Si el Presidente Madero y demás elementos dictatoriales del actual y antiguo régimen, desean evitar las inmensas desgracias que aflijen a la patria y poseen verdaderos sentimientos de amor hacia ella, que hagan inmediata renuncia de los puestos que ocupan y con ello en algo restañarán las graves heridas que han abierto al seno de la patria, pues que, de no hacerlo así, sobre sus cabezas caerán la sangre y anatema de nuestros hermanos.

15o. Mexicanos: considerad que la astucia y mala fe de un hombre está de-

rramando sangre de una manera escandalosa, por ser incapaz para gobernar; considerad que su sistema de gobierno está agarrotando a la patria y hollando con la fuerza bruta de las bayonetas nuestras instituciones; y así como nuestras armas las levantamos para elevarlo al poder, las volvemos contra él por faltas a sus compromisos con el pueblo mexicano y haber traicionado la revolución iniciada por él, no somos personalistas, ¡somos partidarios de los principios y no de los hombres!

Pueblo mexicano, apoyad con las armas en la mano este plan y haréis la prosperidad y bienestar de la patria.

Libertad, Justicia y Ley.

Ayala, noviembre 25 de 1911.

General en Jefe, *Emiliano Zapata*, Rúbrica. Generales: *Eufemio Zapata, Francisco Mendoza, Jesús Morales, Jesús Navarro, Otilio E. Montaño, José Trinidad Ruiz, Próculo Capistrán*, rúbricas. Coroneles: *Felipe Vaquero, Cesáreo Burgos, Quintín González, Pedro Salazar, Simón Rojas, Emigdio Marmolejo, José Campos, Pioquinto Galis, Felipe Tijera, Rafael Sánchez, José Pérez, Santiago Aguilar, Margarito Martínez, Feliciano Domínguez, Manuel Vergara, Cruz Salazar, Lauro Sánchez, Amador Salazar, Lorenzo Vázquez, Catarino Perdomo, Jesús Sánchez, Domingo Romero, Zacarías Torres, Bonifacio García, Daniel Andrade, Ponciano Domínguez, Jesús Capistrán*, rúbricas. Capitanes: *Daniel Mantilla, José M. Carrillo, Francisco Alarcón, Severiano Gutiérrez*, rúbricas y siguen más firmas. Es copia fiel sacada de su original. Campamento de las Montañas de Puebla, diciembre 11 de 1911. El General en Jefe, *Emiliano Zapata*, rúbrica.

APÉNDICE C

LA LEY AGRARIA

La ley fundamental zapatista de reforma agraria fue tan original como su Plan de Ayala. En los límites específicos fijados a las propiedades agrícolas individuales, en las estipulaciones para la expropiación directa de todas las tierras que excediesen de estos límites y no estuviesen en manos de los campesinos, en la definición de inalienables a perpetuidad de las tierras de los pueblos, en la prohibición de formar sindicatos o compañías agrícolas, en la afirmación de derechos de confiscación de la propiedad del enemigo, en el establecimiento de tribunales agrarios especiales y departamentos federales especiales también de riego, de crédito rural, de educación y de investigación agrícolas, en el enorme poder asignado al secretario de agricultura, y en el recurso, no a las autoridades estatales, sino a las municipales, para la ejecución local de las disposiciones, la ley zapatista se apartó radicalmente de proyectos y leyes revolucionarios anteriores. Sobre todo, fue muy poco lo que tomó del decreto de Carranza del 5 de enero de 1915.[1] De los diversos coautores probables de la ley, sin duda el más importante fue Palafox.

Ofrezco en seguida el texto de la ley:[2]

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS
CONSEJO EJECUTIVO DE LA REPÚBLICA
LEY AGRARIA

El Consejo Ejecutivo, en uso de las facultades de que se halla investido, a los habitantes de la República Mexicana, hace saber:

Considerando: que en el Plan de Ayala se encuentran condensados los anhelos del pueblo levantado en armas, especialmente en lo relativo a las reivindicaciones agrarias, razón íntima y finalidad suprema de la Revolución; por lo que es de precisa urgencia reglamentar debidamente los principios consignados en dicho Plan, en forma tal que puedan desde luego llevarse a la práctica, como leyes generales de inmediata aplicación.

Considerando: que habiendo el pueblo manifestado de diversas maneras su voluntad de destruir de raíz y para siempre el injusto monopolio de la tierra para realizar un estado social que garantice plenamente el derecho natural que todo hombre tiene sobre extensión de tierra necesaria a su propia subsistencia y a la de su familia, es un deber de las Autoridades Revolucionarias acatar esa voluntad

[1] Para las afirmaciones en contrario, véase Antonio Díaz Soto y Gama: "La Ley Agraria del Villismo", *Excélsior*, 26 de octubre de 1950, y Gómez: "La Reforma Agraria", p. 167.

[2] El texto original se encuentra en Reyes H.: *op. cit.*, pp. 125-34. Hay una copia mala, equivocadamente fechada en 28 de octubre de 1915, en AZ, 28: 5: 3.

popular, expidiendo todas aquellas leyes que, como la presente, satisfagan plenamente esas legítimas aspiraciones del pueblo.

Considerando: que no pocas autoridades, lejos de cumplir con el sagrado deber de hacer obra revolucionaria que impone el ejercicio de cualquier cargo público en los tiempos presentes, dando con ello pruebas de no estar identificadas con la Revolución, se rehusan a secundar los pasos dados para obtener la emancipación económica y social del pueblo, haciendo causa común con los reaccionarios, terratenientes y demás explotadores de las clases trabajadoras; por lo que se hace necesario, para definir actitudes, que el Gobierno declare terminantemente que considerará como desafectos a la causa y les exigirá responsabilidades, a todas aquellas autoridades que, olvidando su carácter de órganos de la Revolución, no coadyuven eficazmente al triunfo de los ideales de la misma.

Por las consideraciones que anteceden, y en atención a que el Consejo Ejecutivo es la autoridad suprema de la Revolución, por no estar en funciones actualmente la Soberana Convención Revolucionaria, decreta:

ARTÍCULO 1o. Se restituyen a las comunidades e individuos, los terrenos, montes y aguas de que fueron despojados, bastando que aquéllos posean los títulos legales de fecha anterior al año de 1856, para que entren inmediatamente en posesión de sus propiedades.

ARTÍCULO 2o. Los individuos o agrupaciones que se crean con derecho a las propiedades reivindicadas de que habla el artículo anterior, deberán aducirlo ante las comisiones designadas por el Ministerio de Agricultura dentro del año siguiente a la fecha de la reivindicación, y con sujeción al reglamento respectivo.

ARTÍCULO 3o. La Nación reconoce el derecho tradicional e histórico que tienen los pueblos, rancherías y comunidades de la República, a poseer y administrar sus terrenos de común repartimiento, y sus ejidos, en la forma que juzguen conveniente.

ARTÍCULO 4o. La Nación reconoce el derecho indiscutible que asiste a todo mexicano para poseer y cultivar una extensión de terreno, cuyos productos le permitan cubrir sus necesidades y las de su familia; en consecuencia, y para el efecto de crear la pequeña propiedad, serán expropiadas por causa de utilidad pública y mediante la correspondiente indemnización, todas las tierras del país, con la sola excepción de los terrenos pertenecientes a los pueblos, rancherías y comunidades, y de aquellos predios que, por no exceder del máximum que fija esta ley, deben permanecer en poder de sus actuales propietarios.

ARTÍCULO 5o. Los propietarios que no sean enemigos de la Revolución, conservarán como terrenos no expropiables, porciones que no excedan de la superficie que, como máximo, fija el cuadro siguiente:

	Hectáreas
Clima caliente, tierras de primera calidad y de riego	100
Clima caliente, tierras de primera calidad y de temporal	140
Clima caliente, tierras de segunda calidad y de riego	120
Clima caliente, tierras de segunda calidad y de temporal	180
Clima templado, tierras de primera calidad y de riego	120
Clima templado, tierras de primera calidad y de temporal	160
Clima templado, tierras pobres y de riego	140
Clima templado, tierras pobres y de temporal	200
Clima frío, tierras de primera calidad y de riego	140

	Hectáreas
Clima frío, tierras de primera calidad y de temporal	180
Clima frío, tierras pobres y de riego	180
Clima frío, tierras pobres y de temporal	220
Terrenos de pastos ricos	500
Terrenos de pastos pobres	1 000
Terrenos de guayule ricos	300
Terrenos de guayule pobres	500
Terrenos henequeneros	300
En terrenos eriazos del Norte de la República, Coahuila, Chihuahua, Durango, Norte de Zacatecas y Norte de San Luis Potosí	1 500

ARTÍCULO 6o. Se declaran de propiedad nacional los predios rústicos de los enemigos de la Revolución.

Son enemigos de la Revolución, para los efectos de la presente Ley:

a] Los individuos que, bajo el régimen de Porfirio Díaz, formaron parte del grupo de políticos y financieros que la opinión pública designó con el nombre de "Partido Científico".

b] Los gobernadores y demás funcionarios de los Estados que, durante las administraciones de Porfirio Díaz y de Victoriano Huerta, adquirieron propiedades por medios fraudulentos o inmorales, abusando de su posición oficial, apelando a la violencia o saqueando el tesoro público.

c] Los políticos, empleados públicos y hombres de negocios que, sin haber pertenecido al "Partido Científico" formaron fortunas, valiéndose de procedimientos delictuosos, o al amparo de concesiones notoriamente gravosas al país.

d] Los autores y cómplices del cuartelazo de la Ciudadela.

e] Los individuos que en la administración de Victoriano Huerta desempeñaron puestos públicos de carácter político.

f] Los altos miembros del Clero que ayudaron al sostenimiento del usurpador Huerta, por medios financieros o de propaganda entre los fieles; y

g] Los que directa o indirectamente ayudaron a los gobiernos dictatoriales de Díaz, de Huerta y demás gobiernos enemigos de la Revolución, en su lucha contra la misma.

Quedan incluidos en este inciso todos los que proporcionaron a dichos gobiernos, fondos o subsidios de guerra, sostuvieron o subvencionaron periódicos para combatir a la Revolución, hostilizaron o denunciaron a los sostenedores de la misma, hayan hecho obra de división entre los elementos revolucionarios, o de cualquiera otra manera hayan entrado en complicidad con los gobiernos que combatieron a la causa revolucionaria.

ARTÍCULO 7o. Los terrenos que excedan de la extensión de que se hace mención en el artículo 5o., serán expropiados por causa de utilidad pública, mediante la debida indemnización, calculada conforme al censo fiscal de 1914, y en el tiempo y forma que el reglamento designe.

ARTÍCULO 8o. La Secretaría de Agricultura y Colonización nombrará comisiones que, en los diversos Estados de la República y previas las informaciones del caso, califiquen quiénes son las personas que, conforme al artículo 6o. deben ser consideradas como enemigos de la Revolución, y sujetas, por lo mismo, a la referida pena de confiscación, la cual se aplicará desde luego.

ARTÍCULO 9o. Las decisiones dictadas por las comisiones de que se ha hecho mérito, quedan sujetas al fallo definitivo que dicten los Tribunales especiales de tierras que conforme con lo dispuesto por el Artículo 6o. del Plan de Ayala, deben instituirse, y cuya organización será materia de otra ley.

ARTÍCULO 10o. La superficie total de tierras que se obtenga en virtud de la confiscación decretada contra los enemigos de la causa revolucionaria, y de la expropiación que debe hacerse de las fracciones de predios que excedan del máximo señalado en el artículo 5o., se dividirá en lotes que serán repartidos entre los mexicanos que lo soliciten, dándose la preferencia, en todo caso, a los campesinos. Cada lote tendrá una extensión tal que permita satisfacer las necesidades de una familia.

ARTÍCULO 11o. A los actuales aparceros o arrendatarios de pequeños predios se les adjudicarán éstos en propiedad, con absoluta preferencia a cualquier otro solicitante, siempre que esas propiedades no excedan de la extensión que cada lote debe tener conforme lo dispuesto por el artículo anterior.

ARTÍCULO 12o. A efecto de fijar la superficie que deben tener los lotes expresados, la Secretaría de Agricultura y Colonización nombrará comisiones técnicas integradas por ingenieros, que localizarán y deslindarán debidamente dichos lotes, respetando en todo caso, los terrenos pertenecientes a los pueblos y aquellos que están exentos de expropiación conforme al artículo 5o.

ARTÍCULO 13o. Al efectuar sus trabajos de deslinde y fraccionamiento, las expresadas comisiones decidirán acerca de las reclamaciones que ante ellas hagan los pequeños propietarios que se consideren despojados en virtud de contratos usurarios, por abusos o complicidad de los caciques o por invasiones, o usurpaciones cometidas por los grandes terratenientes.

Las decisiones que por tal concepto se dicten, serán revisadas por los Tribunales especiales de tierras, que menciona el artículo 9o.

ARTÍCULO 14o. Los predios que el Gobierno ceda a comunidades o individuos, no son enajenables, ni pueden gravarse en forma alguna, siendo nulos todos los contratos que tiendan a contrariar esta disposición.

ARTÍCULO 15o. Sólo por herencia legítima pueden transmitirse los derechos de propiedad de los terrenos fraccionados y cedidos por el Gobierno a los agricultores.

ARTÍCULO 16o. A efecto de que la ejecución de esta ley sea lo más rápida y adecuada, se concede al Ministerio de Agricultura y Colonización, la potestad exclusiva de implantar los principios agrarios consignados en la misma, y de conocer y resolver en todos los asuntos del ramo, sin que esta disposición entrañe un ataque a la soberanía de los Estados pues únicamente se persigue la realización pronta de los ideales de la Revolución, en cuanto al mejoramiento de los agricultores desheredados de la República.

ARTÍCULO 17o. La fundación, administración e inspección de colonias agrícolas, cualquiera que sea la naturaleza de éstas, así como el reclutamiento de colonos, es de la exclusiva competencia del Ministerio de Agricultura y Colonización.

ARTÍCULO 18o. El Ministerio de Agricultura y Colonización, fundará una inspección técnica ejecutora de trabajos que se denominará "Servicio Nacional de Irrigación y Construcciones", que dependa del Ministerio citado.

ARTÍCULO 19o. Se declaran de propiedad nacional los montes, y su inspección se hará por el Ministerio de Agricultura, en la forma en que la reglamente, y serán explotados por los pueblos a cuya jurisdicción correspondan, empleando para ello el sistema comunal.

ARTÍCULO 20o. Se autoriza al Ministerio de Agricultura y Colonización para

establecer un banco agrícola mexicano de acuerdo con la reglamentación especial que forme el citado Ministerio.

ARTÍCULO 21o. Es de la exclusiva competencia del Ministerio de Agricultura y Colonización, administrar la institución bancaria de que habla el artículo anterior, de acuerdo con las bases administrativas que establezca el mismo Ministerio.

ARTÍCULO 22o. Para los efectos del artículo 20o. se autoriza al Ministerio de Agricultura y Colonización, para confiscar o nacionalizar las fincas urbanas, obras materiales de las fincas nacionales o expropiadas, o fábrica de cualquier género, incluyendo los muebles, maquinaria y todos los objetos que contengan, siempre que pertenezcan a los enemigos de la Revolución.

ARTÍCULO 23o. Se declaran insubsistentes todas las concesiones otorgadas en contratos celebrados por la Secretaría de Fomento, que se relacionen con el ramo de Agricultura, o por ésta, en el tiempo que existió, hasta el 31 de diciembre de 1914, quedando al arbitrio del Ministerio de Agricultura y Colonización, revalidar las que juzgue benéficas para el pueblo y el Gobierno, después de revisión minuciosa y concienzuda.

ARTÍCULO 24o. Se autoriza al Ministerio de Agricultura y Colonización, para establecer en la República escuelas regionales agrícolas, forestales y estaciones experimentales.

ARTÍCULO 25o. Las personas a quienes se les adjudiquen lotes en virtud del reparto de tierras a que se refieren los artículos 10o., 11o. y 12o. de la presente ley, quedarán sujetas a las obligaciones y prohibiciones que consigna el artículo siguiente:

ARTÍCULO 26o. El propietario de un lote está obligado a cultivarlo debidamente, y si durante dos años consecutivos abandonare ese cultivo sin causa justificada, será privado de su lote el cual se aplicará a quien lo solicite.

ARTÍCULO 27o. El 20% del importe de las propiedades nacionalizadas de que habla el artículo 22o., se destinará para el pago de indemnizaciones de las propiedades expropiadas tomando como base el censo fiscal del año 1914.

ARTÍCULO 28o. Los propietarios de dos o más lotes podrán unirse para formar Sociedades Cooperativas, con el objeto de explotar sus propiedades o vender en común los productos de éstas, pero sin que esas asociaciones puedan revestir la forma de sociedades por acciones, ni constituirse entre personas que no estén dedicadas directa o exclusivamente al cultivo de los lotes. Las sociedades que se formen en contravención de lo dispuesto en este artículo serán nulas de pleno derecho, y habrá acción popular para denunciarlas.

ARTÍCULO 29o. El Gobierno Federal expedirá leyes que reglamenten la constitución y funcionamiento de las referidas sociedades cooperativas.

ARTÍCULO 30o. La Secretaría de Agricultura y Colonización expedirá todos los reglamentos que sean necesarios para la debida aplicación y ejecución de la presente ley.

ARTÍCULO 31o. El valor fiscal actualmente asignado a la propiedad, en nada perjudica las futuras evaluaciones que el fisco tendrá derecho a hacer como base para los impuestos, que en lo sucesivo graven la propiedad.

ARTÍCULO 32o. Se declaran de propiedad nacional todas las aguas utilizables y utilizadas para cualquier uso, aun las que eran consideradas como de jurisdicción de los Estados, sin que haya lugar a indemnización de ninguna especie.

ARTÍCULO 33o. En todo aprovechamiento de aguas se dará siempre preferencia a las exigencias de la agricultura, y sólo cuando éstas estén satisfechas se aprovecharán en fuerzas u otros usos.

ARTÍCULO 34o. Es de la exclusiva competencia del Ministerio de Agricultura y Colonización, expedir reglamentos sobre el uso de las aguas.

ARTÍCULO 35o. De conformidad con el decreto de 1o. de octubre de 1914, se declaran de plena nulidad todos los contratos relativos a la enajenación de los bienes pertenecientes a los enemigos de la Revolución.

ARTÍCULOS TRANSITORIOS

Primero: Quedan obligadas todas las Autoridades Municipales de la República a cumplir y hacer cumplir, sin pérdida de tiempo y sin excusa ni pretexto alguno, las disposiciones de la presente Ley, debiendo poner desde luego a los pueblos e individuos en posesión de las tierras y demás bienes que, conforme a la misma Ley, les correspondan, sin perjuicio de que en su oportunidad las Comisiones Agrarias que designe el Ministerio de Agricultura y Colonización hagan las rectificaciones que procedan; en la inteligencia de que las expresadas Autoridades que sean omisas o negligentes en el cumplimiento de su deber, serán consideradas como enemigas de la Revolución y castigadas severamente.

Segundo: Se declara que la presente Ley forma parte de las fundamentales de la República, siendo, por lo tanto, su observancia general y quedando derogadas todas aquellas leyes constitutivas o secundarias que de cualquier manera se opongan a ella.

Dado en el salón de actos del Palacio Municipal, a los veintidós días del mes de octubre de mil novecientos quince.

Por lo tanto, mandamos que se publique, circule y se le dé su debido cumplimiento.

REFORMA, LIBERTAD, JUSTICIA Y LEY

Cuernavaca, octubre 28 de 1915.

Manuel Palafox,
Ministro de Agricultura y Colonización.

Otilio E. Montaño,
Ministro de la Instrucción Pública y Bellas Artes.

Luis Zubiría y Campa,
Ministro de Hacienda y Crédito Público.

Jenaro Amezcua,
Oficial Mayor, encargado de la Secretaría de Guerra.

Miguel Mendoza L. Schwertfegert,
Ministro de Trabajo y de Justicia.

Estados Unidos Mexicanos.
Consejo Ejecutivo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Esta nota no es una lista de todos los materiales empleados para preparar la historia de la revolución en Morelos desde 1910 hasta 1920. La mayoría está anotada ya en la bibliografía de mi tesis, que se encuentra en los Archivos de la Universidad de Harvard. Parte de esos materiales y otros nuevos están citados también en las notas de pie de página de este libro. Son bibliografías convenientes y dignas de confianza de los estudios de la revolución general de México, desde 1910 hasta 1940, las de Luis González y González y otros: *Fuentes de la historia contemporánea de México: Libros y folletos*, 3 vols. (México, 1961-2), y la de Roberto Ramos: *Bibliografía de la Revolución Mexicana* 3 vols. (2a. ed., México, 1958-9). Instrumento esencial de la investigación acerca de la revolución es la colección de notas sobre artículos aparecidos en periódicos y revistas que Stanley R. Ross dirigió y organizó en El Colegio de México. Las está publicando ahora como *Fuentes de la historia contemporánea de México: Periódicos y revistas*, de las cuales ha aparecido ya un volumen (México, 1965), dentro de poco aparecerá un segundo y esperamos que aparezca un tercero. Esta nota es sólo una breve descripción de los registros y los escritos que tienen importancia particular para mi trabajo, una indicación de otros registros que probablemente estén relacionados con él, pero de los cuales no dispongo, y un rápido comentario de la bibliografía zapatista fuera de México. Después de este comentario general de las fuentes viene un directorio de los materiales citados al pie de página.

FUENTES PRIMORDIALES

MANUSCRITOS

Como los zapatistas fueron los principales revolucionarios de Morelos, la fuente fundamental con que se cuenta para el estudio de la revolución es el Archivo de Zapata. Es éste una colección contenida en 31 cajas de cartón que se encuentra ahora en los gabinetes de los Archivos de la Universidad Nacional de la ciudad de México. Consta de tres clases de materiales diferentes. Las cajas 1 hasta la 22 y la caja 24 contienen casi exclusivamente registros de la presidencia interina de Francisco León de la Barra, telegramas de felicitación, correspondencia política y privada y órdenes militares y de policía. Las cajas 23 y 31 contienen en su mayor parte la misma clase de material, y algunos registros de la Convención Revolucionaria de 1914-16 (periódicos y copias de los debates principalmente) así como algunos registros zapatistas. La caja 25 contiene algunos registros de la Convención y material zapatista. En la caja 26 hay casi exclusivamente materiales de la Convención. Cuatro cajas, de la 27 hasta la 30, contienen casi exclusivamente

registros zapatistas, cartas escritas a mano y a máquina dirigidas al cuartel general o fechadas en el mismo, actas de los juicios, originales y copias de los nombramientos, comisiones, decretos, manifiestos, proclamas, circulares, informes y disposiciones militares desde mediados de junio de 1911 hasta diciembre de 1920. Los documentos están bien conservados. Su ordenación no guarda un orden evidente, pero hay un índice separado.

La colección ha tenido una difícil historia propia. En 1920, los dos depósitos más grandes de papeles zapatistas se encontraban en la ciudad de México, a donde los habían llevado oficiales federales y nacionales que los encontraron durante las campañas en el sur y en el cuartel general zapatista de Tochimilco. Después de que los zapatistas hicieron su pacto con Obregón en 1920, Gildardo Magaña conservó el archivo de Tochimilco como propiedad personal. Más tarde reunió otros testimonios que venían al caso. Entre éstos figuraba el archivo de de la Barra, que no fue comprado sino simplemente recuperado de una habitación donde se guardaban trastos viejos. En la década de 1930, como se proponía escribir una historia seria del zapatismo y del movimiento agrario, Magaña le pidió a su paisano, el presidente Cárdenas, que le permitiese usar para su trabajo algunos documentos que se guardaban en los archivos federales, y el presidente accedió a su petición. Cuando Magaña murió, en 1939, los documentos del gobierno figuraban en medio de sus propios papeles. La colección pasó luego a manos de su hermano menor, Octavio. En la década de 1950, al parecer para recaudar dinero para una empresa política y para tener con qué vivir cuando se retirara a sus libros y su extensa correspondencia, Octavio trató de vender el archivo. Cuando no encontró comprador en México o en Estados Unidos puso en microfilm los que consideraba que eran los documentos más sensacionales y trató de vender las copias. En 1962 cedió gran parte de la colección original a la Universidad Nacional. Ha dicho que tiene en su casa otro tanto de lo que ha entregado, pero no quiso mostrármelo. Así, pues, el Archivo de Zapata es ahora más grande que cuando comenzó, pero está todavía incompleto, como el movimiento del cual es testimonio.

El Archivo de Amezcua es una valiosa fuente complementaria. Es una colección estupendamente conservada y organizada que está en el Centro de Estudios de Historia de México, sección del Departamento Cultural de la Compañía Condumex, de la ciudad de México. Está constituida por varios cuadernos que contienen los originales y copias, y consta de materiales pertinentes que datan desde febrero de 1912 hasta mayo de 1920. Tienen un interés especial las hojas de servicio de los oficiales y soldados zapatistas, que contienen las fechas y los lugares de su reclutamiento, sus edades, su estado civil, sus acciones en combate, sus ascensos y sus licenciamientos. No son precisamente dignos de confianza, pero son útiles no obstante. A este respecto también, es más fácil enterarse de lo ocurrido en 1911 y más difícil conocer lo acontecido en 1912. Especialmente útil fue el material correspondiente de 1913, pues figuran en él más cartas, órdenes y circulares que en el de años posteriores.

Los National Archives de Washington contienen interesante informa-

ción acerca de los zapatistas y, a veces, de Morelos. Casi toda ella se encuentra en el Record Group 59, en los State Departament Papers on the Internal Affairs of Mexico y sobre todo en el legajo 821.00 correspondiente a asuntos políticos. Se encuentran también algunos informes en otros legajos del Group 59, así como en los Groups 43 (Cajas 8, 9, 10 y 12 de los despachos de Rodgers), 45 (Caja 64 del legajo W-E-5, tema México), 84 (cartas de la Embajada en la ciudad de México), y 94 (AGO legajos 2212599-2225544). Como los zapatistas operaban en una región en la que había pocos norteamericanos y pocos dólares invertidos, el gobierno de Estados Unidos, por lo común, no les prestó más que una atención ligera. Sus agentes descubrieron detalles e informaron de ellos solamente cuando los zapatistas parecían estar a punto de unirse con un aliado más poderoso para derrocar a un gobierno en la ciudad de México, o para establecer otro, como en 1912, cuando se unieron a los villistas contra Carranza.

El Ramo de la Revolución Mexicana del Archivo General de Relaciones Exteriores de la ciudad de México es una fuente enorme para el estudio de los diversos movimientos efectuados desde 1910 hasta 1920. Consta de 259 volúmenes, y tiene una guía estupenda, la de Bertha Ulloa Ortiz: *Revolución Mexicana, 1910-1920* (México, 1963). Pero como los cónsules mexicanos rara vez se ocuparon de los agentes zapatistas en el exterior, casi no hay nada que tenga que ver con Morelos. En mis investigaciones no descubrí más de dos o tres comunicaciones interesantes.

Otras colecciones inéditas fueron útiles para períodos o problemas específicos. Especialmente útiles para los años que precedieron a la revolución fueron los documentos privados de Jesús Sotelo Inclán. Entre éstos figuran diversos registros y copias mecanografiadas o fotostáticas de registros de documentos de los conflictos agrarios de Morelos, de la historia de Francisco Leyva, la familia Zapata y Anenecuilco. Hay poco que sea utilizable en los papeles de Leyva que se guardan en el Archivo General de la Nación de la ciudad de México. Y los materiales pertinentes en el Archivo de Madero, que se encuentra en la Secretaría de Hacienda, son muy escasos y están muy dispersos. Principalmente tienen que ver con los sufrimientos de la oposición de Morelos en 1909 y 1910. Entre los papeles privados de Porfirio Palacios se encuentra una útil colección de recortes de periódicos, anécdotas zapatistas y notas biográficas de zapatistas destacados.

Es fuente fundamental para el estudio de la revolución de 1910-11 el Archivo de Alfredo Robles Domínguez. Está bien conservado en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, de la ciudad de México. Centenares de telegramas, cartas, memorándums e informes constituyen el material que sirve para rastrear las fases locales del movimiento revolucionario. Morelos y los maderistas del estado, sobre todo Zapata y sus jefes, están plenamente representados.

Abundan los registros de las actividades de la policía federal en Morelos durante la presidencia de Madero. Se encuentran principalmente en los paquetes 645, 846, 876 y 889 del Ramo de Gobernación del Archivo General de la Nación. Materiales útiles se encuentran a veces en otros seis paquetes por lo menos, que son el 548, 639, 647, 663, 854

y 925. Abundan también los registros de las acciones militares, principalmente en las secciones 177 y 178 del Legajo XI/481.5, del Archivo Histórico de la Defensa Nacional. Otras siete secciones contienen documentos de algún interés y son las 126, 158, 159, 179, 217, 218 y 219. Aunque no pude conseguir que me diesen permiso de estudiar directamente esta colección, las notas de Muro que utilicé en El Colegio de México fueron copias cuidadosas de las fechas y los lugares de las maniobras, las operaciones, las batallas y las bajas.

Los documentos particulares de García Pimentel son pocos, pero fascinantes. No figuran entre ellos datos de negocios, con excepción de los recibos de los pagos hechos para recibir protección y de dos largas cartas en las que se cuentan los intentos de recuperación efectuados en 1920. En su mayor parte están constituidos por los informes de los trabajos agrícolas de Joaquín y las memorias de Luis, hijo. Estos papeles son especialmente valiosos para comprender las esperanzas, temores y actitudes de los hacendados hasta mediados de 1914. Nos dan una imagen deformada de los hacendados, únicamente, en la medida en que los García Pimentel fueron la familia más cultivada y decidida del grupo.

La colección particular de Marte R. Gómez es una fuente importante para la historia de la política agraria de México. Es especialmente importante por lo que toca a Morelos durante los años de 1914-17, porque contiene mucha información acerca de Manuel Palafox, que prácticamente gobernó el estado durante estos años.

En los papeles privados de Juan Salazar Pérez hay documentos que pretenden demostrar la inocencia de Otilio Montaño. Ayudan a comprender las divisiones que surgieron entre los zapatistas en 1917.

El archivo privado de Octavio Paz (padre del poeta) tiene material que es útil principalmente para el período comprendido entre 1917 y 1920, cuando Paz fue agente zapatista en Estados Unidos y recibió informes y cartas del cuartel general sureño para hacer propaganda en este último país. Vi sólo algunos documentos escogidos.

Quizá aparezcan materiales importantes en otros seis archivos que no pude utilizar. Uno de ellos es el archivo de Genovevo de la O. Las pruebas de que hubo un tiempo en el que existió las proporciona un periodista que visitó Morelos a mediados de 1913 y que dijo que era "un magnífico archivo que de caer en manos de la justicia, haría que la pasaran nada bien algunos de esos señores" (que le habían pagado a de la O para recibir protección). (Véase "¿Por qué existe y cómo se desarrolla el zapatismo en el E. de Morelos?", *La Tribuna*, 31 de mayo de 1913. Pruebas de que sobrevivió por lo menos hasta la década de 1930 nos provienen de Porfirio Palacios, que dice que era un atado de papeles que tenía cerca de sesenta centímetros de grueso. Dice que de la O se lo prestó al "general Izazaga de Michoacán" (¿el mayor Gustavo Izazaga Cárdenas?) que quería consultarlo para un libro que estaba escribiendo. Después murió Izazaga, dice Palacios, sin haber terminado el libro, ni devuelto los papeles, y ahora nadie sabe dónde están. Otro archivo inaccesible para mí es el de Francisco Mendoza. Es propiedad privada de Valentín González López, pero actualmente está en poder de Armando de Maria y Campos, que no me dio permiso de verlo. Tampoco vi los papeles personales del difunto Antonio Díaz Soto y Gama

que, si los guardó, tienen que ser una colección rica e interesante. Tal vez exista también un archivo Ayaquica, que contenga correspondencia como la que éste publicó en 1937, pero no pude entrar en contacto con los hijos de Ayaquica, que presumiblemente lo tienen. Los documentos que no pude consultar en el Archivo Histórico de la Defensa Nacional comprenden hojas de servicios de militares destacados en las campañas de Morelos, muchos de los cuales hace tiempo que han muerto, tanto de oficiales del antiguo ejército federal como del moderno ejército.

Si todavía existe, la colección más valiosa para las investigaciones sería la de Palafox. Que una vez existió parece probarlo la referencia de Gómez (*Las comisiones*, p. 43). Evidentemente contenía materiales en lo tocante a las reformas agrarias que Palafox vigiló en Morelos y en otras partes, y una memoria personal de la carrera zapatista de Palafox. Pero Palafox murió en 1959. Se ha dicho que su archivo se quemó, pero no pude determinar si antes o después de su muerte. Otra memoria, supuestamente dictada, alrededor de 1936, a una tal Rose Lee Martin de Washington o Baltimore, que habría de ser la base de una historia de la revolución, también se me ha escapado.

MATERIAL IMPRESO

Registros públicos: Los documentos publicados del Gobierno Federal de México en lo fundamental "no vienen al caso" para el estudio del Morelos revolucionario. Pero los del estado de Morelos son esenciales para los años que llegan hasta mediados de 1913. Las más útiles son las gacetas oficiales, *El Orden* (1885-91), *Periódico Oficial del gobierno de Morelos* (1883-5, 1891-5), y *Seminario Oficial de Gobierno de Morelos* (1893-1913). Contienen informes de los prefectos acerca de la producción y del comercio local, de los resultados electorales, actas de las deliberaciones legislativas y ejecutivas, textos de leyes y de decretos, noticias legales y otros materiales semejantes. Los pocos informes de los gobernadores que sobreviven contienen datos complementarios acerca de la administración y de la economía del estado. No encontré registros municipales publicados correspondientes a la década revolucionaria. Los registros publicados pertinentes de Estados Unidos son el anuario *Foreign Relations* del Departamento de Estado y las investigaciones del Senado y de la Cámara de Diputados ya citadas en las notas de pie de página de esta obra. Aunque a menudo están en tremendo error, los testigos que rindieron testimonio en las investigaciones frecuentemente también proporcionan comentarios interesantes e informes nuevos.

Periódicos y revistas: Después del archivo de Zapata, los testimonios más valiosos para seguir el curso de los acontecimientos en Morelos desde 1910 hasta 1920 son los periódicos capitalinos de aquel tiempo. Están archivados en la Hemeroteca Nacional de la ciudad de México. Para los años transcurridos hasta llegar a 1914 los más útiles son el *Diario del Hogar* (cerrado en 1912) y *El País*, porque son los que más atacaron al gobierno. Para los años inmediatamente anteriores a la revolución maderista *México Nuevo* es útil. Para los años inmediatamente posteriores y hasta 1913, lo es *Nueva Era*. Relatos de simpatías

"científicas" aparecieron comúnmente en el *Imparcial* y en *The Mexican Herald*, hasta que cerraron en 1914. Los periódicos de la Convención Revolucionaria son casi inútiles, pues aparecieron esporádicamente y están llenos de errores. Pero los diarios constitucionalistas fueron productos regulares, profesionales. *El Demócrata* (fundado en 1915), *El Universal* (1916) y *Excélsior* (1917) tienen sus predilecciones políticas, pero juntos pueden darle al lector avisado y escéptico una impresión razonable de las tendencias políticas, económicas y militares. Sin ellos, y sin los periódicos anteriores, los colapsos, los auges y los conflictos de esta historia se desarrollarían bajo una luz tenue y variable. Otros materiales periodísticos útiles son las series tituladas "Para la historia" que aparecieron en *La Prensa*, desde el 3 de septiembre de 1931 hasta el 24 de febrero de 1934, que volvieron a narrar los acontecimientos de los veinte años anteriores; y los artículos históricos que han aparecido en *El Legionario*, desde su fundación en 1951. Los periódicos norteamericanos e ingleses, como era de esperarse, son inútiles para enterarse del Morelos revolucionario. La única revista que vale la pena hojear es el *World's Work*, que se publicó mensualmente en Estados Unidos.

Archivos: El único archivo publicado, y que viene a cuento, es el que Amado Chaverri Matamoros dio a la publicidad en *La Prensa*, desde el 11 de septiembre hasta el 12 de octubre de 1935. Es útil, principalmente, por lo que nos permite saber de las actitudes zapatistas en 1916-17, y de las intrigas que tuvieron lugar en el movimiento en 1919. Desde el 4 de mayo hasta el 17 de diciembre de 1950, Octavio Magaña publicó material de su archivo en *El Universal*, con el título de "Historia documental de la Revolución". Pero en gran parte consistió en la reimpresión de pasajes de las memorias de otros, o en la copia de los originales que ahora se encuentran en la Universidad Nacional. Los documentos que Ayaquica publicó en 1937 probablemente son sólo una selección. En los dos tomos de Figueroa Uriza aparecen impresos algunos materiales de archivo.

Memorias: es un género difícil de definir, puesto que los veteranos o los testigos de la revolución proporcionan entrevistas y escriben "historias" lo mismo que "recuerdos". Pero cualquiera que sea la forma que les den, los supervivientes de la gran lucha han aportado mucha información importante. Los cinco tomos de Magaña, escritos personalmente los dos primeros, y póstumamente los últimos tres, por obra de Carlos Pérez Guerrero, son una fuente primordial. Y también lo es el estudio de Gómez acerca de las comisiones agrarias surianas, de las que formó parte. Muchos episodios serían todavía más confusos de lo que son sin los libros, artículos y testimonios de Joaquín Páez, Alfredo Robles Domínguez, Jesús Romero Flores, Soto y Gama, la señora King, la señora Tweedie, Carlos Reyes Avilés, Juan Andrew Almazán, Serafín M. Robles, de la O, Pablo González, Palafox, "Pedro Martínez" y muchos otros citados a lo largo de la presente obra. Los relatos llenos de colorido que el padre del poeta Octavio Paz publicó semanariamente en *El Universal* desde el 23 de junio hasta el 29 de diciembre de 1929 tienen más valor literario que histórico, pero aún así son útiles como leyendas.

OBRAS SECUNDARIAS

BIOGRÁFICAS

Todavía no existe un buen diccionario biográfico mexicano, revolucionario o general. El primer intento serio es el *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía* (México, 1964), que contiene datos acerca de algunos revolucionarios destacados. Pero tiene muy poco acerca de los zapatistas, y, a menudo, no es digno de crédito, como por ejemplo, la nota referente a Palafox, que dice que un pelotón de ejecución zapatista lo fusiló en "1918". El *Diccionario* de Naranjo tiene más zapatistas, pero menos información, y a menudo está equivocado también. El *Diccionario* de Peral es totalmente inútil. El *Vocabulario, apodos, seudónimos, sobrenombres y hemerografía de la revolución* (México, 1966) de Arturo Langle es una obrita digna de confianza, pero poco voluminosa. Las "Mil biografías en la historia de México", que Jesús Romero Flores publicó en *El Nacional* durante 1946 y 1947 siguen siendo la fuente más conveniente de confiabilidad general.

No conozco biografías monográficas de ningún morelense destacado desde 1910 hasta 1920, con excepción de las que se refieren a Zapata. El primer libro redactado en español fue el *Emiliano Zapata* (Jalapa, 1927), de German List Arzubide, y no fue realmente una biografía, ni siquiera un libro, sino, como el autor reconoció en el subtítulo, una *Exaltación*. Desde entonces, han aparecido por lo menos otros veinte folletos. Son buenos panegíricos, pero no tienen mayor utilidad histórica. El primer esfuerzo serio fue la *Biografía* que Baltasar Dromundo publicó en 1934. Fue realmente un libro, pero también una exaltación. Muy dependiente de la memoria de Juan Andrew Almazán y deliberadamente decidido a elevar a proporciones heroicas a Zapata, Dromundo dejó transparentar poderosas ambiciones. Comenzó el libro con un grande y favorecedor retrato de sí mismo y luego noveló la lucha suriana. No obstante, en el relato apareció información nueva e importante, que sigue siendo una fuente útil para el lector cauto. Después aparecieron los dos primeros tomos de Magaña (1934-7), que es el primer estudio evidentemente documentado del movimiento zapatista y del papel desempeñado por su jefe. Magaña era modesto y trabajó concienzudamente, pero no organizó su material para que formase un relato o una argumentación coherente. Además, llegó sólo hasta febrero de 1913. Otra versión documentada de la vida de Zapata formó parte del primer tomo de historias revolucionarias de Meléndez, publicado en 1936. Éste fue el trabajo final de Octavio Paz. También se deshizo en frases retóricas acerca de los primeros años, y pasó a la carrera por el período comprendido entre 1915 y 1919. Pero también contuvo datos nuevos e interesantes, útiles todavía, acerca de la Convención y de las últimas guerrillas. En 1943 salió a la luz el estudio de Sotelo Inclán, pero es más un relato de Anenecuilco que de Zapata.

Pasaron otros ocho años antes de que se publicase otro trabajo serio. Éste fue la nueva edición completa de la obra de Magaña en cinco tomos (1951-2), que Carlos Pérez Guerrero terminó para su publi-

cación por el Frente Zapatista. En los dos últimos tomos, Pérez Guerrero se perdió en el mar de materiales. Pasa de un tema a otro sin razón aparente, y termina, en plena confusión, en noviembre de 1914. Aun así, este conjunto sigue siendo la fuente publicada más útil para el estudio de Zapata y del movimiento suriano. En 1952 apareció, de Mario Gill, "Zapata: su pueblo y sus hijos", *Historia Mexicana*, II, 2 (octubre-diciembre de 1952), 294-312. El material más valioso de este artículo es el referente a los hijos de Zapata, que Gill fijó en el número incompleto de siete, todos ilegítimos. En el ensayo revisado, publicado en 1960, Gill casi no cambió este material.

A partir de 1959 han aparecido muchos libros sobre Zapata. Su calidad es variable. El de Mena (1959) es un débil intento de demostrar que intelectuales y "brujos" jacobinos como Montaño y Soto y Gama habían extraviado a Zapata, jefe populista naturalmente católico. Mena, por desgracia, no aportó materiales nuevos, puesto que los datos acerca de las relaciones de los zapatistas con los curas de pueblo habrían sido muy interesantes. El libro de Barba González (1960) narró la vieja historia, heroica y desaprensivamente partidista, de siempre; sólo unas pocas anécdotas familiares, ligeramente cambiadas, fueron lo nuevo. La biografía más cuidadosa y completa que se haya publicado hasta ahora apareció también en 1960. Fue la de Palacios. Fundada en las obras de Magaña y de Sotelo Inclán, en entrevistas con muchos veteranos zapatistas, y en los archivos del Frente Zapatista, contiene mucha información que entonces era nueva y sigue siendo útil aún. Al revés de los biógrafos anteriores, Palacios considera a Zapata lo suficientemente grande como para no inflarlo literariamente, y el estilo, por fortuna, es sencillo y claro. Este estudio es también el más equilibrado y hace justicia a cada una de las fases de la carrera de Zapata. La memoria-biografía de Soto y Gama (1960) es en gran parte una colección de artículos que publicó en *El Universal* en la década de 1950. Salvo por unas pocas notas personales, el material ya era conocido; y también la convicción no discutida de que Zapata representaba místicamente "al pueblo", a todo el pueblo. Sólo la pasión puesta en lo escrito y el hincapié hecho en la intransigencia de Zapata fueron algo nuevo. El *Zapata* (México, 1961) de Alberto Morales Jiménez es otra obra de retórica inflada. Pero la *Vida*, revisada (1961), de Dromundo fue una impresionante hazaña intelectual. Independiente ahora, más orgulloso de su sujeto de estudio que de sí mismo, Dromundo produjo un libro nuevo, un relato generalmente tranquilo y convincente de "simplemente un hombre, miga de humanidad". Todavía era un libro partidista y aportaba poco material nuevo, pero comunicaba una excelente idea de lo que fue la lucha del jefe suriano. El esfuerzo más reciente, el de Reyes H. (1963), ha presentado algunos documentos nuevos del Archivo Zapata, pero con excepción de éstos, esta obra es "derivada".

MATERIAL FOTOGRÁFICO

La enorme colección Casasola aparece más clara y convenientemente en su segunda edición, citada en el texto. El método de identificación es todavía un fastidio, puesto que las listas de nombres, a menudo, no

guardan conexión con hileras de rostros, pero los retratos son tesoros de valor cada vez mayor. El comentario cronológico, así también, es más a menudo correcto en la edición nueva.

Hay centenares de fotografías en el Archivo de Zapata. Aunque en su mayoría son de las campañas políticas de Gildardo Magaña en la década de 1930, hay algunos originales que datan de la década revolucionaria.

En *Artes de México*, XIII, 79/80, y en Manuel Romero de Terreros: *Antiguas haciendas de México* (México, 1956), hay fotografías de edificios de las haciendas de Morelos, pero por lo general son decepcionantes, puesto que no muestran la monumentalidad de las casas y de los ingenios.

Hay que mencionar dos películas. Una es la obra distinguida de Elia Kazan, titulada *Viva Zapata!* (Twentieth Century Fox, 1952). El guión es de John Steinbeck. Al telescopiar toda la revolución en un episodio dramático, la película deforma algunos acontecimientos y algunos personajes, a veces burdamente; pero rápida y vívidamente traza un retrato de Zapata, de los campesinos y de la naturaleza de sus relaciones y su movimiento que a mí me parece que es sutil, vigoroso y veraz. La película es tanto más notable cuanto que hace públicos por primera vez algunos hechos, como el del matrimonio de Zapata. La otra película, *¡Viva María!* (United Artists, 1966) de Louis Malle, es una obra relumbrante, pero de nulo valor, es una parodia mal informada, pocas veces graciosa y, finalmente, estúpida. El único valor que tiene para el historiador del Morelos revolucionario es el del lugar de su filmación, que es Cuautla. Por lo menos, es posible ver el aspecto que tenían los trenes hace cincuenta y cinco años, mientras cruzaban resoplando puentes, espesos y verdes cañaverales y caían, finalmente, en emboscadas. El interior de la casa señorial es también correcto y resulta muy interesante.

POLÍTICOS

Los materiales correspondientes a la política de Morelos están dispersos en los tomos de *La vida política* de *La república restaurada* y *El Porfiriato*, dos de los ocho tomos de la sagaz y profunda investigación dirigida por Daniel Cosío Villegas y publicada con el título general de *Historia moderna de México*. Recortes referentes a morelenses que participaron en la política nacional se encuentran en los dos tomos de Ricardo García Granados que abarcan los años comprendidos entre 1867 y 1914. *El porfirismo, historia de un régimen: El nacimiento* (México, 1941) y *El crecimiento*, dos vols. (México, 1948) de José C. Valadés son análisis útiles. La exposición más histórica y más digna de confianza, en general, acerca de cuáles eran los jefes que, después de 1910, dominaron la nación y dónde y cuándo, es la de Jesús Romero Flores, en sus *Anales históricos de la Revolución Mexicana* (2a. ed., México, 1960), el tomo I, acerca de los años *Del porfirismo a la revolución constitucionalista* y el tomo II acerca de *La Constitución de 1917 y los primeros gobiernos revolucionarios*. Por lo que toca a la historia política de Morelos hasta principios de la década de 1930,

la introducción de 223 páginas de Díez a su *Bibliografía* sigue siendo lo mejor.

SOCIALES Y ECONÓMICOS

Nuevamente, los libros más útiles de consulta e interpretación son *La vida social* y *La vida económica* de *La república restaurada* y *El Porfiriato.* Hay también información que viene al caso en los cuatro tomos de folletos reproducidos por Silva Herzog, y en su libro acerca del agrarismo. Un relato partidista, pero interesante, aparece en el quinto de los cinco volúmenes de Andrés Molina Enríquez dedicados al: *Esbozo de la historia de los primeros diez años de la revolución agraria de México, de 1910 a 1920* (2a. ed., México, 1936).

Por lo que respecta específicamente a Morelos, la tesis a menudo citada de Holt Büttner es una fuente de consulta valiosa, aunque parca en los análisis. El "Bosquejo" vago y difuso de Mazari sigue siendo una introducción importante a la historia de los conflictos entre las haciendas y las aldeas, y del crecimiento de las ciudades en Morelos. El estudio que Redfield hizo de Tepoztlán y el re-estudio que hizo Lewis contienen útiles informaciones. El peligro que tiene apoyarse en ellos es el de que Tepoztlán no es "típico" de Morelos, y que ambos estudiosos a menudo dan como hechos los errores que sus entrevistados les contaron. En el excelente estudio de Fernando Sandoval hay interesantes comentarios acerca de las antiguas haciendas azucareras de Morelos. Y el librito de Sotelo Inclán es todavía un rasgo genial y un acto valeroso. Esta obrita y la novela de Gregorio López y Fuentes nos revelan más de la vida rural en Morelos, en la década de 1910, que todos los demás libros juntos.

EXTRANJEROS

De las obras publicadas por extranjeros acerca de la Revolución sólo conozco siete que tengan que ver directamente con Morelos. La primera es el artículo de Gates aparecido en *World's Work* (abril de 1919). Aunque Gates malinterpretó muchas cosas, también advirtió muchas otras que otros no publicaron. Tanto por esto como por la revelación de su intervención en la política zapatista, el artículo es útil. La siguiente obra es *The Crimson Jester*, de H. H. Dunn, redactada de cualquier manera, y publicada en 1934. Es un "mal chiste". El lector se enterará en ella de que Zapata empalaba prisioneros en plantas de maguey y que se casó con veintiséis mujeres diferentes. Aunque Dunn pretendió haber acompañado a Zapata en sus campañas y haber sido testigo presencial de las atrocidades por él mencionadas, no consta en ninguna parte, salvo en su imaginación, que tuviese alguna relación con la revolución de Morelos. Había sido corresponsal en la ciudad de México para el International News Service y la National News Association, pero fue expulsado del país a fines de 1912. Un ejemplo de la exactitud de sus descripciones es la que hace de Jesús Flores Magón, ministro de Gobernación que lo deportó, y al que llama "negro del Caribe". (Véase su lamento en las *Revolutions in Mexico*, pp. 714-16, del Senado de

Estados Unidos.) El *Jester* apareció traducido al francés por Emmanuel Rinon con el título de *Zapata, l'Attila du Mexique* (París, 1934).

La tesis de 1940 de Crawford acerca de "The Suriano Rebellion" es notable por constituir la primera atención académica norteamericana prestada específicamente a los zapatistas. Sus cualidades estriban en el sentido general del tema, no sólo de las causas, sino de todo el proceso del movimiento suriano, y en un procedimiento objetivo para hacer preguntas y obtener respuestas. Sus defectos son sus fuentes, pocas y superficiales.

El libro más reciente en inglés es el de Edgcumb Pinchon, *Zapata the Unconquerable* (Nueva York, 1951). Aunque Pinchon no pretendió escribir más que una novela histórica, se pasó un año investigando en México. Y al fundar su trabajo en la monografía de Paz, en los dos primeros tomos de Magaña, en los *Cartones* de Reyes Avilés, en las memorias de la señora King, y en entrevistas con Serafín Robles y con Soto y Gama, produjo una buena biografía popular. También telescopió la década, de manera que las primeras 306 de sus 332 páginas se dedican únicamente al encuentro de Zapata y Villa en Xochimilco, en 1914, e inventó personajes y escenas y confundió el trabajo de Soto y Gama con un evangelio, pero trazó bien lo esencial de las personalidades, del tema y de las intenciones de sus héroes. El guión de la película de Kazan parece provenir en parte de esta obra.

En 1960 apareció un artículo de Chevalier en *Cuadernos Americanos*, que se tradujo con el título de "Un facteur décisif de la révolution agraire au Mexique; le soulèvement de Zapata, 1911-1919", en *Annales. Économies-Sociétés-Civilisations*, XVI, 1 (enero de 1961), 66-82. Fue éste el primer artículo escrito a propósito de la revolución suriana por un historiador profesional, y, precisamente, por el mejor preparado, gracias a su excelente estudio anterior de las haciendas coloniales, para advertir sus orígenes y la estructura particular de sus fuerzas. El material que empleó no fue nuevo, pues estuvo constituido principalmente por datos tomados de Sotelo Inclán y de Magaña, pero la interpretación es muy fecunda. Sin leerla, ningún estudioso del México revolucionario sabrá realmente por dónde anda.

Dos historiadores norteamericanos jóvenes han publicado recientemente artículos que vienen al caso, McNeely, ya citado, y Arthur G. Pettit: "Relaciones Zapata-Carranza, 1914", *Anuario de Historia*, V (1965), 69-81. Ambos artículos son resúmenes cuidadosos de algunas memorias y relatos secundarios zapatistas.

Tal vez hubiese encontrado más materiales útiles si hubiese proseguido mi búsqueda de documentos publicados o privados. Pero, hacia la primavera de 1967, me pareció que el cuadro estaba claro. No sólo la búsqueda de más detalles se había vuelto menos fructífera, sino que los nuevos detalles que encontré oscurecían la impresión que según yo era la verdadera. Por amor de la "belleza indispensable" de Carlyle consideré terminada mi búsqueda.

DIRECTORIO DE MATERIALES CITADOS EN LAS NOTAS

(*Los periódicos y revistas mexicanos están archivados en la Hemeroteca Nacional salvo aclaración en contrario.*)

Actualidades: semanario de México, D. F., 1909.

Adame Medina, Eduardo: "De Villa de Ayala a Chinameca, 1909-1919", *El Campesino*, mayo de 1958.

Aguilar, Herminia: "Doña Josefa Espejo, Vda. de Zapata", *El Campesino*, mayo de 1950.

Almazán, Juan Andrew: *En defensa legítima*. México, s.f., 1958?

Alvarado, Rafael: "Zapata intentó asesinar al general Pablo González", *Todo*, 5 de noviembre de 1942.

Amaya C., Luis Fernando: *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*. México, 1966.

[Amezcua, Genaro:] *Méjico revolucionario a los pueblos de Europa y América, 1910-1918*. La Habana, s.f., 1918?

Ancona, Leopoldo: "El general Almazán y el agrarismo de Zapata", *Novedades*, 3 de octubre de 1939.

Archivo de Amezcua, Genaro (abreviado AA), 1911-20: en el Centro de Estudios de Historia de México del Departamento Cultural de Condumex, S. A., México, D. F.

Archivo de García Pimentel, Luis, hijo (abreviado AGP), 1913-20: en posesión de José García Pimentel, México, D. F.

Archivo General de la Nación (abreviado AGN): Papeles del general Francisco Leyva.

——: Ramo de Gobernación (abreviado G), 1909-13.

Archivo General de la Secretaría de Relaciones Exteriores (abreviado AGRE): Ramo de la Revolución Mexicana, 1912-19.

Archivo Histórico de la Defensa Nacional (abreviado AHDN), sección XI/481.5, 1911-13: Notas de Luis Muro en El Colegio de México, México, D. F.

Archivo de Madero, Francisco I. (abreviado AM), 1910-11: en la Secretaría de Hacienda.

Archivo de Paz, Octavio (abreviado AP), 1916-20: en posesión de la viuda de Paz, México, D. F.

"El Archivo de la Reacción", *El Universal*, de 26 de septiembre a 12 de octubre, 1917.

Archivo de Robles Domínguez, Alfredo (abreviado ARD), 1911-14: en el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

Archivo de Sotelo Inclán, Jesús (abreviado ASI), 1867-1919: en posesión de Jesús Sotelo Inclán, México, D. F.

Archivo de Zapata, Emiliano (abreviado AZ), 1911-20: en el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Arvide Rendón, Manuel: "Labor desarrollada en el Sur en 1918", *El Legionario*, junio de 1953.

Ayaquica, Fortino: "Cómo perdió la vida el general Domingo Arenas", publicado por entregas en *El Hombre Libre*, del 4 de agosto al 15 de noviembre de 1937.

Barba González, Silvano: *La lucha por la tierra. Emiliano Zapata.* México, 1960.

Barragán, Juan: *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista.* 2 vols., México, 1946.

Barrera Fuentes, Florencio, ed.: *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria.* 3 vols., México, 1964-5.

Basave del Castillo Negrete, Carlos: *Notas para la historia de la Convención Revolucionaria, 1914-1915.* México, 1947.

Beals, Carleton: *Mexican Maze.* Nueva York, 1931.

Bejarano, Moisés: "Breves apuntes sobre la muerte del general Otilio E. Montaño". Manuscrito s.f., 1960?, en los papeles privados de Juan Salazar Pérez.

Benítez, Fernando: *El rey viejo,* México, 1959.

Benson, Nettie L.: "The Preconstitutional Regime of Venustiano Carranza, 1913-1917". Tesis de maestría, University of Texas, 1936.

Blaisdell, Lowell L.: *The Desert Revolution. Baja California, 1911.* Madison, 1962.

Blanquel, Eduardo: "La *Revista Positiva* de D. Agustín Aragón y la historia de la ciencia en México", *Memorias del primer coloquio mexicano de historia de la ciencia,* I (1964).

Bonilla, Manuel, Jr.: *El régimen maderista.* 2a. ed., México, 1962.

Braderman, Eugene M.: "A Study of Political Parties and Politics in Mexico since 1890". Tesis doctoral, University of Illinois, 1938.

Brandenburg, Frank R.: *The Making of Modern Mexico.* Englewood Cliffs, 1964.

Bravo Ugarte, José: *Historia sucinta de Michoacán.* 3 vols., México, 1964.

Breceda, Alfredo: *México revolucionario, 1913-1917.* 2 vols., Madrid, 1920; México, 1941.

Bulnes, Francisco: *Los grandes problemas de México,* 2a. ed., México, 1956.

Bustamante, L. F.: "Dizque don Pablo no autorizó la muerte de Emiliano Zapata", *El Universal Gráfico,* 10 de noviembre de 1937.

[Cabrera, Luis]: *Obras políticas del Lic. Blas Urrea.* México, 1921.

Calderón Serrano, Ricardo: "Un soldado de la Revolución", *El Nacional,* 22 de enero de 1947.

Callahan, James H.: *American Foreign Policy in Mexican Relations.* Nueva York, 1932.

El Campesino: revista mensual de México, D. F., 1950-8.

"Carranza autorizó la muerte de Zapata, dice Pablo González", *Novedades,* 28 de octubre de 1942.

Carreño, Alberto María, ed.: *Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos.* 24 vols., México, 1947-58.

Casasola, Gustavo, ed.: *Historia gráfica de la Revolución mexicana, 1900-1960.* 4 vols., México, 1964.

Castillo, Porfirio del: *Puebla y Tlaxcala en los días de la Revolución.* México, 1953.

Cattell, J. McKeen: *Leaders in Education. A Biographical Directory.* Nueva York, 1932.

Cervantes, Federico: *Felipe Ángeles en la Revolución. Biografía (1869-1919)*. 3a. ed., México, 1964.
Clendenen, Clarence C.: *The United States and Pancho Villa. A Study in Unconventional Diplomacy*. Ithaca, 1961.
Cline, Howard F.: *Mexico. Revolution to Evolution, 1940-1960*. Nueva York, 1962.
El Constitucional: revista bisemanal de México, D. F., 1910.
La Convención: diario de México, D. F., 1915.
Cosío Robelo, Francisco: "Dígale a Zapata que acabe el circo", *Mujeres y Deportes*, 6 de febrero de 1937.
——: "El dragón de dos cabezas. Zapata y Pascual Orozco", *Mujeres y Deportes*, 6 de marzo de 1937.
——: "Rindiendo cuentas", *El Universal*, 27 de diciembre de 1930.
Cosío Villegas, Daniel: "Del porfiriato a la Revolución", *Novedades*, 2 de noviembre de 1952.
——, ed: *Historia moderna de México. El porfiriato. La vida económica*. 2 vols., México, 1965.
——: *Historia moderna de México. La república restaurada. La vida política*. México, 1955.
Crawford, Douglas M.: "The Suriano Rebellion in Mexico, 1910-1919". Tesis de maestría, University of California en Berkeley, 1940.
Creelman, James: "President Díaz. Hero of the Americas", *Pearson's Magazine*, XIX, 3 (marzo de 1908), 231-77.
Cronista de la Revolución: "Sobre Veracruz", *Excélsior*, 21 de julio de 1929.
Cronon, E. David, ed.: *The Cabinet Diaries of Josephus Daniels, 1913-1921*. Lincoln, 1963.
Cuadros Caldas, Julio: *El comunismo criollo*. Puebla, 1930.
——: *México-Soviet*. Puebla, 1926.
Cuernavaca: *Informe que rindió ante el H. Cabildo el señor Valentín López González, Presidente municipal constitucional de Cuernavaca, Morelos, 1964-1965*. Cuernavaca, 1965.
Cumberland, Charles C.: "The Jenkins Case and Mexican-American Relations", *Hispanic American Historical Review*, XXXI, 4 (noviembre, 1951), 586-607.
——: *Mexican Revolution. Genesis Under Madero*. Austin, 1952.
Chaverri Matamoros, Amado: "El archivo de Zapata", publicado por entregas en *La Prensa*, de 27 de septiembre a 11 de octubre de 1935.
Chávez Orozco, Luis: *El sitio de Cuautla. La epopeya de la guerra de independencia*. México, 1931.
Chevalier, François: "Ejido et stabilité au Mexique", *Revue Française de Science Politique*, XVI, 4 (agosto de 1966), pp. 717-52.
——: "Un factor decisivo de la revolución agraria de México: 'el levantamiento de Zapata' (1911-1919)", *Cuadernos Americanos*, CXIII, 6 (noviembre de 1960), 165-87.
——: *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux xvi-xvii siècles*. París, 1952.
[De Bekker, Jan Leander:] *De cómo vino Huerta y cómo se fue*. México, 1914.

El Demócrata: diario de México, D. F., 1916-20.
El Diario: diario de México, D. F., 1909-12.
Diario del Hogar: diario de México, D. F., 1909-12. Legajos complementarios se encuentran en la Biblioteca de la Secretaría de Hacienda.
Díaz Soto y Gama, Antonio: "Cargos infundados contra Zapata", *El Universal,* 4 de mayo de 1955.
——: "El caso de Montaño", *El Universal,* 18 de mayo de 1955.
——: "Francisco Villa", *El Universal,* 24 de agosto de 1938.
——: "La ley agraria del villismo", *Excélsior,* 26 de octubre de 1950.
——: *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo.* México, 1960.
——: "Un noble amigo de Zapata", *El Universal,* 13 de diciembre de 1950.
Díez, Domingo: *Bibliografía del estado de Morelos.* México, 1933.
——: *Dos conferencias sobre el estado de Morelos.* México, 1919.
Domínguez, Manuel: *Cuautla. Sucinta reseña de la heroica ciudad, cabecera de distrito en el estado de Morelos.* México, 1907.
Dotson, Floyd y Lillian O.: "Urban Centralization and Decentralization in Mexico", *Rural Sociology,* XXI, 1 (marzo, 1956), 41-9.
Dromundo, Baltasar: *Emiliano Zapata. Biografía.* México, 1934.
——: *Vida de Emiliano Zapata.* México, 1961.
Dunn, H. H.: *The Crimson Jester, Zapata of Mexico.* Nueva York, 1934.
Durán, Marco Antonio: "Condiciones y perspectivas de la agricultura mexicana", *El Trimestre Económico,* XXVIII, 1 (enero de 1961), 52-79.
——: "Las funciones de la propiedad de la tierra en la reforma agraria mexicana", *El Trimestre Económico,* XXXI, 2 (abril de 1964), 228-42.
Durán Ochoa, Julio: *Población.* México, 1955.
El Eco: semanario de Cuernavaca, 1889.
Enríquez, I. C.: *The Religious Question in Mexico.* Nueva York, 1915.
Estado Mayor del general Vicente Segura: *Historia de la Brigada Mixta "Hidalgo", 1915-1916.* México, 1917.
Estrada, Roque: *La revolución y Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas.* Guadalajara, 1912.
Excélsior: diario de México, D. F., 1917-40.
Fabila, Manuel, ed.: *Cinco siglos de legislación agraria en México, 1493-1940.* México, 1941.
Fernández y Fernández, Ramón: "Notas bibliográficas", *El Trimestre Económico,* XXVIII, 2 (abril de 1961), 349-54.
Ferrer Mendiolea, Gabriel: "Los secretarios del presidente Carranza", *El Nacional,* 29 de junio de 1954.
Figueroa Doménech, J.: *Guía general descriptiva de la República Mexicana. Historia, geografía, estadística, etc.* 2 vols., México, 1899.
Figueroa Uriza, Arturo: *Ciudadanos en armas. Antecedencia y datos para la historia de la Revolución mexicana.* 2 vols., México, 1960.
Flores, Edmundo: *Tratado de economía agrícola.* México, 1961.
Flores Magón, Ricardo: *Vida y obra. Semilla libertaria.* 3 vols., México, 1923.

Flores Vilchis, Othón: "El problema agrario en el estado de Morelos". Facultad Nacional de Jurisprudencia, tesis, UNAM, 1950.
Fuentes Díaz, Vicente: *Los partidos políticos en México*. 2 vols., México, 1954-6.
——: *La revolución de 1910 en el estado de Guerrero*. México, 1960.
Furtado, Celso: *The Economic Growth of Brazil. A Survey from Colonial to Modern Times*. Berkeley, 1963.
García, Rubén: *El antiporfirismo*. México, 1935.
García Cantú, Gastón: *Utopías mexicanas*. México, 1963.
García Granados, Ricardo: *Historia de México, desde la restauración de la República en 1867, hasta la caída de Huerta*. 2 vols. 2a. ed., México, 1956.
García Pimentel, Joaquín: "Condiciones de la gente de trabajo en el estado de Morelos antes de la Revolución de 1910, durante el período de la lucha de 1911 a 1914, y desde esa época hasta la fecha". Manuscrito, 1916, Archivo de García Pimentel.
García Pimentel, Luis, Jr.: "Memorias". Manuscrito, 1914, Archivo de García Pimentel.
——: "Recuerdos y reflexiones". Manuscrito, s.f., Archivo de García Pimentel.
Gates, William: "The Four Governments of Mexico. Creole, Mestizo, or Indian?", *World's Work*, febrero de 1919, pp. 385-92.
——: "The Four Governments of Mexico. Zapata —protector of Morelos", *World's Work*, abril de 1919, pp. 654-65.
——: "México To-day", *North American Review*, CCIX (enero de 1919), 68-83.
Gill, Mario: *Episodios mexicanos. México en la hoguera*, 3a. ed., México, 1960.
Gómez, Marte R.: *Las comisiones agrarias del sur*. México, 1961.
——: "Notas sobre el general Manuel Palafox". Manuscrito, 1966, en los papeles privados del autor.
——: *La reforma agraria de México. Su crisis durante el período 1928-1934*. México, 1964.
——: "La reforma agraria en las filas villistas". Manuscrito, 1965, en los papeles privados del autor.
González Casanova, Pablo: *La democracia en México*. México, 1965.
González Ramírez, Manuel, ed.: *Manifiestos políticos (1892-1912)*. México, 1957.
——, ed.: *Planes políticos y otros documentos*. México, 1954.
González Roa, Fernando: *El aspecto agrario de la Revolución mexicana*. México, 1919.
Greenwalt, Emmett A.: *The Point Loma Community in California, 1897-1942. A Theosophical Experiment*. Berkeley, 1955.
Gruening, Ernest: *Mexico and Its Heritage*. Nueva York, 1928.
Gutiérrez y Gutiérrez, Luis: "*Hoy* visita a la viuda de Zapata", *Hoy*, 28 de marzo de 1953.
Guzmán, Martín Luis: *El águila y la serpiente*. 9a. ed., México, 1962.
"Hace 50 años", *Excélsior*, 14 de diciembre de 1964.

El hacendado mexicano y fabricante de azúcar: revista mensual de México, D. F., 1905-14. Legajos complementarios en la New York Public Library.

El Heraldo de México: diario de México, D. F., 1919-20.

Hernández, Teodoro: "La verdad sobre el zapatismo", *Mujeres y Deportes,* 13 de febrero de 1937.

Hernández Bravo, Jesús: "El general Serratos combatió a Zapata y hoy lo defiende", *El Hombre Libre,* 28 de mayo de 1937.

Holt Büttner, Elizabeth: "Evolución de las localidades en el estado de Morelos según los censos de población, 1900-1950". Tesis de maestría de geografía, UNAM, 1962.

La Idea Patriótica: semanario de Cuautla, 1891-2.

El Imparcial: diario de México, D. F., 1913-14.

"La industria azucarera en Méjico", *Revista Azucarera,* VII, 74 (junio, 1900), 160-2. Legajos en la Widener Library.

"Informe que rinde el jefe de la Comisión Agaria en el Distrito de Cuernavaca... 19 de febrero de 1915", *El Nacional,* 20 de noviembre de 1932.

International Bureau of the American Republics: *Commercial Directory of the American Republics, Supplement, Containing Corrections of Errors in Volume Two of the Commercial Directory.* Washington, 1899.

——: *Mexico. Geographical Sketch, Natural Resources, Laws, Economic Conditions, Actual Development, Prospects of Future Growth.* Washington, 1904.

The Johns Hopkins Alumni Magazine, 1918.

The Johns Hopkins University Register, 1885-1910.

King, Rosa E.: *Tempest over Mexico,* Boston, 1935.

Knapp, Frank A., Jr.: *The Life of Sebastián Lerdo de Tejada, 1823-1889. A Study of Influence and Obscurity.* Austin, 1951.

Kuhn, Loeb and Co.: *Prospectus, $ 15.000,000, Mexico.* Nueva York, 1966.

Lamartine Yates, Paul: *El desarrollo regional de México.* 2a. ed., México, 1962.

Leduc, Alberto, Luis Lara y Pardo y Carlos Roumagnac: *Diccionario de geografía, historia y biografía mexicanas,* París, 1910.

Lewis, Oscar: *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied.* Urbana, 1963.

——: "México Since Cárdenas", en Richard N. Adams y otros, *Social Change in Latin American Today.* Nueva York, 1960.

——: *Pedro Martínez. A Mexican Peasant and His Family.* Nueva York, 1964.

El Liberal: diario de México, D. F., 1914.

El Liberal: diario de México, D. F., 1920.

Liceaga, Luis: *Félix Díaz.* México, 1958.

Logan, Walter S.: *The Siege of Cuautla, the Bunker Hill of Mexico.* Nueva York, 1893.

López, Héctor F.: "¿Cuándo fue consignado Emiliano Zapata?", *El Hombre Libre,* 5 de abril de 1937.

——: "Datos para la historia de la Revolución", *El Hombre Libre*, 10 de septiembre de 1937.
——: "El maderismo en Guerrero", *El Hombre Libre*, 3 de septiembre de 1937.
López, Joaquín D.: "Rectificación al general Francisco Cosío Robelo", *El Universal*, 29 de diciembre de 1930.
López González, Valentín: *El Ferrocarril de Cuernavaca*. Cuernavaca, 1957.
——: *La historia del periodismo en Morelos*. Cuernavaca, 1957.
López y Fuentes, Gregorio: *Tierra*. México, 1933.
Loyo, Gilberto: *La población de México, estado actual y tendencia, 1960-1980*. México, 1960.
Madero, Francisco I.: *La sucesión presidencial en 1910*. San Pedro, 1908.
Magaña, Gildardo: *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. 3 vols., México, 1934-41.
—— y Carlos Pérez Guerrero: *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*. 5 vols., México, 1951-52.
Magaña Cerda, Octavio: "Historia documental de la Revolución", publicado por entregas en *El Universal*, 4 de mayo a 16 de diciembre de 1950.
——: *Yo acuso a los responsables, El pueblo que nos juzgue*. México, 1961.
Maria y Campos, Armando de: *Múgica. Crónica biográfica*. México, 1939.
——: *La vida del general Lucio Blanco*. México, 1963.
Márquez Sterling, Manuel: *Psicología profana*. La Habana, 1905.
——: *Los últimos días del presidente Madero (Mi gestión diplomática en México)*, 2a. ed., México, 1958.
Mazari, Manuel: "Bosquejo histórico del estado de Morelos". Manuscrito, 1930, en posesión de Valentín López González.
——: *Breve estudio sobre la última epidemia de influenza en la ciudad de México*. México, 1919.
——: "Correspondencia del general don Francisco Leyva", *Boletín del Archivo General de la Nación*, V, 3 (mayo de 1934), 450-71.
McBride, George M.: *The Land Systems of Mexico*. Nueva York, 1923.
McNeely, John P.: "Origins of the Zapata Revolt in Morelos". *Hispanic American Historical Review*, XLVI, 2 (mayo de 1966), 153-69.
Meléndez, José T., ed.: *Historia de la Revolución mexicana*, 2 vols., México, 1936-40.
Melgarejo, Antonio D.: *Los crímenes del zapatismo (apuntes de un guerrillero)*. México, 1913.
Mena, Mario: *Zapata*. México, 1959.
Mendoza López Schwerdtfeger, Miguel: *¡Tierra Libre!* México, 1915.
The Mexican Herald: diario de México, D. F., 1908-14.
The Mexican Yearbook, 1909-1910. Nueva York, 1910.
México: *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos*, 1946-59.
——: *Boletín Oficial de la Secretaría de Agricultura y Fomento*, 1920.
——: *Boletín Oficial de la Secretaría de Fomento, Colonización e Industria*, 1917.

——: *Diario de los Debates del Congreso Constituyente, 1916-1917*, 2 vols, México, 1960.

——: *Diario Oficial*, 1912.

——: *Directorio de la Cámara de Senadores* XXVIII *Leg*. México, 1920.

——: *Directorio de la Cámara de Diputados del* XXIX *Congreso de los Estados Unidos Mexicanos*. México, 1921.

——: *Resumen del Boletín mensual de la Dirección General de Economía Agrícola*, 1962-5.

——: *Sexto Censo de Población, 1940, Morelos*. México, 1943.

——: *Séptimo Censo General de Población, 6 de junio de 1950. Estado de Morelos*. México, 1953.

——: VIII *Censo General de Población, 1960. 8 de junio de 1960. Localidades de la República por entidades y municipios*. 2 vols., México, 1963.

——: VIII *Censo General de Población, 1960. 8 de junio de 1960. Resumen General*. México, 1962.

——: *Semanario Judicial de la Federación. Tribunal Pleno. Amparos*, 1905.

"Mexico, Land does not pay", *The Economist*, 12 de noviembre de 1966.

México Nuevo: Diario de México, D. F., 1909-10.

"Mexico To-day, a Storm-Center of Misery and Danger", *Literary Digest*, LX, 8 (22 de febrero de 1919), 50-4.

Meyer, Michael C.: *Mexican Rebel. Pascual Orozco and the Mexican Revolution, 1910-1915*. Lincoln, 1967.

Molina Enríquez, Andrés: *Los grandes problemas nacionales*. México, 1909.

Monbeig, Pierre: "Le mouvement démographique au Mexique", *Tiers-Monde*, IV, 15 (julio de 1963), 387-406.

Monroy Durán, Luis: *El último caudillo, apuntes para la historia de México, acerca del movimiento armado de 1923, en contra del gobierno constituido*. México, 1924.

Montaño, Otilio Edmundo: "El zapatismo ante la filosofía y ante la historia". Manuscrito de 1913. Archivo de Zapata.

Morales Hesse, José: *El general Pablo González. Datos para la historia, 1910-1916*, México, 1916.

Morelos: *Memoria sobre la administración pública de Morelos, en los períodos de 1895 a 1902. Gob. Sr. Col. don Manuel Alarcón*. Cuernavaca, s. f. 1902?

——: *Memoria sobre el estado de la administración pública de Morelos, presentada al Hon. X. Congreso por el gobernador constitucional general Jesús H. Preciado. Abril 12, 1887*. Cuernavaca, s.f., 1887?

——: *Memoria sobre el estado de la administración pública de Morelos, presentada al H. XI. Congreso por el gobernador constitucional general Jesús H. Preciado. Abril 25 de 1890*. Cuernavaca, s.f., 1890?

——: *El Orden. Periódico Oficial del Estado de Morelos*, 1894.

——: *Periódico Oficial del Estado de Morelos*, 3a. ser., 1919.

——: *Periódico Oficial del Estado de Morelos*, 4a. ser., 1920-3.

——: *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Morelos*, 1884.

——: *Semanario Oficial del Gobierno de Morelos*, 1896-1912.
Moreno, Martín Demófilo: "Con fantásticas inexactitudes no se escribe la historia de un pueblo", *La Prensa*, 16 de julio de 1930.
Muñoz, Encarnación: "Breves apuntes históricos". Manuscrito, 1913, Archivo de Zapata.
El Nacional: Diario de México, D. F., 1914.
Naranjo, Francisco: *Diccionario biográfico revolucionario*. México, 1935.
National Archives (abreviado NA): Grupos de registro 43, 45, 59 y 84.
The New York Evening Post, 1919.
The New York Times, 1919.
Nueva Era: Diario de México, D. F., 1911-13.
O, Genovevo de la: "Memorias", públicado por entregas en *Impacto* del 31 de diciembre de 1949 al 21 de enero de 1950.
El Obrero Espíritu: Revista mensual de Cuautla, 1910. Los legajos están en la Latin American Collection de la University of Texas Library.
Ochoa Campos, Moisés: *La Reforma Municipal, Historia municipal de México*. México, 1955.
Oñate, Clemente G.: "Continúo mi aportación de datos para la verdad histórica del zapatismo y demás 'ismos' que cooperaron a la ruina del estado de Morelos", *El Hombre Libre*, 15 de septiembre de 1937.
La Opinión: diario de México, D. F., 1914.
La Opinión Nacional: Revista quincenal de México, D. F., 1869. Los legajos están en la Biblioteca de la Secretaría de Hacienda.
Orozco, Wistano Luis: *Legislación y jurisprudencia sobre terrenos baldíos*. 2 vols., México, 1895.
Páez, Joaquín: "Cuatro meses de vacaciones con Zapata", publicado por entregas en *El Sol de Puebla*, del 26 de marzo al 30 de mayo de 1951.
El País: diario de México, D. F., 1908-1914.
Palacios, Porfirio: *Emiliano Zapata. Datos biográficos-históricos*. México, 1960.
——: Papeles personales.
——: *El Plan de Ayala. Sus orígenes y su promulgación*. 3a. ed., México, 1953.
——: "Todo es según el color... El problema del azúcar y la visión de Zapata", *La Prensa*, 19 de febrero de 1944.
——: "Zapatismo vs. gonzalismo", *Todo*, 24 de diciembre de 1942.
Palafox, Manuel: "La paz que Carranza propuso a Zapata", *El Universal*, 28 de junio de 1934.
"Para la historia", publicado por entregas en *La Prensa*, 3 de septiembre de 1931 a 24 de febrero de 1934.
Partido Reconstrucción Nacional: *Recopilación de documentos y algunas publicaciones de importancia*, Monterrey, 1923.
Payno, Manuel: *Compendio de la historia de México*. 6a. ed., México, 1880.
Paz, Ireneo: *México actual. Galería de contemporáneos*. México, 1898.
Paz, Octavio: "Estalla la bomba", *El Universal*, 30 de junio de 1929.
——: "Trágico fin del general Pacheco", *El Universal*, 3 de diciembre de 1933.
Peral, Miguel Ángel: *Diccionario biográfico mexicano*. México, s.f.

Pérez Guerrero, Carlos: "Cómo vivían los bandidos zapatistas", *Mujeres y Deportes,* 6 de febrero de 1937.
——: "Por qué el general Zapata no atacó Jojutla en 1911", *El Hombre Libre,* 8 de septiembre de 1937.
Pérez Hernández, José María: *Cartilla de la geografía del estado de Morelos.* México, 1876.
"¿Por qué existe y cómo se desarrolla el zapatismo en el estado de Morelos?", *La Tribuna,* 29 de mayo de 1913.
Presente!: Semanario de Cuernavaca, 1962.
Prida, Ramón: *De la dictadura a la anarquía.* 2a. ed., México, 1958.
Pringale, Henry F.: *The Life and Times of William Howard Taft. A Biography.* 2 vols., Nueva York, 1939.
Prinsen Geerligs, H. C.: *The World's Cane Sugar Industry, Past and Present.* Manchester, 1912.
El progreso de Morelos: semanario de Tepoztlán, 1892.
Quirk, Robert E.: *The Mexican Revolution, 1914-1915. The Convention of Aguascalientes.* Bloomington, 1960.
Ramírez Plancarte, Francisco: *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista,* 2a. ed., México, 1941.
Rausch, George J., Jr.: "The Early Career of Victoriano Huerta", *The Americas,* XXI, 2 (octubre de 1964), 136-45.
Redfield, Robert: *Tepoztlán. A Mexican Village. A Study of Folk Life,* Chicago, 1930.
La República: semanario de México, D. F., 1909.
Reyes Avilés, Carlos: *Cartones zapatistas.* México, 1928.
Reyes H., Alfonso: *Emiliano Zapata. Su vida y su obra,* México, 1963.
Rincón Gallardo Hope, José: "Episodios de la revolución del sur", *Revista de Revistas,* 29 de enero de 1933.
Rivera Cambas, Manuel: *Historia de la intervención y del Imperio de Maximiliano.* 5 vols., 2a. ed., México, 1961.
Robelo, Cecilio A.: *Revistas descriptivas del estado de Morelos.* Cuernavaca, 1885.
Robles, Manuel N.: "Lo que supe de la muerte del general Emiliano Zapata", *La Prensa,* 19 de septiembre de 1955.
Robles, Serafín M.: "El caudillo se casa en la Villa de Ayala, Morelos", *El Campesino,* noviembre de 1954.
——: "Emboscada del gobernador teniente Cnel. Escandón", *El Campesino,* noviembre de 1952.
——: "Emiliano Zapata sienta plaza como soldado el año 1910", *El Campesino,* diciembre de 1951.
——: "El general Zapata. Agricultor y arriero", *El Campesino,* octubre de 1951.
——: "El Plan de Ayala. Cómo fue el juramento de este histórico documento", *El Campesino,* diciembre de 1954.
——: "Primeros brotes a causa de la burda imposición". *El Campesino,* mayo de 1954.
——: "Se incorpora J. Morales. Toma de Chietla, Puebla", *El Campesino,* junio de 1952.

——: "Se levantaren al grito de ¡Viva Madero! ¡Muera Díaz!", *El Campesino*, marzo y abril de 1952.
——: "Semblanza del Plan de Ayala", *El Campesino*, enero de 1950.
——: "El zapatismo y la industria azucarera en Morelos", *El Campesino*, agosto de 1950.
Robles Domínguez, Alfredo: "Mis memorias políticas", publicado por entregas en *El Hombre Libre*, del 17 de septiembre al 10 de diciembre de 1930.
Rojas, Basilio: *La Soberana Convención de Aguascalientes*. México, 1961.
Rojas Zúñiga, Mateo: *La gobernación de Morelos de 1912 a 1916 y la opinión pública. Dos cartas acerca de la candidatura del ingeniero Agustín Aragón*. México, 1912.
Romero, José Guadalupe: *Noticias para formar la historia y la estadística del Obispado de Michoacán*. México, 1860.
Romero Flores, Jesús: "Evocación luctuosa de Emiliano Zapata", *El Nacional*, 10 de abril de 1956.
——: *Historia de la Revolución en Michoacán*. México, 1964.
——: "Mil biografías en la historia de México: Amador Salazar", *El Nacional*, 15 de diciembre de 1946.
——: "Mil biografías en la historia de México: Gabriel Tepepa". *El Nacional*, 15 de diciembre de 1946.
——: *La revolución como nosotros la vimos*. México, 1963.
Ross, Stanley R.: *Francisco I. Madero, Apostle of Mexican Democracy*. Nueva York, 1955.
Ruiz, Eduardo: *Historia de la guerra de intervención en Michoacán*. 2a., ed., México, 1940.
Ruiz de Velasco, Ángel: *Estudios sobre el cultivo de la caña de azúcar*. Cuernavaca, 1894.
Ruiz de Velasco, Felipe: *Historia y evoluciones del cultivo de la caña y de la industria azucarera en México, hasta el año de 1910*. México, 1937.
Ruvalcaba, Luis N., ed.: *Campaña política del C. Álvaro Obregón, candidato a la presidencia de la República, 1920-1924*. 5 vols., México, 1923.
Salazar, Rosendo: *La Casa del Obrero Mundial*. México, 1962.
Sánchez Azcona, Juan: *La etapa maderista de la revolución*. México, 1960.
Sánchez Escobar, Rafael: *Episodios de la Revolución mexicana en el sur*. México, 1934.
Sánchez Septién, Salvador, ed.: *José María Lozano en la Tribuna Parlamentaria, 1910-1913*. 2a. ed., México, 1956.
Sandoval, Fernando B.: *La industria del azúcar en Nueva España*. México, 1951.
Schwartz, Theodore: "L'usage de la terre dans un village à Ejido du Mexique". *Études rurales*, 10 (julio de 1963), 37-49.
Sedano, Antonio: "Andanzas militares del coronel republicano Antonio Sedano y algunos relatos históricos del estado de Morelos". Manuscrito, 1919, Archivo de Sotelo Inclán.
Serratos, Alfredo: "Bocetos para la historia: el abrazo Villa-Zapata", *El Universal Gráfico*, 24 y 25 de noviembre de 1952.

——: "El general Serratos refuta unas apreciaciones", *El Hombre Libre.* 2 de junio de 1937.

Sierra Horcasitas, Luis: *Patria. Obra histórica-revolucionaria. Primera parte.* México, 1916.

Silva Herzog, Jesús: *El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición y crítica.* México, 1959.

——, ed.: *La cuestión de la tierra, 1910-1917.* 4 vols., México, 1960-2.

Simmons, Merle E.: *The Mexican 'corrido' as a Source for Interpretive Study of Modern Mexico (1870-1950).* Bloomington, 1957.

Simpson, Eyler N.: *The ejido: Mexico's Way Out.* Chapel Hill, 1937.

El Sol: Diario de México, D. F., 1914.

Sotelo Inclán, Jesús: *Raíz y razón de Zapata. Anenecuilco. Investigación histórica,* México, 1943.

Southworth, John R.: *The Official Directory of Mines and Estates of Mexico.* México, 1910.

Steffens, Lincoln: *Autobiography.* Nueva York, 1931.

Stephenson, George M.: *John Lind of Minnesota.* Minneapolis, 1935.

El Sufragio Libre: Semanario de México, D. F., 1909-10.

Tamayo, Jorge L.: *Geografía general de México.* 4 vols., México, 1962.

Tannenbum, Frank: *The Mexican Agrarian Revolution.* Nueva York, 1929.

——: *Peace by Revolution. An Interpretation of Mexico.* Nueva York, 1933.

Tapia, Antonio: *La economía de la producción agrícola en el distrito económico de Cuautla, estado de Morelos.* México, 1960.

Taracena, Alfonso: *Mi vida en el vértigo de la revolución. Anales sintéticos, 1900-1930.* México, 1936.

——: *La tragedia zapatista. Historia de la revolución del sur.* México, 1931.

Terry, T. Philip: *Terry's Mexico. Handbook for Travellers.* México, 1909.

"El testamento político de Otilio E. Montaño". *Excélsior,* 21 de enero de 1919.

Thord-Gray, I.: *Gringo Rebel (México, 1913-1914).* 3a. ed., Coral Gables, 1961.

Torres, Elías L.: "No te descuides, Zapata", *Juéves de Excélsior,* 8 de abril de 1937.

Tovar, Pantaleon: *Historia parlamentaria del cuarto Congreso Constitucional.* 4 vols., México, 1827-4.

La Tribuna: diario de México, D. F., 1913.

Trujillo, Daniel R.: "Memorias revolucionarias de un suriano zapatista", *El Legionario,* 15 de marzo de 1958.

Tweedie, Mrs. Alec: *Mexico As I Saw It.* Nueva York, 1901.

United States Congress: *Congressional Record,* 66 Cong., 2 sess., vol. LIX, Part I.

United States Department of Commerce and Labor, Bureau of Manufactures: *Monthly Consular and Trade Reports,* 1905-1908.

United States Department of State: *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1918.* Washington, 1930.

United States House of Representatives: *Appointment of a Committee*

for Investigation of Mexican Situation. Hearings Before the Committees on Rules, 66 Cong., 1 sess., 2 parts, Washington, 1919.

United States Senate: *Investigation of Mexican Affairs. Report and Hearings Before a subcommittee of the Committee of Foreign Relations.* 66 Cong., 1 sess. 2 vols., Washington, 1920.

United States Senate: *Revolutions in Mexico. Hearing before a subcommittee of the Committee of Foreign Relations*, 62 Cong., 2 sess. Washington, 1913.

El Universal: Diario de México, D. F., 1916-64.

Urban Aguirre, José: *Geografía e historia del estado de Morelos.* 2a. ed., Cuernavaca, 1963.

Valadés, José C.: *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero.* 2 vols., México, 1960.

Valenzuela, Clodoveo, y Amado Chaverri Matamoros: *Sonora y Carranza.* 2a. ed., México, 1921.

Valverde, Custodio: *Julián Blanco y la revolución en el estado de Guerrero.* México, 1916.

Valverde, Sergio: *Apuntes para la historia de la revolución y de la política en el estado de Morelos, desde la muerte del gobernador Alarcón.* México, 1933.

Vázquez, Gómez, Francisco: *Memorias políticas (1909-1913)*, México, 1933.

Velasco, Manuel de: "La revolución maderista en el estado de Puebla", Manuscrito, 1914, en posesión de José Ignacio Conde.

Villarreal, Concha de: "El indio tarasco decapitado por agrarista", *Todo*, 4 de noviembre de 1937.

Whetten, Nathan L.: *Rural Mexico.* Chicago, 1948.

—— y Robert G. Burnight: "Internal Migration in Mexico", *Rural Sociology*, XXI, 2 (junio de 1956), 140-51.

Womack, John, Jr.: "Emilianc Zapata and the Revolution in Morelos, 1910-1920". Tesis de doctorado, Harvard University, 1965.

Yáñez, Agustín, y Catalina Sierra, eds.: *Archivo de don Francisco I. Madero. Epistolario (1900-1909).* México, 1963.

ÍNDICE ANALÍTICO



impreso en offset marvi, s. a.
calle leiria 72 - méxico 13, d. f.
dos mil ejemplares y sobrantes para reposición
27 de octubre de 1978

HISTORIA Y RELIGIÓN DE LOS MAYAS
J. ERIC S. THOMPSON

Creyendo que los estudios mayas padecen actualmente de un desequilibrio, J. Eric S. Thompson enfoca la historia y la religión de los mayas desde el punto de vista de la etnohistoria. Los arqueólogos actuales suelen limitar su interés a las excavaciones y los antropólogos sociales observan a los mayas contemporáneos como miembros de una sociedad algo primitiva en medio de una época de cambio. En este volumen, el distinguido mayista trata de correlacionar los datos de los autores coloniales y las observaciones del indio moderno con la información arqueológica a fin de ampliar y aclarar el panorama de la cultura maya.

El golpe de la conquista hispana fue demoledor para los mayas. No sólo quedaron bajo el dominio de un pueblo al que no interesaban sus usanzas antiguas, sino que su religión les fue proscrita, fueron trasladados de su lugar de poblamiento a otras partes y enfermedades desconocidas para ellos asolaron su civilización. A pesar de estas terribles pruebas, los mayas han seguido apegados a sus costumbres antiguas y su cultura sigue todavía muy viva, aunque va cediendo lentamente ante la tecnología y las influencias modernas.

Entre los temas tratados están la expansión de los mayas putunes en Yucatán y la cuenca del río Pasión, el despoblamiento de la zona central maya en tiempos de la conquista, a consecuencia de las enfermedades recién introducidas, la localización del controvertido límite oriental del ámbito maya, las relaciones comerciales entre las tierras altas y las bajas, el empleo de los alucinógenos y el tabaco, la religión de los mayas de las tierras bajas y sus mitos de la creación en relación con los de otras culturas mesoamericanas.

El enfoque de Thompson de la vida de los mayas interesa a arqueólogos, etnólogos, historiadores y todos cuantos atrae la antigua civilización maya.

Su inclusión en la colección América Nuestra, serie que habrá de reunir los textos fundamentales a la comprensión de los problemas americanos, responde a la necesidad de que tales documentos logren una difusión mayor.

J. Eric. S. Thompson, uno de los principales eruditos del mundo en cuestiones mayas, es autor de *A catalog of Maya hieroglyphs* y *Maya hieroglyphic writing: an introduction*, ambos textos inapreciables para los mayistas.

RELACIÓN ACERCA DE LAS ANTIGÜEDADES DE LOS INDIOS
FRAY RAMÓN PANE
Nueva versión con notas, mapa y apéndices por J.J. ARROM

La Relación acerca de las antigüedades de los indios, del fraile jerónimo Ramón Pané, marca un hito en la historia cultural de América. Compuesta en la isla Española en los primeros días de la conquista, es la única fuente directa que nos queda sobre los mitos y ceremonias de los primitivos moradores de las Antillas. Y como fray Ramón fue también el primer misionero en aprender la lengua e indagar las creencias de un pueblo indígena, su *Relación* constituye la piedra angular de los estudios etnológicos en este hemisferio.

EL ESCLAVO AFRICANO EN EL PERÚ COLONIAL (1524-1650)
FREDERICK P. BOWSER

Son poco conocidas las contribuciones vitalmente importantes de los negros africanos al desarrollo del Perú colonial. Para ponerlas en claro, Frederick P. Bowser, profesor de historia en la Universidad de Stanford, ha realizado la investigación más detenida hasta la fecha acerca de la esclavitud africana en América Latina.

Poco después de la conquista, los colonizadores españoles descubrieron que la explotación de una comarca nueva, rica en plata, exigía una fuerzo de trabajo superior a la que podía suministrar la población nativa. El resultado fue que los esclavos africanos, hasta entonces poco más que un lujo, se volvieron una necesidad para los amos de Perú, al punto de casi alcanzar en número a la población blanca.

La obra expone las complicaciones e iniquidades del tráfico de esclavos hacia la colonia, la parte del africano en la economía peruana, la vida diaria del negro, y lo que éste podía hacer para sacar algún provecho de su situación. Se describen en detalle los procedimientos usados para controlar a los esclavos, las campañas contra los negros prófugos y los esfuerzos —sobre todo de la Iglesia— de estimular al africano a identificarse con la sociedad y valores de sus amos. El libro se cierra con un análisis que muestra cómo a mediados del siglo XVII ya estaban fijadas, para el derecho y la opinión pública, la condición del negro y las actitudes que llevarían a su asimilación por la sociedad peruana.

ENSAYOS SOBRE HISTORIA DE LA POBLACION: MÉXICO Y EL CARIBE
SHERBURNE F. COOK y WOODROW BORAH

Muchos autores se han dedicado al cálculo de las variaciones de la población en los diversos países americanos a partir de la Conquista y aun remontándose en el tiempo a épocas anteriores. Sherburne F. Cook y Woodrow Borah, ambos de la Universidad de Berkeley, comprendieron la importancia de estos estudios, así como la necesidad de sistematizarlos, de darles un método que pudiera subsanar la carencia tan notable de censos y datos, o su disparidad en cuanto al sistema de cómputo, para muchas de las regiones de América. Para ello se necesitaba una larga búsqueda en los archivos de los diversos países del continente y de España. La complejidad del problema los llevó a concentrarse en la región central del México colonial para de allí extenderse a otras regiones meso y sudamericanas así como en el tiempo (partiendo del siglo XVI para llegar al presente).

El primer volumen comprende siete ensayos que abarcan la historia demográfica del centro y el occidente de México, estudian la estratificación social y por edades de su población, y la población aborigen de La Española y Colombia. El segundo incluye un estudio sobre la población en Yucatán y diversos ensayos sobre grupos raciales, matrimonios, tasas de nacimiento, fertilidad y mortalidad en México entre 1519 y 1960.

University of California Press está preparando la edición del tercer volumen de esta obra, que aparecerá el año próximo y que Siglo XXI publicará en español.

Los *Ensayos sobre historia de la población* se han convertido ya en un clásico de la historia americana, por el rigor de su método y por la minuciosidad que desplegaron los autores en la búsqueda de los documentos y la profundidad de su interpretación. Se trata, por lo tanto, de un texto indispensable para el estudio de esta América Nuestra.

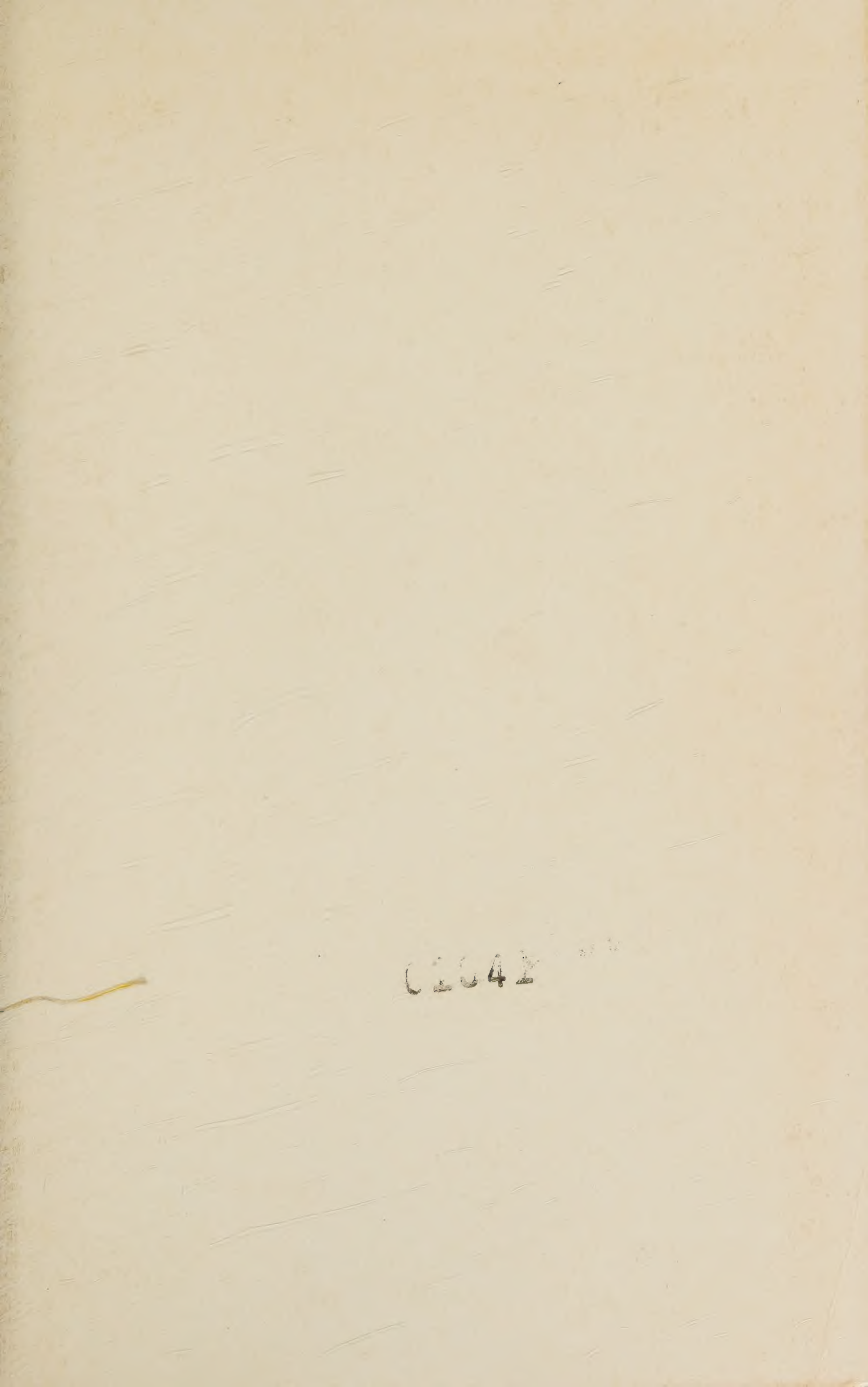
LA HACIENDA AZUCARERA DE LOS MARQUESES DEL VALLE
WARD J. BARRETT

La historia de la colonización europea de muchas costas e islas tropicales y subtropicales se halla íntimamente vinculada a la historia de la industria de la caña de azúcar. Junto con la búsqueda de metales preciosos y el establecimiento de puestos comerciales, la manufactura y venta de azúcar y mieles y las necesidades de mano de obra de la industria, contribuyeron a la formación de la elaborada red de relaciones comerciales, gubernamentales e intercoloniales que fue el imperialismo europeo. Uno de los ejemplos más notables a este respecto es el de la plantación que Hernán Cortés estableció en las afueras de Cuernavaca hacia 1535, la cual, gracias a que siguió siendo propiedad de los herederos de Cortés hasta el estallido de la revolución mexicana, llega a funcionar por un siglo más a todo lo largo de la época republicana.

El profesor Ward J. Barret, de la Universidad de Minnesota, pudo basar su estudio en una serie de documentos notablemente completa, lo que a la vez le permitió tratar estos registros desde tres perspectivas principales: como representativos de la historia de la industria y de la tecnología azucarera en México; como representativos de la historia, las relaciones exteriores, la estructura y la administración de las plantaciones coloniales españolas, y como un capítulo de la explotación colonial que sufrió y sigue sufriendo la tierra y el hombre de la América Nuestra.

LA HACIENDA AZUCARERA DE LOS MARQUESES DEL VALLE
WARD J. BARRETT

[illegible]



John Womack, Jr., doctor en historia por la Universidad de Harvard y profesor de historia latinoamericana en la propia universidad, explora en su estudio el papel de Emiliano Zapata y de los campesinos de Morelos en la lucha por hacer efectivos los ideales agrarios de la Revolución mexicana durante su momento más crítico: los primeros diez años. En 1910, al estallar la revuelta, los campesinos de Morelos fueron casi los únicos del país que se sumaron deliberadamente al levantamiento, y al encontrarse frente a hombres de empresa oportunistas y políticos ambiciosos que quisieron invalidar las promesas iniciales de Madero al pueblo campesino, continuaron la lucha por nueve años más, encabezados por Zapata y otros jefes rebeldes, en una campaña intensa de actividad guerrillera y de resistencia a la pacificación. Aun después del asesinato de Zapata su movimiento se sostuvo. Finalmente, obligó al gobierno a adoptar una nueva política de mejoramiento del campesino pobre del país. El retrato que Womack hace del campesino como insurgente tiene una importancia particular en el contexto de la actual inquietud mundial de los pueblos rurales.

